CUMBRES Y LLANURAS

JOSEFA ROSALÍA LUQUE ALVAREZ
HILARIÓN de MONTE NEBO

LOS AMIGOS DE JASHUA

IIª parte de Arpas Eternas

TOMO I

www.formarse.com.ar

PORTADA

De nuevo me coloco a tu lado lector amigo para deshojar silenciosamente las páginas vivas de un pasado radiante que la Eterna Luz conserva en sus Archivos Eternos y que ninguna fuerza humana puede destruir ni adulterar.

Has hojeado hoja tras hoja, "Arpas Eternas"; has bebido hasta la saciedad el néctar divino de la vida más pura y excelsa que ha pasado par ésta Tierra como un astro sereno derramando claridad, tibieza de amor, calor de ternuras inefables...

La Eterna Ley permite hoy a éste hermano tuyo invisible, ser narrador de otras vidas que al igual que la tuya, estuvieron tejidas de grandes anhelos de superación para acércame al Divino Ungido, al Cristo, amador eterno de esta Humanidad. Son las vidas de los Amigos de Jhasua que has conocido en Arpas Eternas, que has intimado con ellos hasta llegar a amarlos y a sentir, pensar y querer como ellos sentían, pensaban y querían...

La rosa bermeja del amor al Cristo vive sin marchitarse en tu corazón, y deseas, lo sé bien, conocer que hicieron sus amigos y discípulos después de su partida a los Reinos de la Eterna Luz y del Amor Eterno.

Por múltiples causas que seria pesado y harto doloroso detallar, los amantes del Maestro Nazareno ignoran en absoluto la historia de los continuadores de su magna obra de redención y de amor en medio de esta humanidad. Sabes lector amigo que el Cristo llegó hasta entregar voluntariamente su vida por sostener en alto su divino ideal; y preguntas con justa razón ¿qué hicieron sus amigos y seguidores cuando El partió de este plano terrestre?

Algo te dirán los viejos pergaminos que van entregando al mundo idealista las cavernas-santuarios de los solitarios Esenios que en su inquebrantable silencio, fueron los más fieles cronistas del Cristo encarnado. Acaso pensaron que las rocas amigas que les salvaron la vida, y les cobijaron con amor durante tantos siglos, serían más fieles guardianes que los hombres y a ellas confiaron los amados recuerdos, los poemas sublimes de amar y de fe de la epopeya cristiana en su glorioso y a las ves dolientes amanecer.

¡Oh desconocidos Esenios!... No pensasteis en que los siglos destruyen, y desmenuzan en polvillo y ceniza lo que os costó largas meditaciones de recordar, adivinar y vivir de nuevo todo cuanto vaciabais a los pergaminos silenciosos!. ..

¡Oh benditas rocas y montañas amigas de los Esenios! Monte Quarantana, Monte Tobar, Monte Carmelo, Monte Hermán, cerros inmensos de Moab, guardianes también de los grandes secretos de Moisés ¡Vosotros sabéis lo que la Humanidad ignora porque la Ley Divina la sabe infiel, mudable, incomprensiva!...

¡Lástima grande que los siglos no sepan respetar lo que vosotros guardáis con escrupulosa fidelidad!

Más, la Ley Divina con su infinito poderío, conserva en sus alcázares eternos inaccesibles a toda destrucción, a todo engaño, a toda deficiencia, lo que en nuestros planos físicos está obligado a dejar de ser por las muchas causas a que está sujeta la materia corruptible y perecedera.

Alégrate pues conmigo lector amigo, idealista buscador de la Verdad y canta un glorioso aleluya. La Luz Eterna, es la grabadora infatigable de todo cuanto es pensado y realizado en todos ¡os mundos del Vasto Universo. Y es Ella delicada amiga del que busca, pide y espera con sencillo corazón y noble desinterés ver descorridos los velos que le impiden la posesión de la Verdad.

¿No será Ella la que puso un día en los labios del Cristo encarnado en Nazareth aquellas sugestivas palabras que nos ha transmitido la tradición: "Pedid y recibiréis. Buscad y encontraréis. Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios"?

Viste pues ¡a túnica blanca, de los festines sagrados de ¡os Esenios montañeses, y recibe con amor lo que con amor te brinda este hermoso invisible que ha buscado y encontrado para ti en los Archivos de la Luz Eterna, esta perla escondida que poseyeron los solitarios de la Palestina y que ahora poseerás tú: La real sacian del pensamiento del Cristo en el amanecer del Cristianismo.

EL AUTOR

DESHOJANDO RECUERDOS

Las penumbras del anochecer caían sobre el Mar de Galilea y los amigos de Jhasua continuaban mirando en silencio aquel retazo de cielo azul donde su visión haba desaparecido.

La voz del Servidor del Santuario del Tabor qué los invitaba a seguir los caminos trazados por El, se esfumaba también en las sombras y ellos no podían decidirse a abandonar aquel sitio amado, lleno aún con su presencia, con la vibración poderosa de su amor que los envolvía como una eterna caricia...

La primera estrella vespertina encendió su fanal color de amatista y tras ella, otras y otras salpicaron de luz el manto oscuro de la noche.

Después de breve deliberación entre Pedro, Zebedeo y Hananí, ofrecieron sus viviendas para hospedaje de todos los amigos del Maestro hasta el siguiente día en que cada cual resolvería de su persona y de su vida.

-Los que queráis seguirnos al Tabor —dijo el anciano Servidor del Santuario— podéis venir con nosotros. Y los discípulos de Jhoanán se les unieron de inmediato pues ya tenían resuelto unir su vida a los ancianos entre los cuales había crecido y vivido su inolvidable Maestro.

—No olvidéis mi casa tan cercana— añadió la castellana de Mágdalo que ya no era apellidada la pagana, sino simplemente María. Tomó del brazo a Myriam y a Nebai, diciendo a los demás: Podéis venir cuantos queráis que para todos habrá lugar. Boanerges debe estar llegando con el velero que le mandé buscar.

Y los amigos de Jhasua aceptaron el hospedaje que se les ofrecían en las cercanías de aquel lago que El tanto había amado y en cuyas olas rumorosas aún creían escuchar la resonancia suavísima de su voz.

Los más íntimos discípulos con los más ancianos quedaron en las casas de Pedro y Zebedeo; otros siguieron a Hanani cuya morada estaba situada en un suburbio de Tiberias; y Myriam con Nebai, las hijas de Lia y las demás mujeres con sus niñas se agruparon en los rústicos muelles a la espera de los botes que habían de llevarles hasta el Castillo de Mágdalo.

La luna creciente rompió de pronto el velo gris de las nubes que interceptaban su luz, y la tristeza del cuadro se hacía más y más pesada.

Judá y Faqui se multiplicaban para atender a todos y Vercia la Druidesa Gala con una serenidad admirable, indicaba a sus compañeros una piedra cuya forma se asemejaba a un libro cerrado, y sobre ella colocaba ella misma una pequeña pira de leña.

—¿Qué haces Vercia? la interrogó Nebai acercándosele.

—Encenderé aquí el fuego sagrado por última vez antes de abandonar para siempre la tierra bendita que holló con sus pies el hijo del Gran Horus, —Pero si vamos a irnos de aquí en seguida. Mañana lo harás— insistió Nebai.

—Está bien. Iré con vosotros— le contestó en el preciso momento en que se oía la voz dulcísima de Boanerges flotando como una caricia en el vientecillo fresco que soplaba del norte:

Como una roca inmovible Serán Señor para Ti Los amigos que quisieron Tu misma senda seguir.

Son almas que comprendieron A la tuya que era amor Para todos los que lloran En una oscura prisión.

Amores que no comprenden Las almas de poca fe Amar como aman las flores Que se dan sin interés.

Amar como las estrellas Que nos ofrendan su luz Y abren rutas al viajero Desde el infinito azul.

Heraldos de tus ideales Firmes sitien para ti Sin que ninguna borrasca Los pueda nunca abatir!

Las mujeres lloraban silenciosamente, y Vercia saltó la primera a la pequeña planchada que los remeros tendieron sobre la costa.

—¡Niño del lago!.—le dijo— ¿quién puso tanta armonía en tu boca y tanto fuego en tu corazón ?

—¿Quién? El amor de El, señora, que aunque se fue para no volver seguirá viviendo del amor de todos los que le hemos amado.

—Eres casi un niño y hablas como un anciano.

María y Nebai se acercaron a Vercia.

—Déjale —insinuó María— que si él continúa hablando, nosotras seguiremos llorando. Y tomando a Myriam de la mano, la hizo embarcar la primera.

Mientras ésta breve escena Judá, Faqui, el Scheiff Ilderín, Eliacín y Sipro hacían acercar los demás botes a las muelles y subir a bordo a todos los que esperaban en la playa.

Después un silencio profundo que solo era interrumpido por el acompasado movimiento de los remes que

encrespaban las olas del lago, sobre el cual se desbaba aquella caravana de botes siguiendo al velero blanco y azul hacia el Castillo de Mándalo sumergido en las penumbras de la noche entre los rumorosos platanares que lo cercaban.

Boanerges y Fatmé fueron les primeros eh llamar al castillo para hacerse conocer de los guardianes; después de llamar repetidas veces: ¡Edipo! ¡Edipo! que tal era el nombre del viejo guardián griego, apareció con los dos grandes perrazos, que eran sus habituales compañeros.

—Estoy solo en la casa— dijo abriendo la gran verja de entrada. El Mayordomo duerme arriba, y los asilados se marcharon todos.

María sin cuidarse de lo que el portero decía, solo pensaba en conducir a Myriam, a Nebai con sus niños, a Noemí, Thirsa, Martha y la pequeña María. Elena, Ana, Sabad, las hijas de Lía y demás mujeres que desde Jerusalén vinieron a Galilea para recibir el postrer adiós y la bendición del Maestro que acaso, ¡quién sabe! acaso les llevaría a todos con El a su Reino eterno que les venía anunciando desde tanto tiempo.

No hay para que decir que los hoteleros del lago espléndidamente remunerados por Judá y Faqui tornaron alegres cantando a la luz de la luna pensando que era más conveniente conducir a los amibos del Profeta Nazareno que pasar la noches tendiendo las redes que más de una vez salían vacías.

—Todos sois dueños en esta casa —díjoles la castellana no bien estuvieron en el gran pórtico de entrada.

Boanerges había subido a la torre y bajaba casi a rastras al mayordomo para que abriera las puertas.

— ¡Señora! ¡Vuestros huéspedes se fueron todos! —decía el buen hombre azorado. —No importa— ya vienen otros, le contestaba María, haciendo pasar o todos. —Príncipe Judá, Hach-Ben-Faqui y vos Othoniel que conocéis la casa, haced el favor de arreglar a los hombres en las habitaciones de la torre, que mis compañeras y yo iremos al primer piso. Y María abrió la marcha escaleras arriba llevando siempre a Myriam apoyada en su brazo.

!Noche memorable, estupendamente grande desde cualquier punto que se la mire!

Grande en el dolor, heroicamente soportado. Grande en el desaliento, en la desorientación, en la incertidumbre y la duda que surgía a intervalos como siniestros relámpagos de una tempestad que se levantaba por momentos más y más amenazadora.

¿Adonde irían sin El que había partido definitivamente para no volver?

Recordaban haberle oído decir: "Cuando yo sea levantado en alto, todo lo atraeré hacia mí". Y esas palabras, reflejos de la dolorosa visión premonitoria de su espíritu que veía de lejos la forma de su inmolación, fueron tomadas como alusión a su ascensión al Reino de su Padre que acababan de presenciar ésa misma tarde, a orillas del mar de Galilea. Y la ilusión florecía de nuevo en las almas dolientes y atormentadas.

¿No enviaría su Maestro, Ángeles de sus cielos de amor y de luz que les llevaren a todos ellos por quién sabe qué misteriosos medios, por qué desconocidas fuerzas, a ése Reino suyo que tanto les había anunciado?

Pero estas reacciones eran momentáneas y desaparecían rápidas y fugaces como frágiles mariposas arrastradas por el vendaval.

Y tornaba la pesadilla... y el mago del recuerdo diseñaba sombras y más sombras como si un interminable otoño continuara deshojando los negros pétalos de un rosal misterioso. La desaparición de aquel ser extraordinario cuya benéfica irradiación les había mantenido a todos como en un éxtasis de interna felicidad y dentro de esa aura se habían sentido seguros, fuertes, optimistas, plenos de esperanza y de fe, forzoso es llegar a la conclusión que al faltarles aquel astro plácido y sereno que les había alumbrado, fue para todos ellos un hundimiento profundo; una desolación que no tiene igual; una desazón y espanto como la que experimenta el que siente hacerse el vacío en torno suyo, o hundirse la tierra bajo sus pies o acabarse el aire que le anima la vida.

El silencio era tan hondo que hubiera podido sentirse el latir de los corazones.

El diálogo sublime de las almas que se amaban, más aún en esas cumbres de dolor sin consuelo posible; ha quedado grabado por la Luz Eterna en el éter azul del Infinito. Y no hay poema que pueda compararse a Ja explosión de aquellos pensamientos, al desborde incontenible de aquel hondo sentir, que ante lo imposible, lo irrevocable, lo ya consumado, se desbordaba como un torrente y en oleadas se vaciaba de alma en alma como marejada inmensa que arrastraba todo, sin dejar a momentos ni una tímida florerilla de esperanza y de fe.

Y para sentir al par de ellos el cheque brusco y penoso de ese complejo mundo de pensamientos y de sentimientos, de incertidumbres y de dudas, de hondos interrogantes que quedaban sin respuesta, probemos lector amigo, de escuchar los diálogos que en la gran sala de la torre sostenían los hombres, y en el primer piso las mujeres alojadas en las distintas alcobas y salas de que estaba compuesto. Solo así podremos darnos una idea de lo que fue el triste epílogo de la jornada gloriosamente cumplida por el Cristo Divino, pero doloroso

comienzo para, quienes quedaban en la tierra sin El, y con el inmenso legado de los campos de su Padre que faltaban por cultivar.

Myriam con Lía, Sara, Noemí, Sabad y otras ancianas fueron albergadas en la alcoba más retirada y silenciosa en cuyos grandes divanes pudieron reposar con relativa tranquilidad en tan inquieta y azarosa circunstancia. María, con Vercia, Nebai y las tres hijas de Lía y demás mujeres jóvenes se instalaron en los hermosos y alegres pabelloncitos que antes fueran habitaciones llenas de los encantos del arte y la poesía ocupados por las doncellas griegas y hebreas que habían llenado siempre el viejo Castillo con sus músicas, sus cantares y sus risas. Entre el grupo de las griegas se encontraban aquellas dos mujeres salvadas por Melkisedek y Jhasua en lo columnata de Damasco, Polinia y Heraclea madre e hija que tan dichosas habían sido desde que llegaron a Mágdalo años hacía y cuya felicidad se veía de nuevo azotada por la tremenda borrasca. Y todas ellas pensaban en la patria lejana donde aún tenían parientes que seguramente las acogerían con amor. El virus de odios y rencores que había hecho de Jerusalén un nidal de víboras iba extendiéndose a gran parte de la Palestina, y el terror mismo de la terrible tragedia que presenciaron las llenaba de espanto, sugiriéndoles la idea de la huida de aquel desventurado país cuya horrible ingratitud y felonía para su más grande bienhechor debería atraer seguramente los más terribles castigos.

Pronto en la gran alcoba de las ancianas reinó el más absoluto silencio.

A su edad, el cansancio, el agotamiento, la misma desolación interior había caído' sobre sus nervios como mole aplastadora y se habían dormido.

Solo Myriam velaba envuelta en la más densa oscuridad y cotí esa heroica resignación de los santos pensaba: "Oscuridad en el alma y oscuridad a mi alrededor. ¡Dios mío!... ¡Dame fuerzas para que yo pueda vivir la vida que me dais entre tan profundas tinieblas!" .-—Aún no se había extinguido entre las sombras la vibración de su intenso pensamiento, cuando un disco de luz dorada se abrió ante ella como un recorte de oro en la tiniebla y el Hijo amado estaba ante ella sonriéndole amorosamente.

Ella le tendió los brazos... El se deslizó hasta su lado mismo y poniendo su diestra luminosa y transparente sobre su cabeza le decía con su voz sin ruido porque era solo la vibración intensa de su amor: "¡Hemos triunfado madre en nuestra alianza postrera y tan grande es la gloria conquistada por mis torturas del cuerpo, como la tuya por las angustias del alma, heroicamente sufridas!... Duerme y descansa que para ti han terminado las tinieblas y un nuevo día de luz y de amor amanecerá para ti".

Éxtasis, ensueño, o transporte, la dulce madre se quedó dormida como al influjo de un misterioso arrullo...

* * *

En la alcoba-inmediata se encontraba Nebai cotí, sus dos niños, Vercia, Martha, María de Bethania y Maria de Mágdalo.

El sueño, ese suave consolador y lenitivo de los grandes dolores, fue invadiendo lentamente, primero a los dos niños Clemente e Ithamar, luego a la pequeña María de Bethania que se había recostado en el diván de Martha; y por fin ésta quedó también sumergida en el sueño. En esta alcoba encortinada de un pálido azul plateado que fue siempre la alcoba de María penetraba un resplandor suave y tibio de la luna creciente a través de las enredaderas perfumadas y de los nogales rumorosos, haciendo más y más intensa la nostalgia suprema de la ausencia...

Vercia concentrada en lo más profundo de sí misma con sus manos cruzadas sobre el pecho no estaba más su alma en el plano físico. Nebai oraba en silencio y los amados nombres del esposo y de los hijitos fulguraban como movibles puntos de luz en su mente atormentada. Pedía paz, amor y bien para ellos.

María sin ningún amor grande en la tierra, sino solo Aquel que ya no estaba en la tierra, dejaba correr en silencio sus lágrimas en cada una de las cuales se iba un jirón de su propia vida que ella veía destrozada para siempre!... Y clamaba a media voz: ¡Señor!... ¡Cuan grande es la soledad del alma que vio caer destrozado y deshecho el árbol que le daba sombra!... ¡Cuan inmensa es la desolación del alma cuando la voz helada sobre todas las cosas enmudeció para siempre!... ¡Qué fría oscuridad rodea el alma cuando vio apagarse la divina claridad de los ojos amorosos en que se reflejaba su imagen!... ¡Señor!... ¿Qué árbol me dará sombra?... ¿Qué voz escucharé que me aliente en el camino?... ¿Qué mirada de santidad y de amor alumbrará mi senda solitaria y helada?...

Y cuando un hondo sollozo cortaba su palabra en la garganta, sintió una suave mano que se apoyaba en su cabeza enloquecida: "¡María!... ¡El árbol sigue dándote sombra!... ¡Mi voz continúa deshojando consuelo y esperanza desde el Reino eterno del Padre!... ¡Y la luz de los ojos humanos que amabas siguen mirándote

desde lo infinito!"...

Las tres mujeres habían caído de rodillas ante la amada aparición que otra vez las unía a las tres en un abrazo de eternidad que nadie podía romper.

¡Era el abrazo del Cristo glorioso y triunfante en su Reino de luz y de amor! ¡Era el pacto eterno nuevamente sentido entre aquella explosión de amor y de dolor en que las tres estaban sumergidas!

¡Era la estrofa mística que los cielos de Jhasua desgranaban como una sarta de perlas luminosas sobre aquellas almas que en las edades futuras habían de aceptar muchas veces las inmolaciones del cuerpo y las inmolaciones del alma en seguimiento del amor soberano por el cual lloraban en aquel instante!...

* * *

Calmada la ola intensa de emociones que había pasado por ellas, comenzaron las confidencias a media voz, en la suave penumbra de la gran alcoba azulada a la vez por los cortinados y por el rayo tibio de luna que penetraba a hurtadillas por el ventanal.

—Antes de que se esconda la luna —dijo Vercia— saldré a la terraza a encender el fuego sagrado, que ya está el ara dispuesta. Y cuando el sol se levante en el cenit emprenderé el viaje de regreso a mis montañas nativas.

¡No lloremos más por El que vive!... ¿No habéis visto que vive?

—¡Vive, sí vive!... Contestaba Nebai —pero ya no como antes. ¿Sabes

tú que El y yo nos hemos seguido uno al otro desde la adolescencia? ¿Comprendes cómo reviven en mí los recuerdos lejanos que hoy se clavan como crueles espinas en mi corazón? ¡A veces... a veces!... perdón Señor... hasta creo que se eclipsará en mi horizonte el amor al esposo y a los hijos detrás de este otro amor que lo absorbe todo como una inmensa luz donde se refundieran todas las luces de la vida!

Páreseme que me faltaran las fuerzas para seguir cumpliendo mi deber de esposa y de madre.

—¡No! ¡no y mil veces no! exclamó Vercia con su natural vehemencia. El es el Ideal, el divino ensueño... la Luz que alumbra el camino, la Esperanza que renueva continuamente las flores de nuestro altar!... No debemos morir en la inacción para la vida real, sino vivirla con toda energía y la fuerza que El nos ha dado y nos dará eternamente ¡Amar es vivir!... ¡Amar es sufrir!... ¡Amar es esperar y esperar indefinidamente hasta que hayamos logrado extinguir el odio sobre la tierra y la hayamos inundado con ese mismo amor que nos absorbe la vida a nosotros hasta el punto de no saber a momentos si vivimos sobre ella con cuerpo de carne o flotamos como una esencia entre la llama viva del amor soberano de Cristo!... ¡No debe quedar un solo tirano que esclavice ni un solo esclavo que sienta el golpe del látigo en su carne desnuda!... No deben quedar calabozos de tortura, ni presidios con rejas y cadenas, ni mendigos que tiendan la mano escuálida al poderoso que cruza las calles con deslumbrantes carrozas... Ni huérfanos hambrientos ambulando por las calles y plazas, ni fantasmas vivos de crimen y de vicio incitando a otros al vicio y al crimen... ¿No es el amor redención? ¿No es el amor purificación? ¿No es agua de manantial que lava todas las iniquidades, todas las impurezas... todos los odios, todas las tinieblas ?...

El rostro de Vercia parecía una llama viva y sus grandes ojos azules como el cielo y como el mar irradiaban tan poderosa corriente que María y Nebai se estrecharon a ella en un abrazo mudo mientras los pensamientos fuertemente unidos hablaban sin voz y sin ruido: "Amar es vivir!... ¡Vivamos para El y para su ideal divino de redención de las almas! ¡Vivamos siempre sufriendo, llorando y amando!"

El programa de las tres jóvenes mujeres quedaba pues esbozado para los siglos que vendrían en pos de aquella hora solemne y dolorosa.

Acompáñame lector amigo a la vetusta torre del Castillo donde estaban los pabellones ocupados por los hombres.

El príncipe Judá, el Hach-ben Faqui, el Scheiff Ilderín y Marcos, ocupaban una de aquellas alcobas. Y al igual que las tres mujeres que acabamos de dejar, dialogaban y pensaban a la tibia luz de la luna creciente.. Desde la altura en que estaban, veían la plata bruñida del lago donde se reflejaban la luna y las estrellas. El velero blanco y azul parecía dormir mecido por las olas que el viento agitaba suavemente.

Ni el más leve sonido interrumpía el austero silencio de la noche. Los cuatro se habían tirado sobre los divanes como abrumados por un cansancio inmenso.

De pronto se incorporó Judá y habló.

—Sé que todos deseamos descansar con el sueño, pero ninguno duerme.

— ¿Quién podría dormir después de todo lo acaecido y de lo que hemos presenciado esta tarde? —interrogó Faqui' sentándose también en su diván.

Un momento después los cuatro hombres como movidos por un mismo impulso se encontraban sentados en el diván ocupado por el Scheiff Ilderín el de más edad de los cuatro. —Propongo —dijo el vehemente caudillo árabe— que cada uno de nosotros exponga sus puntos de vista a fin de que nuestros senderos no se estorben ni golpeemos todos sobre el mismo yunque, ni hachemos una misma encina. Muchos oasis tiene el desierto, y muchas encinas el bosque.

Muchas sendas caben en los valles terrestres y muchas rocas donde nuestros pedernales puedan encender la chispa.

—¿Qué queréis decir con todas esas bellas figuras? ¿Qué es la hora de Depararnos cada uno por su camino? —interrogó Faqui que hasta entonces no había hablado.

—¡Justamente! —contestó Ilderín.

—Y eso es precisamente lo que causa nuestra desazón interior —añadió Marcos: La separación. Y ahora sin el fuerte lazo de seda y flores, o mejor, de oro y diamantes que nos tenía enlazados a El como tórtolos en torno del nido.

Y muy disimuladamente cada uno secó alguna lágrima furtiva que temblaba en las pestañas. Si el pensamiento de los cuatro hubiera podido reflejarse en un espejo, habrías visto como esculpida con luz de las estrellas la radiante imagen del Cristo que los contemplaba desde lejos.

—Es verdad -—dijo por fin Judá—. Cada uno de nosotros debe esbozar su plan de acción, como el que va a construir un edificio, o cultivar un campo, o realizar un viaje.

—O preparar una batalla —añadió Ilderin—, pues presiento que tendremos dura guerra con los que rechazaron al Ungido de Dios.

—Lo presiento igualmente —añadió Faqui— porque si hubo malvados e ingratos para El que sólo derramaba dones divinos sobre cuantos se le acercaban, ¿qué no será para nosotros que nada tenemos para dar sino el reflejo lejano de sus bondades, de su palabra, del fuego santo de su amor que prendía hasta en las piedras de los caminos?...

—Yo pienso —dijo Marcos— que con El todo lo podremos realizar, y sin El nada haremos que nos merezca el nombre de discípulos suyos. Con su enseñanza en los labios y el fuego de su amor en el corazón, ¿no seremos capaces de conmover el mundo? Desde mi adolescencia fui aprendiz de Escriba del Gran Colegio, después lo fui Titular. Creo que no sería mucha presunción de mi parte si dijera que estoy dispuesto a ser Escriba del Cristo y de su obra de redención humana.

—Muy bien Marcos —dijeron los tres que le escuchaban. Marcos ha decidido ya su camino.

—Y yo el mío —añadió Faqui— y lo decido basándome en las mismas palabras que Jhasua me dijo una vez: Sembrarás mi doctrina en el África Norte entre las palmeras y las acacias de la Matriarca Solania, hasta que al final de los tiempos seas conducido sin el concurso de tu voluntad hacia los hielos eternos".

—Y ¿qué final de tiempos es ése? —interrogó Ilderin.

—Eso es lo que falta por averiguar —contestó el africano— pues muchas de las palabras enigmáticas que le oímos decir, han quedado sin una explícita aclaración. Pero yo tengo medio de saberlo por el príncipe Melchor de Horeb y el Maestro Filón que por hoy son las lumbreras del África Norte.

—Bien, ya son dos que han marcado su rumbo —dijo después de un breve silencio el príncipe Judá. Me toca el turno ahora y creo que Jhasua mismo, desde su Reino de Luz me lo está diseñando.

Mi situación de príncipe judío y ciudadano romano me ofrece dos grandes campos de trabajo. En la tierra nativa tengo la mayor parte de mis bienes materiales. Y en Roma cuento con las grandes vinculaciones que conquistó la gloria de mi padre adoptivo Quintus Arrius, y tengo mi Villa del Lacio cuyos bosques y praderas se acercan hasta Ñapóles. ¿No serán estos dos grandes escenarios donde yo debo actuar en nombre y en memoria de Jhasua?

—¡Ciertamente! —contestaron sus tres interlocutores. Aparecen bien delineados tus caminos.

—Y por fin sólo falto yo —dijo Ilderin. Mi campo es la Arabia donde nací y donde estoy inmensamente querido por los grandes y los pequeños. El Rey Hareth me cuenta entre los treinta caudillos que le ayudan a llevar el peso de su cetro y su corona, y el peso de todo el país.

www.formarse.com.ar

El Desierto ha quedado sin Patriarca a la muerte de Jhasua, y sin yo comprender por qué, él me entregó la cinta de oro de Setenta rubíes en los días anteriores a la Pascua, y estando en tu palacio, Príncipe Judá. Recuerdo que me dijo en un aparte conmigo: "Guárdame esto en lugar muy secreto donde tú solo lo sepas, que más adelante sabrás lo que es". Después de su muerte y cuando ya íbamos a emprender viaje a Galilea donde El nos esperaba, abrí les paños de lino de su legado y me encontré con la cinta sagrada, símbolo de la suprema autoridad moral de Patriarca del Desierto. Yo iré a mi país, congregaré a todos los Jefes de Tribus y sabrán que fui fiel al sagrado depósito. .

— ¡Y te harán Patriarca del Desierto! —dijo Judá de inmediato— y ya está marcado también tu camino.

— ¡Sea o no el elegido para serlo, sé muy bien que mi camino está allá donde el sol arde como fuego en las arenas y corre el simún como un caballo desbocado!... También entre las dunas amarillas y resecas, florecerán los rosales de Cristo que soñamos proclamar Soberano Rey del Oriente.

Sin saber qué fuerza oculta les impulsaba, los brazos se cruzaron unos encima de los otros y las manos se enlazaron como ligadas por una invisible cadena.

Una intensa vibración de amor les estremeció a los cuatro como si una ola de fresca brisa aromatizada de jazmines y de rosas hubiera penetrado por la ventana abierta hacia el bosque y hacia el lago. Y los cuatro repitieron a media voz y con toda la intensidad de una plegaria del alma: "Donde tres o cuatro están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". Y en hondos sollozos fuertemente contenidos en lo profundo del pecho, pareció esfumarse la íntima confidencia.

Los cuatro amigos se encontraron de pie en el centro de la alcoba y con las manos fuertemente enlazadas.

Como un soplo divino, el amor del Cristo había cruzado en medio de ellos con un desbordamiento de inspiración y de fe en el supremo ideal y en la voluntaria ofrenda de sí mismos hecha a la humanidad por amor a Él.

Cada uno se sumergió en su mundo interno en ese suave y dulce silencio, evocador de recuerdos de días y horas que ya pertenecían al pasado y que el supremo amor al ausente hacía revivir con fulgores de llamarada viva que se encendía de nuevo!...

Cuando la ola de emoción se hubo atenuado, el Scheiff Ilderin habló el primero.

—Puesto que cada uno hemos decidido esta noche el camino, es justo que lo comencemos a andar desde mañana. Algunos de mis hombres de armas me esperan en Jericó. Todo el cuerpo de ejército de lanceros se volvió al desierto tres días después de la muerte del Profeta de Dios.

—También mis lanceros Tuareghs volvieron a Cirene —añadió Faqui— y yo necesito con urgencia entrevistarme con mi padre que debe estar desolado por el fracaso aunque tengo esperanza de que el Príncipe Melchor le haya calmado. Dejaré a Thirza y la niña con tu madre si aún habéis de permanecer en vuestra casa de Jerusalén.

Estas últimas palabras iban dirigidas al Príncipe Judá.

—Yo volveré a mis tareas en Joppe, que aunque tengo allí excelentes auxiliares no puedo retardar por más tiempo mi regreso. Pero me es duro quitar a Ana del lado de su madre —dijo Marcos.

Y como parecía esperar, intervino Judá:

—Llévate a las dos, o sino me llevo a Myriam a mi casa.

—Si es que ella acepta dejar su vieja casa de Nazareth —añadió Marcos nuevamente.

—Yo permaneceré aún por un poco de tiempo más en Jerusalén, lo bastante para ver el camino que eligen todos los demás. "Tú eres el árbol fuerte a cuya sombra se cobijarán los míos que dejo en la tierra" me dijo Jhasua cuando me volvió a la vida aquel día fatal de su muerte.

Esas palabras encierran un encargo, un legado al cual no puedo ni debo faltar:

—Quiere decir que estamos en perfecto acuerdo —dijo el Scheiff— y creo que podemos descansar hasta que venga el día...

Al mismo tiempo de las escenas anteriores, otros pensamientos, anhelos y programas se esbozaban en las demás alcobas de la torre y del piso primero del viejo Castillo, pues solamente los ancianos permanecían en esa resignada quietud de los que creen no tener ya tiempo para diseñar programas a realizar. Entre el cansancio de los años y el tremendo dolor sufrido recientemente, no veían otra cosa que sus últimos días llegando apacibles, como mansas olas coronadas de espuma que vienen a besar los pies...

Bdanerges había llevado a su pabellón de la torre a algunos jóvenes galileos amigos, de las orillas del Lago y de los pueblos cercanos para quienes el viejo Mar de Galilea era el paseo favorito de los días festivos, en que Antipas y su corte deshojaba como flores sobre las aguas el esplendor de sus balsas flotando donde cortesanas

abrillantadas de perlas y de oro y cortesanos adulones, lo embriagaban de placeres, de música, de cantares y de danzas.

Con él estaba aquel esclavo Sipro que Jhasua había curado de su sombría tristeza en el Valle de las Pirámides, en una noche de luna, bajo el cobertizo de los camellos, en pleno desierto... Con él estaban aquellos dos jovencitos tuberculosos que sus padres llevaban a morir en la cabaña del cerro, y a quienes Jhasua volvió a la vida cuando ya la muerte los seguía de cerca.

... Y con Boanerges estaba también aquel joven de Arquetáis que a rastras le sacaban de la ciudad para lapidarlo por acusado de blasfemia y que Jhasua lo compró como esclavo para salvarle la vida, y cuyo nombre era Jehiel. Y aunque otros había alojados allí, menciono sólo estos por ser conocidos por los lectores de "Arpas Eternas".

Algunos apenas si llegaban a los 30 años, y los había de vehemente temperamento que había sufrido lo indecible con el espantoso sacrificio de Jhasua cuya inefable bondad para todos hacía más horrible e infame la injusticia que se había cometido con El.

En la alcoba de Boanerges, el dulce ruiseñor de los bosques de Mágdalo, llameaba ardiente la rebeldía como una hoguera en noche de vendaval.

Si aquellos pensamientos vivos como rayos de fuego hubieran podido materializarse, se habría visto el Castillo de Mágdalo aquella noche envuelto en llamas desde los cimientos hasta el último desván de la torre.

Boanerges les dejaba desgranar sus quejas amargas como una cascada de perlas negras que salían atropelladamente de aquellos corazones de hombres jóvenes lastimados hasta lo más profundo por aquella muerte injusta, cruel y bárbara con que los malvados hombres del Templo de Jehová habían terminado la vida más noble, la vida más pura y más buena que vieron los siglos!...

¡Cómo había sido posible?...

¿Cómo el justo Jehová lo había permitido?... ¿Qué estaban haciendo los ángeles de Dios cuando martirizaron al Justo, que no se precipitaron desde los cielos infinitos como una legión de espadas flamígeras para aniquilar a los malvados y libertar al Santo, al Justo, al hombre del amor que de amor había inundado a la tierra?...

¿Sería acaso que no existían los cielos, ni los ángeles de Jehová, ni Jehová mismo, y que todo era un espantoso vacío donde no había más que la fuerza bruta de los malvados y el dolor y la impotencia de los débiles?...

Cuando el gran dolor llegó al paroxismo y el caos convertido en vorágine amenazaba arrastrar en su torbellino las almas, Boanerges salió de su quietud, se levantó de su diván de reposo, cerró puertas y ventanas, corrió las gruesas cortinas que aislaban su pabellón del exterior y tomando su laúd comenzó a preludiar la más dulce de sus melodías que había titulado: "Por ti creo en Dios" y la había dedicado a Jhasua dos días después de su muerte:

¡Señor te has ido a tu Reino
Y en la tierra quedé yo
Como un pajarito implume
Que del nido se cayó!

¡Señor!... ¿En qué pecho amigo
Mi frente descansará
Si no estás Tú que sabías
Todas las penas curar?

¿Quién hizo tu alma tan buena
Y entretejida de luz
Como si en ella estuvieran
Los astros del cielo azul?

¿Por qué tu alma estaba llena
De aquel infinito amor

Que desbordaba a tus ojos
Y se irradiaba en tu voz?

¡Jhasua!... ¡Excelso Jhasua!...
Porque te he visto Señor
Viviendo toda una vida
Como un poema de amor.

He comprendido que vive
El Bien Supremo y Eterno...
¡He comprendido Jhasua
Que en los cielos vive Dios!

* * *

El silencio se había mantenido acaso con inauditos esfuerzos de los que escuchaban el cantar de Boanerges; pero cuando sonaron sus últimas palabras y el laúd continuó vibrando suavísimamente en la oscuridad, un coro de sollozos, hondos, profundos, estremecidos, susurró en la alcoba como el murmullo ronco de un río embravecido cuyas aguas chocan en las rocas de la orilla.

Y el laúd de Boanerges seguía llorando, gimiendo como el gorjeo doliente de un ruiseñor cautivo entre rejas que llama a su compañera.

¡Y la tempestad se diluyó por fin como un vendaval momentáneo en una mansa quietud!...

—Hemos pecado contra el Altísimo y contra el Profeta de Dios —dijo Sipro serán lo sus lágrimas. ¿Cómo hemos podido dar cabida a la serpiente de la duda después de haber oído y amado al Profeta de Nazareth?

—Es cierto —afirmó Jehiel. Porque estaba Dios en El, pudo salvarme de morir apedreado como un criminal.

—Y también porque Dios estaba en El nos salvó de la muerte cuando habíamos arrojado, a pedazos nuestros pulmones deshechos —añadió el mayor de los dos hermanos salvados de la tuberculosis por el poder extraordinario del Cristo Divino.

— ¿Qué haremos ahora?... —interrogó el que hasta entonces no había hablado.

—Trabajar para que El siga haciendo desde sus cielos de amor lo que hizo todo él tiempo que vivió en la tierra —contestó Boanerges secando también sus últimas lágrimas.

Yo continuaré en este Castillo mientras su dueña necesite de mi laúd de mi voz y de los nidos de ruiseñores que voy aclimatando a los bosques que le rodean. Si ella me despide ingresaré al Santuario del Tabor donde puedo ser útil para cantar los salmos en la oración de los Ancianos

—Y yo —dijo Sipro—, seguiré como hasta hoy al Príncipe Judá, que, a su lado pasé la infancia y a su Urlo estoy en la actualidad. Junto a él estoy cierto de seguir sirviendo y amando al hombre santo que curó la tristeza de mi alma atormentada.

—Nosotros ya enterramos nuestros padres hace diez lunas, y el Profeta de Dios nos dio hogar en la Tapicería de Hernani en el suburbio de Tiberias. Allí seguiremos, que también era gran amigo del Profeta y por amor a El nos retendrá a su lado —añadió el mayor de los mozos de Arqueais.

Jehiel callaba y un hondo dolor se adivinaba en él. Como el silencio continuara, Boanerges le preguntó:

—Y tú: ¿adonde vas? —El dobló sobre el pecho la cabe/a y con sorda voz contestó: A mi cabaña solitaria y helada) porque enterré a mi madre hace cincuenta días.

— ¡No! —Gritó Boanerges y de un paso ligero se puso a su lado—. Yo partiré contigo esta alcoba y me ayudarás a cuidar las garzas y las palomas y a poblar de alondras y ruiseñores los bosques de Mágdalo. Apenas claree el día hablaré a la señora por ti: Y si ella deja el Castillo, iremos ambos al Santuario del Tabor. ¿Aceptas mi ofrecimiento?...

...Jehiel continuaba mudo... Dirías que la palabra se había quebrado como un cristal en su garganta, hasta que por fin se abrazó de Boanerges y lloró a grandes sollozos. Lloraba por su madre muerta y por el Profeta Nazareno, muerto también dejándole más profundamente solo en su vida.

—Yo te enseñaré a cantar salmos —continuaba diciéndole Boanerges corno si arrullara a un niño pequeño — y seremos dos ruiseñores más en los bosques de Mágdalo...

* * *

¡También en esta alcoba de la Torre estiba diseñado el camino de las golondrinas errantes que habían seguido al Profeta...que posadas en los brazos de la Cruz le habían visto morir en ella, como una hostia blanca de propiciación sobre el ara de piedra de la humanidad delincuente!

EL ÚLTIMO BOTE

En toda aquella silenciosa caravana cíe botes que detrás del velero azul y blanco habían atracado a los muelles de piedra del viejo Castillo, seguramente no había más que una indescriptible angustia, una sensación dolorosa de desilusión de algo que se escapa y que ya no puede ser más.

Y en el último bote remaba el tío Jaime, Felipe el joven y Judas de Saba uno de aquellos Terapeutas salvados por el Maestro de morir de hambre amarrados con cadenas en una gruta del devastado santuario de Samaria. Iban también allí varias mujeres, entre ellas Dina de Sebaste, hermana menor de Judas, Harima de Sidón y Simi, una de las niñas ciegas salvadas de la muerte por Judas y curadas por el Maestro. Esta niña, ya mujer se había cambia o el nombre por el de Rebeca, por su entrañable cariño y admiración hacia la esposa del Patriarca Isaac.

El hecho al parecer inexplicable de ir el tío Jaime remando en el último bote parece explicarse así.

Esperó el embarque de todos los que buscaban refugio en una u otra casa de las orillas del Lago, y viendo que Myriam, su hermana era conducida al Castillo de Mágdalo. se decidió por ir él también allí. Había sido como la sombra del Hijo en sus andanzas de apóstol, y continuaría siendo la sombra de La madre mientras alentara la vida en su ser.

Uno de los vigorosos remeros del último bote era el hijo segundo del Scheiff Ilderin Abul-Krid y como hermano mayor estaba casado con la hija de Harima, quiso acompañar la soledad de esta desolada mujer para quien la vida era fría como un sepulcro después de todas las crueles separaciones que había sufrido.

Separada de su primero y único marido el Rey Hareth de Arabia, separada de la sociedad de los hombres civilizados por aquella terrible venganza de fuego que realizó contra su ex-marido, pero que afectó á todo el país de un extremo al otro; separada asimismo de su país natal y de toda su parentela de Sidón, era una soledad de tumba abandonada que le consumía la vida en lenta agonía.

Y Judas de Saba remaba también en el último bote por que buscaba una confidencia íntima con el tío Jaime, el tío Providencia como le llamaba Jhasua por sus hermosas y discretas combinaciones en cada una de las cuales dejaba arreglados y resueltos varios problemas. Se trataba de solucionar otra soledad de sepulcro abandonado como la de Harima, y era la soledad de Dina de Sebaste, su hermana, una joven y bella mujer que apenas llegaba a los 29 años de edad. Y Judas de Saba se creía culpable hasta cierto punto de aquella soledad.

Cuando él ingresó a los Terapeutas del Santuario del Monte Ebath, Dina era una niña de 10 años y vivía al lado de su madre ayudándola en el laborioso cuidado del gusano de seda, pues tenían en su huerto un hermoso plantel de moreras. Un pequeño olivar plantado por sus antepasados, un viñedo y un castaño y con frescas hortalizas cultivadas con esmero y amor, era más que suficiente para la vida de ambas. Y aún podían darse la satisfacción de que Judas, el hijo Terapeuta socorriera a los protegidos del Santuario con parte de los productos del huerto familiar.

Pero cuando vino la devastación de aquel Santuario que se transformó en cuevas de bandidos y malhechores, el huerto familiar tan inmediato a él fue también arrasado y robado. Más aún, fue maltratada su dueña que intentó defender lo suyo, y poco tiempo después murió, dejando a su hija de 13 años sola en el mundo, pues nadie daba razón del paradero de Judas.

Tú, lector y yo, sabemos que los bandidos le tenían amarrado en el fondo de una bodega para que no denunciara los crímenes de que era testigo- Dina tenía 13 años y el menos feroz de los bandidos y el más joven, se apiadó de ella y compartió el hogar solitario donde ella lloraba aún la muerte de su madre. Pero no le reveló el secreto de su hermano por temor sin duda a las represalias de sus compañeros.

Y fue este el origen de los extravíos morales de Dina de Sebaste que la tradición ha recogido, y sólo ha dado conocimiento del breve pasaje del Divino Maestro ofreciendo agua de Vida Fraterna a una mujer samaritana que iba por agua al llamado Pozo de Jacob, donde El estaba sentado esperando a sus discípulos.

Conocido este episodio, se comprende bien el dolor interno de Judas, su hermano, que se sabía culpable del abandono de su madre y de su hermana, muerta antes de hora la una y deshecha en su vida íntima la otra, porque él se salió del camino marcado por la ley, que es quien protege a toda criatura que se acoge a su amoroso regazo.

Dina, envejecida en el alma y en el cuerpo a los 29 años, engañada miserablemente por los hombres que buscaron su amor, sólo había encontrado un hombre en su senda de cardales silvestres que nada le había pedido y que la había incendiado de amor y de ternura diciéndole:

"A cambio de esta agua que me das de tu cántaro, yo te daré Agua de Vida Eterna que apagará para siempre tu sed". Y enterado de su vida desordenada por la maldad de los hombres y las injusticias inconscientes de las sociedades humanas, la envió a la Cabaña de las -Unidas del Santuario del Carmelo hasta que fuera posible orientar su vida de acuerdo con sus propias inclinaciones. Y en esa Pascua última adonde había concurrido para ver el triunfo de aquel hombre único que junto al pozo de Jacob le brindó amor compasivo y tierno sin pedirle nada, tuvo el inmenso dolor de verle condenado como un malhechor y morir entre dos ajusticiados con la muerte de los esclavos delincuentes y rebeldes!...

¡Pobre Dina!... Los cardales silvestres que desde su niñez le brindaron espinas, se habían convertido en puñales cuyas puntas la cercaban por todas partes.

En las tremendas encrucijadas de la vida se habían perdido de vista con su hermano Judas, y volvieron a encontrarse en esa última Pascua en los atrios del Templo de Jerusalén cuando el Maestro realizaba su última entrada gloriosa el día de las palmas.

El encuentro fue un abrazo mudo y un sollozo contenido fuertemente por ambos. No podía haber recriminaciones ni quejas, porque uno y otro habían errado el camino y las duras consecuencias de ese error les habían estrujado y exprimido la vida como una fruta madura.

—Desde hoy velaré por ti —se había limitado a decirle Judas. ¿Tienes marido?

—No.

— ¿Tienes hijos?

—No. Sólo tengo el amor de un hombre que no es como los demás... Es como el azul del cielo, como el agua de la fuente, como el perfume de mi huerto en flor..., como la luz del sol que todo lo anima... Lo llaman el Profeta Nazareno.

—¡Jhasua!... el Divino Maestro, el Cristo que Israel se propone coronar rey en esta Pascua, exclamó Judas asombrado de lo que oía.

—Para verle he venido —añadió Dina— juntamente con dos de las ancianas del Monte Carmelo.

—¿Y dónde te hospedas? —volvió a preguntarle su hermano.

—En el palacio Henadad donde se albergan los galileos —le contestó ella.

—Yo estoy en el Refugio del Monte de los Olivos ayudando a los leprosos y huérfanos refugiados allí.

He aquí el motivo por qué Judas de Saba reinaba en el último bote al lado del tío Jaime que encontraría seguramente el medio de solucionar el problema de la soledad de Dina que aún no tenía 30 años de vida. Y lo resolvió! ¿Cómo no había de resolverlo el tío Providencia tan amado y tan amante de Jhasua?

Después de algunas conversaciones de él con Judas y con su hermana, la dulce Madre del hombre santo que todos lloraban, Jaime dijo a Dina en presencia de Myriam y de Judas:

—Por el amor de la Santa memoria de Jhasua, haré como El hizo en su vida de Khrisna y de Moisés: tomaré por esposa a la infeliz ultrajada y abandonada, si ella acepta unir su vida a la mía; aún no soy viejo a mis 45 años y puedo servir de amparo a una mujer abandonada. Judas exhaló casi un gemido de asombro. Myriam en silencio secó dos gruesas lágrimas que brotaren de sus ojos entornados y Dina rompió a llorar a grandes sollozos.

Jaime la miraba sereno, reflejándose en su rostro la tierna compasión que sentía por ella... Aquel silencio de expectativa y espera parecía demasiado largo. Judas sensitivo en extremo temblaba de interna emoción. Myriam continuaba llorando en silencio.

Por fin la dolorida Samaritana habló con apagada voz que parecía venir de lejos:

—Si tú así lo quieres, yo te serviré como una esclava que nada tiene para ofrecerte sino este harapo de humanidad que hicieron de mí los hombres pérfidos y malvados. Y cayó de rodillas y su cuerpo se dobló sobre la tierra.

Entonces terminó la serenidad de Jaime y doblándose también hacia la llorosa mujer la levantó de su humillante postración.

— ¡Esclava no! gritó con una emoción que hubiera parecido ajena a él cuya dulce tranquilidad era proverbial. ¡Esclava no! volvió a exclamar, porque sería infamar la memoria de Jhasua que su tic Jaime tuviera así desprecio para una desventurada víctima de la maldad humana.

Serás mi esposa y viviremos con mi hermana Myriam que por la muerte de la abuela Martha ha quedado sola en su casa de Nazareth. ¿Aceptas? —Y le tendió su mano. Ella, aun de rodillas, la estrechó con las dos suyas y dobló su bella cabeza rubia sobre aquella mano amiga que se tendía hacia ella en el supremo desamparo y abandono en que se encontraba.

El sublime amor del hombre único que junto al pozo de Jacob la había consolado de su desgracia sin pedirle más que agua de su cántaro; la envolvía nuevamente en su inefable ternura desde su Reino de Luz, la dignificaba con el nombre de esposa de un hombre honorable y justo y le abría la puerta de un hogar bendito... su propio hogar, santuario de honradez y de santos amores donde El mismo había pasado los días más felices de su vida!

La ternura de Myriam se desbordó sobre ella y besándola tiernamente le dijo:

—Hija mía —por tu grande amor a mi hijo, mi corazón te recibe también como una hija- No llores más pobrecita mía, que entre Jaime y yo te haremos olvidar todo cuanto has padecido.

Ya ves lector amigo, que estos viajeros del último bote decidieron su camino demasiado pronto y demasiado a tono con la dulce memoria que en medio de todos los que le amaron había dejado el Cristo Divino, eterno sembrador de paz, de consuelo y esperanza entre la humanidad! Y El, viendo la noble acción de su tío Jaime habría exclamado seguramente:

¡Gracias Padre mío porque florecen los rosales de amor que sembré en tu Nombre sobre la Tierra!

Los hombres y mujeres del último bote, llegaron también los postreros como es lógico y natural, y casi cuando los demás huéspedes habían sido debidamente instalados. Pero Abud-Krid buscó a su padre y le participó que había traído en su bote a la madre de Arimé su nuera. La noticia pasó de Ilderin a Judá y de éste a Nebai, lo cual hizo que María se preocupase con especial atención de esta huésped que años atrás había conocido en Sidón

cuando ella viajaba por los puertos y grandes capitales de la costa oriental y norte del Mediterráneo tratando de elegir vivienda para el reste de su vida, sin saber, claro está, que su ley la había hecho nacer en Mágdalo de la Provincia Galilea porque ese sería el nombre que acompañaría el suyo familiar, por todos los siglos que habían de venir. En aquel entonces, Harima de Sidón estaba en todo el esplendor de su vida en la corte de su padre, el príncipe Antenor, descendiente de los Seleucidas y la había invitado a un gran festín en su palacio estando pedida su mano para el Rey Hareth de Arabia.

Envuelta en oscuros velos había pasado desapercibida entre todas las mujeres que desde Jerusalén siguieron hasta Galilea en compañía de los discípulos del Profeta martirizado en el Gólgota. La habían visto ayudando a Vercia la Druidesa gala a encender el gran fuego sagrado al pié de la montaña trágica, pero había desaparecido después. Anabí la había conducido a una posada conocida por él desde hacía tiempo, y allí permaneció abstraída en su dolor silencioso hasta el momento de marchar a Galilea junto con los amigos de Jhasua.

Y ya en el Castillo de Mágdalo sufría el hondo tormento de los recuerdos buenos y malos; pero en aquellos momentos, un solo recuerdo le absorbía la vida: los ojos divinos del hombre justo que había visto morir ajusticiado sobre un madero en cruz en el Gólgota, y que un día la había reconciliado con la vida, la había desenterrado de una tumba en los fosos del Peñón de Ramán, le había hecho florecer de nuevo el amor maternal ahogado por su fiebre de venganza y le había devuelto su único amor en la tierra; el amor de su hija A rimé.

"El mató a la fiera que vivía en mí, ebria de furor y de venganza" —decía aquella mujer en el lenguaje mudo de sus pensamientos profundos y ardientes como llamas de aquel incendio fatal... —El mató a la fiera pero despertó a la madre... y ¿por qué no decirlo? Despertó también a la esposa que hoy en una eterna agonía, añora la amada presencia del príncipe árabe apasionado y gentil que adoraba su flor de oro, como él la llamaba, por encima de todas las cosas... ¡Desventurada de mi que no supe sacrificar mis veleidades y caprichos para conservar su amor, que no valoré como debía entonces y por el eral hoy me arrojaría a sus pies como una garza herida y deshecha que va muriendo lentamente de frío y de soledad!" Y un profundo sollozo se escapó de su pecho.

Harima había sido instalada en un hermoso gabinetito contiguo a la sala de música y al gran salón de festines del Castillo de Mágdalo. Por compasión hacia la madre política de su hermano Malec-Hadel, Abul-Krid, se quedó recostado en un diván de la sala de música inmediato.

Todas las vibraciones de nuestro yo íntimo se difunden a nuestro derredor, más cerca o más lejos según

www.formarse.com.ar

las fuerzas que llevan en el esas vibraciones Son como ondas concéntricas de un fuego invisible y silencioso pero tan intenso y sutil que puede llegar a producir amarga tristeza a los más sensitivos que alcance a tocar la poderosa corriente.

Y Abul-Krid tocado por esa fuerza se puso intensamente dolorido. Pensó en su madre muerta (una esposa secundaria del Scheiff Ilderin y luego en la ingrata novia que dejó su primer amor como se arroja al camino una flor que no interesa, y enlazó su vida a un poderoso caudillo, jefe le los guerreros Partos del Norte. En su silencioso insomnio sintió el sollozo de su vecina del gabinete contiguo y creyéndola enferma llamó quedo a la puerta entornada.

Harima levantó la gasa escarlata que velaba la luz de su lámpara a fin de ver al que llamaba. — ¿Quién llama?— preguntó ya incorporada en su diván.

—.Soy yo, Abul-Krid, Señora, ¿estáis enferma?

—Del cuerpo no hijo mío, pero sí del alma, tanto, tanto que quisiera morir—le contestó con tenue voz la mujer.

—¿No os ofendéis si entro? —volvió a preguntar Abul-Krid.

¡No niño, no! Entra si así lo quieres.

—También soy yo un enfermo del alma señora —le dijo el joven hijo de Ilderin— y no sé si seré yo quien os he contagiado mi tristeza amarga como las aguas del mar o si la vuestra se ha pasado toda a mi corazón.

—En mi tierra se decía que cuando dos copas de acíbar se unen, son veneno de muerte —contestó Harima tratando de mantenerse oculta en el casco de sombra que proyectaba la rígida gasa escarlata que velaba la lámpara, mientras Abul-Krid quedaba en el ángulo luminoso de la misma gasa que ella había levantado.

Era aquél un Ilderin de veinticuatro años según el parecido que tenía a su padre. Alto, delgado y grácil como una joven palmera del desierto, su figura resultaba atrayente en extremo. Unos ojos negros profundos llenos de melancolía y una barba de ébano que apenas se esbozaba en la palidez mate de su rostro, le daban todo el encanto de una belleza varonil, sugestiva en alto grado. .

— ¿Qué se hace perlas demás dependencias del Castillo? —preguntó la mujer por iniciar conversación.

—No lo sé señora, pero veo luz en todas las habitaciones. ¿Deseabais algo?

—Ya no deseó en la vida nada sino morir. Y a no ser por el amor de Arimé buscaría la muerte como único remedio a mi situación.

—Yo podría decir otro tanto, pero entonces, ¿de qué nos ha servido el Gran Profeta que acabamos de contemplar escondiéndose como un sol radiante tras del cortinado turquí de los cielos, si no bien ha partido a su Reino, estamos tirados en la arena como gacelas que las fieras han destrozado?

—Exacta figura has hecho Abul-Krid: gacelas destrozadas por las fieras del desierto ¡En todo tienes razón, pero eres un jovenzuelo y no está bien que yo hable así contigo. Tú tienes el hogar de tu padre y tus hermanos, pero yo no tengo hogar ni padre, ni hermanos. Quisiera salir de aquí mañana pues este hospedaje sólo nos puede cobijar esta noche.

— ¿Y a dónde iréis señora? Yo os puedo conducir a donde queráis.

—Ese es mi problema, Abul-Krid. No hay ningún lugar en la tierra donde yo sea esperada. ¡Ninguno!

—La casa de Arimé vuestra hija, ¿no puede ser vuestra casa?

— ¡No!, nunca! ¿Crees tú que una descendiente del último Seleucida puede vivir en los dominios del hombre que la infamó con el repudio...?

— ¡Es dura cosa en verdad! —exclamó el joven árabe; pero la vida es grande y fecunda en combinaciones maravillosas. La Tierra es grande también, y tiene hermosas praderas y montañas que suben hasta las nubes, y que aíslan a las naciones y a los pueblos; tiene mares que separan los continentes unos de otros.

¿No encontrasteis la paz en el Egipto a las orillas del Nilo?

—No AbulKrid... yo soy un ánade libre surgido hace treinta y cuatro años de las espumas del mar chocando en los peñascos donde se airaba como templo de mármol el palacio de mi padre. ¿No sabes que yo mandaba el más hermoso trirreme de Sidón? En el Serapiun del Príncipe Melchor recibí grandes atenciones y estoy agradecida por ello; me hubiera dejado morir allí de tristeza y de tedio, pero cuando su hermana me trajo a Jerusalén para celebrar esta Pascua de gloria según decían resultó de muerte, no quiero más volver a aquel silencioso encierro perfumado con incienso de Arabia y oyendo a todas horas esas suaves melodías de cítara que se infiltran en el alma como un dulce veneno... Mi vida es el aire del mar con sus tempestades y sus borrascas, con sus velas blancas como alas de pájaros, con los torneos náuticos en las grandes naumaquias donde los heroicos marinos se cubren de gloria y los luchadores parecen titanes surgidos de entre las olas

www.formarse.com.ar

rabiosas y agitadas...

Un quedo llamado a la puerta que comunicaba al salón, interrumpió la vehemente peroración de Harima.

El joven árabe abrió rápidamente. Era María con una criada que llevaba una fuente de plata con manjares y un ánfora de vino.

—Señora —le dijo; la despedida de nuestro gran Profeta nos puso a todos en un doloroso estado de ánimo, y hasta me hizo olvidar los deberes de la hospitalidad. Celebro que no estéis sola, que en estos momentos la soledad es atormentadora.

Y mientras decía así, acercó hacia su huésped la mesilla rodante donde la criada había puesto la rodela de plata con los manjares.

Abul-Krid iba a retirarse pero María le dijo: —Si eres tan gentil como tu padre, debes hacer compañía a una dama que está sola.

Como Harima continuara en silencio, María se le acercó aun más.

—Veo que estáis fatigada y aun creo que algo enferma.

—Gracias por vuestra hospitalidad; no estoy enferma sino entristecida como todos, y acaso más que todos —le contestó.

—¡ Si en algo os puedo aliviar!... murmuró María... Quizá os fuera más agradable estar con nosotras en el primer piso. Es aquello más íntimo y familiar. Entre temerosa e indecisa ante el retraimiento de Harima, María sacó de entre su túnica un pequeño envoltorio de lino blanco primorosamente bordado. Estaba atado con una cinta verde y oro de la cual pendía un sello...

—Si me permites —díjole María— te hago entrega de esto que ha traído para ti un mensajero de Petra que pasó por Jerusalén y al no encontrarte ha venido hasta aquí.

Harima dio un salto y se incorporó como si hubiera visto un reptil pronto a saltarle al rostro.

— ¡El sello de Hareth!... exclamó con la faz enrojecida como una llama.

—Si, señora, es del Rey Hareth y su mensajero espera en el pórtico del castillo.

Habrá sabido que salí del encierro a que me destinó y mandará llevarme atada a una cadena... Y exhalando un dolorido grito se desplomó sobre el diván presa de una horrible crisis de nervios...

María quiso socorrerla pero ella rechazaba violentamente todo socorro.

—Por favor Abul-Krid, sube al primer piso y llama en la última alcoba de la derecha.

El joven árabe obedeció rápidamente y pocos momentos después Nebai, Vercia, Ilderin, Judá y Faqui invadían el gabinete sin saber a ciencia cierta lo que ocurría.. . La infeliz Harima se retorcía en una convulsión horrible. Ni las compresas de agua de azahares, ni las esencias del más intenso perfume lograban calmarla.

—Llamad a Boanerges por favor —suplicó María— que lo que él no puede hacer, no lo hará nadie.

—Esperad —dijo el Scheiff Ilderin. Dejadme unos momentos solo con ella y creo que Nuestro Rey Inmortal Jhasua será conmigo para calmarla. Tomó el pequeño envoltorio de manos de María, tras de lo cual salieron todos de aquel gabinete.

— ¡Harima! —le dijo suavemente—. No juzguez como un tirano déspota y cruel a nuestro Rey caballeresco y noble. ¿Quieres escucharme? Te lo pido por vuestros hijos Malic, Adel y Arimé...

La tempestad iba calmándose y al oír tales nombres, la mujer comenzó n sollozar dolorosamente.

—No los veré nunca más —dijo entre sus sollozos, porque jamás pondré mis pies en esa tierra maldita...

— ¡Mujer!..., acabas de presenciar el más maravilloso acontecimiento que ojos humanos pueden ver y hablas de esa manera. ¡El que te sacó del Peñón de Ramán donde estabas sepultada, ¿no puede darte también la paz y la dicha?

—El entró en su Reino de otros mundos y no se ocupa de los infelices

—Espera, mujer... No sabes lo que dices. ¡No sabes lo que ha hecho tu hija Arimé desde que su padre tuvo el dolor de perder a la princesa Dalmira al dar a luz su primer hijo... ¿qué sabes tú de lo que es capaz de hacer una hija como la tuya, en el noble corazón de un padre como el Rey Hareth?

— ¿Qué me quieres decir con eso Scheiff Ilderin? —Preguntó vivamente Harima—. ¿Crees acaso que Hareth es como tú?

—Es tanto como yo, y mejor que yo. ¿Quieres leer su mensaje?

—Ábrelo tú y léelo. Yo no quiero leerlo.

www.formarse.com.ar

El caudillo árabe desenvolvió la cinta de lino y sacó el pergamino que venía allí. Paseó su mirada por aquellos caracteres firmes y finos y sus negros ojos se iban llenando de lágrimas. Cuando terminó la lectura silenciosa dijo:

—Escucha mujer lo que hace por ti el Ungido de Dios que acabamos de ver desaparecer como un astro soberano tras de las nubes del cielo. Y el Scheiff comenzó a leer:

"Harima: Sabes que fuiste mi gran amor de la primera hora de la vida. Sabes cuánto luché para que amases mi Arabia de fuego y te adaptases a nuestras leyes y costumbres. Pero no has comprendido ni sabes cuánto padecí al tener que doblar yo mismo mi frente ante el poder de la ley y la justicia de los reclamos de mis jefes de gobierno y de mis jefes de armas. Si lo hubieras comprendido no te habrías vengado de nuestro pueblo inocente de lo que juzgabas como afrenta al orgullo de tu raza.

¡Harima! La esposa que tomé en sustitución tuya está en el paraíso de Alá tres lunas hace, y mi corazón ha quedado solo en la tierra. La visión tuya que nunca se perdió en mi horizonte surge de nuevo más viva que antes. Si te sientes con fuerza para vivir la vida como corresponde a una esposa del rey de los árabes, ven a mi lado donde conquistarás de nuevo el amor de mi pueblo, porque el mío lo has tenido y lo tienes, pues que nunca pude olvidarte!...

Si aceptas, entrégate a Ilderin como si fuera tu padre y con él llegarás hasta mí que te espero.

Hareth.

Los sollozos de Harima casi ahogaban la vibrante voz de Ilderin que leía el fervoroso mensaje del rey Hareth. Era la tempestad desatada en la relva con espantosa furia. Era la lucha formidable entre el orgullo y el amor. ¿Cuál vencería?

Boanerges que había sido llamado anteriormente, esperaba a la puerta. La vibración de aquel intenso sollozar llegó a su alma como el grito de un ave herida... y de inmediato comprendió por qué le habían llamado...

Era su laúd el que curaba aquellas tempestades del corazón que él conocía mejor que nadie, no obstante su juventud. Y el trovador de los bosques de Mágdalo comenzó a desgranar sus melodías como perlas de cristal para el alma atormentada:

Gime el ave entre los bosques
Viendo deshecho su nido
Y llora su amor perdido
El humano corazón!...

Pero llega un nuevo día,
Se avivan las remembranzas...
Florecen las esperanzas
Como un divino arrebol!...

El amor de nuevo enciende
La claridad de sus cirios
Y se esfuman los martirios
En una explosión de azul...

¡Alma corre!... alma vuela
Que en una blanca mañana,
El amor en tu ventana
Bordará flores de luz!...

Los sollozos se habían extinguido en la penumbra de aquel gabinete encortinado de púrpura y el caudillo árabe esperaba la respuesta de la atormentada mujer. Y otra vez la canción del humilde y solitario trovador de los bosques de Mágdalo había hecho el milagro de curar un corazón doblemente herido por el orgullo y por el

amor.

Haritna ya serena habló:

—Dadme esa carta de Hareth, Scheiff Ilderin, y llévame hacia él cuando sea de tu agrado.

El caballeresco árabe dobló ante ella una rodilla en tierra y besándole la mano le dijo emocionado: Gracias señora en nombre de nuestro rey y mío. Mañana al amanecer partiremos hacia nuestra Arabia donde te espera la dicha y la paz.

Un suave halo de amor como una onda luminosa se esparció en aquel ambiente saturado de llanto y de pena y Harima y el Scheiff se levantaron de pronto como si una misma fuerza los hubiera impulsado. Los dos habían tenido el mismo pensamiento: Jhasua el Ungido de Dios a quien habían clamado en la hora acerba que transcurría, habíales enviado sin duda la radiación luminosa de su pensamiento a través de la tierna canción de Boanerges. Y al siguiente día el Scheiff con su hijo segundo Abul-Krid y su escolta de lanceros conducían a Harima a través del desierto a reunirse nuevamente con Hareth de Arabia que había sido su primero y único amor.

Jhasua, el Arcángel de Alá, el dulce Patriarca del desierto había vencido el orgullo que los separaba, y su eterno amor de Ungido divino los unía de nuevo en esa etapa de sus vidas eternas. "En su cielo de amor nada negaba al amor" parecía repetir lo que en la personalidad de Khrisna había dicho más de una vez.

SINTIENDO CANTAR LAS OLAS

En la vieja casona de Simón Barjonne heredada por sus hijos Pedro y Andrés se hospedaron por esa noche muchos otros de los discípulos que habían acudido a la ribera del Lago para recibir la última bendición del Maestro. Allí se encontraban los Doce como se llamaba familiarmente á los íntimos de su escuela de Amor Fraterno y de Sabiduría Divina.

La presencia de aquellos hombres, de edad madura todos, menos Juan, que solo contaba veintidós años, era para todos como una sombra de árboles gigantescos en la árida soledad del páramo en que habían quedado. Y ellos, por ese fenómeno psíquico tan común en las nobles naturalezas, se sentían gigantes para proteger y amparar a todos los que había amado el Maestro...

Sobre todo Pedro... Qué grande se había ensanchado su corazón a la vista de todos aquellos seres que le habían seguido y amado a El que ahora ño estaba en la tierra para consolarles y amarles!...

¡Y ellos se sentían amorosos padres para todos los huérfanos del gran padre y amigo que los había dejado!

El amor del Cristo Divino que desbordaba de ellos como un caudaloso manantial se expandió como un mar sin riberas por sobre todas las almas que les rodeaban. Ya no había lágrimas... ¡Habían llorado tanto!... Solo había incertidumbre sobre el mañana... dudas, vacilaciones... interrogantes más o menos hondos que acaso quedarían sin respuesta... ¿quién podría contestarles si ya no estaba El que todo lo sabía? En su ofuscación e incomprensión de lo que era en verdad el Maestro para todos ellos y para toda la humanidad no acertaban a imaginar que para un amor grande y eterno como el suyo, no existe la ausencia, ni la distancia, ni el tiempo. ¿No les había repetido innumerables veces que el Amor es más fuerte que la muerte?...

Entre los refugiados en torno a los Apóstoles en la vieja casa de las orillas del Lago, se encontraban varios de aquellos jóvenes árabes que el Maestro trajo consigo desde el Monte Hor. Los lectores de "Arpas Eternas" no habrán olvidado a los dos muchachos de la tragedia de Abu-Arish que tan profundamente interesaron el amante corazón de Jhasua. Ambos se habían unido en matrimonio con dos doncellas Itureas de aquella familia que en su primer viaje a Ribla encontró el Maestro, que con sus nueve hijos y toda una majada de ovejas y antílopes, querían incorporarse a la caravana que iba a Damasco.

Habían sido desalojados de sus campos y se lanzaban en busca de la piedad de un pariente lejano que acaso les diera auxilio. La piedad de Jhasua adolescente les había encontrado refugio hogareño y campos de pastoreo en la fértil Galilea donde quedaron definitivamente bajo el amparo de la Fraternidad Esenia, madre bondadosa de todos los desamparados. Y Abdulahi y Dambiri en sus andanzas de negocios como agentes ¡comerciales del Scheiff Ilderin bajo cuya tutela les pusiera el Maestro, encontraron sus almas compañeras en dos de aquellas doncellas Itureas, árabes de raza y de religión que unieron a ellos sus vidas ya que el mismo astro sereno les había alumbrado en sus horas amargas de dolor.

Abarina y Azurí habían encontrado el amor lejos de sus arrayanes y de sus palmeras, pero bajo la égida protectora de aquella dulce mirada que era halo de piedad y de ternura para todos los dolores de la vida.

Y Abdulahi y Dambiri, víctimas a los doce años de las rudas tormentas de la vida, vivían como en un sueño de paz y de dicha al lado de aquellas gacelas de las montañas itureas que les habían dado en hermosa ofrenda

dos robustos niños a los cuales, y en memoria del Maestro llamaron Jhasua-Ben al uno y Jhasua-Bel al otro con lo cual querían inmortalizar en la personalidad de sus hijitos dos grandes cualidades morales y físicas del Divino Maestro: Jhasua Bueno y Jhasua Bello.

¡Qué ingenio maravilloso da el amor para recordar y engrandecer al Amado!

La casa de Simón Barjonne de las orillas del Mar de Galilea donde aún parecía resonar la voz del Maestro deshojando sobre todos ellos sus lirios blancos de paz y de amor, se convirtió aquella noche memorable en un solemne recinto de asamblea y de audiencias donde los discípulos en unión con el anciano Simónides, José de Arimatea y Nicodemus, con Exequias y Eliezer del Gran Santuario de Moab más el Servidor del Carmelo Ezequiel de Esdrelon, tío de Juan, y los Servidores de los Santuarios del Hermon y del Tabor Abdías y Daniel —continuadores de la Obra apostólica desarrollada por el fundador de los tres Santuarios, Hilarión de Monte Nebo fallecido como se recordará durante la infancia de Jhasua, trataban de reemplazar con todo su esfuerzo y buena voluntad al astro sereno y radiante que se había eclipsado para ellos como un sor que se esfuma en el ocaso, dejándoles a ciegas andar a tientas entre las sombras de la noche incierta.

Y con amorosa ternura escuchaban las confidencias de todos los que referían sus situaciones del momento como si fuera un inmenso signo de interrogación en el oscuro telón del ignorado porvenir que se abría en el horizonte con trágicas amenazas.

Y así Abdulahi y Dambiri mejor dicho Castor y Pólux agentes comerciales del Scheiff Ilderin manifestaron haber sido instalados debidamente en el Puerto Mediterráneo de Gaza acompañado de Asvando su padre, aquel vendedor de café Moka que el amor del Cristo Divino había redimido en una gruta habitada por los Penitentes del Monte Quarantana. Zebeo y Juan hacían de notarios y el gran Libro Blanco de las anotaciones se iba llenando con los relatos recogidos en la silenciosa tristeza de aquella noche... Era necesario conocerlos a todos los que El había amado.

—¡Ni uno solo hemos de dejar olvidado, ni uno solo!... decía el anciano Tholemi con la voz temblorosa de sus largos años.

—Fue uno de sus últimos encargues hechos a los amigos ancianos —añadió José de Arimathea y a éste recuerdo el querido profesor hierosolimitano dobló la cabeza sobre sus manos y un silencio de suprema angustia se estableció por unos momentos.

—Yo he sido —dijo Simónides— desde el momento que conocí a mi Soberano Rey de Israel, como el administrador de los tesoros de su reino en la tierra; y su primer ministro el príncipe Judá me mantiene en esta posición, no importa la carga de mis años y aquí me tenéis todos dispuesto a continuar lo comenzado por El, la Santa Alianza, esa fuente inagotable de beneficios para todos los que le han amado y reconocido como al Ungido Divino sacrificado inicuamente por el Sanhedrín.

—No restemos brillo al divino recuerdo de la gloria en que El acaba de entrar con las sombras maléficas del espantoso crimen en que ésos infelices se han hundido para su desgracia —dijo el Servidor del Monte Carmelo, Ezequiel. —"Dejad a los muertos enterrar a sus muertos" decía El y continuemos nosotros su vida de amor y de paz para merecer su presencia eterna en medio de nosotros.

Y ante la mesa de las anotaciones donde antes tantas veces Habían comido juntamente con el Divino Maestro fueron desfilando todos cuantos recibieron a orillas del Lago su última bendición. Osman y Ahmed los dos jóvenes árabes que le acompañaron en su misión en Damasco y que eran agentes comerciales en Joppe como auxiliares de Marcos se presentaron ante el venerable Consejo de los Ancianos llevando cada uno de la mano una doncella tocada de blanco como las esenias y que también habían estado presentes a la gloriosa despedida del Maestro.

Entonces Tholemi de Alejandría que reconoció en ellos a los ex-discípulos de Melchor en el Monte Hor, se incorporó en el estrado, al mismo tiempo que ambas doncellas se arrodillaban según la costumbre para recibir la bendición de su amor. Y el anciano tembloroso y emocionado en extremo, las levantaba diciéndoles:

—Hijas mías, al amor no se le recibe de rodillas sino de pié, con la frente alta y descubierta para que caiga sobre vuestras cabezas la gloria de los, cielos desde donde El y no nosotros bendecimos vuestros esponsales. Y uniendo las manos de los dos muchachos con la diestra de sus elegidas les bendijo en su amor a la usanza de Arabia.

—En mi calidad de Administrador del Soberano Rey de Israel —dijo. Simónides, corre por cuenta de la Santa Alianza, la dote de estas doncellas.

—¿Cuando se realizará el matrimonio?

—De aquí a tres lunas según la costumbre de nuestro país.

—Bien; mi agente Marcos os entregará para entonces la llave de vuestros, nidos que vosotros llenaréis de

amor y de fe en memoria del que todos amamos.

Y aquellos humildes esponsales a la vera del Mar de Galilea, sintiendo, cantar sus olas y gemir el viento entre las encinas y las palmeras fueron a llenar otra página del Libro Blanco de anotaciones que continuaba llenándose con los nombres de los amigos de Jhasua.

LA HEREDAD DEL PADRE

—"La humanidad de esta Tierra es mi herencia eterna" había dicho más de una vez el Divino Maestro a los íntimos suyos. "Vosotros sois mis continuadores —había añadido— los herederos de este legado eterno".

Y llegó el momento de repartir la herencia... El Mapa-Mundi debería ser dividido en trozos, no para usufructuar sus riquezas, tesoros y capitales, sino para ofrendar esfuerzos, capacidad, voluntad y hasta la vida por las porciones de humanidad que a cada uno le tocara en suerte.

Y los discípulos apoyados por los Ancianos de los Santuarios y por José de Arimathea y Simónides comprendieron que no era en esa noche que debía enfrentarse con el inmenso problema de dividirse el mundo entre todos, puesto que allí no estaban todos los dirigentes de la Santa Alianza, cadena eterna de oro y diamantes que les había dejado el Maestro uniendo esfuerzos y corazones Resolvieron pues realizar una asamblea solemne unos días después y en un sitio determinado por unánime voluntad. ¿Qué día y qué sitio sería ese? José de Arimathea rompió el hondo silencio que siguió a ese interrogante.

—Ningún templo, ningún Santuario más santo y bendito, ni más amado a nuestro corazón que el hogar de Myriam, la madre mártir de nuestro Augusto Mártir.

Muchas veces estuve en ese austero cenáculo Nazareno y sé que honramos con ello su santa memoria. Llamemos allí a los más capaces de prudente colaboración: al Príncipe Judá, al Hach-ben Faqui, al Scheiff Ilderin, que fueron columnas firmes de sostén en el vasto edificio levantado por el amor del Cristo, y todos en pleno acuerdo esbocemos el plan a seguir.

Como la .noche avanzaba dieron por terminadas aquellas deliberaciones y hemos de pensar amigo lector que el sueño, el cansancio y el dolor aquietaron por fin aquellos corazones hasta el nuevo día que todos esperaban.

Y nosotros lector amigo, llegándonos silenciosamente como las sombras de la noche a la vieja casona de Simón Barjonne encontramos que Pedro, su dueño entonces no estaba en ella. Con solo dos palabras a su hermano Andrés habíase marchado no bien quedaron en suspenso las deliberaciones para continuarlas unos días después.

—Vuelvo a Judea —le había dicho pero estaré de vuelta de aquí a tres días. Y sin más explicaciones a su asombrado hermano había tomado de las cuadras un buen caballo de los muchos alojados allí desde que los amigos de Jhasua dejaron a Jerusalén, para correr a Galilea donde el Divino Amado les había dado la última cita de amor. Y Andrés le vio ajustar al cuello su turbante, embozarse cuidadosamente en su manto y salir a galope tendido por el camino del sur como un oscuro fantasma que pronto se perdió en las sombras de la noche.

— ¿A qué irá? —Pensó Andrés— grave será el asunto que le lleva cuando abandona la casa a esta hora y sabiendo que su presencia aquí es necesaria. Y se retiró al pabellón en que ya dormían sus compañeros. Y aunque hubiera querido dormir horas y más horas, río pudo conseguir que el sueño cerrara sus ojos. ¡Tan alarmante era para él la partida inesperada y súbita de Pedro!

¿Qué había pasado por el alma buena y sencilla de aquel hombre enamorado del Cristo al cual había negado en un aciago momento de inconsciencia y debilidad? Veámoslo. Cuando los últimos resplandores de aquel ocaso de gloria se habían extinguido borrando del infinito azul la imagen radiante del Cristo que desapareció a la vista de todos, Pedro se había refugiado entre una mata de arbustos a llorar sin consuelo posible... a llorar su pena por haberlo perdido y su desesperación por haberle negado justamente en los tráficos momentos en que El más necesitaba de amigos fuertes y fieles que fueran capaces de sacrificarlo todo por El. Es cierto que todo aquello había pasado como un relámpago funesto y El Amado Maestro era ya glorioso y feliz en el Reino de Su Padre. Pero las almas nobles y justas como la de Pedro no pueden sustraer Fe a esa angustia mortal que se llama remordimiento y que se aviva intensamente cuando al ser amado lo han perdido para siempre.

Y cuando semi tirado entre el césped, lloraba desesperadamente, sintió que alguien se acercaba sin ruido y le envolvía en una suave frescura.

Al descubrir su cabeza toda envuelta en el oscuro manto le vio a El... si a El que después de su negación

espantosa aún le prefería con su delicada ternura.

— ¡Pedro!... ¿Me amas? le preguntaba con su voz sin ruido la visión.

— ¡Oh Señor!... ¡Tú sabes que yo te amo aún cargado con la infamia y la iniquidad!...

—No es hora ya de llorar sino de realizar mis obras de amor. Hay otro que llora más que tú y que llama desesperado a la muerte...

— ¡Judas! —gritó Pedro porque captó el pensamiento del Cristo.

— ¿Sí, Judas? Ve hacia él que entre las sombras de una feroz demencia, ha luchado cuarenta días y está al borde de la sepultura. Le guarda un penitente en la que fue gruta de los leprosos en el Mente de los Olivos. Sólo tú que te sientes agobiado por tu pecado, puedes tener piedad de quien pecó más que tú. Anonadado Pedro por lo que veía no pudo articular palabra y la visión se había esfumado dejándole no obstante una llamarada viva de amor, de vitalidad, de nueva energía que lo hacía capaz de consolar en ese instante a todos los delincuentes desesperados que hubiera en el mundo.

Explícate pues, lector amigo por qué Pedro se había lanzado a carrera tendida en su caballo por el camino del sur.

Si al pasar por la puerta de una ciudad algún centinela le gritaba: ¡Alto ahí! El gritaba más fuerte: ¡Orden del Rey! y seguía corriendo sin detener

se y sin volver la cabeza atrás.

¡Decía la verdad! Era orden de su Rey al que él había tenido la debilidad de negar en una hora fatal, y al cual quería probar entonces que era capaz de sacrificarlo todo por obedecerle. Y el centinela quedaba inmovilizado por la certeza de que aquel hombre llevaría el aviso de un complot o el indulto de un reo que debía ser ahorcado al amanecer. Sólo dos veces se detuvo Pedro en su enloquecida carrera: en Arquelais y en Phasaelis para dar de beber a la pobre bestia que tan dócilmente le conducía a cumplir la orden de su Rey inmortal.

Cuando el sol se levantaría apenas en el horizonte, Pedro se detuvo al pié de los dos primeros cerros del Monte de los Olivos, que se abrían en una oscura garganta para dar paso al camino tortuoso y sombrío que llevaba directo a Jerusalén. Se apeó del caballo y llevándole de la brida comenzó a buscar la antigua gruta de los leprosos a donde más de una vez había acompañado al Maestro a remediar la angustia de los infelices atacados del horrible mal. Al volver un recodo de la montaña se encontró con un hombre de edad madura que recogía los últimos racimos de las vides trepadoras y olivas negras que alfombraban el suelo. Vestía como los penitentes de los esenios y Pedro le interrogó en el acto:

— ¿Eres tú el que guardas a Judas moribundo?

—Si será Judas, Jaime o Simón, no lo sé amigo, pero tengo en mi cueva un hombre que recogí medio muerto en el fondo de un barranco, hizo ayer cuarenta días y nadie vino por él antes que tú.

—Soy su hermano y vengo a buscarle — dijo Pedro con temblor en la voz, pues acababa de tener la comprobación de que la visión que tuviera la tarde antes era realmente de su amado Maestro que en el instante de entrar a su Reino quería unir en su amor a los dos infieles de la última hora: al que le había negado y al que le había entregado. ¡Cuan grande y excelso era su Maestro que amaba así a dos míseros reptiles que le habían herido con su veneno! Sin poderse contener Pedro cayó de rodillas ante el penitente asombrado y en entrecortados sollozos le decía:

— ¡Yo soy más delincuente que tú y debía vestir ese áspero capuchón y vivir en las cuevas apartado de los hombres!...

El penitente no comprendía el significado de las palabras que Pedro hablaba entre sollozos y se limitó a decirle:

—Cálmate hombre que tu hermano aún vive y yo te llevaré hasta él. Sígueme. El caballo de Pedro, suelto a medias devoraba el césped y los últimos pámpanos amarillentos de las vides que perdían lentamente sus hojas. ¡Había corrido tantas millas al empuje de aquel amo que parecía no conocer el cansancio y la fatiga!.

A poco andar, el penitente saltó sobre unos gruesos troncos de encina que cerraban el paso y detrás de ellos vio Pedro la entrada a la cueva que ahora la encontraba tan trágica y espantosa y que en otra hora le había parecido un paisaje hermoso en su agreste soledad.

Pensó en la augusta presencia de Aquél que ya no estaba a su lado como en aquella hora que ya no era más que un recuerdo y sus ojos se inundaron de llanto, quedando paralizado en la puerta.

—Entra hombre— le dijo el penitente. ¿No traías tanta prisa por tu hermano herido?

—¿Quién anda aquí? —preguntó la voz áspera de Judas. —Tu hermano Simón que viene a buscarte —

contestóle Pedro. Se hizo un silencio de muerte, durante el cual los que entraban comenzaron a percibir en aquella oscuridad el bulto de un hombre con la cabeza vendada y sentado en un lecho de pieles de oveja. Pedro se acercó hasta arrodillarse en el lecho y abrazó aquella cabeza vendada; y un rudo sollozo como el estertor de dos agonías juntas resonó en la tiniebla de la caverna, mientras el penitente hacía inauditos esfuerzos para dominar su emoción y también para comprender lo que pasaba en el alma de aquellos hombres. Cuando la tempestad calmó, Judas habló el primero. — ¡Pedro!... ¿Por qué viniste? ¿Pedro por qué viniste?... — ¡Porque El me mandó! —contestó Pedro, y se echó a llorar como un niño.

—Pero ¿El vive?... ¿Estás loco o no sabes que le mataron en la cruz de los esclavos rebeldes, aquellos verdugos infames a quienes yo le entreguépara que le reconocieran como Rey de Israel?

—Ha salido del sepulcro lleno de gloria y de majestad — contestó Pedro cuando pudo hablar. Y en el instante mismo de entrar en su Reino ha pensado en nosotros Judas; en ti que le entregaste a sus enemigos y en mí que le negué cobardemente cuando estaba prisionero!...

Este doloroso diálogo fue interrumpido por el Terapeuta que acudía todas las mañanas a llevarles los alimentos y a continuar la curación del herido. Al sacar los vendajes, encontró que las heridas estaban curadas y que los párpados se abrían perfectamente.

— ¡Señor! —gritó Judas como enloquecido. —Yo te entregué a la muerte y tú me has devuelto la vista perdida y la vida que yo quise terminar!

¡Hijo de Dios!... ¡Hijo de Dios! y cayó exánime sobre las pieles de oveja que durante su larga agonía le habían servido de lecho.

El Terapeuta acudió a las redomas que siempre llevaba en su bolso de peregrino con elixires, esencias y jarabes para procurar la reacción de los enfermos y con el pensamiento puesto en acción según ellos acostumbraban, después de unos momentos, Judas volvió a su estado normal.

—Ambos debéis tener calma y serenidad —dijoles el Terapeuta que era un hombre de unos 50 años. Sé lo que es el tremendo dolor de ver morir ajusticiado a un hombre amado en el cual se encerraba el ideal de justicia y dé bondad que en nuestra alma vivía como una antorcha divina. Yo fui esclavo del mártir Judas de Galaad sacrificado al mismo ideal por el que ha sido ajusticiado el Mesías anunciado por los profetas. Fui su esclavo por ley, pero fui su amigo, casi su hijo, por la comprensión y por el amor con que él anuló mi esclavitud para dejarme seguirle como una sombra en sus correrías de apóstol y de proscrito. Vosotros habéis tenido el consuelo supremo de ver la gloria del Cristo Mártir después de la tristeza del sepulcro y no Tenéis derecho ninguno a la angustia y a las quejas. Yo le vi pendiente de la horca, y pasé tres días luchando contra los cuervos que acudían a despedazar su cadáver hasta que Simón re Bethel, pariente suyo consiguió el permiso para darle sepultura en una cueva ignorada que solo yo conozco.

—Tienes razón —dijo Pedro— pero tú no pecaste contra él como nosotros hemos pecado. El remordimiento es un agudo puñal que nunca jamás podremos arrancar de nuestro corazón. Pareciera que se va hundiendo más y más hasta atravesarnos de parte a parte!

Judas lloraba en silencio, sin un movimiento, sin una señal de vida como no fueran gruesas lágrimas que rodaban de sus ojos entornados. Por fin hablo en un grito que parecía un quejido.

—Si El hubiera muerto maldiciéndome, hubiera yo sufrido menos, pero ha muerto amándome, y me sigue su amor como una luz que da más claridad a mi delito, y esto no lo puedo soportar Pedro!...

¡Mátame por piedad y me habrás hecho el más grande favor en esta vida!...

Y Judas estrujó las manos de Pedro, como presa de un delirio enloquecedor.

—Lavemos con lágrimas nuestro pecado Judas y tengamos el valor de vivir con el puñal clavado en el corazón, —dijote Pedro en quien se había despertado vivamente la conciencia de su deber. Y si El nos ha constituido herederos de la herencia eterna que le dio el Padre y continuadores de su apostolado del amor fraternal entre los hombres, no podemos claudicar de nuestro pacto con El porque nos haríamos doblemente culpables.

—Yo no podré compartir la tarea con vosotros nunca jamás —respondió Judas con indecible angustia. En todos estará vivo siempre el recuerdo de mi delito que para todos es una espantosa traición aunque yo solo sé el móvil que me impulsó. Fue la soberbia Pedro, fue el orgullo oculto y disimulado de quererlo al Maestro como un poderoso rey sobre todos los reyes de la Tierra, y Cierto de que fui yo el único de sus íntimos que había cooperado a su exaltación al trono de David y Salomón... ¡Quería su grandeza para engrandecerme yo por encima de todos vosotros!... ¿No lo has comprendido Pedro?

Me desesperaba hasta enloquecerme el amor y la confianza que el Maestro te brindaba a tí, la ternura paternal para Juan, su predilección por Zebeo y Judas el hijo de Tadeo... Y en mi locura de celos y de envidia

quise ponerme de un salto sobre todos y caí de bruces en este abismo de espanto y de remordimiento...

El Terapeuta cuyo nombre era Esaú, intervino nuevamente.

—Puesto que ambos sois discípulos íntimos del Mesías Mártir no os será desconocido el viejo proverbio de sabiduría que dice: "El amor salva todos los abismos". Y el amor salvará ese abismo en que te ves hermano Judas. ¿No te ama acaso el Cristo? ¿No te ama Pedro que ha venido a buscarte? ¿No te amo yo, que sabiendo lo sucedido te he traído alimentos y te he curado durante más de cuarenta días?

Ni vosotros ni yo podemos ni debemos servir como triste demostración de que ha sido inútil la enseñanza y el sacrificio del Mesías si no nos hubiera hecho capaces de amar al prójimo por encima de todas las cosas. ¿No dijo El más de una vez que no vino para los justos sino para los pecadores; que tío vino para los sanos sino para los enfermos? "Porque los justos —añadía —ya son salvados por sí mismos, y los sanos no necesitan del médico".

- Tú tienes contigo la luz del Cristo hijo de Dios vivo —dijo Pedro —y tus palabras son un bálsamo para nuestras almas atormentadas por el remordimiento.

Comprendo Judas tu resistencia a unirte a nosotros después de todo cuanto ha ocurrido. Pero aquí tienes a este hermano Terapeuta que te abre sus brazos para cobijarte.

En Galilea me esperan y debo volver de inmediato; pero como no quiero dejar a Judas solo y desamparado, dame la seguridad de que tú serás para él como sería yo mismo... Más aún, como sería nuestro Maestro que me mandó venir a buscarle.

El Terapeuta tendió sus manos a Pedro que las estrechó efusivamente y le dijo:

—Te lo prometo por la santa memoria de nuestros mártires inolvidables: El Cristo Hijo de Dios, Juan el Bautista y Judas de Galaad.

Y volviéndose Pedro a Judas le dijo con la voz temblando de emoción:

—Judas recordarás que muchas veces cuando el Maestro se ausentaba de nosotros me encargaba encarecidamente cuidar de todos vosotros. Yo obedezco a. esa voluntad suya y te pido también a tí la seguridad de que serás dócil a este hermano Terapeuta a quien te dejo confiado.

— ¡Te lo prometo por El!... ¡ sólo por El! —contestó Judas en un sollozo.

— ¿Dónde podré encontrarte otra vez? volvió a preguntar Pedro.

—En Haceldama, no lejos de aquí, tengo un solar de tierra con una choza abandonada; perdido entre montañas. Allí pasaré el resto de mi vida que será siempre lo que para mi desgracia he querido que sea: ¡Desesperación y tinieblas!

—¡No! —dijo el Terapeuta —porque quedo yo aquí para recordarte que tu vida será lo que el Cristo glorioso quiere que sea: ¡Luz, esperanza y amor!

Judas dobló la cabeza sobre el pecho y Pedro salió precipitadamente, tomó de nuevo su caballo y llevándole de la brida salió a campo descubierto en busca del camino.

Antes de bajar del último cerro miró hacia Jerusalén cuyas cúpulas y torres resplandecían a la luz del sol de mediodía.

Al vivo recuerdo del sacrificio tremendo, le pareció que un cielo con tintes de sangre envolvía a la ciudad asesina de profetas y de justos. Y volviendo la cabeza como quien ve un horrible fantasma descendió a galope la colina y tomó el camino del norte no con la prisa que había traído a obedecer el mojigato de su Rey eterno.

—Te esperábamos para marchar juntos a Nazareth —dijo José de Arimathea a Pedro no bien llegó de su improvisado viaje.

—Estaba ansioso por llegar y aquí me tenéis dispuesto a todo lo que mandéis —le contestó de inmediato.

—Es que ninguno de nosotros puede mandar —arguyó el anciano Simónides— porque todos somos subordinados del Soberano Rey de Israel que nos guía desde su Reino inmortal.

—Jaime se llevó ya a Myriam y a todas las mujeres que se alojaban en el Castillo de Mágdalo. Hananí marchó también con los alojados en su casa, y solo faltamos nosotros.

—Vamos pues —dijo Pedro.

Era de ver aquella heterogénea caravana de ancianos y mujeres montados en asnos, y hombres jóvenes a pié, llevando todos un pequeño fardo a la espalda, pues ignoraban cuanto tiempo habían de permanecer en Nazareth ni qué rumbo les tocaría seguir después de las graves y decisivas resoluciones que debían tomar.

Para los lectores de "Arpas Eternas", la vieja casa de Nazareth es un escenario muy conocido.

Nada había cambiado en ella, como no fuera el uso que a poco tiempo de la muerte de Jhosep comenzó a dársele al taller de carpintería y a los depósitos de madera.

Por iniciativa del tío Jaime y con la cooperación de la Santa Alianza y la aprobación del insustituible administrador de los tesoros del Rey de Israel, Simónides, todo aquello se había convertido mediante pequeñas transformaciones, en un refugio para ancianos y mujeres desamparados. Y allí había una veintena cíe ellos.

Los Terapeutas del Tabor vigilaban de cerca aquella dolorida porción de humanidad y dos ancianas de la Cabaña de las Abuelas del Monte Carmelo eran las madres que llenaban de tiernas solicitudes aquellas pobres vidas, agobiadas de soledad y de incertidumbre.

La llegada de Myriam con tan numerosa compañía, fue para la silenciosa casa de Nazareth un gran acontecimiento.

En dos grandes carros semejantes a los que en la Edad Media se llamaban Diligencias, habían traído a las mujeres y a los niños. Mientras los hombres y gente joven en asnos o caballos, daban a la vieja casa de Joseph el justo, el aspecto de una aldea en un día de feria.

Una curiosa alarma se extendió entre los vecinos, la mayoría de los cuales estaban al tanto de lo que el Sanhedrín había hecho con el hijo santo de Myriam, con el Profeta de Dios que curaba todos los males de los hombres.

¿Sería que los Doctores del Templo querían borrar su espantoso crimen indemnizando a la Madre por la injusticia atroz cometida contra el hijo?

Y cuando tras los viajeros llegaron los asnos cargados de sacos de provisiones y fardos de toda especie y tamaño, los vecinos buscaban otra conjetura para satisfacer su curiosidad.

¿Sería que la infeliz madre habría vendido el viejo solar Nazareno para no ver más aquel nidal de sus días felices que no eran ya más que un querido recuerdo?.

Tú y yo sabemos lector amigo que el Divino Nazareno había sembrado rosales de amor sobre la tierra, y sus idealistas seguidores iban allí a, repartirse el mundo para continuar la siembra maravillosa!

Si la inconsciente humanidad hubiera sido capaz de hacer una obra justa con las cosas inanimadas, y con los parajes que fueron humilde escenario de los amores santos del Cristo, y de sus más sublimes desbordamientos de fe, de claridad divina y de amor supremo, esa vieja casona del justo Jhosep, hubiera debido ser el más grandioso Santuario de la fe cristiana, que inmortalizara en una estupenda creación de mármoles eternos y de madera incorruptible, la cuna del Cristianismo que El había dejado establecido sobre la base de su vida excelsa y con la coronación de su muerte heroica.

Inmortalicemos nosotros la gloria de la vieja casa de Joseph, el justo de Nazareth, con los trazos radiantes que nos presta la Luz Eterna, maga de los cielos que copia con maravillosa exactitud todos los hechos que el paso de las humanidades sobre los mundos, va sembrando como un interminable collar de perlas negras, rojas y blancas!...

Todos los hombres jóvenes con el príncipe Judá, el Hach-ben Faqui, el Scheiff Ilderin, Juan, Felipe y Marcos como avanzada iniciaron las actividades para procurarse las comodidades necesarias antes de que llegara la noche.

¡Qué grandiosa solemnidad la de aquella noche, en la vieja casa de un artesano en que unos pocos habitantes de la Palestina se reunían en torno de una idea, cuando el que la había hecho germinar en sus almas no estaba ya como hombre sobre la tierra!

¡Los racionalistas y positivistas de haberlo sabido, habrían dicho con lástima y quizá con desprecio:

"He ahí un núcleo de pobres ilusos que lo dejan todo para reunirse a deliberar sobre la construcción de un castillo en el aire con las volutas de humo de un perfume que ya se esfumó llevado por el viento!

¡Cuan lejos estamos a veces los seres humanos aun ilustrados por las ciencias y las letras... cuan lejos estamos de captar la onda luminosa de los designios divinos, la Idea Eterna, que queramos o no, marca derroteros imborrables a las humanidades y a los mundos habitados por ellas!

En la vieja casona del austero artesano de Nazareth, se dio forma definida y, real en aquella noche a la difusión de la enseñanza del Cristo en todo el mundo civilizado de entonces, con la convicción profunda de qué su augusto y divino Fundador dirigiría la Obra como un sabio arquitecto esboza en una hoja de papel creaciones de piedra para que otros que comprenden su técnica se encarguen de realizarla.

-Todos esperamos indicaciones tuyas, Myriam —decíale dulcemente José de Arimathea cuando terminó la frugal comida del anochecer.

Y ella, la dulce madre con una admirable y serena calma contestaba:

—Yo sólo me dejo amar de todos vosotros en reemplazo del que ya no está a mi lado. Haced pues lo que creáis más conveniente para todos y lo que más le hubiera complacido a El. Y esta frase de Myriam: "lo que más le hubiera complacido a El" fue tomada aquella noche como base de todas las deliberaciones.

Pudo bien decirse que en ausencia del Hijo excelso, fue la Madre quien demarcó la ruta que había de seguir el Cristianismo naciente.

El lugar denominado "Cenáculo" en las casas pertenecientes a lo que llamamos clase media, era la habitación de mayores dimensiones y también la mejor ornamentada y con todas las comodidades necesarias para el uso que se le daba.

La hospitalidad en el Oriente y en aquella época era de uso corriente entre las gentes de bien, y mucho más entre los afiliados a la "Fraternidad Esenia".

El cenáculo era pues, sala de recibo, comedor y sala-dormitorio de huéspedes, cuando los había en casa.

Para todos esos usos estaba dispuesto el Cenáculo con su gran mesa central que ocupaba las dos terceras partes de las dimensiones de aquella sala y que aún podía extenderse mediante alas que se doblaban o se abrían en los extremos según los casos.

Los estrados de dos pies de altura y cuatro de ancho adosados al piso y al muro y que circundaban la sala en todas direcciones, siempre cubiertos de tapices y mantas según la categoría de sus propietarios, hacían del Cenáculo un excelente dormitorio de huéspedes.

La gran mesa central rodeada de escaños o divanes, modestos o de lujo según la capacidad financiera de sus dueños, lo hacían apto para festines familiares muy concurridos celebrando fechas que a todos eran queridas.

A esto hay que añadir que estaba comunicado por medio de un arco sin puerta con la cocina o sala de la hoguera cuyo cálido resplandor llegaba al Cenáculo cuando se descorría la pesada cortina de lana en invierno y de junco en verano.

Y en el Cenáculo de Nazareth y por indicación de Jhasua se había añadido sobre el estrado frente a la entrada, una repisa donde aparecían las Tablas de la Ley, imitación de las que Moisés bajó del Sinaí, pero labradas en madera por las hábiles manos de Jhosep, el querido artesano de Nazareth. El gran libro de las Escrituras Sagradas, y un candelabro de siete cirios completaban el altar hogareño que aún parecía conservar los vestiglos de las manos líricas del Maestro hojeando aquellos viejos pergaminos. Esbozado el escenario, en

tramos, lector, a ese templo familiar pleno de santos recuerdos y de ternuras inolvidables donde todo estaba santificado por la augusta presencia del Cristo que muchas veces habíase desbordado allí su alma en explosiones de amor y de luz divina en horas de íntima unión con la Divinidad.

Myriam fue silenciosa a sentarse en su sitio acostumbrado, a la izquierda de la repisa-altar, dejando el sitio de la derecha qué siempre ocupó Jhosep, y después Jhasua... ¿Quién podía atreverse a ocupar aquel sitio, en aquellos momentos en que la querida memoria de los amados ausentes se hacía tan intensa y viva, que en todos los ojos brillaba como un cristal de lágrimas no derramadas, sino esfumadas en silencio?

Y el estrado fue poco a poco llenándose de seres silenciosos que se movían sin ruido, como sombras austeras y graves, absorbidas por pensamientos profundos.

Las esposas buscaron el acercamiento a sus maridos, los hijos a sus padres, los amigos a sus más íntimos amigos y compañeros. El tío Jaime se había colocado junto a su hermana, siguiéndole Pedro, José de Arimathea, Simónides. Zebedeo y Hanani, los Ancianos de Betlehen, Elcana, Eleazar, Josías y Alfeo. Les seguían algunos Terapeutas del Santuario del Quarantana con Jacobo y Bartolomé que en su gran modestia, bella herencia de Betzabée y Andrés, hubiesen querido estar en la contigua sala de la hoguera, pero allí estaban los Servidores del Tabor y del Carmelo, ubicando a todos en sus respectivos sitios. Y el sitio primero de la derecha quedaba siempre vacío.

Nicodemus se ubicó en el sitio siguiente, después el Schéiff Ilderin, Gamaliel y Nicolás, Boanerges con los jóvenes que hospedara el en su habitación.'

María de Mágdalo sintiéndose demasiado sola y no encontrando quizá ningún lugar a su gusto, tomó un pequeño tapiz y se sentó a los pies de Myriam, que intensamente emocionada desde el principio se limitó a acariciarle la cabeza sin hablar palabra. Visto esto por otras de las compañeras jóvenes, fueron haciendo una segunda fila y María de Bethania y Dina de Sebaste, se sentaron también a los pies de Pedro y de Jaime. La Druidesa Gala Vercia y los suyos, fueron invitados a participar de la gran asamblea, ocuparon el ángulo de la izquierda mientras Ana, Noemi, Nebai, Tirza, Marta y las más ancianas, ocuparon el ángulo de la derecha.

En los escaños alrededor de la mesa central sobre la que aparecía extendida una gran carta geográfica con el diseño de los países civilizados de entonces, se sentaron Judá, Marcos, Faqui, Esteban, de la escuela de

Jhoanan el Profeta del Jordán y Felipe el joven, ambos de origen griego y a quienes Pedro había tomado cerno escribas particulares de los Doce.

Eran pues cinco escribas que dominaban cinco idiomas de los más vulgarizados en aquella época: el latín, idioma oficial romano que era como decir mundial, por el dominio que ejercía Roma sobre la mayor parte del mundo, el árabe, el hebreo, el sirio-caldeo y el griego, tan desarrollado en Antioquía y casi en toda la parte norte de Siria y el sur de la Mesopotámica.

Junto a los cinco escribas, tornaron puesto los' dos Ancianos venidos del Gran Santuario de Moab, donde desempeñaban el cargo de Archiveros, Eleazar y Ezequías, y los Servidores del Carmelo y del Tabor.

Y el sitio primero a la derecha de la repisa-altar de las Tablas de la Ley y los Libros de los Profetas, ¡quedaba siempre vacío!

El anciano Esenio Eleazar de Esdrelón recitó en hebreo y con emocionante ternura, el Salmo 23 en que el alma sumergida en el Infinito Océano divino, se abandona en confiado amor a la Eterna Potencia Creadora, con aquellas dulces palabras:

"Dios es mí pastor y nada me faltará".

"Entre delicados pastos me hará pacer".

"Junto a mansas aguas me vigilará".

"Confortará mi alma y me guiará a sendas de justicia por amor a su Nombre".

"Aunque camine por valles de sombras de muerte, no temeré mal ninguno, porque tú mi Dios estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento".

"Aderezarás mesa delante de mí en presencia de mis perseguidores, pues ungiste mi cabeza con tu óleo y mi copa está rebozante de su elíxir de amor".

"El bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida y en tu casa Oh Jehová ¡moraré hasta el último de mis días!

—Así sea por siempre —contestó a coro la multitud.

—Myriam, mujer escogida, vaso de amor y de llanto. —dijo el anciano— que trajiste a la vida terrestre el Verbo de Dios, di en su nombre la primera palabra que inicié nuestra asamblea.

Y la tierna y dulce madre del Cristo Divino, con su débil vocecita de alondra herida, dijo como en un gemido:

— ¡Que Dios misericordioso y el amor de mi Hijo sean en medio de esta santa convocación!

El silencio propio del hondo llanto contenido en el pecho por cuántos estaban presentes, se extendió como una onda suave de ternura y de dolor por el vasto Cenáculo donde casi hubiera podido sentirse el latir de los corazones.

La quietud era inmensa como un abismo tibio de suavidad infinita. Nadie se movía y en la penumbra violácea de los cirios comenzó de pronto a extenderse una rosada claridad como de lámparas invisibles que fueran encendiéndose unas en pos de otras.

La onda de luz vertía resonancias como si a lo lejos, muy a lo lejos, pulsaran laúdes y cítaras acompañando voces que cantaban salmos en lenguas desconocidas.

Y todos recordaron en silencio que igual fenómeno vieron realizarse ía noche inolvidable en que el Divino Mártir se había despedido de todos para ir hacia la muerte, hacia el tremendo holocausto que empezado en su agonía de Getsemaní terminó en las tinieblas del Gólgota.

Un llorar silencioso y extático se extendió con gran intensidad en el ambiente y pequeños focos de luz, como temblorosas luciérnagas se posaron un momento en todas las cabezas inclinadas sobre el pecho, y en el sitio vacío del estrado, a la derecha de la repisa-altar, apareció una estrella radiante de los colores del iris que llenó el Cenáculo de tan viva claridad, que siendo imposible resistirla a las humanas miradas, todos debieron cerrar los ojos deslumbrados.

¡Es la Luz Divina de Cristo que guía los pasos de quienes seamos capaces de seguirle por la senda del amor y del sacrificio señalada por El! —dijeron los ancianos Esenios que presidían aquella primera convocación del Cristianismo naciente.

La tradición oral, precioso cofre de oro de la alborada cristiana, ha llamado a esta magnífica manifestación espiritual: "La venida del Espíritu Santo", designación admirable en su místico significado y más admirable aún en la realización a que dio lugar entre todos aquellos que tuvieron la feliz oportunidad de presenciarla.

www.formarse.com.ar

¿Quién podría en adelante claudicar de un pacto sellado de tan elocuente manera con Aquél que les había amado y les amaba hasta más allá de la muerte?

¿Quién podría pronunciar la primera palabra después de lo que habían visto y oído?

Todos se precipitaron hacia aquel sitio vacío antes y donde temblaba suavemente como suspendida de hilos invisibles la estrella radiante de luz que iba esfumándose suavemente, como suavemente se había encendido a la vista de todos.

— ¡El nos guía! —¡El está en medio de nosotros!

¡Es el Reino de Dios que comienza en la tierra para los que hemos reconocido a su Hijo! ¡Es el paraíso de Dios que baja a los oscuros valles terrestres!. ..

— ¡Ya no habrá más dolores, ni enfermedades, ni muerte, porque la tierra se ha convertido en cielo y todo será luz y gloria para los amadores del Cristo Hijo de Dios!

Y los emocionados clamores de amor y de júbilo continuaban en todos los tonos y entremezclados con tiernos abrazos y efusiones de ternura, de dicha suprema en que ninguno era dueño de dominar su entusiasmo y alegría interior. Los Ancianos Esenios de Moab miraban a través del llanto que empapaba sus ojos, aquel sublime cuadro de amor y de fe que les hacía creerse dueños de los cielos de Dios, cuando aun hollaban la tierra en que tanto y tanto deberían padecer, llorar y morir durante veinte centurias largas, que tenían como plazo para terminar la siembra de amor fraterno comenzada por el Verbo de Dios!

LA ASAMBLEA

Eliezer, el mayor de los Ancianos venidos del gran Santuario de Moab se puso de pie y pidió silencio para exponer su pensamiento:

—Desde los escabrosos montes que habitamos, hemos bajado Ezequías y yo para acompañar al Verbo de Dios en su holocausto final, en nombre y por mandato de los setenta guardianes de la Ley y servidores de Dios y de la humanidad. Hemos presenciado con alma temblorosa de angustia el tremendo drama de la inmolación suprema del Cristo en aras del ideal sustentado por El en todos los momentos de su vida consagrada por entero a la realización de la Idea Divina entre los hombres de esta Tierra.

Hemos compartido con vosotros la inmensa dicha de verle entrar glorioso y triunfante en su Reino Eterno, donde nos espera después de haber cumplido valerosamente las jornadas terrestres que nos quedan por andar.

Ha llegado, pues, el momento de medir nuestras fuerzas, de pesar nuestras aptitudes y capacidades para obrar como a nuestro Divino Conductor le sea más agradable. Y llegada es también, la hora de cargar cada cual con la enorme responsabilidad que significa el haber escuchado su enseñanza, el haber visto de cerca su vida y de haber presenciado su heroico sacrificio por sostener y glorificar su Ideal Supremo: la fraternidad universal.

Yo sé muy bien que en el correr de los siglos y de las edades vosotros y yo olvidaremos más de una vez, lo que junto al Ungido de Dios hemos visto y oído.

Yo sé muy bien, que la ambición, el orgullo, la sensualidad y el egoísmo, pondrán sombras en nuestra inteligencia y cadenas a nuestro corazón para que uncidos al carro de todas las iniquidades humanas, demos a los cielos de Jehová el triste espectáculo de discípulos perjuros y traidores; de amigos infieles a la amistad, al amor y a la fe aceptada hoy con espontánea voluntad.

Nuestro Divino Conductor y Maestro lo sabe también y por eso deshojó como un rosal de amor su parábola del Hijo Pródigo, abriéndonos de antemano la puerta del alcázar paterno que nuestra miseria y nuestra inconsciencia ha de cerrar innumerables veces.

Os invito, pues, a mirar así de frente nuestra miseria y debilidad que más de una vez nos hundirá en abismos de los cuales la mano divina del Cristo nos sacará nuevamente diciéndonos aquellas sublimes palabras suyas:

"Venid a mí los que habéis caído agobiados--por vuestras cargas!... ¡Venid a mí, que Yo os aliviaré!"

Y os invito también a que durante todos los días de esta vida feliz y venturosa en que hemos convivido con El, le repitamos nuestras promesas de fe inquebrantable y de amor eterno, aun sabiendo... ¡míseros de nosotros!... que hemos de faltar a ellas, como miserables esclavos de todas las ruindades humanas. ¡Señor! — Digámosle con el corazón en la mano— Que la fe de hoy, que el amor y las promesas de hoy vibren para siempre ante Ti como las notas de un arpa que jamás extingue sus sonidos para que su permanente recuerdo intensifique tu piedad y tu misericordia cuando nos veas aplastados por toda suerte de iniquidades y de miserias en el avance de los siglos que han de venir.

www.formarse.com.ar

Digámosle con la fe de hoy ardiendo como una llama: Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador de cuanto existe en los Cielos y en la Tierra. ¡Creo en Ti, Cristo Divino, su Hijo, descendido a la Tierra por un prodigio supremo del amor!

¡Creo en la grandeza sobrehumana de tus obras que hemos visto deslizar

se como una' corriente de agua de vida y de salud sobre todas las miserias humanas; como un astro radiante iluminando las tinieblas de la vida y las angustias de la muerte! ¡Creo en el heroísmo de tu amor a la humanidad por la que diste tu sangre y tu vida en holocausto eterno a la Idea Divina que vino contigo a la tierra en mensaje de verdad y de luz!

¡Creo en tu salida gloriosa del sepulcro por que te hemos visto luminoso y radiante como un .sol de amanecer que se enciende y que se apaga cuando el amor se desborda de tu seno y te das en oblación a todos los que te hemos amado y seguido!

Y que estas protestas de nuestra fe en Ti, sean como la eterna luz de un faro en todas las tormentas y borrascas que azotan nuestra barquilla en las centurias largas que hemos de correr hasta el final de este ciclo!

¡Hermanos míos, que mis pobres palabras parpadeen como un cirio eterno en la mística soledad de vuestro santuario interior!

El anciano Eliezer ocupó de nuevo su asiento y un silencio profundo se estableció nuevamente

Era que todas las almas congregadas en aquel recinto penetraban a tientas en el camarín secreto de su yo íntimo que en un instante de clarividencia preveía acaso algo del oscuro porvenir; y temblando de pavor y de incertidumbre repetía las protestas de fe y de amor que en alta voz había proclamado el austero maestro Esenio.

El anciano Ezequias interrumpió el largo silencio con estas palabras:

—Tened en cuenta que mi compañero y yo somos simples espectadores en esta asamblea, terminada la cual volveremos a nuestra morada en la montaña.

Tomad, pues, la iniciativa los que quedáis en medio de la humanidad y que El Divino Espíritu del Cristo sea el inspirador de todas vuestras resoluciones.

José de Arimathea habló el primero.

—El Mesías, nuestro excelso Maestro, tuvo su Escuela íntima y creo que en su pensamiento estaba la idea de que ellos fueran los continuadores de su obra. Y todos nosotros estamos para colaborar con ellos en segunda fila en cuanto resuelvan realizar en beneficio de la obra común.

Y todas las miradas y los pensamientos convergieron sobre los de la Escuela íntima del Cristo que eran los Doce, en ese instante convertidos en Once por la separación de Judas.

Pedro tomó la palabra y explicó brevemente el drama íntimo del infeliz discípulo que llevado por su ambición había caído en la celada tendida a todos por el Sanhedrín. Reclamó piedad y perdón para él, y expuso la necesidad de nombrarle un reemplazante. Entre los discípulos de Jhoanán, el Profeta del Jordán había dos que compartieron con los Doce tareas que la epidemia de Séphoris les ocasionó durante muchos días y que se internaron en el Monte Carmelo juntamente con los Setenta recogidos por el Divino Maestro como huérfanos de aquella horrorosa tempestad de dolor y de muerte. Eran éstos Matías de Nicópolis, primo de Nicodemus y José de Bethlaban. Ambos habían conquistado el afecto de todos los presentes con la abnegada solicitud observada desde la gran tragedia del Gólgota. Se habían constituido en enfermeros y servidores de los más apesadumbrados.

Sobre ellos dos cayeron las miradas de todos, y al hacer una votación, resultó elegido el mayor de los dos: Matías, que de inmediato fue considerado como uno de los Doce en reemplazo de Judas.

A Pedro le resbalaron dos gruesas lágrimas por su barba cana, recordando al infeliz hermano que por sus celos y ambición de ser más grande que sus hermanos había abierto él mismo un abismo de soledad y desamparo a Mis pies.

Cuando Matías se acercó a él para abrazarle antes que a los demás, observó el dolor de Pedro y le preguntó: — ¿Estás desconforme de que entre yo a formar parte de los Doce? ¿Querías a José y no a mí?

-No amigo mío. Estoy conforme contigo. Pensaba en el infeliz al cual tú reemplazas desde este momento.

"Si hubiera estado el Maestro, El le habría vuelto entre nosotros. Pero en nosotros no hay aún el amor bastante para perdonar a Judas".

Y Pedro, abrazando a Matías, lloró a grandes sollozos que los más sensitivos interpretaron en toda su realidad.

Y este pensamiento corrió entre la multitud como una misteriosa esencia que se hubiera derramado en

aquel recinto:

"La presencia de Matías entre los Doce nos recordará siempre la desgracia de Judas". En los más adelantados surgió la compasión como una triste cineraria de la loza de un sepulcro; y en los de más escasa evolución se levantó la indignación como un cardo silvestre lleno de espinas.

El anciano Esenio Eliezer, que había captado las ondas vibratorias del recinto, dijo en alta voz y como una plegaria que absorbiera todos los pensamientos:

— ¡Que tu Amor Misericordioso ¡Oh Padre Divino de las almas! se derrame sobre el hermano muerto, y guíe los pasos del que viene a ocupar su lugar!

Estas discretas palabras del anciano Eliezer, fueron quizá el origen de la creencia generalmente aceptada de que Judas había muerto trágicamente. Sólo Pedro y los Esenios sabían que Judas vivía agobiado por su culpa, pero muerto estaba para la naciente Congregación Cristiana en medio de la cual no podría jamás actuar.

Pedro había dicho una gran verdad: No había en ellos el amor bastante para perdonar el pecado de Judas. ¡Cuán difícil es perdonar a quien nos ha herido en nuestros más íntimos sentimientos!

De aquí surge la reflexión sobre la grandeza sublime del precepto del Cristo: Ama a tu prójimo como a tí mismo, tan breve y sencillo en sus palabras pero tan grande en su significado y más aún en su alcance.

Entre aquella multitud de un centenar y medio de almas enamoradas del Cristo del amor, no habría nadie que hubiera perdonado al culpable tan completamente que hiciera posible su vuelta al nido que había perdido por su propia culpa.

Las sabias palabras del Esenio amortiguaron en todos los ánimos la aversión al culpable, ya que el velo gris de la muerte pareciera esconder todas las culpas del que ha desaparecido tras ella.

—Vemos completa la Escuela del Maestro —dijo Nicodemus— y creo que es hora de que resolvamos algo antes de separarnos. Para El fue siempre Pedro considerado como mayor, no sólo por su edad, sino por su capacidad de amor y de bondad para con todos sus compañeros. Pero es tan modesto, que lo sé incapaz de tomar la iniciativa, si no le animamos todos con una especie de imposición suave que le diga:

—Aquí debes comenzar tú.

—¡Muy bien!... ¡muy bien!... —se oyó varias voces repitiendo entre la multitud.

El bueno y sencillo Pedro, tenía viva aún la herida de haber negado al Maestro tan cobardemente, y al oír aquellas palabras se estremeció con un espanto interior casi incontenible.

— ¡Yo!... —exclamó— ¡Tan luego yo he de ser!... . —¡Tú, sí, tú! —dijo el tío Jaime saliendo de su silencio —, pues todos recordamos que Jhasua cuando tenía que ausentarse, a ti te encargaba del cuidado y tutela de todos y en todo sentido. Más de una vez me dijo: "Tío Jaime, préstale ayuda a Pedro que dejo en mi lugar para cuidar de todos".

—Paréceme —añadió la dulce vocecita de Myriam— que esto será lo más agradable para El.

Pero las lágrimas de Pedro continuaban cayendo silenciosamente y casi inadvertidas en la suave penumbra de la luz mortecina de los cirios.

—Bien está —dijo por fin. Pero como no me siento capaz de ocupar el sitio vacío que ha dejado el Maestro... Y Pedro rompió a llorar de tan desconsolada manera que la ola de llanto se extendió por todo el recinto.

La serena calma del anciano Eliezer, se impuso a la emoción de todos diciendo:

—En verdad, hermanos, no hay ninguno entre nosotros que pueda sustituir cumplidamente al Cristo Hijo de Dios vivo. Según esto, deberemos dejar morir su obra por falta de capacidad en nosotros...

— ¡No, eso no, jamás! —gritó Pedro el primero y sucesivamente otras voces siguieron a la suya.

El anciano sonrió bondadosamente ante la reacción de Pedro acentuada por todos los demás que tan espontáneamente habían expresado su más íntimo sentir.

— ¡Bien, muy bien! —continuó el anciano Esenio, Unamos todas nuestras incapacidades con el fuerte lazo de amor fraterno que El nos legó como herencia, y algo bueno y grande haremos en su nombre.

—Pedro, ¡hermano mío! resígnate a la voluntad de todos y ocupa el lugar vacío que dejó el Maestro.

Y el anciano tomó la mano de Pedro y lo llevó a sentarse a la derecha de la repisa-altar de las Tablas de la Ley.

Una ola de ternura se extendió en el ambiente entristecido un momento por el recuerdo de Judas; y la jubilosa alegría del comienzo en que irradió la mística estrella claridades de iris, retornó al viejo cenáculo Nazareno lleno aún de recuerdos y de nuevas esperanzas para el porvenir.

Notarios a trabajar! —dijo el Esenio Ezequias, pues aquí debe saberse que huertos de entre los campos del Señor va a cultivar cada cual.

—Yo ofrezco nuestras grutas —dijo el Servidor del Carmelo— y todo cuanto tenemos a los que quieran dedicar sus esfuerzos a esa parte de la provincia Galilea.

—Y yo ofrezco todo nuestro apoyo a los que se establezcan en las cercanías del Tabor —añadió el Servidor Daniel de Tolemaida.

-Yo dijo Pedro— pensaba,, volver a Judea, porque aunque es cierto que esa provincia fue la más adversa a nuestro Amado Maestro, hay allí muchas almas que le sirvieron y le amaron, y no está bien abandonarlas por la maldad y la injusticia del Sanhedrín. Si algunos quieren acompañarme...

—Yo —dijo Santiago decididamente. „—¡Y yo! —dijeron a la vez Andrés y Matías.

Los notarios iban copiando las palabras que se vertían en aquel ambiente de viva expectativa y de anhelos comunes a todos.

—Contad con nuestro apoyo en todo y para todo —dijo José de Arimathea, pues, aunque no volveré pronto a Jerusalén, en mi pueblo natal Arimathea, estaré para serviros en cuanto me sea posible.

—Lo mismo os digo yo —añadió Nicodemus—, Nicópolis queda a una jornada de Jerusalén y quizá esto pueda ser de utilidad si la Ciudad de los tiranos os trata mal. Además, el camino real de Jerusalén a Joppe, uno de nuestros principales puertos de mar, pasa por mi ciudad natal.

—Y en Joppe —dijo el anciano Simónides— está una gran Agencia comercial que yo administro y que pongo a disposición de todos los servidores del Soberano Rey de Israel, con el acuerdo completo de mi superior inmediato, el Príncipe Judá. ¿Es así niño?

—No necesitas preguntármelo —contestó Judá. Yo añado que en Joppe habrá siempre anclado uno de los buques de nuestra flota y con pabellón de Roma, por si los malvados jueces del Sanhedrín quisieran hacer con vosotros lo que hicieron con nuestro Rey Mártir.

La aprobación de todos respondió a las palabras del príncipe Judá.

—Y para los que bajen más al sur de la provincia de Judea —añadió el anciano Simónides— tenéis en Ascalón y en Gaza, Agencias de negocios del Schcriff Ilderin que trabaja con barcos de nuestra flota...

—Y que será para todos vosotros como vuestra propia casa —interrumpió Judá—, pues el Scheiff antes de partir me ha encargado manifestarlo así. El árabe generoso y gentil pone a vuestra disposición el campamento de la cordillera Jebel y en los Montes Bazan buenos alojamientos y fortalezas de piedra para defensa de los vasallos del Rey de Israel que los necesiten.

—Si Jhasua a quien todos amamos —dijo el Hach-ben Faqui— estuviera entre nosotros, diría su frase habitual en caso como éste: "Gracias te doy Padre mío, porque florecen en la tierra los rosales del amor que sembré en tu nombre".

—Lo digo yo que soy su madre en nombre suyo —respondió la tierna voz de Myriam.

María de Bethania, Nebai, Ana, Vercia y por fin todas las mujeres jóvenes presentes rodearon a la Madre heroica, cofre sagrado de recuerdos y de llanto, como si quisieran servirle de escudo y fortaleza cuando su voz de alondra se quebraba en un sollozo y adivinaban en ella el revivir de su angustia.

Juan, el hijo de Salomé, se acercó al grupo femenino y arrodillándose ante Myriam y besando sus manos heladas, le decía con infinita ternura:

—El Maestro me dijo la noche de su despedida: Cuando yo me vuelva al Padre, tú serás el pequeño hijo de mi madre en lugar mío. ¿Me recibes tú?

Un rumor de sollozos se extendió en la vasta sala ante el cuadro con tintes divinos de los brazos maternales de Myriam, estrechando sobre su pecho la cabeza rubia de Juan.

—Si me permitís expresar mi programa a seguir —dijo el Príncipe Judá, os diré con toda verdad cuan odiosa me es la vida en los sities en que vi el fracaso tremendo de mis ideales como hombre de la raza de Abraham y quisiera huir de esta tierra que los de mi raza regaron con la sangre, del. Hijo de Dios. Amaré este suelo que me vio nacer, pero le amaré como se ama un muerto, porque me cuesta imaginar la luz y la vida en quien apagó la vida y la luz del Gran-Ungido anunciado desde -siglos por nuestro. Profetas.. EL precepto divino que tantas veces repitiera nuestro dulce Jhasua: "Ama o tu prójimo como a ti mismo" me es por el momento imposible de concebir y comprender. ¿Cómo puedo amar a los malvados jueces que le condenaron a muerte sabiendo que era inocente? ¿Cómo puedo amar a esa piara de miserables esclavos y asesinos que se vendieron por un puñado de oro para pedir a gritos que fuera crucificado? No puedo ni pensarlo porque me siento enloquecer ¡Jhasua mi Rey Eterno, amado sobre todas las cosas!...¡Si desde tu trono glorioso de Hijo de

Dios, oyes la voz de este amigo que hubiera dada la vida por tí, perdona mi rebeldía a tu mandato, porque no puedo amar a tus asesinos, a tus verdugos, a los miserables traidores a la patria, a la religión, al Altísimo que te envió!...

El anciano Eliezer intervino y tomando las manos crispadas de Judá qué estremecidas se levantaban a lo alto —Príncipe Judá —le dijo dando a sus palabras suavidades paternales. Cuando la herida está aun viva y sangrando no le acerques una ascua ardiente porque enloquecerás de dolor. Piensa solamente por hoy, en que el Ungido de Dios te ha dicho "que eres el árbol fuerte que cobijará a sus avecillas errantes". ¿Puedes obedecer a estas palabras? Con eso sólo, basta.

Judá se abrazó al anciano como un niño herido a mitad del camino y sus sollozos conmovieron a toda aquella asamblea.

Sus ardientes palabras de protesta en contra de la injusticia y de la maldad encontraban eco en la mayoría de los presentes, y un ambiente caldeado de aversión y de rebeldía se extendió en aquel cenáculo donde nunca habían resonado otras notas que las suavísimas de las ternuras familiares, y religiosos pensamientos con sabor de plegarias...

Las mujeres lloraban silenciosamente y la voz de Myriam deshojó madreselvas de paz en las almas atormentadas por el amargo recuerdo, con las sublimes palabras de Job:

—El Señor nos lo dio... El Señor le ha llevado a su Reino... ¡El le usaba más que nosotros!... ¡Bendigamos su Santo Nombre!

Un largo silencio impregnado de angustia muda, daba la impresión de una completa soledad.

—Perdonad mi debilidad —dijo Judá ya sereno y dueño de sí mismo. He resuelto irme con los míos a mi Villa del Lacio a la orilla del mar donde quiera establecer la primera Congregación Cristiana a las puertas de Roma. Más no creáis que olvidaré el encargue de Nuestro Rey y Señor. En mi casa de Jerusalén habrá siempre quien vele por los que necesiten de mi, igualmente que en todos los sitios adonde llegue la previsión de nuestro irreemplazable administrador Simónides aquí presente. Los que de vosotros quieran seguirme a la otra orilla del Mar Grande, al Lacio, compartiremos la satisfacción y la gloria de llevar el nombre de Jhasua a las puertas mismas de Roma.

—Yo iré contigo príncipe Judá, dijo de inmediato José de Bethlaban, porque mi antiguo maestro el profeta del Jordán me había anunciado que cruzaría el Mar Grande para llevar la doctrina del Cristo a la capital del mundo. Y creo que ésta es la oportunidad.

—También los míos y yo iremos contigo príncipe Judá —dijo Kercia la Druidesa, para ocultar bajo tu sombra a mis hermanos perseguidos en la Gaita esclavizada.

Dos de los Doce, Nataniel y Felipe demostraron también su resolución de cooperar con Judá a la formación de la primera Congregación Cristiana en la región del Lacio.

—Yo retornaré a mi tierra natal, Cirenaica, en el África del Norte —dijo el Hach-ben-Faqui, que los valles del Nilo y el Desierto de Sahara es campo fértil y benévolo para los que quieran llevar allí las enseñanzas del Hijo de Dios.

Tampoco olvidaré esta tierra que me fue dulce y suave como una segunda patria, donde encontré el amor y la amistad esas dos alas blancas que levantarán al hombre a regiones de luz, de paz y de ventura.

Me ofrezco con cuanto tengo y soy para los fieles súbditos del Rey Mártir que nos ilumina a todos.

—Yo iré contigo —dijo Zebeo si te agrada mi compañía.

—Y yo igualmente —añadió Matheo, me siento como arrastrado hacia lejanas tierras que en siglos atrás estuvieron vinculadas a nuestra historia milenaria.

—El África os será propicia — contestó el vehemente africano— como lo fue a nuestro dulce Jhasua que vivió días de gloria entre las arenas de nuestro desierto.

Bartolomé de Séphoris y Tomás de Tolemaida que contaban con parentela en Persia, se habían unido para llevar a dicho país la enseñanza de Cristo hijo de Dios.

—Creo que todos los demás —observó Hanani que hasta entonces solo había sido un silencioso espectador— tenemos trabas de familia que nos impiden movernos del sitio en que nos encontramos.

Pero si hay otros designios de nuestro Rey sobre nosotros, el tiempo lo dirá y creo que todos sabremos obedecer y cumplir como fieles súbditos suyos.

—Es verdad, es verdad —se oyeron varias voces en distintos puntos del vasto recinto.

Gamaliel y Nicolás cuyo decaimiento era notorio, al ser interrogados, manifestaron que aún no tenían resuelto nada definitivo.

www.formarse.com.ar

—Yo deberé retornar a mi ciudad natal —dijo Nicolás— aunque soy de Israel por la raza, pero la tierra de promisión se ha vuelto tierra de maldición y su repudio para nosotros no es fácil de soportar. Acaso podremos formar una Congregación que responda al pensamiento del Verbo de Dios.

—Lo que Nicolás desea realizar en Damasco, —dijo Gamaliel— desearía yo realizarlo en Siracusa, en cuya gran Escuela de conocimientos superiores estuve años atrás acompañando a mi tío. Cuento allí con algunas buenas amistades que quizás respondan a nuestro ideal.

—Y vosotras mujeres esenias que tan valerosamente habéis acompañado al Mesías hasta su último momento —interrogó el anciano Ezequias —¿no exponéis vuestro programa a seguir?

Todas ellas se miraron unas a otras, con esa timidez e incertidumbre propia y natural en quienes dependen de la voluntad de otro.

—Comprendo —añadió el anciano— que las esposas seguirán a sus maridos, las madres a sus hijos, las hijas a sus padres. Pero... ¿las demás?

Las griegas Polimia y Heraclea, madre e hija anunciaron que volverían a la Grecia lejana, a sus montañas de Argólide a donde llevarían el recuerdo del Hombre de Dios que había roto sus cadenas de esclavas en la ciudad de Damasco.

Varias miradas se fijaron en María de Mágdalo que permanecía muda como una estatua, lo cual causaba cierta extrañeza dado su temperamento tan decidido y vehemente.

Sin duda alguna debió percibir el calor de aquellas miradas, pero no rompía su silencio.

Boanerges que esperaba ansiosamente su palabra para orientar su propia vida se atrevió a decirle acercándose hasta ella.

— ¡Señora!... Si tú no hablas, tu ruiseñor cautivo no sabe a donde tender su vuelo.

— ¡Perdón! —dijo como si despertara de su sueño. —Sabiéndome sola en el mundo no pensé en que nadie esperase nada de mí. Tú no eres mi cautivo Boanerges, bien lo sabes; pero si quieres permanecer en mi Castillo, no pienso por el momento dejarlo. Es para mí como un cofre de grandes y tiernos recuerdos que serán mi único horizonte mientras me dure la vida.

—-Hija mía —le observó Myriam, muchas veces me has llamado madre, y tú eres para mí un relicario de recuerdos que jamás apartaré de mi corazón. Nuestra amada Galilea es todo un templo de recuerdos puros y santos, y en éste templo vive El en todo el esplendor de su ternura y de su bondad. Su' amor nos unió a entre ambas como dos florecillas en una misma rama y ni tú estás sola en el mundo porque estoy yo, ni yo estoy sola porque nos rodean todos cuantos le amaron a El.

Llenemos con su amor nuestras vidas, y habremos traído el cielo a la tierra.

María se volvió hacia ella y puesta de rodillas la abrazó estrechamente sintiéndose hija de la Madre augusta del Hombre-Dios que tanto y tanto había amado.

Boanerges seguro ya de su nido, confidenció con Jehiel y sus jóvenes amigos de las orillas del lago a los que había ofrecido el calor de su alcoba y la ternura de su corazón.

Los cuatro amigos de Betlehen que con Simónides formaban un quinteto de la más venerable antigüedad, anunciaron que en aquella lejana ciudad habían presenciado el nacimiento del Verbo de Dios y en ella esperarían sus últimos días, siendo siempre como libros vivos en que estaba escrito la grandeza y la gloria del Ungido de Dios.

—Nuestro camino está marcado hace tantos años como los que tenemos de vida —dijo Jacobo, el mayor de los guardianes del Santuario de Quarantana.

—Allí moriremos al pie de nuestra montaña —añadió Bartolomé, y cualquiera que necesite de nosotros, allí nos encontrará para servirlo.

—Yo soy el más joven de los Doce —dijo Juan, y no abandonaré la ribera del Mar de Galilea mientras vivan mis padres. Después... el Divino Maestro me conducirá a donde le plazca.

Que hablen los notarios —insinuó José de Arimathea —pues es de importancia que sepamos lo que ellos piensan.

—Solo faltamos Felipe y yo —contestó Esteban, y por mi parte quedaré Judea a la ribera del Jordán, en la misma gruta que habité mientras el Profeta Jhoanan fue mi maestro.

—Y yo —dijo Felipe, tengo estrechas vinculaciones con el Santuario del Monte Ebath en Samaría y en aquella provincia trataré de hacer cuanto me sea posible en seguimiento del Ungido de Dios. El anciano Esenio Eliezer dijo entonces la última palabra: —Hermanos muy amados en el Cristo que acaba de ser glorificado por Suprema Potencia Creadora.

www.formarse.com.ar

Animados todos de la mejor buena voluntad, hemos cumplido el sagrado deber de marcar en conjunto el itinerario a seguir, sin que esto signifique una forzada obligación que deba pasar por encima de las posibilidades de cada cual.

Somos prisioneros de la materia y muchas veces nos servirá de impedimento a los vuelos ansiosos del espíritu. Pero estamos ciertos de que si nuestra vida está encausada dentro de la Ley Divina de ella misma nos vendrá la fuerza y la luz para que nuestros pasos en la vida sean como una prolongación de la senda seguida por el Hijo de Dios en su vida de hombre encarnado en la Tierra.

No olvidéis nunca que vais a un mundo extraño a vosotros, cuyos ideales, costumbres y maneras de pensar y de sentir son muy diferentes a los vuestros, y que una gran prudencia y discreción deberán presidir todos vuestros actos.

No olvidéis tampoco las palabras del Divino Ungido: "No será el discípulo mejor tratado que el Maestro. No hagáis como los fariseos hipócritas que cuelan un mosquito y tragan un cangrejo. No miréis la paja en el ojo aje

no y dejéis una viga en el vuestro. No seáis como sepulcros de mármol y de jaspe por fuera, y dentro lleno de podredumbre, porque no con palabras y fórmulas exteriores se enseña y redime a las gentes sino con las obras .dignas de hijos de Dios. Que la mentira, la farsa, el engaño y el interés no son la moneda con que se compra la salvación de las almas".

Avecillas errantes de Dios que vais a tender el vuelo por ignorados caminos, valles y montañas! No olvidéis tampoco que entre los montes fragosos de la Palestina, en humildes grutas escondidas de los hombres, quedan vuestros hermanos Esenios con el pensamiento tendido a los cielos como un hilo de luz invocando a los grandes soles que dirigen la evolución de los mundos, para que seáis fieles mensajeros del Cristo de la Paz, de la Santidad y del Amor.

Que la Luz Divina sea con vosotros y que nuestro excelso Maestro os bendiga y os guíe.

Un hondo silencio de evocación y de religioso fervor siguió a estas palabras y pasados unos momentos, una suave ola de alegría y de ternura se extendió por aquel cenáculo vibrante de esperanza y de fe.

Al día siguiente y después de una comida en conjunto, se iniciaron las despedidas y comenzó la retirada de cada uno hacia su nido hogareño.

—No usemos nunca el adiós —dijo Ezequias cuyo temperamento emotivo en extremo, aparecía siempre dispuesto a la ternura y al amor.

Digamos solo: "Hasta luego hermanos".

Y los pobrecitos muy ancianos, decían también hasta luego sabiendo de cierto que no se verían mas sobre la tierra.

Zalomé, Zebedeo y sus dos hijos Juan y Santiago, María con tres de sus compañeras, Raquel, Clelia y Fatmé acompañadas de Boanerges y Jehiel tornaron a la ribera del Mar de Galilea, lo mismo que Hanani con su familia.

Los Esenios a sus respectivos Santuarios y los Doce entre su parentela desde donde partirían a sus respectivos destinos.

Los de Betlehen tomaron rumbo al sur, por el trillado camino de las caravanas, mientras el Príncipe Judá, Faqui, Marcos y sus familiares, más los viajeros de la Galia tomaban el camino de Tolemaida, puerto el más cercano a Nazareth y desde el cual tenderían el vuelo definitivo.

— ¡Bien decía Jhasua! exclamó el tío Jaime cuando en el gran portalón de la casa de Nazareth los despedía a todos. Bien decía Jhasua: "¡Muerto el pastor se dispersarán las ovejas!"

"¡Tronchado el árbol que les daba sombra, las golondrinas tenderán su vuelo!"

¿Qué vientos soplarán para ellas en las regiones donde posen?...

Y el buen tío Jaime, enjugó una lágrima furtiva que se había asómalo sin su permiso y cerrando el portal tornó a la sala de la hoguera donde la pobre Dina, la huérfana que el amor del Cristo había adoptado en el hogar, ponía gruesas ramas en la hoguera que ardía de nuevo en vivas llamaradas.

EL VUELO DE LAS GOLONDRINAS

La bandada era grande y no todas tomaban la misma ruta, por lo cual, Tactor amigo, tú y yo iremos buscándolas de una por una a fin de que no perdamos de vista a ninguna de ellas.

"Que no se pierda ni una sola de las almas que me fueron confiadas" — decía el Divino Maestro: y

www.formarse.com.ar

prendiéndonos del hilo de luz de su mirada que las alumbra a todas, sigámoslas sigilosamente a través de valles y montañas, de mares y desiertos, en las soledades y en medio de las muchedumbres.

Vistamos la blanca túnica de los buscadores sinceros de la verdad, límpienlos la mente de viejos prejuicios, de ideas preconcebidas y de irrazonables 'fanatismos, para merecer que los sagrados Archivos de la Eterna Luz se abran para nosotros y nos entreguen sin reticencias sus secretos más ocultos... sus historias milenarias... sus poemas de inefable belleza, sus dramas y sus tragedias, que indudablemente las hubo, toda vez que el anuncio del Cristo Mártir no podía fallar:

"No serán los discípulos mejor tratados que su Maestro".

Y siendo Judá y Faqui los primeros que tienden el vuelo hacia ultramar, los seguimos en primer término a ellos que en dos grandes carrozas de viaje tomaron el camino de las caravanas hacia Tolemaida. Judá y Faqui dirigían las cuadrigas de robustos mulos que arrastraban los carros, mientras Isaias y Otoniel, Eliacin y Sipro cabalgaban junto a las portezuelas según la costumbre de la época en los viajes de familias de posición.

Un silencio de muerte envolvía a los viajeros como un sudario frío, generador de imborrables recuerdos, pues cada uno llevaba en el fondo del alma un retazo del estupendo drama de amor heroico y de inaudita perversidad que habían presenciado en la patria de Israel de la cual huían desesperadamente.

Simónides que había querido acompañarles hasta el puerto, rezagado en un rincón de la carroza guiada por Judá, dejaba hablar su pensamiento, no tan floreciente de optimismo como cuando tenía al lado a su soberano Rey de Israel. Y así que vio que la sombra negra de la tristeza quería apoderarse de él, tomó a su biznieto Jhasua Clemente para que la vivaz alegría del pequeño reanimara el fuego casi apagado de su corazón.

Nebai con el pequeño Ithamar recostado en sus rodillas recordaba que años atrás había viajado con los mismos compañeros de Antioquía a Tolemaida; pero ahora faltaba uno: Jhasua... aquel dulce y afable Jhasua de los 22 años, que la había consolado de la única angustia de su vida... la de saberse esclava del Príncipe Judá.

Aquel tierno Jhasua que bajo un rosal blanco, en un jardín de Antioquía Je había diseñado el camino de la paz y la dicha humana, como esposa de un hombre honorable y justo que no traicionaría sus esperanzas y su fe.

Vercia, silenciosa igualmente bajo sus velos, rememoraba su llegada a Tolemaida tres lunas antes, llena de esperanza en un triunfo cercano al amparo del Salvador de los oprimidos que había bajado a los valles de Palestina. Y en su grande alma luchadora infatigable por un ideal, se encendía de nuevo el fulgor de una lámpara eterna que no debía apagarse jamás; la Idea del Gran Hessus traída a la tierra por su hijo: el Amor Universal que reunirá un día a todos los hombres en el infinito seno de Dios.

Su tío el Bremen, en su hosco y tenaz silencio saboreaba la indecible amargura del fracaso irremediable. Para él no resplandecía fulgor ninguno porque en su horizonte solo se esbozaban sombras de muerte, más pavorosas aún que las que le habían envuelto hasta entonces.

Parecíale sentir ya retumbar en su corazón los pasos sigilosos de la loba romana que traspasaba las ondas azules del Dordona y las doradas del Loira que ponían cerco a su Gergovia amada escondida entre montañas.

En la otra carroza guiada por Faqui reinaba también el silencio... pero un silencio de recogimiento, de devoto fervor, casi de unción religiosa, porque la dulce Noemí de los cabellos blancos y los ojos de gacela leía a media voz los salmos más emotivos y tiernos, aquellos que evocan la misericordia divina como la única esperanza y consuelo único del alma sumida en tristezas de muerte! Leía para sí misma y para Amram, la amante sierva que sentada en un banquillo a sus pies hilaba tranquilamente un suave velloncito de lana, pues que sus laboriosas manos no sabían estarse quietas.

Thirza atendía su mimosa muñequita endeble que aparentaba un año menos de los que en realidad tenía.

Y Marcos se esforzaba en consolar a Ana que había hecho un supremo esfuerzo sobre sí misma para decidirse a salir de la casa de Nazareth, dejando en día a Myriam, su madre de tantos años casi como los que tenía de vida, y dejándola sin Jhosep su padre, sin Jhosuelín su hermano... sin Jhasua...¡el gran hijn que habla sido la luz única de su vida

—Yo no me opuse a que te quedaras Ana —decíale Marcos a media voz —bien lo sabes.

—Ella es una santa heroica Marcos —contestaba Ana— y cuando le anuncié que me quedaría, ella me dijo: "—No hija mía, no! Anda con tu marido porque la esposa debe seguir al esposo aunque se le rompa el corazón en muchos pedazos. Dios llenará mi soledad con la presencia espiritual de mis amados del cielo. Estoy llena de la vida de ellos. Estoy llena de su recuerdo y de su amor que no puede morir jamás". Y recordando estas palabras con que la había despedido Myriam, Ana secaba sus lágrimas de ternura más que de dolor.

— ¡Es una santa heroica! repetía. Después de haber perdido a Jhasua, ¿qué pueden significar para ella estas otras pérdidas?

Cuando llegaron a Sephoris, casi anochecía, y el anciano Simónides, indicó la conveniencia de pernoctar en aquella ciudad donde el "soberano Rey de Israel" había instalado una sede de la Santa Alianza cuando la epidemia asoló esa región y allí podían pasar la noche.

—Ciertamente —dijo Marcos—. Es un prosélito romano quien está encargado de ella, y tiene además un recinto de oración consagrado al "Dios Invisible". Se llama Lucio Marcelo de Módena. Ha sido sacerdote de Apolo, y ahora dice que es sacerdote del Profeta Nazareno.

— ¡Cómo! —exclamó Judá. Un extranjero nos ha llevado la delantera abriendo templo en homenaje a Jhasua, y nosotros aún no hemos hecho nada.

—Pero lo haremos y bien pronto niño —intervino Simónides.

—A eso vamos cada cual a su tierra —añadió Faqui.

—Guíanos Marcos, y veamos tu prosélito romano —añadió de nuevo Simónides. Era una granja entre risueñas colinas al Noroeste de la ciudad y a orilla misma del arroyo Tubarin que atravesando gran parte de la provincia Galilea corría impetuosamente a desembocar en el mar. El buen prosélito romano como le habían llamado, vivía con un matrimonio de edad madura, y tres siervos jóvenes, todos esclavos suyos traídos desde su tierra lejana.

Judá que dominaba a la perfección el latín se enfrentó con él.

Cuando supo que los viajeros eran puede decirse la familia misma del Profeta Nazareno, que venían de la casa de su madre, y trayendo entre ellos una hermana del Profeta, el buen hombre creía que algo más que los dioses del Olimpo bajaban a su casa, y encontró pequeña la portada de su casa para darles entrada por ella. Y el buen viejo Simónides decía con íntima satisfacción:

— ¡Ya se ve! ya se ve que nuestro Rey de Israel no ha muerto sino que vive y es El que nos hace abrir todas las puertas.

La casa modesta y sencilla pero de puro estilo romano, tenían su gran pórtico, su peristilo o galerías formando un cuadrado al gran patio con una fuente y un surtidor de agua. El tablinum u oficina del dueño de casa era el templo o santuario del Dios Invisible del Profeta Nazareno.

Las habitaciones se abrían bajo el peristilo o galerías y allí se instalaron las mujeres de inmediato. La pobre Noemí con su Amram inseparable se sentían terriblemente cansadas. Thirza que parecía una convaleciente de larga enfermedad tomó posesión del primer diván que encontró a su alcance.

Marcia la esclava, ama de casa, se multiplicaba para atender a aquellos viajeros y en su lengua mitad siria, y mitad latina les preguntaba si venían de más allá de los desiertos africanos.

Tres días permanecieron en Shéporis para complacer al buen prosélito romano que no quería dejarles marchar sin que pasaran revista a todo cuanto había realizado la Santa Alianza, nombre que ya comenzaba a ceder ante otro que debía imponerse bien pronto: Congregación Cristiana.

El amor al Cristo Ungido de Dios, recientemente desaparecido de la tierra, reclamaba sus derechos en el corazón de los que le amaron; y a toda reunión le seres en su nombre parecíales que debían llamarse con su nombre. Y de esta necesidad del corazón, comenzaron a surgir los nombres de Congregación Cristiana, Hermandad Cristiana, Eclesia Cristiana. Y por eso Marcelo de Módena llamó siempre al Tablinum de su casa-quinta: "Eclesia nostrum, Nuestra Iglesia.

Este recinto era lo que luego fueron los pequeños oratorios cristianos del siglo I: Una sala grande o pequeña con una repisa al frente, con las Tablas de la Ley, las Escrituras Sagradas y un candelabro de siete luces. Con los estrados alrededor, y una mesa al centro rodeada de bancos para los lectores y comentaristas de las Escrituras.

Al día siguiente y cuando el sol se levantaba en todo su esplendor, Judá invitó a Faqui a salir al bosque que aparecía a las orillas del arroyo.

— ¡Me ahogan los recuerdos Faqui! —le dijo cuando estuvieron solos. ¡No los resisto más!... ¡Me vuelvo loco!

— ¡Pero hombre!... ¿Qué quieres hacer?

—Aquí... aquí en este mismo sitio, sobre este peñasco en el que parece apoyarse el tronco de este cedro se sentó Jhasua cuando hicimos un descanso en aquel viaje hacia Antioquía. ¿No lo recuerdas tú? preguntaba Judá con su voz que temblaba mientras daba con el puño cerrado sobre el peñasco como si quisiera hacer surgir de él la dulce imagen aquella que vivía en su retina.

www.formarse.com.ar

—Sé que estuvimos aquí, pero no conservaba en mi memoria ese detalle —contestóle Faqui.

—Tú estabas entonces lleno con tu naciente amor —dijo Judá. Pero yo que aún tenía abiertas en mi corazón todas las heridas que abrió en él la maldad de los hombres, lo recuerdo muy bien.

Este peñasco me es testigo de una profecía que aquí me hizo Jhasua y que aún espero parte de su cumplimiento.

—Yo sé —me dijo —que tú no llegarás a comprenderme en la misión que traigo a este mundo hasta después de mi muerte. — ¿Hablas de morir cuando empiezas a vivir y tienes menos años que yo? —le dije.

—"Tú ignoras el final de mi camino —añadió; —pero como yo lo he visto, pido a mí Padre Celestial el poder de abrir tu camino en la vida con una felicidad tan completa que colme todas tus aspiraciones de hombre terrestre.

"Y una voz interna me lo ha prometido".

— ¿Y con todo esto quieres decirme —interrumpió Faqui— que Jhasua te anunció el encuentro con Nebai en Antioquía?

—Justamente; y todo eso se ha cumplido al pié de la letra. Pero mis aspiraciones de hombre de la raza de Abraham no se han cumplido aún.

La patria sigue esclavizada y su Salvador ya se volvió a los cielos infinitos. Pienso que la voz interna que le habló a él, no puede fallar.

—Tú corres mucho amigo mío en la búsqueda de tus ideales; y a veces es necesario esperar años y aún siglos —contestó Faqui.

—Cuando estaba cautivo como esclavo en las galeras del César ya esperaba —contestó Judá.

— ¡Y debes confesar que has conseguido mucho!... Además debemos comprender que el Cristo Ungido de Dios no puede ser sólo para salvar tu pueblo y tu raza, Judá. El Salvador del mundo debe ser para todos los seres de la Tierra; y creo que aún no podemos ver ni tú ni yo, hasta dónde podrán llegar los efectos y las consecuencias de la Obra que El ha realizado y de la tremenda inmolación que ha aceptado por su ideal y por la salvación de los hombres que abracen ese ideal.

— ¡Faqui! antes de partir de este lugar quiero inmortalizar en este peñasco el recuerdo de aquellas palabras de Jhasua. ¿Cómo podré hacerlo? Mil ideas bullen en mi mente causándome tan grande confusión interior, que no acierto con lo que sea mejor.

El príncipe africano comenzó a observar todos los detalles de aquel peñasco sobresaliente de la colina.

—Podemos hacer aquí bajo el espléndido dosel del cielo azul el primer altar en homenaje al ideal divino de Jhasua —dijo Faqui reflexionando,

— ¿De veras? Pues sería magnífico. ¿Cómo lo harías tú?

—Óyeme: cortamos el tronco de este joven cedro a la altura donde comienzan las ramas. La más gruesa de ellas despojada de hojas la atravesamos en la parte superior. ¿No eligió Jhasua para el sacrificio por su ideal un madero con un travesaño en la alto, que en el mundo se llama una cruz?

— ¿Y qué más? preguntó Judá —porque eso solo no basta. Manos criminales, piratas y bandoleros también murieron en una cruz.

—Déjame concluir mi pensamiento, insistió Faqui. Sobre este peñasco y apoyada en el tronco del cedro que será la cruz, pongamos un bloque de piedra blanca con esta inscripción "Ama a tu prójimo como a ti mismo". ¿No es esto un verdadero jeroglífico que en dos troncos cruzados y un bloque de piedra sintetiza el ideal del Cristo-Mártir?: El amor a sus semejantes como a sí mismo le llevó hasta la muerte sobre una cruz.

— ¡Magnífico Faqui! contestó Judá.

Y sin esperar ni un segundo más buscaron un picapedrero y un hachador que en el menor tiempo posible echase abajo la copa frondosa del árbol elegido como víctima y le aplicase el travesaño en lo alto, mientras el artesano de la piedra grababa en el bloque elegido la sublime frase aquella que resumía en pocas palabras el gran ideal por el cual el Cristo había entregado su vida.

Y cuando dos días después estuvo hecho a gusto de los dos amigos, todos los Compañeros de viaje más el romano Lucio Marcelo de Módena, vertían lágrimas de íntima emoción ante aquel peñasco mudo, en que estuvo sentado el Cristo vivo, y en el que aparecía vivo y eterno su ideal sublime por el que entregó su vida de hombre: Ama a tu prójimo como a ti mismo.

Fue el primer altar levantado en homenaje al dulce profeta Nazareno sembrador eterno del amor entre los hombres. Y cuando toda la población de Sheporis pareció darse cita para ir a reverenciar aquel humilde y

rústico altar de un peñasco sin pulir y el tronco de un árbol, Judá se abrazó a su gran amigo africano y entre sollozos le dijo:

— ¡Acabo de convencerme Faqui de que Jhasua será Salvador de todo este mundo!

Y los viajeros partieron hacia Tolemaida cuando a la mañana siguiente se levantaba el sol en el horizonte.

Aquel peñasco mudo en que nadie había parado su atención, aquel árbol mutilado y con un travesaño encima, aquellas palabras grabadas sobre una piedra, bastaron a calmar la febril ansiedad de Judá que sentía viva en su corazón la incurable herida: su Rey de Israel se había ido sin salvar su país del yugo extranjero.

La situación era la misma. ¿Qué fenómeno había pasado como un rayo de luz fugitivo por el alma de Judá decepcionado antes y ahora optimista?

Hay instantes decisivos en el alma humana, en que una circunstancia cualquiera parece iluminar un vasto horizonte haciéndole entrever el triunfo definitivo en un futuro cerca o lejos, de un ideal perseguido con febril ansiedad.

— ¡Bendito peñasco y bendito mil veces ese joven cedro del bosque de Séphoris! —decía Nebai viendo otra vez que el optimismo desarrugaba la frente dé Judá y animaba sus ojos con el brillo de la juventud.

Y ella que como ayudante de su padre en dibujar croquis y planos había adquirido mucha práctica, cuando estuvieron en su villa del Lacio dibujó un croquis del rústico altar del bosque de Séphoris y las copias se multiplicaron y repartieron entre los primeros amibos y discípulos del Cristo Mártir que desde la gloria de su Cielo de los Amadores vería aquel humilde altar no como un peñasco y un tronco de árbol sino como un monumento grandioso hecho de corazones que le amaban y que eran con toda verdad los legítimos herederos del legado eterno del Padre.

Llegados sin mayores incidentes al Puerto de Tolemaida buscaron de inmediato la casa en que estaba establecida la Santa Alianza, y no fue pequeña la sorpresa de Isaías y Othoniel el encontrar como encargado de ella al tío Manoas admirablemente rejuvenecido y fuerte. Estaba con él su hija viuda y tres níetecitos que eran toda su gloria según él decía.

—No os asombréis tanto —les decía el buen hombre —que no he ascendido a doctor de la ley. Soy únicamente guardián de esta casa y de cuanto en ella te encierra. Aquí viene el amo de todo el comercio honrado de este país.

Y el viejo Manoas se confundió en un gran abrazo con Simónides, mientras los demás se asombraban de tan estrecha amistad.

Y era que nuestro amigo el gran comerciante, estaba siempre en acecho "para encontrar ¡as perlas perdidas entre el rastrojo", y los pozos de agua dulce en los salobres desiertos.

Y habiendo tenido conocimientos años atrás por Judá del noble desinterés de Manoas al recoger sus dos sobrinos ciegos e inútiles, pensó con acierto que ese hombre era un excelente colaborador para la obra que realizaba por el Soberano Rey de Israel. ¿No había guardado durante once años bajo una loza del piso de su covacha el tesoro dejado por su sobrino para el Mesías Ungido de Dios?

El dirigente principal de la Santa Alianza en Tolemaida era aquel bardo Efraín que hemos conocido en Arquelais y que por conveniencias familiares debió trasladarse a la ciudad puerto donde acababan de llegar nuestros viajeros.

Dos días 'después llegaba desde Antioquía un barco de la ya conocida flota marítima perteneciente al príncipe Judá y que administraba han hábilmente Simónides. El velero Ithamar uno de los mejores equipados y más perfectos de la época era mandado por aquel Capitán al cual el Divino Maestro, el Jhasua salvador de todos los oprimidos le había comprado en Tiro 168 esclavos para darles la libertad, hecho que recordará bien el lector de Arpas Eternas.

Se llamaba Priamo de Pafos y estaba al servicio de Simónides desde aquel tiempo. El sagaz anciano que no perdía las oportunidades de hacer resplandecer ante todos las cualidades del Soberano Rey de Israel, lo llamó ante el grupo, de viajeros y le habló así:

—¿Ves aquí este joven señor? El, es el Príncipe Judá hijo de Ithamár, el dueño de este barco y de todos los que lucen el pabellón amarillo con estrella azul. El buen marino se inclinó profundamente ante Judá, y éste se acercó a él y le estrechó la mano.

—Ya sé toda aquella historia de cuando nuestro Rey-Mártir te pagó los esclavos que ibas a conducir a lejanos" puertos. Nosotros formamos parte de su numerosa familia y vas a llevamos hasta las costas de Italia. El marino se sentía embargado de profunda emoción rememorando aquel hecho lejano y la mirada radiante del Genio salvador de los esclavos que nunca pudo olvidar. Recordaba bien sus palabras: "Yo te daré un amo que no comercia con carne humana viva y bajo su mando tendrás el pan en abundancia y la dicha en tu corazón". Y

www.formarse.com.ar

esa palabra se había cumplido al pié de la letra. Había mejorado grandemente la situación de su hogar formado años antes con una honrada doncella Siria, había logrado sacar de la cárcel a su hermano mayor preso por una deuda; podía tener sus ancianos padres a su lado; había recogido a la madre viuda de la que era su esposa. El buen Genio le había concedido salud y vida para sus niños que eran cuatro; y en un hermoso paraje de las afueras de Tiró se había comprado un solar de tierra donde entre viñedos y plantaciones estaba su nido hogareño lleno con todos los amores que pueden hacer dichoso a un hombre de bien.

— ¡Oh el buen Genio!... —exclamaba aquel hombre de mar— jamás podré olvidarle porque El me hizo vivir de una vida nueva que yo no conocía. Desde entonces he puesto el amor por encima del dinero, y es cuando tengo dinero de sobra para cubrir todas las necesidades de la familia y aun para socorrer a los necesitados que protege la Santa Alianza. ¿Cómo es que no pudo salvarse de las garras de los malvados, El que salvaba a los demás?

Y el emocionado marino oyó muchas voces que contestaron a la vez:

— ¡El quiso morir!...

—Por su ideal de Fraternidad, de Igualdad, de Justicia, de Libertad para todos los hombres —añadió a las voces de todos Vercia la Druidesa gala, para quién era tan claramente comprensible aquel divino Ideal más sublime y grande que todas las cosas de la tierra.

El barco se hacía a la vela a la madrugada siguiente y esa noche, a la orilla del mar, y en la misma rinconada que formaba los grandes peñascos de !a costa, donde en otra hora el viejo Manoas encendía su fuego para hacer el pescado de la cena, la Druidesa preparó la piedra del fuego sagrado para encenderlo por última vez en la tierra bendita a donde el Gran Hessus había hecho nacer en carne mortal a su hijo.

—Porque esta vez es única en mi vida —les dijo— os dejaré asistir a todos cuantos habéis amado al Hombre Luz que vino a traerla a la Tierra, y que aún muerta su carne, la encenderá más viva aún para todos los que quieran verla!

La llama perfumada se levantó en la oscuridad de la noche y el suave viento del mar la extendió por toda la pequeña ensenada en que se encontraba el fervoroso grupo de los amantes de Jhasua. Iba prendiendo en los cardales silvestres en las espadañas hirsutas, en los juncales trémulos que sobresalían de las aguadas, tranquilas de la orilla...

Y Vercia sumida en honda meditación semejaba una estatua de mármol blanco sentada sobre un peñasco tan inmóvil como ella misma.

Todos miraban con asombro y emoción que las llamitas doradas iban rodeando el peñasco en que la Druidesa continuaba inmóvil; pero la fuerza poderosa del estado psíquico en que todos se encontraban parecía anudar la voz en la garganta y ninguno hablaba. La presencia divina se sentía tan profundamente que cada cual llegó a imaginarse que estaba bajo las naves grandiosas de un templo donde el fuego santo de los cielos consumía toda la escoria de la tierra.

¡Oh divina alma humana! divina Psiquis, cuan poderosa eres y cuan desconocido es tu poder soberano por la mayoría de los hombres de esta tierra!

El solo pensamiento evocador de Vercia, la Druidesa Gala había bastado para producir todo aquel conjunto de fervientes pensamientos; de sagrados recuerdos, de anhelos hondos y fuertes que hacían latir aceleradamente los corazones de cuantos rodeaban el rústico altar del fuego sagrado en que se plasmaban para ella las divinas visiones que la ayudaban a vivir la vida terrestre con esperanza y con fe.

Por fin la vieron que abrió los ojos... que volvió a la vida cuando las llamitas Adoradas iban apagándose lentamente. Y haciéndoles aún señal de silencio miraba fijamente la piedra del fuego.

Una blanca visión se materializó sobre ella en la cual reconocieron todos a Jhasua a través de los mil resplandores que como iris sobrepuestos le envolvían irradiando después hasta larga distancia.

Y a través de esos velos irisados que temblaban como agitados por el viento vieron infinidad de cruces entre rosales rojos que formaban un bosque que se perdía a lo lejos a lo largo de la costa y sobre las olas del mar. Cuando todo aquello se esfumó en la niebla marina que empezaba a levantarse, Vercia habló con su voz quebrada por los sollozos:

—Ya lo habéis visto todos: El Hijo del gran Hessus sólo nos promete sacrificios y Amor.

Y cuando los arreboles de la aurora daban al amanecer la impresión de que los rosales rojos de la nocturna visión se habían deshojado sobre los peñascos de la costa y sobre las aguas del mar, el barco soltaba amarras y desplegaba todas sus velas rumbo al occidente mientras la tripulación cantaba el estribillo del himno del mar en lengua Siria para no herir los oídos de los amigos de Roma:

"Mar que besas las orillas
De las tierras de Abraham,
Oye el clamor de sus hijos
Que piden la libertad"

Sólo tres personas quedaron en la costa agitando los pañuelos blancos de la despedida: El anciano Simónides, Othoniel que de mayordomo había subido a Secretario del Príncipe Judá, y el viejo Manoas cuyo tranquilo bienestar le había quitado al parecer veinte años de encima.

El viejo administrador de los tesoros del Rey de Israel, según él decía, quiso llegar una vez más a Antioquía de la cual estaba ausente desde hacía varios años.

Era el centro de ía vastísima red comercial que manejaba y quiso cerciorarse bien de su buena marcha.

Othoniel había obtenido un permiso por tres lunas de su complaciente superior el príncipe Judá, pasadas las cuales se reunirían nuevamente con él en su Villa del Lacio. El motivo expuesto era asuntos familiares que debía resolver en ese tiempo, pero nosotros lector amigo, podemos averiguar el motivo verdadero que le retenía en Galilea. Y ya que Simónides se embarca para Antioquía, y Manoas vuelve al local de la Santa Alianza en Tolemaida, sigamos los pasos de Othoniel que retorna a Séphoris, y de Séphoris a la orilla del Mar de Galilea a la casa de Hanani con quien tenía una buena amistad.

Este había manifestado en la gran Asamblea que por el momento no podía dejar su casa de los suburbios de la fastuosa ciudad de Tiberias de donde sacaba los medios de vida para toda su familia; y había planeado la formación de una Congregación Cristiana como las que empezaban a formarse en aquel entonces. Pero es necesario decir toda la verdad. No era éste el pensamiento íntimo de Othoniel. Había en el fondo de su corazón otra idea más fuerte que la de constituir la Agrupación Cristiana. El no pudo olvidar nunca a la castellana de Mágdalo que no había puesto en él más atención que la que rige una buena amistad. Al único a quien había confiado tiempo atrás su secreto, era al Príncipe Judá que buscando elevarlo de posición para ponerlo a nivel del ideal que sustentaba, lo había hecho su Secretario particular y Jefe del personal adherido a su casa.

— ¿Cómo quieres que ella ponga su amor en ti si lo ha dado todo al Ungido de Dios? le había observado Judá cuando le hacía Othoniel su confidencia.

—Ya lo sé —le contestaba éste—, pero el Ungido de Dios es sólo un resplandor de su infinito poder y grandeza. Me has referido que fue él mismo quien te acercó a Nebai tu esposa, porque él no había venido para tomar una esposa. ¿No es esto una verdad?

-Si que lo es Othoniel, tal como te lo he dicho.

—¿Entonces?... Mientras El estuvo con vida de hombre sobre la tierra, cualquier mujer de gustos delicados y de elevado mirar, tenía por fuerza de lógica que enamorarse de él. Esto lo comprendo muy bien y lo comprenderás lú también:

¿No podría suceder que al igual que Nebai, tu esposa, aceptase María otro amor habiendo desaparecido de la vida material, el hombre superior y único que colmaba su anhelo?

— ¡Podría suceder, es cierto! Pero algo hay en mí mismo que me hace ponerlo en eluda —le contestó Judá —. Hace tiempo, cuando yo adiviné tu inclinación a ella, fue que te propuse dejar la mayordomía de mi casa para que fueras mi Secretario-Gerente, y lo hice con la amplia aprobación de Simónides, que conserva un gran afecto a la hija del griego Hermisnes. Ya sabes que nuestro viejo Administrador elige sus amigos y colaboradores con el mismo cuidado con que analiza el oro puro y el que está mezclado con otros metales de inferior calidad. Parece que el Griego era oro puro por su honradez y generosidad.

Cuando te hice mi Secretario Gerente, le confié a él tu secreto. ¿Y sabes lo que me contestó? —Dímelo y lo sabré.

—"¡Cuan difícil es ponerle un reemplazante al Soberano Rey de Israel, en el corazón de una mujer como la hija de Hermisnes! — ¿De veras te dijo así?

—De veras. ¿Qué interés puedo tener en desfigurar la verdad? Esto no obstante, puede suceder que la abrume el pensamiento de la soledad. ¡Triste cosa es para una mujer joven el vivir de un recuerdo y llorando sobre una tumba, como decía el mismo Jhasua! De todos modos, cuenta conmigo para realizar tu gran sueño de amor, si es que está en lo posible.

Después de este breve relato, comprenderá bien el lector por qué Othoniel tomó de nuevo el camino hacia la casa de Hanani en la ciudad de Tiberias. ¡La ilusión le prestaba sus alas doradas, y el camino le parecía que se alargaba indefinidamente ante el galope de su caballo comprado en Tolemaida, para acortar más y más la

www.formarse.com.ar

distancia!

¡Oh el amor que inyecta potentes energías en el alma humana y la lleva con febriles delirios hacia el objeto de su ansiedad!

¡Por amor hemos visto correr a Pedro con ansia suprema las largas millas que separan el Mar de Galilea de los suburbios de Jerusalén!

¡Por amor vemos correr a Othoniel desde Tolemaida a la ciudad de Ti. verías asentada muellemente a la orilla del Mar galileo!

Y por amor, sólo, por amor, veremos correr a unos y otros de los amantes de Jhasua, que tejen y destejen las hebras doradas del divino ideal que El hizo desbordar como un río salido de cauce sobre todos cuantos se le acercaron.

Y al recoger las aguas vivas de ese divino desbordamiento, cada uno lo comprendía a su manera, lo diseñaba en su horizonte mental conforme a su comprensión, a su capacidad y a las necesidades de su íntimo yo,

¡Qué infinita piedad, qué amorosa ternura debió sentir Jhasua en su cielo glorioso de los Amadores, viendo la santa fiebre de amores que había dejado tendida como un manto de luz y de flores sobre las almas que en la tierra le amaron!

Cuando Othoniel llegó a la casa de Hanani, era una espléndida mañana y muy cercano el medio día.

Estaba allí Juan, el hijo de Salomé; Felipe, hijo de Parmenas, y el pequeño Adin, que era ya un crecido adolescente y lo llamaban Policarpo, como el llorado abuelito de su niñez.

También se alojaba allí Zebeo, uno de los Doce desde que Pedro con otros se marcharon a Jerusalén.

Cuando terminó la comida del mediodía, Hanani dijo a sus huéspedes:

—Veo latente en todos vosotros el mismo deseo: Hacer de mi casa el centro de una Congregación Cristiana. Zebedeo quizá lo deseará también en su casa para los inmediatos del lago.

—No es así —observó Juan. Santiago, mi hermano, se fue con Pedro y los otros. Con mis padres estoy solo, y tres criados que cuidan el huerto. La concesión del pescado fue vendida en acuerdo con Pedro y Andrés, teniendo en cuenta las palabras del Maestro: "Seréis pescadores de almas".

— ¿Y qué harán los necesitados que vivían de vuestro reparto de pescado? —preguntó Hanani inquieto ante el espectro del hambre para aquellas gentes.

—Ayuno estás de noticias, hermano Hananí— le contestó Juan.

Los más fuertes comerciantes del Mercado de Tiberias compraron la concesión del pescado y tan a buen precio que hicieron posible el cumplir la palabra del Maestro: "Seréis pescadores de almas". Con la parte correspondiente a mi padre tienen para vivir hasta el fin de sus días. Y en acuerdo con Pedro y Andrés, hemos donado una barca a cada familia que sea capaz de utilizarla en la pesca, lo cual les permitirá contratarse a jornal con los nuevos concesionarios.

— ¡Magnífico! —dijo Hananí—. Y ¿quién os aconsejó tan hermosa obra?

— ¿Quién va a ser sino El, que nos prometió que estará con nosotros hasta que venida el Reino de Dios? —interrogó Juan lleno de alegría y de firmeza en su fe.

—Yo no puedo desentenderme de mis faenas de tapicero, pero como quiero cooperar en las Obras del Reino de Dios, es que pongo a disposición de todos los obreros del Señor mi casa y cuanto soy y tengo.

—Era lo que esperábamos de ti Hananí, ya que no contamos con otro local indicado para centro de una agrupación de estudio y de oración —dijo Zebeo.

—Naturalmente —añadió Felipe— pues su proximidad a Tiberias la hace apta para este fin.

—El Castillo de Mágdalo —insinuó Othoniel— es también un sitio ideal. Su dueña es una ferviente discípula del Ungido del Señor, y estoy seguro que ya habrá pensado hacer de su casa un santuario a su memoria. Creo que dos sitios de reunión a este fin no perjudican a nadie.

—Al contrario —afirmó Felipe—. Cuanto más agrupaciones de oración se formen será mayor el bien que realicemos en cumplimiento de la enseñanza de nuestro Señor y Maestro.

—Puede ser más adelante —afirmó Hanani—. Mi hija Fatmé, que vive el mayor tiempo allí, me dice que la castellana se ha encerrado en un mutismo y encierro de luto riguroso.

—Es así de verdad —dijo Juan—. No recibe a nadie. Desde el día de la Asamblea en Nazareth no he vuelto a verla aunque he ido allí varias veces. Se ha excusado de recibirme. Parece que no desea ver a nadie.

—Habrá fijado plazo de luto como si el muerto fuera su padre —añadió Felipe—. A mi padre, griego de origen, le oí decir que en su país el plazo de luto por un padre era de tres a seis lunas, según la edad del difunto, o sea más largo plazo cuanto más joven. Y como nuestro Maestro Jhasua sólo tenía treinta y tres años...

— ¡Pobre muchacha! —exclamó Othoniel—. Con enterrarse viva de esa manera sólo conseguirá languidecer y morir como una flor en un sepulcro. Inutilizar así una vida, no creo que sea agradable al Cristo Ungido de Dios, cuya enseñanza estaba fundamentada en las obras de amor al prójimo.

—Quizá el dolor la lleva a equivocar el camino —dijo Felipe.

— ¿Qué os parece —interrogó Othoniel— si entre todos vosotros, que sois sus vecinos, puede decirse, lográis convencerla de que no es así como agradará más al llorado Profeta Nazareno? También os acompañaría yo para reforzar vuestras razones.

—Y yo, como padre de Fatmé, que goza de la confianza de ella, merezco a acompañaros también.

Y a la primera hora de esa tarde los cinco hombres ya mencionados emprendieron camino hacia el Castillo de Mágdalo, que sólo quedaba a media milla escasa de Tiberias.

Y la conversación de todo el trayecto versó sobre las esperanzas y proyectos que pensaban convertir pronto en realidad.

Boanerges había sido elevado a la categoría de Bibliotecario y Archivero del Castillo. Jehiel, el joven aquel que el Maestro salvó de morir apedreado por blasfemo en Arqueíais, era el Mayordomo. Fatmé desempeñaba las funciones de Ama de llaves, en reemplazo de Elhida, muy achacosa y anciana, y con las doncellas que aun quedaban en el Castillo cuidaban de algunos ancianos y niños huérfanos sin familia que se alojaban allí.

Era otoño avanzado, casi entrada de invierno y el caer de las hojas amarillas y secas, los árboles descarnados, los jardines sin flores, todo en fin parecía respirar una infinita tristeza que estrujaba el alma, no bien se llegaba a aquel gran portalón de verjas que tiempo atrás aparecían pintadas de azul y oro y ahora se veían enmohecidas y trepando por ellas la apagada hiedra de las ruinas y de los sepulcros.

¿No era acaso un sepulcro vivo la infeliz dueña de aquella mansión señorial?

Fatmé, la ama de llaves, Boanerges, bibliotecario y archivero; Jehiel, mayordomo, se quedaron sin palabras ante los cinco visitantes que pedían ser recibidos por la obstinada ermitaña que no quería saber nada con nadie. ¡Todo había muerto para ella y todo lo había olvidado!..., parientes, amistades, compromisos sociales, negocios, protegidos, pobres, ancianos, enfermos, huérfanos..., todo! Todo había desaparecido como al soplo de un mágico embrujo en el alma de aquella mujer en la cual sólo vivía un recuerdo y un amor: el Profeta Nazareno que la había fascinado con su mirada genial, y con la infinita belleza de su alma de Ungido de Dios.

¡Y ella le había visto morir como un ajusticiado sobre un patíbulo de infamia! Le había buscado en el sepulcro en el amanecer tercero después de su muerte y no le había encontrado.

¡Se le había aparecido como un retazo de sol en la negra soledad de su vida!

Aquellos ojos divinos le habían hablado en el mudo lenguaje de su mirar sobrehumano. ¡Le había visto ascender como un haz de rayos luminosos a orillas del mar de Galilea en un ocaso inolvidable!..., jpero ya no estaba más sobre la tierra ni volvería a verle ni oírle jamás! i Jamás podría ungir con sus perfumes su cabellera bronceada, ni sus manos llenas de bendiciones de salud y de vida, ni sus pies infatigables para correr en pos de los doloridos de la tierra!...

Si bajaba a la orilla del mar o le recorría en su velero, en todas las barcas le buscaba y sólo encontraba rostros extraños..., ¡ninguno era el suyo!

¿Qué podía, pues, buscar en la vida? Y, hosca, taciturna y silenciosa se encerró entre los muros de su viejo Castillo, y aún más, casi de continuo en el reducido círculo de su alcoba solitaria.

En tal estado de ánimo estaba la dueña del Castillo cuando llegaron a la verja los cinco visitantes.

¿Cómo no habían de quedarse paralizados y absortos los tres personajes que cuidaban de aquella casa como tristes guardianes de un panteón sepulcral?

— ¿Pretendéis que os reciba cuando pasa sus días encerrada en su habitación sin hablar ni aun con nosotros? —preguntábales tristemente Boanerges, que había ensayado en vano todos sus recursos de trovador favorito a cuyos cantares dulces y tiernos respondía siempre la castellana con un nuevo regalo,

con un nuevo don para el místico cantor que había transformado en armonías. y en rimas hasta el murmullo de las ramas agitadas por el viento, según ella misma decía.

El amor sugirió a Othoniel lo que a ninguno se le había ocurrido pensar.

—Decidle —dijo de pronto— que vienen cinco discípulos del Profeta Nazareno a rogarle que nos permita

www.formarse.com.ar

hacer en su Castillo un monumento a su memoria. '

Boanerges corrió con el mensaje, mientras los cinco visitante pensaban:

— ¡Que el Cristo hijo de Dios incline la voluntad de esta mujer, a nuestro deseo!

Ella había oído la petición y había callado.

El silencio duró unos minutos y Boanerges vio que gruesas lagrima silenciosas rodaban por aquel rostro pálido y se perdían entre lo pliegues de su túnica gris.

— ¡Señora! —le dijo— ten piedad de todos nosotros, que lloramos dos muertos y no podemos hacerles vivir! El Profeta y vos, señora, que habéis muerto con El... —Y un sollozo quebró la voz de Boanerges, que calló de nuevo.

Por fin ella habló:

—Está bien, Boanerges..., ¡iré para El, viviendo para vosotros!

—Haz pasar lo visitantes al cenáculo que allí les recibiré.

El joven trovador bajó corriendo la escalera y no paró liarla el portalón donde esperaban los visitantes.

—¡Otro milagro del Profeta! —les dijo jubilosamente—. La señora os recibirá, aunque para ello he pasado el tormento de ser de cerca, la angustia que la está matando. Pasad que en el cenáculo os recibirá.

—¡Gracias al Profeta Nazareno y a todos los profetas de la corte celestial exclamó Othoniel. que había pasado un terrible momento de ansiedad hasta que Boanerges apareció con la buena noticia.

— ¡Hombre! — ¡Dijóle Hanani—. Ni que hubiera esperado la resurrección de tu padre!... Páreseme que aquí hay algo más fuerte que el deseo de fundar una Congregación.

—Hace ya rato que lo sospechaba —dijo riendo Zebeo.

—Veo que yo anduve más listo que ustedes— añadió Felipe—. Dije que lo se desde aquel viaje en que el Maestro Jhasua no deshojó como un rosal de amor la parábola del Hijo pródigo.

—Y yo creo que estoy en descubierto —confesó Othoniel—. pero creo que no es ningún delito un amor a los treinta años.

— ¡No hombre, qué ha de ser! —Dijóle Hanani— estamos todos para ayudarte, aunque sólo sea con el buen deseo.

Iban caminando hacia la casa y sólo Juan y Boanerges no habían dicho ni una sola palabra al respecto. Diríase que les hacía daño la sutil ironía con que se trataba el asunto. Ambos de temperamento profundamente emotivo y místico guardaban todos sus sentimientos en el profundo secreto relicario del alma...

Para Juan y para Boanerges era algo así como pecado el descubrir un amor en presencia de terceros.

El tablinum de los romanos y los griegos, era el despacho o salón de recibo de los tiempos modernos; pero la dueña del Castillo de Mágdalo queriendo adaptarse a los usos y costumbres del país en que había nacido el Profeta Nazareno, lo había transformado en Cenáculo tal como el Maestro lo había arreglado en su casa paterna de Nazareth.

Era el de Mágdalo un imponente salón de techos artesonados y muros recubiertos de tapices y de frescos de los buenos artistas del pincel y del telar provenientes de Persia y de Bombay.

Mucho tiempo debía haber transcurrido sin abrirse porque las flores de los jarrones y ánforas estaban resecas, y un ambiente de casa vacía parecía estar tendido como una bruma helada en aquel inmenso recinto.

—Perdonad —dijo el mayordomo Jehiel al abrirles las puertas—. Esto parece más bien un panteón sepulcral que un Cenáculo. La señora ordenó que no se cambiara nada de cuanto había.

—Está todo muy bien —se apresuraron a decir los visitantes.

—Es que ella quiere conservar este Cenáculo como estuvo la última vez que el Profeta Nazareno visitó este recinto. ¡Y pasaron ya tantas lunas!... —añadió con tristeza Boanerges.

—No hagáis una .tragedia de lo que es perfectamente natural —observó Hanani con su habitual expresión conciliadora—. Conque seamos recibidos estamos satisfechos.

Y entre todos ayudaron al mayordomo a abrir ventanales y correr cortinados. Una explosión de luz dorada de la tarde penetró como un torrente en aquel recinto tanto tiempo cerrado. Los visitantes quedaron solos en el gran salón y comenzaron a examinar los hermosos tapices que cubrían los muros y que para ellos eran completamente inexplicables.

En el claro de un bosque frondosísimo, un joven dormido debajo de una encina y envuelto en un manto blanco como una toga romana o un himation de los griegos. Los hermosos matices del tejido representaban su

www.formarse.com.ar

sueño: un ser casi transparente y vestido igual que el durmiente, cortaba con una hoz de oro una planta de muérdago y se la entregaba.

Y al pie del tapiz podía leerse en griego: "La visión de Rama". "Recibe de un Genio celeste el muérdago sagrado que cura las enfermedades y da una muerte feliz".

Felipe, hijo de griego y familiarizado con el idioma de su padre, pudo traducir las inscripciones.

Otro tapiz representaba al mismo joven que dormía bajo la encina, en el momento en que el mismo Genio celestial le entregaba una antorcha y una copa de transparente cristal. Y Felipe volvió a leer al pie del tapiz:

"Rama recibe la antorcha de la Luz Eterna y la copa de la Vida y del Amor".

—Ahora me lo explico todo —dijo Hanani pensativo—. Todo esto debe significar la Religión o creencias de estas buenas gentes que los israelíes llamamos idólatras y paganos, hijos de Satanás. Pero a la verdad, los demonios deben ser muy hermosos, pues no veo aquí diablos con colas largas ni con cuernos amenazadores.

—Nuestro Maestro —dijo Juan— nos explicó todo esto en cierta ocasión que estuvimos aquí con El. Todo esto es grande y El decía que nosotros seríamos quienes descubriéramos a los hombres de la nueva Era la sabiduría oculta de los hombres del pasado. Mirad aquel tapiz entre los dos ventanales...

Todos se volvieron a él. A fuerza de sutiles hebras de hilo y seda, cromos inimitables, estaba diseñado un monte' imponente, coronado de bosques de encinas impenetrables. Y entre ellos se destaca un Santuario ciclópeo como si fuera obra de gigantes. En su peristilo de columnas dóricas está un hombre de cabellos de oro y ojos azules. Vestido de lino blanco y coronado de mirto y de ciprés está en actitud de recibir a un jovenzuelo que se acerca tímido hasta él

Y la inscripción en griego antiguo que traduce Felipe decía:

"El templo de Júpiter, sobre el monte Kaukaión, donde Orfeo, el Pontífice Luz de la Grecia prehistórica, recibe a su discípulo para iniciarlo en los divinos misterios".

Tan absortos estaban los visitantes en este conjunto de exóticas bellezas, indescifrables para ellos, que no sintieron una cortina del fondo del salón que se había levantado dando paso a una mustia sombra gris que les miraba en silencio.

Era la castellana vestida como las mujeres esenias para entrar al Santuario.

Una túnica gris, sujeta a la cintura por un cíngulo blanco y la cabeza cubierta con una toca de blanco lino.

La mirada fija de ella, debió hacer el efecto de un llamado porque los cinco visitantes se volvieron hacia ella a un mismo tiempo.

— ¡Señora! —dijo Othoniel acercándose el primero y haciendo ademán de tomarle una mano para besársela, como una manifestación de respeto, según el uso. Pero ella dio un paso atrás y escondió sus manos entre las anchas mangas de su túnica.

— ¡María! —dijeron Juan y Hanani más familiarmente en su cariñosa expresión. Felipe y Zebeo se limitaron a una grave inclinación de cabeza. Los recuerdos revivieron para todos en aquel instante en que seguramente todos pensaron al unísono:

"No está ya entre nosotros Aquél que deshojaba paz y dulzura en todos los ambientes." Y María, como si fuera el eco de aquel pensamiento, dijo con tenue voz cargada de tristeza:

—No está ya entre nosotros Aquél que deshojaba paz y dulzura en todos los ambientes. ¿Qué buscáis vosotros aquí?

—María —díjole Juan, que conociéndola desde niño podía permitirse alguna mayor confianza con aquella mujer a quien el dolor había tornado esquiva y huraña—. ¿Por qué hacer de la vida una tortura cuando El nos dijo que estaría con nosotros por la fe y por el amor?

—¿Qué buscáis vosotros aquí? —volvió a preguntar la castellana como si no hubiera oído las palabras de Juan.

—Os hicimos anunciar —dijo Hanani—, que deseábamos levantar aquí un monumento en homenaje al Profeta Nazareno Ungido de Dios y solicitamos vuestra aprobación.

—El no quería monumentos sino sólo amor —contestó la mujer. Y alzando la voz como en un grito quebrado en sollozos añadió—: ¡Y sólo amor habrá para El en esta casa mientras yo viva!

—Si me lo permites, terminaré el pensamiento expresado por Hanani — dijo Othoniel—. No pensamos en un monumento de piedra, ni de oro, ni de plata, sino en un Santuario o recinto de congregación de cuantos le seguiremos amando hasta el fin de la vida. Sabiendo tu amor por El, señora, hemos pensado en esta casa.

La castellana se sentó en un pequeño taburete, y les indicó con la mano que lo hicieran igualmente en los

clismos o sillones cubiertos de tapices que había diseminados entre mesillas de tres pies muy usadas entre los griegos para colocar vasos o bandejas ante cada visitante.

Parecía tener gran dificultad en hablar.

—Yo tuve una extraña energía que casi puedo llamar audacia mientras El vivía y sufría. Ahora El no necesita nada de mí, y nada me siento capaz de hacer. Si vosotros necesitáis de esta casa para hacer algo que os lo siga recordando, hacedlo libremente, como si fuera vuestra casa. Yo no necesito de nada para recordarlo, porque todos los días que me restan de vida los viviré llorando su muerte,..

Y así diciendo, se echó el velo de la blanca toca sobre el rostro y estremecida por los sollozos se perdió entre los cortinados y no la vieron más.

Un doloroso silencio de llanto contenido, corrió como una ola de angustia entre todos y por un momento nadie se movió de los asientos.

Juan, como más de la casa, se levantó y dijo:

—Llamaré a Boanerges y Jehiel y arreglaremos con ellos cuanto queramos, si estáis de acuerdo.

— ¡Vaya un recibimiento! —dijo Felipe—. ¡Pobre mujer, creo que es incurable!

—No podemos quejarnos —dijo Hanani— porque en medio de su dolor, nos da libertad para tomar su Castillo como nuestro y hacer en él lo que queramos en recordación del Mesías.

En verdad es así —añadió Zebeo—. Nosotros no podemos quizá comprender estos temperamentos, mezcla de arte y de misticismo, en que la intensidad llega a extremos inconcebibles lo mismo en el amor que en el dolor.

Othoniel estaba aplanado, como si una montaña le hubiera caído encima.

— ¡Pobre mujer! —dijo por fin—. Si todos cuantos amamos al Profeta y recibimos sus dones hubiéramos quedado como está ella, sería un salmo de dolor y no un apostolado de enseñanza lo que haríamos en su nombre.

—En efecto —dijo Juan—. Y creo que nuestro deber es aprovechar la autorización que ella nos da sobre su casa, que quizá más adelante reaccione y se una a nosotros. Veamos a Boanerges.

Juan salió, volviendo al breve rato con Boanerges, Jehiel y Fatmé.

— ¡Cómo! —dijo esta—. ¿Estáis solos? ¿María no os atendió?

—Nos autoriza para hacer cuanto queramos en recuerdo del Profeta Nazareno, pero sin contar con ella, que no se siente capaz de hacer nada.

—Ya habéis conseguido mucho con eso —observó Boanerges—. Creo que es un principio de curación. Dejémosla en paz. Y puesto que os da su permiso, contad con nosotros tres.

— ¿Qué queréis hacer?

—Hacer de esto un Santuario de congregación para meditar las enseñanzas del Maestro y prepararnos a difundirlas por el mundo —dijo Zebeo—. Con sólo llorar su muerte no cumplimos sus mandatos, según me parece.

— ¿Estáis solos en el Castillo? —preguntó Othoniel.

—Están conmigo tres doncellas más: Raquel. Clelia y Zafira; una hebrea, otra griega y la otra árabe. Además los criados a jornal pues son todos libertos desde que el Profeta de Dios pasó por esta casa.

— ¿Y les refugiados se marcharon todos? —preguntó Hanani a su hija.

—El Profeta los curó a todos y se fueron a sus pueblos nativos. Quedaron solo nueve, sin familia: seis mujeres y tres hombres, todos ancianos. Pero, ellos habitan en el pabellón de los telares que antes era para juegos y ensayos de las Canéforas que nos enseñaban danzas clásicas.

—Por lo visto todo ha cambiado en nuestro mundo interno y externo con la presencia del Ungido —observó Felipe.

—Y espero que continuará cambiando —añadió Othoniel— pues sabemos que en este mundo todo se transforma día a día.

Mientras esta conversación con Fatmé, Juan y Zebeo habían hecho un aparte con Boanerges y Jehiel.

—Dime Boanerges —díjole Juan— ¿No se te ocurre la forma de vencer la obstinada tristeza de esta mujer? Porque creo que debemos hacer algo para salvarla de ella misma.

—Me sentía impotente para intentarlo —contestó— pero desde que vosotros habéis venido, pareciera que una fuerza nueva invadiera todo mi ser dándome el valor necesario. Aquí hace falta alguien que represente una

autoridad para ella. Tú que eres casi como un hijo para la Madre del Profeta Nazareno, ¿no podrías conseguir que ella viniera aquí, o que llamara a la señora como si necesitara de ella?

— ¡Qué inspiración hermosa has tenido Boanerges. Yo puedo reunirías, y lo haré; sí que lo haré!

—Mientras tanto, —observó Zebeo— podríamos ir realizando lo que teníamos proyectado.

Y puesto que sois vosotros los que estáis al frente de la casa, ¿no podríamos quedar aquí algunos de nosotros para dar firme realidad a lo que tenemos pensado?

—Claro que sí —contestaron de inmediato Jehiel y Boanerges—. El ala izquierda del Castillo toda es nuestra —añadió Boanerges— Con que ya veis, todo promete arreglarse a vuestro gusto.

De ésto resultó que quedarían en el Castillo Zebeo, Felipe y Othoniel. Hanani y Juan volvieron a sus respectivas moradas, pues que al uno le esperabala familia y su Taller de Tapicería y a Juan le esperaban sus padres, ancianos, tristes y solos. Ellos dos acudirían al Castillo todas las tardes para ayudarles en la transformación espiritual y material de aquella casa y de su dueña que parecía decidida a convertirla en un panteón sepulcral.

Más de una vez volveremos lector a este mismo escenario donde se desarrollaron silenciosos poemas de angustia, de resignación y de amor supremo, que los historiadores no recogieron y que la tradición oral los hizo vivir en el siglo I, pero desaparecieron en el segundo como el perfume de flores secas en un templo abandonado. El mundo sólo recuerda a los que brillan sobre los tronos, o por relumbrantes hazañas de guerra y de conquistas, a los que resplandecen como relámpagos siniestros por sus crímenes aterradores; pero olvida fácilmente a los que lloran y aman en silencio, y más a los que viven su vida conforme a aquella simbólica frase del Divino Maestro:

"Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha".

EN JERUSALEN

Volvamos lector amigo a la vieja ciudad que había visto el martirio del Cristo Ungido de Dios, como el de tantos Profetas y justos, servidores suyos y de la humanidad.

Habían transcurrido casi tres lunas desde la muerte del Santo, y la mayoría del pueblo parecía no recordarlo más.

¡Pero había en medio de ese pueblo indiferente y solo entregado con afán a la satisfacción de sus necesidades materiales almas agradecidas y buenas que recordaban y amaban!

Allí estaba aquella virtuosa Lía cargada con sus ochenta y nueve años, viuda y sin, sus hijas ya casadas y con muchos hijos a su alrededor, vivía con su soledad silenciosa y sus vivos y dolorosos recuerdos.

Sus tres hijas, Susana esposa de José de Arimathea; Ana casada con Nicodemus de Nicópolis, y Verónica con Rubén de Engedi, le habían dado una decena de nietos, pero todos ellos, en cumplimiento de la severa ley hebrea aprendían una profesión o un oficio, los varones; mientras las nietecitas mujeres que sólo eran cuatro, ayudaban a la madre en el gobierno de la casa y en los múltiples deberes hogareños tan complicados y penosos en aquella época, en que la mujer debía comenzar desde hilar la lana, el algodón o el lino para procurarse vestido y abrigo.

Dos hijos de José de Arimathea y tres de Nicodemus eran marinos, no en las flotas del César, sino en la de Ithamar, administrada por Simónides. Los de Verónica y Rubén eran ganaderos en una hacienda que la familia poseía en las cercanías de Jericó. Y los nietos menores de la viuda Lía estaban en Alejandría en la Escuela del Príncipe Melchor y de Filón, el filósofo alejandrino. Alguna de las nietecitas mujeres le acompañaba por turnos y la buena anciana forjada en la abnegación de las mujeres de antaño, anteponía el deber de todos los suyos a la complacencia que su compañía pudiera traerle. Y se había abrazado heroicamente a la tristeza de su soledad que sólo se veía interrumpida cuando llegaban las fiestas reglamentarias y los familiares acudían a la vieja ciudad para llevar al Templo sus ofrendas y sus plegarias.

Y entonces era de ver a la viejecita de cabellos blancos y alma fresca de niña, repartir entre todos el pan de la mesa y los dones que les habían preparado sus laboriosas manos que aún eran ágiles para el huso y !a rueca y hacer mover con rapidez el telar.

Y en su Cenáculo había levantado también el altar familiar con el candelabro de siete brazos, la Tablas de la Ley y la idea inmortal y divina que tanto había escuchado vibrar como un arpa eterna en los labios y en el corazón del Hijo de Dios: "Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".

"Gloria a Dios en los cielos infinitos y paz a los hombres de buena voluntad". Y las flores se renovaban

continuamente en aquel altar hogareño, al cuidado de una anciana octogenaria que al primer albor de la aurora y al último resplandor del ocaso, se la veía como una estatua de marfil en su viejo sitial, completamente sola en aquel gran Cenáculo encortinado de damasco púrpura mientras el incienso de su pebetero se esfumaba en espirales, y las plegarias hondas de su alma se derramaban junto con sus lágrimas como un hálito de esperanza y de amor sobre todos los que su corazón amaba.

—"Recibe Señor mi tristeza, mi soledad y mi amor como la única ofrenda que os puede presentar mi ancianidad, a cambio de tus dones generosos para todos los que amo y me aman..., también para todos los que me olvidan y te olvidan Señor...".

Y la viejecita volvía junto a la hoguera donde una criada condimentaba la comida frugal y también solitaria en aquella gran mesa hogareña donde tantas veces había bendecido el pan el Maestro Ungido de Dios y lo había repartido entre todos los familiares y amigos que la rodeaban.

Y mientras tomaba sus viandas cuántas veces los recuerdos como una llama viva dieron calor a su endeble materia y luz de cielo a Su mente le diseñó en visiones fugaces escenas de santa dicha que habían pasado como ángeles de amor en su vida y que no podían volver jamás!

Hasta que un día... allí mismo le encontró la criada, con su cabeza blanca doblada sobre la mesa, inmóvil y fría... ¡Porque el Señor la había llevado a su Reino donde no estaría nunca sola, nunca triste, nunca olvidada!

Fue la primera de los amigos de Jhasua que le siguió a la gloriosa vida en la Luz y en el Amor.

Las escenas que siguieron al vuelo sereno de Lía hacia el plano espiritual puede el lector imaginarlas.

Susana, Ana y Verónica no sabían como consolarse de que aquella madre tan amada y tan amante, hubiera partido sin decirles adiós, sin verles por última vez, sin que sus labios dejasen un beso postrero en aquella frente venerable, coronada de cabellos blancos.

— ¡Madre, madre! —clamaba Ana, la más vehemente de las tres—. ¿Por qué no nos esperaste...? ¿Por qué te fuiste sin darnos tu adiós..?

Susana, más serena, más dueña de sí misma dejaba correr sus lágrimas silenciosas que iban a caer sobre la cabeza muerta mientras le alisaba los cabellos y besaba su frente.

Y Verónica era la estatua de la contemplación, sentada en el suelo a los pies de su madre como solía hacerlo siempre, buscando recostar su cabeza en el regazo materno y que aquellas laboriosas manos, dejaran un momento la rueca y el huso para acariciarla...

Los esposos que desde la muerte del Maestro no habían vuelto a Jerusalén donde no querían dejarse ver para evitar las represalias del odio del Sanhedrín que tenía espías por todas partes, se acercaron al caer la noche y con toda la cautela posible.

Eleazar de Jericó, bisabuelo de Jhosep, esposo de Myriam, lo era también de Lía, pues ambos descendían a través de largas generaciones, de la estirpe de David. Ya es bien conocido el respeto de los hebreos de pura sangre para la genealogía de las familias. Debía pues ser sepultada en el vetusto panteón de David, y era el príncipe Salun de Lohes quien tenía los derechos de dueño por encontrarse dicho panteón en un solar de tierra que le pertenecía.

Y al conducir el cadáver a su última morada, encontraron en la hornacina que guardaba los restos de Jhosep, un jarrón lleno de flores frescas que la buena anciana Lía habría depositado un día antes de que su cuerpo físico fuera a dormir allí el último sueño. Y aun ardía la lámpara de aceite encendida por ¡ella como un tierno símbolo de amor a su pariente desaparecido hacía tantos años. ¡Era su amor, de aquellos que comienzan y no acaban nunca! sino que viven siempre como una vieja lámpara votiva dando luz y calor más allá de la vida y de la muerte. Los recuerdos conmovieron de nuevo los corazones, pues al conducir los restos de la anciana Lía todos rememoraron las veces que habían acompañado a Myriam y Jhasua a orar junto al sarcófago de Jhosep.

Al abrir el testamento de la anciana encontraron que ella solicitaba dé sus hijas que en su vieja casa de Jerusalén se albergasen viudas desamparadas y doncellas sin familia, lo cual dio motivo a que José de Arimathea y Nicodemus hicieran del Cenáculo de Lía que fue la cuna florida de sus amores de la juventud y donde tantas veces el Hijo de Dios habitara por largas temporadas, la primera Iglesia Cristiana en Jerusalén, donde el Cristo Mártir había sellado con su sangre su legado eterno a la humanidad: el amor fraterno por encima de todas las cosas.

Pedro y aquellos de los Doce que le acompañaron fueron los únicos que asociaron su pena a los familiares de la buena anciana que pensando en su día postrero tuvo un tierno recuerdo para la mujer solitaria y desamparada. Sabía por experiencia propia lo que es la soledad y el desamparo a que la vida misma condena a los seres de largos años, y que después de haber cumplido, sacrificadas misiones como esposas, como

www.formarse.com.ar

madres, como hijas... van viendo quedar vacío el viejo nido paterno donde aún sigue ardiendo el fuego del hogar, y más aún esa otra misteriosa llama que en ciertas almas no sé apaga jamás mientras alienta la vida, porque así es el amor de la madre que si sabe perdonar todos los olvidos, ella es incapaz de olvidar!

El lector de Arpas Eternas recordará que la casa de Lía quedaba muy cercana al Templo, y Pedro con sus compañeros encontraron qué aquel hogar sin dueña era un cómodo sitio de observación para poder acudir al Templó cuan

do los altos personajes del clero se habían retirado de él. Antes de lanzarse abiertamente a continuar la enseñanza de su Maestro debían asegurarse del sitió que pisaban.

Además...les parecía que el Padre Celestial no podía estar bajo aquellas doradas techumbres que habían escuchado la infamante condena del Ungido enviado por El con su mensaje de amor a la humanidad.

Y una tremenda resistencia había en su corazón para el Templo de Salomón al cual se limitaban a mirar desde las terrazas de la casa de Lía donde fueron reuniéndose poco a poco para orar, recordar, y amar al que sólo amor había sembrado en su breve pasaje sobre la Tierra.

ALMAS GEMELAS

Mientras ocurrían las escenas anteriormente relatadas, otras vidas, otras almas tejían redes de amor, de tiernos afectos en la plácida y umbrosa Nazareth donde aún parecían resonar las risas de Jhasua niño, sobre todo en los" alrededores del pozo en el camino de las caravanas, donde el acudiera tantas veces prendido a la túnica de su madre cargada con las ánforas del agua.

Sus pasos mesurados y serenos, la vibración de su mirada confundida con la luz y con el éter, la resonancia musical de su palabra, cuando ya joven calmaba los altercados y disputas que a veces tenían lugar entre los vecinos concurrentes a la fuente.

Aquella amorosa familia de Bethania, Marta, Lázaro y la pequeña María, se encontraban aún junto al mar de Galilea, hospedados en la casa de campo de Eleazar el fariseo, aquel ilustre doctor de la Ley que el Maestro había curado de la lepra. Su esposa era hermana de Marta y ambas conservaban vivo en el alma el agradecimiento al Profeta Nazareno del que tanto bien había recibido.

—Mi vida era un martirio continuado al lado de Eleazar —decía Ruth— hasta que tuvo la dicha de encontrar al Hombre de Dios en su camino. Para beber el agua, para comer el pan, para sentarse, acostarse o andar, era preciso tener la Ley en la mano porque en todo encontraba culpa. Y ya lo ves ahora. Diríase que la mansedumbre del Profeta se la dejó en herencia y hoy vivimos la vida en la tranquila paz que El derramaba como un óleo santo en todos los corazones.

Lázaro con Eleazar habían marchado a Tolemaida por cuestión de intereses familiares y Martha y la pequeña María esperaban su regreso para volver a Bethania.

La niña, triste y meditabunda más que antes, pasaba largas horas bajo el cobertizo del pequeño muelle de piedra cuya rústica escalera iba a hundirse entre las mansas olas del Lago.

Su imaginación ardiente y viva la mantenía casi de continuo sumergida como en un cielo de deliciosos pensamientos, de santos recuerdos, de ensueños divinos que la apartaban de las crudas realidades de la vida material.

Sentada en la rústica escalera de piedra, con un velloncito de lana en el regazo, hilaba, pensaba, a veces lloraba... y siempre... siempre \recordaba! y amaba.

Sus diálogos del alma con lo invisible eran continuos, y poco o nada veía del mundo exterior.

Estando la granja de Eleazar en el suburbio norte de Tiberias quedaba muy cercana al viejo Castillo de Mágdalo cuyas torres y almenas ella veía sobresalir de entre el bosque que le rodeaba.

Era el mismo momento en que la Castellana, después de recibir los visitantes que conocemos, había huido del cenáculo con la desesperación en el alma, buscando de nuevo la soledad de su alcoba.

Y la pequeña María sentada en la escalera del muelle, creyó sentir una dulce voz que le decía:

—"María necesita de ti. Anda con ella".

¡Era la voz del Profeta...! ¡La conocía tan bien! Miró a todos lados y no le vio por ninguna parte. Pero era El que le había hablado. No podía dudarlo.

Y sin pensar nada más envolvió en su delantal el velloncito de lana, la guardó en la cesta, y echó a correr por el senderillo que entre los cerros y el Lago llegaba hasta la verja misma del portalón del Castillo.

www.formarse.com.ar

Y caminando en puntillas de pies para no hacer ruido avanzó por la avenida de la entrada, y cuando llegaba a la escalera, saliendo Boanerges del Cenáculo la vio, con gran asombro como es natural.

Ella le hizo señal de silencio colocando el índice sobre los labios y empezó a subir.

— ¡Pequeña María! —le dijo él tomándole una mano—. Es inútil que subas. Ella no quiere ver a nadie.

— ¡Pero á mi sí, porque el Profeta me ha mandado venir! —le contestó con tanta seguridad que Boanerges, habituado ya a aquellos días de estupendas apariciones del Maestro, soltó aquella manecita y la dejó subir. Escuchó los tenues pasitos en la terraza, luego el suave abrirse de una puerta...

— ¡Otro milagro del Profeta! —pensó, y volvió a llamar a los criados que esperaban en el Cenáculo para iniciar la limpieza de los artesonados del techo y de las enormes lámparas y candelabros que pendían de él.

Grande fue la sorpresa de Martha y Ruth cuando llegando hasta el muellecito de piedra no encontraron allí a María, y sí solo su delantal envuelto con el vellocino de lana entre su cestilla de labor.

— ¡Qué desgracia! —clamaba Martha. —Esto nos faltaba para que el luto fuera completo. Seguramente se habrá caído al mar. ¿Qué diré a Simón cuando venga?

— ¡No puede ser! —Argüía Ruth—, es una niña muy seriecita y no es capaz de travesura ninguna.

—Pero como ella tiene esas visiones que la sacan de quicio; ¡quien sabe si por seguir un misterioso impulso de esos tan frecuentes en ella, haya caído al agua.

Y las dos mujeres recorrían las orillas del Lago a uno y otro lado de muelle.

Como de ordinario el lago se desbordaba a veces por las noches, se formaba algún lodo en el camino, y de pronto vio Martha marcados los menudos pie de la niña en los sitios en que el sendero no era pedregoso.

— ¡Mira, mira! —gritó a su hermana—. Se ha ido por aquí.

Y siguieron encontrando de tanto en tanto las huellas de María. Ya estaba a solo cien brazas del Castillo y decidieron volverse.

—Seguramente está allí —dijo Martha señalando al viejo edificio. Quiero mucho a la Castellana y ella le quiere también. Pero no está bien irse así si darnos aviso.

—Si al ponerse el sol no ha vuelto iremos por ella —dijo Ruth.

Aún no habían llegado al muelle cuando sintieron el correr dé un hombre tras de ellas. Era un criado del Castillo que jadeante por la carrera les decía

—La niña está en casa y la señora os ruega que se la dejéis por esta noche

— ¡Está bien, está bien! a tu señora no podemos negarle nada.

—Dice que ella la traerá mañana a esta misma hora.

—Bien, bien. De ocaso a ocaso será la visita —contestó Martha al criado que dando media vuelta retornó al Castillo.

Cuando la niña entró a las habitaciones de María, no la vio por ninguna parte.

De puntillas y con el índice aún sobre los labios parecía continuar llama do al silencio que se hacía cada vez más profundo.

Por fin descubrió a la Castellana sentada sobre un tapiz en el pavimento contemplando con fija mirada un rizo de cabellos bronceados entre un velo blanco manchado de sangre.

En el rincón más escondido y detrás de su diván de reposo con grane colgaduras, ¿quién podría encontrarla y más en la penumbra del ocaso que iba haciendo lentamente?

Observó que murmuraba palabras que no podía entender; pero sí comprendió que sufría, que lloraba ante aquellas muertas reliquias de un amor y había pasado como un sueño de luz y de gloria desvanecido para siempre.

La pobre niña comprendió más: comprendió que aquel rizo de cabellos del Maestro, y la sangre que manchaba aquel velo era su sangre recogida por María la tarde de su muerte cuando estuvo ella misma debajo de aquellos pies heridos que destilaban sangre...

Y fue tan vivo y fuerte el recuerdo que revivió en la niña, ya de suyo tan sensitiva y endeble, que cayó sin sentido en la mitad de la alcoba produciendo el consiguiente sobresalto en la absorta María que no la había sentido llegar.

Estrechando aún sobre el pecho los preciosos recuerdos corrió a ver quien había osado penetrar en la intimidad de su alcoba sin su permiso. Y al descubrir a la pobre niña exánime, como muerta tendida en el suelo, tuvo una reacción tan poderosa, que ocultó en su seno aquellos amados recuerdos, y levantando a la niña, la

www.formarse.com.ar

recostó en su lecho.

Tomó frasquitos de sales, de perfumes, de esencias y con maravillosa actividad comenzó a aplicarlas a la frente, a las sienes, a las manos, al corazón, a los pies de la enferma buscando una rápida reacción; pero todo inútil. La niña parecía muerta. Desesperada la castellana corrió a las alcobas de sus compañeras, pero ninguna estaba en ellas.

Se sentía un vago rumor de voces quedas en la planta baja, hacia el lado del gran salón del pórtico donde seguramente trabajaban los visitantes que solicitaran permiso para hacer allí un recinto de oración.

Y la pequeña no daba señales de vida.

No le quedaba pues a María otro camino que bajar la escalera o tocar la campana de alarma cuyo cordón de seda quedaba pendiente sobre el propio diván en que descansaba la niña. Y lo hizo.

Fatmé, Raquel, Clelia acudieron en el acto y tras de ellas Boanerges, Othoniel, Juan, Felipe, Zebedeo, Hanani, todos!

¿Qué pasaba allí?

María cubierta de nuevo con sus velos, de pié al lado del diván, les señalaba con la mano la pobre criatura que continuaba inmóvil, como una muerta.

Boanergues que sentía un grande amor por aquella criatura tímida y suave como una tórtola se arrodilló junto al diván y le tomó una mano.

— ¡Señora!... tomadle la otra mano y llamemos todos juntos al Profeta Nazareno para que la vuelva a la vida.

Una ola de intenso amor hizo asomar lágrimas a todos los ojos mientras los pensamientos como olas de luz subieron hacia el Cristo Divino en demanda de vida para aquella dulce niña que tanto le había amado.

De pronto la pequeña María abrió los ojos y se incorporó en el diván con el rostro iluminado por una íntima felicidad.

— ¡He visto al Señor glorioso y feliz, y vosotros estáis llorando! Aún no voy a morirme —añadió mirando a todos—, porque dice que aún veré florecer otras veces los almendros de mi huerto.

— ¡María! —le dijo— tu padecer me hizo daño y enfermé por eso. ¡Si quieres que yo viva, no padezcas más!

Y saltando del diván con una energía nueva comenzó a dar abrazos a todos cuantos estaban allí presentes mientras decía llena de dicha y de amor:

— ¡Fui a El y volví! ¡Qué hermoso y radiante está!

María se abrazó de la niña riendo y llorando como presa de una crisis histérica.

— ¡Házmelo ver niña mía y nunca más padeceré por su ausencia!

— ¡Señora! —díjole Felipe para cortar aquella escena que a todos les hacía daño. Sé que os llama la griega porque es aquella la tierra de vuestro padre. Parecéis ignorar la vida eterna de la Psiquis Humana que en seres como el Profeta Nazareno, viven la vida gloriosa del amor y de la luz.

¿Por qué pues llorar la divina felicidad de un ser tan amado y tan feliz? —María guardó silencio. —Vamos —dijo de pronto Boanerges que aquí ya no tenemos nada que hacer. Lo que el Maestro ha comenzado, El lo terminará.

Othoniel se arriesgó a decir una palabra más.

Mañana inauguramos el primer templo del Hijo de Dios en Galilea. ¿No bajaréis señora a nuestra celebración?

Antes que la castellana contestara se le anticipó la pequeña María que estaba como ebria de felicidad:

— ¡Sí! ¡Claro que si! Y cantaremos todos juntos:

"¡Oh Pastor de Israel escucha!... tú que pastoreas tus ovejas, que estás entre querubines y resplandeces, déjanos ver tu rostro y seremos dichosos para siempre!"

¿Es verdad María que tú y yo cantaremos así?

—Tú lo has dicho niña mía y tu boca es verdad y es inocencia. Cantaremos así... ¡Y El vendrá a nosotros!...

Y aquella mujer se dejó caer extenuada sobre el diván como si hubiera hecho un gran esfuerzo para acceder a lo que la niña quería.

—He aquí que una débil criatura ha conseguido lo que no hemos podido nosotros todos juntos —dijo Hanani a media *voz y* saliendo de la habitación seguido de los demás.

www.formarse.com.ar

— ¡Misterio es el alma de la mujer! dijo Othoniel. ¡Misterio es empeñarse en amar un imposible!... ¡Misterio el correr detrás de una estrella que nunca se alcanzará!...

Y Boanerges con su estro genial de inspirado trovador terminó la frase de Othoniel:

¡Misterio es el alma humana!
Que busca felicidad
En esta tierra poblada
¡De tristeza y nada más!

Y bajaron todos en silencio la vieja escalera de mármol pensando en la verdad que encerraba la melodiosa estrofa de Boanerges, el ex-pastor músico y trovador.

Las dos Marías quedaron solas en la alcoba mirándose a lo profundo de los ojos como interrogándose recíprocamente.

—"¿Por qué has venido?" —parecía preguntar la una.

—"Porque *El* me mandó venir hacia tí" —contestaba la otra.

¡Era el lenguaje del pensamiento claro, nítido, que no miente nunca!

La pequeña María se acercó a la castellana que continuaba inmóvil y muda como una estatua. Le tomó ambas manos y le dijo:

—Al entrar a esta alcoba he comprendido todo cuanto padeces y que tú quieres seguir padeciendo sin que nadie te consuele.

—El padecer sin consuelo es el único consuelo de los grandes dolores irreparables—le contestó María. ¡Déjame pues morir en esta alcoba solitaria que será mi tumba! ¡Sola en el mundo! ¿para qué quiero yo la vida?

—Y yo, ¿no soy nadie para tí? preguntó la tierna vocecita de la pequeña al mismo tiempo que estrechaba a María y refugiaba su cabecita de bucles oscuros en el pecho dé aquella.

— ¡Déjame contigo! ¡Yo te quiero mucho! ¡tanto, tanto como El te quería!...

Ante estas palabras de la amorosa criatura, la estática inmóvil se conmovió toda y abrazándose de la niña como enloquecida, rompió a llorar quizá como nunca había llorado.

Cuando la tempestad se evaporó en aquel ambiente saturado de soledad y de tristeza la castellana habló:

— ¡Está bien niña mía!... Quédate conmigo todo el tiempo que quieras.

Y como .una tierna madrecita que consuela a un niño que llora, la pequeña María se levantaba sobre la punta de los pies para besar las mejillas, los ojos, la frente de aquella mujer que tan querida era a su corazón sin que ella misma supiera por que.

Para nosotros lector amigo que hemos logrado levantar una punta del velo que oculta los misterios del Eterno Invisible, no hay enigma ni misterio alguno en el intenso amor que unía a esas dos almas como dos gotas de agua en el fondo de una copa.

Y remontándonos a las edades remotas, perdidas en la noche de los tiempos, encontramos un verso grabado en oscuros jeroglíficos en un dolmen de piedra en lo que fue la Atlántida de Anfión y de Odina. Y traduciendo ese verso a la lengua hispana encontramos que decía:

"Un pastor y una zagala
De un beso de amor nacieron
Y por las praderas fueron
Buscando flores y nidos,
¡Silencio que están dormidos
Del sueño largo y pesado.
Los que en vida se han amado
Aún detrás de la muerte
Permanecen siempre unidos!

Venían amándose y siguiéndose desde largas edades, y en los distintos y múltiples aspectos y circunstancias que brinda la vida humana a las almas de eterno vivir. Amigos, hermanos, esposos, amantes,

www.formarse.com.ar

madre e hijo, en la larga cadena de la evolución humana... Y nuestra mente corriendo a lo largo de la senda eterna que ignoramos cuando comenzó y cuando ha de terminar, Cuántas veces podríamos encontrar dos flores gemelas en un mismo jardín: dos garzas iguales flotando en un mismo lago sereno! ¡una pareja de tórtolos arrullándose en la rama de un árbol en que tejieron su nido.

Para quien ha logrado levantar una punta del velo sagrado que esconde al vulgo los secreto divinos, no hay misterio ni enigma en esas grandes alianzas de las almas que unidas se encontraron por leyes ineludibles en la noche de los tiempos.

Y ya en los orígenes de la Civilización Adámica los encontramos de nuevo en Johevan y Shopia, prófugos de Nohepastro el poderoso Rey Atlante que se creía como todos los soberanos autócratas, que tenía el derecho de mando sobre el alma de sus súbditos.

La Divina Ley se abre paso por encima de todas las autocracias, tiranías y despotismos que la soberbia humana y su inaudita inconsciencia extiende como férrea cadena alrededor de todas las sociedades humanas.

El Cristo del amor debió tender sus redes de luz sobre aquel grupo de sus amadores, porque Martha y Lázaro consintieron en dejar la niña en el Castillo de Mágdalo cuando ellos retornaron a Bethania pocos días después.

LA GLORIA DE BETLEHEM

Con igual epígrafe desglosamos en "Arpas Eternas" el encanto divino de la ciudad cuna del Rey David al rememorar la entrada del Cristo al plano físico terrestre.

Las inteligencias celestiales deshojaron sobre ella rosas blancas de paz; "Paz a los hombres de buena voluntad" y hoy contemplamos a Betlehem cuando comienzan a brotar en ella los rosales de amor sembrados por Jhasua, el dulce Profeta Nazareno como fue llamado en la hora primera del Cristianismo.

Los cuatro amigos Betlémistas que escucharon el canto de los cielos y percibieron las visiones divinas de aquella noche de gloria alentaban aún con una vida cansada bajo el peso de los años, Josías perdía la luz de sus ojos día por día, lo cual no alteraba sus sentimientos ni lograba apagar la antorcha de su fe en la grandeza divina que había visto.

Y con gran calma y serenidad decía a sus compañeros:

"Con mis ojos o sin ellos seguiré el camino del Mesías aunque sea a tientas. No es desgracia que se apaguen mis ojos después de haber visto la gloria del Hijo de Dios". Y la Ley Divina, justa y piadosa siempre, trajo a su lado su nietecita Elhisabet de diez años de edad que por muerte prematura de sus padres había quedado sola en el mundo.

Y los ojos de la niña reemplazaron a los de Josías que fueron apagándose lentamente.

Alfeo, que a más de los años, soportaba el peso de un reuma que sin ser de carácter agudo le obstaculizaba mucho el andar por lo cual estableció en su vieja casona de piedra un gran Cenáculo mezcla de Sinagoga y de Templo para que los amantes de Jhasua pudieran congregarse a recordarle y meditar su enseñanza. Y los esenios del Santuario del Quarantana acudían allí todas las semanas a instruir y consolar a los discípulos del Cristo, habitantes de aquella región.

Elcana y Eleazar que se mantenían más vigorosos y fuertes continuaban al frente del molino aquel, restaurado por voluntad de Jhasua con el tesoro encontrado en el ruinoso sepulcro de Raquel.

El amor del Maestro en aquella hora lejana le había presentado la visión de que el hombre y la miseria huirían de Betlehem restaurando el viejo molino paralizado años atrás por la inconsciente maldad humana. Y el amor del Hijo de Dios maravillosamente fecundo, continuaba espantando el hambre y la miseria de la población betlehemita mediante el viejo molino que pagaba buenos jornales y proporcionaba el blanco pan hasta en la humilde mesa de los pastores y leñadores.

Los hijos mayores de Eleazar eran los agentes comerciales que llevaban al molino los cereales de toda aquella comarca, extendiéndose así los beneficios que rendía con creces el vetusto edificio, mientras el hijo menor Efraín cuya infancia se deslizó al mismo tiempo que la de Jhasua, se ocupaba con decidida constancia de arrancar piedra a las áridas rocas del desierto de Judea para construir viviendas a los pobladores de Betlehem cuya dolorosa pobreza anterior les había obligado a vivir en los establos de paja y ramas que se hacían para resguardar a las bestias de los vientos y de la nieve.

www.formarse.com.ar

¡Qué noble desinterés florecía en la naciente hermandad cristiana como si aún flotara sobre ella el amoroso aliento del Profeta Nazareno! Nadie pensaba en atesorar sino en dar, en compartir, en derramar sobre todos el bien que cada uno tenía.

"Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo" parecía resonar con vibraciones de clarines de oro en todos los corazones de quienes habían amado y escuchado al Maestro.

Diríase que el cielo había bajado a la tierra en todos los parajes donde re-día un puñado de discípulos de Jhasua.

¡Qué fuerza maravillosa tuvo el amor del Hijo de Dios en aquel siglo I el Cristianismo naciente!

¿Cuánto tiempo duraría? ¿Cuánto tiempo tardaría la incomprensión humana en levantar de nuevo su cabeza de bestia ciega para pisotear aquellos jardines en flor y sepultarlos para siglos en la ciénaga envenenada de sus odios venganzas?

En la silenciosa Engedí dormida al pié del Monte Quarantana se cernía también como perfume de lirios silvestres, el aliento suave y tierno del Verbo fe Dios, que niño, adolescente y hombre visitó con amor aquella árida región de la Judea.

En el santuario del Quarantana vivían los solitarios Esenios aumentados i número con dos hijos de Jacobo y Bartolomé, con algunos de los discípulos, Jhoanan el Bautista y con muchos de los seguidores de Jhasua que quisieron plasmar la enseñanza recogida del Maestro en la obra benéfica que realizaban sus terapeutas Esenios.

El Gran Consejo de los Setenta Ancianos de Moab había decretado que >s Terapeutas fueran libres de formar su hogar con uña única esposa elegí-a entre la misma hermandad. Con ésta medida se abría la puerta a todos aquellos que no eran aptos para la vida célibe, y se ensanchaba inmensamente campo de acción de la Fraternidad, que fue eclipsándose lentamente como una esencia que sé diluye en otra. De *Esenia* fue transformándose en *Cristiana* por la fuerza invencible de aquel nombre único: Cristo —Hijo de Dios.

Debido a ésto, el Santuario de Quarantana se había poblado de numerosos moradores que luego de dos años de enseñanza y de prueba, salían al mundo exterior, elegían la compañera de su vida y formaban su hogar bajo protección del Santuario en que se habían educado espiritualmente.

Se repetía así la obra educadora de los Kobdas de la Prehistoria qué tuvieron la gloria de llevar su elevada cultura moral y social a tres Continentes.

Y en los Santuarios del Carmelo y del Tabor en Galilea, en el de Ebat en Samaría, en el del Monte Hermón en Siria ocurrió de idéntica manera, y esto fue la razón única de la rapidez con que se extendió el Cristianismo como una marejada de óleo santo que fue invadiendo las poblaciones costaneras en el Mediterráneo oriental primero, hasta llegar en pocos años a la orgullosa capital del mundo de entonces: la Roma conquistadora y materialista de los césares.

Los primeros Terapeutas de este nuevo orden salieron del Santuario del Quarantana, escuela de educación moral y social de toda la comarca Betletita. Tal fue la *gloria de Betlehem* en la primera hora del Cristianismo.

EN EL LACIO

Volvemos a encontrarnos con amigos que dejaron hondamente grabado su recuerdo en nuestra mente.

En la pintoresca región del Lacio, a media milla de los muelles de Misenum se alzaba como un blanco palacio de alabastro entre exuberantes jardines la *Villa Astrea* heredada por el príncipe Judá de su padre adoptivo Quintus Arrius, el glorioso Duumviro vencedor de los piratas del Archipiélago Egeo.

En homenaje a su generoso protector, nada había querido cambiar Judá de cuanto encerraba en tesoros artísticos y bellezas naturales aquella espléndida posesión cuya proximidad a la Roma de los Césares aumentaba considerablemente su valor real.

Desde varios años atrás no -había visitado su Villa, encomendada todo este tiempo a la fiel servidumbre heredada también de su ilustre padre adoptivo, si bien sus agentes comerciales le tuvieron al tanto de todo cuanto ocurría en ella. La dicha del Príncipe Judá hubiera sido completa si al penetrar en ella con Nebai y sus pequeños hijos. Clemente e Ithamar, hubiera podido llevar con él a Jhasua su *Rey Inmortal* como él le llamaba.

Y al recorrer muy de mañana sus jardines, sus amplios atrios, sus peristilos adornados de plantas exóticas, los pilones o fuentes de aguas serenas y perfumadas con el deshojarse silencioso de jazmines y de camelias, el príncipe Judá senda el hálito frío de una ausencia inexplicable al principio, pero clara y manifiesta después.

www.formarse.com.ar

El era israelita de raza, de religión; y de gustos y su *Villa Astrea* era puramente romana y en toda ella se respiraba junto a las exuberantes bellezas naturales, las costumbres, los gustos, los hábitos de la Roma pagana y materialista de la época. Estatuillas de dioses y de diosas de todas las jerarquías y de diversos-tamaños, en las múltiples epopeyas de que los rodeaba la fanática admiración de sus devotos, llenaban salas, jardines, pórticos y galerías.

En los cinco años que vivió allí mismo al lado de su protector no sintió el choque profundo que experimentaba en esos momentos. Arrancado en aquella hora a las duras condiciones de la esclavitud en las galeras del César, encontró, suavidad y belleza en todo cuanto puso-a su disposición aquel noble y glorioso romano que lo llamó su hijo. Pero había pasado mucho tiempo respirando el aire nativo impregnado de la mística irradiación de su tierra de profetas.

Su religión austera del Eterno Invisible Único en el corazón del pueblo hebreo chocaba bruscamente con todo aquel complicado mundo de Dioses, de Genios y de Musas.

Iba a llamar a los numerosos criados que le seguían a distancia esperando manifestaciones de agrado por el esmeró con que habían cuidado celosamente aquella joya arquitectónica, aquellos jardines de ensueño, aquel conjunto de arte y belleza... iba a llamarles para que en un abrir y cerrar de ojos hicieran desaparecer todo aquello que hería sus sentimientos...

Y al volverse y dijo a Nebai qué le seguía de cerca y que adivinando sus pensamientos, movía la cabeza negativamente mientras se acercaba hasta él.

— ¿Qué quieres significar con ese oscilar de tu cabeza de derecha a izquierda?—Le preguntó Judá con esa expresión entristecida que nunca más sé borró de su faz.

-Que no debes hacer eso que estás pensando —le contestó ella.

— ¡Y! ¿Qué sabes tú lo que yo pienso?

-—Estás dolorido porqué encuentras que todo esto choca con tus convicciones y tus modos de ver y de comprender las viejas y las nueva ideas.

-Es, cierto ¿y no te ocurre a ti lo mismo?

— ¡No, Judá, no! Educada en mis primeros años por un padre macedonio y después en mi juventud por un sacerdote de Hornero en Ribla, hay tal amplitud de miraje en mi misma, que comprendo muy de otra manera toda esta belleza que nos rodea.

Jhasua mismo nuestro Rey Inmortal nos lo ha enseñado así.

¿No recuerdas la lección que dio a María de Mágdalo cuando mandó abrir una fosa para enterrar las estatuas de sus jardines, los tapices de sus muros y las hermosas vestiduras de las danzas de sus canéforas griegas?

—Recuerdo sí el relato que nos hizo Boanerges, repetido cien veces de aquel pensar y sentir de Jhasua. Pero nuestra Ley milenaria emanada de Moisés dice: "No adoraras figura ninguna hecha por mano de hombre, ni de oro, ni de plata, ni de madera, ni aún de barro".

—Y bien, Judá ¿no hay enorme distancia entre *adorar* una estatua o tenerla como un simple adorno o un recuerdo en tus jardines o en tus salones?

"Son ellas manifestaciones de la vida misma, y del talento o el genio de un hombre que quiso perpetuar en el mármol o en el metal el recuerdo de seres de la tierra o de los cielos que realizaron obras de admiración". Tales fueron las palabras de Jhasua escritas por Boanerges en su *"Álbum de recuerdos"* que algún día nos servirá a todos nosotros para escribir la verdadera enseñanza del Mesías a la humanidad.

Lo esencial y profundo de la eterna idea suya es la adoración al Dios Único sobre todas las cosas y el amor al prójimo como a nosotros mismos. ¿Acaso esas mudas estatuas nos impiden la adoración al Supremo Creador y el amor a nuestros semejantes?

—Tienes razón Nebai. Tú estás más cerca que yo de la Idea divina del Cristo Hijo de Dios vivo. Tú has comprendido a Jhasua mejor que yo.

Veo que me ha deslumbrado su grandeza y me ha encadenado su amor hasta el punto de encerrarme en el círculo estrecho de mi religión hebrea, cerrada a todos los vuelos de la inteligencia y de la razón...

—Piensa un momento Judá, que en ese círculo estrecho estuvo encerrado el Sanhedrin judío cuando condenó a muerte al hombre' más puro y más santo que ha pisado la tierra. Y no miremos a Jhasua como otro Rabino Judío que busca eternizar ideas inconcebibles a la inteligencia e inaceptables a la razón, cristalizando en dogmas de pretendido origen divino, burdas y simples ordenanzas de alcance puramente material.

www.formarse.com.ar

¿No repudió Jhasua la lapidación de los blasfemos y de las adúlteras? ¿No repudió la esclavitud con todas sus consecuencias, y humillantes condiciones? ¡Oh Judá, mi querido Judá!... Es hora que dejes de ser un príncipe judío para convertirte en un valeroso heraldo de la enseñanza de Cristo.

Este interesante diálogo entre los esposos, dichosos poseedores de la magnífica V*illa Astrea* fue interrumpido por un criado vestido con la lujosa librea azul y amarilla de la antigua casa de Hur, tal como la usaron los lejanos antepasados del fallecido príncipe Ithamar de Hur.

— ¡Señor!... —dijo el criado. El Tribuno Lucio Marcelo Galion os pide unos momentos de atención.

— ¡Lucio Marcelo Galion! —dijo Judá como avivando sus recuerdos.

—Sí —dijo Nebai... Aquel oficial tan joven que fue mandado a dirigir la ejecución del Gólgotha en aquel tremendo día, Judá ¿no lo recuerdas?

— ¡Ah sí!... el que huyó aterrado ante el horrendo crimen que había ordenado Pilatos... ¿Ya qué viene a avivar como una llama el recuerdo de la tragedia? ¿Viene solo?

—No señor. Le acompaña un esclavo griego. Demuestra gran interés en hablar contigo señor.

— ¿Le esperamos aquí? —preguntó Judá a Nebai.

—En el despacho del Duumviro Arrius es más prudente, pues ignoramos si él es o no de los nuestros. —El criado salió a cumplir la orden.

Y los dos esposos volvieron sus callados pasos a lo interior de la casa En el *tablinum o* despacho del dueño de casa encontraron al joven Tribu no, Lucio Marcelo, hijo del notable Senador Galion, antigua familia patricia romana de rancio abolengo.

Un franco abrazo unió a los antiguos amigos.

—Supe de tu llegada porque entre tu antigua servidumbre está un tío de mi esclavo de confianza fueron las primera palabras del visitante.

Nebai después de un breve saludo pidió permiso para retirarse y se perdió tras de un cortinado hacia el interior.

— ¿Qué te trae por aquí Marcelo? —le preguntó Judá.

—Lo que te ha traído a tí a las puertas de Roma —le contestó Galion

— ¿Y qué sabes tú de lo que yo haré en Roma?

—Lo deduzco de tu actitud aquella tarde fatal en que casi perdiste la *vida.*

Judá que estaba sentado ante la enorme mesa de su despacho, tomó un punzón como distraídamente y trazó unas líneas sobre un pergamino.

Marcelo se inclinó sobre la mesa y tomando otro punzón terminó el grabado comenzado por Judá: La perfecta figura de un pez apareció en el blanco fondo del pergamino.

Los dos se miraron a lo profundo de los ojos, y sin decir palabra, estaban comprendidos.

Una ola de emoción se extendió en el ambiente silencioso y casi místico.

—Estamos de acuerdo —dijo Marcelo cuando pudo hablar. A ambos los encadenó aquella tarde la serena mirada del Profeta mártir.

—A mí —dijo Judá —me había encadenado varios años atrás. Yo lo conocí y le he seguido de cerca cuando él tenía 21 años y yo 25.

— ¡Cómo! Y siendo tan amigos, compañeros de estudios, de armas, en la academia, ¿no fuiste capaz de decirme nada? —preguntó casi con indignado Marcelo.

—Obedecí a la consigna ordenada por el Profeta mismo. El amaba la libertad de ideas, de conciencia, de pensamiento tanto como la luz del sol. "Pe muchos caminos se puede llegar al Padre" —decía El. En todos los camino se puede amarle y amar al prójimo como a nosotros mismos. Yo no sabía si tú aceptarías una doctrina que echa por tierra el servilismo, la esclavitud la explotación del hombre por el hombre, el antagonismo de razas, de clase de religiones, etc.

—Una sola cosa quiero saber de ti Arrius, amigo mío, ¿Es cierto que estabas muerto y el profeta te resucitó? ¿Es cierto que El salió vivo y radiante del sepulcro? ¿Es cierto que se ha hecho ver de todos los que lo seguían de cerca?

—Los médicos me habían desahuciado como un caso perdido para la v da. Se esperaba de un momento a otro que el corazón dejara de latir, Y E me volvió a la vida.

En cuanto a la salida del sepulcro, es capítulo aparte amigo mío y aún no me creo capaz de explicarte el enigma en forma que tú inteligencia lo comprenda y tu razón lo acepte. Pero es verdad que muchos, incluso yo mismo lo hemos visto como un cuerpo resplandeciente flotando en el aire como un sol de amanecer con formas humanas.

Día llegará en que si tú lo quieres yo te ponga en contacto con los solitarios Esenios del Monte Hermon en el primer viaje que hagamos a aquella tierras benditas que El holló con sus pies.

— ¡Espero ese día, Quintus Arrius! Mientras, pasemos a otra cosa. ¿*Sa*bes que acaban de llevarse los diablos el alma negra de Tiberio César?

— ¿Cuándo? ¿Cómo? Nada sabía. Hace dos días que llegué y no he salido de aquí.

Ha muerto anoche en su palacio encantado de la Isla de Capri. Pero es no es lo peor que ha sucedido.

—Lo mejor querrás decir, pues la muerte del pobre César loco y viejo no es del todo una desgracia.

—I Cierto Arrius, cierto! Lo peor es que la astuta emperatriz se las arregló para que su nieto Calígula entrase a la cámara mortuoria donde estaban varios Senadores y entre ellos mi padre, y la astuta vieja aseguró que los últimos gruñidos de la agonía del viejo César decían que su nieto Calígula debía ser su sucesor. Y ya tenemos un loco beodo constituido Emperador de Roma, capital del mundo.

— ¡Qué espanto! —Exclamó Judá— habiendo tantos hombres honorables que están sacrificándose por la patria en tierras lejanas, al frente de las legiones que van a conquistar el mundo.

Esto significa Marcelo que ha terminado el período romano y que se acerca el Reinado de Dios anunciado por Jhasua.

Como en ese instante entró un criado con una bandeja de pastas y vinos, Judá se levantó y llenando dos copas del rojo vino de Chipre y puestos ambos de pié exclamó:

— ¡Lucio Marcelo Galion! ¡Brindemos por el advenimiento del Reinado del Cristo sobre la faz de la tierral

Cuando las copas quedaron vacías, habló de nuevo el visitante.

—Quiere decir que hemos celebrado el ascenso de un niño loco al trono de los Césares.

—Justamente —contestó Judá— porque es el mejor indicio de que el imperio de los Césares se hundirá para siempre y dará lugar al resurgimiento de una era de paz, de justicia y de libertad.

—-Los dioses te oigan, pero mi padre asegura que la más espantosa locura de crímenes y de sangre enlutará al mundo dentro de poco.

— ¿Más aún que lo que el mundo ha presenciado en tiempo de Tiberio? Mira que toda mi vida se ha desarrollado bajo el grillete de Tiberio, y mi familia y yo hemos sufrido hasta el máximun su duro yugo.

—Es verdad,, pero el Senado piensa que Calígula vale como diez Tiberios para la corrupción y el crimen. Roma será una orgía sangrienta. Ahora es mi familia y yo que comenzamos a padecer.

— ¿Por qué? Cuéntame todo —dijo Judá disponiéndose a escuchar.

—Tu larga estadía en Palestina te ha vuelto casi como un extranjero en Roma. Yo sólo estuve diez meses confinado por Drusso en él fuerte de Minoa que es la cloaca de las fortalezas de las provincias romanas. Pero muerto él mi castigo se levantó a medias.

— ¿ Por qué a medias ? —preguntó Judá.

—Esto precisa explicación aparte. Antes de partir a la Judea estaba comprometido con Diana hija del Gral. Galo y de Paula noble matrona romana de la antigua estirpe.

En momentos que Tiberio concedía honores a Galo, la hija le pidió mi traslado desde Minoa, y el Emperador cobró tal afecto a Diana que la pidió a su padre para tenerla en su mansión de la Isla de Capri. Hasta llegó en su locura a mandarle construir una Villa a todo lujo como regalo de boda. Todo marchaba bien hasta que un adulón de Cayo Drusso le dijo que yo había perdido el juicio por la magia diabólica de un profeta galileo que Pilatos condenó a morir crucificado.

— ¡Bárbaros... salvajes...! —gritó Judá cerrando los puños.

—Cálmate —le interrumpió Marcelo— que apenas he comenzado el esbozo de mi tragedia.

El viejo César tenía a mi novia como su mascota. Si recorría los jardines tomando sol, en el brazo de ella se apoyaba. Si quería escuchar algún poema satírico de sus bufones, o conocer algún nuevo vaticinio o profecías de sus milagreros astrólogos y adivinos, ella se los había de leer y explicar.

Esto, como puedes figurarte despertó los más rabiosos celos de la emperatriz Julia que se puso como un basilisco llegando hasta planear la forma de deshacerse de Diana.

www.formarse.com.ar

— ¡Y tú confinado al otro lado del mar...! —exclamó Judá comprendiendo lo grave de la situación en que estuvo su amigo.

—Ya verás. Si yo creyera aún en los dioses te diría que me fueron propicios, pero como hoy he cambiado fundamentalmente mi modo de pensar, digo, que el Dios Único del pueblo de Israel extrajo de mi destierro al Fuerte de Minoa, la joya preciosa de la Verdad, hasta el punto de que si yo no hubiera sido desterrado por Cayo Drusso, no hubiera llegado a conocerla.

— ¿Cómo fue o cómo te ocurrió tal maravilla? —preguntó de nuevo Judá.

—Yo había recibido de mi padre el regalo de un esclavo griego el día que la asamblea de los Cónsules me nombró Tribuno Militar ante el Senado y el pueblo. Pero ¡qué esclavo Judá amigo mío, que esclavo! Valía diez veces más que yo mismo. Era hijo de un magistrado del Aerópago, que fue asesinado y sus hijos vendidos como esclavos. Tenía mi edad, y no sólo no fue para mí un esclavo, sino que fue un amigo, un hermano. Me ha salvado la vida en dos oportunidades, y finalmente me ha salvado de mi mismo, que hubiera cometido mil disparates cegado por el orgullo y por la ira al verme pisoteado y humillado por Drusso el hijastro de Tiberio entronizado en Roma como Príncipe Regente.

— ¿Acaso fuiste tú el asesino de Drusso? —preguntó Judá.

— ¡Hubiera querido serlo...! Fue un esclavo de Seyano para vengar la deshonra de la hija de su amo. Con ese asesinato el esclavo compró su libertad, pero Seyano pereció a manos de un favorito del César. Quintus Arrius, tú ignoras lo que ha sido Roma en estos últimos años. ¡Una cloaca de lodo y sangre!

—Pues te digo —replicó Judá—, que el asesinato de Drusso partió en pedazos mi trabajo de 10 años para organizar mi país como nación libre con un Rey de nuestra raza y ese Rey hubiera sido el Profeta Galileo, Jhasua de Nazareth...

— ¿El que tú y yo vimos morir ajusticiado sobre el Gólgota?

— ¡El mismo! Seyano me conseguía el asentimiento del César para derrocar la dinastía de Herodes el usurpador idumeo y proclamar un Rey de la dinastía de David.

Un penoso silencio se estableció entre los dos amigos.

Marcelo fue el primero en hablar.

—Creo que haremos mejor en no remover el lado trágico de este asunto que a ambos nos hace daño. Me desespera saber de tu boca ciertas cosas que parecen no ser de este mundo.

—Habla que te oigo, —respondió Judá abstraído de nuevo por el pensamiento doloroso y tenaz de lo que fue su ilusión de diez años y la cruda realidad que la destrozó como voluta de humo que se lleva eV»viento.

—Aquella tarde fatal, tú estabas en absoluto consagrado a mantener a raya a los bárbaros jueces del Sanhedrín y no me cansaré de lamentar que tu llevas en tus venas la sangre de esa raza maldita. Según la viejo, costumbre de la soldadesca romana que lleva a cabo una ejecución, se reparten por suerte los haberes de los condenados a muerte. Y las tres túnicas fueron sorteadas. El Centurión Paulo dé Sicilia fue el favorecido con la vestidura del Profeta Galileo y diez días después desapareció de la escena, y detrás de él siete soldados de su Centuria.

—-¿Ya dónde fueron? —Interrogó Judá—. La deserción sin motivo justificado lleva en sí la pena de muerte.

—Diríase que la tierra los ha tragado —continuó Marcelo. Mi esclavo griego Demetrio de Corinto encontró un compatriota cuando me acompañaba en mi destierro al desierto de Judea: Stéfanos de Faterea el cual confesó a mi esclavo conocer el paradero de Paulo y sus compañeros y... óyeme bien Arrius, óyeme bien, le dijo que sobre la túnica manchada de sangre del Profeta habían jurado los siete huir de las legiones romanas, asesinas de justos, y disfrazados de marineros se habían alistado en la tripulación de un buque de carga que zarpó de Gaza con rumbo a los países del Nilo.

—Y ¿qué fue de la túnica del Profeta...? —preguntó Judá. —La poseen en sociedad Stéfanos y mi esclavo Demetrio, pero no termina aquí la historia.

—Te oigo, continúa.

—No sé si te has apercibido de que a pesar de mi rigidez y dureza de militar tengo en lo profundo de mi ser una sensibilidad extrema y que en ocasiones me ha perjudicado en mi carrera.

—Es verdad, y en esa cualidad que nos es común, pienso que está cimentada la amistad que nos unió en nuestros días de estudiantes y nos sigue uniendo ahora. Continúa Marcelo que tu historia comienza a interesarme.

—No sé si fue curiosidad o una oculta fuerza que me hizo pedir a Demetrio la vestidura del Profeta. Debo confesar que el Centurión Paulo fue m«y noble conmigo. El comprendió aquel día el horror, la vergüenza y la

www.formarse.com.ar

cólera que me causaba, que yo, un Tribuno romano, laureado por sus triunfos en la esgrima, hijo del Senador Galion, hubiera sido confinado a la más ruin Fortaleza provinciana y que debido a eso el Procurador Pilatos me hubiera designado para dirigir la bárbara ejecución de un inocente indefenso, entre dos bandoleros judíos. Y Paulo me libró de la infamia y cargó con ella. La deserción de él y sus compañeros, no sé por qué, la asocié al asco que debió tener el Centurión de cumplir la vergonzosa ejecución. Es lo cierto que cuando Demetrio me puso la vestidura sobre la mesa en que yo escribía, sentí renovarse la profunda impresión que los ojos del Profeta me causaron cuando él se detuvo en lo alto de la colina y me miró con piedad y con lástima de que fuera yo tan bárbaro como para quitarle la vida. Así lo interpreté yo.

Estrujé la túnica entre mis manos crispadas y sin saber cómo pronuncié estas palabras: "Por los dioses del Olimpo, también abandonaré las legiones romanas matadores de inocentes". ¡Y ya estaba dicho!

Mi esclavo que presenciaba esta escena me dijo:

—-¡Señor! La túnica del Profeta tiene magia de amor a la humanidad y quien la toca no puede matar jamás en su vida.

Por eso han huido Paulo y sus compañeros. Yo me quedé anonadado por un largo rato.

Y hoy me dice Demetrio: —Señor tu prometida está en grave peligro. Peor que la muerte.

—Ya sabes —añadió— que la ignominia de la esclavitud nos hace solidarios y amigos y una esclava de ella, corintia como yo, ha venido a decírmelo.

No bien ha cerrado los ojos el César Tiberio, que el nuevo Emperador Calígula la codicia para él, y la Emperatriz, su abuela, lo secunda en sus planes. Esta noche la hará cenar en intimidad con él y tu sabes señor lo que son las cenas íntimas de los emperadores con una joven doncella... — ¿Y tú estás tan tranquilo refiriéndome todo esto, mientras tu novia está en peligro inminente?—preguntó Judá levantándose agitado y nervioso.

—La fuerza y la paz que irradiadla vestidura del Profeta Mártir me da esta calma que te asombra, Arrius amigo mío.

—Está bien, será como dices, pero es necesario hacer algo para salvarla.

—Todo lo que se podía hacer está hecho —contestó Marcelo—. Lo único que me falta es tu cooperación, y sabiéndote un amigo del Profeta he venido hasta ti.

—¡Cuenta conmigo! ¿Qué es lo que quieres?

—Que me prestes tu velero, el más pequeño de los que tienes anclados en tus muelles, porque apenas cierre la noche estaré junto al acantilado de la isla maldita donde la Emperatriz y su nieto loco fingen llorar al César muerto, *y* planean crímenes en la sombra.

— ¡No irás solo! Yo te acompañaré—dijo resueltamente Judá.

— ¡No, Arrius, no! Tú tienes una esposa y dos hijos pequeños, y no puedo consentir que expongas tu vida en esta empresa tan peligrosa.

Préstame tu velero, con marineros de tu confianza y déjame solo con mi esclavo Demetrio que él vale por diez.

Y Marcelo se puso de pié.

—En el muelle me espera Demetrio y es urgente salir de inmediato.

—Te daré un auxiliar que vale más que yo y aquí le tienes —díjole Judá señalando a Gimel su Escriba-Gerente que revisaba la correspondencia recién llegada. Fue un compañero de esclavitud en las galeras del César y sabe de remos y de naufragios. Ya ves pues si será un buen marinero.

—Amigo acércate —dijo Judá al esclavo griego cuya belleza física y distinguido porte indicaba bien claro que la misma desgracia que él sufriera años atrás había caído sobre aquel joven que no tendría más de 23 años de edad—. Siendo yo descendiente de nobles antepasados, Roma me hizo esclavo y desde entonces repudio la esclavitud como la mayor infamia que puede cometer un hombre contra otro hombre.

Y así diciendo estrechó la mano a Demetrio.

— ¡Marcelo! —dijo con aire solemne y grave. Si de verdad eres amigo del Profeta Nazareno, no está en ley que tengas esclavos a tu lado y menos a un joven como Demetrio.

—Mi padre tiene firmada la carta de manumisión. Yo he querido dársela también y él la ha rechazado. Tendrá seguramente un motivo —contestó Marcelo.

Judá miró a Demetrio como interrogándole.

www.formarse.com.ar

—Príncipe Arrius... perdona. Yo amo como todo hombre la libertad, pero la quiero en un momento oportuno que pronto ha de llegar.

—Muy bien amigo. Aquí tienes a Gimel, que secundará todo tu esfuerzo para la empresa que os lleva a la Isla Imperial. Demetrio que había ya estudiado y formado su plan de salvamento sobre el terreno mismo, les explicó la forma en que lo harían y añadió al final.

—Pienso que el velero conviene dejarlo en una ensenada solitaria que he descubierto llegando a Arpiño y donde tengo un compatriota amigo que nos servirá de vigía. Llegaremos a la Isla en un bote que fácilmente podemos ocultar entre las rocas del acantilado hasta el momento oportuno. He convivido con los pescadores de Capri desde que la señorita Diana habita la Isla.

—Si —afirmó Marcelo. Yo le hice llegar por su madre Paula la noticia de que Demetrio velaba por ella al pie del acantilado hacia donde da el extremo de una avenida de pinos que arranca desde los jardines de la mansión imperial.

Un billetito atado a una piedrecilla en el extremo de una cuerda seria el aviso a Demetrio cuando hubiera peligro.

Aquí está. Y Marcelo extendió el billetito de su novia ante Judá.

Decía así:

El momento ha llegado. La Emperatriz me hará concurrir a una cena íntima con Calígula en su pabellón privado la noche siguiente de terminar los funerales y eso será pasado mañana. Yo estoy esperando tu señal.

—Te anticipo Arrius —añadió Marcelo—, que Diana está en vías de hacerse discípula del Profeta Nazareno porque Demetrio y Stéfanos la han conquistado y eso en las barbas mismas del Emperador, en cuyo palacio entraron conduciendo las maletas de un astrólogo persa que Tiberio había llamado para que le adivinara cuantos años tenía aún de vida.

— ¡Oh Jhasua, Jhasua! —exclamó Judá con infinita ternura. Desde su Reino Eterno sigue siendo el mago del amor. Ahí tenéis el velero pequeño y el bote que elijáis —añadió.

Y que el Dios del Profeta sea con vosotros.

Marcelo, Demetrio y Gimel saltaron a bordo y los marineros soltaron la amarra.

—Tened en cuenta que es cosa mía lo que estos amigos van a buscar —gritó Judá a los marineros que le despedían agitando alegremente sus gorros.

Tuda quedó en el muelle mirando su velero *"Fidelis"* que se alejaba rápidamente cortando las olas serenas y pensaba: "La fidelidad va con ellos en el nombre del velero y en la nobleza de ese esclavo griego con alma de héroe y de santo. ¡Jhasua, salvador de los oprimidos!.. ¡Sé con ellos Tú que amaste la justicia y la honradez!".

Y lentamente volvió hacia la mansión señorial donde Nebai acababa de levantar a sus dos niños que puestos de pié ante el altar hogareño repetían el salmo acostumbrado:

"Guárdame Oh Dios porque en Ti he confiado.

"Escucha mi oración hecha por labios sin engaño.

"Sustenta mis pasos en tus caminos porque mis pies no resbalen.

"Guárdame como a la niña de tus ojos, escóndeme con la sombra de tus alas".

Judá contempló enternecido el hermoso cuadro y uniendo su plegaria a la de su esposa y sus hijos exclamó pensando en los que salían mar adentro para salvar de inminente peligro a una avecilla cautiva:

"Sálvalos o Jehová por tu misericordia infinita".

Tuda y Nebai pasaron esa noche en vela ya paseando bajo las pérgolas florecidas, ya sentados en la glorieta de rosales que había próxima al muelle.

Nebai no conocía a la joven Diana prisionera de los caprichos de una anciana Emperatriz ambiciosa y de un jovenzuelo epiléptico y vicioso que ella había nombrado Emperador como medio de ejercer ella misma el poder supremo. Pero siguiendo el tema sagrado del inolvidable Jhasua Ungido de Dios, aquel "Ama a tu prójimo como a ti mismo", sentía en carne propia la angustia de la pobre joven que se veía en poder de tan indeseables guardianes.

—Si yo estuviera en su lugar —decía Nebai hablando con Judá— desearía ansiosamente que hubiera corazones capaces de sacrificio para salvarme, de la deshonra. ¡Jhasua, Jhasua!... ¡Sálvala por tu santo nombre, por tu heroica muerte y por tu gloriosa vida en tu Reino de Luz y de Amor!

Y la dulce Nebai tan amada y tan amante de Jhasua rompió a llorar como si Diana fuera una hermana, una hija suya que se hallase en grave peligro.

www.formarse.com.ar

Y era que la Telepatía había tendido sus hilos de plata entre la Isla de Capri y la Villa *Astrea* a la orilla del mar. Era el mismo momento en que Diana la cautiva, se deslizaba desde la avenida de pinos en lo alto del acantilado, por una cuerda que Demetrio el esclavo griego había atado al tronco del último pino, y el grácil cuerpo de la joven se balanceaba como un péndulo en el vacío hasta caer en una red que sus salvadores sostenían sobre el botecillo en que hacían el salvamento.

Al caer en la red, la joven se desmayó, ya por el mismo terror que había sufrido, como por la intensa emoción de encontrarse con Marcelo a quien no veía en más de un año que había transcurrido.

Demetrio se acercó a ella y poniéndole la mano en la frente le dijo en griego a media voz: "El Profeta Nazareno está contigo".

La crisis nerviosa cesó de inmediato y una serena calma como un sueño muy suave continuó en la niña, mientras los marineros remaban desesperadamente alejándose de la Isla rumbo al continente cuya línea oscura se veía cercana a la opaca claridad le las estrellas. Marcelo se sentía preso de una conmoción terrible, pues en lo alto del acantilado que dejaban atrás, se veían arder varias antorchas que buscaban «n la oscuridad.

Seguramente los centinelas que rondaban por las costas de la Isla debieron sospechar la fuga de alguien que estaba celosamente guardado. O acaso el Chambelán de la Emperatriz que era un espía profesional lo había descubierto antes.

Marcelo respiró cuando el botecillo alcanzó la oculta ensenada en que espetaba el "Fidelis" y todos se embarcaron en él. Entonces Demetrio dijo a Marcelo:

—Señor, que la señora vista esta túnica y oculte su cabellera en este gorro de pescador por si tienen la mala idea de seguimos.

Era la túnica azul del Profeta Nazareno que Marcelo vio morir sobre el Golgota y que veía en ese instante a la pálida luz de las estrellas cubriendo el cuerpo alto y grácil de la dulce mujer que iba a ser su esposa.

Su emoción fue tan intensa que cayó ante ella y se abrazó a sus rodillas pareciéndole que el Profeta mismo estaba ante él.

— ¡Señor! i Perdón para tu verdugo!... ¡Los hombres del poder me pusieron ante tí para quitarte la vida, y tú vienes a mí para salvar mi prometida de la deshonra y de la muerte!

— ¡Marcelo!... exclamó la joven Diana. ¿Qué estás diciendo que no te comprendo?

Demetrio intervino.

—Es el final de la historia que te he referido señora, del hombre único que quiso morir por amor a todos los hombres.

La calma se estableció a bordo del velero Fidelis que ya casi al amanecer entraba en la enseñada del Lacio y echaba anclas junto a los muelles de la *Villa Astrea.*

Cuando Marcelo ayudaba a desembarcar a Diana, el gorro puntiagudo de los pescadores resbaló de su cabeza y su rubia cabellera le cayó sobre los hombros.

Cubierta con la túnica azul de Jhasua, la última que El había vestido, para Judá y Nebai resultó un recuerdo demasiado vivo. Revivió para ellos el Jhasua de los veinte años, allá bajo un rosal blanco en un jardín de Antioquía cuando él los había unido en ese gran amor que perdularia para toda la vida y acaso más allá de la vida.

Nebai la recibió en sus brazos profundamente conmovida. Judá no podía pronunciar una palabra y con sus ojos llenos de llanto contenido miraba aquella vestidura en la que aún se veían pequeñas manchas de sangre.

La voz de Demetrio les volvió a la realidad.

— ¿Qué hacemos con el velero, que de habernos seguido, puede ser reconocido?

—No temáis —dijo Judá—. Poned la vela mayor, el pabellón y el escudo del Duunviro Quintus Arrius y nadie supondrá que *"Fidelis"* ha protegido la fuga de la hija del General Galo que mandó decapitar a su padre.

— ¡Cómo!... —exclamó aterrado Marcelo— ¿Y tú, hijo de Quintus Arrius salvas a la hija de Galo?...

— ¡Si! Yo y con mucha satisfacción. ¿No está sobre todos nosotros el amor del Profeta Nazareno que borra los agravios, las ofensas y vence a la muerte?

Los marineros se apresuraron a realizar la transformación parcial del velero ordenada por Judá, mientras seguían todos en silencio a Nebai que conducía a Diana hacia el interior de la casa.

Y Judá entristecido profundamente se hacía a sí mismo esta reflexión:

—Jhasua no entró en esta Villa del Lacio, pero entra su túnica azul, la última que cubrió su persona de hombre... La túnica salpicada con su sangre de mártir.

Y seguido de Marcelo Demetrio, Gimel y Aquiles, Capitán del *Fidelis* entraron al *tablinum* o despacho y Judá les dijo:

—Según la Ley Romana, yo represento aquí la autoridad civil del país y por tanto puedo legalizar una unión matrimonial como una orden de prisión o una sentencia de muerte.

Tribuno Lucio Marcelo Galion, aquí en mis posesiones del Lacio y bajo el techo de mi Villa Astrea quiero legalizar tu desposorio con Diana de Paozuoli, hija del General Livio Galo y de Paula de Capua.

¿Aceptas? Tú que como Tribuno Militar conoces las leyes romanas sabes que es la única forma de poner a tu prometida fuera del alcance del Emperador.

—Acepto —contestó Marcelo, porque en efecto, hoy, es lo único que aún ha sido respetado: el fuego sagrado del altar de Himeneo.

Y una hora después, el vasto y suntuoso *tablinum* de la Villa Astrea resplandecía de luces y de flores, y todos los moradores de la hermosa mansión señorial vestidos de gala llenaban sus ámbitos, en medio de un ambiente saturado de alegría, de amor, de fraternidad.

La multitud de esclavos, convertidos en servidores libres a salario, que eran marineros, o pescadores, o guardabosques, jardineros y pastores, llenaban aquel recinto en que todos se sentían al mismo nivel bajo la mano próvida y justiciera de un príncipe judío y a la vez Tribuno Romano, Judá hijo legítimo de Ithamar de Hur y adoptivo del Duunviro Quintus Arrius; Judá que había bebido del corazón del Profeta Nazareno el agua santa del amor fraterno que dice: "Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo".

Nebai entró al final llevando de la mano a Diana cubierta con los blancos velos ordenados por la costumbre y coronada de mirtos y de rosas.

En el guardarropa de la mansión del celebrado Duunviro Quintus Arrius que había entregado a Roma los trofeos de cien victorias sobre los piratas del Mar Egeo había lujosas vestiduras para los actos solemnes en la vida de un romano ilustre.

Y Judá había obsequiado espléndidos trajes de ceremonia a Marcelo, Demetrio, Gimel su Escriba y Aquiles, Capitán del *Fidelis.* Y cuando todo resplandecía como un cortejo real, Judá con honda emoción que quebraba su voz en un sollozo les dijo:

—Más que un príncipe judío, y un Tribuno Romano jefe de esta casa, soy un sacerdote del amor del Cristo Hijo de Dios, y vosotros me vais a permitir vestir la túnica azul de Jhasua de Nazareth para consagrar el desposorio del Tribuno Lucio Marcelo Galion con Diana de Pozuoli.

Nebai dio las primeras palmadas de un aplauso que resonó jubilosamente bajo el artesonado de plata y ébano del Tablinum de la Villa Astrea.

Y el mago del recuerdo esbozó en todas las mentes y en el éter sereno de aquel ambiente empapado de amor, la dulce imagen de Jhasua tan fuertemente evocado mientras dos hilos de lágrimas corrían por el hermoso rostro dé Judá cuando uniendo las manos de Diana y Marcelo, decía:

"Tribuno Lucio Marcelo Galion: en nombre de la Justicia, de la Ley Romana y del Amor de Jhasua de Nazareth, Hijo de Dios Vivo, te entrego como esposa única para toda la vida a Diana de Pozuoli; hija del General Livio Galo y de Paula de Capua." Un hosanna jubiloso resonó como una clarinada.

Marcelo se abrazó de Judá y los sollozos de aquellos dos hombres jóvenes y fuertes conmovieron hondamente a toda aquella multitud.

Marcelo creía abrazar al mismo Profeta Mártir al cual vio por primera y última vez de pié sobre el Golgotha cuando le quitaban aquella misma túnica para tenderle sobre la cruz.

Entre sollozos y con frases entrecortadas Nebai explicaba a Diana lo que; significaba para ellos aquella túnica azul, que había vestido el día de su muerte del Hombre de Dios que el esclavo Demetrio le había hecho amar sin conocerlo nada más que por las obras de amor realizadas por El en todos los días de su vida y en todos los pueblos por donde había pasado.

Y mientras que en la *Villa Astrea* se celebraba el fausto acontecimiento la Emperatriz Julia y su nieto Caligula presas de terrible cólera por haber sido burlados en sus delictuosos deseos, soltaban sus lebreles de caza en busca de la fugitiva.

El fuerte cordel tejido pacientemente por Demetrio al pié del acantilado que había medido y estudiado día por día, allí aparecía fuertemente atado al último pino, lo cual demostraba que por esa costa del mar huyó Diana de su cautiverio.

Se interrogó a los pescadores juzgando que ellos hubieran cooperado a la fuga por dinero; pero allí estaban todos los botes y todos sus dueños recogiendo sus redes a la primera luz de la madrugada.

www.formarse.com.ar

Primeramente les ofrecieron azotes a todos cuantos pescaban en esa costa de la Isla. Los infelices temblando de miedo juraban por todos los dioses del Imperio que nada habían visto ni sentido puesto que al caer la noche tendían sus redes y se retiraban a sus chozas situadas en la bahía sur de la Isla, donde la costa bajaba al nivel del mar.

Después les ofrecieron dinero si delataban a los autores de la fuga de Piaña. Por fin un grumete declaró que un esclavo griego que pescaba con anzuelo le había comprado muchas veces cáñamo a cambio de ricos manjares y cintas que una esclava le arrojaba desde la avenida de los pinos. Y que el cordel que aparecía pendiente sobre el mar fue tejido por él. Las esclavas del servicio inmediato de Diana fueron interrogadas y amenazadas

Se vio que faltaba una de ellas, Rodhe la griega. Ella debía ser la culpable y habría huido con Diana. Caligula quería desahogar su ira de leopardo burlado en las infelices esclavas, en los centinelas, en los pescadores y hasta en los flamencos y garzas de los jardines que no dieron graznidos de alarma cuando así se burlaba la suprema autoridad imperial.

Pero su augusta abuela que estaba muy a gusto con su servidumbre y que no gustaba oír gritos de dolor, le convenció de que no valía la joven doncella ni la más ligera de sus rabietas y que ya le traería ella la más hermosa princesa del mundo que le llevara en dote tanto oro como para hacerle un establo del precioso metal a su caballo Cincinato al cual su primer acto de Emperador había sido darle el título de *cónsul.*

En la imperial residencia volvió de este modo la calma; pero Rhode, la infeliz esclava que por amor a Demetrio protegió la fuga de Diana, se hallaba oculta en una estrecha gruta de la costa norte de la Isla, a donde Demetrio le había aconsejado huir en caso de verse en peligro. Había acompañado a Diana hasta el momento de comenzar el descenso por el cordel, y con un pequeño fardo de ropa a la espalda y un saquillo de pan y frutas había huido a esconderse en el refugio a donde estaba segura que Demetrio la buscaría.

Y éste cuando vio que su amo estaba seguro y feliz, se le acercó al siguiente día y le dijo:

-Señor, he cumplido con mi deber velando por la honra de tu prometida que ahora es tu esposa. Tu esclavo tiene también un corazón dentro del pecho y ha dejado su amor en la Isla de Capri. Si ella ha logrado escapar del castigo que seguramente habrán dado a toda la servidumbre, estará oculta en una gruta que yo he descubierto y le he señalado. Te pido tres días para ir en su busca y cuando haya vuelto con ella aceptaré la libertad que me tienes prometida

Marcelo conmovido le tendió su mano y le dijo:

— Sí, amigo mío, tienes mi permiso y cuanto necesites para salvar a tu novia.

—Iré por tierra desde aquí hasta Arpiño donde alquilaré un asno que me lleve hasta Ñapóles.

—Y una vez allí ¿qué harás? —preguntó Marcelo.

—Cualquier pescador me cruzará hasta la costa norte de la Isla donde creo que encontré a Rhode.

Marcelo le entrego un bolso con monedas y después de despedirse de Diana y demás compañeros de tragedia, quiso apretar a su pecho la túnica azul, en la cual había encontrado él la extraordinaria lucidez, serenidad y fuerza con que obraba en todo momento.

—A mi vuelta te recogeré —le había dicho al Príncipe Judá. Por ahora sois vosotros los dueños de mi tesoro.

JUNTO AL FUEGO DE NAZARETH

Con la misma velocidad con que va el pensamiento en un instante a enormes distancias, podemos ir nosotros amigo lector desde la riente costa de Italia hasta la orilla oriental del Mediterráneo a las tierras de larga historia donde cantó Salomón a Zulamita la pastora y amó a Sabá, la heroína, Reina de Etiopía.

¡Oh! el pensamiento, ala blanca ultrapoderosa con que el Eterno Creador dotó a la divina Psiquis cautiva en la materia, el inestimable tesoro de la criatura humana que a veinte siglos de la iniciación de la Era Cristiana, aún no aprendió a utilizarlo en beneficio propio y de toda la humanidad.

Y en aquellas tierras que desde la hora de Moisés había sido escenario de sangrientas luchas fratricidas, y de incontables infamias y delitos, buscamos una dulce fontana de serenas aguas, un tranquilo huerto donde se arrullan las palomas y gorjean las alondras al amanecer.

www.formarse.com.ar

"Nazareth de los mirlos azules,
"De dulce trinar...
"Dé las tardes posadas qué inundan
"¡Las almas de paz!"...

- ¡Estrofa cantada por un místico bardo del siglo II y que describe en breves frases llenas de suaves armonía, lo que era la tranquila ciudad nazarena designada por la Ley Divina para morada hogareña del Mesías anunciado por los profetas.

Allí continuaba residiendo Myriam la madre heroica, la *Mater Admirábilius* cantada tan fervorosamente por sus amadores latinos. El soberano amor del Hijo excelso, había dejado sobre ella y alrededor de ella ese maravilloso resplandor de oro y luz que invisible e impalpable rodea y envuelve a las grandes alnas que han atesorado en sí mismas por una larga evolución, cuanta belleza puede conquistar el espíritu humano en el transcurso de los siglos y de las edades.

Diríase que todos los grandes amores conquistados por el Hijo fueron como absorbidos por aquella dulce y silenciosa mujer, la de los ojos de avellanas mojados de rocío, la de las manos de tórtolas corriendo sobre el telar, la que llevaba en el alma tesoros inagotables de paz, de ternura, de abnegación sin límite ni medida...

Un medio siglo de vida había pasado sobre ella, y en el oriente a esa edad, la mujer de ordinario aparece agostada, marchita con una pobre energía que apenas si le da fuerzas para soportar su propia vida.

Pero como encierra una gran verdad que el físico es un claro reflejo del alma que la anima, podría decirse que los años no se atrevieron a grabar en aquel cuerpo de santa, las duras señales de su paso por ella.

¿Quién no hubiera pensado que los enormes padecimientos sufridos destrozarían hasta aniquilarla, aquella endeble materia física en que realizaba Myriam esa etapa de su vida eterna?

Su infancia feliz y dichosa entre los rosales de Jericó, fue bien breve por cierto, pues en plena adolescencia vio deshecho el nido paterno por muerte prematura de Ana su madre, cuya endeble naturaleza hizo quizá un esfuerzo supremo para dar a este mundo otra vida a cambio de la suya que pronto debía extinguirse. Fue sin duda el primer dolor que sorprendió el alma de Myriam, niña todavía, que en los umbrales desconocidos de la vida, se vio de pronto sin aquella sombra dulce y fiel que viera siempre a su lado desde el despertar en la cuna.

La austera y taciturna personalidad de su padre no podía nunca llenar el vació dejado en su horizonte por aquella estrella serena de la niñez, la madre dulce y buena que la había enseñado todo cuanto sabia con inaudita premura como si su corazón maternal presintiera que pronto dejaría sola en la .vida a aquella blanca flor exótica aparecida en su jardín, aquella silenciosa ave del paraíso que Jehová dejó bajar a su tejado...

Y también su anciano padre Joaquín dejó vacío su lugar en el hogar y ya eran dos las sepulturas que guardaba Myriam en una gruta de las verdeantes .colinas de Jericó.

La desolada tristeza del nido deshecho pudo llenar de helado pesimismo al alma pura de la adolescente y romper de un golpe las cuerdas doradas de su cítara creadora de armonías y de salmos... los místicos salmos de Myriam que entrelazaron su ritmo al rumor de, las palmeras y los rosales de Jericó. Del solitario nido deshecho, la avecilla huérfana voló a las austeras penumbras del claustro sagrado donde otras aves solitarias, las viudas de Israel, servían de amparo a su doliente orfandad.

Y ruando unas nupcias no buscadas sino inesperadamente encontradas cubrieron de azahares y rosas blancas su frente casta, la virgen de Jericó pulsaba su laúd de acentos jubilosos y su alma se transformaba en un himno cálido y tierno ante la belleza del nido nuevo que la vida brindaba a la ternura de su corazón.

La gloria de un hijo ciñó su frente con la aureola augusta de la maternidad y algo así como un desbordamiento de estrellas fue para Myriam su nido de Nazazeth. Pero ella había venido para los grandes martirios del alma; y el dolor ese incansable hachador que va echando a tierra uno por uno los árboles de nuestro camino, tronchó también los que daban sombra y frescura a los pasos serenos y callados de Myriam sobre la tierra.

Primero, el místico y dulce Jhosuelín para quien su alma había tenido los más tiernos mimos de madre; luego Jhosep el gran compañero que adivinaba sus pensamientos y era hábil piloto para llevar su barquilla por suave corrientes y por fin aquel hijo, su gloria, su luz, y su amor...su grande y único amor.

¡Oh cielos!... también ese joven árbol de su huerto solitario había sido tronchado cruelmente, inhumanamente, dejando su corazón deshecho, su vida sin vida. ...su pobre, alma sin luz, sin calor, sin una mísera flor en su senda de guijarros y de espinas... sin una sola estrella que diera luz al árido y hosco camino de su vida.

¡Ella había venido para los grandes martirios del alma!... ¡para ver secarse todos los rincones de su huerto, secarse todas las fuentes y apagarse en sollozos todas las armonías del hogar, de la familia, de la vida!

¡Había venido para los grandes martirios del alma, y abrazada heroicamente a esa cruz interior, tan pesada y cruel como aquella en que vio morir a su Hijo único, allí estaba en su vieja casa de Nazareth secando su llanto silencioso con los blancos velloncitos de lana que sus manos de tórtola seguían tejiendo para abrigar a los niños indigentes, que el dolor había dejado también como aves sin nido, deshechos y míseros tirados a lo largo de los caminos de la vida...

Y cuando la noche caía con su sombra y su misterio, Myriam guardaba su cestilla de lana mojada de lágrimas para dar a su alma herida el consuelo de recordar...

¡Oh las perlas blancas del recuerdo!...

"Místicas, suaves, calladas,
Rodando del corazón,
Ya como gotas de fuego
O ya como el dejo amargo
¡De una doliente oración!"

Y como una sombra se deslizaba por su vieja alcoba y sus manos palpaban la cunita de cerezo en que el Hijo-Niño descansaba de sus risueñas correrías tras de sus corderitos y de sus palomas...

La pequeña alcoba de Ana su hijastra, la más amada, que allá lejos a la orilla del mar, en la lejana Joppe vivía feliz al lado de Marcos su marido...

Más allá el viejo diván de Jhosuelín, con su libro de los Salmos, las Escrituras Sagradas, el último manto que lo había cubierto...

El libro de cuentas y detalles del justo Jhosep, el viejo llavero de cobre cargado de llaves de las distintas dependencias de los talleres...

Y las silenciosas perlas del recuerdo seguían rodando del corazón doliente de Myriam que se sentaba por fin extenuada sobre su viejo diván de reposo, y apretándose el pecho con ambas manos murmuraba su oración de la tarde:

— ¡Oh Señor fortaleza mía! ¡roca en que se apoyan mis manos: castillo en que se refugia mi soledad! ¡escudo que me defiende en mi desamparo! ¡Atiende el clamor de mi alma sumida en angustias de muerte!

¡Los dolores del sepulcro me rodean y torrentes de perversidad llenaron mi alma de espanto!

¡En mi angustia suprema te invoco y te llamo, Dios de mis padres, de mi esposo, de mi hijo! ¡Oye mi voz que te clama desde la hondura de mi abismo y que mi clamor llegue a Tí Señor como el piar de esta avecilla tuya herida en los caminos largos y oscuros que ha recorrido!

¡Señor, ten misericordia de mí *y* envuélveme en el manto sagrado de tu piedad y de tu amor!

El tío Jaime y Dina le esperaban junto al hogar que ardía amorosamente y la dulce Myriam, la madre heroica, la mujer del silencio, de la infinita paciencia y de la ternura inagotable tenía aún el valor de sonreír diciéndoles:

— ¡Perdonadme si os hice esperar mucho para venir a compartir con vosotros el pan de cada día!

Me es a veces tan duro y difícil arrancarme a los recuerdos que reviven con más vigor cada día, que olvido a menudo que me estáis esperando.

Y el viejo nido deshecho luchaba por tomar de nuevo el aspecto de reconstruido, aunque las ramas que lo sostenían crujían resecas con el rodar silencioso .de los recuerdos que pasaban y pasaban como una larga caravana silenciosa en el anchuroso desierto donde en vano buscaban los ojos un oasis para descansar.

Un discreto llamado al portalón de entrada llamó la atención de los mustios comensales.

El tío Jaime salió para abrir y al poco rato volvió seguido de Juan, Felipe y Boanerges. Los tres se acercaron a Myriam y besaron su frente con filial devoción.

Ella al punto les hizo lugar alrededor de la mesa mientras Dina añadía leche y miel a las fuentes y pan a la cestilla.

Como los visitantes no hablasen palabra, Myriam les interrogó:

— ¿Traéis en el corazón una tristeza nueva?

—Acaba de morir mi madre —respondió Juan con su voz temblorosa próxima al llanto.

— ¡Cómo! ¡Estuvo tan contenta hace dos días aquí!... exclamó Jaime asombrado.

—Estaba hoy muy de mañana haciendo el pan, y cayó de pronto junto al hogar y no se levantó más.

— ¡Feliz de ella! ¡que ya no tendrá el tormento de los recuerdos porque ha llegado al Reino de Dios!... dijo Myriam con admirable serenidad. Así diréis vosotros cuando yo termine mi vida sobre la tierra.

Esa noche comenzarían las preces funerarias que duraban siete *o* nueve días.

A la mañana siguiente la llevarían al sepulcro familiar y deseaban ser acompañados por los parientes y amigos.

Y Myriam la madre mártir, tuvo el valor de decir a Juan que lloraba silenciosamente:

—Llévame hoy contigo, Jhoanin para orar junto al féretro de Zalomé, *y* no te creas tan solo hijo mío porque aún te queda mi corazón para refugio de tu orfandad. Y le abrió sus brazos llena de piadosa ternura.

Juan se arrodilló ante ella y ocultó su rubia cabeza en aquel seno materno que su Maestro le deparaba como supremo consuelo en la hora de su dolor.

Anochecía y una pequeña luna nueva esparcía su mortecina luz, cuando salió de la vieja casa de Jhosep el artesano, la pequeña caravana familiar del tío Jaime, Dina y los tres mensajeros, conduciendo a Myriam montada en un asnillo que Juan llevaba de la brida a la oración funeraria de la que había partido al Reino de Dios. Y diez días después, Juan ocupaba en la casa de Nazareth la alcoba que había sido de Jhasua y Jhosuelin, sintiendo que su orfandad estaba acompañada siempre por suaves ternuras maternales, y grandes compensaciones de orden espiritual.

Su Maestro le acogía en su hogar nazareno y le daba por madre, su propia madre.

Zebedeo no se sintió con valor de continuar su vida en el hogar de la orilla del Lago sin las abnegaciones y las solicitudes de su vieja compañera, y fue a refugiar sus últimos años en el Santuario del Monte Carmelo donde era Servidor un hermano de Salomé, y en la Cabaña de las Abuelas al pié del célebre Monte, aún vivía la anciana Sabá hermana suya con su hija viuda Bethsabé, y ambas ofrecerían solicitudes y cuidados a su quebrantada salud.

Hanani el tapicero de Tiberias se encargó de la vieja casa de Zebedeo y Salomé a las orillas del mar de Galilea donde pronto se estableció un oratorio y refugio de huérfanos, ancianos y viudas que se encontrasen sin techo y sin pan.

La irradiación divina del Cristo del Amor y de la Esperanza continuaba esparciéndose por las márgenes de viejo Lago de Genezareth o Mar de Galilea donde cada mata de césped y cada rama de árbol debía conservar el irresistible influjo de aquellos pensamientos ultra poderosos que habían obrado allí mismo tan maravillosas transformaciones en las almas y en los cuerpos de las multitudes que le escucharon.

EN ÁFRICA DEL NORTE

Con las alas sutiles *y* ligeras de la imaginación, nos trasladamos lector amigo a la antiquísima Cirene o Cirenaica patria de Buyaben y de Faqui y de la dulce reina Selene, último retoño de la célebre Cleopatra y de la gloriosa dinastía de los Ptolomeos que fue el eslabón final de la inmensa cadena de Faraones del Nilo. Pero antes hagamos escala *en* Alejandría.

El Hach-Ben-Faqui con Thirza y sus dos hijitos Selene y Abu-Jhasua, la dulce abuela Noemí con su fiel Amra, desembarcaron en dicha ciudad una radiante mañana del tibio invierno africano, luego de una travesía de seis días desde el puerto de Gaza en Palestina.

Dos viejos amigos les esperaban amorosamente como a golondrinas hermanas que venían a colgar su nido en el norte africano: El Príncipe Melchor y Filón de Alejandría. ¡Alejandría edificada sobre las ruinas de la Neghadá de los Kobdas de la Prehistoria donde el recuerdo, ese mago rebelde al tiempo, diseñaba escenarios y siluetas y hasta desgranaba como interminable collar de perlas, las duchísimas vibraciones de un divino ruiseñor que bajo las palmeras y a la sombra de las Pirámides había prendido las melodías inefables de su alma hecha de piedad y de amor: Jhasua de Nazareth, huésped de la ciudad de los obeliscos catorce años atrás!

Todo este mundo de radiantes y gloriosos recuerdos invadieron la mente de Faqui al desembarcar en el puerto de Alejandría y sentirse estrechado por los brazos del austero filósofo alejandrino y del anciano Príncipe Melchor de Orbe Ninguno de los tres necesitó de palabras para vibrar al mismo tono, y acariciar el mismo pensamiento.

¡Jhasua estaba en medio de los tres como un astro sereno llenándoles de claridad, de paz y de infinito amor!

¿No había dicho El: *"Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos"?*

¡Oh! Qué grande y excelso es el Amor que así une las almas y enlaza los corazones por encima del tiempo y la distancia, por encima de las tristezas, de la muerte y del sepulcro!

El luminoso recuerdo de Jhasua resplandecía en el iris de los ojos cristalizados de llanto, en el brillo de lágrimas que corrían en silencio, en las miradas que se encontraban en el éter y que en mudo lenguaje expresaban la misma idea: "Desde su gloriosa inmortalidad está con nosotros".

Juntamente con el Hach-ben-Faqui, llegaban también al África Norte, dos ie los Doce íntimos del Divino Maestro, Zebeo y Matheo que en las silenciosas noches del desierto, a la sombra de las palmeras del Oasis de Baharijeh, escribiría este último el relato de la vida apostólica del Profeta Nazareno; y Zebeo venía directamente a colaborar en la obra idealista que desarrollaban en conjunto Filón y el Príncipe Melchor.

Ambos habían oído de labios de su Maestro la grandeza que encerraban en sus muros silenciosos la Escuela de Filón en Alejandría y en el Lago Mariotis y las que Melchor tenía en Tebas, en el Monte Sinaí y sobre la cima del Monte Hor donde el Maestro mismo lo había visitado juntamente con Gaspar de Srínaghar y Abas de Pasagarda sucesor de Baltasar.

Venían también aquellos dos humildes esclavos Eleacín y Sipro que el Príncipe Melchor dio a Jhasua 'como auxiliares en la reconstrucción de la noble familia del Príncipe Ithamar de Ur, padre de Judá.

Ya no eran esclavos, sino hombres libres, *libertos* como se les llamaba en aquel entonces por que tanto Melchor como Judá les habían otorgado la Carta de Manumisión que les devolvían todos los derechos que da la libertad en los países civilizados.

Querían continuar voluntariamente entre los servidores de la familia de Ithamar cuyo jefe era el Príncipe Judá, el cual les había dado una licencia de seis meses para visitar su tierra nativa, Sinah, perdida entre las montañas y el oasis del mismo nombre situada al pié de la meseta norte del Desierto de Libia.

Terminado ese plazo debían volver a Jerusalén pues Eleazin era el mayordomo del Palacio de Ithamar y Shipro el Notario, encargados ambos de prestar auxilio y amparo en toda circunstancia a los discípulos del Profeta Nazareno que por una causa u otro se vieran en una situación difícil.

Y como un resguardo y escudo de defensa ante el Sanhedrín judío, su propietario había mandado colocar en el frontispicio de dicho palacio estas frases latinas que era la lengua de Roma: *"Nolo bellum sed pacen"* que traducida al castellano dice: "No quiero guerra sino paz". Y el nombre en grandes letras doradas sobre fondo de ébano: *Quintus Arrias.*

Y en el pórtico de entrada en una placa de cobre, estas otras: "Quisquís es hoc adis justa ac si trater meus, esset", que traducidas dicen: "Ven acá quien quiera que seas lo mismo que si fueras hermano mío". Y otra vez él nombre: *Quintus Arrius.*

Y los nobles ex-esclavos se sabían con la fuerza necesaria para sostener en todo momento lo que esas inscripciones significaban en aquella gran casa encomendada a su custodia.

Hechas estas aclaraciones respecto de los cinco hombres que habían desembarcado en Alejandría y de los cuales allí quedaban Matheo, Zebeo, Eleacín y Shipro, seguiremos pasados dos días al velero "Albatros", de la flota marina administrada por nuestro viejo amigo Simónides.

El final de la ruta sería la ciudad puerto del país de Barca en cuya capital Cirene les esperaría el Chej-Buya-ben con una lucida escolta de lanceros, tal como correspondía a su hijo el Hach-ben-Faqui, a quien la Reina Selene había ascendido a primer ministro de su gobierno.

Situada Cirene en la parte más elevada de aquella cabeza enorme de gigante que avanza sobre el mar, o sea muy próxima a lo que es hoy *Derna* uno de los mejores puertos de aquella región, goza de tan hermosos panoramas, que para nuestros viajeros acostumbrados a los pobres puertos de Palestina, aquello debía resultar de una magnificencia extraordinaria.

Entramos con el lector a la opulenta Alejandría de las palmeras y los obeliscos, de los Templos enormes llenos de silencio y de penumbras donde los austeros hierofantes se deslizan como sombras mudas, con pasos que no hacen ruido.

Zebeo y Matheo se inclinaban a explorar esos sitios de historia milenaria, de igual manera que las Escuelas de Filón, la una en el centro de la gran Capital y la otra entre las palmeras y los platanares del Lago Mariotis.

Saben ellos de cierto que no encontrarán bajo aquellas naves que han soportado el peso de muchos siglos, nada más grande, más bello y puro que la que bebieron del corazón del Divino Maestro; pero es verdad también

que para los espíritus inclinados a la investigación, al descubrimiento de bellezas más y más grandiosas que el Divino Conocimiento puede aportar a su insaciable archivo es casi una necesidad el remover ruinas y escombros de un lejano pasado para descubrir las borrosas huellas de la inteligencia humana abriéndose paso con inauditos esfuerzos hacia un futuro ignorado para lo cual le sirve acaso dé poderoso impulso él bagaje recogido entre las ruinas de un pasado remoto.

Dejémosles pues, buscar, observar, inquirir, averiguar, y cuando cada uno de los discípulos de Jhasua haya llenado hasta el borde su ánfora interna les volveremos a encontrar.

El más humilde de los viajeros interesa a nuestro lector amigo y seguiremos sus pasos, antes que a los demás: Shipro el ex-esclavo el que Jhasua de 20 años consoló en el desierto, en el valle de las Pirámides... en "una noche de luna que abrillantaba las arenas de las orillas del Nilo y hacía proyectar sobre ella la sombra oscura de las tiendas.,

Vemos a Shipro, hombre ya de treinta y tres años que ha desembarcado en el puerto de Alejandría, y llevando su pequeño equipaje a la casa de Filón, vuelve al *Albatros* anclado allí por dos días para ayudar a desembarcar a la familia de su amo que es como su propia familia, y a su anciana madre la Amram fiel que no ha querido aceptar su carta de manumisión, y que solo pide servir a su señora hasta el último día de su vida.

Y en sillas de manos o literas descubiertas, alquiladas en el puerto, entre él y Faqui las llevaron a un alegre recorrido por los sitios más pintorescos de la ciudad de Ptolomeo.

Entre el laberinto de obeliscos, de monumentos, templos y jardines encuentran hermosos kioscos de venta de frutas deliciosas y delicados manjares propios de la región. Y en. un ameno compañerismo como solo en los viajes es posible encontrar, se sientan en plena avenida de Alejandro Magno, ante las clásicas mesillas griegas rodantes a comer las incitantes viandas y frutas que les ofrece una mujer originaria de Tebas que, aparte de los mejores dátiles, y las más llamativas pastas de huevos de avestruz entre dorado almíbar, tiene hermosos ejemplares de los grandes y perfumados lotos de Tebas cuyas relucientes hojas sirven de abanico a las señoras excursionistas y dan sombra suave y fresca a lo más hermoso que los viajeros encontraron en la pintoresca tienda de la vendedora de Tebas, Era su hija, jovencita de 17 años que cuando se acercaban clientes a la tienda de su madre, ejecutaba dulces melodías en su pequeña guzla de ébano y marfil para amenizar la comida de los que favorecían su pequeño comercio, mientras varios tordos de reluciente plumón negro con pecho de oro, la acompañaban desde su jaula con sus maravillosos gorjeos. (1)

Aquella linda criatura cuya dulce fisonomía se confundía con el blanco mate de los lotos que casi la cubrían, era ciega, pero sus ojos de un castaño claro como sus cabellos aparecían limpios y brillantes, a pesar de no percibir nada del mundo que la rodeaba.

Noemí fue la primera en sentirse atraída hacia la dulce cieguita con quien de inmediato entabló conversación."

Supo que se llamaba Ninofre, que había quedado ciega por efecto de la caída a un precipicio, lo cual casi le costó la vida; su padre había muerto tres años hacía, y sola con su madre, la ayudaba con la atracción de su música a ganar para ambas el sustento diario. Vivían en el 'establo de un palacio en ruinas, en un suburbio de Alejandría, en el cual se cobijaban muchos que como ellas se sentían abandonados a sus propias fuerzas.

El ingenio y el hábito de una vida mejor les habían dado fuerzas para transformar el establo de adobe y madera, en una limpia y confortable habitación en la cual nadie les había molestado en los tres años que llevaban de habitarlo.

Noemí, piadosa de corazón como la conoce el lector, quiso ver aquella pobre vivienda, y cuando llegó la hora de cerrar la tiendecilla del kiosco, la cieguita misma les sirvió de guía mientras su madre recogía los enseres y guardaba todo bajo llave.

Caminaron unos doscientos pasos por la avenida de Alejandro basta llegar a una gran balaustrada de mármol que cerraba los jardines de una mansión señorial. La cieguita palpó el grueso pilar esquinero y dobló por la callejuela que en el se abría y al término de la cual estaba la imponente mole del palacio en ruinas sobre la cual había innumerables leyendas de un pasado nebuloso y de trágicos recuerdos. Pero para los desamparados y huérfanos, todo eso es de segundo término, basta tener un techo que los cobije de la intemperie.

Faqui y Shipro seguían de buena voluntad a la piadosa Noemí, que recordando lo que el Hombre Santo hizo por ellas en la terrible hora de sus angustias no podía ver el dolor de los demás sin que su corazón la forzara a remediarlos.

La madre de la cieguita cuyo nombre era Thames, no sabía como atender y obsequiar a las distinguidas damas que honraban con su presencia su mísera vivienda en la cual el único lujo estaba en la limpieza y en las exuberantes plantas de lotos, de begonias y gardenias, que cual lacias colgaduras de esmeralda, embellecían

www.formarse.com.ar

todos los rincones. Y la linda cieguita, la dulce Ninofra, iba recogiendo a tientas las flores bien abiertas, los capullos prematuros para ofrecerlos a las visitantes, mientras Noemí abstraída en sí misma oraba sin palabras: "¡Señor Dios de mis padres!... ¡Mesías ungido de Jehová!... ¡haced que .me sea concedida la dicha inefable de hacer felices a estas criaturas vuestras!...

Y se lo concedió la Bondad Divina, seguramente por intermedio del Hombre del Amor, de la Esperanza y de la Paz, Jhasua de Nazareth.

Parecióle oír que en el fondo de su alma resonaba la dulce voz de Jhasua diciéndole una de sus habituales frases: "Espera y confía, que la hora de Dios llega para todo el que con fe la pide".

Cuando las visitantes quisieron retirarse, Thames y Ninofra las acompañaron hasta el barco sobre cuya cubierta los niñitos de Thirza jugaban alegremente bajo la vigilancia de su aya.

Noemí obsequió a la madre y a la hija con un pequeño bolso de seda que contenía monedas de oro y plata como para sustentarlas un año y les prometió en nombre de Dios que no las olvidaría nunca.

Y al caer de esa misma tarde, Eliacín y Shipro se despidieron de la familia que debía continuar viaje a Cirene y se encaminaron como distraídamente hacia extramuros de la populosa capital. Las amarillentas arenas del valle de las Pirámides comenzaban al pié mismo de las imponentes murallas.

Y en el alma buena y sencilla de aquellos dos hombres comenzó a levantarse como una bruma lejana el recuerdo de otros días, de otro tiempo... de 14 años atrás cuando un doncel rubio de claros ojos, de túnica blanca y manto azulado, les prendía el alma de su adorable persona hasta el punto de no poder explicarse ellos mismos la irresistible fascinación. Y en silencio seguían caminando. La noche descendía sobre las tibias arenas del Nilo, murmuraba canciones como un suave romperse de cristales cuando los remos de algún bo-telero castigaban sus aguas, la claridad de la luna diseñaba en sombras sus dos siluetas sobre la arena, y ellos no detenían la lenta marcha silenciosa.

(1. Es el ave que en los países orientales se conoce por "rey del bosque")

— ¡Era aquí! —dijeron los dos al mismo tiempo.

— ¡Sí, era aquí! —añadió Shipro con la voz temblorosa por la intensa emoción que lo sacudía fuertemente.

Y sin poderse contener cayó de rodillas y doblando su esbelto cuerpo, hundió su frente en la arena.

Un profundo sollozar agitaba dolorosamente aquel cuerpo doblado sobre la arena, mientras Eliacín le miraba con sus ojos húmedos de llanto que no dejaba correr.

El no conocía ni nunca supo la escena aquella de Jhasua y Shipro que lloraba abrazado al cuello de su camello, pero comprendía muy bien que la emoción de su sobrino tenía por única causa el recuerdo imborrable del Profeta Nazareno que 14 años atrás y en una noche como esa había abierto la tienda del Príncipe Melchor donde El se cobijaría; que sobre ese mudo mar de amarillenta arena, había El paseado silenciosamente en una noche de insomnio, dejando flotar sus pensamientos como alas de luz que subían y bajaban desde las tibias arenas a la azul inmensidad infinita.

De pronto vio a Shipro levantarse y mirar con azoramiento hacia atrás, tal como si hubiera sentido que una invisible mano lo alzaba del suelo.

— ¡Qué alucinación la mía! exclamó. ¡Creí que el mismo Príncipe de David, me mandaba levantar!...

— ¡Cuan lejos está de nosotros! dijo Eliacín. Y tú siempre niño sentimental te das a alimentar ilusiones que nunca pueden llegar a la realidad. Ya has pasado de las tres decenas de años y debes pensar seriamente en el porvenir.

Tu madre no vivirá siempre, ni tampoco yo, y cuando no tenemos ya la atadura de seda de unos amos. ¿Qué harás de tu vida solitaria en adelante?

— ¿Acaso no estamos destinados a cuidar y conservar el palacio de Ithamar en Jerusalén? Allí es nuestra casa —respondió Shipro.

Hubo un silencio de meditación en que ambos interlocutores huían de mirarse el uno al otro. Un mismo pensamiento se les había clavado en la mente, pero ninguno tenía el valor de expresarlo con palabras,

Era el recuerdo y la imagen de la dulce cieguita del kiosco de Alejandría tocando la guzla y de su madre Thames que la contemplaba con tristeza y con amor. ¿Por qué les venía como un rayo de luz aquel pensamiento? ¿Quién diseñó en esos momentos en su horizonte mental aquellas dulces y a la vez austeras imágenes?

Y Shipro, de gran imaginación y de viva sensibilidad, seguía recordando escenas emotivas y tiernas en que el Príncipe de David, como él llamaba a Jhasua había actuado como un arcángel de amor y de luz reuniendo corazones y vidas... Allá en Antioquía donde vio celebrar en el suntuoso comedor de un palacio de Ephifanes

www.formarse.com.ar

convertido en la hospedería "Buena Esperanza" los esponsales del Príncipe Judá con Nebai; del Hach-ben-Faqui con la amita Thirza. Saliendo de pronto de su meditación silenciosa y como si hablara embelesado con alguien que sólo él veía, clamó con una voz que lloraba:

— ¡También para mí tienes señor, rosas y mirtos de Antioquía!... también has encontrado un amor para mí!...

— ¿Qué estás diciendo Shipro y con quién hablas si no es conmigo?

— ¡Yo solo me entiendo tío Eliacín! ¡Acabo de pensar en que debo pedir a Thames la mano de su hija Ninofra para compañera mía!

— ¡Pero hijo mío... esa pobre cieguita!...

— ¿Y qué hay? Desde que El subió a los cielos yo estoy llorando mi soledad y no encontré nunca nada que pudiera suavizarla hasta este momento en que parece que este lugar, estas arenas mudas, este rumor del rió, la sombra de las pirámides, hubiera traído de nuevo aquí mismo al Príncipe de David que contesta a mis amargas quejas con la imagen de la dulce niña ciega, sola y desamparada en la vida! ¿No estás de acuerdo tío Eliacín?

— ¡Shipro...Shipro!... —la vida es larga y es dura para vivirla en soledad. Si ese es el único camino que has encontrado para defenderte de la soledad... échate a andar por él, y que Dios sea contigo.

Ya adivinará el lector la feliz terminación de este romance iniciado en la soledad de una noche en el desierto del valle de las Pirámides, entre las arenas silenciosas plateadas por la luna y la nostalgia de amor dé un joven que fue un doliente esclavo y que en la plenitud de su vida pedía a los cielos un mendrugo de dicha y de amor para su vida humillada y solitaria.

Las bodas de Shipro con la dulce cieguita Ninofra las bendijo el anciano Príncipe Melchor en el gran recinto de oración que Filón había instalado en su propia morada anexa al Museo y Biblioteca de Alejandría. Y cumplido el plazo concedido por el Príncipe Judá, tío y sobrino con su esposa y Thames su madre, regresaron a Jerusalén donde la frase aquella grabada en bronce por el Príncipe Judá en el pórtico de su palacio, adquiría resplandores de claridad divina: "Ven acá, quien quiera que seas, lo mismo que si fueras un hermano mío"...

¿Quién sino el divino amor de Jhasua podía decir esas frases al oído ¿aquellas dos mujeres abandonadas a sus propias fuerzas?... - Las palabras del Hijo de Dios dirigidas a una doliente muchedumbre desde una colina galilea se cumplían uña vez más. "Si amáis a vuestro Padre Celestial y camináis por su Ley, de los guijarros del camino sacará el pan si fáltese en vuestra mesa".

Sigamos a Hach-ben-Faqui dos días más tarde hasta Cirene donde según ya dijimos le esperaría el Chej-Buya-ben, su padre y una escolta de Lanceros, de aquellos mismos que un año antes estuvieron en Palestina para subir al Trono de David y Salomón al Profeta Nazareno que quiso ir a la muerte para, sellar con su sangre la doctrina del amor fraterno que había predicado con su verbo de fuego y con sus obras maravillosas.

La capital del país de Barca o Cirenaica era en aquel tiempo una ciudad pequeña y pobre en monumentos comparada con Alejandría, que los viajeros acababan de visitar; pero la exuberancia de la vegetación que corona sus montañas y dan sombra suave a sus honduras y valles, suple en gran parte la escasez de: monumentos grandiosos, obra del hombre. Las casitas blancas escalonadas en montañas y colinas hasta perderse de vista a lo lejos daban risueño aspecto a Cirene, que por entonces era la ciudad-puerto de la brava raza Tuhareg y la puerta digámoslo así, por donde esa nación perdida entre las arenas del gran desierto de Sahara se comunica con el mundo exterior.

Todo su poderío estaba concentrado en el Desierto. Más allá de la me-seta de Cirenaica nadie sabía lo que había entre el impenetrable laberinto de rocas gigantescas que se levantan entre las ondulantes dunas como ciclópeos monumentos que una raza de gigantes hubiera levantado al solo capricho de su voluntad y por arte de magia. Ya eran promontorios negros cortados a pico como si fueran recortes de un misterioso templo abandonado o de fortalezas erigidas en la noche de los tiempos, y que cataclismos desconocidos por la historia, los hubiera resquebrajado sin conseguir destruirles por completo.

Para los que contemplamos estos panoramas desde otro punto de vista y con otros lentes, la imaginación nos lleva de inmediato a las lejanas edades prehistóricas?, cuando el continente africano aún no había emergido por completo del seno de mares ilimitados, en cuyas profundidades se gestaron aquellas- moles gigantescas que miles de años después formarían el anchuroso e impenetrable Sahara donde se refugiaron los sobrevivientes de la destrucción de Cartago.

En estas ásperas regiones de arenales interminables y de ciclópeos peñascales, pretendía el Hach-ben-Faqui sembrar los místicos rosales de amor de Jhasua a quien él llamaba *lirio de Jerica.*

www.formarse.com.ar

¿Qué maravillosos prodigios debería realizar el amor de los que quisieron empuñar el arado para abrir los primeros surcos?

¿Con qué contaba Faqui para realizar esa obra estupenda?

Soñaba sin duda con que la Hija del Sol, la mujer blanca y rubia de vestido azul aparecida sobre el peñón de Corta-agua en edades que el tiempo había borrado de la memoria de los hombres, volvería sin duda a su llamado para plasmar en las arenas y en los peñascos de esa tierra el sueño genial del Profeta Nazareno: el amor fraterno que hará la dicha' de la humanidad.

Y la mujer de túnica azul, Solania la Matriarca de Corta-Agua se acercó a Faqui, instrumento de la Eterna Ley de esa hora para la iluminación del Continente Africano. Y los místicos rosales del Cristo fueron sembrados y cultivados hasta su florescencia maravillosa, entre las arenas interminables y los monstruosos peñascos que formaban aquel impenetrable laberinto de rocas.

Apenas llegado el Hach-ben-Faqui a su tierra natal, contemplando desde la terraza de su casa-fortaleza la vasta extensión del desierto que se extendía al pie de la meseta roqueña en que se asienta Cirene, en un suave y dulce anochecer, se sintió como transportado fuera de su cuerpo á un sereno ambiente que trascendía a cielos de amor y de claridad deslumbrantes.

Le pareció que soñaba y que su sueño estaba iluminado por dos presencias ultra estelares, supraterrenas; Jhasua de Nazareth y Solania... La Hija del Sol, como los Tuareghs la llamaban y ambos en el desierto y los peñascos, y ante sí veía un arado negro de hierro y un voluminoso saco de semillas prontas para la siembra.

Cuando salió de su meditación, ¡quién sabe cuánto tiempo había pasado! la luna estaba en el cenit y su luz diseñaba claramente la amarillenta sábana del desierto sin fin, salpicada de puntos negros como fantasmas tétricos con el capuchón calado.

Eran los peñascales monstruosos que en las futuras edades servirían de refugios y fortalezas donde los primeros ermitaños de Cristo se esconderían de los lobos voraces que despedazando cuerpos y segando vidas, creían matar la idea divina de Cristo: la igualdad, la fraternidad, el amor sobre todas las cosas de la tierra.

Algo más encontró Faqui al despertarse de su sueño: a su hijita Selene que le seguía a todas partes y que no quiso dormir sin dar a su padre el beso de la noche. Y habiéndole encontrado tendido a medias en un canapé en el kiosco de la terraza, se tendió a sus pies y se quedó dormida.

—He aquí la primera conquista —dijo Faqui a media voz—, al ver a la niña.

Y ella sin despertarse le contestó: —Sí, la primera que abrirá la puerta de un Templo cristiano y formará discípulos capaces de morir por la fe de Cristo.

Faqui se arrodilló ante el canapé y le tomó las manitas que estaban muy frías.

— ¡Selene! —le dijo muy bajito, casi en un susurro— ¿Quién te hace hablar así?

—Esos dos que viste en tus sueños. ¿Tú que sentiste sobre tu espalda el peso de la cruz de Cristo, no tendrás la fuerza para soportar la carga del sembrador entre las arenas y los peñascos?

—El príncipe africano abrazó llorando a su hija mientras le decía suavemente al oído:

—Sí Selene, tendré fuerzas... mucha fuerza porque tú, ángel mío, irás guiando mi arado.

La niña se despertó y ambos bajaron al primer piso, donde estaban las alcobas,. Después de dejar a Selene en su lecho, Faqui continuó su paseo solitario por la galería, cuyos arcos bajos y gruesos pilares cortaban con anchas franjas de sombra el pavimento de blancas losas. No podía apartar de su mente la visión de su sueño. Y el sueño había huido de sus ojos y viendo luz en c! pabellón que ocupaba su padre, se dirigió hacia allá.

Le encontró sentado ante la enorme mesa de su despacho en la que tenía extendidos algunos mapas en los cuales, hacía señales con un punzón.

—Vienes a punto hijo, para darme luz, tú que vienes de ver al que trajo la luz a este mundo —le dijo Buyaben.

— ¿Qué pasa? —preguntó Faqui inclinándose sobre los mapas que su padre revisaba

—Tengo aviso que una caravana de Nubios de la tercera Catarata, avanza sobre el desierto, después de una sangrienta riña entre varias tribus que se disputan la supremacía de esa región.

La tribu vencida es la que avanza hacia nosotros. Son de Dongola y traen un buen contingente de lanceros y abundante rebaño, por lo cual es de suponer que pensarán acampar junto al Oasis de Cufra, pues que no hay otro lugar de agua para beber.

Faqui miraba y callaba.

— ¿Nada dices tú? —le preguntó su padre viendo que el silencio se prolongaba.

—Pienso —dijo Faqui— en que para llegar al Oasis de Cufra, deben pasar por nuestra zona de unión en el Desierto de Sahara. ¿No es así?

—Justamente.

-—Y piensas mandar un escuadrón de nuestros lanceros para que les impidan la entrada.

—No un escuadrón: diez escuadrones y otros tantos de arqueros —respondió enérgicamente Buya-ben levantándose nervioso ante la pasividad de su hijo que parecía no dar mayor importancia al asunto.

— ¡Padre!... ¿Irás tú al mando de ellos?

—Si tú no quieres ir, iré yo. Sabes que la nación Tuaregh ha confiado a nosotros la vigilancia de la entrada al Desierto, que es la única patria que nos ha quedado y el Oasis de *Cufra* es la segunda puerta de entrada. La primera, *Audjila,* está bien guardada, pero la de Cufra está casi desguarnecida, pues estando tan adentro, no se esperaba invasión de los vecinos. Es urgente proceder.

—Iré yo al mando de las tropas —dijo sencillamente Faqui. ¿Cuándo hay que salir?

—Mañana al salir el sol.

—Estaré listo. Creo que puedes descansar en mí. No quedarás descontento.

—Gracias hijo. Nuestros jefes confían más en tí que eres joven, que en mí que ya me blanquea la cabeza. Y ellos esperan que tú irás al frente. Todo está preparado para el amanecer.

—Bien padre. Hasta la vuelta.

— No hijo; hasta luego, porque yo les despediré en los cuarteles.

—Hasta luego padre —respondió Faqui saliendo de la habitación.

—Creí que su corazón se había vuelto de miel con el acercamiento al Príncipe de David —murmuró. ¡Jhasua, Jhasua!... ¡Los lobos te devoraron porque eras un vaso de miel!... ¡Los lobos precisan la flecha, el hacha y la lanza, parque si sangre quieren beberán la suya propia!... ¡Arcángel de Ama-nai!... ¡Hija del sol, invencible como las rocas de nuestro desierto!... ¡Sed con mi hijo para exterminar a todos los lobos de la faz de la tierra!

Y exhalando un gran suspiro Buya-ben apagó los cirios de su despacho y entró a su alcoba de reposo.

Faqui penetró en la suya y sin desvestirse se tiró en su diván.

Sentía la suave respiración de Thirza y de sus hijitos dormidos. Ellos ignoraban que a la madrugada siguiente él saldría rumbo al desierto a marcha forzada al frente de veinte escuadrones de arqueros y lanceros a enfrentarse con otros tantos guerreros, que sin pedir licencia de pasaje pretendían penetrar en sus dominios de arenales y de peñascos. Eso solo habían dejado a los Tuareghs los invasores de la civilizada Europa, y hasta eso les disputaban hombres de su propio continente. Pero este pensamiento, no alteró la tranquilidad de Faqui.

Pensó en el sueño que había tenido esa misma noche y le pareció que aquél negro arado de hierro y aquel gran saco de simiente era un presagio del trabajo que debía realizar dentro de pocos días.

De Cirene al Oasis de Audjila, tenía cinco días de marcha y de allí a Cufra, siete días más. Dentro de doce días estaría frente a las tribus dongolesas que expulsadas de su tierra nativa, en las cataratas del Nilo, pretendía establecer sus tiendas en los dominios Thuaregs.

Y no obstante la tenacidad dura de estos pensamientos, Faqui se quedó dormido.

Y la visión cíe la primera hora de esa noche volvió a presentársele, aunque con detalles diferentes. Vio de nuevo a Jhasua de Nazareth tal como le vio a la orilla del Mar de Galilea cuando se despidió de todos para entregarse al seno del Infinito, al Reino de Dios.

Estaba de pie con la mano luminosa puesta sobre el negro arado de hierro, mientras la mujer blanca y rubia del vestido azul tenía en su diestra una antorcha de dorada luz y ambos en actitud de emprender la marcha.

Y Faqui comprendió que le decían: —"Vamos contigo".

Se despertó y de un salto se puso en pie porque la gran claridad le anunciaba ya muy entrado el día. Pero era sólo el reflejo de su sueño... el resplandor dejado en el subconsciente por la antorcha de Solania, pues aún la noche luchaba con los primeros albores de la madrugada.

Apresuradamente vistió su ropa de campaña y mirando un momento a los suyos que dormían, salió sin hacer ruido hacia los cuarteles. En el trayecto encontró a su padre que con sus dos más fieles asistentes, caminaba también hacia los cuarteles.

www.formarse.com.ar

Los guerreros en alegres corrillos, comían apresuradamente junto a las hogueras y Faqui compartió con ellos el sustancioso desayuno: carneros asados y huevos de avestruz cocidos al rescoldo, con buen vino de Creta que el viejo Buya-ben reservaba para estas ocasiones culminantes, en que según él =e jugaba la vida de lalación y de la patria.

Y comenzó la partida de dromedarios y camellos cargados con pan y carnes saladas, quesos y frutas secas lo bastante hasta llegar a Audjila y Tai-serbo únicos sitios en que podían renovar la provisión.

Faqui, los asistentes y oficiales hacían las travesías en caballos de Arabia pequeños, veloces y resistentes, y el resto de la tropa en muías, asnos y camellos, según el rol que desempeñaban en la campaña.

— ¡Hijo mío! —le dijo Buya-ben a Faqui al abrazarle en el gran portalón de la Fortaleza. No sé si te mando a la muerte o a la vida, pero sé de cierto que te mando a la gloria. A tu ingenio están confiadas las puertas de nuestra patria: el desierto. ¡Si sabes guardarlas, Amanai, la Reina y la Nación te cubrirán de gloria!

¡Que Amanai sea contigo!

Faqui sin hablar, besó la frente de su padre y saltó sobre su caballo, que salió a carrera tendida por el camino del sur.

Muchos siglos; antes, la Maga de los cielos, la Luz Divina, había recogido esa misma visión, pero arrancando desde las murallas que rodeaban el Santuario de Mujeres Kobdas en Neghadá sobre el Delta del Nilo. Muchos siglos separarán esos dos escenarios pero el personaje central era el mismo Marvan, .caudillo de Artinón y Faqui, de Cirene.

— ¡Oh! la divina Psiquis, eterna viviente, ante quien resbalan los siglos como bolillas de cristal que dejan en ella apenas un leve rastro, tal como las arenas dH desierto en la Esfinge de Giseh.

Cuando calculó Faqui que ya no se percibían los torreones de la fortaleza donde quedaba su nido hogareño, detuvo la marcha de su caballo y se apeó para tomar un breve descanso. Los dos asistentes de su padre le doblaban la edad y comprendían el esfuerzo de aquel joven muchacho para dejar cuanto de halagüeño tenía en su vida y lanzarse a una peligrosa campaña en pleno desierto. Se extrañaban grandemente de verlo alegre y confiado.

— ¿Tienes el augurio de triunfo? —le preguntaban.

—Sí, y el más completo que puedo tener en mi vida —contestaba él.

Al llegar a la montaña de Djarabu rica en cacería los arqueros hicieron buena provisión de cabras salvajes, codornices y gallinetas, y ya no debían detenerse sino para comer y dormir hasta el Oasis de Audjila, uno de los más grandes y hermosos a la entrada del desierto. Era la primera puerta donde una buena guarnición ocupaba el fortín.

Allí tuvieron la noticia de que las tribus nómadas estaban acampadas a la altura de la segunda Catarata, a cuarenta millas al sudeste de Cebabo, población situada al sur del oasis de Cufra, formada por elementos dispersos de varias razas y tribus. Dicha población era amiga de los Thuaregs que la defendían de posibles agresiones de los vecinos, y que vivían de la cacería en las montañas vecinas. Continuaron la marcha hacia el sur seis días más hasta Cufra.

Encontraron que una tercera parte de la población estaba atacada de una epidemia que allí le llamaban cólico negro, y que seguramente provenía de ingerir carnes de animales salvajes mal condimentadas o en estado de descomposición.

Faqui recordó en el acto su estadía con Judá al otro lado del Jordán, donde se albergaban los fugitivos de Judea. y pensó como entonces había pensado: "Si estuviera aquí Jhasua, el hijo de Dios, qué maravillas obraría entre estos infelices que se van muriendo uno a uno sin que nadie detenga su mal". Y se sentó sobre una piedra y apoyó la cabeza entre sus manos. De pronto percibió esta idea, que parecía tener alma y voz: — *¡Cúrales tú, que bien puedes hacerlo en nombre mío!* Se levantó prontamente y miró a su alrededor. No vio a nadie, pero una aleada poderosa de amor lo hizo estremecer en una conmoción profunda, hasta el punto de que abundantes lágrimas corrían de sus ojos.

—"El está aquí —pensó— y me dará el poder de salvar, a todos estos infelices".

Y sin detenerse un momento más, mandó llenar odres y cántaros con agua del oasis y ayudado por sus guerreros fue haciéndoles beber a todos los atacados de la epidemia a los cuales decía: -“Ha bajado a la tierra que acabo de visitar un arcángel de Amanai que alivia todos los males. Creed en él y amadle, y yo os juro por Amanai que seréis todos curados". Al siguiente día los enfermos no se quejaban de dolor alguno y la salud volvía la alegría a todos los corazones.

Los guerreros de Faqui estaban tan maravillados como los pobladores de Cebabo y decían:

—"Este hijo de Buya-ben aprendió la sabiduría de un antiguo rey de Palestina que se llamó Salomón, que fue amado por la más grande reina del África, Sabá, la heroica".

Los más íntimos, o sea los oficiales Thuaregs, decían a su vez: "¡Qué necesitamos nosotros de la sabiduría de un rey extranjero si tenemos la Hija del sol que convirtió en Oasis los peñascos del desierto!" Sólo Faqui callaba, porque era el único que sabía la verdad: El amor del Cristo, hijo de Dios, se extiende lo mismo en las doradas ciudades que en las míseras aldeas, y ha visitado Cebabo con su piedad infinita y les ha salvado a todos porque ha comenzado la siembra en los peñascales del desierto.

Todos querían saber cómo deberían hacer para establecer relaciones con .ese arcángel de Amanai que tan piadoso se mostraba con ellos. Y Faqui tuvo la idea feliz de colocar en el mismo Oasis de Cufra una gran piedra plana sobre dos soportes de granito, a la sombra de la más grande palmera cercana a la fuente de dulces aguas. Y con dos troncos de árboles formó una cruz recordatoria del sacrificio de amor que el Salvador de los oprimidos había ofrecido a Amanai en defensa de la fraternidad entre los hombres. Y dijo a la población: "Aquí vendréis a resolver vuestras cuestiones sin sangre, a elegir vuestros jefes y a orar para que vuestros muertos entren en la luz de Amanai. A ese precio pagáis el beneficio de la salud y la vida que acabáis de recibir".

Había llegado Faqui al término de su viaje y el Oasis de Cufra se pobló de tiendas, de lanzas, de mástiles en que ondeaban gloriosamente las banderas de los veinte escuadrones de caballería que le seguían. Tres días y tres noches llevaban entre los ardientes arenales y los peñascos mudos cuando uno de los centinelas avanzados llegó con la noticia de que las tribus dongolesas ya se habían puesto en marcha hacia el oeste y que una delegación de ellas se acercaba a toda carrera levantando nubes de arena.

Faqui dio las órdenes del caso y sus dos mil guerreros formaron como una muralla viva al pie del laberinto de peñascos que marcaban el lindero a media milla al este del Oasis de Cufra. Faqui, como una estatua de bronce, envuelto en su manto azul esperaba sentado bajo su dosel de campaña. Su pensamiento rememoraba sus sueños de aquella última noche en Cirene y pensaba sin palabras: "Jhasua, hijo de Dios, has grabado a fuego en mi corazón tu mandato "No matarás". Acabas de devolver la vida a los apestados de Cebabo para enseñarme lo que valen las vidas humanas. ¿Cómo pues los acontecimientos me ponen en el casso de cortar vidas humanas por unos estadios de arenas y peñascos? Ante este terrible dilema juro Jhasua, que haré como tú: me entregaré a la muerte antes de ordenar la muerte para esos millares de seres que corren hacia mí."

Y su serenidad se hizo mas profunda. El mismo llegó a creerse que se había convertido en un peñasco como esos que le rodeaban.

Que se acercan..., que ya se les distingue claro, que ya se les puede notar —le decían inquietos y bravíos los jefes de escuadrón—. Ordena cargar, por Amanai, que si no, nos arrollarán.

—Dejadles llegar— decía Faqui tranquilamente.

Cuando estaban a trescientas brazas, vieron que la delegación delantera levantaba banderas blancas que ei viento del desierto agitaba como cien oriflamas. Entonces Faqui arrojó la lanza en que estaba apoyado y sin pensar que le rodeaban muchos centenares de hombres, cayó de rodillas sobre, la arena y levantando al cielo sus brazos exclamó con la voz estremecida por la emoción:

— ¡Jhasua, hijo de Dios! _ ¡Acabas de salvarme la vida que te había ofrecido por cumplir tu mandato soberano y eterno: *No matarás!*

Y sobreponiéndose a la profunda emoción que le embargaba, mandó levantar también bandera blanca y sentándose nuevamente bajo su dosel esperó.

Venia el Sfaz mayor de las tribus con un centenar de guerreros y precedido de seis hombres trayendo un cofre de piedra blanca que pusieron en tierra delante de Faqui.

El Sfaz, joven aún se acercó a Faqui y le tocó el pecho con la punta de su lanza. Era el saludo de amistad

Faqui le tendió sus dos manos y el apuesto guerrero dongolés se las besó con entusiasmo, diciéndole en su lengua nativa:

—*Soy tu hermano.*

A Faqui se le llenaron los ojos de lágrimas y le contestó también:

—Soy tu hermano.

Todas las panzas cayeron a tierra y los dos Jefes deliberaron.

El dongolés abrió el cofre de piedra y Faqui y sus oficiales vieron con asombro que estaba lleno de barras de oro y de piedras preciosas que brillaban como ojillos inquietos a la luz radiante del sol.

www.formarse.com.ar

—Es nuestro homenaje para ja Reina Selene a la cual pedimos nos acepte como pueblo amigo que Ocupará en el desierto el lugar que ella nos marque En esta piedra firmamos la paz y del fondo del cofre sacó una delgada lámina de mármol y un punzón de hierro y estampó su nombre bajo unas frases que decían:

"Súbditos de la Reina Selene hasta la muerte".

Faqui firmó también y un gran abrazo unió a las dos razas, bajo el sol del Desierto de Sahara.

Sigamos, lector amigo, los pasos de los dos discípulos íntimos del Divino Maestro, Zebeo y Matheo, que quisieron por libre voluntad desenvolver sus actividades en el África Norte

Con el anciano Príncipe Melchor y Filón de Alejandría por guías más inmediatos en el escenario en que se encontraban, podemos pensar que una buena orientación encaminó sus primeros pasos.

Ambos sentían ese deseo incontenible de explorar campos ocultos, desconocidos porque la palabra de fuego de su Maestro les había hecho entrever maravillosos enigmas en el vastísimo campo relacionado con el Infinito y con las almas emanadas de El. ¡Y los países del Nilo eran ese campo!

En las palabras finales pronunciadas al oído por el Maestro la noche de su despedida, después de la última cena en el palacio Henadad, les había dicho a cada uno de ellos dos:

"Yo os acompañaré a abrir surcos y sembrar mi doctrina en la tierra en que nació la Civilización Kobda, donde vosotros y yo la hemos sembrado en aquellas edades. Allí encontraréis los rastros de nuestra propia huella."

Estas palabras que el Maestro les había dicho en secreto cuando iba a entregarse a la muerte, tenían para ellos la fuerza de un mandato supremo, al cual ellos no podían nunca dejar de obedecer.

He ahí porque tenían para ellos irresistible atracción los países que riega el Nilo, los Oasis y las arenas del desierto, la legendaria tierra de los templos como fortalezas y de los mausoleos monumentales que el tiempo ha respetado y millares de siglos se deslizaron sobre ellos sin herirlos, tal como el agua de las lluvias resbala suavemente por un plano inclinado de transparente cristal.

Melchor y Filón sabían bien lo que significa para el discípulo la insinuación de un Maestro como aquél, que al oído, en secreto, y casi al borde de la tumba, les dejaba en recuerdo suyo esa dulce promesa *"Yo os acompañaré a abrir los surcos y sembrar mi doctrina en la tierra en que nació la Civilización Kobda donde vosotros y yo la hemos sembrado en aquellas edades".*

Y así encontraron ellos en ambos maestros el más firme apoyo para cumplir valerosamente la insinuación del Divino Maestro.

Y podemos ver al príncipe Melchor, que llevado en litera porque sus cansados pies se negaban a sostenerle, sirviéndoles de conductor a los milenarios templos de Menfis y Tebas, que ruinosos algunos y medianamente restaurados otros, aun podían ofrecer entre las reminiscencias de pasados esplendores, los misterios y secretos de la más antigua Sabiduría. La misma Sabiduría que alumbró bajo las tiendas movibles a los Patriarcas nómadas allá en la noche remota de los tiempos que fueron, a la vera de los Oasis del desierto, o bajo la sombra de las palmeras, o en la cima de los montes donde levantaban su ara de piedra para quemar incienso de adoración al Altísimo, a la luz del amanecer o al crepúsculo vespertino.

La misma Sabiduría que alumbró las noches meditativas de Moisés el hijo oculto de la princesa Thimetis, en la aurora de su vida misionera de la Verdad, de la Justicia y del Amor.

La misma Sabiduría que muchas edades atrás hizo grabar a Hermes, primer maestro de la Escuela Egipcia, en frases que las piedras han conservado:

"Escuchad en vuestro interior y fijaos en lo infinito del Espacio y del Tiempo. Allí resuena el canto de los Astros, la voz de los Números, la armonía de las Esferas".

La misma Sabiduría que Heno de gloriosa luz la vida de Pitágoras el sabio de Samos que bebiera en los templos de Menfis y de Tebas la divina claridad con que iluminó a Grecia antigua, la desposada de Orfeo y de Apolo en los éxtasis radiantes bajo las naves del Templo de Delfos.

El Árbol Genealógico del Príncipe Melchor lo presentaba a los asombrados ojos de Matheo y de Zebeo como una rama directa del Gran Sacerdote de Menfis, Membra, el que inició a Moisés en los caminos de la Divina Sabiduría. Membra, el Pontífice de Osiris, estuvo unido por amor en su primera juventud con una hermana de Ramsés I, lo cual le hacía tío político de Ramsés II sobre el cual tuvo gran ascendiente. En la larga nómina de progenitores de Melchor aparecía al final este nombre: Phtamer, Hierofante de Menfis, y como hijo único suyo *Melchor Amásis de Heróopolis.* Por la línea materna su genealogía se remontaba más lejos, hasta los lindes nebulosos de la Prehistoria y había una mezcla en su sangre.

www.formarse.com.ar

Descendía de una nieta de Beni-Abad el Kaudillo-Kobda, origen de la civilización de la Arabia de Piedra. Esta descendiente de la dinastía de los Abad del Arab prehistórico se llamaba *Zurima* que tomada como esclava en una invasión de guerreros del Mediodía europeo, fue esposa del príncipe Elhizer de Ethea, descendiente de los Samoyedos del Ponto Euxino, que reinaron en Hissarlik, la opulenta capital de la antigua Troya.

Y al extremo de una ramilla de su árbol genealógico materno aparecía entre un rojo capullo el nombre de su madre, hija tercera de Aramed, rey de Arabia Pétrea.

Del príncipe samoyedo Elhizer, traía Melchor sus ojos de ámbar de dulce mirada que contrastaban con su piel trigueña mate, de viejo papiro antiguo. Era pues descendiente por línea materna de una princesa árabe de la primera dinastía de los Abad y de un príncipe sardo de los Samoyedos fundadores de Hissarlik sobre el archipiélago Egeo. Tenía pues en su naturaleza física la mística profundidad de los hierofantes egipcios, la vehemente emotividad de los árabes y la suave dulzura de los bardos de Hissarlik.

Esta disertación genealógica de Melchor de Heróopolis viene para que el lector pueda comprender cómo podía ser él, un introductor fácil en los antiguos templos de Menfis y Tebas, para nuestros dos humildes discípulos de Jhasua de Nazareth. El había introducido también a Filón cuando supo que éste soñaba con escribir para el mundo futuro la historia de Moisés desde los comienzos de su grandiosa misión de conductor de almas.

¿Dónde podía encontrar la huella luminosa del gran Taumaturgo, del iluminado Legislador sino en los antiguos templos de Menfis y de Tebas donde él se había formado en su faz espiritual?

Y así, en calidad de visitantes, no de aspirantes a novicios, introdujo a Zebeo y a Matheo hasta donde la ley del Templo permitía a los que no tenían la idea de permanecer allí bajo las severas pruebas de los que aspiraban al Sacerdocio.

—Vosotros sois ya sacerdotes del Cristo, triunfador eterno por encima de todas las religiones del más remoto pasado —decíales Melchor mientras descansaban en los primeros pórticos donde una estatua de Isis cubierta por el velo aislador del mundo externo y con el índice sobre los labios, era un símbolo de mármol de la soledad y del silencio, primera prueba que debían aceptar los aspirantes a la iniciación en los misterios de la Antigua Sabiduría.

A pesar de tales palabras, no podía libertar por completo a los visitantes palestinos de la fascinación poderosa que ejercían en su espíritu aquellos templos monumentales, aquellas naves de mármoles enmohecidos por el hálito de los siglos, aquellas columnas gigantescas, al lado de las cuales un hombre parecía una hormiga deslizándose sin ruido y sin que nadie apercibiera su presencia, entre aquellas penumbras silenciosas como si fueran la emanación de tantos bloques de piedra fría y muda que les rodeaba por todas partes.

Grabados en columnas y galerías, hierofantes blancos encapuchados de los cuales no aparecían ni rostros ni manos, símbolo del anulación absoluto y completo; cariátides veladas de ojos cerrados y coronadas de lotos, la flor de la castidad, todo, absolutamente todo les hablaba de silencio, de soledad, de renunciación tan absoluto y profundo que parecía querer llevarles al aniquilamiento, a la nada, a dejar de ser ¡El alma sentía frío, espanto y terror!

Todo tenía allí la rígida serenidad de las Pirámides, el enigma impenetrable de la Esfinge. Un hálito de misterio se cernía por todas partes y algo así como el roce imperceptible de alas que se agitaban en la sombra iba produciendo en ambos visitantes una soledad de agonía, de sepulcro, de muerte. Y Zebeo más joven y más sensitivo se arrodilló a los pies de Melchor sentado en su sitial, y posando la cabeza sobre sus rodillas lloró silenciosamente

— ¡Príncipe Melchor! —le dijo a su vez Matheo—. Esto no es la orilla del Mar de Galilea, ni las grutas del Tabor, ni el Cenáculo de Jhasua en Nazareth... Aquello era la vida glorificada por el amor del Maestro y esto es la muerte. Salgamos de aquí, porque creo que lloraré también como Zebeo ¿Y qué haríais con dos niños llorando?

El anciano príncipe, que había abrazado la cabeza de Zebeo y estrechaba la mano de Matheo, les dijo, lleno de emoción:

—Sabía yo muy bien que esta tremenda impresión recibiríais aquí, pero accedí a vuestro deseo, para que vosotros, misioneros de Jhasua, el Cristo del Amor, de la Esperanza y de la Fraternidad, seáis capaces de comprender la infinita sabiduría de la Ley Divina que da a cada etapa de la Evolución lo que puede asimilar y es adaptable a la humanidad de esa época.

Aquí no está la dulce vibración de Jhasua, el serafín del Séptimo Cielo de los Amadores. Aquí no está la vibración tiernísima del laúd de Myriam cantando salmos como gorjeos de alondras...

En esta espantable grandeza de piedra, templó Moisés su alma de hierro que lo hizo más fuerte que los Faraones, y más duro que la dura cerviz del pueblo de Israel que le sería entregado por la Ley Divina a su salida de este templo.

Y aquí mismo solucionó él los enigmas del Eterno Invisible de cuyo hálito soberano emergieron como átomos vivos todos los mundos que ruedan por el espacio infinito y todos los seres que palpitan y viven en esos mundos que no se pueden contar.

De aquí salió resuelto a escribir su gran libro, el *Libro de los Principios,* que él grabó en jeroglíficos y que a nosotros nos ha llegado con el nombre de *Génesis,* nombre abreviado de aquel original, marcado por él. Conmigo termina el árbol genealógico del Gran Sacerdote *Hembra* porque yo soy su último heredero, que morirá sin herederos, y por eso he depositado bajo la tutela de Filón, en la Biblioteca de Alejandría, todos los papiros de Membra y de otros hierofantes de la familia que llegaron también al supremo Pontificado y tuvieron en sus manos por ley del templo, todos los libros secretos de la más antigua sabiduría, encerrados en el arca de oro que se venera en lo más oculto del Santuario a donde sólo llegan los sacerdotes acompañando al Pontífice, único que puede abrirla. Ya veis pues, hijos míos, hasta qué punto, este ser, montoncito de huesos y piel, que veis aquí a vuestro lado como un manojo de raíces, está al tanto de lo que ha significado hasta hoy para la humanidad de este planeta, este enorme monumento de piedra, menos grande, desde luego, que los secretos del *Eterno Invisible* guardados aquí.

Sabemos que en el largo período Neolítico que abarcó millares de siglos, 'empezó la Divina Sabiduría a levantar la punta de su velo sagrado, porque una que otra águila blanca aparecía volando por encima de las ciénagas, de los pantanos, de las sábanas de hielo que cubrían gran parte de la tierra. Y se llamaron Flámenes en los mares del Sur donde la Lemuria dormía aplastada por una humanidad que poco se diferenciaba de las manadas de enormes monstruos marinos y terrestres que representaban el reino animal de aquel entonces.

¿Quién sino esas escasas águilas blancas volando muy alto podían escuchar la voz queda de la Sabiduría buscando ansiosa una inteligencia en quien depositar sus eternos secretos? Y un Flamen de nombre Pthermes, fugitivo de las aguas bravías del mar que sepultaron la última isla de Lemuria, logró llegar después de largos años de peregrinaje a los picos más altos del Revenzora a cuyo pie duerme nuestro gran río legendario. Encontró otros fugitivos de otras tierras que se hundían bajo las aguas en Occidente. Algunos nombres conservan los papiros de Membra, mi antecesor: Mizraim, Bethemis, Elotes, Paphirus, Ben-Nilo y otros que no recuerdo en este momento. De estos, Mizraim fue el fundador de la raza egipcia porque tomó esposa entre los fugitivos de Occidente y Bethemis, que más tarde, y debido a las traducciones, se transformó en Bethermes primero y Kermes después, fue el recopilador de lo que iban descubriendo en el levantar de su velo la Eterna Sabiduría. Y sobre esas bases se formó la gran Fraternidad Kobda de la Prehistoria; el Verbo de Dios, Jhasua de Nazareth, a sus veinte años, trajo al valle del Nilo la copia de los ochenta rollos de papiro que conservaba en su Archivo de Ribla un Sacerdote de Hornero.

—Todo eso lo conocemos por los solitarios del Santuario del Tabor — respondió Matheo.

Aquella sabiduría es como una dulce y casta virgen que nos sonríe bajo su velo y entrega sus secretos como un niño el globo dorado que lo embelesa. Mas aquí..., ¡Santo cielo! el misterio y la muerte se cierne como una helada llovizna de invierno y es necesario ser de piedra para no desfallecer.

—Cada cosa a su tiempo hijo mío —respondió el anciano príncipe—. En la Edad de Piedra hasta las almas se forjaban en la piedra!...

Vosotros sois los invitados a las bodas del Verbo-Luz con la Reina ciega que ha recibido por fin el don de la vista.

Por eso os espantan estos ciclópeos monumentos de piedra en que los sabios de la antigüedad escondían los grandes y eternos secretos que producían la locura o la muerte a las tiernas vidas que empezaban a latir en las tinieblas de lo desconocido.

Nuestros tres personajes habían atravesado el pórtico exterior del gran templo de Ammon y se hallaban en el dintel de la puerta cerrada de la *Sala Hipóstila,* que era el templo propiamente dicho. El anciano Príncipe y sacerdote consagrado en aquel templo sacó de entre los mantos que lo cubrían un martillo de plata y dio siete golpes sobre un disco de cobre que brillaba entre los decorados y bajo relieves de las molduras que ornamentaban la gigantesca puerta. El disco se abrió para adentro y un rostro grave apareció en él. Miró a Melchor y sin una palabra, descorrió como por un riel una parte de aquella puerta.

El portero vestía ropa talar de burda lana blanca y un turbante púrpura que le formaba marco al rostro y caía por detrás sobre la espalda. Ayudó a Melchor a levantarse de su silla de manos y a subir la grada de entrada.

—Ellos entran conmigo —dijo el anciano tomando las manos de Matheo y Zebeo.

www.formarse.com.ar

Los nubios que conducían la silla quedaron en el pórtico.

Los dos discípulos del dulce Rabí Nazareno se quedaron paralizados de estupor.

Aquellas grandiosas dimensiones sobrepasaban a cuanto ellos habían visto en toda su vida. El Templó de Jerusalén era como un pulcro gabinete dorado. Los palacios de Herodes, en el Monte Sión; el palacio Asmoneo, el Paselum, el Circo, la Naumaquia, el Torreón de Goliat, la Torre Antonia misrna eran casas de muñecas comparadas con aquella estupenda grandeza de piedra.

Aquella sala monumental tenía trescientos cincuenta codos de largo por trescientos de ancho y divididos en tres espacios por dos filas de enormes columnas de setenta codos de altura y treinta de contorno.

Cuando el portero se alejó por la nave central, al término de ella se le veía como un niñito de seis años.

Y paso a paso seguían a Melchor como si fueran contando las lozas del pavimento.

— ¡Quince siglos han corrido desde Moisés hasta aquí! —Dijo el anciano deteniendo sus pases—. Y antes de él, no sabemos cuántos transcurrieron sobre este monumento. ¿Podremos espantarnos ahora de aquel gigante de la Teurgia vencedor del Faraón y conductor de un numeroso pueblo de *dura cerviz,* según sus propias palabras?

¡Oh! genial Moisés, que escribiste la Ley de Dios en páginas de piedra, símbolo eterno de que no se borraría jamás del corazón de los hombres!

Ante aquella formidable evocación, las frentes se doblaron en reverente actitud y parecía que la Meditación, como la Isis de mármol de la entrada al pórtico, ponía también su Índice sobre los labios llamando a silencio.

Por la imaginación de aquellos dos israelitas de pura cepa, cruzaron en procesión fantástica los recuerdos de la historia de Moisés y de sus auténticos libros que los Ancianos del Tabor les habían explicado en los setenta días de retiro a que el Maestro les sometió al comenzar su apostolado. Bajo aquellas naves gigantescas cargadas de silencio y de penumbras bajo aquella estupenda grandeza de piedra, sólo grandes pensamientos cabían y ambos discípulos pensaban al mismo tono.

—"Somos dos hormiguitas imperceptibles que en un sendero ignorado entre el césped, vamos recogiendo estambres caídos de las flores marchitas, pedúnculos tronchados por el viento, tiernos pétalos desprendidos de la corola en que nacieron. ¿Qué podremos hacer nosotros en la senda gloriosa y eterna del Hijo de Dios?".

El anciano Melchor, sensitivo en alto grado y buen sujeto telepático contestó a ese pensamiento:

—Es la hormiga un insecto muy pequeño, pero puede derrumbar un edificio para edificar el suyo propio; puede matar la vida de un árbol cuya raíz perjudica a sus nidales; y es capaz de secar los jardines más primorosos. Y vosotros que tan pequeños os sentís bajo este enorme monumento de piedra podéis como las hormigas abrir senderos largos entre la ignorancia y el egoísmo de la humanidad a los cuales podéis derrumbar y aniquilar con la Verdad y el Amor del Verbo-Luz que os escogió para continuadores de la Obra que apenas deja comenzada.

—Habéis leído en nuestro pensamiento —expresó Matheo asombrado.

—Efectivamente —afirmó Zebeo—. Sólo en nuestro Maestro encontré tan admirable facilidad para captar la onda de un pensamiento. — ¡El lo hacía desde antes de los treinta años y yo he aprendido a hacerlo en el ocaso de mi vida! —contestó el anciano.

Y como siguieran caminando lentamente a lo largo de la nave silenciosa, de pronto preguntó Zebeo:

— ¿Qué hay más allá de aquella puerta de mármol negro?

—La bajada a la Cripta o Cámara de los Misterios —contestó el anciano— a donde hemos descendido todos los que hemos querido hacer el renunciamiento absoluto de nosotros mismos para quedar reducidos a una aspiración al Infinito. Allí bajó también Moisés, joven de treinta y siete años, y durante siete días con sus noches escuchó las voces celestiales con que Aheloín le descubría el secreto de las almas en relación con el Eterno Invisible. De allí salió sabiendo cuál era su misión al frente de aquella raza fundada por Abraham.

— ¿Bajamos? —preguntaron los dos discípulos al mismo tiempo. — ¡No! — Contestó secamente el anciano Melchor—. Vuestro Maestro el Verbo-Luz tampoco bajó a esa Cripta, de oscuridad y de silencio. Para El como para vosotros las voces de lo alto se hacen sentir en la superficie, a la luz del amanecer o del crepúsculo vespertino, en lo alto de los montes o a orillas del mar, en los huertos poblados de flores y de pájaros, de bellezas tiernas y de santos amores... ¿No os he dicho que sois los cortesanos en las bodas del Verbo-Luz con la Reina ciega que comienza a recibir el don de la vista?...

Lo que habéis visto y oído, basta para que abráis con valor vuestra senda en estas tierras que riega el Nilo. Salgamos.

Y el anciano ya fatigado por haber realizado más esfuerzo del que su débil materia podía, se tomó de los brazos de los dos apóstoles del Cristo y a pasos lentos llegaron hasta la puerta.

Allí esperaba como una estatua de piedra blanca con turbante púrpura el portero que les abrió a la llegada.

Melchor le alargó un bolsillo de monedas diciéndole:

—Para los criados que sirven a los ancianos sacerdotes que ya no pueden andar por sus pies.

El acólito portero le besó la mano, y cerró tras ellos sin ruido alguno la enorme puerta de hierro.

Al ver de nuevo la luz dorada del atardecer y sentir la frescura suave de la brisa que venía del rio, el cantar de hoteleros y las risas de las mujeres y los niños en la plaza del mercado que ya levantaban sus tiendas, les pareció que volvían desde el fondo de una tumba o de otro mundo diferente de aquel en que siempre habían vivido.

Acompañaron al anciano a su despacho en el Serapeum que allí tenía, y donde ellos se hospedaban en el pabellón de los extranjeros.

Se sentaron uno frente al otro, sin palabra.

—El silencio y el misterio hicieron presa de nosotros —dijo por fin Matheo.

—Es verdad —contestó Zebeo—. Tengo tal sensación de asombro, casi de espanto, qué hasta temo volverme loco.

—Se cumple la afirmación del Príncipe Melchor: "La locura y la muerte le espera al hombre de nuestro tiempo que quisiera vivir como los hombres de ese remoto pasado que acabamos de entrever de puertas afuera" —arguyó Matheo.

¡OH! nuestro excelso Maestro sabía bien lo que hacía cuando nos llevaba a orar a lo alto de las colinas nazarenas, o a orillas del Mar de Galilea a la luz de la luna en las serenas noches de estío...

— ¡Oh si!... —respondió Zebeo—. Era la oración del amor, de la adoración, de la dulce entrega del alma al abrazo eterno del infinito.

Pocos días después ambos amigos y compañeros de ideales y de escuela, se separaban con un adiós que ellos ignoraban si sería para siempre o para más breve tiempo.

Matheo se unió a una caravana que salió de Alejandría y hacía escala en el oasis de Baharije donde Filón tenía una pequeña posesión o huerto de descanso y que según él, se asemejaba notablemente al panorama de las colinas galileas, con sus palmeras, sus bosques de sicómoros y su lago de dulce agua. Quería respirar un aire semejante al suyo y vivir en medio de la naturaleza, entre árboles y aguas cristalinas, viendo florecer los huertos y cantar los pájaros, sintiendo la vida libre, sana, con luz de sol y brisas de montaña. Llevó rollos de papiro, cartapacios de escribir, manuscritos enormes que le facilitó Filón, y todo cuanto creyó necesario para la vida de asceta que comenzaba con la idea de que allí escucharía las voces celestiales con que algún Aheloín bondadoso orientaría su camino a seguir. Montado sobre un camello y llevando un asno cargado con su equipaje de mantas y papiros, le vemos con las lentes de la Luz astral, camino del sur por el desierto de Libia durante seis días que tardaba la caravana en llegar al Oasis de Baharije a la falda del mismo nombre.

Y al salir de Alejandría pensaba con el llanto en los ojos y el corazón estremecido: Por segunda vez he sentido en mi vida la música divina de su voz que me ha dicho: "¡Matheo!... ¡Déjalo todo, ven y sígueme...!"

Y como un sonámbulo inconsciente, Matheo se dejaba conducir por la mansa bestia cuyo andar lento y silencioso le permitía dejar que la blanca madeja de sus pensamientos continuara desenvolviéndose a lo largo de la senda entre amarillentas arenas...

Zebeo le había despedido en la puerta del sur, llamada *de las Pirámides* porque se abría sobre el valle en que ellas se levantaban como mudos centinelas en el escenario de las Tumbas reales.

Le vio partir sin volver la cabeza atrás con esa decisión inquebrantable del que tiene conciencia de cumplir un deber.

—Es más valiente que yo —murmuró Zebeo a media voz porque hablaba consigo mismo.

¡Maestro!... —exclamó con una voz que sollozaba... — ¡que yo tenga ese valor cuando haya sentido tu voz que me señala el camino!... —Siguió con la vista a Matheo hasta que lo perdió de vista entre la penumbra del amanecer y de la dilatada sábana gris del arenal desierto. Atravesó ya solo la puerta de la ciudad y rápidamente se dirigió a su alojamiento en la casa de Filón anexa a la Biblioteca y Museo de Alejandría.

—Cara de muerto traes amigo —le dijo el filósofo al verle.

—He perdido en él, no un amigo sino un hermano en todo el gran significado de esta palabra —contestó Zebeo aún bajo la emoción profunda que la separación le había causado.

www.formarse.com.ar

—Hubieras debido irte con él —insinuó Filón — ¿Por qué no lo hiciste?

—No sé, a decir verdad. Matheo va buscando en la soledad la curación de su alma que ha soportado estoicamente varias desgracias y muertes en la familia. Su compañera había muerto un año antes de encontrar al Maestro y ríos años después murió la hija única que le quedó de ella. Sus dos hermanos se alistaron entre los guerreros Partos por ambición de fortuna y perecieron en un encuentro desfavorable con las huestes del Rey Haret, mientras sus familias desaparecieron de la Palestina y nadie le pudo dar razón de ellos. La terrible muerte del Maestro que trajo el fracaso de cuanto esperábamos para la Nación y para la patria, cayó en el alma de Matheo como una loza sepulcral. El busca curarse en la soledad y en el olvido...

Y yo... yo no tengo nada de qué curarme después que fui curado por el Maestro de mis dolores íntimos, pero sí tengo aún mucho que aprender. Y he creído Maestro Filón que a tu lado puedo aprender cuanto necesito saber para colaborar en la obra iniciada por mi Maestro. Te ruego pues que te sirvas de mí en todo cuanto creas que pueda serte de alguna utilidad.

La humildad infantil de Zebeo conmovió al gran hombre cuya fama de sabio llenaba no solamente a la célebre Alejandría de Ptholomeo sino a todas las capitales que eran entonces emporio de las Ciencias y de las Artes, y estrechándole afectuosamente las manos le dijo:

—Bienvenido seas a mi corazón y a mi casa Zebeo, discípulo de Jhasua, niño adolescente y joven, ¡que amé hasta donde puede amar un corazón de hombre! No un amigo, un hijo encontrado en el ocaso de la vida serás para mí, que consagré mis años en absoluto a la Ciencia y nunca pensé en los jardines del amor, ni en las dichas de un hogar, ni en las ternuras de la familia.

¡Solo como el ciprés de una tumba abandonada dejé llegar el ocaso, sin amor, sin ternura, sin alegría con una precaria satisfacción buscada en la aridez de la Ciencia entre los pergaminos polvorientos y las mil y mil riquezas arqueológicas de este Museo que huele a Momias y a sepulcros! ¡Tú llegas a tiempo Zebeo de Jhasua, como una perla de su diadema, como un recuerdo que hace llorar!...

El llanto quebró la voz en la garganta del sabio de Alejandría y Zebeo sé abrazó a él llorando también como un niño.

Había sofocado valientemente la amargura del adiós de Matheo, y la desahogó sobre el pecho de un nuevo amigo casi de un padre, que en los umbrales de la ancianidad le pedía de limosna un mendrugo de amor filial para su corazón cansado de soledad. Y Zebeo fue desde entonces, el escriba, el secretario, el hijo del gran filósofo, historiador de Moisés.

EDINEN O MONTE DE LOS GENIOS

Después de seis días de lenta marcha la caravana que conducía a Matheo hacía alto en el Oasis Baharije donde se detenía medio día para dar lugar a que bebieran a satisfacción hombres y bestias, y también para cargar agua y nuevas provisiones, que sólo se reducían a carnes saladas de cacería que vendían los pobladores de la aldea y los excelentes frutos de palmera, melocotones, higos, nueces y aceitunas.

Matheo que ya se había familiarizado con algunos de los viajeros, sintió como encogérsele el corazón al desmontar de su camello, recoger su equipaje y quedar solo, de pié junto al enorme pozo en cuyo brocal de piedra se sentó maquinalmente.

La caravana se alejaba hacia el sur bajo el sol ardiente de la tarde y semejaba una cinta oscura oscilante' cuyo extremo delantero parecía ir enterrándose en las caldeadas arenas. Y Matheo pensó en sí mismo y en la extraña aventura en la cual buscaba el olvido de lo que él llamaba los desastrosos fracasos de su vida.

—Como si fuera poco lo que he padecido —murmuraba a media voz— me empeño en sepultarme vivo en esta soledad.

El pozo estaba sombreado de grandes palmeras, que formaban bosque. Tupidos cañaverales y encinas enanas se prolongaban a lo lejos, escondiendo en su enmarañado ramaje el pobre caserío que se veía apenas gris y amarillento como los arenales inmensos que se extendían a la distancia hasta perderse de vista.

Recordó en tal instante a todos sus amigos y compañeros dejados tan lejos allá en Galilea y a los cuales no volvería a ver. Recordó a Zebeo, al Príncipe Melchor, a Filón que quedaban a seis días de distancia.

¿Por qué había huido de todos los que amaba y le amaban?

Quería blindar de piedra su corazón que por haber sido demasiado emotivo y blando había padecido tanto. El cruel y terrible suplicio a que vio sometido a su Maestro, su gran amor, su último amor, le había destrozado

www.formarse.com.ar

de tal manera, que Matheo se juró a sí mismo hacer el mayor esfuerzo imaginable para tornarse en un bloque de piedra por encima del cual resbalase todo sin dejar rastro.

Le sacaron de su íntimo mundo de recuerdos dos muchachitos adolescentes que seguidos por un cervatillo joven, llegaron con sus cántaros al hombro a llevar agua.

Debieron comprender la tristeza de aquel viajero solitario y algo tímidos y retraídos, se pusieron ante él.

—Si no hay nadie que os espere señor viajero, podéis venir con nosotros.

—Nadie me espera amiguitos, pero traigo lo llave de una cabaña que llaman *Idinen, y* si me hacéis el bien de guiarme os daré buena recompensa.

—Sí, sí, está más allá de los cañaverales, junto al lago. La cuida el viejo Al-Iacúd.

—Dejamos en casa los cántaros y estamos aquí enseguida para cargar tu equipaje —-añadió el otro.

Y los dos muchachitos seguidos del cervatillo se perdieron entre la arboleda.

A poco rato volvieron seguidos de una mujer joven todavía que Matheo juzgó sería su madre.

—Si necesitáis quien os sirva señor viajero, podéis venir a mi casa. Somos pobres, pero no nos falta pan y lumbre.

—Gracias mujer. Con que tus hijos me guíen a la cabaña *Idinen,* me habréis hecho un gran servicio.

— ¡Ah sí, la cabaña de piedra! '—dijo la mujer—. No está lejos, a la vera del lago detrás de los cañaverales. Pero ¿qué harías allí con el pobre viejo Al-Iacud y Agades la paralítica?

—No importa —respondió Matheo, no sin pensar en que la perspectiva se ennegrecía más y más hasta ponerse sombría y pavorosa.

—Guiadle hijos; pero no echéis en olvido nuestra oferta por si os podemos ser útiles. Mi marido es de los tuaregh de allá adentro —dijo señalando hacia el desierto que se extendía a lo lejos—, anda siempre entre el laberinto de la montaña negra cazando fieras para sacarles la piel. De eso vivimos. En casa estamos solos mis dos muchachitos y yo. Este se llama Bujema y aquel Belcri. Yo soy Zerga. Con que ya sabéis.

—Gracias mujer, gracias por tus noticias —le contestó Matheo que estaba cierto de no recordar palabra de cuanto le había dicho. Con su alma deshecha y su corazón sangrando ¿qué podía interesarle todo aquello?

Pero la mujer no paraba de hablar. —Yo soy hija de una esclava antigua del Maestro Filón que la hizo libre y la tiene como ama de su casa en Alejandría. Somos Berberiscos de Muzurk, pero mi marido es de los tuaregh... es targui de los guías para el gran desierto.

Aquí es nuestra casa que está a tu disposición, señor viajero, que si vienes aquí por amistad con el amo de mi madre es porque serás una gran persona.

—Soy un amigo del maestro Filón —contestó Matheo.

— ¡Oh! es bueno como el pan y cuando de tarde en tarde viene por aquí, todos estamos de fiesta. Nunca viene con menos de seis camellos cargados. Nos conoce a todos y es amigo de todos.

—Sí, sí, me ha dicho que sois buenas gentes y que podía estar tranquilo.

—Ya lo creo, aquí nunca reñimos y nadie se muere si no es que comió "faleste" por descuido.

— ¿Qué es faleste? —interrogó Matheo andando al lado de la mujer.

—Es lechuga venenosa que solo nosotros distinguimos de la buena. ¡Cuidado señor viajero!... —Por fin terminó el camino entre cañaverales y apareció el lago como un espejo de plata. Parecía un trozo de río cortado por dos enormes peñascos negros que en parte brillaban como mármol bruñido. Era sin duda el comienzo de los peñascales negros característicos del gran desierto de Sahara que se entreveía allá muy lejos, en la línea del horizonte—. Pues ahí tenéis la cabaña del Maestro Filón —dijo la mujer—, al tiempo que los dos muchachitos dejaban el fardo de Matheo sobre un banco de piedra rústica adherido al negro peñasco. Un viejecito pequeño y flaco ponía el pan a cocer en un hornillo de barro cocido, trasladable de una parte a otra y muy común entre las gentes de la región.

—Al-Iacud —dijo Zerga—, este señor es amigo del Maestro Filón que le manda a hacerte compañía.

El viejecito que por añadidura a sus males era algo sordo, movía la cabeza y se acercaba a la mujer cuyas palabras no comprendía.

Ésta que no se cansaba de hablar se las repitió al oído y el buen viejecillo dejó asomar una sonrisa en su boca vacía de dientes, mientras con los panecillos en un paño blanco hacía grandes reverencias a Matheo.

www.formarse.com.ar

—La silla del Maestro, por favor muchacho, que si tardo con los panes, el horno se enfría —decía el viejecito a los dos chicuelos, que se apresuraron a sacar de la casa una butaquita de madera sin pintar forrada de cuero de antílope.

Matheo se sentó. Harto lo necesitaba pues la caminata por la arenosa senda le había cansado de verdad.

-—Vecina .Zerga —dijo el viejecito a la mujer—. Si puedes déjame uno de los muchachos para que sirva al señor viajero y lo acompañe cuando quiera salir.

¿Qué podría hacer solo conmigo, sino entumecer él corazón de pena?

—No te preocupes buen hombre, que allí traigo con qué entretenerme. —Y Matheo señaló los sacos de su equipaje.

Los dos muchachitos comenzaron a pelearse por quedar con el extranjero. Hasta que Matheo conmovido intervino:

—No haya riña entre vosotros por causa mía. Idos ambos con vuestra madre, y si ella lo permite venid los dos al caer la tarde cuando hayáis terminado vuestra faena.

— ¡Oh qué santa palabra la tuya señor viajero! —Exclamó Zerga—. Lo mismo lo hace el maestro Filón cuando está aquí.

Y repitiendo de nuevo sus ofrecimientos, se alejó con sus dos muchachos.

El viejecito sacó una mesilla que cubrió con un blanco paño, encima del cual puso panecillos calientes, un jarro de vino y una cestilla con dátiles recién sacados.

Lo acercó a Matheo y le invitó a comer.

—Si lo compartimos buen anciano, será mejor —le dijo.

—Cuando termine con el hornillo te haré compañía, viajero —le contestó.

Matheo observaba la extraña arquitectura de aquella casa labrada en el propio peñasco. Recordaba las grutas de los Esenios en el Monte Tabor y en el Carmelo, allá en su lejana Galilea y el recuerdo le conmovió profundamente.

Había huido a tierras lejanas abruptas y peñascosas buscando endurecer su corazón y matar su sensibilidad y encontraba que hasta un recuerdo del suelo nativo le hacía daño.

—'¡Mísera condición humana! —pensó—. ¿Cuándo aprenderé a ser fuerte como estos peñascos que no tiemblan ni sienten nada?

De pronto le pareció que una voz muy íntima dentro de sí mismo decía: "Los peñascos no pueden amar a Dios y al prójimo como a sí mismos". "Amar es vivir. Amar es sufrir y es morir para vivir nuevamente. Efl amar está encerrada toda la grandeza y la gloria de Psiquis la divina desterrada".

Los ojos de Matheo se llenaron de llanto y sin hablar pensó:

— ¡Maestro!... Gracias por tu lección. Falta me hacía porque los peñascos empezaban a entrarse en mí.

—Come señor viajero— decía el viejecito Al-lacud—, que el viaje ha sido largo y estarás fatigado.

De una de las puertecitas de la casa de piedra, salió una suave voz de mujer que cantaba en una lengua extraña para Matheo. Solo percibía la amorosa dulzura de aquella voz.

—Es mi nieta Agades —dijo el anciano viendo que el huésped prestaba atención—. En su desdicha la pobrecilla se entretiene cantando al compás de la guzla.

— ¿Y qué canta? —preguntó Matheo.

—Una canción de los tuareghs que se llama: A*nti y vaos* que quiere decir: *El que va adelante.*

— ¡Original tema es ese para una canción! Me gustaría saber lo que dice.

—Ella te lo explicará señor que tiene bastante ingenio para ser una pobre aldeanita.

Matheo había comido algo y preguntó; — ¿Puedo verla?

—Sí señor, sí señor. —Y acercándose a la puerta dijo—: Agades, hay un señor viajero que quiere verte.

El canto calló de súbito y Matheo estaba de pié en la puertecita de troncos. Era aquella una endeble jovencita que semejaba un lirio blanco entre duros peñascos.

Matheo se acercó y ella dulce y tímida como una tórtola de la montaña le tendió la mano.

—Es muy hermosa, tu voz niña —le dijo—, y aún puedes agradecer a Dios que tienes tu música y tus canciones para suavizar tu vida.

www.formarse.com.ar

—Si señor viajero —contestó Agades— yo nunca me quejo de la vida porque el amor del abuelito me la hace demasiado hermosa. Hoy no obstante me olvidó un poco. A esta hora hace rodar mi silla y salgo a cantarle al lago, a las gaviotas y cisnes que vienen al atardecer y a las primeras estrellas que se clavan en el agua como planchuelas de oro.

—Pues si él te olvidó por atenderme a mí, yo llevaré tu silla —le contestó Matheo acercándose hacia la espalda donde una lustrosa madera indicaba que muchas manos se habían posado allí para empujar la silla.

— ¿Hace mucho que estás impedida de andar? —le preguntó.

—Desde que vine a este mundo me veo así —contestó la niña—. Cuando yo era pequeña mi padre murió en un encuentro fatal entre los berberiscos *y* los targui. Mi madre murió de tristeza tres años después. Y ya veis que no me quejo de la vida pues encuentro en ese anciano cuanto él puede darme de solicitud y de cuidados. Y esto ya es mucho para mí.

Matheo pensó con dolor que esa pobre criatura, sin la luz divina que a él le había alumbrado y sin cultivo espiritual, con la sola aceptación de la desgracia que pesaba sobre ella había llegado a la perfecta unión con la voluntad divina.

Ella amaba la vida tal como la Suprema Voluntad se la daba.

— ¡Gracias Maestro bueno por esta nueva luz que enciendes en mi camino!... pensó Matheo mientras hacia rodar cuidadosamente el rústico sillón de Agades que no tenía palabras bastantes para agradecer la solicitud de aquel extranjero.

Una barrera baja de piedras amontonadas con descuido, formaban cerco al hermosísimo lago que entre los encantos naturales que adornaban el Oasis de Baharije quizás era el más bello y atractivo.

Y Matheo se sentó sobre esa cerca frente al sillón de Agades.

La tarde iba muriendo y detrás de los grandes peñascos resplandecía un purpurino ocaso tiñiendo las aguas del lago de amatista subido.

No tardó poblarse el lago de sus habituales visitantes que encrespando las tranquilas ondas pugnaban por acercarse más y más hacia la orilla en que Agades y Matheo estaban sentados.

—Ellos vienen por interés de mi don —dijo ella viendo el asombro del extranjero por la intimidad de aquellos esbeltos cisnes negros que casi se podían tocar con la mano desde la orilla. Y sacó de entre sus ropas un bolsillo lleno de migas de pan y trigo pisado.

Las grandes aves se arremolinaron bruscamente haciendo saltar copiosas chispas de agua en todas direcciones.

—Hay un pobre enfermito como yo —dijo Agades— y hay que darle su parte por separado.

Y Matheo vio que un cisne de menor tamaño que los otros nadaba trabajosamente buscando acercarse a tiempo para alcanzar parte de la ración.

Pero la jovencita le esperaba y cuando le tuvo bien a la orilla se inclinó sobre el agua y le tomó en brazos para darle las migas en su propia mano.

Los ojos de la niña brillaban de felicidad y Matheo mirando aquella escena, se sentía cada vez más pequeño ante aquella linda criatura inválida a quien tan poca cosa bastaba para ser feliz.

'Se daba toda en amor hacia aquel débil ser inferior que a no ser por sus cuidados habría muerto por falta de alimentación.

—Es tal como lo Divinidad se da a nosotros que somos para Ella mucho menos que ese cisne enfermo es para esta pobre niña que le ama extremadamente —pensaba Matheo mientras seguía mirando el inusitado espectáculo del amor de una niña inválida para un ave acuática incapaz de valerse por sí misma.

Los ojos iluminados de Agades se fijaron resplandecientes en Matheo mientras decía:

—Ya está alimentado; ahora vuelve a la fresca corriente y después se esconde a dormir en un hueco de las piedras. El pobrecito no puede volar y siempre queda de centinela en el lago.

Matheo estaba mudo. No encontraba palabras que pronunciar; pero su pensamiento hilvanaba a velocidad su propia vida pasada y se encontraba muy inferior a la pobrecita inválida, perdida en un Oasis del desierto de Libia.

—"Yo que tuve todo en mis manos, no he sabido vivir la vida —pensaba—. ¡Cuánta verdad encerraban las palabras de mi Maestro cuando decía: *Yo sembré en vosotros el amor, pero aún no ha florecido"*...!

Y sin pensar que tenía un testigo de vista, Matheo apretó con ambas manos su pecho y mirando la cima de los peñascos como si esperase una divina aparición exclamó con voz estremecida:

www.formarse.com.ar

— ¡Señor!... me has traído a la soledad del desierto para encontrarme conmigo mismo, entre la infinita grandeza de Dios que no fui capaz de sentir fluyendo de Ti como de un manantial inagotable!

La jovencita que no entendía el sirio hablado por Matheo comprendía no obstante que él oraba, y se puso seria y grave mirándole con asombrados ojos.

— ¡Cuánto amas a tu Dios, extranjero! ¿Es *Amanai* de los tuaregs o *Alá* de los berberiscos?

— ¡Es uno solo niña! sino que las diversas lenguas habladas por los hombres, le dan nombres diferentes — le contestó Matheo aún bajo la impresión sentida por él en aquel momento—. Y de esto tenemos mucho que hablar.

—Yo te escucharé tan contenta, como oigo cantar los pájaros entre estos árboles y murmurar el lago entre las piedras —respondió la niña, con infinita ternura.

En el alma de Matheo hosca y taciturna hasta entonces iba encendiéndose una rosada claridad como si al morir el ocaso detrás de los negros peñascos, le transfiriese sus postreros resplandores. Y él se dejaba sumergir en esa frescura de brisa matinal que iba adueñándose suavemente de todo su ser.

— ¡Mira, extranjero mira! —Exclamó de pronto Agades señalando un punto fijo del lago—. Amanai clavó en las aguas la primera planchuela de oro... y luego clava otras hasta que todo el lago está sembrado de ellas...

Eran las primeras estrellas que desde el terso azul de los cielos se reflejaban en el profundo azul de las aguas. ¡Qué de veces en sus treinta y siete años había visto Matheo aparecer las estrellas y reflejarse en el agua! ¡Pero nunca le parecieron tan radiantes y bellas como en ese anochecer en que las veía a través del alma pura de una niña inválida a quien su propio dolor le había enseñado a encontrar y amar la belleza en todo cuanto la rodeaba!

Y callaba porque la, emoción apretaba su garganta y su voz se hubiera quebrado en un sollozo, pues se sentía próximo a llorar.

—En tus ojos escondes una tristeza muy honda extranjero —dijo cíe pronto la niña— y yo me estoy prometiendo a mí misma hacerla escapar de allí...

Matheo tuvo que sonreírse. Pero no habló.

El anciano Al-Iacud se acercó a compartir la confidencia vespertina.

—Esta tarde mi niña prolonga su visita al lago. ¿Quieres ya tu alcoba?

— ¡Aún no abuelito! ¿No ves que nuestro huésped tiene tristeza en el alma y la alcoba con sus sombras la agrandan más todavía?

— ¡Qué ingenio más agudo y vivo tiene tu niña, anciano! ¿Cuántos años ha vivido?

—Catorce años ha visto madurar el fruto de estas palmeras —contestó el anciano—. Sin ella no sé si podría soportar la vida.

—Naturalmente... ¿qué silla harías rodar de un lado a otro? ¿Quién devotaría tus panecitos dorados y bebería la leche espumosa y calentita de nuestra cierva?

Y al decir así, hacía graciosamente el movimiento de recoger un beso de sus labios para depositarlo en la frente rugosa del viejecito. Una dicha inefable pasó como un halo místico de luz por aquella faz macilenta coronada de cabellos blancos.

—¡Nunca creí encontrar la dicha en estos parajes revestidos de arenales interminables y de abruptos peñascos! —exclamó Matheo mirando el cuadro de infinita paz y suavidad que se iba adueñando lentamente de todo su mundo interno.

—El desierto es suave y dulce para quienes le aman —dijo la niña—. Ya lo iréis comprobando día por día.

—Pero aún no conoces por dentro la morada en que habitarás extranjero —dijo Al-Iacud.

—Me suena duro ese nombre. Llamadme os ruego por el mío propio. Me llamo Matheo.

Les hablaba en árabe para ser comprendido por ellos.

—Ya os enseñaré mi lengua Siria que es armoniosa y dulce como el canto de las alondras.

Y unos momentos después Matheo llevaba rodando de nuevo el sillón de Agades hasta la puerta misma de su alcoba de rocas.

El viejecito había ya acomodado su equipaje en la habitación principal de la casa que era a la vez comedor y escritorio. Tenía grandes dimensiones, y aunque excavada en la montaña de negro basalto, estaba por dentro revestida de cedro y ostentaba como ornato pinturas murales de vivos colores, tales como las que Matheo

www.formarse.com.ar

había admirado en los muros del Museo y Biblioteca de Alejandría. Algunos de ellos se referían claramente a la vida de Moisés. Otras. Matheo no sabía interpretarlas.

Pero veía claro por todas partes asomar el gusto, la inclinación, la vocación digámoslo así de Filón por los conocimientos arqueológicos. Allí, todo era el pasado remoto cobrando nueva vida al influjo de los recuerdos evocados por .el sabio a fuerza de largas noches de estudios y de cavilaciones.

En aquella morada de reposo a la vera de un lago de azules aguas entre dos murallones ciclópeos de negro basalto, a la sombra de un bosque de palmeras y entre el rumor de ondulantes cañaverales, Matheo encontraba no solo el retrato de Filón sino el suyo propio. También él se sentía ansioso de conocimientos, de claridad, de horizontes nuevos.

Al faltarle el sereno resplandor del astro que durante más de tres años le había alumbrado, su alma parecía haberse hundido en una hondonada profunda donde se debatía en vano para encontrar de nuevo la divina claridad perdida.

— ¡Maestro mío!... ¡Señor!... —clamaba en su soledad Matheo, cuando cerradas puertas y ventana de su gran alcoba de piedra estaba seguro de que nadie escucharía su lamento—. ¡Señor!... —continuaba la voz temblorosa que era un gemido y un sollozo—. ¿Qué es lo que quieres de mí? Un día me dijiste que "tuviera doble vista para escribir en un rollo de papiro las maravillas que el Padre obraba por ti".

¡Tú lo ves Maestro, tú lo ves! ¡Mi corazón está deshecho! ¡Mi alma es un harapo tirado en el camino y no tengo fuerzas para hacerla revivir!...

¡Déjame morir Señor porque no puedo vivir la vida si tú no estás en mi vida!...

Y Matheo se dejó caer como a morir sobre la estera de cáñamo que cubría las losas del pavimento.

Sintió la vocecita de Agades que cantaba en árabe con la marcada intención sin duda de que él la comprendiera. Era su "A*nti y vaos": "El que va adelante"* y la estrofa tan sugestiva y adaptada al momento, que Matheo no pudo más y rompió a llorar a grandes sollozos.

"El que va adelante doblado de penas
Encuentra bien llenas
De amor y piedad
Alondras de seda en el pecho amigo
Que cantan: conmigo
Tu paz hallarás".
El que va adelante con paso ligero
Percibe primero
La luz del hogar,
El fuego sereno del techo materno
¡El nido más tierno
que puede encontrar!

A poco rato y sin que Matheo hubiera sentido ni el más leve ruido, oyó una suave respiración cerca de él. Al incorporarse vio sobre la misma estera, el endeble cuerpo de Agades que arrastrándose sobre sus rodillas, a falta de sus pies que no podían caminar, había entrado por la puertecita interior que comunicaba con la cocina porque había escuchado los sollozos desgarradores del extranjero.

— ¡Niña! —le dijo—, ¿por qué has venido?

—Porque tú llorabas —le contestó ella con sus dulces ojos garzos llenos de llanto.

Se sostenía medio sentada y haciendo un supremo esfuerzo.

Matheo la levantó en brazos como a una criatura y la sentó en la butaca forrada *de* piel de antílope. Olvidó su angustia... su desesperada angustia ante el amor supremo de aquella criatura que apenas le conocía y que no quería verle sufrir...

—Esto no lo harás más Agades, te lo ruego por tu anciano abuelito —dijóle Matheo arrodillándose ante la niña que comenzaba a llorar.

www.formarse.com.ar

—Lo haré una y otra vez, si de nuevo te siento llorar— contestó con gran firmeza la niña—. Tú vienes del mundo civilizado y traes la muerte en el alma, ¡Sabrás tantas cosas y yo no se nada!... Pero a mí me habla una voz que viene no sé de donde, si del viento de la tarde, o de los pájaros que duermen, o del lago donde voy a cantar; y esa voz me trae paz y me avisa cuando alguien tiene penas cerca de mi...

Matheo la escuchaba en silencio.

—A mí no me podrás engañar nunca porque esa voz amiga me lo cuenta todo. Vamos con abuelito que está orando por ti. —Y la niña hizo el movimiento de bajarse sobre la estera para andar arrastrándose en las rodillas y en las manos.

— ¡No, niña, no! —gritó Matheo aterrado del esfuerzo supremo que aquella criatura se disponía a hacer por segunda vez—. Si no soy demasiado torpe, yo te llevaré.

La niña le tendió los brazos alrededor del cuello y dócilmente se dejó llevar hasta el sillón de ruedas.

—Tengo un abuelito y un papá fuerte y hermoso como era el papá mío de la niñez —decía Agades que ya no lloraba, sino que reía porque el extranjero estaba consolado de su pena.

—Mucha honra es para mí ser tu papá. ¿Cómo has podido ocupar con un desconocido el lugar reservado en tu corazón a tu padre?

— ¡Oh!... Tú no eres para mí un desconocido. ¡Yo te esperaba Matheo, yo te esperaba!

— ¿Y por qué habías de esperarme? ¿Acaso el maestro Filón anunció mi venida?

—No, no, nada de eso. Que lo diga abuelito —dijo la niña viendo llegar a la cocina al anciano que miró a Matheo con los ojos aún llorosos.

—Veo que he venido aquí a traer tristeza —dijo Matheo condolido de verdad de lo que veía.

—No señor extranjero, tú no. Es la niña que con sus cantos hace llorar al pobre viejo que no sabe como hacerla feliz.

Es el caso que esta niña tiene alucinaciones y oye voces que no son de la tierra. Y una semana antes de tu llegada, me dijo: Aquí vendrá un hombre que tú y yo vamos a querer mucho. ¿Cómo lo sabes? —le pregunté—. La *vos* me lo dijo... Y ya ves señor viajero que *la vos* le dijo una verdad.

—El maestro Filón —preguntó Matheo— ¿sabe algo de *esta voz* que le habla a tu niña?

—Sí que lo sabe. —Y ¿qué dice él que sabe tantas cosas? —volvió a preguntar Matheo.

—Dice —contestó el anciano— que el *Señor de arriba* (y señalaba al cielo) sabe muy bien lo que hace y que *"a El nadie le pide cuentas".* Que le dejemos hacer y esperemos.

Matheo guardó un largo silencio que el anciano y la niña respetaron. El apóstol de Cristo pensaba en la sabiduría de su palabra eterna; "Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios". ¿Qué mayor humildad que la de aquella florecilla silvestre que nadie había cultivado, y que a no ser por el amor de una madre dolorida y la abnegación de un pobre anciano, hubiera muerto de desolación y debilidad? Y sabia era también la respuesta de Filón de Alejandría al decirles que "dejasen hacer al *Señor de arriba* su obra *y* que esperasen".

—"Por los frutos conoceréis el árbol" dijo también mi Maestro —pensó en su largo silencio Matheo—. Ni en la Galilea donde nací, ni en las ilustres Sinagogas de Jerusalén, ni en su dorado templo pude encontrar mi paz Maestro, desde que te fuiste y he venido a encontrarla en este ignorado rincón del desierto, entre un anciano sin letras y una niña inválida que es una tórtola de las peñas.

¿No estarás tu aquí Maestro mío en el alma de esta criatura para volverme a la vida que en una lenta agonía iba a escaparse de mi?... —Matheo hacía inauditos esfuerzos para contener el llanto porque una ola tremenda de emoción le ahogaba.

Agades cerró suavemente sus ojos y con una solemne majestad en la actitud y en la voz dijo: —¡Matheo!... ¡Ya es la hora! ¡Estoy esperando que comiences a cumplir tu pacto conmigo!

— ¡Maestro!... ¡Maestro! —exclamó Matheo poseído de extraña ansiedad y cayendo de rodillas ante la niña dormida.

El anciano se arrodilló también sin saber lo que pasaba.

El apóstol de Cristo dobló su frente sobre el pavimento y un tranquilo llorar se llevó para siempre sus últimas desesperaciones.

— ¿Qué haces allí Matheo? —preguntó la niña despertándose.

—Es que *la vos* me ha hablado esta vez a mí, Agades, como suele hablarte a tí; y yo he podido saber quién es el que me ha hablado.

— ¿Y yo no puedo saberlo? —preguntó Agades mirando alternativamente a Matheo y al anciano.

—¡Hijita!... yo sé menos que tú; sólo se que aquí hay cosas que andan mucho más arriba de mi cabeza... —contestó Al-Iacud, poniendo nuevos troncos de leña al fuego que ya se moría.

—El Hijo de Dios ha bajado a esta cabaña —dijo Matheo con la voz que aún temblaba de emoción—. Y ha bajado para darme una lección y recordarme una promesa.

Después de la frugal cena de esa noche elaborada con trozos de gallinetas montaraces y queso de cabra con higos secos y dátiles recién cortados, Ma-iheo se despidió de sus nuevos amigos y encerrándose en la gran alcoba escritorio de Filón puso sobre la mesa los útiles de escribir y comenzó su trabajo de esta manera:

LIBRO DE JHASUA EL CRISTO - HIJO DE DIOS

Capitulo I

De su generación según la carne

Y comenzó la larga serie de los antecesores de Jhasua de Nazareth que los hombres sabios del Templo de Jerusalén habían desconocido como el Mesías anunciado por los Profetas y que por los labios de una niña, humilde flor de montaña acababa de recordar a Matheo su pacto diciéndole: ¡Ya es la hora!

Palabra solemne, grandiosa y eterna que fue para el decaído espíritu del apóstol el formidable ¡excelsior! de bronce que lo hizo volver a la vida.

—*La voz* me ha resucitado —decía él, sintiendo que una energía nueva circulaba en su ser como la savia en la raíz, el tallo y las ramas de un árbol moribundo.

Fue Matheo el primero de los cronistas de la vida excelsa del Cristo y pudo bien aplicarse el significado de las dulces canciones de Agades que en lengua tuharegs se llamaba: *Anti-vaos: El que va adelante.*

El que va adelante con pecho valiente
Primero a la fuente
Se llega a beber:
La fuente le brinda la suave frescura
De sus aguas puras
Más dulce que miel.

Y la fuente divina encerrada en el corazón del Cristo Hijo de Dios vivo inundó la mente y el corazón de Matheo y se desbordó sobre el Oasis, sobre las arenas del desierto, sobre los peñascales abruptos y fragorosos.

Y la marcha triunfal del Cristo esbozado en los pergaminos de Matheo mientras sentía la fresca brisa del lago, el rumor de las palmeras y el dulce cantar de Agades su "Anti-vaos" ya no se detuvo, sino que fue volando Nilo arriba hacia el sur como un blanco ánade que fuera posándose para descansar en los oasis del camino.

De Baharije al Oasis de Farabreh, al de Dakel, al de Chargh, al de Cureur y luego a Jandak y Dongolá a la altura de la cuarta catarata donde el Nilo truena ensordecedor en la época de los grandes desbordamientos.

Y el *Anti-vaos* escuchado por Matheo y vaciado del corazón de Agades la humilde aldeanita inválida del Oasis de Baharije tuvo el poder de llevarle hasta la montaña de Gondar a la orilla del Lago Tana en la lejana Etiopía.

Era una de las vertientes madres del gran río legendario y allí fue a detenerse Matheo a los seis años de haber salido de Alejandría con la muerte en el corazón y el más helado pesimismo que puede abatir el alma de un hombre.

Pero llevaba consigo a Agades curada por él de la parálisis de sus pies, y al anciano Al-Iacud fortalecido y renovado en su alma y en su cuerpo por la vibración poderosa de amor que el Hijo de Dios, el dulce Rabí Nazareno extendió como una marea invisible en la cabaña *Idinen* o *Monte de los genios,* a donde Filón mandó a Matheo como un muerto que anda y donde encontró la resurrección y la vida, la fe en sí mismo y en Aquel que por la boca de Agades hipnótica le había dicho: ¡YA ES LA HORA!

Y yo digo también lector amigo que *ya es la hora* de que sepamos de una vez por todas que cuando un alma responde fielmente al llamado divino, toda la grandeza de los cielos superiores se desborda sobre ella como un manantial incontenible.

Tal es el secreto de la rapidez maravillosa con que se extendió la idea divina del Cristo en el África del Nilo en el siglo primero de nuestra era, no obstante la incomprensión, las persecuciones y las mil dificultades que el amor de los amigos de Jhasua tuvieron que afrontar. La marcha larga y heroica de Matheo el primer cronista de la vida de Cristo, fue a detenerse por fin al pie de los muros de Nadaber (1) fortaleza real donde Egipo rey de

www.formarse.com.ar

Etiopía y la reina Candace lo acogieron como a un maravilloso mago que volvió a la vida al joven heredero atacado del "mal de la tristeza" como llamaban a la tuberculosis pulmonar aguda en último grado. De él volveremos a ocuparnos más adelante.

Por hoy basta con lo referido y sólo resta añadir que cuando Matheo quiso partir del Oasis de Baharije por el impulso interno que sentía cada vez que Agades cantaba su canción favorita *Anti-vaos* la dulce niña le dijo:

—Llévame contigo Matheo, mi papá hermoso y fuerte que me trajo el Genio bueno del Jordán. ¡Llévame contigo! Me devolviste la vida del cuerpo, y yo te di la vida del alma... Llévame contigo y te cantaré siempre *Anti-vaos.*

— ¿Y el abuelo? —preguntóle Matheo.

El ancianito que había escuchado este diálogo asomó la cabeza desde la puerta de la cocina donde cuidaba el pan en su hornillo y dijo risueño y feliz:

—El abuelo irá también contigo Matheo porque tendrás necesidad de mi pan y de mis guisos para seguir adelante.

Y aquí tenemos lector amigo, el maravilloso fruto del amor de tres vidas humlides que se hicieron una sola bajo la mirada radiante del dulce Rabí Nazareno.

EN JERUSALEN

Volvemos a la ciudad de la gran tragedia en seguimiento de los cuatro Apóstoles que decidieron volver a ella: Pedro, Andrés, Santiago y Mathías.

Todo un mundo de encontrados pensamientos los agitaba dolorosamente.

Conservaban vivos aún los trágicos recuerdos de los últimos días vividos allí entre el terror y el espanto, a los cuales siguieron las divinas compensaciones del Cristo glorioso que se les presentaba de improviso en los momentos 'le amorosa recordación de su persona, de su vida y de sus obras.

Pero en el alma humana parecen grabarse más profundamente los acontecimientos dolorosos que fueron como un desgarramiento terrible que hizo sangrar nuestro corazón.

Y a los cuatro amigos de Jhasua que volvían a Jerusalén les ocurrió de igual manera. Las radiantes visitas del Divino Amigo parecían esfumarse en il alma como un dulce recuerdo; pero los dos últimos días de su vida, o sea desde su prisión hasta su muerte, se les clavaban en el corazón como un cortante estilete que le atravesara de parte a parte.

Llegaron a mitad de la tarde, pero decidieron esperar que llegaran las primeras sombras de la noche para entrar a la ciudad por la última puerta que se cerraba que era la del oriente llamada entonces de *Las Ovejas* porque daba al Valle del Cedrón donde los pastores de la Judea tenían cercados para los ganados traídos a los mercados de la ciudad.

(1) Hoy Ankober.

Era, desde luego, la puerta menos Vigilada, pues de ordinario allí sólo estaba el guardián en su casilla, y en las horas del día el cobrador del tributo que los ganaderos debían pagar por la entrada de bestias a la ciudad.

Por un agente especial de Simónides, Pedro había tenido noticia de que el Sanhedrín, en previsión de represalias o venganza de parte de los amigos del Justo que tan inhumanamente escarnecieron y martirizaron, tenía una policía aparte y secreta para descubrir cualquier movimiento en tal sentido.

Y debido a estos temores fueron a dejar sus pequeños fardos de equipaje en el antiguo sepulcro de Absalón lo más cercano a las murallas de Jerusalén que pudieron encontrar. Sabían además que era ese un lugar de refugio usado por los peregrinos Terapeutas cuando les sorprendía la noche y encontraban cerradas las puertas de la ciudad. Pero ellos ignoraban por completo que ese vetusto panteón sepulcral, guardaba el gran secreto sólo conocido por los Sacerdotes Esenios según recordará el lector de "Arpas Eternas" o sea que allí tenía salida el *"Sendero de Esdras"* cuyo comienzo estaba en la sala de los incensarios, en el Templo mismo, que era la inexpugnable fortaleza desde donde el Sanhedrín ejercía su despótica autoridad sobre el humillado pueblo de Israel. Pareciera una simbólica coincidencia que aquel sendero subterráneo por el cual salvaron su vida tantos justos anteriores y posteriores al Ungido Yerbo de Dios, y aun El mismo cuando comenzó la persecución del clero Judío, tuviera comunicación y salida al panteón sepulcral de Absalón, hijo del Rey David, tronco del árbol milenario de donde surgió la persona humana del Mesías enviado al país de Israel.

Era aquel panteón como todas las tumbas reales de aquella remota época, o sea un amontonamiento formidable de gruesos bloques de piedra ensamblados unos con otros en forma de resistir al embate de los siglos y de todas las contingencias humanas.

Habían pasado sobre las ciudades y campos de Israel las terribles invasiones asirías cegando vidas de reyes y vasallos, destruyendo ciudades, pueblos, templos; desbastando campos entregados al saqueo y a las llamas, y esos monumentos funerarios resistieron las tremendas furias de los enemigos de Israel. Allí no había tesoros que incitaran al robo y al pillaje, sino blancos huesos o heladas cenizas de los que un día ciñeron coronas reales y entonces nada significaban en la vida.

Sólo el amor fraterno de los Esenios podía encontrar beneficio en ellos, para todos los perseguidos por la injusticia de los poderosos de la tierra.

Y en el siglo I de la era cristiana fueron los sepulcros y los cementerios, lugares de espanto para todos, los que brindaron amparo y refugio a las golondrinas errantes que desde la cruz del Cristo sacrificado volaron hacia todas las regiones de la Tierra.

En aquella vasta sala de piedra enmohecida por los siglos, pero limpia y ornamentada con las sencillas comodidades usadas por los Esenios, fueron a refugiarse los cuatro discípulos del Cristo hasta que llegada la noche pudieran entrar en la ciudad.

Grandes sacos de esparto llenos de paja servían de lechos de reposo; y la resquebrajada mesa de piedra para el embalsamamiento de cadáveres y las tinajas para el lavado y los bancos de los operadores, eran todo el mobiliario del sombrío y austero recinto donde nada había que pudiera suavizar la adusta perspectiva. Las inscripciones de las hornacinas y nichos aparecían borrosas y gastadas por el roce mismo del tiempo que al pasar va dejando su rastro bien marcado aún sobre la dura piedra.

Pedro y Matías eran de temperamento más sensitivo y un imperceptible escalofrío los estremeció ligeramente al penetrar en aquel recinto sepulcral.

Por las ojivas abiertas en lo alto de los muros penetraban débilmente los postreros resplandores del sol poniente y las últimas golondrinas del otoño entraban y salían enseñando a volar a sus hijuelos, listos ya para abandonar el nido.

Pedro los miraba fijamente y sus ojos enrojecieron próximos al llanto.

—Creo que hemos hecho mal en volver tan pronto a Jerusalén —dijo Mathías, que percibió la amargura reconcentrada de Pedro—. No haremos más que reavivar los dolorosos recuerdos y aplastar la poca energía que las últimas visitas del Señor dejaron en nuestro espíritu.

—En efecto —respondió Pedro—. Y estas avecillas que desesperadamente entran y salen apremiando a sus hijuelos a tender el vuelo es un símil perfecto de nuestra situación actual. Nuestro Maestro fortaleció las alas de nuestro espíritu y nos apremia a volar por todas las regiones de la tierra, pero nosotros nos encerramos en este sepulcro a la espera de la noche para entrar en la ciudad que le dio muerte y que acaso nos recibirá con azotes y lapidación.

De pronto los cuatro se quedaron suspensos, con los ojos muy abiertos y el oído atento... Y los cuatro cayeron de rodillas porque juntos percibieron estas suaves palabras como si fueran un eco que resonaba en lo hondo del Corazón: *"En Jerusalén encontré la muerte y en Jerusalén volví a la vida gloriosa en el Reino de mi Padre."*

— ¡Maestro!... ¡Señor!... ¡Ordena a tus siervos y haremos cuanto mandéis!... —clamó Pedro el primero, dejando Correr abundantes lágrimas de emoción. Los demás lloraban silenciosamente sumergidos en ese místico arrobamiento del alma que siente en torno suyo la presencia divina.

Siguió ese dulce silencio de meditación que perdura en el ambiente y en las almas cuando ha pasado por ellas un hálito de Divinidad.

Un eco rumoroso que parecía proceder de las entrañas de la tierra, les sacó de la dulce quietud; y un tanto alarmados prestaron atención al sordo ruido que se acercaba. Estuvieron a punto de echarse a correr cuando vieron que una hornacina vacía en un rincón de la cripta se abría lentamente y aparecía un hombre joven vestido con el oscuro sayal de los terapeutas y llevando en la mano una cerilla encendida. También él se sorprendió al encontrar huéspedes en el panteón, pero pronto se reconocieron y fraternales abrazos sucedieron al asombro y al temor.

Era el joven sacerdote esenio Imer, aquel que por tener un gran parecido al Maestro se vistió y peinó sus cabellos como Él aquel día del primer sermón suyo en el Templo repudiando las viciosas prácticas del Sanhedrín en cuanto a las ofrendas y los sacrificios de sangre en el ara del altar.

— ¿De dónde venís? —fue la primera pregunta que le hicieron los cuatro discípulos.

www.formarse.com.ar

—Del templo vengo obedeciendo el consejo de nuestro padre Elíseo. En la oración de la hora nona Eleázar que estaba de turno ante el altar de los Perfumes oyó la voz que le decía: *"Conviene saber lo que pasa en la cripta de Absalón".* Y fui yo el designado para venir a averiguarlo. ¿Qué os pasa, hermanos del Señor.

—Que somos muy cobardes —le contestó Pedro—. Hemos llegado de Galilea a la primera hora de la tarde y esperábamos aquí la llegada de la noche para entrar en la ciudad.

—Eso no es cobardía sino precaución —les contestó Imar—. Andan los espías del Sanhedrín como lebreles de caza husmeando presas para devorar.

Ellos saben que mataron al Mesías anunciado por los Profetas y están viendo siempre a su espalda el fantasma amenazador de una venganza que no saben de donde ha de venir.

—Creí que esos asesinos de inocentes no se acordarían más del crimen cometido —dijo Andrés.

— ¡Oh!, no lo creáis así. Es que han sucedido y siguen sucediendo cosas terribles en el Templo, y el Sanhedrín hace ayunos y viste sacos de penitencia y de cilicios para aplacar la cólera de Jehová.

—El Maestro nos dijo que no hay cólera ninguna en Jehová —argüyó Santiago.

— ¡Justo, hermano!..., esa es la doctrina del Hijo de Dios, pero no la del Sanhedrín. Para ellos existe la ira de Jehová porque saben que asesinaron al Justo enviado por El.

—Y, ¿se puede saber qué es lo que pasa en el Templo? —preguntó Mathías con marcada curiosidad.

—Pues que aparecen frases escritas con múrice rojo, que fueron dichas en otros siglos por los Profetas que anunciaron las vejaciones y tormentos que había de sufrir el Hijo de Dios. Y aparecen dentro del Templo y en sitios donde no es posible que entre persona alguna después que el Comisario del Templo ha cerrado puertas y ventanas y se ha guardado las llaves.

— ¿Y quién escribe esas frases? —preguntó Pedro estupefacto.

—Ese es el secreto que el Sanhedrín quiere descubrir.

Últimamente han aparecido estas frases: "Será llevado como un cordero al matadero y él no abrirá su boca". "Será llamado varón de dolores". "Toda verdad saldrá de su boca y será llamado el Justo, el Fuerte, el Hijo del Altísimo, el Príncipe de la Paz". Y aparecen con el nombre del Profeta que lo dijo varios siglos antes de su llegada.

—Pero hablemos de vosotros —dijo Imer—. ¿Qué pensáis hacer por el momento?

—Ya te lo hemos dicho: entrar en la ciudad cuando caiga la noche.

— ¿Y después? —volvió a preguntar el sacerdote.

—Somos pobres gentes de Galilea, pero tenemos aquí palacios como hospedaje —dijo Pedro sonriendo de lo que él mismo juzgaba como un motivo de vanidad—. Y en esos palacios hay mayordomos encargados de proveer de cuanto sea necesario a los discípulos del Señor.

—Sois, pues, muy afortunados —añadió Imer— y me alegro mucho de ello. Creo que Ithamar y Henadad serán vuestras casas.

—Justamente —contestaron los cuatro a la vez.

—Pues bien, ahora me toca el turno de haceros participantes de todos los secretos que los sacerdotes Esenios tenemos y los que iremos descubriendo en adelante

— ¿Secretos? —interrogaron los discípulos de Cristo.

— ¡Tendremos tantos! —añadió Pedro— ya que nosotros mismos somos *secretos vivos,* puesto que tendremos que vivir como búhos, ocultos de la luz del día y ambulantes con las sombras de la noche.

— ¡No os quejéis de la vida! —exclamó con gran dulzura el Esenio—. ¡No tenemos derecho a quejarnos después de lo que hemos tenido ante nuestros ojos!

— ¡Es cierto! —exclamaron los cuatro!

—Y yo soy el más cobarde de todos —añadió Pedro.

—Te aseguro que no lo seréis ninguno en adelante.

—Empezad con los secretos —dijo Santiago que estaba inquieto por conocerlos.

—En primer lugar debéis saber que esa hornacina que me dio salida, es la puerta de un largo túnel que llega hasta la sala de los incensarios. Ya sabéis dónde está.

—Sí, sí —contestaron— en la nave lateral de la derecha anexa a la sala de los ornamentos.

www.formarse.com.ar

—-¡Justo! Este camino subterráneo, que data desde la reconstrucción del Templo por el Profeta Esdras, se llama *"Sendero de Esdras" y* es completamente ignorado por el Sanhedrín y por todo el personal administrativo del Templo. ¿Vale el secreto?

— ¡Oh, Oh! y qué gran secreto es ese.

—Y ¡cómo hay que guardarlo! —exclamó otro.

—¡Hasta con riesgo de la vida —afirmó el Sacerdote—. Por él se salvaron los Sabios del Oriente hace treinta y cuatro años, cuando yo acababa de venir a este mundo. Por él se han salvado muchas veces nuestros ancianos sacerdotes y por él se salvó el mismo Ungido de Dios cuando el Sanhedrín mandó a prenderlo en el Templo mismo terminado su primer discurso. Y he recibido hoy la orden de nuestros Ancianos de poneros en conocimiento de este secreto ya que sois los continuadores directos del Maestro, ante este mundo que El os ha dejado en herencia para cultivar.

—Entiendo con esto que nosotros podemos hacer uso de ese camino subterráneo en caso de necesidad —dijo Pedro.

—Justamente, hermanos, y para eso os lo he revelado. Y esta misma noche, en vez de entrar a la ciudad por la Puerta de las Ovejas, entraréis conmigo por el *Sendero de Esdras,* cuando el Comisario ha hecho la última inspección del Templo y se ha retirado con las llaves.

—Pero no podremos salir de allí nuevamente, puesto que el Templo estará cerrado y las puertas de la ciudad también —observó Mathías.

—Debemos hacer un salvamento esta noche. Dejadnos hacer y vosotros sois nuestros cooperadores del exterior. ¿Tenéis algo de comer? Porque el camino es largo y debéis fortaleceros antes de marchar.

Los cuatro discípulos echaron mano a sus saquillos de provisión y entre todos dieron cuenta de lo poco que les quedaba.

—Vuestros equipajes quedan aquí más seguros que en ninguna parte. Y ahora vamos andando, porque en lo que resta de luz antes de la noche no recorreremos todo el camino.

De entre una de las tinajas vacías sacó Imer varias torcida de hilos encerados los encendió y entregó a sus compañeros de subterránea excursión. Se puso adelante y en fila cerrada entraron por la hornacina que fue nuevamente clausurada y comenzó la marcha. Pedro y Mathías eran de alta estatura y debían doblar la cabeza para no chocar con las filosas salientes de la áspera techumbre.

¡También aquel tenebroso subterráneo le recordaba al divino Amigo que todo era luz, amor, paz y claridades de cielo, y que en los últimos días de su vida terrestre habíale salvado por ese mismo camino!

Llegados que fueron a la sala de los incensarios les sobrecogió el ánimo las profundas tinieblas- del Templo. Y más aún el nauseabundo olor de sangre, carne y grasas quemadas en los sacrificios del día, que al cerrarse puertas y luceras, quedaba concentrado allí dentro, en tapices y cortinados.

Antes que un santuario de oración y templo santo del Dios Invisible, parecía un antro mal oliente de bestias muertas y de grasas quemadas.

— ¡Luz, luz! por piedad —decían los cuatro apóstoles, habituados al aire puro de Galilea, a las brisas de su lago dorado y al perfume de las flores, los frutos y las mieses.

—¡ No sé cómo soportáis esta vida! —decía Pedro.

—Los amigos íntimos del dulce Rabí Nazareno que oraba sobre los montes o a la vera de los lagos, no podéis comprender que los sacerdotes Esenios podamos orar entre esta nauseabunda atmósfera donde todo respira la pesadez de la animalidad.

Imer apagó las cerillas después de haber hecho sentar a los cuatro compañeros en el estrado de la nave lateral en que estaban.

—Ahora —añadió en voz muy baja— haced de cuenta que estáis muertos, pues vuestro silencio debe ser absoluto. —Después de unos momentos de espera, sintieron un leve ruido en la techumbre, hacia la nave de la izquierda o sea frente a donde ellos estaban.

Vieron un disco de claridad y comprendieron que era una ojiva que se abría desde afuera. Por ella penetró una grácil personita que vestía túnica blanca y el rostro cubierto a medias con la toca y el velo usado por las vírgenes del Templo. Y comenzó a deslizarse suavemente alrededor de la nave hasta llegar a la gruesa vara de plata en que se sostenía el Gran Velo del Sancta Santorum. Empezó a correrlo hacia ella lentamente evitando que las anillas produjeran ruido. Y cuando todo estuvo descorrido se dobló sobre él, y abrazándose de aquel grueso rollo de blanco lino se deslizó por él hasta el pavimento del templo. Entonces encendió una de las

lámparas menores y comenzó su trabajo silencioso. Escribió sobre el velo del templo con un pincel mojado en múrice rojo las últimas palabras que pronunció Moisés antes de morir:

"Israel ha traicionado a su Dios. Será dispersado a los cuatro vientos del cielo. Palabras de Moisés."

Los discípulos de Cristo observaron que aquella virgen tenía los ojos cerrados cual si estuviera dormida.

Y continuó escribiendo en el pavimento del Sancta Sanctorum ante el altar mismo en que estaba el Arca de plata con querubines de oro en que se guardaban las Tablas de la Ley y los sagrados textos:

"Cuando los tiempos sean venidos, el Eterno os enviará un Profeta como yo de entre vuestros hermanos y pondrá su Verbo en su boca y ese Profeta os dirá lo que el Eterno le haya ordenado."

"Y a quien no escuche las palabras que El os diga, el Eterno le pedirá cuentas" (Moisés en el capítulo 18 del Deuteronomio). "Y el Sanhedrín de Israel ha despreciado la palabra del Enviado y le ha dado muerte sobre una cruz. Y el Sanhedrín de Israel ha merecido la terrible maldición de Moisés".

Hasta aquí había llegado la silenciosa virgen cuando la vieron que apagó la lámpara y se encaminó al gran velo que estaba doblado en numerosos pliegues, tal como ella lo había dejado, e iba a abrazarse de él, para volver a subir hacia la ojiva por donde entró cuando sintieron que dio un suspiro prolongado casi como un gemido y se despertó.

— ¿Qué es esta oscuridad, Dios mío? —clamó con doliente voz. Imer se le acercó suavemente.

—Roda, Rodina, virgen de Jehová, no temas de mí que quiero salvarte la vida y Pasada la media noche vendrán los Comisarios y Jueces del Sanhedrín porque quieren descubrir quién escribe palabras terribles de Moisés y los Profetas y te condenarán a muerte por encontrarte aquí...

— ¡Oh, sí!, sácame de aquí que no sé qué espíritu diabólico me ha traído a este lugar —y, temerosa y temblando, se tomó de la mano de Imer.

Este dijo a sus compañeros:

—Corred sin ruido el velo del Templo como antes estaba y volvamos enseguida por donde hemos venido. —Y él condujo a la niña hacia la sala de los incensarios.

Cuando todos estuvieron reunidos allí en completa oscuridad, el sacerdote esenio les dijo:

—Tened dispuestas las cerillas, pero no las encendáis hasta que yo os avise.

A poco rato de espera sintieron ruido de cerrojos en los patios interiores, y luego rumor de voces apagadas que se acercaban.

—Era verdad el anuncio de que hoy vendrían. Ya están aquí. Salgamos —abrió Imer la puertecilla secreta del Sendero de Esdras practicada en el fondo de una alacena con ropas de los Levitas y haciendo salir a todos, se quedó el último para cerrar la oculta abertura. Encendieron las cerillas y el joven sacerdote les guió a un recodo que formaba el camino y donde había bancos para descanso y un cántaro con agua.

La jovencita aparecía blanca como la toca y velo que la cubrían, y sus ojos llenos de espanto miraban aquellos hombres desconocidos que la llevaban por aquel antro de tinieblas y de horror.

Pedro se llenó de compasión por aquella débil y misteriosa criatura a la que había visto realizar un hecho de prodigioso esfuerzo y valor en estado durmiente y que ya despierta estaba temblando de timidez y de espanto.

—No temas nada de nosotros, querida niña, que no intentamos hacerte daño ninguno —le dijo con paternal ternura.

La jovencita se abrazó a él y comenzó a llorar silenciosamente. Un temblor convulsivo agitaba su cuerpo y por fin su cabeza lacia como una flor tronchada cayó sobre las rodillas de Pedro, que la sostenía.

Imer le hacía aspirar una redoma de esencia y le salpicaba el rostro con el agua del cántaro. La reacción tardaba y el débil cuerpo empezaba a enfriarse en las extremidades.

Los hombres se quitaron los mantos apresuradamente y la cubrieron toda.

Ninguno comprendía por completo aquel enigma y ninguno hablaba. Pero todos ellos tenían el mismo pensamiento: "¡Señor!... ¡Cristo Ungido de Dios! ¡Ten piedad de esta criatura que fue tomada como instrumento por la Divina Justicia para despertar a los malvados que te dieron muerte!" La evocación silenciosa de Pedro fue tan formidable que de pronto se puso de pie; Todos los mantos cayeron al suelo y con la niña en brazos la levantó a la altura de su cabeza como si fuera una grácil figura de cera y dijo con una voz que lloraba:

— ¡Maestro mío, Hijo de Dios vivo! ¡Te ofrezco el cuerpo de esta virgen del Templo de Jehová como una hostia de propiciación a cambio de que le vuelvas la vida!...

La niña dio un gran suspiro y se incorporó en el regazo de Pedro.

www.formarse.com.ar

Todos habían pasado un momento terrible.

—Gracias a Dios —dijo Imer— todo ha sido salvado. Ahora continuemos nuestro camino.

—Pero esta criatura no podrá andar por sus pies observó Mathías.

—Sí que puedo —dijo ella, y se tomó confiadamente de la mano de Pedro.

—Yo guiaré —observó Imer— y cuando te canses, Rodina, nos avisas, y por turno te llevaremos en brazos.

— ¿Adonde me lleváis y por qué me sacáis del Templo?

—Ya te lo explicaremos después —contestaba Imer—. No tengas miedo que nada malo te ocurrirá.

Como advirtió Pedro que su endeble compañera acortaba sus pasos y recién estaban a un tercio del camino, le dijo suavemente:

—Ya no puedes más, hija mía, te llevaremos en brazos. Yo soy fuerte, ya lo ves.

Era tiempo, en efecto, pues a la pobre niña se le doblaron las rodillas y quedó sentada en el camino de piedra.

Santiago y Andrés formaron silla de manos y Pedro puso en ella a Rodina, afligida y llorosa.

— ¿Por qué me habéis traído?... ¿Qué vais a hacer conmigo?... —murmuraba la niña buscando en aquellos rostros iluminados por la opaca luz de las cerillas la respuesta que ninguno le daba.

Por fin llegaron al panteón sepulcral de Absalón, donde apresuradamente encendieron un buen fuego, pues que todos sentían que el intenso frío del camino subterráneo parecíales haberles penetrado hasta los huesos. El sacerdote Imer, que conocía todos los escondrijos de los Terapeutas peregrinos dueños de aquel lugar, sacó un ánfora de vino y otra de miel que calentadas al fuego pronto reanimó las decaídas fuerzas de todos, no tanto por el esfuerzo realizado como por las impresiones sufridas.

Recostaron a Rodina en uno de aquellos lechos de paja, la abrigaron convenientemente y Pedro le dijo:

—Descansa y duerme hija mía, que yo, el más anciano de todos te guardo y velo tu sueño. La paz sea contigo.

Sentados todos en los lechos de paja guardaron profundo silencio a una señal que Imer les había hecho. Y cuando estuvieron ciertos de que la niña dormía, se apartaron al más retirado ángulo del panteón y el sacerdote Esenio les dijo:

—Os debo una explicación de todo lo que habéis visto y ahora os la daré.

Andrés y Mathías acercaron sus bolsos de provisiones consistentes en pan queso y frutas secas y los invitaron a compartir la frugal cena de media noche.

Pedro puso nuevos troncos de leña al fuego y todos rodearon a Imer para escuchar lo que debía decirles.

Empezó así su relato:

-—Esa pobre jovencita tiene una historia penosa que nos conmueve a cuantos la conocemos. Diríase que es una privilegiada del dolor, que ella soporta con una serenidad casi estoica. No cuenta más que 17 años y es huérfana de madre. Su padre, casado con otra mujer, se vio obligado a desprenderse de la hija, que tuvo la desgracia de inspirar celos y odio a su madrastra. Una tía, hermana de su madre, vive como viuda sin fortuna refugiada en el Templo y es la encargada del cuidado de túnicas y mantos sacerdotales, minucioso y penoso trabajo con que ella paga la manutención y hospedaje en un pabellón de los claustros sagrados. Allí cobijó a su sobrina Rodha, desde los 12 años. Era enfermiza y sufría desmayos frecuentes. Los médicos diagnosticaron histeria aguda y algunos epilepsia.

Uno de nuestros ancianos sacerdotes, algo pariente de la tía Susana, comenzó a observarla y empleó tratamientos de nuestra terapéutica en procura de su curación, pero todo fue en vano. Hasta que un día en una de las veces que el Mesías Ungido de Dios vino a Jerusalén tuvo la idea de que la tía y la sobrina estuvieran cerca de la puerta del Templo por donde El debía entrar y salir. Y llegado el momento y a indicación del anciano sacerdote Ismael, que lo conocía, la niña Rodha se arrodilló ante El y le dijo: "Cúrame, Señor, que vivo muriendo de muchos males y Tú tienes poder para hacerlo". La niña tenía entonces 15 años. El Hijo de Dios la miró como sólo El sabía mirar a las dolientes criaturas que le pedían piedad. Le tomó la cabeza con ambas manos, la miró fijamente a los ojos hasta que ella se durmió y dormida habló así:

"¡Gracias, Señor, Ungido del Altísimo! Ya no estoy enferma y comprendo lo que me dice tu pensamiento. Seré lo que tú me mandas que sea: un instrumento del Poder- Divino para despertar a los dormidos."

"Y el Maestro, cuando la vio despierta, le dijo: "Mi Padre te ama y yo te bendigo en su nombre, hija mía. Hazlo como acabas de prometerlo y yo te recordaré siempre". Desde ese día no tuvo mal ninguno y tan animosa y decidida se tornó, que conquistó para el Cristo Divino a todas las viudas y vírgenes del Templo que

son cuarenta y siete. Cuando supo la prisión del Ungido del Altísimo sufrió una terrible crisis y durmió durante tres días seguidos, en los cuales no tomó ni una gota de agua. Se despertó el domingo a mitad de la mañana con un cansancio como si hubiera hecho un enorme trabajo. Le fue pasando poco a poco y siguió su vida normal. Incansable para el trabajo y el estudio de los Libros Sagrados vive la vida de una mujer madura y no de una jovencita; y cuando acompaña los cánticos con su cítara y canta los solos, hace llorar a las piedras porque su alma y su vida toda la da en su expresión y su palabra.

Y últimamente, en estado de durmiente ha comenzado a hacer lo que vosotros habéis visto esta noche y que sólo los sacerdotes esenios conocemos por el aviso de la tía Susana que la veía levantarse y la seguía en las primeras noches. El Sanhedrín está en ascuas sin poder descubrir lo que pasa, atribuyéndolo a fuerzas diabólicas y a magia negra. Hasta que en la asamblea de ayer dispusieron penetrar cautelosamente en el Templo a media noche, con tos Jueces y Comisarios, soldados y guardias, y quedó ya condenado a azotes y lapidación si era un ser de carne y hueso; y que se harían exorcismos mayores si era obra de espíritus infernales. Todos los que por el Sanhedrín fueron excluidos de la condena del Ungido, han renunciado con diversos pretextos desde que comenzaron a aparecer las misteriosas escrituras en diversas partes del Templo y han pensado que todo esto es anuncio de que se acerca la justicia de Dios por el horrendo crimen cometido por el Sanhedrín. Y han tomado las misteriosas escrituras como el terrible *Manch-Thecel-Phares,* que apareció a Baltasar rey de Persia y que le descifró el Profeta Daniel como anuncio de la terrible invasión enemiga que le costó el trono y la vida.

Por eso os dije cuando esta tarde os encontré aquí, que teníamos que hacer un salvamento. Y ya está hecho. La niña ésta, no puede ni debe volver al Templo y hemos convenido con su tía Susana y su pariente, el sacerdote Ismael, que se dirá, si alguien pregunta, que la joven tomará esposo y quedará en su nuevo hogar. Ahora os pregunto a vosotros ¿Podéis hospedarla en vuestro hospedaje?

Pedro contestó enseguida:

—Claro que sí y es un deber ineludible. En el palacio Henadad, del cual tengo llaves y que está destinado a albergar a los amigos de nuestro Señor y Maestro, puede estar Rodha y acaso con más derecho que muchos, por cuanto el Señor le dio su protección y su amor. Eso está solucionado. Déjalo por mi menta, que este humilde servidor del Mesías será, desde hoy, como su padre.

—No esperaba menos de vosotros, discípulos del Hijo de Dios. Bien cumplido fue el aviso de nuestro Padre Eliseo que nos mandó a la Cripta de Absalón a saber lo que pasaba en ella.

—Era que unos pobres hombres del pueblo, aprendieron del Verbo de Dios el amor fraterno que remedia todas las necesidades —dijo conmovido Mathías.

Y cuando a la madrugada se encaminaron a la Puerta de las Ovejas, llevaron a Roda cubierta con un manto oscuro para ocultar su blanca túnica que hubiera llamado la atención, y como a una hija endeble Pedro la llevaba de la mano.

El Sacerdote Imer se dirigió por otro camino a casa de sus ancianos padres, que estaban alarmados porque en toda la noche él no había vuelto a su casa.

A Rodha le esperaba en el palacio Henadad, hogar de los amigos de Jhasua, la amistad de muchos hermanos y el amor del compañero que la Ley divina le tenía destinado.

Al siguiente día muy de mañana cada uno de los cuatro discípulos se lanzó a las calles de Jerusalén aún sumida en la quietud de la noche. Sólo en la plaza del mercado y en las puertas de la ciudad se percibía algún movimiento de vendedores ambulantes que conducían al hombro o sobre asnos sus mercaderías para la venta.

Pedro se dirigió de inmediato hacia la Puerta de Joppe para salir al campo y volver a ver la trágica montaña donde murió su amado Maestro. Quería mirar de nuevo aquel sepulcro en que su sagrado cuerpo estuvo dos días y dos noches. Quería comprobar si no había sido encontrada la cruz en que El entregó al Padre su glorificado espíritu y que él con José de Arimathea y otros discípulos habían enterrado en un sitio que sólo ellos sabían.

Grande fue su sorpresa cuando al llegar al pie de la colina trágica la encontró transformada por completo.

Había desaparecido la escabrosidad del montículo como si una guadaña gigantesca hubiera cortado a ras las aristas y salientes rocas de los barrancos pedregosos.

Aparecía sembrado de verde césped y una cerca rústica de piedras rodeaba todo el montículo hasta llegar al sepulcro aquel en que el augusto Mártir fuera sepultado.

Y Pedro se quedó paralizado de asombro y sentándose sobre el césped en el sitio mismo en que estuvo la cruz de su Señor, se fue sumiendo en honda meditación hasta que una emoción profunda inundó sus ojos de llanto y su alma de infinito amor.

www.formarse.com.ar

¿Quién había obrado aquella gran transformación? Y cuando pasado el primer momento de oración, de amor y de lágrimas, -empezó a observar los alrededores, se dio cuenta de que muchas sepulturas habían sido abiertas en los peñascos que aparecían continuando la cerca que encerraba el montículo tapizado de verde césped. Y en el sitio mismo de la crucifixión habían levantado un pequeño obelisco dé bloques de piedra blanca y en el que había esta sola inscripción en árabe y en latín: PAZ.

Pedro continuaba pensando. De pronto se dio una palmada en la frente y dijo:

— ¡Simónides! ¡Aquí anduviste tú, Simónides! Pedro había acertado a descifrar, el enigma.

En la semana Siguiente a la crucifixión, el sagaz anciano que era un lince para realizar estupendas combinaciones, había mandado al Scheiff Ilderin a comprar al Gobierno romano la pequeña colina del Gólgota que sólo tendría unos doscientos metros cuadrados.

Le horrorizaba que continuara siendo el infame Monte de las Calaveras donde se ajusticiaba a todos los bandidos de la Palestina. Su corazón enamorado de su soberano Rey de Israel le exigía transformar aquel paraje en algo sagrado, venerable, santo.

Simularían que esa tierra era comprada para sepulturas de los residentes árabes que morían en Jerusalén.

Y a tal fin lo compró para Simónides el Scheiff Ilderín, que mantenía buenas relaciones con el Gobernador Pilatos, representante del Gobierno Romano.

Lo menos que pudo suponer Pilatos era que tal adquisición la hiciera un servidor y amigo del Profeta Nazareno que él dejó crucificar. Fue satisfacción para él hacer entrar buen oro a las arcas del César por una tierra estéril e inútil que todo ser viviente despreciaba y maldecía. Pedro cayó de rodillas al pie del blanco obelisco y se abrazó como si hubieran sido los pies sangrantes de su amado Maestro, sacrificado en aquel mismo lugar.

El despreciado Monte de las Calaveras o Gólgota había sido transformado por el amor de los amantes de Jhasua, en un recinto de paz, de sosiego y de oración: en un humilde jardín cementerio, última morada donde terminan las vidas humanas.

EL APÓSTOL ZEBEO

Nuestro lector recordará que dejamos a Zebeo en el despacho de Filón, desahogando su pena en el noble corazón del sabio que tan oportunamente se le brindaba como un padre en la soledad de su vida.

El dolor de aquel adiós mudo de Matheo, el último amigo y compañero de la tierra natal que le quedaba, estrujó el corazón de Zebeo hasta producirle esa terrible sensación de abandono, de soledad absoluta, de punto final de una tragedia que había comenzado en un huerto de olivos centenarios en las afueras de Jerusalén y venía a terminar para él en el Valle de las Pirámides faraónicas, recordatorio de piedra de lo que había sido y no era ya más. Y pensando en la similitud que veía entre los monumentos y su propio corazón dijo a media voz, enjugándose dos gruesas lágrimas que temblaban en sus ojos:

— ¡Tampoco en mí mismo existe ya nada más! Paréceme que comienzo a ser una momia que anda —y cuando dio media vuelta para tomar a la ciudad que aún dormitaba en la quietud de aquel amanecer, percibió una blanca claridad en la sombra formada por los gruesos pilares que flanqueaban la puerta, al mismo tiempo que en su yo íntimo se levantaba como un enérgico desmentido de aquellas frases que había dicho a media voz al ver perderse a Matheo camino del desierto:

— *¡Existo yo viviendo en tí mismo y esperando el cumplimiento de nuestros pactos eternos!*

— ¡Maestro!... —gimió Zebeo—, ¡perdón!..., esta infeliz materia olvida siempre lo que es eterno y divino para aferrarse como raíz a la tierra, a lo pasajero y deleznable.

La escena referida ya entre el sabio y el apóstol de Cristo nos pone de manifiesto la comprensión y afinidad que se estableció de inmediato entre ambos. Diríase que el Divino Amigo desaparecido seguía tejiendo redes de amor entre los que le amaban.

— ¡No me digas nada Zebeo! Yo sé también lo que es dar un adiós como el que tú acabas de dar. Pero a los sesenta años se saben más cosas que a los treinta y siete que tienes y por tanto puedo hablarte con experiencia de la vida y de las cosas.

El amor es un incansable creador de bellezas en pensamientos, en obras, en hechos de una sublimidad que nos asombra y maravilla. Pero si al amor se le une en compañía el dolor, créeme, Zabeo que el hombre por lento que corra en la senda del ideal, se transforma en un creador gigantesco e invencible.

www.formarse.com.ar

El amor y el dolor, para ser fecundos han de marchar siempre unidos en el alma humana a la cual le sirven de alas poderosas para escalar las cumbres del Conocimiento y de los internos poderes a que está llamada la Divina Psiquis desde que la Eterna Energía encendiera su lámpara inmortal.

¿Sabemos acaso ni tú ni yo Zebeo, lo que podrá producir en un futuro cercano todo ese amor tuyo sacrificado al deber que significa para tí el haber sido hecho un apóstol del Cristo en la hora final de su Mesianismo ?

—A veces pienso que El se equivocó al elegirme —contestó con sinceridad Zebeo en quien predominaba el sentimiento de su pequeñez e incapacidad.

— ¡No!... El no se equivocó Zebeo, te lo aseguro yo. "Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios" decía el Divino Maestro y El conocía la humildad de tu corazón y que merecías por ello la Divina iluminación. Quizás El tuvo esa misma visión en sus doce elegidos.

— ¿Y cómo es que falló en el infeliz Judas? —preguntó Zebeo temeroso de que en él mismo hubiera fallado la visión del Maestro.

—Tú también lo piensas' así y la mayoría lo pensará como tú.

La noche misma de la tragedia de Gethsemaní, acudió Matheo a mi habitación en el palacio de Ithamar y al referirme la actuación de Judas comprendí la terrible tragedia de esa alma atormentada por los celos.

¿Qué son los celos? Es el sobresalto, la inquietud, el espanto del alma ante la posibilidad de no ser correspondido en un gran amor. Judas vivió con el terror y el espanto de que su Maestro no le amase en la medida que él lo deseaba. Ha debido sufrir indecibles tormentos en el tiempo que ha vivido a su lado. Comprendiendo que su hosco y huraño temperamento no era apto para merecer las ternezas suavísimas del Gran Elegido. ¡Pobre Judas! En la locura de su gran amor no correspondido, dio un salto sobre el abismo aunque semi-inconsciente de lo que arriesgaba y de lo que podía perder.

Creyó hacer la obra cumbre con que todo Israel soñaba: levantar a Jhasua sobre el trono milenario de David y Salomón. Y apresuró la subida al patíbulo de infamia que el Cristo había vislumbrado a sus veinte años en la víspera de su consagración como Maestro de almas en el Gran Santuario de Moab.

Ahora bien. Vuelvo a mi teoría de que el amor unido al dolor hace volar a las almas a cumbres no soñadas. El gran amor de Judas hacia su Maestro; estaba sólo. No era fecundo y sólo le producía celos, espanto, sobresalto, inquietudes.

Ahora se le ha unido el dolor, el terrible dolor de haberle apresurado al martirio y de aparecer ante sus compañeros y ante toda la humanidad como un vil traidor al gran Ungido que le había curado sus heridas del alma y lo había admitido a su escuela íntima formando con El una sola familia. ¿Sabes Zebeo lo que será para Judas este dolor? Y si este dolor no lo enloquece o lo mata, lo hará no lo dudes, el más sublime y heroico de los doce apóstoles del Cristo. Y lo será en la sombra, en el olvido, 'sin que nadie lo sepa... ignorándole para siempre toda la humanidad que durante siglos y siglos le aplastará con su odio y su maldición. Judas será el monstruo horrendo, símbolo eterno de todo lo más malo que haya salido de la humana criatura. Y él lo sabe, lo siente en todas las fibras de su carne y en todas las percepciones de su espíritu...

— ¿Pero, tú has estado con él después de la tragedia? —preguntó asombrado Zebeo ante las afirmaciones que escuchaba.

— ¡No!... No le he visto más. Te asombras de que haga el detalle de cuanto le pasa. ¿No te dije al iniciar esta conversación que a los sesenta años de estudio sobre la vida y sobre las almas se puede saber de todo ello algo más que a los treinta y siete que tú tienes?

— ¡Es verdad maestro Filón!... Había olvidado eso. Ahora comprendo por qué nuestro Maestro no tuvo ni una palabra de condenación para Judas cuando luego de la última cena íbamos al Huerto a la oración acostumbrada. "¡Pobre amigo! no sabe lo que hace" fue lo único que el Maestro dijo.

La palabra se cortó en los labios de Zebeo y sus ojos se cristalizaron de llanto.

— ¡Y yo lo he condenado! —dijo luego en un hondo clamor...

—El mal pensar nos rodea y nos envuelve de tal manera en nuestro plano físico, que solamente los seres muy evolucionados pueden sustraerse a él —contestóle Filón—. Tú condenando a Judas, llevado por las apariencias has obrado como todos. Lo que debe absorber todo tu interés desde este momento, es el lograr ponerte a tono con el augusto Maestro que te eligió para su intimidad.

— ¡Ponerme a tono con El!... ¡yo con El!... —exclamó con supremo desaliento Zebeo.

—Si, ¡tú a tono con El! No hay otro camino para conseguir las grandes realizaciones con que soñamos siempre los que buscamos ese algo superior a todo lo visible que llamamos Luz Increada, Eterna Idea, Verdad Única.

Para tí, Jhasua de Nazareth es la Estrella polar, porque a su contacto divino ha despertado tu conciencia. Para mí lo fue Moisés, cuarenta años atrás, cuando sólo contaba yo veinte años de edad. Más feliz que yo, tú has vivido al lado del Maestro en cuerpo físico y has sentido el calor de su aliento, has estrechado sus manos y has reposado tu cabeza en su corazón; te has mirado en sus pupilas mansas, y has escuchado la cadencia suave de su voz. Moisés se me presentó a mí como el genio tutelar de mi raza y lo amé sin conocerlo, cuando habían pasado sobre su vida de hombre quince largos y pesados siglos. Más, como el amor desinteresado y puro atrae al amado con un cable de oro y diamantes, atraje yo pequeña hormiga terrestre, al gran Genio transmisor de la Ley Divina a la humanidad. Y Moisés fue conmigo desde la altura de sus cielos de luz.

Si eres perseverante a mi lado te daré a leer los originales de los dictados sobre su vida, sus libros, sus largos estudios en los Templos de Menfis y su iniciación en los misterios ocultos de la antigua sabiduría de los hierofantes egipcios.

Lo que relata el pergamino de Kaleb hijo de Jhepone que encontró Jhasua en la Sinagoga de Jehemías, es una brevísima síntesis de la biografía del gran hombre que en su época fue tan incomprendido mucho más aún que lo es la augusta personalidad de Jhasua.

Como me elevó Moisés a ponerme a tono con él para hacerme capaz de servirle de instrumento de manifestación de la verdad, te elevará Jhasua a ti y a todos sus íntimos elegidos para continuadores de su obra a través de las edades y de las incomprensiones humanas.

La humanidad padece error cuando encuentra distancias insalvables entre los grandes de ayer y los que siguiéndoles, pueden ser grandes hoy entrando de lleno con té y amor en la onda vibratoria en que dios viven eternamente en lo Infinito.

El Universo es Unidad, es Solidaridad, es Armonía perfecta; Unidad, Solidaridad y Armonía perfecta entre los millares y millones de soles y estrellas que pueblan los abismos siderales, y entre las millares de Inteligencias Superiores que impulsan la evolución de las humanidades que los habitan.

Y todo ese admirable conjunto, sumergido en la misma Luz Increada, viviendo de la misma Eterna Energía, desenvolviéndose al impulso de la misma 'Potencia Creadora que les vivifica y anima con el mismo amor y conforme á la evolución de cada chispa emanada de su infinita fecundidad.

¿Dónde están, pues, las distancias insalvables, las imposibilidades invencibles, las puertas infranqueables?

Zebeo, mi hijo de la vejez: tú has oído alguna vez a Jhasua, tu Maestro, que *"El amor es el mago divino que salva todos los abismos".* Abel lo decía también a sus Kohdas de la prehistoria, y Moisés me lo mandó grabar a punzón sobre un bloque de basalto que conservo a la cabecera de mi lecho.

¿Has comprendido Zebeo lo que este nuevo padre tuyo ha querido decirte?

—Si maestro Filón, lo he comprendido. Me falta solamente ser a tu lado un hijo fiel y perseverante para seguir a mi gran Maestro con igual decisión con que tú seguiste al tuyo.

Después de esta conversación, llevó Filón a Zebeo hacia la galería anexa a, la Biblioteca, donde se abrían las Celdas de los Estudiantes que desde lejanos países acudían por temporadas o permanentes a buscar la Verdad Divina bajo la dirección del sabio alejandrino. Una de aquellas celdas era la alcoba del propio Filón, y abierta de par en par puerta y ventana le permitió a Zebeo observarla ligeramente.

Era la alcoba austera de un anacoreta, de un idealista, de un pensador. Todo revelaba en ella al hombre de meditación y de estudio.

Un Moisés meditabundo y solitario sentado en un peñasco en el sombrío valle de Horeb era la pintura mural que aparecía tras el respaldo de un pupitre lustroso por los años y por el uso. Aquel Moisés estremecía el alma porque su imponente figura irradiaba fuertemente una ansiedad febril, una angustia de muerte, mezcla indefinible de cansancio, de decepción, de anhelos insatisfechos, de interrogantes sin respuesta? Era la encrucijada terrible, el instante crítico y supremo en que el alma del gran hombre ya cargado con iodos los misterios y arcanos de su larga Iniciación en" los Templos de Tebas y de Menfis, sentía la interna *voz* que le llamaba a la vida activa de" creador y organizador de una humanidad apta para recibir el gran legado del Eterno Invisible: la Ley que había de formar la conciencia de esa Humanidad. Y en derredor suyo sólo aparecían montañas escabrosas y abruptas... ovejas silenciosas que pastaban, cisnes y gaviotas que flotaban en la aguada azul cerrada de juncales y de lotos...

Y Zebeo creyó encontrar marcada similitud entre el momento aquel del Moisés de la pintura mural *y su* propio momento actual.

Y se quedó como clavado sobre el pavimento con sus ojos fijos en la sombría mirada de aquel Genio que parecía escrutar el horizonte y seguir el vuelo de las gaviotas... y aspirar ansioso la aparición de la primera estrella.

Y por fin con la voz trémula de emoción preguntó a media voz:

— ¿Qué piensa ese Moisés?... ¿qué quiere... qué busca en esa soledad?

—Lo que pensamos y queremos todos los soñadores del Ideal Eterno, en esos rudos y tremendos instantes en que sentimos la voz interna del Ego que nos impulsa a la acción y nos vemos aherrojados por todas las impotencias a que nos condena la materia, el medio ambiente que nos envuelve y la egoísta humanidad que nos cierra todos los caminos —le contestó Philón con ese fuego que da la convicción de estar sintiendo y diciendo la verdad.

—Todo es grande en los grandes hombres —continuó el sabio con creciente fervor—, pero ningún momento lo es más en mi concepto, que el momento culminante y único en que el alma encuentra su verdadero camino y se lanza por él, decidida a no abandonarle nunca hasta haber llegado a la meta de todas las realizaciones.

—Yo me veo en ese momento —dijo tímidamente Zebeo—, y pido a mi Maestro desde el fondo del alma que su luz me descubra la senda que El me tiene preparada.

—Medita en soledad como ese Moisés en Madian, y allí serás iluminado - -díjole el sabio siguiendo por la galería de la celdas para indicar a Zebeo cuál sería la suya. Varias puertas entornadas indicaban estar algunas ocupadas.

Por fin llegaron a una con puerta y ventana abiertas, y por sobre el pupitre de las meditaciones, ostentaba también un Moisés que a la puerta de la gruta de sus grandes visiones encontraba un hilo de agua brotando de un peñasco, y él bebiendo con esa sed intensa del que siente abrasadas sus entrañas.

— ¡Esta será la mía! —gritó Zebeo entrando decididamente.

¡Gracias Maestro Jhasua porque aquí me darás de beber!

Filón emotivo en extremo, le *abrazó* con ternura paternal y le dijo:

— ¡Bien hijo mío! Te dejo pues en tu casa para todo el tiempo que quietas habitarla. —Y el sabio le dejó solo.

Hasta el mediodía que fue llamado a la comida lo ocupó en revisar cuanto tenía a su disposición en aquella vasta celda que, como todas, más parecían salas de estudios y recintos de oración que alcobas de habitación cotidiana.

Un diván de reposo, semioculto por una pesada cortina de damasco en el más lejano ángulo del recinto, una mesa adosada a una estantería en otro ángulo, en la cual se veían punzones, compases, escuadras, plaquetas de arcilla, telas enceradas, pergaminos en gruesos rollos, cartapacios de abultado volumen y extendido en la muralla inmediata, un gran mapa de los continentes, pueblos, ciudades, ríos y montañas conocidas entonces. Un fuerte taburete de trabajo frente a la mesa, un sillón tapizado de piel de antílope ante el pupitre y un grueso esparto sobre las lozas del pavimento, era cuanto había en la habitación de que tomaba posesión Zebeo.

Todo serio, austero, con cierta belleza solemne... pero por sobre todo aquello, el Moisés sediento bebiendo con ansia indefinible del hilo de agua cristalina que brotaba a la puerta de la gran caverna de sus visiones, tenía como electrizado al futuro apóstol de Jhasua a quien parecía asustar la grandeza austera de Moisés, *y* el recuerdo le traía la dulce figura de Jhasua su Maestro y con el pensamiento se refugiaba como un niño medroso entre aquel manojo de lirios de Jericó que tan suave y tierno fuera a su corazón.

— ¡Maestro Jhasua!... ¡Mi Maestro! —murmuró a media voz sintiendo su corazón estremecido de amor. ¡Tú serás todo para mí en el camino que inicio en seguimiento tuyo: báculo en mis andanzas por los desiertos, piloto en mi barca sobre el mar, antorcha en las selvas tenebrosas y estrella polar en todos los horizontes hasta donde alcanza mi vista de eterno peregrino en medio de la humanidad!

Y sin poderlo evitar cayó de rodillas en -medio de la sala y su cabeza se dobló sobre el pavimento mientras sus labios sollozantes murmuraban en entrecortadas frases casi inteligibles: ¡Soy un montoncito de tierra a tus plantas soberanas Maestro Jhasua y sólo pido en este instante tu luz, tu paz, y tu amor!

Sintió la frescura de un aliento divino sobre él y como si una extraña fuerza le levantara de su postración.

¡Era El que acudía a su llamado intenso y ferviente!

— ¡Zebeo! ¡mi montoncito de tierra!... ¡que vengo a fecundar para que me rinda el ciento por uno de flores y de frutas para la inconsciente humanidad que sacrifica a todos los que la aman y buscan redimirla! ¡No vaciles

ni temas que Yo voy ante ti para ser todo cuanto has pedido, báculo, antorcha y estrella polar en todos tus caminos y bajo todos tus horizontes!

La inundación de luz, de paz, de amor infinito se fue diluyendo suavemente en la penumbra dorada que entraba a medias por la entornada ventana de la celda sombreada de grandes palmeras donde cantaban los mirlos en la gloria de aquel esplendente sol de mediodía.

La campana llamó suavemente, y por aquella larga galería silenciosa y severa como un claustro, desfilaron los estudiantes con sus túnicas pardas y pelerina blanca que los igualaba a todos: príncipes y vasallos, labriegos o pastores en forma que en las aulas del sabio de Alejandría, sólo eran Estudiantes, buscadores de conocimientos y de sabiduría.

El comedor de los Estudiantes discípulos de Filón, era modesto y austero como todo lo demás. Largas mesas cubiertas de blanco mantel, cómodos bancos dobles, de alto respaldo en que cabían dos personas holgadamente, y sobre las mesas aparecían las viandas en grandes fuentes y cestillas de donde cada cual se servía a satisfacción y gusto. Era el sitio y la hora de compañerismo, de amenas conversaciones que no disminuían su alegre locuacidad ni aún el día sábado en que comían junto con ellos el maestro Filón y los profesores que lo ayudaban en las tareas de la enseñanza: el profesor de latín, la lengua de Roma, señora del mundo por entonces. El profesor de griego, el idioma del país de Ptolomeo fundador y sostenedor de la Escuela, Biblioteca y Museo de Alejandría, y cuya memoria vivía imborrable a pesar de las centurias transcurridas. Los profesores de Historia y Ciencias Naturales, y por fin el Arqueólogo y arquitecto del Museo y los dos Bibliotecarios, que satisfacían gustosamente todas las curiosidades sobre nuevos hallazgos en el Valle de las Tumbas Reales, en los jeroglíficos de las criptas y en los viejos papiros que llegaban de todas las partes del mundo destinados a la célebre Biblioteca de Alejandría.

El día que nos ocupa, tuvo la comida un incidente más: la presentación de Zebeo a todos los estudiantes que serían en adelante sus compañeros de estudios y de vida. Venía de la Escuela intima del Profeta de Israel, de Genio Bueno del Jordán, del Mesías Instructor de la Humanidad que habían anunciado desde seis siglos antes los profetas, augures y videntes de todas las Escuelas de Divina Sabiduría existen en el mundo de entonces; el que habían anunciado los astros en la admirable y maravillosa conjunción de Júpiter, Saturno y Marte la noche de su nacimiento...

En esta solemne presentación estaban, cuando un nuevo comensal apareció en la puerta del gran comedor vestido también con la túnica parda y la pelerina blanca que usaban todos, profesores y alumnos, de puertas adentro en las severas aulas del maestro Filón: era el anciano príncipe Melchor de Herópolis que invitado por Filón para ese día de la incorporación de Zebeo a las aulas, no podía faltar y apoyado en el brazo de su criado y en su bastón de encina saludó desde la puerta a todos y buscó con la mirada profunda al apóstol de Jhasua que corrió hacia él y cayendo a sus pies, se abrazó de sus rodillas.

El anciano le hizo levantar y abrazándole tiernamente le dijo:

—En tí abrazo nuevamente a Aquél que fue y será el centro de nuestros grandes amores.

Filón le hizo sentar en la cabecera de la mesa y él y Zebeo se colocaron a ambos lados del anciano.

Era pues aquél un día de gloria para el estudiantado de aquella célebre Escuela conocida ya en todo el mundo civilizado de entonces como la meta de todas las aspiraciones científicas y de los más elevados conocimientos a que podían llegar los más ansiosos buscadores de Verdad y de Sabiduría. La Escuela de Alejandría era el broche de oro que cerraba toda carrera intelectual en aquella época.

La escena de ternura entre Melchor y Zebeo puso la nota íntima de intensa emoción en todos los que estaban presentes en aquel comedor, cuarenta y siete estudiantes de diversas ciudades y países, una decena de profesores, algunos celadores y auxiliares, y entre todos ellos el príncipe Melchor, Hierofante de los Templos de Tebas y de Menfis y el Director vitalicio de todos aquellos establecimientos de Ciencias y de Artes, era pues un selecto núcleo que lastimaba la extrema modestia de Zebeo en obsequio del cual se hacía aquella demostración.

Y con temblorosa voz, sólo pudo decir: —Os doy las gracias a todos, pero sé muy bien que no es a mí a quien lo hacéis, sino a mi gran Maestro sacrificado por la verdad, Jhasua de Nazareth.

Melchor y Filón se pusieron de pié con la diestra levantada en el signo de bendición de los Maestros. Los demás les imitaron y todos los ojos se clavaron en Zebeo sobre el cual parecía resplandecer la divina irradiación del Cristo.

EN EL LAGO MERIK

Otra vez las dunas amarillentas del desierto que riega el Nilo con sus caudalosas corrientes, haciendo surgir verdes praderas, frescos oasis donde los hombres y las bestias se resguardan de los ardientes rayos del sol.

Los tres Apóstoles del Cristo, Zebeo, Juan y Matheo con Leandro, Narciso y Boanerges pasaban las horas largas en la sala biblioteca, sumidos entre rollos de papiros, pergaminos y cartas geográficas en un estudio a fondo de las milenarias historias, poemas, leyendas, tragedias humanas de épocas remotas, perdidas en la noche oscura de los tiempos que fueron.

Querían continuar y dar término a la obra comenzada por el Divino Maestro: reconstruir la historia de la humanidad a través de las edades y de las incontables vicisitudes y cataclismos que habían llevado a la humanidad terrestre hacia abismos y precipicios, por cumbres y llanuras, por peñascales desiertos y por praderas vestidas de flores.

El había recolectado abundante documentación en los Archivos de los Santuarios Esenios, en los Archivos de Ribla, de las ruinas de la antigua Tadonor a extramuros de Palmira, de dos viejos templos de Tapsaco y de Belesis que los solitarios del Monte Hermón, le dieron a revisar en una de sus visitas, y por último los que recogieron juntamente con Filón de Alejandría y el Príncipe Melchor en el hipogeo de Mizraim, en el Valle de las Pirámides, cuando El contaba veinte años de edad.

Esa recolección monumental, estaba aumentada con la documentación recogida por Matheo en Nadaber, en el viejo torreón-fortaleza que fuera morada de la reina Sabá de Etiopía; más lo recogido en el Templo subterráneo de Ipsambul a la muerte de los dos últimos sacerdotes que lo guardaban; y los que Filón y Melchor habían dejado en herencia a Zebeo, eran más que suficiente para llenar, no los días y horas de seis hombres, sino para una veintena de académicos ansiosos de levantar el pesado velo de edades pretéritas y desentrañar la verdad encerrada en ellas desde los comienzos de la especie humana sobre la tierra.

Resolvieron dividir el trabajo en tres porciones, y cada porción sería revisada y estudiada por cada grupo formado entre los más capaces de realizarlo, estando en cada grupo uno de los tres Apóstoles del Señor.

Llamaron pues a Felipe y Nicanor que también conocieron y escucharon al Divino Maestro en .sus grandes enseñanzas, pues estaban entre los setenta y dos discípulos que El llevó al Monte Carmelo el día de su despedida de les solitarios de dicho Santuario. Felipe además estuvo en contacto con El desde niño en que unos pastores dependientes del Santuario del Tabor habían protegido su orfandad. Fueron llamados también a reforzar la Academia, Dionisio de Caria. Marcelo de Ostia y Livio de Marsella los tres excursionistas de la ciudad subterránea, que habían demostrado no solo su capacidad como intérpretes y traductores de lenguas muertas; sino su gran entusiasmo por la histeria, la antropología, la arqueología ciencias atrevidas y audaces que levantando velos y removiendo escombros y sepulcros y montañas, han conseguido leer todo cuanto escribieron en la piedra las edades que pasaron.

Las traducciones de lenguas muertas las tomaron Leandro, Narciso, Dionisio, Marcelo y Livio que en sus largos años de estudio en los Templos de Menfis y de Tebas estaban muy familiarizados con las originales formas de expresión y ocultos símbolos con que las arcaicas escrituras expresaban el pensamiento.

Los tres Apóstoles Juan, Matheo y Zebeo, con Boanerges, Felipe y Nicanor se dedicaron a la revisión de los escritos del maestro Filón, del Príncipe Melchcor y a los que Matheo había traído de Nadaber y de Ipsambul.

— ¿Y por qué no has comido? —le preguntó—. ¿No tienes padres ni hogar?

— ¡Oh señor!... soy hijo de una esclava que murió hace diez días de un mal contagioso y los amos me arrojaron de casa porque puedo tener el mal de mi madre.

—Y ¿es tuyo este barquillo? —le preguntó Zebeo. —Sí señor, es la única herencia que pudo dejarme mi madre. — ¿Me resistirá a mí?

—Oh *sí* señor, podemos embarcar hasta cuatro hombres en él. No tengas miedo. —Y el chicuelo plantó su remo en la arena y Zebeo saltó a bordo.

—Aquí traigo comida para varios como tú y vamos a comer juntos para iniciar nuestra amistad —dijo Zebeo abriendo el bolso que era una sorpresa para él, pues ignoraba su contenido.

Apareció primeramente una bolsita de blanco lienzo que contenía pan. Luego un cestito cerrado con queso, dátiles, higos y uvas secas. Otro cestillo cerrado con huevos de ganso cocidos, trozos de aves asadas y un pan de miel con nueces y almendras muy usado en el país como obligado adorno en toda comida.

El chicuelo palmoteo de alegría y pareció olvidarse hasta de su madre muerta diez días antes.

—Come hijo, come —le dijo Zebeo.

—Dame tú señor lo que quieras —contestó el pobre niño sin atreverse a tocar nada.

www.formarse.com.ar

Y el apóstol del Cristo, por primera vez desde que estaba en Egipto tuvo una sonrisa de satisfacción en su rostro.

Y al partir el pan para darlo al niño, pensó en que innumerables veces su Maestro lo había partido con él; y sea la magia divina del recuerdo fuertemente evocado, sea la fuerza poderosa del pensamiento saturado de amor y de fe, Zebeo vio que en el escuálido niño del Nilo aparecía la imagen astral de su Divino Maestro que tomaba el trozo de pan que le alargaba, mientras lo miraba al fondo del alma con esa divina mirada suya que hacía bajar en un instante los cielos de Dios al oscuro valle terrestre.

— ¡Maestro! —gritó Zebeo abrazando aquella imagen querida que tan profundamente grabada llevaba en su retina y más aún en su corazón.

El instante divino pasó y el Apóstol del Cristo se encontró con el pobre niño entre sus brazos, que lo miraba asustado creyéndolo loco o accidentado. — ¿Tienes un mal señor y por eso lloras? ¡No te mueras como mi madre, que ya empecé a quererte como la quise a ella!

Y el pobre niño, con el borde de su túnica rota, le secaba el llanto que la emoción le arrancaba.

—No tengas pena —dijóle Zebeo cuando pudo hablar— no tengo mal ninguno y viviré para ti mientras el Señor me conceda la vida. Come y boguemos hacia el sur que tengo ganas de remar fuerte porque he vivido a la vera de un mar y tienen las olas una dulce música para mí.

Y de un poderoso impulso, el barquichuelo saltó como un corzo al centro del río cuyas serenas aguas aparecían teñidas del rosa y oro de aquel espléndido amanecer.

La alegre locuacidad de su compañero, refrescaba el alma de Zebeo como si fuera un baño de agua vivificante. Llegaron por fin al gran canal que lleva el agua hasta el Lago Merik abierto en pleno desierto tantos siglos atrás y que aún existía aunque no con el exhuberante esplendor que tuviera seguramente en la época de los Faraones que lo crearon y de la princesa Thimetis madre de Moisés que habitó en el Castillo Fortaleza de su Isla encantada.

— ¿Quieres que entremos por el canal? —preguntó el chico. ,

—Entremos si se puede, pero dime antes cómo te llamas que aún no lo sé. —Petiko —dijo simplemente el niño.

—Bien Petiko, yo me llamo Zebeo y soy de Palestina.

— ¡Oh! aquél país debe ser dichoso si todos los hombres son tan buenos como tú.

Zebeo pensó en la terrible tragedia que puso fin a la vida de su Maestro y una suprema angustia reflejó su semblante.

—Hombres malos y buenos hay en todas partes, amiguito mío; y cuando seas capaz de comprenderlo, te referiré una historia que hace llorar mucho.

— ¡Oh, por favor!... No me la cuentes ahora hasta que se me vaya el recuerdo de lo que vi sufrir a mi madre que por cada beso que a escondidas me daba recibía un latigazo si la descubrían.

— ¡Pobrecito! —díjole Zebeo acariciándole la cabeza de negros cabellos enmarañados—. Conmigo serás dichoso, ya lo verás.

Pero no me gusta ese nombre Petiko. Te llamaré Pedrito que me recuerda a un hombre todo corazón y amor que me es muy querido.

— ¡Oh, sí señor! ¡Pedrito, Pedrito para toda la vida!...

¡Qué bien suena Pedrito! —Y el chiquillo palmeteaba de alegría como si aquel nombre nuevo fuera para él anuncio de dichas desconocidas.

El canal era corto y como corría con un marcado declive a más bajo nivel, el trayecto fue muy breve, pues la rápida corriente les llevó sin esfuerzo alguno.

Había muchas tiendas y chozas en las riberas. A lo lejos, y casi al centro del Lago se veía una tétrica fortaleza negra por efecto de la humedad y de los siglos. Algunas de sus torres tenían las "almenas rotas. La hiedra casi la cubría toda y un poderoso trirreme de muy viejo estilo se veía anclado en sus muelles.

— ¿Qué es aquello? —preguntó Zebeo señalando al vetusto edificio que aparecía en la pequeña isla central como un trozo de negra montaña.

—Los pescadores del lago dicen que es una escuela de magos que hacen crecer el río cuando hay sequía y que amansan el viento del desierto y las tormentas cuando vienen bravas.

Les llaman *Thavvanos* y el más viejo se llama *Rhes-Kaph,* es el padre de la tormenta y cura todos los males. Mi madre no pudo llegar aquí y tuvo por eso que morirse.

Zebeo escuchaba con atención a Pedrito y presentía que un fondo de verdad debía existir entre su confuso relato.

Entre las mejores instalaciones de las orillas del Lago vio Zebeo algunas tiendas que exhibían mercancías para la venta y otras de comestibles varios y productos del país.

Compró túnica y calzas nuevas para Pedrito y un gorro tejido de lana verde y rojo, puntiagudo y con borla como los que usaban los boteleros de su lago inolvidable en Galilea.

Cuando el niño vistió sus ropas nuevas, se puso serio y casi triste:

—Ahora iré a visitar a mi madre —dijo— y no me reconocerá, con esta ropa nueva que tú me has comprado, señor.

— ¿Visitar a tu madre? ¿No me has dicho que murió hace diez días?

—Si señor, pero en la sepultura vuelve a vivir y me mira sin que yo la mire. Así lo enseñan en esta tierra.

—También en otras tierras se enseña así, pero eso tiene otras explicaciones que por el momento son demasiado largas para ti. Lo que comprendo es que por aquí está la sepultura de tu madre. Vamos pues a visitarla.

El chicuelo se internó por una cerca de espinoso áloes, altos y fuertes más que un hombre de elevada estatura, detrás de la cual se levantaba un cañaveral de rumorosas hojas que parecían cantar con el roce de los vientos. En un pequeño claro del brillante cañaveral vio Zebeo muchos montoncitos de piedra.

—Este es un cementerio de los esclavos —dijo el niño con apagada voz—. Y allí es la sepultura de mi madre.

Todas las tumbas tenían una piedra mayor sobre las menudas y desiguales piedras que formaban el humilde túmulo. Y en esa piedra mayor se veían unas figuras o signos hechos con brea. Era el nombre del muerto.

Sobre la piedra sepulcral de la madre de Pedrito vio Zebeo estos signos:

En jeroglífico popular quería decir: *Kíopi* o *Chiofi* que había sido el nombre de aquella mujer.

Con una tierna devoción que conmovió a Zebeo, el niño se dobló sobre el montón de piedras para besar el nombre de su madre, y con los ojos llenos de lágrimas tuvo que escuchar este diálogo:

—Madre... soy yo... yo mismo, tu Petiko, sólo que ahora tengo ropa nueva que me compró este señor, y él me llama Pedrito porque así le gusta más, pero soy yo mismo madre que te quiero siempre como antes. No pases más pena ni cuidado por mí porque este señor que está aquí conmigo, ¿lo ves? me da muy bien de comer y me quiere mucho. Me dice que seré dichoso con él que vivirá siempre conmigo. ¡Está tranquila madre y no olvides que tu Petiko se llama ahora ¡Pedrito! ¿Lo oíste madre? ¡Pedrito!

Y un segundo beso más largo que el primero humedeció la reseca piedra en que aparecía el nombre de la esclava *Chiopi.*

Zebeo tenía el corazón estrujado de angustia y no pudo menos que arrodillarse junto a la humilde sepultura y decir entre sollozos esta intensa plegaria: ¡Señor!... ¡deshoja también tus rosas blancas de paz y de amor sobre el alma que animó este cuerpo y que tu Reino de Luz sea también para ella!

Y el apóstol de Cristo besó también el nombre de la humilde esclava.

En silencio salieron ambos del cementerio de esclavos mientras Zebeo meditaba en la horrible aberración humana que ni aún ante la inexorable muerte renunciaba a su soberbia y egoísmo.

¡"Cementerio de esclavos"... "Valle de tumbas reales"! —murmuraba Zebeo con implacable indignación. ¡Oh Egipto, Egipto de "los Templos como fortalezas, de los Hierofantes sabios, de los grandes Sacerdotes faros de oculta sabiduría!... ¿Qué hiciste de la amorosa fraternidad de los Kobdas de toga azul, del amor inefable de Abel, de Bohindra, de Adonai y Solania que respiraron este mismo aire y sintieron el rumoroso cantar de tu Nilo milenario?...

— ¿Qué es lo que dices señor que yo *no* te comprendo? —preguntóle el riño inquieto por el disgusto que comprendía en su compañero— ¿Te enojaste con mi madre y conmigo?

—Yo querido mío —le contentó Zebeo acariciándole la cabeza—. Pensaba en cosas muy lejanas de aquí.

— ¿Me enseñarás el Lago, Pedrito, que debe guardar muchas bellezas? —preguntó.

—Si señor y te haré conocer mis amigos... quiero decir los amigos de mi madre. Casi todos son esclavos que ya no sirven para el trabajo, y viven de la pesca porque el lago es abundante de buen pescado. Los magos que viven allí —y señaló el oscuro torreón de la Isla— sembraron el buen pescado como se siembra el trigo en los campos. Más rico pescado que éste, no lo hay en ninguna parte.

www.formarse.com.ar

— ¡Hola Petiko!... —le gritaban algunos al pasar—. ¿Prosperas eh?

— ¿Es un rico extranjero tu nuevo amo? —decíanle otros.

Y el chicuelo miraba a Zebeo sin atreverse a dar contestación ninguna como no fuera con movimientos de cabeza, con forzadas sonrisas o miradas furtivas de sus ojitos llenos de inteligencia.

Por fin se acercaron a un tenducho donde exhibían cantarillos de leche fresca, fuentes de manteca y de quesos.

—Leche fresquita de camella, amo, deliciosa, como un jarabe —expresó mimosamente una linda adolescente con su delantal muy blanco y la correspondiente diadema de lotos que lucían casi todas las doncellas de las orillas del Lago.

Zebeo se acercó a la tienda llevando a Pedrito al lado.

—Dos tazones de leche —expresó, poniendo sobre la mesa una moneda de plata.

La joven les sirvió al momento y acariciando la cabeza del niño le dijo:

—La suerte vino a tu encuentro Petiko, y te felicito de veras.

—Gracias Thabita, pero ya no me llamo Petiko, sino Pedrito.

— ¿Cómo?

—Sí —intervino Zebeo—. Le he adoptado como hijo y le he dado un nombre de mi país.

— ¡Oh dichoso tú!... ¡Ya no eres esclavo!... ¡Si te viera tu pobre madre!...

— ¡Ya se lo conté todo! —se apresuró a contestar Pedrito— y debe estar muy contenta.

—Bebe la leche y vamos —díjole Zebeo temeroso de que en su alegre charla el niño dijera alguna inconveniencia.

En eso apareció apoyada en dos muletas una mujer enflaquecida en extremo y con una gran fatiga que parecía ahogarla por momentos.

— ¡Mira madre a Petiko!... ¡Si tuviera yo la suerte de él! Este señor lo adoptó por hijo y le ha cambiado hasta el nombre. Ahora se llama... ¿Cómo era?

— ¡Tontuela!... ¡Pedrito, Pedrito, Pedrito para toda la vida!

Zebeo tuvo que reírse de la fogosidad de su pupilo para anunciar su nuevo nombre.

Tan gran alboroto promovió entre aquellas pobres gentes la transformación de *Petiko en, Pedrito,* con túnica y gorro verde y rojo que lo asemejaba a un granado en flor, que pronto se vio Zebeo rodeado de una porción de hombres, mujeres y niños que lo miraban como a un personaje extraordinario.

Su hermoso tipo de sirio-libanés, sus dulces ojos castaños como su cabellera y su barba, unido todo ello a su flamante vestidura color nogal oscuro con amplia pelerina y gorro cilindro, fue tomado por un Escriba sagrado del Templo de Osiris, o un médico extranjero de las Escuelas de Siracusa.

Zebeo oyó innumerables voces que decían:

—En este rincón del Lago, todos somos esclavos, Señor, arrojados por los amos... ¡Ten piedad de nosotros como la tuviste de Petiko!

Y sobre todas las voces Zebeo reconoció la de la vendedora de leche de camella que decía:

— ¡Mi madre tiene los días contados y quedaré sola en el mundo!...

Volvió el apóstol la vista hacia ella y la vio que llorando socorría a su madre que presa de una horrible convulsión se retorcía entre un charco de su propia sangre, pues sufría de hemorragias intestinales.

Con el alma estremecida de horror, Zebeo quedó como clavado en aquel lugar. Una inmensa onda de amor le invadió de pronto y exclamó:

— ¡Maestro, Señor mío!... ¡tu montoncito de tierra sólo es capaz de absorber como agua turbia todo este dolor que le rodea!...

Y se acercó a la mujer enferma que había caído en tierra y se debatía en el convulso estertor de su terrible agonía. Con sus grandes ojos dilatados lo miraba fijamente mientras le señalaba su hija que lloraba desesperada a su lado. Tenía ulceras cancerosas intestinales que terminaron por fin con su dolorosa vida. Unas horas después otro montón de piedras detrás de la cerca, de áloes, en el cementerio de los esclavos, indicaba que allí dormía la infeliz esclava madre de Thabita, al lado de la madre de Pedrito.

www.formarse.com.ar

Cuando llegó el mediodía, el Apóstol de Cristo se encontró dueño de una veintena de chicuelos, varones y mujeres, amigos todos del dichoso Pedrito, que suplicaban a Zebeo en todos los tonos que tuviera compasión de ellos.

Sucios, harapientos, con el hambre y el mal estado físico bien marcado en todo su aspecto, el recién llegado Estudiante de Alejandría, no sabía qué camino toman,

— ¿He de adoptar a todos como hijos míos? —se preguntaba en silencio a sí mismo.

Y en ese preciso instante le vino a la mente el recuerdo de la epidemia de Sevtópolis cuando su Maestro, después de curar a los que podían ser curados y de enterrar a los muertos se hizo cargo de sesenta y dos huérfanos de aquella horrorosa tempestad y sin vacilar ni un momento se encaminó con ellos hacia las grutas del Monte Carmelo.

Algo así como una voz íntima que le hablara dentro de sí mismo le decía: "Es el comienzo de tu camino que se abre ante ti como tú lo has pedido. Es el cimiento de la obra que quieres construir en mi Nombre. De las arenas del desierto brotan hijos de Dios que esperan de ti la luz y la vida".

Y mientras Zebeo prestaba atención a esta íntima voz que le hablaba, se había quedado firme de pié a la vera del lago en cuyas doradas olas se reflejaba su hierática figura como una escultura de negro basalto.

Los chicuelos le miraban asustados temiendo el enojo del extranjero ante sus reiteradas exigencias, y algunos comenzaban a retroceder a pasitos lentos. Había allí mismo tantas cañas tiradas por la arena y ya creían ver que aquel señor tomaría la más fuerte y larga de todas para librarse a latigazos de aquella bandada hambrienta y haraposa que le tenía cercado!

Pero Zebeo era un apóstol de Cristo del amor que les había repetido hasta el cansancio:

"Ama *a tu prójimo como a tí misino, que esa es toda la Ley"* y mansamente les dijo a todos:

— ¡Está bien!... ¡Puesto que así lo queréis, todos sois hijos míos! ¡Venid! —Se acercó a la tienda de la vendedora de leche de camella y agotó los canterillos dando de beber de ella a todos. Thabita la repartía sin control ninguno. ¡Era hija también del piadoso extranjero y todos aquellos niños lo eran así mismo!

Pedrito miraba todo esto con azorados ojos. Y cuando Zebeo llevó a todos a la tienda de ropas para que dejaran sus harapos y vistieran de limpio, se acercó al apóstol con los ojitos llorosos y la voz angustiada, y tirándole de la manga para llamar su atención le dijo:

— ¡Señor!... ¡Yo era tu hijo!... Y ahora ¿qué seré entre tantos?

— ¡Pobrecillo! ¡Siempre eres mi hijo... mi primer hijo! —le contestó conmovido el apóstol mientras el niño se abrazaba fuertemente de él sintiéndose de verdad el primer hijo de Zebeo Apóstol de Jhasua.

¿Qué hará Zebeo con aquella veintena de criaturas varones y mujeres y veintiuno con Pedrito su primer hijo adoptivo? —preguntará el lector.

Y esa misma pregunta se hacía él sentado sobre el tronco de un árbol mirando como el lago se poblaba de gaviotas y de cisnes que picoteaban las yerbas de la orilla donde anidaban larvas y lombrices.

—"El Padre Celestial alimenta a todas sus criaturas aún esas que no siembran ni siegan, como decía mi "Maestro", —pensaba en silencio, mientras los chicuelos rientes y felices habían invadido la tienda de Thabita y comían pan, queso y manteca de la venta.

Zebeo se les acercó y viendo los nobles sentimientos de la niña que nada mezquinaba de cuanto tenía, le dijo:

—Hija mía, como Pedrito, eres mi primera hija, y si tienes sitio en tu pobre tienda, no negarás un rincón a cada uno de estos otros hijos míos.

— ¡Todo cuanto tengo es tuyo, Señor! —dijo la niña abriendo una puertecilla interior que dejó ver la cocina, y detrás un cobertizo donde dos camellas con crías rumiaban las tiernas hojas del cañaveral vecino.

—¿Son tuyas? —preguntóle Zebeo.

—Si señor; fue todo lo que nos dejó el amo cuando despachó a mi madre por su enfermedad. De ellas hemos vivido hasta hoy.

—No fue tan mal amo —dijo Zebeo—. Tú eres la mayorcita de mis hijas mujeres que sois cuatro. Tú eres pues la hermana mayor a la cual obedecerán todos en ausencia mía. Y vosotros todos chiquilines que apenas levantáis tres codos del suelo, seréis dóciles y sumisos con vuestras cuatro hermanas que cuidarán de vosotros hasta que yo vuelva de aquí a pocos días.

Mientras tanto todos a trabajar.

www.formarse.com.ar

Y el Apóstol de Cristo con su numerosa prole se dedicó a traer lienzos de heno y paja seca para los lechos, hojas de caña y apio siempre verde para las bestias que debían alimentar aquella inesperada familia que el Padre Celestial ponía bajo su "tutela.

Viendo la noble acción del extranjero, los vecinos del lago acudieron a ofrecerse a él para cuanto creyera que podían serles de alguna utilidad.

Ya comprenderá el lector que aquella pobre aldea de esclavos inútiles, de mendigos inválidos y de huérfanos sin techo ni hogar, tuvo la fuerza y la virtud de producir en el alma del noble Zebeo tan maravillosa reacción que él mismo se desconocía.

Una alegría vehemente le dio nuevas energías, a tal punto que apenas pasado el medio día, había puesto en movimiento a toda aquella infeliz porción de humanidad, escoria y deshecho de la otra humanidad \ fuerte, feliz, triunfadora!...

Los unos cortaban cañas y juncos para hacer nuevos cobertizos. Los otros sacaban tierra mojada de las orillas del Lago para mezclar el pedregullo que los más fuertes arrastraban en retazos de velas que los pescadores arrojaban en la costa, y con lo cual levantarían las paredes de las nuevas chozas que iban a construir.

Los niños arrancaban hierba tierna para las pocas bestias que tenían como única fortuna: el uno, dos o tres cabritas, o cuatro o cinco ovejas, otros algunos asnos viejos que cargaban el sacó de los mendrugos recogidos de semana en semana en los mercados de Alejandría, otros media docena de gansos o patos silvestres que les daban la ofrenda de sus huevos, único lujo en sus pobres comidas.

Y Thabita la más afortunada entre aquella porción de pobres, pues tenia dos camellas con cría, era la *flor de loto* de la mísera aldea, que el Divino Maestro daba a Zebeo como cimiento de su obra de apóstol que debía realizar.

Si un espectador imparcial hubiera observado aquel heterogéneo conjunto, habría reído y llorado a la vez. Habría extraído el más profundo conocimiento del alma puesta al contacto de fuerzas benéficas que actúan en determinados momentos transformando, modificando, resucitando digámoslo así lo que parecía destruido para siempre, aniquilado, deshecho, muerto!

Los que antes caminaban con dos muletas, dejaban una para que un brazo les quedara libre y apto para recoger las cañas y los juncos que los sanos cortaban.

Los que dormían siempre tirados sobre una piel de cabra porque sus piernas paralíticas no se movían, se sentaron entre pilas de hojas de palmeras que convertían en fuertes fibras para atar las cañas y formar los techos que cubrirían luego de palmeras y de tierra.

Y Pedrito... el ex Petiko, como si le hubiesen inyectado mercurio en el cuerpo corría y saltaba como un monito que era todo ojos y oídos para atender a todo cuanto pedían los que no podían moverse.

Y Zebeo era el coloso fatigado, impulsando a todos al trabajo fértil, pues recordaba que antes de media noche tenia que estar a la puerta de la austera Escuela del maestro Filón.

Antes de anochecer quería dejar armado y listo un gran cobertizo que sirviera de dormitorio común para todos los hijos varones que quedarían bajo la tutela de algunos mendigos viejos, mientras las mujercitas en la tienda de Thabita con dos viejas esclavas cojas por el reuma, estarían regularmente guardadas hasta mejores tiempos.

El comerciante que vendía telas, ropas y calzados se movió a compasión viendo el desinterés y nobleza de Zebeo que así se sacrificaba por aquellos pobres seres a los cuales recién conocía, e hizo donaciones de importancia en ropas, calzado y lonas para abrigar la nueva tienda.

Era la mitad de la tarde cuando vieron que una lancha se desprendía de los muelles del negro Castillo *y* remaba hacia la orilla ocupada por los mendigos. Como Zebeo prestase atención, uno del grupo le dijo: —No te alarmes amo, que es el portero del Castillo que nos trae el pan. — ¿Ah, si? ¡os traen el pan!

—Si amo, todos los días *a* esta misma hora nos traen una gran cesta de pan que lo hacen allí mismo.

Y si no amo ¿cómo habríamos de vivir con solo el pescado del lago, los que no podemos salir a pedir limosna?

— ¡Oh el Padre Celestial! —Exclamó el Apóstol de Cristo—. ¡Cuan grande y bueno es el Padre Celestial que cuida de todos!

—Ese buen señor será quien te mandó a tí amo a venir a nuestra aldea —dijo un viejo que había escuchado la exclamación de Zebeo. —Seguramente, no lo dudéis —contestó el apóstol.

www.formarse.com.ar

—¡Y se llama *Padre Celestial!* —añadió el anciano—. Bueno sería que le traigas por aquí amo cuando vuelvas otra vez. Es justo que le conozcamos y le demos las gracias porque te mandó a venir a socorrernos. En el barquillo de Petiko cabrá también él aunque sea grande y gordo.

Zebeo no pudo menos que sonreírse disimuladamente ante la completa ignorancia de aquellas gentes que jamás habrían oído el clásico nombre, tan sagrado y familiar en su tierra natal: *PADRE CELESTIAL.*

El apóstol se sentía verdaderamente cansado y su recuerdo le traía la visión de la ruda jornada de Damasco, la hermosa capital árabe, a. donde acompañó al Maestro años atrás. Aquel era un numeroso pueblo de jornaleros y esclavos, y su Maestro... su incomparable Maestro, tuvo el amor bastante para hacerlos felices a todos, para enternecer el corazón de los poderosos magnates en beneficio de las clases humildes y desposeídas, para hacerles abrir sus arcas repletas de tesoros incalculables, que tan solo les producían el placer enervante y sibarita de saberse dueños de ellos. Y más aún para hacer florecer la esperanza en millares de hombres, mujeres y niños a quienes era insuficiente el mezquino salario que recibían de los ricos terratenientes.

¿Por qué no había de ser él capaz de remediar la dolorosa situación de esa mísera aldea de esclavos y mendigos, deshechos de la sociedad que les abandonaba como a animalejos muertos?

Mientras Zebeo descansaba unos instantes con aquellos grandes y santos recuerdos, la barquita del portero del castillo ancló en la orilla y bajó la gran cesta de pan que era la diaria y pobre esperanza de aquellos infelices.

—Cara de fiesta tenéis esta tarde —díjoles el buen hombre comenzando el reparto.

—Tenemos un amo bueno que nos dio hoy de comer y nos vistió de nuevo... —gritaban todos a la vez.

— ¡Ya lo veo!... ¡ya lo veo! —decíales el portero del castillo y echaba miradas escrutadoras a Zebeo que continuaba sentado sobre el tronco de un árbol.

—Eres un Escriba del Templo y piadoso de corazón —díjole por fin deseando saber que hombre era aquel que hacía el bien a gentes de las que nada podía esperar.

—De todo un poco amigo, —le contestó Zebeo—. También tú eres de buen corazón que traes pan a los que no lo tienen.

—Me mandan de allá adentro —y el hombre señaló al Castillo.

—Soy extranjero en Alejandría —añadió Zebeo—, y todo aquí me llama la atención. ¿Quien vive en ese viejo Castillo que parece un monumento del tiempo de los Faraones?

—Y es así señor... y lo habéis adivinado. Pero no sé si me creeréis, aunque digo la pura verdad: no sé quien vive allí, ni he visto jamás ningún rostro humano, y conste que hace doce años que hago los oficios de portero.

— ¡Pero hombre! ¿no acabas de decir que te mandan de allí a traer el pan?

—Si, señor. Alguien de adentro hace girar un gran torno *y* sale la cesta con pan. Hace doce años cuando vine por primera vez por la recomendación de un sacerdote de Osiris (y el hombre hizo una gran reverencia) ya vine sabiendo todas mis obligaciones entre las cuales estaba la de traer esta cesta de pan y repartirla entre esta gente de aquí. Cuando un hombre sabe su deber no es necesario recibir nuevas órdenes. El torno gira y sale de allí lo que tiene que salir. El torno vuelve a girar y yo pongo en él todo lo que del exterior entra para los habitantes del Castillo. Supongo que no deben ser muchos porque lo que hago entrar por el torno es bien poco. Cada tres lunas unos sacos de harina, un cántaro de miel, una cesta de quesos, un fardo de cera y dos cántaros de aceite uno y manteca el otro.

— ¿Son hombres o mujeres los recluidos allí? —volvió a preguntar Zebeo que estaba asombrado de lo que oía.

—Tampoco puedo satisfacerte en esto señor porque no lo sé. Te parecerá mentira pero es la pura verdad.

—Y estás todo el día a la puerta de ese Castillo.

—Todo el día, sí señor. Gira el torno y sale mi comida que alcanza para mi vieja compañera y un perrito que vive con nosotros. Gira otra vez el torno y devuelvo el cesto en que me la mandaron.

No se precisa hablar. Cada luna acudo a la puerta de un mayordomo del Templo y recibo el salario convenido por mis servicios y a veces algún buen regalito para mi mujer. No puedo quejarme.

—En efecto, es como dices. Gracias amigo por tus noticias. Yo soy Zebeo, Estudiante de la Escuela del Maestro Filón en Alejandría y he resuelto hacer lo que pueda por esta gente en mis días libres. Si en algo puedo servirte...

—Gracias señor. Yo soy Malecio el Portero del Castillo del Lago Merik.

www.formarse.com.ar

Se había terminado el reparto de pan, y el buen hombre saltó a su barca y volvió la proa hacia el negro promontorio que empezaba a esfumarse entre las sombras del bosque que le rodeaba y las tenues claridades de la tarde que moría.

Era por suerte una noche de luna creciente, lo cual ayudó a Zebeo a permanecer en la aldea una hora más hasta dejar terminado el cobertizo —alcoba para los niños varones.

Regresaría en el barquillo de Pedrito, único que podía seguirle hasta la ciudad.

—¡ Mi primera noche sin madre!... —exclamó en un hondo sollozo la infeliz Thabita cuando Zebeo se despedía de ella—. ¡Señor! ¿por qué no me llevas contigo como a Pedrito?...

—No puedo hija mía porque donde yo vivo solo entran los hombres y aún no sé si podré entrar allí a Pedrito. Pero no temas nada, que yo volveré por ti.

— ¿Tardarás mucho tiempo en volver? —tornó a preguntar la niña.

—No lo sé, hija mía, pero estoy cierto de hacerte llegar con Pedrito un mensaje de aquí a tres días. Y entonces te diré cuando he de volver.

Dos hilos de lágrimas corrían por el pálido rostro de la jovencita para quien era dura pena no tener ya su madre y ver que se alejaba aquel hombre bueno que se había compadecido de ella. Zebeo Sufría también.

— ¡Valor hijita! —le dijo, —puesto que eres la mayor y la primera de mis hijas, quiero que seas valiente para que puedas ayudarme a serlo yo también. —La pobre niña se arrodilló a sus pies y se abrazó de sus rodillas llorando como enloquecida.

Todos los que miraban esta dolorosa escena estaban enternecidos. Las dos viejas esclavas intervinieron, viendo el dolor de aquel hombre bueno que tenía prisa de volver y se veía retenido por el desesperado dolor de Thabita.

Con suaves palabras de consuelo y de esperanza, Zebeo logró .calmarla y dándole un beso en la frente, saltó al barquillo de Pedrito que se balanceaba en el canal, a donde todos habían acudido para despedirle.

El amor agradecido de aquel grupo de seres dolientes para su inesperado benefactor, de tal modo conmovió a Zebeo que durante un largo rato no pudo articular palabra.

Remaron fuertemente en contra de la corriente y Pedrito muy práctico en los canales del Delta del Nilo, enderezó la proa por el canal que pasaba rozando con la muralla oriental de la ciudad, con el fin de que su protector llegase más pronto a su destino.

Los Estudiantes de la Escuela de Filón tenían libre entrada por la puerta del sur, con solo dar el nombre del Instituto a que pertenecían. En el Pórtico de la entrada encontró Zebeo a cuatro de sus compañeros de aulas que habían llegado unos momentos antes que él.

El portero les dijo que aún no había sonado la campana de la media noche y que por tanto encontrarían todas las galerías abiertas.

— ¿Puede entrar a mi alcoba este niño huérfano que encontré a orillas del río? —preguntó al portero.

— ¡Oh sí! señor Estudiante, eso es muy común por aquí. Basta que mañana arregléis el asunto con el Maestro Director.

— ¡Eso está claro! —contestó Zebeo—. Gracias y hasta mañana.

—Y sigilosamente penetraron todos a su respectiva galería, no sin comentar en secreto con sus compañeros la extraña aventura de que en su primera salida, volvía el Estudiante sirio con un huérfano de la mano.

Y durante los días subsiguientes, en la desolada aldea de los esclavos inútiles, hubo una desbordante alegría unida al recuerdo del hermoso extranjero cuyos dulces ojos castaños lloraban compartiendo sus angustias y tenía en su boca palabras de miel que hacían nacer la esperanza y florecer el amor.

¿Quién sería y de qué extraño país habría venido como traído por genios tutelares y bajado de una estrella lejana para dar luz a sus tinieblas?

Y les amaba a todos ellos que solo habían recibido latigazos en su vida de dura servidumbre y al final de la cual se veían allí arrojados como escoria de muladar.

Todos trabajaban afanosamente y hablaban más aún repitiendo cien veces iguales comentarios sobre aquel hombre extraordinario.

Solo Thabita callaba y su triste y permanente silencio comenzó a ser un misterio y un enigma que ninguno allí sabía interpretar.

www.formarse.com.ar

Cuando había ordeñado sus camellas y les había dado su ración de pasto tierno, colocaba en la mesilla de su tienda los cantantes de leche, el tazón de manteca y los pocos quesos que le quedaban. Se colocaba el blanco delantal y la diadema de lotos y se sentaba con su ovillo de esparto para tejer sandalias a la puerta de su tienda desde donde sus ojos tristes miraban al pequeño muelle del canal donde siempre amarraba Petiko su barquillo... La pobre niña esperaba y soñaba... tenía dieciséis años y en todos ellos solo había conocido el dolor, la miseria, la maldad humana en todo su refinamiento de egoísmo y de crueldad. ; Su almita inocente y pura estaba entumecida de espanto y de frío! ¡Pero tenía alas que parecían querer desplegarse a los rayos del sol y tenderse a volar como las gaviotas y los cisnes que se acariciaban bogando sobre el lago sereno!...

Sus compañeritos y las dos viejas esclavas que el extranjero puso a su lado, atribuían aquel silencio y tristeza a la reciente muerte de su madre, y refiriéndole tiernas leyendas sobre la dicha de las almas que *"el buen piloto del barco de oro"* lleva a otro mundo, buscaban alegrar su corazón y obligarla a salir de su hosco silencio.

¡Todo inútil!

Cuando pasó el día tercero y bajaba el sol detrás del negro promontorio del Castillo y las sombras del anochecer comenzaban a ennegrecerlo todo, Thabita fue a sentarse en el rústico muelle del canal donde Petiko amarraba el barquillo todas las tardes cuando su madre vivía. Le traía la limosna que le habían dado, los sobrantes del mercado, las frutas que pudo recoger en algún huerto abandonado. Y la pobre niña lloraba silenciosamente esperando en vano el mensaje que el extranjero le había prometido enviar con Petiko al día tercero.

Empezaba a levantarse la luna envuelta en redecillas de plata y Thabita sintió lejos aún, el chasquido de remos en el agua. Se levantó sobre la piedra más alta y escudriñaron sus ansiosos ojos las aguas del tortuoso canal cuyas orillas cubiertas de enormes áloes y espesos juncales no le permitían ver a lo lejos.

Pero demasiado pronto y cuando menos lo pensaba, el barquillo estaba, allí, tocando la orilla y el extranjero clavando en la costa un remo, saltaba sobre las piedras del muelle.

El grito de alegría que se escapó de los labios y del corazón de Thabita resonó en las chozas de la aldea, y los que aún no dormían corrieron a saber la novedad.

La pobre niña había caído de rodillas a los pies del apóstol y abrazada a sus rodillas decíale entre lloros y risas:

— ¡Volviste señor volviste! ¡oh! ¡qué santa promesa fue la tuya y qué genio benéfico el que te trajo de nuevo a la pobre aldea de los esclavos!...

Zebeo la miró asombrado y conmovido por aquel espontáneo y emotivo recibimiento.

— ¡Me esperabas, pobrecilla! —dijo acariciándole la cabeza—. ¡Al faltarle tu madre, te derramas toda entera sobre mí! ¡A descargar Pedrito! —Añadió— y pronto, que tu barquillo no resiste mucho tiempo.

Y el niño que ya se creía todo un capitán de galera, saltó al muelle y amarró su botecillo. Varios esclavos se acercaron a descargar fardos, sacos, cestas, y una porción de herramientas de trabajo, sierras, hachas, martillos, guadañas y hasta un telar con su correspondiente bolsa de lanas en ovillos listos para tejer.

— ¡Santo Osiris!... ¡madre Isis! —gritaban los esclavos. — ¡Genios del Nilo nos hacéis nacer de nuevo en esta tierra de miseria y esclavitud!

—Callad, callad —decíales Zebeo ayudando en la descarga— y llevemos todo a la tienda para que celebremos con una espléndida cena, no a Osiris ni a Isis sino al Maestro Nazareno que me abrió su Reino sobre la tierra que baña el Nilo!

El bullicioso grupo de chiquillos jubilosos acabó por despertar a los que dormían cansados de las tareas extraordinarias que habían cumplido y Pedrito corría a cada instante hacia el pequeño muelle con una antorcha de cáñamo encendida.

— ¿Se puede saber qué esperas Pedrito en el muelle del canal? —le preguntó uno de los esclavos del grupo.

— ¡Oh!... esa era la sorpresa, pero no aguanto más sin soltarla a volar. Mi señor y yo tenemos invitados que no tardarán en llegar.

En efecto: a poco sintieron todos, los alegres cantares de voces juveniles y en idioma extranjero. Eran los dos vecinos de celda de Zebeo, más un joven estudiante originario de Arcadia que cobró afecto de hermano al sirio libanés de tan suave carácter. Los dos vecinos de celda eran el uno de Marsella y el otro de Cartagena. Los tres de países diferentes, o sea un arcadio de la antigua Grecia, otro de la Galia y el tercero de la Iberia, todos súbditos de la Roma de los Césares, señora del mundo de entonces.

www.formarse.com.ar

La original aventura de Zebeo les había sugestionado y Filón mismo al conocerla pensó que el humilde apóstol de Cristo tenía fibras de acero en el alma como para extraer filones de oro puro aún de los peñascales-desnudos del desierto.

Los tres que bajaban en el pequeño muelle del canal eran Lastenio de Arcadia, Clodoveo de Marsella y Ginés de Cartagena. Hoy diríamos un griego, un francés y un español.

Eran justamente los que más extranjeros se sentían en las aulas del Maestro Filón y los que desde el primer encuentro sintieron la honda simpatía hacia el modesto y afectuoso sirio, que irradiaba tanta bondad y compañerismo que atraía a todos, más aún a aquellos que sentían lo nostalgia de la patria lejana y esa fría soledad que de ordinario sigue como una sombra al que vive en un medio ambiente que le es extraño y lejos de sus familiares.

Dejamos a la imaginación del lector el pintarse él mismo la comida aquella a orillas del lago, con la algazara de los chiquillos y la pobre y tardía satisfacción de aquellos dolientes seres que en el ocaso de sus torturadas vidas... vidas de esclavos y de mendigos, transcurridas entre el odio y el desprecio. Veían acaso por primera vez que un hombre extranjero les abría su corazón, les prodigaba amor, ternura, conmiseración y les decía en su lengua Siria dulce como el canto de las alondras: "De hoy en adelante sois mi familia, y viviré para vosotros hasta que consiga haceros conocer la paz y la dicha en vuestra vida".

Los niños jugaban en alborozado conjunto. Solo Pedrito y Thabita no habían podido separarse un momento de Zebeo.

Ambos comían del cestillo en que él comía, y las castañas y nueces se las ofrecían peladas y limpias. Sentarlos sobre el césped, era de ver el cuidado de Pedrito de que siempre estuviese con vino la escudilla de barro de Zebeo la ternura con que se la ofrecía: — ¡Bebe, padre! ¡bebe! —Mientras la niña cuidaba de que el blanco paño que ella pusiera sobre las rodillas de Zebeo se mantuviera con la mayor pulcritud.

Los amigos de la Escuela le decían bromeando:

— ¡Mago sirio! ¿qué sortilegio tienes para conquistarte el amor?

Y él riendo afablemente les contestaba:

—Lo que se siembra, eso se recoge. Desde que llegué aquí estoy sembrando rosas... y rosas estoy recogiendo.

Después de la frugal cena en conjunto, los viejos y los niños se durmieron, debido acaso al buen vino que quizá por primera vez en su vida habrían tomado.

Era llegada la hora de las confidencias para los cuatro amigos, de los cuales Zebeo era el mayor. Le seguía Clodoveo de Marsella que contaba 34 año? mientras Ginés de Cartagena y Lastenio de Arcadia apenas llegaban a los treinta.

Los cuatro vibraban a un mismo tono, pero Zebeo tenía la superioridad de haber bebido en las fuentes divinas de Cristo en su reciente vida terrestre.

—Habéis visto el escenario y los personajes —dijo Zebeo iniciando la conversación. — ¿Creéis como yo que podemos hacer obra con tan pobres elementos?

—Después de nuestra confidencia con el anciano Príncipe Melchor y con el maestro Filón sobre esto, creo si poder esperar que no sea perdido nuestro tiempo. —contestóle Clodoveo.

Habían elegido la lengua latina para hablar, que era la única conocida por los cuatro. Y así, no comprendiendo nada, Pedrito fue cayendo lentamente bajo el dominio del sueño y hecho un montoncito junto a Zebeo se quedó dormido.

Solo Thabita velaba y su costumbre de no tener las manos quietas, la indujo a recorrer la orilla del lago recogiendo todas las flores de junco y de loto que encontraba abiertas.

Embebidos los cuatro amigos en su interesante conversación no ponían su atención en ella. De pronto la sintieron lanzar un grito de espanto y que sin soltar las puntas de su delantal blanco lleno de flores, corría hacia las pobres tiendas de su refugio.

— ¿Qué pasa, qué pasa? —le preguntaron los cuatro amigos a la vez.

Y como el espanto no le permitía hablar, Zebeo se le acercó hasta ponerle su mano en el hombro mientras le decía afectuosamente:

— ¿Qué tienes Thabita, qué tienes?

Con una respiración fatigosa y los ojos muy abiertos miraba hacia el Castillo casi sin poder hablar. Por fin, cayendo al suelo sin aliento pudo decir:

www.formarse.com.ar

— ¡Los magos de allí... han salido y a nado vienen hacía aquí! ¡Huyamos, huyamos que pereceremos todos si nos ven!...

Los cuatro amigos se miraron y volvieron la vista hacia el castillo que a la luz blanca de la luna resaltaba más su negra silueta destacándose del bosque que lo rodeaba.

—Esto coincide con las revelaciones que sobre ese asunto te hizo ayer el Príncipe Melchor —dijo Ginés.

— ¡Es cierto! —confirmaron los demás.

—Tranquilízate hija mía, que no recibiremos daño alguno —dijo Zebeo a la niña —pero es bueno que entres a la tienda con tus compañeras y nos dejes solos para atender a esos infelices que ya se perciben a la luz de la luna los primeros que se acercan.

— ¡Te matarán a tí padre y otra vez estaré sola en el mundo! —murmuró llorando Thabita.

— ¡No tengas miedo, no sufriré daño alguno!... Te llamaré de nuevo cuando debas salir. Vé a la tienda.

La niña obedeció no sin mirar con terror hacia el lago donde ya se percibían claramente los que a nado se acercaban a la orilla.

Para nuestro lector que estará ansioso de conocer las causas de este inusitado acontecimiento, daremos las necesarias explicaciones.

Promovidas por la original aventura de Zebeo con los esclavos y mendigos del lago Merik, habían tenido lugar algunas confidencias con el anciano Príncipe Melchor, el más antiguo y respetado Consultor de las Escuelas de Filón, y el que más obligado se consideraba a proteger al Apóstol de Cristo que acaso El mismo ponía bajo la tutela espiritual del anciano amigo que le reconoció en la cuna.

A las justas indagaciones de Zebeo sobre el vetusto y tétrico Castillo del Lago Merik y de sus invisibles moradores, el Príncipe Melchor que no obstante su vieja vinculación con el antiguo culto del sacerdocio egipcio, su alma lúcida se había abierto a la nueva orientación que el Mesías trajo a la tierra y se había dedicado a seguirla en todos sus aspectos de sencillez, de fraternidad, de igualdad, dio en presencia de Filón las siguientes explicaciones:

—La severidad en las leyes de los Templos, no es hoy más que una sombra de lo que fue en los tiempos remotos de su esplendor y grandeza. Los aspirantes al conocimiento de los más ocultos misterios de la Sabiduría divina, venían por decenas en cada luna; y venían hasta de las más apartadas regiones del mundo. Se dio el caso repetido varias veces de llegar a los Templos, espías piratas, bandoleros pagados por los déspotas reyes Asirios o de otros pueblos semi bárbaros, para averiguar a fondo la causa de la fortaleza invencible y de! supremo poder del Sacerdocio Egipcio que imponía sus normas a los Faraones, que les moderaba en sus actos de gobierno y hasta les destituía si se excedían en sus poderes o no cumplían debidamente su mandato.

Las invasiones extranjeras que por varias veces avasallaron al Egipto, fueron originadas por la facilidad y benevolencia con que el Alto Consejo de los Hierofantes había accedido a la entrada a los Templos a los falsos aspirantes a la Iniciación. De ahí vino la ruda severidad de las leyes del Templo, entre las que se promulgó la pena de muerte para el aspirante que habiendo sido aceptado a las primeras pruebas y conocido algunos de los secretos tan celosamente guardados fallaba a la mitad de camino o era descubierto en relaciones con gentes del exterior.

Y os espantaríais de ver la llamada *Cripta de los traidores,* los esqueletos decapitados que están adheridos al muro sosteniendo en sus huesosas manos su propio cráneo donde anidan los murciélagos o tejen sus redes las arañas.

Pasados los siglos, los Grandes sacerdotes, estudiando al Eterno Invisible siempre, sintiendo la cálida influencia de su Amor Universal para todo ser viviente, volvían a suavizar la rigidez de su justicia para aquellos que aspiraban a conocer las leyes de la Suprema Potencia y a mitad del camino les faltaban las fuerzas. Y la pena de muerte fue anulada para siempre, quedando en su lugar la reclusión perpetua y absoluta para todo aquel que habiendo penetrado a los claustros sagrados, realizado algunas pruebas y escuchado las siete primeras enseñanzas, se volviera atrás en el camino emprendido.

Esa resolución es tan severa que prohíbe ver, hablar, escribir, ni aún hacer conocer su existencia a persona alguna de la tierra. A este precio conservan su vida.

En la última centuria hubo para el Sacerdocio Egipcio un grande descubrimiento. En la más profunda cripta del templo que adosado al Castillo de la Isla, puede verse hacia el sur, dando toda la vuelta al lago, fueron hallados uno papiros entre tubos de plata y éstos entre un cofre de mármol que habían sido guardados allí por la princesa Thimetis, hija única del Faraón Ramses I y de su primera esposa la princesa Epuvia hija del Gran Sfaz de Mauritania, que se apellidaban *Hijos del sol.* Allí refería su vida, la muerte de su madre, su soledad en

www.formarse.com.ar

la Corte, su secreto amor con un joyero hebreo de la Tribu de Leví, con el cual se unió en matrimonio celebrado ante los Ancianos de Israel; el nacimiento de su hijo único *Osarsip* en jeroglíficos egipcios y que traducido al antiguo hebreo resulta *Moisés.* En la continuación del relato, los Hierofantes vinieron a saber que ese hijo de una princesa real, gran aliada, del sacerdocio, y nieto del Faraón Ramses I, era el *Moisés,* Profeta y Taumaturgo, iluminado vidente al que el Eterno Invisible dio la Ley Única escrita en tabla de piedra y entre cuyos diez mandamientos, aparecía éste: *"NO MATARAS".*

En las milenarias crónicas del Templo aparecía como un modelo de aspirantes a la Divina Sabiduría, el hijo de esa princesa real, o sea el *Moisés* que la Nación de Israel se adjudicaba como propiedad exclusiva suya.

Y un hijo de los Faraones, de los célebres Ramses, un Sacerdote de sus templos había sido elegido por el Supremo Invisible para dictarle su Eterna Ley a los hombres. Y esa Ley decía en su lengua de piedra: *"NO MATARAS".*

Fue entonces que la pena de muerte quedó anulada en el Templo para siempre. Y la figura de *Osarsip* pasó de inmediato a la galería de los excelsos Pontífices venerados como Genios Protectores de los países y pueblos en que aparecieron con vida de hombres.

De ese modo vino la reclusión perpetua a ocupar el lugar de la pena de muerte para los profanadores o traidores del Templo.-

Y fue designado el Castillo del Lago Merik, como Fortaleza inexpugnable, para esos recluidos perpetuos, a donde solo entra una vez cada año el Gran

Sacerdote de Osiris o un delegado suyo para averiguar por si mismo lo que pasa en aquella tumba de vivos.

Cuando ocurrió la conjunción planetaria del nacimiento de Nuestro Señor el Cristo —continuó el anciano Melchor— dos Hierofantes ancianos tuvieron revelación en sueños de que la conjunción anunciaba la vuelta al plano terrestre de aquel gran ser que había recibido la Eterna Ley del Infinito Invisible para la humanidad.

Pero volvía para preguntar a los hombres qué habían hecho de aquella Ley que decía:

"Me amarás con todas las fuerzas de tu alma.
No harás en mi nombre juramentos falsos.
Me consagrarás un día de descanso y oración.
Honrarás a tus padres.
No matarás.
No cometerás adulterio.
No hurtarás.
No levantarás falso testimonio.
No desearás la persona de otro.
No codiciarás los bienes ajenos.

Y comenzó la formidable lucha entre los dos Sacerdotes que recibieron la revelación y los demás del severo Consejo Sacerdotal.

Uno de aquellos dos que era segundo en la jerarquía pasó a ocupar el lugar del Pontífice que falleció siete años después de la conjunción planetaria.

Y yo Melchor de Herópolis, entré a formar parte del Consejo Supremo del Templo.

El Gran Sacerdote de Osiris me tomó como su Notario y poco a poco fui teniendo el valor y la oportunidad de revelar al austero anciano que yo había visitado en la cuna al Ungido recién llegado.

La lucha sacerdotal recrudeció tan viva en los más fanáticos de las arcaicas restricciones penales, que se llegó a un concilio para decretar la muerte del Pontífice y de quienes le apoyaban en sus ideas de renovación.

La tormenta se calmó cediendo el Gran Sacerdote al voto de la mayoría.

En el Consejo éramos nueve, y solo cuatro estábamos por la renovación Y transcurrieron cinco años más.

El Mesías Ungido del Eterno contaba doce años, y el deslumbramiento que produjo su Verbo de fuego entre los sabios sacerdotes y doctores del -Templo de Jerusalén tuvo repercusiones fuertes en el Templo de Osiris, y la lucha sacerdotal tornó a enardecerse.

www.formarse.com.ar

Había fallecido otro de los adversarios, y el Sacerdote que entró al Consejo era grande amigo mío que compartía mi pensar y mi sentir.

La cuestión subió de nuevo a la Mesa Redonda y esta vez hubo empate de votantes: cuatro y cuatro.

El Pontífice podía inclinarse a un lado u otro. Estaba harto de aquella lucha en la sombra y recordó viva como una llama la visión que tuviera la noche de la conjunción planetaria. Habían pasado ya veinte años.

En el Gran Santuario Esenio de Moab, el Ungido se consagraba Maestro de Divina Sabiduría deslumbrando con la Luz Divina que le asistía. En los Templos de Pasagarde y de Suleyman, Baltasar y Gaspar habíanlo consagrado entre sus adeptos como al Verbo Eterno hecho hombre. Y el Pontífice Photmes, inclinó el platillo y fue aceptada en los Templos egipcios la renovación de las leyes penales antiguas.

Los castigados reclusos del Lago Merik debían pues dar por terminada su dura expiación.

Pero ese asunto se dejó dormir por muerte del Gran Sacerdote, muy anciano ya.

Además, los recluidos miran desde las ojivas de sus vetustas torres ambular como fantasmas de miseria y de hambre a los infelices esclavos y mendigos de las orillas del Lago. ¿No seria lanzarse ellos mismos a esa mísera vida sin amparo de nadie, pues que todos ellos son de pueblos distantes donde hasta su recuerdo se habrá borrado?

En su forzado cautiverio tenían el techo y el pan asegurado. La mayoría de ellos llegan al medio siglo de vida.

¿Qué ideales, que esperanzas, que ilusiones pueden alimentar para lanzarse a una vida incierta, de zozobras y soledad sin un ser que les tienda la mano, sin una voz amiga que les aliente en el camino?

¡Zebeo, apóstol del Ungido del Amor! —exclamó el anciano Melchor, después de unos momentos de silencio—. ¿No entrará en el programa que te ha diseñado tu Maestro, tender esa mano amiga y dar esa voz de aliento a los infelices recluidos del pavoroso Castillo del Lago Merik?

—El tiempo me lo dirá —contestó el interrogado—. Bueno será que vosotros, a quienes me cabe la honra de tener como guías y maestros, penséis este asunto en la Divina Presencia, y que mi Maestro me dé la luz y la energía necesarias para obrar conforme a su voluntad.

Tal había sido la confidencia de Zebeo con sus sabios amigos.

Por eso él no se alarmó mayormente cuando Thabita les anunció que los magos del Castillo, se acercaban a nado a las orillas del Lago.

Y Zebeo con sus tres compañeros se acercaron con serenidad para recibirles cuando les vieron llegar fatigados a la costa.

Eran ocho y llegaban unos después de otros, con la túnica de burda lana de oveja chorreando agua y lodo y la cabeza rapada sin asomo de cabello ni de barba.

—Ten piedad de nosotros, como la tuviste de los esclavos inútiles y de los mendigos inválidos —le dijeron de inmediato a Zebeo, en cuya faz conmovida, veían claro la conmiseración más espontánea.

¡Y Zebeo la tuvo! ¿Cómo no había de tenerla?, él, que oyó decir al Cristo su Maestro desde lo alto de aquella montaña testigo de sus desbordamientos de amor divino: "¡Bienaventurados los misericordiosos porque aquellos alcanzarán misericordia!"

LAS RUINAS FLORECEN

Cambiarles las ropas mojadas por otras secas y darles un tazón de vino caliente fue la primera medida que tomaron con aquellos nuevos refugiados.

Y Zebeo habló al primero para decirles:

—Amigos, si queréis compartir la vida de trabajo, de sacrificio y de pobreza que aquí se hace, os recibimos con los brazos abiertos. Desde vuestro torreón habréis visto el esfuerzo de todos para mejorar las condiciones de vida de los habitantes de la aldea.

—Porque lo hemos visto es que nos hemos decidido a venir —contestó el que parecía tener superioridad sobre los otros—. Primeramente os rogamos que no nos toméis como delincuentes que hemos escapado del presidio donde fuimos puestos en castigo de nuestros delitos.

Fuimos aspirantes a la sabiduría oculta de los sacerdotes del Templo de Osiris y vinimos en nuestra juventud a la edad de 25 años. Fuimos débiles al llegar a las más duras pruebas a que se somete a todos los aspirantes, y la reclusión fue la pena para esa debilidad. Ya está referida toda la historia de nuestra vida y

espero que daréis fe a mi palabra, atestiguada por éstos que me acompañan. —Con solo afirmaciones con la cabeza, apoyaron los otros siete lo dicho por el compañero.

—Si amigo, sí, os creemos pues estamos al tanto de las leyes penales de los Templos egipcios. También somos buscadores de Sabiduría, pero no la buscamos en los Templos sino en la Escuela del Maestro Filón de Alejandría —contestó Zebeo.

—La época de los Misterios Herméticos, ya pasó y ahora se busca la Sabiduría a la luz del sol y ante la belleza suprema de todas las obras del Creador —añadió Lastenio de Arcadia.

—Tengo entendido —dijo nuevamente Zebeo— que vuestra condena terminó hace años. ¿Cómo es que tardasteis tanto en aprovechar la libertad que se os daba?

—Por varias razones —contestó el ex-cautivo del Castillo—. Una de ellas era el temor de lanzarnos a la vida sin los medios y sin las condiciones para vivirla después de treinta años de reclusión en el más deprimente ostracismo. Extranjeros en una tierra que nos fue tan hostil, donde nunca vimos otra cosa que la rigidez de una justicia implacable, ¿que podíamos esperar ni buscar de nadie?

La otra razón era que había entre nosotros siete ancianos de ochenta, noventa y más años que encontramos a nuestra llegada aquí y que han ido muriendo uno tras otro.

Ellos consolaron nuestras desesperaciones de jóvenes recién llegados y no era justo abandonarles en los últimos años de su vida y cuando ellos se habían encariñado tanto con nosotros.

— ¿Y ahora les abandonasteis? —preguntó Zebeo.

—Hace dos días sepultamos al último que quedaba.

—Hay muchos esqueletos muchas sepulturas y muchas riquezas que no sirven para nadie —contestó otro de los ex-cautivos.

— ¿Entonces no queda nadie en el Castillo? —preguntó Clodoveo.

—Y en el Templo que está anexo al Castillo ¿quien vive? —preguntó nuevamente Zebeo.

— ¿Conocías eso también? Es el Retiro, de los sacerdotes que han cometido algún delito y voluntariamente se someten a durísimas pruebas hasta conseguir de nuevo la Luz Divina que por su culpa perdieron. Uno de ellos era el Delegado del Consejo Superior para visitarnos una vez cada año.

— ¿Y ahora?... —preguntó Ginés.

—A medio día le avisamos que esta noche salíamos y solo nos dijo: "Que la Suprema Inteligencia os guíe". Y se hundió tras la puerta secreta que se abre en la techumbre de nuestra cripta. Y aquí estamos.

— ¿Estáis resueltos a quedar aquí? —les preguntó nuevamente Zebeo.

—Si señor, aunque sea como jornaleros o como esclavos —contestaron varios.

—Ni como jornaleros, ni como esclavos —díjoles el apóstol—. Aquí seremos todos compañeros y hermanos que lucharemos juntos para sustentar nuestra vida y ser útiles a nuestros semejantes.

—Se me ocurre una idea -—dijo Ginés de Cartagena. Todos prestaron atención—. Puesto que ese Castillo queda solo y abandonado ¿no podríamos conseguirlo para habitación, escuela y taller de todos los habitantes de la aldea?

— ¡Oh! ¡Esa es la idea cumbre! —Afirmó Lastenio de Arcadia—. Pero ¿a quién se le pide si toda esa gente parece haber perdido el uso de la palabra?

—Sería como llamar con los nudillos en la Pirámide de Ghisé —afirmó riendo Clodoveo de Marsella.

—Me parece que yo se el modo de hacerles hablar —afirmó Zebeo—. Está el Príncipe Melchor de por medio y está el Maestro Filón cuyo hermano Alejandro es Alabarca de Egipto nombrado por el Gobierno Romano.

— ¡Oh! —exclamo Ginés de Cartagena—. Son dos buenos espolones que harán hablar hasta a los obeliscos de Ransés.

Los ex-cautivos se mantenían silenciosos como si el largo tiempo de ostracismo y de abandono hubieran muerto todas sus energías.

Acaso les parecía haber hecho demasiado con la resolución de escapar n nado de aquel penoso cautiverio. Parecían tener miedo de hablar. Treinta años enterrados vivos entre las cuatro murallas de la Torre central de aquel Castillo, subiendo y bajando cien veces la escalerilla de caracol para mirar el cielo y el campo desde el último piso, única concesión que les era permitida, habíase obrado en ellos ese complejo atroz de recelos, desconfianza, temor, incertidumbre... todo junto, aplastándoles el alma como entre dos ruedas de molino.

www.formarse.com.ar

El noble corazón de Zebeo se estremecía de horror, de conmiseración, casi de espanto pues que su desarrollada facultad intuitiva estaba leyendo en la psiquis de aquellos hombres. Su pensamiento voló muy alto a- desglosar recuerdos... los tiernos recuerdos muy cercanos aún de cuanto vio hacer al Maestro... a su divino Maestro, en casos análogos a éste.

¡Sintió que en su mente parecía encenderse una lámpara votiva de luz maravillosa y que en su corazón desbordaba como un torrente, un elixir de fuego capaz de incendiarlo todo!

Comprendió que aquellos ocho hombres estaban gravemente enfermos del alma... heridos de muerte y era necesario resucitarlos... volverlos a la vida, que es luz, amor y esperanza.

Se levantó de pronto y comenzó a dar agitados pasos a la orilla del lago.

—Si somos un problema sin solución para tí —dijo uno de los ex-cautivos— dejadnos marchar y que la fuerza de nuestro aciago destino, nos lleve a donde podamos llegar.

— ¡No, amigos, no! —exclamo Zebeo—. La Ley que me ha hecho un hombre consciente, me manda amar a mi prójimo como a mí mismo; y si yo hubiese querido en igualdad de circunstancias haber encontrado amistad sincera, lealtad, esperanza y amor, debo ser capaz de daros todo eso. ¡Y sino, no valgo nada, no sirvo para nada, soy menos que estas piedras que ruedan a mis pies y que solo sirven para túmulo de humildes sepulturas de esclavos!

¡Y si yo tengo necesidad de compañerismo, de afectos recíprocos, de bondades, de ternuras que me hagan amar la vida, vosotros lo necesitáis también. Habéis tenido una madre, una hermana, una novia acaso.... habéis saboreado en vuestra juventud la dulzura de un hogar, de una familia, y también habréis soñado con el triunfo en vuestra carrera tras de la Sabiduría, después del cual pudierais aspirar lógicamente a colgar vuestro nido en la cumbre de una montaña... o a la vera de un lago como este, donde el rumor de las olas se mezclara a dulces vocecitas que os llamaran *¡padre!...* ¡Todo eso es humano, todo eso es Dios en nosotros mismos, todo eso es la realidad, es la vida!...

¡La Ley de los Templos de Osiris no es ciertamente la ley que ha sonado en mis oídos y ha encontrado ecos profundos en mi corazón!... ¡Por eso los Templos quedan vacíos con sus mármoles y su oro... se agrietan y se derrumban como el de Karnak, y el eco de los pasos en sus criptas solitarias va repitiendo incesantemente: nada, nada, nada!

¡Maestro, Maestro mío! —clamó Zebeo como presa de un delirio febril—. ¡Tú solo vivirás con tu Ley Eterna por encima de todas las ruinas, de todos los prejuicios, de todos los fanatismos y errores humanos, porque tú solo eres la luz, la vida y el amor! —Y Zebeo se cubrió el rostro con ambas manos y un hondo sollozar resonó en el silencio de la noche.

Thabita salió corriendo de su tienda y cayendo de hinojos a sus pies le decía llorando amargamente:

— ¡Señor... señor, acuérdate que yo vivo junto a tí, que no tengo más que a tí... que todo lo espero de tí!... ¡No llores, no sufras, no padezcas así que tu eres un buen genio bajado de los cielos para consolar mi soledad!...

Pedrito se despertó también y ante aquella escena que no comprendía rompió a llorar a lastimeros gritos y se encaró furioso con los amigos de Zebeo.

—Decís que sois amigos de él y le dejáis padecer solo, para eso vinisteis... ¡Y vosotros malos buitres de la noche! ¡Idos de aquí todos... Yo soy el más viejo de esta aldea de los esclavos donde vine solo con mi madre. ¡Idos!

Ante la fuerte reacción de Thabita y del niño, Zebeo reaccionó también de la crisis que la situación de aquellos ocho hombres y su propia interna rebeldía contra las injusticias de las leyes humanas le había producido. Su extremada sensibilidad, unida a su temperamento emotivo fue tomada de sorpresa por aquel conjunto de pensamientos y de recuerdos.

—Perdonadme todos —dijo serenándose nuevamente—.

"El amor salva todos los abismos" dice la antigua filosofía que me ha hecho hombre. ¡Y si somos capaces de amar sin egoísmo y sin interés, ninguno está aquí demás, y para todos alcanza la aldea de los esclavos!

Thabita y Pedrito se apretaron junto a Zebeo como si quisieran ambos defenderle de todos los demás.

— ¡Pobrecillos! —díjoles el apóstol de Cristo enternecido por aquel gran amor que había encontrado perdido como una piedra preciosa entre los guijarros de una aldea de mendigos y de esclavos. Les envolvió en un abrazo conjunto que unió las dos cabecitas sobre su pecho, mientras decía:

—No temáis, que aquí todos son mis amigos... nuestros amigos y compañeros... ¡Pedrito hijo mío!... ¡y tú les llamaste *buitres de la noche!* Eso no está bien hijo mío...

www.formarse.com.ar

— ¡Padre! yo pensé que todos ellos te habían hecho daño... —Y el niño sin esperar más se volvió hacia todos y con su vocecita temblorosa les dijo:

—Este señor es mi padre, no tengo más tesoro en este mundo y si alguien le hace daño, me pongo furioso...

Los tres amigos de Zebeo se le acercaron riendo, y Cines, jugueteando con él le decía:

—Ya lo hemos comprendido Pedrito, ya hemos comprendido que te vuelves un tigrecito para defender a tu padre.

—Muy bien, muchacho, muy bien —decían los demás, buscando cambiar aquel ambiente de honda emoción.

El maestro Filón había hecho una excepción en obsequio del apóstol de Jhasua, y había concedido licencia por una semana a los cuatro Estudiantes de su aula, tiempo en el cual debían dejar regularmente ordenada la pobre inocente de la aldea de los esclavos.

Pero había surgido el inesperado incidente de los ex cautivos del Castillo. Y no bien se levantó el sol del nuevo día, tornaron a la ciudad Clodoveo de Marsella y Lastenio de Arcadia, para dar el informe al Príncipe Melchor y al maestro Filón.

—Hoy no cortamos cañas ni hachamos árboles ordenó Zebeo hasta que los compañeros vuelvan. Si el Padre Celestial nos da el Castillo abandonado para refugio y taller ¿que necesidad tenemos de echar abajo el cañaveral y destrozar los juncales? Hoy nos dedicamos a pescar .y que haya comida abundante para todos. ¡Mañana, veremos!

Los ocho ex-cautivos empezaban también a reaccionar.

Sus pobres almas petrificadas por ese cruel pesimismo del que se ve cercado por lo irremediable, por lo irreparable, comenzaban a expandirse suavemente como queriendo entrar de nuevo en el mundo de los vivos, en ese concierto admirable de la amistad, del compañerismo, de la convivencia con sus' semejantes, sentimientos que son innatos en el alma humana que no fue creada para el aislamiento y la separación, sino para la unión que es vida y es amor.

Pronto trabaron amistad con las pobres esclavas que preparaban la comida para todos, con los viejecitos inválidos a los cuales había que acercarles los alimentos, y algunos ni aún podían llevárselos a la boca porque sus brazos, secos por la parálisis, no podían doblarse. Y el alma buena de Zebeo contemplaba de tanto en tanto su cuadro y recordando la santa y divina palabra de *su* Maestro, la repetía con la voz que la emoción quebraba en su garganta y humedecía de llanto sus ojos:

— ¡Tu amor, Maestro mío, hace florecer mis rosales!

THABITA DE ALEJANDRÍA

Debido a todo lo anteriormente relatado, el lector siente ya parpadear en fu íntimo yo, como una luz difusa, la sutil intuición de lo que será la continuación y final de las actuaciones de Zebeo, el *mantoncito de tierra,* como él se llamaba, que ha pasado desapercibido para los biógrafos del sagrado Colegio Apostólico del Cristo, como si en realidad hubiera sido un *mantoncito de tierra* que no mereciera ser tenido en cuenta.

Fue su vida como él quiso que fuera, sin el brillante resplandor de prodigios que enciende la admiración de las gentes a quienes entusiasma lo maravilloso, lo que sobrepasa el nivel común en todo lo que sus sentidos físicos perciben.

Por la influencia del Príncipe Melchor fue entregado a Zebeo y sus compañeros el Castillo y el Templo del Lago Merik para Escuela, Taller y vivienda de todos los que se uniesen a él.

Los inválidos y enfermos en general fuéronse curando, no de súbito no por imposición de manos o por acción maravillosa del agua u otros elementos, sino lenta y paulatinamente a medida que la Luz Divina despertaba la comprensión en las conciencias y animaba la voluntad hacia el sublime ideal del amor fraterno que el Apóstol iba infiltrando lentamente en las almas de todos aquellos que sinceramente lo amaron y lo siguieron.

Y queriendo cooperar con más eficiencia en el alivio de males crónicos y de enfermedades rebeldes, el dulce Zebeo les exhortaba a la paciencia diciéndoles:

— Aun no eres todo lo bueno que el Divino Maestro quiere de ti. Aun no amas al prójimo como te amas a ti mismo. Aun buscas lo mejor para ti, lo más precioso para ti en todo cuanto está a tu alcance. Cuando llegues a ser capaz de dar a tu hermano lo mismo que eliges y quieres para ti, entonces curarás tu mal. Mientras vivas

www.formarse.com.ar

pensando en que tú eres primero en todas las cosas, en que tienes a tu favor todos los derechos, todas las preferencias, todas las prerrogativas, tus llagas seguirán abiertas, tus brazos y piernas continuarán torcidos, porque antes que en el cuerpo, tus males están profundamente gravados en tu psiquis, en esa alma Inmortal y Eterna que el Altísimo te ha dado para que la eleves a la altura de un arcángel de su cielo y tú te empeñas en tenerla siempre como un gusano entre el lodo.

Tal era la instrucción moral que daba el Apóstol Zebeo a todos cuantos llegaban hasta él.

Su vida sin prodigios y sin maravillosas manifestaciones, no le atrajo el odio, ni la envidia y los celos que despiertan naturalmente en las almas ruines y mezquinas las maravillosas obras con que otras vidas se vieron glorificadas por divinos designios de la Eterna Ley; que no tenemos los humanos, ni autoridad ni capacidad para comprender.

Quizá debido a esto, al apóstol Zebeo no le llegaron las persecuciones del primer siglo de la Era Cristiana. Las espantosas crueldades que comenzaron con Calígula y Nerón, no llegaron hasta su retiro del Lago Merik, acaso porque el suave montoncito de tierra, inadvertido de todos, no presentaba blanco a las flechas enemigas y los potentados amigos de los Césares no dieron valor ninguno a aquel hombre que había consagrado su vida a la ínfima clase social: a los arrojados por inútiles, a los mendigos, inválidos y a los niños sin hogar, a los *hijos de nadie* que vagan por las aceras y por las ruinas, buscando en vano un rostro amigo a quien llamarle *padre.* A lo sumo le llegó alguna vez como un salivazo, la despreciativa frase de la insolencia y del orgullo: "El filósofo del Lago Merik, buscador de basuras... recogedor de piltrafas"...

A los astros del paganismo, adoradores de los Dioses del Imperio, no les hizo sombra ni les estorbó aquel hombre que según ellos, limpiaba la inmundicia de las ciudades llevándolas todas a las solitarias orillas del Lago Merik. Mas no creas lector amigo que los días del Apóstol Zebeo sobre la tierra fueron como un collar de perlas sobre un cuello de alabastro... ¡No!

Tuvo como su Maestro su Huerto de Getsemaní, el de la tristeza, como una agonía. Tuvo su calle de la amargura, su cruz a cuestas y también su Calvario... Pero todo ello se desarrolló silenciosamente, en lo profundo de su alma plena de esperanzas y de ideales; en lo más vivo de su corazón de carne..., corazón de hombre donde van a llamar con vibraciones tremendas los más intensos sentimientos de que es capaz una criatura encarnada.

Su alma noble y buena se abrió como un loto blanco al rocío de la noche, ante la belleza de la amistad, ante la dulzura inefable del amor. Y todo le fue negado..., mejor dicho, se lo negó él mismo para consagrarse en absoluto al divino ideal que lo había hechizado: El Cristo y su doctrina.

A los dos años de iniciar su apostolado el Príncipe Melchor fue llamado al Reino de Dios. Cinco años después, dejó también el maestro Filón su sitio vacío en el plano físico. Sus tres amigos íntimos de Apostolado se fueron alejando llamados por sus familiares los unos, por elección de sendas más descubiertas y amplias los otros. Le quedó fiel la masa doliente de mendigos v de esclavos mientras tuvieron temor de lanzarse a la vida en busca de mejores horizontes. Pero los ricos mercaderes que mandaban sus inmensas caravanas llevando y trayendo mercancías del Yemen, del Mar Rojo, de la Erinea y la Etiopía, de las márgenes del Río Tiger, regiones donde refulgía el oro entre las rocas y las piedras preciosas brillaban entre el carbón como estrellas en el abismo azul ¿quién podía resistir a aquellas poderosas sugestiones de acumular siquiera un pequeño tesoro para la vejez cuando se sentían con fuerzas y deseos para intentarlo?

Y Zebeo comprendía que aquello era justo y razonable. No había en ello nada de censurable ni de malo. Y a cada uno que se marchaba de su lado le decía siempre la misma palabra:

—Vete, bendito de Dios, pero no olvides lo que aprendiste aquí: amar al prójimo como te amas a ti mismo —y con eso lo despedía en la puerta del ruinoso castillo de la Princesa Thimetis.

Y les veía alejarse sin volver la cabeza, con la misma tristeza con que vio alejarse a Matheo diez años antes.

La escuela era frecuentada por los niños de la aldea que había aumentado en población. El taller de tejidos era dirigido por las mujeres y los ancianos sacaban de ello el sustento. Pedrito había llegado a Notario y era un esbelto joven de veintidós años. Thabita era una dulce y linda mujer de veintiséis años, y era, a más el ama de la casa y la maestra en el taller de los tejidos.

Era la mujer discreta y laboriosa pintada en el Libro de la Sabiduría. *Era* la vid sombreando la puerta del hogar. Era la columna de mármol blanco que podría resistir el peso de cabezas doloridas, de brazos cansados... Y lluvias de lágrimas podrían resbalar sobre ella sin dejarle señales.

Ginés de Cartagena se la había pedido a Zebeo para esposa y de su parte la había concedido. Pero Thabita se negaba hasta oír hablar de tales proposiciones.

www.formarse.com.ar

Un rico mercader que llegó a la aldea a contratar jornaleros para su caravana, la pidió también para su hijo. Igual aceptación de Zebeo e igual negativa de Thabita. No obstante, la sutil intuición de Zebeo le decía muy fuerte: "Thabita tiene días de honda tristeza". "Thabita llora en su alcoba cuando nadie puede verla." "Thabita se consume como un cirio sobre un altar, como una planta de loto que nació sobre un barranco y que nadie se acuerda de regar".

Y comenzó este asunto a ser una preocupación para el Apóstol de Cristo. Había soñado hacerla feliz y ella sufría... La felicidad había llamado a su puerta y ella la había rechazado.

Hasta que un día Zebeo la llamó a su despacho, el austero cenáculo que fue de la Princesa Thimetis.

—Tabita,- hija mía, después de la oración de esta noche, tenemos que hablar. No te retires tan pronto, y espera que se retiren los demás.

—Está bien —dijo ella y cambiando de tema rápidamente, añadió—: Las dos mejores obreras del Taller van a casarse y habrá que darles la dote que el santo Príncipe Melchor nos dejó encargado para las jóvenes que formen su hogar.

—Entéralo hoy mismo a Pedrito, que él es quien lleva nota de las rentas que dejó con ese fin nuestro inolvidable amigo —le contestó Zebeo. Y Tabita salió.

Cuando pasada la cena de ellos tres con los pocos huérfanos y obreras del taller que vivían allí, pasaron todos juntos al Oratorio contiguo al despacho del Apóstol, las mujeres se cubrieron con el velo blanco acostumbrado *por l*as mujeres esenias; costumbre que Zebeo había implantado allí como una manifestación de pudoroso respeto ante la grandeza de la Divinidad a la cual iban a acercarse en la oración.

La oración de Thabita era siempre oración de lágrimas que a la sombra del velo blanco cayendo sobre su rostro, pasaban desapercibidas y se esfumaban en el secreto de su corazón. Y esa noche lloró más que nunca. Tenía miedo y espanto de la vida sin saber por qué. En diez años que llevaba vividos al lado del Apóstol de Cristo, nunca le había hablado como esa tarde, o sea con el anuncio previo de una confidencia reservada y muy grave, al parecer. ¿Qué podría ser?... ¿Anuncio de algún nuevo pretendiente al cual el Apóstol pensaba entregarla para quedar él libre de la carga que ella suponía ser para la libertad de un nombre consagrado a la divulgación de una doctrina sublime como la suya ?...

¿Sería acaso una reprensión, la primera que escucharía en diez años de los labios de aquel hombre justo, noble y bueno que sólo bondades le había brindado en su dolorosa orfandad? Temblaba como una hoja cuando la hora pasaba lenta..., lenta. Y cuando Zebeo puesto de pie recitó en alta voz la plegaria final que era una absoluta entrega del alma a la Divina Energía en beneficio de toda la humanidad, la pobre joven no pudo sostenerse de pie y se quedó sentada sobre el esparto del pavimento.

A la oración nocturna concurrían todos los habitantes de la aldea que no vivían en el Castillo, y que no podían entregarse tranquilos al descanso si no habían oído el *"Dios te bendiga y hasta mañana"* con que el apóstol les despedía a la puerta del oratorio.

Como era Pedrito quien cerraba la puerta porque su alcoba estaba contigua a la de Zebeo, se acercó a Thabita para recordarle que debía irse a la suya, pero Zebeo le dijo:

—Thabita y yo nos quedamos en el oratorio porque tengo que hablarle. Tú puedes ir a descansar —el joven besó la mano de su padre adoptivo y dando las buenas noches se marchó.

Thabita era una estatua inmóvil sobre el pavimento y casi al pie del antiguo sillón de caoba que demostraba en sí mismo su vida de siglos y que ocupó siempre el Apóstol desde que entraron en el Castillo.

Zebeo se sentó en él.

—Thabita, hija mía, te veo esta noche más deprimida que de ordinario. Y hoy voy a exigirte lo- que no te he exigido nunca: que te franquees conmigo, que me abras tu corazón porque te confieso que empiezas a ser un enigma para mí. ¿Quieres ocupar este asiento a mi lado?

—Si me lo permites, estoy bien aquí —y se quedó sentada sobre el esparto a los pies del Apóstol.

— ¿Puedo saber, Thabita, por qué no eres dichosa, por qué lloras siempre? ¿Quién te hace sufrir? ¿Qué congoja es esa que pone círculos violeta alrededor de tus ojos, y que irradia una amargura que ha llegado a atormentarme y perturbar la serenidad de mi espíritu? Me siento responsable de tí, hija mía, y creo no ser injusto haciéndote esta averiguación. Tú sabes que desde mí llegada al lago, hace diez años, me he preocupado en toda forma de hacerte feliz, y veo con dolor que no lo he conseguido... ¡Habla, Thabita!..., dime toda la verdad, no me ocultes nada y ten la seguridad de que no me sorprenderé de nada que me digas y que sabré comprenderte.

Y así diciendo y con suave ternura, Zebeo levantó el velo que caía sobre el rostro de la joven y vio que aparecía bañado de lágrimas...

— ¡Siempre llorando!... ¿Por qué Thabita, por qué?...

Devorando con valor su llanto ella le contestó:

—No puedo decírtelo, padre, no lo diré nunca, jamás, ni a la hora de mi muerte.

Se dobló al suelo como un junco azotado por el huracán y sollozó amargamente sin que Zebeo hiciera el más mínimo movimiento.

Después de un momento, la joven se enderezó y plegando sus manos sobre el pecho clamó en una desesperada súplica:

— ¡Sé aún más bueno de lo que fuiste conmigo desde la primera hora y déjame llevar al sepulcro mi secreto!... ¡Es lo único que pido y aspiro de ti!

Zebeo quedó pensativo y un hondo silencio reinó por unos momentos. La sutil intuición que le reveló siempre todos los secretos y le hizo leer en todas las almas como su Divino Maestro había leído en la suya, comenzó a esbozar en ese oculto santuario de cristal de la subconciencia, algo que, por lo inesperado, le tomaba de sorpresa, y que le costaba mucho creer y más todavía aceptar como una realidad.

Después de aquellos momentos de angustioso silencio para Thabita, el Apóstol le puso su mano sobre la cabeza inclinada y le dijo:

—Un grande amor está llenando tu corazón y destrozando tu vida. ¿Por qué no apagaste esa llama cuando comenzaba a encenderse?... ¿Por qué la dejaste' crecer hasta llegar a consumirte y devorarte como a un jardín en flor cuando el huracán agita la llama ?...

— ¡Perdón, perdón! —clamaba Thabita de rodillas, con las manos juntas y con los ojos que eran dos fuentes de lágrimas.

El Apóstol la seguía mirando con una mirada fija y sus ojos iban llenándose también de llanto.

— ¡Pobre criatura inocente! —le dijo tomándole la cabeza con ambas manos—. No hice más que brindarte amor y ternura y me asombro de que haya florecido en ti la ternura y el amor!... ¡He sido un inconsciente! ¡He obrado como un chiquillo!... Jamás pensé en que esto pudiera .suceder, dada la forma en que me presenté a ti y llevándote yo veinte años de edad... ¡Thabita!... ¿Por qué te has dejado llevar de este insensato amor?

Los ojos dolientes y ruborosos se escondían bajo la sombra del velo blanco... La casta mirada virginal se refugiaba en los rincones, buscaba en qué fijarse, huyendo de los ojos garzos, dulcísimos, de Zebeo que a los 47 años de su vida aspiraba el perfume de un amor puro y casto como lo había soñado siempre y como jamás lo pudo obtener...

Y tomando por fin a Thabita de la mano para levantarla del suelo la condujo ante el altar de las Tablas de la Ley donde aún ardían los cirios que alumbraron la hora de la oración, y ardía en los pebeteros el incienso compañero inseparable de la adoración al Infinito, y arrodillándose ambos ante el ara santa, Zebeo recitó con su voz que temblaba de emoción la intensa plegaria en que entregaba su alma y su vida a la Suprema Voluntad que en la tarde de sus días terrestres le brindaba el amor virginal, puro y casto que soñó en su primera juventud:

— ¡Señor, Dios Supremo del amor y de la vida!... ¡Si de ti ha surgido el amor que consume el alma de esta virgen, haz que sea yo para ella lo que Tú quieras que sea!

Pasado un momento de hondo silencio, Zebeo besó con delicada ternura la frente de Thabita y bajándole el velo sobre el rostro le dijo:

— ¡Virgen del Señor!... ¡Al pie de su altar, y a la sombra de su ley Eterna, evoquemos tú y yo el recuerdo sagrado de un amor que en lejanos tiempos fue lámpara votiva que dio luz a toda la humanidad, fue el himno sagrado que arrulló el sueño de fraternidad de una civilización que nacía!...

— ¡Bohindra y Ada! —exclamó Thabita, que había escuchado tantas veces aquellas crónicas milenarias.

— ¡Sí! ¡Bohindra y Ada! —afirmó Zebeo, conduciendo a Thabita de la mano hasta la puerta de la alcoba donde la joven había llorado tanto su grande amor sin esperanzas.

El Apóstol la dejó allí con un *"Dios sea contigo"* como todas las noches y tornó al oratorio donde se dejó caer al pie del altar como un hombre herido de muerte. ¿Qué pasaba en el alma noble de Zebeo en ese instante supremo?, preguntará seguramente el lector.

Haciendo un minucioso estudio de la Psiquis iluminada de este humilde Apóstol de Cristo, se descubre a primera vista el profundo sentimiento que le animaba.

Mientras vivió encarnado el Divino Ungido entre los hombres, su potente irradiación, los fascinadores atractivos de su augusta personalidad, tuvieron a Zebeo y a todos los sensitivos como él en una especie de estado extático permanente. ¡El lo llenaba todo! ¡Lo absorbía todo! No quedaba en las almas que lo amaron

www.formarse.com.ar

ningún lugar vacío para nada ni para nadie. Después de veinte siglos de admirarle, aún nos sentimos subyugados por esa belleza moral tan perfecta que no admite comparación con ninguna belleza creada. ¿Cómo puede asombrarnos que sus fervientes amadores de entonces se entregaran también vencidos por esa poderosa fascinación?

Fracasado Zebeo en el amor primero de su juventud, la herida se curó fácilmente al contacto divino del alma del Cristo y no pensó más en otro amor que no fuera el suyo que lo absorbía por completo.

Mas..., cuando el astro magnífico desapareció del plano físico y sus efluvios fueron como un perfume lejano y sus resplandores sólo hacían sentir desde lejos el suave calor de sus ternuras, las almas sensitivas debieron sentir muy intensa y honda la soledad y un angustioso sentimiento de abandono..., de ausencia perenne..., de adiós sin regreso.

Varios de ellos estuvieron a punto de muerte..., algunos al borde de ese abismo de tinieblas que se ha llamado *demencia* y los menos sensibles cayeron en ese frío pesimismo que deja lo irreparable en las almas de mediana evolución. Fue necesario que El mismo, el adorable ausente, desde su Reino de Luz se hiciera sentir innumerables veces para volverlos a todos a su estado normal.

Y en la noble alma de Zebeo debió aparecer como una sombra fatídica la idea de que desalojaba el amor a su Divino Maestro dando libre entrada a otro amor en su corazón. El vacío de aquel primer amor fracasado, se ensanchó sin duda como un abismo, y al apercibirse del intenso amor de Thabita, su corazón de hombre le reclamó de nuevo aquel derecho renunciado en la juventud. Por eso Zebeo se tiró al pie del altar de su Oratorio como un hombre herido de muerte. Se sentía sin energías para luchar y sin fuerza de voluntad para hacer una segunda renuncia que atormentaría dos corazones, dos vidas a la vez.

Y en su angustia suprema clamaba al cielo entre desgarradores sollozos:

— ¡Maestro mío!..., ¡mi Señor, mi Luz, mi Cielo y mi vida!... ¿Por qué me has abandonado?...

Sobre el altar de las Tablas de la Ley se encendió una gran claridad. Eran las palabras finales de la Ley *"Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo"* que ardían como una llamarada viva dando luz de sol de medio día a todo el recinto sumido en penumbras,

Zebeo se quedó deslumbrado y absorto contemplando aquel prodigio aunque sin comprender a fondo lo que con eso querían significarle. Pero bien pronto comenzó a diseñarse una blanca silueta inconfundible delante del altar y aquella silueta de luz multicolor, como si fuera un iris humano, tenía ojos que miraban y una voz que decía tendiendo las manos al apóstol arrodillado:

— ¡Zebeo!..., ¡mi montoncito de tierra! ¿No te anuncié que yo fecundaría esa tierra para que diera el ciento por uno en flores y frutos para la humanidad? Porque "eres un mantoncita de tierra" necesitas el riego de un grande y puro amor que sea el agua del torrente impulsor de todas tus energías, de todas tus actividades como Apóstol mío sobre esta tierra que baña el Nilo. Porque me amaste mucho Zebeo en esta hora y en aquella otra del Moisés Visionario y Taumaturgo es que te doy por compañera eterna a la dulce Thimetis que por amor se relegó toda su vida a la soledad de este Castillo. Fue madre de Moisés y ahora nació esclava. ¿No la recibirás? Amram de ayer y Zebeo de hoy..., de nuevo se te entregan joyas de incalculable valor no para adornar cabezas que mueren sino para transformarlas en pan, calor y lumbre en los hogares abrumados por la miseria y el hambre. Esclavo o Rey, príncipe o vasallo..., esa será tu carrera en todas tus vidas terrestres."

Por esta palabra del Cristo la desolada Europa del siglo XVII vio a Vicente de Paul recogiendo por las afueras de las suntuosas capitales o de las más ruinosas aldeas a los *hijos de nadie* que una tardía y criminal vergüenza materna, arrojaba a los barrancos y a los pantanos para que fueran devorados por las fieras. Así devolvió siempre el Apóstol Zebeo a la Majestad Divina las joyas que le fueron confiadas.

Reanimado por la maravillosa bondad de su Maestro, el Apóstol recobró la serenidad y la calma.

Y una semana después condujo a Thabita al Serapeum que fuera del Príncipe Melchor dirigido años hacía por el maestro Yúsufudan, colocado al frente de aquel Santuario por su inolvidable fundador.

El lector de "Arpas Eternas" recordará al mencionado maestro que fue consagrado en el Santuario del Monte Hor, en aquella reunión de Maestros presidida por el Mesías Ungido de Dios. Y fue Yúsufudan quien bendijo la unión de Zebeo y Thabita en la soledad del austero Santuario-Escuela alejandrino sin más testigos que Pedrito y dos ancianas viudas que cuidaban de las discípulas mujeres.

LA ESPOSA IDEAL

www.formarse.com.ar

La felicidad de Thabita llenó el viejo Castillo de cantos, de música y de flores. Quiso formar y formó un coro de doncellas como el que había en el Serapeum de Alejandría donde fue bendecida su boda. Su principal auxiliar en esta tarea fue Pedrito que comenzó a llamarla "mamita", dulce diminutivo de "Madre".

— ¿No te suena mejor así? —le preguntaba graciosamente—. Este viejo Thabita resuena como dos tabletas que se golpean— Zebeo reía francamente al ver la dicha más completa en sus dos hijos adoptivos del primer momento

—Tú y yo somos las piedras fundamentales de la obra del Apóstol del Cristo Divino —decía muy seria Thabita a Pedrito— y todo será poco de cuanto hagamos para llenar esa misión.

— ¿Qué quieres, pues, hacer ?... ¿Quieres que reconstruyamos las torres del Castillo que los siglos estropearon? —preguntábale Pedrito.

— ¡No, eso no! ¿No es verdad, padre, que son otras las obras que nos corresponde hacer? —la tímida doncella continuaba llamando *padre* al Apóstol Zebeo, como si aquella austera ceremonia de bendecir el Hierofante sus manos unidas, no significara nada más que la certeza de que ambos se pertenecían hasta la muerte.

Era lo único que a ella le interesaba.

Cuando al caer de la tarde dejaba en orden su Taller, corría al despacho del Apóstol de Cristo que hasta el último rayo de luz trabajaba en traducir al latín, la lengua universal de entonces, los escritos que le dejara en herencia el maestro Filón. Ponía en orden todos los rollos de pergamino, los viejos papiros amarillentos, láminas de piedra o de madera, plaquetas de arcilla que habían servido de ilustración al obrero de la pluma. Y cuando nada faltaba por ordenar, acercaba el sillón al ventanal que daba sobre el lago dorado por el resplandor purpurino del ocaso. Tiraba al suelo un cojín de esparto y se sentaba a descansar al pie del sillón que ella había preparado para Zebeo. Era la hora del descanso después de la ruda labor cumplida por ambos durante todo el día. Era la hora de las confidencias en que las almas se vaciaban una en la otra y ambas en la fuente límpida del ideal Divino que acaso por centésima vez les unían en la eterna peregrinación de la vida.

Zebeo ocupaba aquel sillón y la joven cruzando las manos sobre sus rodillas, hilvanaba la historia, la dulce historia de la tarde anterior, porque ella no olvidaba el punto en que había quedado.

—Era cuando Myriam y Jhosep con el Mesías Niño se internaban por los caminos poblados de bosques que conducen al Monte Hermón.

—Es verdad, quedamos allí —decía el Apóstol echando su cabeza atrás, mientras evocaba los tiernos recuerdos que parecían hacer revivir de nuevo a su Maestro. Y la dulce Thabita, como en una contemplación extática, lo escuchaba sin hablar palabra.

Terminada la narración venía la confidencia íntima.

— ¡Thabita!..., ¿por qué ahora eres dichosa y antes llorabas siempre? —le preguntaba Zebeo deslizando su mano por aquella cabecita de bucles negros y ensortijados que caían sobre los hombros.

— ¡Oh! —exclamaba Thabita—, porque ahora estoy cierta de que ningún hombre vendrá a pedir mi mano y porque tú no podrás ya nunca alejarme de tu lado!

— ¿Por eso solamente? —preguntaba Zebeo gozándose en las aflicciones de la joven que de inmediato creía haber incurrido en falta. ¡Era tan tímida!

—-Quise decir también otra cosa más... Porque soy yo quien tiene el deber y el derecho de cuidar de tí, padre, porque soy yo la dueña..., y nadie te puede llevar de mi lado.

— ¿Nunca has pensado que un apóstol de Cristo se debe a toda la humanidad ?... Cuando la historia que te voy contando llegue al tiempo en que El fue mayor, verás que dejó todo, hasta a su madre para ir a lejanas tierras a llevar el mensaje divino del Padre.

—Y ¿por qué no la llevó con El? ¡Oh! ¡Zebeo, padre mío!. .. ¡Y ahora esposo mío!..., ¡eso no lo harás conmigo porque yo iré a donde quiera que tu vayas!... ¡Soy tu sombra!... ¡Soy la piedrecita de silex en que encenderás tu fuego! ¡Soy el polvillo de tierra que levantan tus pies al caminar!... ¡No me podrás nunca dejar!...

— ¿Y si tengo que cruzar el mar... un gran mar inmensamente más grande que dos Nilos juntos?... —volvía a preguntar Zebeo,

— ¡Oh, yo conozco el mar! He visto las golondrinas cansadas de volar posarse en el palo mayor de los grandes barcos... He visto la espuma que se forma detrás de ellos cuando avanzan rompiendo las olas... Yo seré como esas golondrinas cansadas siguiéndote... Yo seré como esa blanca espuma que se prende a los barcos que corren sobre las olas...

Y la pobre Tabita, harta de dolor y de tanto haber llorado, hundía su frente en las rodillas del Apóstol como temerosa de que alguna extraña fuerza pudiera arrebatarle el bien que había conquistado con diez años de sufrimiento.

— ¡No temas Thabita!... Nunca te dejaré, niña mía, porque la abnegación de tu amor es tan grande, que te ha constituido en una aliada irreemplazable en mi apostolado. El Cristo Divino mi Maestro tiene dos apóstoles en vez de uno. Yo soy su "montoncito de tierra" y tú eres el rosal blanco que ha nacido, crecido y florecido en él. ¿Estás contenta ahora?

La humilde niña no contestaba nacía, pero tomaba entre las suyas las manos de Zebeo y las apretaba muda a sus labios...

— ¡Mi princesa Thimetis!... —decía él como viviendo de nuevo de otra vida lejana...

—Soy hija de una esclava que de la isla de Rhodas vino a padecer y morir en esta tierra —contestaba Thabita—. la Princesa Thimetis fue la dueña de este Castillo y un día tendrás que traducirme esas figuras que ella grabó en aquel menudo librito de marfil que yo encontré en el mino donde anidan las cigüeñas...

— ¡Ya está traducido!... —; Sí ?..., ; qué dice? ¿Lo puedo saber yo?

—Todo lo sabrás porque así que termine de contarte la vida de mi Maestro Jhasua de Nazareth, he de contarte otra histeria..., muchas historias, Thabita, porque vivirás más tiempo que yo, y deberás ser el tomo segundo de este libro... Y el Apóstol señalaba su pecho. — ¿Tienes allí un libro?

—El libro soy yo, querida niña mía, porque cada ser es como un libro donde hay escritas innumerables cosas buenas o malas, bellas..., quizá más que todas las bellezas que contemplan nuestros ojos; y feas hasta el horror y el espanto...

— ¡Oh! —exclamó con devoción la joven—. ¡Tu libro debe estar lleno de bellezas, padre, porque todo tú eres una belleza! ¡Así te vi desde el primer día!... ¡Y así te amé tanto sin poder remediarlo!...

— ¡Pobre niña mía!... ¡Ojalá fueran todas las páginas de este libro mío romo tú lo imaginas!... Soy un montoncito de tierra que los viandantes pisan al pasar... Así se lo dije siempre a mi Maestro... Tú me ayudarás a cultivarlo y que sea un vergel de flores y frutas para quien me hizo encontrarte en el camino...

La púrpura y el oro de aquel ocaso oriental se reflejaban en el terso espejo del Lago y Thabita se levantó como fascinada por aquella belleza que no parecía real sino soñada. Tomó la mano de Zebeo y suavemente lo obligó a levantarse y seguirla...

Tan grácil y menudita de cuerpo, con su amplia túnica blanca que agitaba el viento de la tarde y su negra cabellera suelta, a Zebeo le pareció una de aquellas garzas blancas con alas negras que al atardecer bajaban al Lago un instante y remontaban el vuelo a los pinares del Oasis de Baharije, donde Matheo había colgado también su nido.

El recuerdo del amigo ausente lo enterneció casi hasta el llanto. —Las garzas se van —dijo— y tú, que te pareces a ellas, ¿no me dejarás también un día para volar a lo alto de los pinares?...

— ¡Oh, Zebeo!... Tienes más años que yo, pero pareces un niño y yo parezco ser tu madre... Viví diez años temblando de miedo de que tú me entregaras como esposa a otros hombres y ahora que fuimos unidos para siempre; me preguntas si te dejaré algún día?...

Las garzas se van porque tienen su nido, sus hijuelos y todo su amor en los linares de Baharije, pero mi nido está aquí..., mi amor está aquí donde tus ojos me vigilan, donde tu boca me cuenta hermosas historias que me hacen -vivir sueños divinos que no son de esta tierra... Dime, Zebeo, ¿puede separarse tu sombra de ti mismo? ¿Puede separarse la llama del cirio que la produce? ¿Puede separarse el agua del ánfora de cristal en que la pusiste?... ¿No es que tu sombra soy yo, que la llama de tu cirio soy yo, que el agua de tu ánfora soy también yo?...

Y para decirle todo esto que a ella le parecía un gran discurso digno de los Sabios del Areópago, detenía sus pasos y se sentaban sobre un trozo de pedestal de piedra ennegrecida por los siglos y que había sido el basamento de la estatua del Faraón que hizo abrir el lago en pleno desierto y construir el Cantillo para guardar segura la joya de un primer amor.

¡Sabía bien el Apóstol que aquella almita de lirio abierto para él en la larde de su vida, no se apartaría jamás de su lado!... Pero las almas sensitivas como la suya y huérfanas de amores grandes durante casi toda una vida, paréceles un sueño de otros mundos el verse caminando por esta tierra de egoísmos, de corrupciones y de odios y dueños de un amor semejante... Creía no haber hecho nada aún y ya recogía el galardón... ¡Había comenzado apenas la siembra y ya veía su rosal en flor!... — ¡Oh Maestro..., Maestro mío! —exclamaba Zebeo—, ¡qué grande y bueno es el Padre Celestial que me hiciste comprender y amar!... ¿No lo podré hacer yo que toda la humanidad le comprenda de igual manera?

www.formarse.com.ar

— ¡No te apesadumbres, padre! —suplicaba Thabita—. Ya me lo hiciste comprender a mí, a Pedrito y a todos los que estuvimos a tu lado. ¿No es eso bastante?

— ¡No es bastante, niña mía, no es bastante! Al Padre Celestial deben comprenderlo y amarlo tal como es, todos los seres que viven en esta tierra. ¿No sabes tú que tras de éste mar que se mira desde el puerto de Alejandría hay inmensos países llenos de pueblos, hombres, mujeres, ancianos y niños, pobres y ricos que se debaten como fieras o como lobos por quitarse unos a otros el pan, la tierra, la lumbre, los mares, los ríos, los lagos, los caminos, los bosques y se disputan hasta los negros y áridos peñascales del desierto?... ¿Y hasta las sábanas inmensas de nieve de las estepas heladas donde sólo pueden vivir los pingüinos y las focas? ¡Y todo eso, por no conocer al Padre Celestial que cuida de todos, que nos ama a todos, que da a todos cuanto necesitamos para nuestra vida!...

— ¿Qué podemos hacer, entonces, padre, para que todos conozcan al Padre Celestial? —preguntó afligida la joven mirando a Zebeo con esa pena íntima del que no sabe cómo remediar un mal.

En ese lento andar llegaron hasta el muelle y vieron a Pedrito con todos los jovencitos, sus hermanos de común adopción, a bordo del viejo trirreme anclado allí desde quién sabe cuánto tiempo.

Zebeo y Thabita se quedaron quietos mirándolos... Desplegaban las velas, sacaban jarcias, cables y sogas. Desprendían la triple fila de bancos de los remeros... Parecía que pensaban destruirlo todo.

— ¿Qué hacéis con el pobre barco que va muriendo de viejo? —Les preguntó riendo el Apóstol—. ¿Por qué no lo dejáis morir tranquilo?

— ¡Oh padre! —dijo Pedrito, que se había constituido jefe de aquella cuadrilla de obreros—. Hemos descubierto que está aún muy bueno este barco y que no debe ser tan viejo como parece.

—Queremos transformarlo en una barcaza de carga para llevar por el canal los productos de nuestra aldea y recoger de regreso, a todos los esclavos arrojados por los amos y a todos los mendigos que no pueden caminar. ¿No es para eso que nos hemos reunido aquí?

—Sí, hijo mío, es para eso —*le* contestó Zebeo disimulando la emoción que las palabras de su primer hijo adoptivo le habían causado y que le demostraban claramente cómo habían prendido en él sus lecciones de amor fraterno.

Cuando aparecieron los bancos de los esclavos remeros y cada uno con la cadena y anilla de hierro con que eran amarrados para evitar la huida, el apóstol se apoyó en el hombro de Thabita como si fuera a desfallecer. Le vino el recuerdo de cuando vio a su Maestro realizar en la Naumaquía de Tiro, el prodigio estupendo de libertar a los infelices esclavos destinados a perecer en la tremenda lucha de trirremes por la conquista del oro prometido a los triunfadores.. .

— ¿Qué tienes, padre, qué tienes que te has vuelto pálido y tus ojos están llenos de llanto? —le preguntó Thabita asustada.

— ¡Un recuerdo!..., ¡un vivo recuerdo! —exclamaba el apóstol de Cristo con la voz emocionada del que vuelve a vivir un momento supremo.

EL CAPITÁN PEDRITO

Zebeo y Thabita subieron a bordo donde los esforzados muchachos hacían prodigios de ingenio y de fuerza para desmantelar el viejo coloso del mar y transformarlo en barcaza de carga.

Allí les refirió con el vivo colorido que solo un grande amor puede dar a una narración, el relato aquel que conoce y recuerda el lector de Arpas Eternas cuando el Profeta Nazareno, usando del poder supranormal de *ubicuidad,* puso en libertad a un mismo tiempo los esclavos de ocho trirremes a la vez. ¡Les sabía condenados a perecer, y El era Cristo, Salvador de los oprimidos!

Pasada la emoción del relato del Apóstol, continuaron su tarea los incansables obreros.

Y comenzaron los hallazgos en el armario del puente de mando y en algunos camarotes.

Por grabados en planchetas de cobre, comprendieron que el trirreme había sido construido en los astilleros de Cantón, puerto del Mar de la China y había zarpado de la Isla Hong-Kong con rumbo a Egipto. Las maderas incorruptibles de que estaba construido decían bien claro que fue hecho ex profeso para quien podía pagar su costo. Y en el puente de mando una placa de cobre decía que el trirreme *Amasis* inauguraba el gran canal que el Faraón Nechao de la XXVI. Dinastía hizo abrir desde el Nilo al Mar Rojo.

www.formarse.com.ar

Era de muy poco antes de la dominación griega en Egipto, pues el trirreme en borrosas letras de cobre enmohecido por la humedad y el tiempo, ostentaba en su alta proa este nombre en signos jeroglíficos *Amasis.* Pero ese nombre había sido cubierto por un disco que decía *"Cleopatra".*

Aparecía claro que una soberana de buen gusto había viajado en el tri rreme, pues que en el mejor de todos los camarotes, había restos de cortinados de púrpura y oro, desgastados por el tiempo, instrumentos de música, redo mas de ámbar y de alabastro de las usadas para guardar ricos perfumes, posa pies de fino ébano tapizados de damasco, y cofrecillos escondidos en ocultos rincones estratégicos.

El único que podía comprender y descubrir algo de todo aquello era Zebeo que por algunos de sus maestros Esenios, entre ellos Tholemi originario de Alejandría, y por el maestro Filón se sabía de memoria la historia de los últimos tiempos del Egipto milenario.

En los cofres había billetitos escritos en signos jeroglíficos, solo usado por la alta clase social y por los Sacerdotes, puesto que el vulgo, el bajo pueblo hablaba un dialecto mezcla de berberisco y de sudanés, o el dialecto nubio bastante vulgarizado en las cercanías del Delta.

Para nuestro asiduo lector que seguramente merece todas las satisfacciones, daremos una reseña de los últimos días de gloria para el viejo trirreme anclado tanto tiempo junto al ruinoso castillo del Lago Merik. Las pocas reinas que por herencia y por dura necesidad del país sustituyeron a veces a los Faraones, en los últimos siglos del Egipto Faraónico, fueron tres. La reina Hatasu de gloriosa memoria por el amor que tuvo a su pueblo, y que perteneció a la dinastía de los *Thotmes;* la reina Amasis, última de la dinastía de los *Nechaos, y* Cleopatra, último vástago de los *Ptolomeos* cuando llegó con Alejandro la dominación griega que añadió el brillo del arte a la grandeza de los Faraones.

La reina Hatasu que llegó al trono de Egipto por muerte de su padre Thotmes III del cual no quedó heredero varón, para no entregar el trono a un príncipe extranjero tuvo que entregarse al vencedor de Maggedo, gloriosa victoria obtenida en la conquista de Siria en los últimos días de su padre.

Amasis, reina por igual causa que Hatasti hizo una abdicación disimulada de convenio con el generalísimo de los ejércitos gloriosos de Alejandro Magno, que llegó a Faraón de Egipto con el nombre de Ptolomeo I, mientras el nombre de Amasis la esposa ficticia, se desvanecía como un perfume en el solitario retiro del Lago Merik. Había nacido Reina, pero no reinaba y moría en la tristeza de un forzado destierro.

Y Cleopatra, el último retoño en flor de los Ptolomeos, después de muchas huidas y fugas desesperadas, se quitaba la vida ella misma al convencerse que había perdido su trono y el más grande amor de su vida. Y las tres desventuradas reinas habían elegido para morir las tranquilas y dulces soledades de la Isla del Lago Merik.

Por eso había poemas, odas y tragedias sobre aquel pintoresco rincón de los orillas del Nilo, que los trovadores del pueblo cantaban en las fiestas populares, en las procesiones de lanchas que se organizaban en el gran río y seguían por el canal hasta la *"Isla de los Misterios de Amor"* como en esos poemas se llamaba a la que Zebeo ha venido a conocer con el pobrísimo nombre de *Aldea de los esclavos.*

Y el Apóstol de Cristo, hilvanando esta historia con los documentos, grabados y billetes perdidos en el trirreme y en el Castillo, exclamaba tristemente en presencia de sus hijos adoptivos que le escuchaban silenciosos:

— ¡En esto vienen a parar las efímeras grandezas humanas!

Cuatro princesas egipcias de sangre de Faraones vivieron su tragedia y su dolor en este castillo, hoy desmantelado y ruinoso: Thimetis, Hatasu, Amasis y Cleopatra. Y ahora vengo yo, "montoncito de tierra" del *Salvador de oprimidos* a convertirlo en refugio, solaz y paraíso de mi amor otoñal y de una porción de esclavos desechados por inútiles, de mendigos sin techo y sin pan, de huérfanos sin padre ni madre, que equivale a decir perrillos sarnosos que el hambre *y* la miseria van matando lentamente!...

¡Oh Maestro... mi Maestro!... ¡Por encima de todas las hecatombes y tragedias humanas, sólo tú permaneces incólume en tu gloria incorruptible por encima del dolor y de la muerte!

Pedrito se le acercó compadecido:

— ¡Padre por favor!... no te pongas triste con todos esos recuerdos. Si sabía no te dábamos todos esos carcomidos papiros y vestigios encontrados aquí. Trabajamos con tanta alegría pensando en lo fuerte y grande que será nuestra barca y si te pones triste, todo se echa a perder...

Thabita muy disimuladamente se había apartado y nadie echó de ver su corta ausencia.

Volvió trayendo al brazo una gran cesta con dátiles y pastelillos y jarabes que las mujeres refugiadas allí habían preparado para los esforzados obreros que transformaban el trirreme principesco en una barcaza para-recoger los mendigos inválidos, los esclavos sin dueño y los huérfanos sin techo ni hogar!...

www.formarse.com.ar

— ¡Oh Zebeo!... ¡el dulce y soñador Zebeo! —exclamaba Thabita en el colmo de su dicha—. ¡Ahora no podrás decir que tus hijos y tus amigos del Lago no aprendieron las lecciones de amor fraterno que te enseñó a ti ese gran Maestro que nos enseñas a amar!...

Zebeo recibió en sus brazos abiertos a aquella dulce criatura que por su grande amor se ponía tan a tono con sus más íntimos sentimientos.

Un grande aplauso de los muchachos para Thabita la pequeña y tierna *madrecita* de todos, puso el broche de oro a las escenas de aquella tarde.

Tres semanas después salía del lago por el Canal, la barcaza *"AMARE-VICTUM"* nombre escrito en su proa en idioma latino, lo cual la ponía disimuladamente a tono con el gobierno romano. *Amare-victum,* frase latina que significa *"Amar es vencer".*

Habían elegido para la inauguración un día grande pero de tierna y a la vez solemne recordación: ¡un veintiocho de Marzo, aniversario de la partida del Cristo-Salvador a su Reino de Luz Eterna; aniversario del día solemne en que el Apóstol había bautizado en las orillas del Lago a todos los moradores de la Aldea de los Esclavos, tal como lo hiciera Johanan el Profeta Mártir en las aguas del Jordán y aniversario también de aquel cuarto sábado de la luna de Marzo en que Zebeo había llegado a la orilla del Lago como un genio benéfico para llenar de luz y de amor la oscura tristeza de tantas vidas!

Eran pues tres grandes aniversarios inolvidables y la barcaza de la Aldea salía a la vida del mundo con el grandioso nombre *AMARE-VICTUM: AMAR ES VENCER.*

Su pabellón azul con una estrella de cinco puntas color de oro subido entre vivos resplandores podía tener un doble significado. Para los esenios, discípulos del Cristo era su Estrella, la Luz divina traída por El a la tierra. Para los profanos podía ser el sol, astro benéfico amado por todos los seres que reciben su calor que es fecundidad, vida y energía.

Zebeo era el hombre de la paz, de la concordia, de la perfecta armonía entre todos sus semejantes.

—*"Amare-vicium*— repetía siempre—. *Para vencer, es necesario amar,* y el amor es una ánfora de oro en que caben muchas bellas y delicadas flores: la malva-rosa de la tolerancia, la madreselva de la concordia, la rosa blanca de la paz, los junquillos de la amistad y las rosas rojas del sacrificio por los amados".

Tal era la teoría del Apóstol sobre el amor duradero, invencible y fuerte más que la muerte.

De los camarotes principescos del antiguo trirreme que ostentaba en su proa los nombres de dos Reinas, se había formado una cómoda cabina que podía dar cabida a treinta pasajeros. Lo demás estaba ocupado por banquillos para 20 remeros y un regular espacio cubierto para la carga de los productos de la aldea y mercancías en general.

En la entrada de la cabina se veía una placa de madera con este grabado latino: *Ecce tibí frater tuus,* que en idioma castellano diría: *"HE AHÍ TU HERMANO".*

Difícil resulta describir fielmente las actividades de esas tres semanas en el Castillo y en la Aldea del Lago Merik.

Iba a salir la primera carga de productos de la Aldea y ésta consistía en cortinas de junco para toldos, en bancos y mesillas de caña, en alfombras pequeñas de esparto, en colchones de fibra de palmera, de diferentes formas y tamaños y que podían ser aplicados lo mismo para sentarse que para dormir; en calzas de esparto y en frazadas y cobertores tejidos por las mujeres de la Aldea.

El lector podrá suponer que mucha parte de tales trabajos eran el fruto de los esfuerzos y abnegación de Thabita, que en su gran temor de que su padre adoptivo "la entregase a otro hombre como esposa", según ella decía realizaba inauditos esfuerzos, prodigios de ingenio para serle útil, necesaria, irremplazable...

¿Cómo no había de decir Zebeo *"Amare-victum", "Amar es vencer",* si estaba viendo y palpando los prodigios del amor en sus dos primeros hijos adoptivos y en todos los que le rodeaban y le amaban?

Era la corona del triunfo de Zebeo en diez años de asidua labor.

— ¡Qué gloria!... ¡qué triunfo el tuyo padre!... —exclamaba Thabita, de pié al lado de Zebeo en el pórtico del Castillo cuando Pepino y Sachin los dos grumetes soltaban la amarra de la barcaza que piloteaba Pedrito convertido con toda verdad en un gallardo Capitán de veintidós años.

Zebeo no pudo contestarle porque una honda emoción apretaba su garganta y llenaba de llanto sus ojos.

Sobre el puente de mando por encima de la cabeza de Pedrito estaba percibiendo como tejida de rayos de sol la silueta del Maestro que le miraba sonriente, repitiendo el nombre de la barcaza que salía aguas afuera en busca del dolor del prójimo: ¡AMARE-VICTUM! ¡AMAR ES VENCER!

www.formarse.com.ar

Los niños palmeteaban de alegría, los ancianos y las mujeres reían y lloraban, las doncellas hacían coro a los veinte remeros que cantaban las canciones de los hoteleros del Nilo.

¡Rema, rema hotelero!
¡Hurra bravo capitán!
Que el sol en su carro de oro
A tu encuentro sale ya.

¡Boga, boga hotelero!
Que el Nilo cantando está
Porque la aurora ha tejido
Para él su rubio cendal.

Como un rosal florecido
El cielo teñido está,
Con la púrpura y el oro
De los Montes de Havilá.

Thabita caía de hinojos a los pies de Zebeo y se abrazaba de sus rodillas diciéndole:

— ¡Mi mago... mi hermoso mago que lo vence todo y triunfa de todo!...

Y Zebeo seguía con la mirada cristalizada de llanto a la barcaza que se alejaba por el canal mientras sus manos levantaban del suelo a Thabita y estrechaba sobre el pecho su cabecita de rizos negros que destejía suavemente la brisa del amanecer.

LOS CAUTIVOS DE LAS RUINAS

Cuando la barcaza se perdió de vista Zebeo volvió sus pasos hacia el pórtico del Castillo, vio apoyados en las arcadas a los ex-cautivos que miraban también desde segundo plano aquel triunfo al que ellos silenciosamente habían cooperado.

— ¡Oh amigos! —Exclamó gozoso el Apóstol de Cristo—. También este triunfo os pertenece. ¿No os causa alegría acaso nuestra victoria común?

—Páreseme que ya pasó el tiempo en que podríamos alegrarnos por algo ¿contestó el que siempre de entre ellos tomaba la delantera en todas las cosas y cuyo nombre era Dionisio de Caria.

— ¿Por qué amigos míos? —Insistió Zebeo—. ¿Acaso creéis que sois los únicos en el padecer?

¿Pensáis por ventura que todos los demás somos triunfadores perpetuos de la vida? Si llamáis fracaso irreparable a lo que os ha acontecido, ¿qué diríais de un hombre toda luz, amor y bondad que alimentó su vida con la sola idea de llevar la humanidad a la dicha, a la paz y al amor y murió colgado de un madero como un vulgar malhechor?

— ¡Oh!... —exclamaron todos—. Eso no se ve en un nacido de mujer —añadió Dionisio—. Porque de haber sucedido, el pueblo habría deshecho entre sus uñas al tribunal que le condenó.

—Pues os aseguro por mi honor, que eso sucedió a mi Maestro, el Avatar Divino descendido en Palestina, por la cual pasó colmando de bien y de amor a cuántos se le acercaron.

Estas palabras de Zebeo abrieron las almas a la amistad y a las confidencias.

— ¡Puede ser!... —dijo otro pensativo—. Cuando Espartaco y los seis mil esclavos que le siguieron fueron sacrificados, el pueblo de Roma no levantó un dedo para defenderlos ni se dio por enterado de la bárbara inmolación.

—Los pueblos fueron embrutecidos de mil maneras —añadió otro— y hoy una vida humana vale menos que un puercoespín cuyo olor apesta el aire... Si las leyes tiránicas y crueles llegaron a los templos donde el hombre se acerca a buscar a Dios. ¿Qué puede esperarse de los hombres sin Dios y sin ley?

www.formarse.com.ar

—A veces hasta dudo de que exista una Inteligencia Suprema, un Poder Absoluto que permita impasible tamañas aberraciones humanas, —dijo de nuevo Dionisio de Caria.

—Hemos olvidado lo que deseábamos decir al Maestro —dijo uno que no había hablado hasta entonces y que parecía ser el de menos edad.

— ¡No me llames maestro, por favor! Mi nombre es Zebeo, originario de Palestina, la que tiene muchas glorias en su pasado y muchos crímenes pasados y presentes. Llámame sencillamente Zebeo, vuestro amigo y compañero de lucha. ¿Qué era lo que veníais a decirme? —preguntó.

—Uno de los sacerdotes recluidos en el Templo, está enfermo. Y como el portero fue retirado y se marchó no hay lo necesario para ellos.

— ¡Cómo! Pero ¿no quedó todo esto vacío? —volvió a preguntar Zebeo.

—Debía haber quedado vacío pero no fue así. Los recluidos parece que eran cinco y solo tres se volvieron al Templo de Osiris de Alejandría. Dos quedaron y allí están. Desde la que fue nuestra torre les veíamos andar entre los árboles del patio interior. Ayer vimos que uno de los dos que han quedado cayó desfallecido mientras recogía verduras silvestres para alimentarse. El otro lo levantó y como pudo le llevó a la celda.

Esta mañana me atreví a llamar al torno *y* pregunté por él. Me contestó una voz muy dolorida: "está enfermo. Si podéis, traedle algún alimento, siquiera un tazón de leche porque otra cosa no podrá tomar". Tomando parte de nuestra ración diaria les hemos llevado lo que hemos podido.

— ¡Amigos!... ¡esto no debe pasar en la pobre aldea de los esclavos!... —exclamó dolorido Zebeo—.

Thabita hija mía, prepara una cesta de alimentos y entrégala enseguida a uno de estos amigos. Mientras tanto, haced el favor de conducirme a ese panteón sepulcral, que no otra cosa me parece ser.

Dionisio de Caria tomó la iniciativa como mayor y más antiguo en aquellos impenetrables misterios de piedra, donde hasta las almas parecían petrificarse. Y atravesando el lago en un pequeño bote, llegaron al muelle donde daba la entrada al Templo. Por entre esfinges y obeliscos carcomidos y algunos ruinosos y ennegrecidos por el tiempo llegaron al severo pórtico que la hiedra cubría casi por completo y Dionisio tiró de la cadenilla que pendía tras de una estatua de la diosa Isis que como en todos los Templos egipcios aparecía cubierta con su velo de mármol que los admirables artistas de la piedra sabían darle una transparencia inimitable. Un velo de mármol que dejaba transparentar vagamente un hermoso y austero rostro de mujer con el índice sobre los labios como diciendo ¡silencio!...

No oyeron sonido de campana, pero unos suaves golpes en el interior del gran torno les demostró que habían sido oídos.

—Sombra viviente —dijo Dionisio.

—Habla— contestó la voz desde adentro.

—De la aldea de los esclavos, vienen hermanos a traeros socorros, y prestar atención al enfermo si podéis abrirnos la puerta.

Después de unos momentos de silencio, la gran puerta de encina cercana al torno comenzó a crujir como si fuera un ser vivo que se quejaba.

—Empujad por favor —dijo de nuevo la voz— porque las fuerzas no me dan para abrirla.

Zebeo y Dionisio, únicos que habían ido, aplicaron los hombros al oscuro maderamen sobrecargado de planchas y enormes clavos de cobre, y la gran puerta fue cediendo poco a poco hasta dar fácil entrada al cuerpo de un hombre.

Dionisio entró primero y Zebeo tras él.

—Por favor dejad abierto —dijo el apóstol— que tras de nosotros viene otro con los alimentos necesarios.

El hombre encapuchado con su largo sayal de lino blanco que solo dejaba ver sus enflaquecidas manos y el extremo de su barba gris, asintió con la cabeza.

Zebeo se sintió observado a través de los dos agujeros que el capuchón tenía en dirección a los ojos del hombre cubierto. Y su alma de piedad, de amor, de sencillez, de franca cordialidad, miró también hacia el fondo de aquellos agujeros donde sabía que ojos dolientes que habrían llorado mucho, recibían su mirada llena de conmiseración, de lástima y hasta de llanto contenido.

— ¡Hermano! —le dijo con su voz más dulce—. Soy un extranjero en esta tierra y no entiendo de otra cosa que de piedad y amor para los que sufren.

¡Por favor!... ¡recíbeme también con un corazón de hermano que se abre a la piedad y al amor.

La vibración de estas palabras empapadas del fervoroso calor de una alma que bebió del Cristo encarnado la intensidad de un fuego divino, debió ser tal que el hombre encubierto tiró de su capuchón hacia atrás dejando descubierta una hermosa cabeza de momia, con dos ojos oscuros hundidos, una cabellera gris y una larga barba que le cubría el pecho.

Zebeo temblando de emoción dio un rápido paso adelante y le abrazó en silencio por un largo rato. Aquel hombre seguía inmóvil y mudo como una estatua en la cual sólo aparecía la vida en dos surcos de lágrimas que corrían de sus ojos y se perdían en su barba cana.

Cuando la emoción pasó entre ellos como una ola de angustia, a la vez que de ternura y de piedad, el Apóstol de Cristo preguntó:

—Y el enfermo ¿dónde está?

El sacerdote de Osiris señaló con su descarnada mano un claustro sombrío y de gruesas columnas encortinadas de hiedra hacia donde empezó a andar con pasos vacilantes, aún cuando se veía claro que no tenía mucha edad.

De pronto se detuvo ante un torno de igual sistema que el de la entrada pero muy pequeño, y con los nudillos de los dedos llamó. A la segunda llamada, contestó una voz apagada, al mismo tiempo que el pequeño torno giró y apareció una llave. Con ella el sacerdote abrió la pequeña puerta que estaba al lado. Y entraron. El recinto era amplio, todo lozas de piedra, techumbre, muros, pavimentos, el estrado, el cántaro, la pequeña mesa, la copa de beber, el tazón, el plato... ¡Todo piedra!

Y entre toda esa helada y dura piedra, un ser humano vivo, tendido sobre una colchoneta de paja, con un rollo de esparto como almohada y un oscuro jergón de pieles de oveja .como cubierta.

Aún sostenía en sus manos escuálidas el extremo de la cadenilla que desde el torno llegaba al lecho en el estrado.

A Zebeo y Dionisio les pareció que aquel hombre tenía pocos días de vida.

Una gran fatiga que dificultaba su respiración, hacía subir y bajar su pecho en un movimiento de ritmo igual y pesado. A pesar de su mal estado físico, demostraba ser más joven que su compañero y de más sensible y débil naturaleza. No había podido resistir la tremenda austeridad de aquella vida de dura penitencia que el mismo se había impuesto.

Zebeo se arrodilló ante el estrado y le tomó las manos blancas, lacias, casi sin vida. El enfermo le miraba con sus dolientes ojos color de hoja seca, pero sin hablar palabra. Mirándole fijamente Zebeo pensaba: Es un hermoso cadáver que pronto llevaremos a la sepultura... Y para disimular su emoción inclinó su frente hasta el pecho del enfermo y escuchó los latidos de su corazón. Había aprendido mucho de los Terapeutas esenios del Quarantana y del Hermón donde se formó desde su primera juventud y debido a eso pudo apreciar bien el estado en que se hallaba el enfermo que a primera vista parecía un moribundo. Comprobó que el corazón latía regularmente y que el sistema circulatorio funcionaba con normalidad. Y el Apóstol pensó: "Es un enfermo del alma, mucho más que del cuerpo. ¡Maestro mío!... ¡Yo estaba herido de muerte en mi alma y me has hecho vivir veintisiete años desde aquel día de mi encuentro inolvidable contigo! ¡Dame el poder de volver a la vida esta criatura de Dios que va muriendo lentamente por la angustia de terribles recuerdos"...

En ese momento llegó otro de los ex-cautivos del Castillo con la cesta de alimentos que Thabita había preparado. Nada faltaba en aquella cesta tan exquisitamente dispuesta por la amorosa mujercita que el Divino Amador había dado en ofrenda al más humilde de sus elegidos, a su *mantoncita de tierra:* La leche caliente en su cantarillo, el tazón de miel, el pan dorado en el hornillo, los peces recién asados, la espumosa crema de huevos con vino, las manzanas asadas con miel.

Había allí comida para tres o cuatro personas.

Zebeo tomó leche y miel y dio de beber al enfermo, al cual consiguió sentar mediante nuevos rollos de esparto aplicados a la espalda.

Pensaba con dolor en que aquella cama no era ciertamente la que necesitaba una hombre tan agotado como el que tenía ante la vista.

— ¡Tenemos en el Castillo tantas buenas camas!... —exclamó mirando a Dionisio y al sacerdote que les dio entrada y que permanecía silencioso a su lado. Y no bien había terminado de decirlo cuando entró Thabita con una de las mujeres del Castillo cargadas ambas de almohadas, colchonetas, frazadas y calcetines—.

¡Oh hija mía! ¡Tenías que ser tú quien recogiera mi pensamiento! —exclamó Zebeo al verlas entrar.

El que trajo la cesta de alimentos había ido a referir la austera desnudez de la alcoba del enfermo, y aunque la joven no recibió indicación de acudir, hubo un momento en que se acallaron todas sus vacilaciones y

www.formarse.com.ar

solo pensó en que Zebeo desearía vivamente auxiliar con más eficacia al solitario enfermo, y sin detenerse un momento cargó con cuanto pudieron llevar entre ella y la más decidida y fuerte de sus compañeras

Cuando el enfermo fue debidamente acomodado, Zebeo invitó a comer al silencioso sacerdote que miraba sin hablar. Pero él hizo una señal negativa ron la cabeza.

--Creeré que me niegas tu amistad si no comes junto conmigo —le dijo dulcemente Zebeo—.

Ya está el sol en el cenit, y es casi el medio día. Comeremos todos juntos aquí. ¿No te es agradable nuestra compañía? El sacerdote miró fríamente a su compañero enfermo que alimentado ya y muellemente recostado en blandas almohadas comenzaba a dormitar.

— ¡Dejémosle solo por unos momentos —dijo— y puesto que lo quieres tú, vamos a otro lugar y comeremos juntos. —Y les llevó a otra sala también toda de piedra y tan desnuda como la alcoba del enfermo.

En ella no se veía más que una mesa de piedra al centro y bancos de piedra alrededor.

Thabita y su compañera habían desaparecido con- la rapidez de fantasmas alados y no tardaron en regresar con nuevas cestas de alimentos.

— ¿Y cómo es que. tan pronto vas y vienes del Castillo aquí? —le preguntó Zebeo.

— ¡Oh padre!... —dijo ella sin parar en su trabajo de ir colocando sobre la mesa todo cuanto contenían las cestas—. Yo soy como una hormiguita que se abre camino por un agujerito de la muralla. Alguien me enseñó la puertecita de comunicación entre nuestro Castillo y el Templo que está justamente detrás del pabellón de tejidos y por allí hemos venido, ¿qué necesidad tenemos de cruzar el Lago? —Ciertamente —contestó Zebeo.

— ¿Me quedo contigo padre o me voy? —preguntó Thabita cuando había dispuesto todo sobre la mesa. El sacerdote le seguía con la mirada grave, fría, casi muerta.

Zebeo lo miró como consultándole si era de su agrado que la joven se quedara, y añadió: —Es mi esposa desde hace dos lunas.

Un relámpago fugaz de ternura pasó por los ojos hundidos de aquel hombre y dijo con una voz suave llena de bondad.

—Puede quedarse, aunque no entiendo como sea tu esposa y te llama padre.

—La vida está llena de sorpresas amigo, y en esta joven hay como en todos, historias que parecen cuentos de hadas. Espero que la amistad que inicio contigo me permita explicarte por qué me llama *padre* cuando hace dos lunas que el hierofante del Serapeum de Alejandría bendijo nuestras manos unidas.

La comida fue bastante silenciosa pues el "dueño de casa" como podríamos decir estaba bien contagiado del mutismo de las piedras, de los muros, de la piedra pegada a ellos y de todo cuanto se veía en aquel enorme panteón sepulcral.

Zebeo y Thabita hacían esfuerzos inauditos por romper la dura cortina de silencio, pero sus esfuerzos se estrellaban contra aquella vida de piedra sin vibraciones al exterior, aunque a intervalos se hacía sentir una ola de angustia, de dolor desesperado, aplastante, como de algo que fuera irreparable.

Lo único que ambos podían ver con claridad era que aquel hombre parecía sentir necesidad de mirar casi sin disimulo a Thabita y en esa mirada había interrogación, intranquilidad, temor, a veces espanto hasta tal punto manifiesto, que llegó a pasarse la mano por la frente con ese ademán del que busca apartar una idea, un recuerdo penoso y torturante. La joven empezó a sentirse molesta y Zebeo se dio cuenta de ello. Para distraerla, le habló:

—Nuestros muchachos deben estar en plenas actividades en el mercado de Alejandría —dijo—. Y espero que al regresar esta noche nos traigan las noticias del triunfo completo.

—Me figuro ver que *Amare -victum* viene llena completamente, —le contestó ella esforzándose para tranquilizarse. Como la comida se hubiese terminado dijo ella a su compañera: — ¿Nos vamos?...

En ese preciso instante el austero y silencioso sacerdote de Osiris preguntó a Zebeo con su voz apagada y lejana: —¿Cuántos años cuenta tu esposa?

—Un cuarto de siglo cumplido poco antes de nuestra unión.

— ¿Cuál es su nombre?

—Thabita para servirte señor —contestó ella misma.

— ¿Tienes madre? —volvió a preguntar dulcificando su voz y al parecer complacido de que ella misma le contestase.

—No señor. Mi madre murió hace diez años, el mismo día que conocí a mi padre adoptivo que ahora es mi esposo.

www.formarse.com.ar

El hombre dejó escapar un suspiro y pareció que le faltara el aliento. Zebeo le observaba en silencio y la intuición, esa inquieta maga audaz, iba tejiendo en su yo íntimo una misteriosa tragedia, mezcla indefinible de amor, de pasión, de locura, de crimen.

— ¿Sabes de dónde era originaria tu madre?... —La ansiedad del sacerdote aumentaba aunque muy contenida por aquel temperamento de piedra.

—De la Isla de Rhodas. La pobrecita fue muy desventurada y yo lo fui también a su lado hasta hace diez años que este hombre bueno me hizo feliz.

La mirada del sacerdote se fijó en Zebeo y éste comprendió que en aquella fría mirada había un perfume suave de agradecimiento y de amor.

Y la intuición seguía tejiendo su malla finísima de firmes nudillos y con hebras resplandecientes.

¿Qué misteriosos enlaces habría en todo aquello?

—Si tu benevolencia es tanta, me perdonarás la última pregunta: ¿Cómo era el nombre de tu madre?

— ¡Livia! —contestó la joven con sus ojos llenos de llanto.

—Un tremendo suspiro como un quejido lastimero se exhaló de los labios de aquel hombre que dejó caer su cabeza sobre la fría mesa de piedra mientras sus manos se retorcían una con otra como si quisieran destrozarse a sí mismas.

Zebeo creyó llegado el momento de intervenir y se acercó a él buscando aliviarle.

—Cualquiera que sea la causa de tu pena, —le dijo— cuenta que tienes un hermano a tu lado, en quien puedes confiar plenamente.

Pero el sacerdote de Osiris llevaba años de vivir vida de piedra y demostró ser más fuerte que la terrible tempestad interior que se había desatado en él.

Y levantando de nuevo su arrogante cabeza de pensador hecho a triunfar de sí mismo casi se avergonzó de aquel momento de debilidad.

—Perdonadme —dijo quedo, con su voz helada y lejana—. Aún me falta mucho para ser una de estas columnas de piedra que sostienen las bóvedas de este claustro.

—I Amigo!... —le dijo Zebeo—, lamento decirte que somos de muy diferente modo de pensar tú y yo. Pero no obstante, espero que una grande amistad tíos unirá pronto.

—La justicia cíe la Ley Eterna, es implacable —añadió el sacerdote—. Lo que Ella une, el hombre no puede separarlo. Lo que Ella decreta, el hombre no puede estorbarlo. Es menos que un gusano y se cree omnisciente. Es un halo de negra tiniebla y se juzga una luz...

—Grande cosa es reconocerlo amigo —dijo Zebeo— y en cuanto a esto, estamos en un completo acuerdo. Y ahora si me lo permites seré yo" el que hace preguntas. ¿No es verdad que has encontrado la punta de un hilo en cuya madeja estás tú, Thabita y su madre?

El sacerdote sin inmutarse esta vez y con aterradora calma contestó:

—Estás en lo cierto. He encontrado la punta de ese hilo con que tejí para mi desgracia el cordel de mi horca...

—Cuando el Eterno Poder te ha salvado de ella, señal es de que puedes aún reparar lo que hasta hoy creías irremediable —contestóle el Apóstol de Cristo.

—Tienes la luz de una sabiduría que seguramente no la bebiste como yo en los Templos egipcios, donde Psiquis se torna de piedra y debe tejer sus alas con oro derretido al fuego. Eres un discípulo de Sócrates y Platón que llevas dulzura de miel en tu vida y en tus obras.

—Aunque mucho les venero por sus obras y su vida, no soy discípulo de sus Escuelas que no he frecuentado nunca. Soy discípulo de un mago sublime del amor, que nació en Palestina mi tierra natal y que murió hace once años sacrificado por predicar el amor fraterno de los hombres. Fue crucificado como Espartaco y sus esclavos.

—Así compensa la humanidad a los que se dan demasiado a ella —contestó el Sacerdote.

LO QUE EL AMOR HA UNIDO...

Una semana después el sacerdote enfermo dejaba el lecho y se fortalecía visiblemente día por día, debido a los cuidados de Zebeo *y* de las ancianas esclavas que acompañaron diez años la soledad de Thabita. El amor

www.formarse.com.ar

del Cristo que inundaba el alma de Zebeo y de ella, se transmitía vigorosamente a los que le rodeaban escuchando sus sencillas enseñanzas, fue la savia divina que hizo resurgir a nueva vida al sacerdote que encontraron casi moribundo por agotamiento físico y más aún por las angustias que torturaban su espíritu.

La Ley Eterna, sabia, justa y amorosa a la vez, había decretado la terminación de las severas penalidades que aquellos dos seres humanos se habían impuesto a sí mismos por graves delitos cometidos en su vida.

Ambos reconocían estar agobiados por el mismo célebre pecado del Rey David que lo obligó a pasar toda una vida llorando de arrepentimiento, que soltó a las alas de los vientos en su clamoroso *Miserere, y* en casi todos sus Salmos, gritos del alma prosternada ante la Divinidad clamando misericordia y perdón.

Acaso nada sabrían ellos de los clamorosos salmos del Rey David, grande para los pueblos de su raza y religión, pero ignorado por el gran mundo de entonces, que solo era capaz de apreciar el brillo del oro sobre los tronos, las legiones guerreras avanzando como olas humanas embravecidas destruyéndolo todo, las ciudades ardiendo en llamas, los millares de hombres fuertes y libres reducidos a la esclavitud y atados a los carros de guerra de los vencedores. Pero los grandes pecados de los hombres se asemejan aunque las distancias y los siglos les separan en absoluto.

Y los dos sacerdotes que voluntariamente se sometieron a dura penitencia en las criptas pavorosas del abandonado Templo del Lago Merik, habían tenido en su vida una *Bethsabé* que inconscientemente les incitara al delito y un *Urias* a quien quitarle la vida para poseer lo que era suyo.

Según la Ley de sus Templos, las torturas físicas y morales, la privación de toda alegría era el único medio de lavar sus delitos y tornar a la posesión de las facultades superiores que habían perdido.

El mismo género de delito, la misma intensidad en el dolor desesperado de lo irreparable, los unió a los dos como con una cadena de hierro. Se habían encontrado huyendo ambos del espectro aterrador de su propia conciencia que les gritaba: ¡asesino! ¡falsario! ¡seductor! ¡infame!

Ambos nacidos en cunas de plata, de ilustres familias de sangre azul como el mundo llama a los que ostentan en sus progenitores filiación de realeza, llevados por la vanidad de tener también el timbre de *sabios* escalaron las áridas cumbres de la Iniciación en los Templos egipcios. Y desde aquella altura habían caído al fondo del precipicio como un águila con las alas rotas, "Chorreando sangre y sin fuerzas para levantarse.

Habían saboreado la efímera dulzura de su pecado, y queriendo aún vivir en él, una fuerza más potente que ellos les quitó de los labios el ánfora de miel, dejándoles tan solo el amargo acíbar del remordimiento, el odio de sus Victimas y el anatema inexorable de la Ley.

Era ley para los Sacerdotes de Osiris que habían cometido un delito, que el mal estaba borrado y limpio cuando cesaba el remordimiento y la calma reinaba de nuevo alrededor de *Psiquis* atormentada. Debemos atribuir a esa ley el hecho de que los otros tres compañeros de delito habían vuelo al Templo, y éstos dos habían quedado en su voluntario calabozo.

En tal estado de espíritu les encontró el suave y dulce Apóstol de Cristo que solo sabía según él, de amar a los que padecen y de consolarles en sus terribles angustias.

El había oído repetidas veces a su divino Maestro consolar a les pecadores con estas solas palabras:

"¿Ninguno de tus jueces te ha condenado?... Yo tampoco te condeno. Vete en paz y no peques más". Así habló a la mujer que llevaban a apedrear por su infidelidad conyugal, después de haber dicho a los jueces que lo consultaban: "Aquel de vosotros que se halle sin pecado que le arroje la primera piedra".

"Tus pecados te son perdonados porque has amado mucho, mujer" —le dijo a aquella que derramaba esencia de nardos sobre sus pies y los secaba con sus cabellos.

"¡Ven Sedechias!... Yo quiero que vengas a mí" —dijo al fariseo que reconociendo sus errores de Secta y los prejuicios dogmáticos que endurecían su corazón, descansaba su frente humillada sobre las manos santas y puras que acariciaban su cabeza gris.

Estos imborrables recuerdos estremecieron el corazón de Zebeo y desbordó en él la piedad a tal punto que cuando ambos sacerdotes delincuentes quisieron relatarle su delito, él les dijo poniendo el dedo índice sobre sus propios labios:

—Como la Isis de la entrada a vuestro templo os digo también yo: ¡silencio! Para que entre mi pequeñez al templo de vuestro corazón que fue purificado por el arrepentimiento, no necesito saber cual fue vuestro pecado.

Sólo os digo que no es con maceraciones del cuerpo ni tormentos en el alma como se lavan los pecados de los hombres sino reparando el mal que se ha causado al prójimo con ellos.

Uno de vuestros más grandes y nobles Hierofantes, el príncipe Melchor de Heróopolis, descendiente en línea recta del Pontífice Membra que inició a Moisés en la oculta sabiduría de los Templos, cometió un delito de

www.formarse.com.ar

amor. Le quitó a un zagal la zagala que debía ser su esposa, causando la muerte de ambos que se arrojaron al precipicio. Para reparar tal delito se negó para toda su vida la dulzura del hogar, y destinó gran parte de su fortuna a dotar a las doncellas que se preparan a ser esposas y madres. Y aún ha pensado en ellas para después de su muerte, y soy yo depositario administrador de la renta perpetua dejada por él para este fin.

El amor del Cristo que irradiaba su Apóstol, triunfó sobre aquellas almas petrificadas por la implacable dureza de las leyes en que habían vivido, y con profunda emoción le dijo el mayor de ellos, Leandro de Caria:

—Tu sabiduría es el amor; tu ley es el amor... tu vida es el amor... ¿De qué escuela, templo o estrella viniste que pareces no ser un hombre de esta tierra que es hierro y piedra amasados con sangre?

—Nací a la vida del espíritu en el alma genial de un hombre que era Dios del Amor, de la Esperanza, y de la Paz. Era el Avatar, soñado por los Devas del Lejano Oriente, el Hombre Luz de la Persia de Zoroastro, el Mesías de los Profetas Hebreos, el dulce Rabí Nazareno que oraba sobre los montes y colinas, que hablaba a las muchedumbres desde una barca de pescador, que hacía florecer rosas entre las ruinas y lirios en los sepulcros, y con su voz vibrante de clarín que anuncia la victoria decía a las almas desoladas y caídas como las vuestras: "¡Levántate y anda! El amor y la fe te prestan sus alas, la esperanza te viste de nuevo, .la vida te sonríe como una .virgen coronada de mirtos y de olivos que va arrancando una a una las viejas espinas de tu corazón".

Este amoroso discurso de Zebeo parecíales una llama de dulce calor para sus almas heladas de soledad y de espanto, y ambos sacerdotes Leandro y Narciso se le habían acercado tanto hasta tomarse de sus manos como náufragos de una marejada de escarchas, que vieran de repente ese único medio de salvación.

El Apóstol al sentir ese contacto volvió en sí del vibrante estado psíquico que el vivo recuerdo de su excelso Maestro le había ocasionado. Estrechó efusivamente aquellas manos enflaquecidas que se prendían de las suyas y tirando de ellas les atrajo a si mientras les decía:

—Estabais muertos y el amor os ha resucitado ¡Venid conmigo y os enseñaré a vivir la vida como el Cristo mi Maestro me enseñó a vivirla!

La divina irradiación del Cristo a través del alma de Zebeo les hacía llorar esas dulces lágrimas que son descanso de las almas doloridas y les prestan alas ligeras de paz y de luz para remontarse de nuevo a la inmensidad de lo infinito de donde habían caído a fuerza de terror, de espanto de sí mismos, y de la impenetrable oscuridad que les rodeaba.

Era la mitad de la tarde y Zebeo les condujo a los talleres improvisados en diversos recintos del ruinoso castillo donde habitaba. Aquello era una colmena humana donde cada abejita elaboraba su miel. Leandro el sacerdote mayor miró en todas direcciones como buscando algo. Y al fin su vista reposó en el rostro de Thabita inclinada sobre su labor.

— ¿Me permites hablarle? —preguntó a Zebeo. Y se acercó a ella—.

Niña —le dijo— si a tu alma buena le interesa que yo tenga paz en la mía, deberás permitirme unas palabras a solas.

Thabita buscó en seguida los ojos de Zebeo que le hizo con la cabeza una señal afirmativa.

Se apartaron a un ángulo del enorme pabellón y el sacerdote le habló así:

— ¡No me temas por piedad, que eres lo único que puede unirme de nuevo a la vida! Veo el espanto en tus ojos y sé que nunca tendré tu cariño... De tus contestaciones a mis preguntas he adquirido la certeza de que fui el causante de toda la desventura de Livia tu madre. No quiero herir tu corazón con un relato espantoso. Solo te digo que Livia tu madre a la cual te pareces como una lágrima a otra de las que están cayendo de tus ojos, fue el único amor de mi vida tan fuerte que por tenerla a ella y a ti conmigo, quité de su camino al que debió ser tu padre. Y el padre de mi mujer, un poderoso príncipe de Karia, la vendió como esclava en venganza de mi traición a su hija. Ni Livia nació esclava ni tampoco tú, pero los poderosos de la tierra satisfacen sus venganzas a costa de vidas humanas que en su criminal prepotencia jamás supieron respetar.

A través de sus lágrimas, Thabita veía a Zebeo a diez pasos de distancia y con sus miradas que ella comprendía tanto, le infundía serenidad y valor.

El sacerdote Leandro continuó su confidencia:

—Sé que en la persona de tu madre no puedo reparar el daño causado, jorque la muerte le dio la paz y la dicha que yo no supe darle. Pero puedo repararlo en ti hija mía... ¡Déjame llamarte así, ahora que voy a desaparecer para siempre de tu camino!... ¡Toma! Aquí está mi testamento, mi última voluntad. —Y le extendió un pergamino enrollado y sellado.

Ella dio un paso atrás y buscó de nuevo a Zebeo. Pero él se había retirado hacía el oratorio que comunicaba con el Taller.

La pobre joven se echó a llorar desesperadamente causando la consiguiente alarma entre los que estaban al otro extremo del pabellón de trabajo.

Leandro semejaba una estatua de mármol con el brazo extendido hacia ella, sosteniendo el pergamino.

Zebeo sintió el llanto de Thabita y acudió en el acto.

—Hija mía —le dijo con la mayor ternura—. ¿Por qué te desesperas así, sabiendo como sabes que nadie ni nada te separa de mí si es tu voluntad permanecer a mi lado?

Y acercándola de nuevo a aquel desventurado padre a quien las consecuencias de su delito lo habían privado del cariño de su hija, les dijo:

—El amor es lo único que puede salvar este abismo y lo salvará. Thabita es mi esposa y tú eres su padre. Ambos cabemos en el corazón de ella, que está educada en la enseñanza del Cristo, mi Maestro, que vino a reafirmar en bases de diamante la Ley Divina que dice: "Honra a tu padre y a tu madre". Ni tú puedes hablar de desaparecer para siempre del camino de tu hija, ni ella puede rehusar el reconocerte como padre. El amor del Cristo es más grande y fuerte que todas las tragedias y miserias humanas y si la Divina Ley corona su obra uniendo lo que la maldad humana había separado, ¿quiénes somos las criaturas inconscientes para estorbar su mandato?

Leandro aún con el brazo extendido ofreciendo el pergamino se acercó a Zebeo.

—Yo no puedo esperar ni pedir amor a una criatura que jamás lo recibió de mí; pero sí os puedo pedir a ambos que no me estorbéis el reparar en parte los daños causados por mi delito. Y en este pergamino está esa reparación.

—Está bien —dijo Zebeo tomándolo—. También yo como esposo de tu hija creo tener el derecho de pedirte que aceptes nuestro hogar como tu hogar y toda esta numerosa familia nuestra como tu propia familia. Porque si tú reclamas para ti la tranquilidad y la paz de tu conciencia, también la reclamamos tu hija y yo para quienes sería insoportable tormento recibir tu legado y dejarte ambular solo en el mundo.

El Apóstol de Cristo envolvió en su mirada ardiente de amor a Leandro y a Thabita que tan cerca estaban de é!... La joven se le acercó hasta descansar la cabeza en su hombro, y Leandro inclinó la suya hasta tomar la mano del Apóstol y apretarla a sus labios. Pero él había bebido del eterno y divino manantial del corazón del Maestro, que dijo al despedirse:

"Si sois capaces de amaros como yo os amo, el Padre y yo haremos morada en vuestro corazón."

Y fue así que la cabeza gris de Leandro y la de negros bucles de Thabita se encontró unida entre los brazos de Zebeo que les estrechaba sobre su pecho.

El austero y grave sacerdote de Osiris pasó a ser el Director de la Escuela que en la gran Sala del Consejo, en el abandonado Templo del Lago Merik fundara el Apóstol de Cristo para consolar a los humildes desgraciados de la sociedad con la divina palabra de su Maestro.

"Bienaventurados los pobres, los que lloran, los que son perseguidos, porque de ellos es el Reino de los cielos."

Sintiendo estoy la interrogación del lector sobre qué había sido del sacerdote que encontramos enfermo en su fría y desmantelada estancia, o sea Narciso de Lidia.

Era un temperamento diferente de su compañero y debido a eso su naturaleza física resistió menos a la vida de duras penalidades que a sí mismo se impuso. Y a no ser por la oportuna intervención del Apóstol Zebeo, hubiera muerto pocos días después. Más abierto, más expresivo, se rindió más pronto a la fraternal solicitud de Zebeo el cual le decía:

—Me has arrebatado a la muerte como la madre arrebata a su hijo cíe las olas bravías que iban a tragarlo —y aunque contaba sólo seis años menos que el Apóstol, se sintió en verdad como un hijo del hombre bueno que le salvó la vida. Nacido a orillas del Mar Egeo, hijo del príncipe soberano de Lidia, había ingresado en su primera juventud en una Escuela de Atenas que dependía del Templo de Delfos, uno de cuyos sacerdotes la regenteaba.

Las leyes de los Templos de la antigua Grecia no fueron nunca tan duras e implacables como en los Templos de Menfis y de Tebas. El arte, la poesía, la música, suavizaron los cultos realizados muchas veces como en torno a la Fuente de Castalia, sintiendo el rumor de los arroyuelos saltando entre riscos y flores, o en rumorosos vallecitos donde cantaban los pájaros y sollozaba el viento en las ramas de los cipreses y de los laureles. Narciso decía que un genio maléfico le había perseguido desde sus primeros años, en la intrigante personalidad de una madrastra que trató siempre de alejar del país y del hogar al primogénito de su marido Pausanias, padre de Narciso, buscando su propio beneficio y el de sus hijos. Y cuando el príncipe murió

www.formarse.com.ar

envenenado, ella, mediante el vil soborno de los Consejeros se hizo nombrar Regente del Principado con la excusa de la minoría de edad de Narciso que era el heredero legítimo del príncipe Pausanias, su padre.

Con la astuta adulación de su fingido amor, convenció al jovencito que sólo contaba diecinueve años, de que le convenía viajar para conocer los hombres y el mundo y prepararse así para gobernar el país en sustitución de su padre.

El joven viajó por las grandes capitales de la costa Mediterránea e inclinado por naturaleza al estudio visitó las Escuelas de Pafos, de Tarsis, de Siracusa y de Alejandría, donde decidió quedarse atraído por la dulce bondad de una joven que embarcó en Pafos acompañada de un tío suyo y que se dirigían también a la célebre ciudad de los templos como fortalezas y de los obeliscos cuya cúspide subía hasta las nubes.

Fue este el cable de hierro que lo llevó a su desgracia.

Narciso y Liana se amaron en contra de la voluntad del tío que conducía a la joven para desposarla con un hijo suyo residente en aquella capital.

Separados bruscamente encontraron medios de reunirse en secreto. Narciso ingresó entre los aspirantes a la Iniciación en el Templo de Osiris al amparo de un hermano de su madre muerta que formaba parte del Alto Consejo sacerdotal. Soñaba crearse una elevada posición, preparándose con los más sitos conocimientos para gobernar un día los dominios de su padre, contando desde luego con las promesas de Liana de que no se casaría sino con él. Y Liana se afilió a las doncellas de la Escuela de un Serapeum destinado a la cultura femenina que estaba anexo al Templo de Osiris del cual dependía.

Después de tres años de dura resistencia, Liana comunicó a Narciso que, seis días después la casaban con el primo y si no obedecía la vendían como esclava a los mercaderes que con tal fin llegaban desde el lejano Oriente.

—Yo lo estorbaré —le había contestado él— aunque deba arriesgar mi vida —Y la arriesgó, pero no ganó la partida.

En la terrible lucha por libertar a Liana, hirió gravemente al tío y mató al recién casado, pero la mujer amada desapareció sin que él pudiera encontrarla jamás.

Consciente ella de que sería madre en breve tiempo, no quiso presentarse en tales condiciones al hombre que había amado y huyó a refugiarse en un mercado de esclavos, donde únicamente no sería buscada ni nadie se asombraría de su miseria.

Una mujer vendedora de frutas la tomó a su servicio y allí le nació su hijo y allí vivió hasta que su ama se marchó a otro país, dejándola al servicio de unos parientes. La consunción y la anemia hicieron presa de ella cuando el niño contaba siete años y dándole una carpa, un botecillo pescador y las ropas necesarias para ella y su hijo la despidieron de casa.

Cuando se refugió en el mercado de esclavos dejó su nombre de nacimiento y tomó el de Chiopi, muy común entre las pobres gentes de esa clase y a su niño lo llamó *Petiko,'* que en la lengua de su país *significaba paforillo sin nido.*

Hemos llegado lector amigo, a dilucidar el misterio que envolvía al joven sacerdote de Osiris, a quien consumía la tristeza de su vida fracasada en todos los caminos que había emprendido: fracasado en su familia, en su carrera y en su amor.

Era el "asesino" del padre de Petiko, el pobre niño que Zebeo encontró en su botecillo a orillas del Nilo y de aquel amor de su juventud sólo quedaba el montoncito de piedra que en el cementerio de los esclavos tenía este nombre como inscripción: *Chiopi.*

Era cuanto quedaba de aquella dulce belleza pálida que él conoció en Pafos y que se llamaba Liana. El mismo ignoraba este final de su drama que sólo Zebeo conocía por los escasos documentos que Petiko había conservado de su madre y que los entregó a su padre adoptivo aquel primer día que él llegó a la Aldea de los esclavos.

Y Narciso de Lidia en íntima confidencia con Zebeo se quejaba amargamente de su suerte.

—Mi compañero ha podido reparar el daño causado, mientras yo, ni aún ese alivio puedo dar a mi atormentado espíritu.

Zebeo lo dejaba hablar y en su alma lúcida y llena de piedad para el dolor de su prójimo, reconstruía ese terrible pasado del cual sólo podía extraer nuevos dolores para aquel pobre corazón tan cruelmente atormentado.

Y con un tacto y prudencia que sólo el amor puede dar, fue revelándole poco a poco el final de aquella tragedia de su juventud.

www.formarse.com.ar

¿Cómo decirle: yo tengo a mi lado al hijo de Liana y de su esposo que asesinaste? ¿Cómo decir a Pedrito que aquel triste enfermo del Templo del Lago Merik era el asesino de su padre y el causante de todas las desventuras de su madre?

— ¡No! —decía en sus cavilaciones Zebeo— ¡ Pedrito no debe saberlo nunca! No debe saber que Narciso, con quien viviremos en familia fue el causante de todas sus desventuras. Pero sí debe saberlo éste, para que su espíritu descanse en la reparación de su mal. No vive Liana para recibir en su amor la compensación a sus dolores, pero está su hijo en quien puede Narciso tranquilizar su conciencia y aquietar su espíritu atormentado.

Se dirigió al oratorio, que era el lugar más silencioso y solitario del Castillo, que estaba convertido en un ambiente de actividad y de trabajo. Los huertos y jardines cubiertos de zarzales y de yerbas inútiles se iban transformando en largos surcos de hortalizas y de legumbres en hermosos arrietes de flores. Con esta suave visión en el alma, el Apóstol llegó al Oratorio y ocupó su sillón habitual.

La última luz de la tarde penetraba por el ventanal de occidente y resplandecía sobre el altar de las Tablas de la Ley.

A Zebeo le vino el recuerdo de cuando las últimas frases se habían iluminado de una llama viva y cerrando los ojos, la imaginación se las pintó de fuego otra vez: *"Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".*

— ¡Maestro!... —llamó con la voz profunda de las evocaciones supremas— ¡Dame que sea tu instrumento para devolver la paz y el sosiego interior a ese hermano atormentado!

Su frente se inclinó en oración silenciosa y profunda esperando la respuesta.

Tan absorto estaba que no sintió la llegada de la barcaza y sólo se enteró de ello viendo entrar a Pedrito con su rostro iluminado de gozo que le buscaba.

—Padre —le dijo—. Tus ojos tienen tristeza y yo vengo con el alma rebozando de alegría. ¿Qué pasa?

— ¡Pedrito, hijo mío!... —contestóle Zebeo vacilando aún—. Tú eres ya un hombre que a través de mis enseñanzas has llegado a comprender como pocos la ley divina del amor al prójimo y más al prójimo atormentado por ocultos dolores.

—Sí, padre. ¿He faltado acaso en eso?

—No hijo mío; pero creo llegado el momento de que ese amor sea tan fuerte y tan poderoso que no te permita volver atrás si encuentras una barrera ante ti.

—No sé lo que quieres decirme, pero veo que algo grave ocurre.

—Sí, hijo mío. Siéntate aquí a mi lado y óyeme.

Y le refirió todo cuanto había ocurrido ese día con los dos sacerdotes que

en voluntaria expiación de sus culpas habitaban la pavorosa aridez del Templo abandonado.

Supo con asombro el descubrimiento hecho referente a Thabita y su madre muerta, y cómo aquel desventurado padre quería desaparecer para siempre después de legar a su hija cuanto tenía como reparación de los sufrimientos causados.

— ¿Thabita está contenta? —preguntó.

—No del todo, por el momento; porque su amor hacia mí hubiera querido que su corazón no tuviera a nadie más a quien amar. Mas..., espero que llegue a ponerse a tono con nuestra ley del amor al prójimo y no mezquinará su cariño al padre que la trajo a la vida, aunque nunca la conoció hasta ahora.

Pedrito no contestó, pero quedó muy pensativo.

—Si a ti te ocurriera algo semejante, hijo mío, ¿serías capaz de obrar como un verdadero discípulo de ese divino Maestro de los hombres?

El joven miró a Zebeo con sus expresivos ojos llenos de asombro y de interrogantes, y Zebeo sostuvo esa mirada con la suya llena de dulzura y de piedad.

— ¡Padre!... —exclamó Pedrito —espero que no irás a decirme que también a mí me ha brotado en el camino otro padre fuera de ti!

—Tranquilízate, hijo, que no te diré eso, pero sí te digo que uno de los pobres recluidos en ese Templo abandonado, fue el primer amor de tu madre que le fue arrancada por la fuerza y casada con otro nombre que ella no amaba.

— ¡Pobre madre mía! ¡También tuvo ese tormento!... —murmuró muy quedo Pedrito, que sentía sus ojos húmedos de llanto— ¡Malo!..., muy malo debía ser ese hombre que tomaba por la fuerza un corazón que no lo quería —añadió con la voz que temblaba de indignación.

www.formarse.com.ar

—Perdónalo porque ese fue tu padre, que murió antes de nacer tú, quedando tu madre en el mayor desamparo y esperando tu llegada a la vida huyó a ocultarse en el mercado de esclavos de Alejandría, no atreviéndose a presentarse en ese estado al hombre que tanto ella había amado y que la buscó enloquecido, sin encontrarla jamás.

— ¡Ese hombre debió haber sido mi padre! —gritó Pedrito con su voz quebrada por un sollozo— y no el otro egoísta y cruel que tomó a la fuerza lo que no querían darle... Pero yo te tengo a ti, padre mío —añadió tomando la mano de Zebeo y estrechándola entre las suyas como si temiera que alguien se lo arrebatara.

— ¡Sí, hijo mío, me tienes a mi para toda la vida, pero yo creo que en tu corazón grande y generoso cabe también ese desventurado hermano nuestro que tanto amó a tu madre y que hoy sólo encuentra de ella un montoncito de piedras en el cementerio de los esclavos!.. .

El joven se cubrió el rostro con ambas manos y la suave penumbra del oratorio se llenó con sus dolientes sollozos.

El Apóstol de Cristo se puso de pie y estrechó a su corazón aquella cabeza juvenil, dolorida y sollozante.

— ¿Serías capaz de consolarle con tu cariño, hijo mío? —le preguntó cuando le vio serenarse y descubrir su rostro húmedo de lágrimas.

— ¡Sí, padre, sí! Lo amaré como amé y amo a mi madre, que desde el cielo verá contenta que quiero al único hombre que ella amó. ¿No es así acaso el amor que enseñó el Divino Maestro de los hombres y que tú me enseñaste a mí?

—Sí, hijo mío, es así —contestó Zebeo—. Y como ese hombre está muy enfermo a fuerza de tanto padecer por su amor a tu madre que perdió, me acompañarás a su aposento porque él suspira por conocerte.

—Vamos ahora mismo —dijo Pedro levantándose—, que esto es más urgente que describirte nuestro primer viaje y nuestro feliz regreso.

Y mientras todo era movimiento en el viejo Castillo con la llegada de

Amare-Victum, Zebeo y Pedrito se perdían en los oscuros claustros, buscando la celda del pobre enfermo.

Lo encontraron con su compañero, sentados ambos en un estrado de piedra adosado al claustro, contemplando en silencio el último resplandor del ocaso y la primera estrella que asomaba tímida en el infinito azul.

—La paz sea con vosotros —díjoles el Apóstol acercándose a ellos—. Narciso de Miquele, príncipe de Lidia —dijo Zebeo emocionado—. Aquí Atiene» al hijo de Liana que viene a ti sintiéndose también hijo tuyo.

Narciso intentó ponerse de pie para abrazarlo, pero no pudo hacerlo por su extrema debilidad. Sus hermosos ojos claros se inundaron de llanto y Pedrito doblando una rodilla lo abrazó efusivamente.

— ¡Hijo de Liana!..., ¡hijo de Liana que debió ser mi hijo! —exclamó entre sollozos el desventurado Narciso —. ¡Y cuánto te pareces a ella! —continuó mirándolo con los ojos fijos del que ve una imagen que nunca borró de su retina.

—El buen Padre Celestial ha querido que encuentres un retazo del corazón de Liana en su hijo —díjole Zebeo—. Y espero que este feliz encuentro ayudará a tu pronto restablecimiento, hermano.

— ¡Oh. sí!..., os lo aseguro a todos vosotros que pronto seré un hombre nuevo porque tiene ahora un gran motivo mi vida: vivir para el hijo de Liana en memoria suya.

Aunque no me hubieras hecho ver los documentos que se conservan de ella, este es el mejor documento —decía Narciso acariciando la cabeza de Pedrito—. Y la naturaleza te ha hecho imberbe para que tu rostro sea aún más viva imagen del suyo.

El joven se sentó a su lado, mientras Zebeo hablaba con el sacerdote Leandro.

— ¿No son éstas, combinaciones prodigiosas que hace la Bondad Divina en beneficio de sus hijos? —le preguntaba Zebeo.

—Es tal como dices —contestó Leandro— pero estas combinaciones se realizan con éxito cuando un gran amor desinteresado y puro se ha constituido, consciente o inconscientemente, en hilo conductor de esa maravillosa fuerza de cohesión, de unión que se llama Unidad del Gran Todo. Y eres tú el hilo que nos ha unido a mí con Thabita y a Narciso con el hijo de Liana. ; Sea bendita por siempre la Eterna Unidad Divina!

—Ahora, para celebrar este maravilloso acontecimiento —dijo Zebeo—, propongo que celebremos en el gran comedor del Castillo una cena en conjunto. ¿Aceptáis?

—Aceptado —contestó Leandro— aunque no sé si mi compañero tendrá fuerzas para llegar hasta allí.

www.formarse.com.ar

—Ahora sí —dijo Narciso poniéndose de pie ayudado por Pedrito y Zebeo. Apoyado en ambos y lentamente cruzaron la puertecilla que daba al Taller que era el gran comedor.

Una hora después habían sido replegados en un ángulo el telar y demás enseres de los tejidos quedando el recinto, no como debió ser el gran comedor de la Princesa Thimetis, pero sí un sencillo comedor de grandes dimensiones, adornado con palmeras y guirnaldas de madreselvas en flor.

Zebeo ocupaba la cabecera de la gran mesa de roble y a uno y otro lado suyo Thabita y Pedrito, a quienes seguían los dos sacerdotes, Leandro junto a Thabita y Narciso al lado de Pedrito, el hijo de Liana.

En todos los rostros había paz, contento y alegría, y la numerosa familia de Zebeo se había aumentado con seis huéspedes más llegados recientemente en la barcaza de carga.

LOS TREINTA Y TRES

La barcaza Amare-victum había regresado trayendo un esclavo ya mayor, brutalmente herido por azotes recibidos del amo que lo había despedido. Le acusaba de haberle envenenado una garza de la colección que tenía en sus jardines. Le había amenazado matarle de una paliza y arrojarle al muladar si no se conseguía la curación de la garza enferma. Y cuando esta murió, el esclavo fue duramente apaleado y tirado al muladar. Arrastrándose hacia los barrancos que rodeaban aquel repugnante Uigar de inmundicias, el infeliz esclavo había obtenido piedad de una mujer de igual condición que acudía allá a arrojar basura de la casa de sus amos. En ese estado le había recogido uno de los compañeros de Pedrito al ir recorriendo los suburbios más pobres y apartados de la gran metrópoli. Los otros pasajeros de la gloriosa Amare-victum eran: un esclavo joven, pero ciego y por tal causa arrojado por sus amos; dos ancianas mendigas con las manos retorcidas por el reuma, y finalmente dos esclavas jóvenes con sus hijos pequeños en brazos que les habían nacido contrahecho el uno y el otro con el cuerpecito lleno de pústulas infecciosas. Ambas víctimas de la lascivia de amos brutales, se veían arrojadas a la calle por el mal que traían sus hijos.

El joven capitán de la barcaza había logrado vender en el mercado los productos de la Aldea, y tan buena aceptación habían tenido que recibió nuevos pedidos, por lo cual compró gran provisión de cáñamo para tejer esteras y de lanas para frazadas.

Entre sus remeros iban tres de los jóvenes muchachos de la Aldea que estaban encargados de la siembra y plantaciones de la cual sacaban el sustento para todos y éstos hicieron buena provisión de simiente para ampliar cuanto pudieran los cultivos.

Los mueblecitos de caña y juncos fueron vendidos todos y entonces el Apóstol de Cristo mandó a los que eran carpinteros construir tantas arquillas como obreros había, y cada una llevando el nombre de su dueño. Allí se depositaba la mitad del valor en que fue vendido el objeto construido por él y la otra mitad se depositaba en la caja común para el sustento de todos los obreros de la colmena.

Conociendo Zebeo de que no todos habían llegado al superior grado de evolución que hace al ser indiferente a la idea de posesión de bienes materiales, obró con gran acierto al disponer las arquillas individuales para que cada uno guardase lo suyo, o sea la mitad de lo adquirido por su trabajo.

Fue un estímulo tan fuerte, que la producción de la aldea se aumentó al cien por cien, lo cual obligó a la barcaza Amare-Victum a salir aguas afuera cada treinta o cuarenta días.

Y llegó por fin, un solemne y memorable día para la *Aldea de los esclavos.* Después de largas meditaciones del Apóstol de Cristo en la soledad del Oratorio, pidió a Thabita, Pedrito, sus veinte compañeros, los dos sacerdotes y los ex-cautivos del Castillo que acudieran a una reunión que era necesario realizar para el bien de todos.

—Son en total treinta y dos personas —decía el Apóstol— y conmigo *treinta y tres...* ¡Oh, Maestro mío!... Treinta y tres años duró tu vida sobre esta tierra, y tú solo hiciste una obra de amor tan grande que ni mil hombres la hubieran hecho. Tu *montoncito de tierra* se propone hacer «algo que sea de tu agrado con treinta y tres almas de buena voluntad ¡Maestro!, si es digno de ti este pensamiento mío, bendícelo desde tu Reino Eterno y dame fuerza para vencer todas las dificultades que se me opongan.

Una grande paz llenó hasta rebozar su alma después de esta plegaria, y el Apóstol, conocedor de las íntimas condiciones de todos aquellos corazones que habían confiado plenamente en él, les llamó una tarde a la asamblea en el Oratorio. Les habló de esta manera:

—Prosternados todos ante la Eterna y Divina Presencia que percibe los latidos de nuestro corazón y las aspiraciones de nuestro espíritu, tratemos de resolver y encaminar todas nuestras actividades como entendamos sea más justo y conducente al bienestar espiritual y material de todos los que estamos reunidos en

www.formarse.com.ar

esta Aldea bajo la única ley que resume todo el mandato divino: "Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo."

"Los dos sacerdotes que fueron del Templo de Osiris han aceptado el cargo de maestros directores de nuestra Escuela que hemos llamado *"Janua Celi"* (puerta del Cielo). Los ocho amigos que vivieron años recluidos en este Castillo, por voluntaria elección, quedaron al frente de los diversos trabajos y actividades que desempeña nuestra colmena de laboriosos obreros y algunos ¡>e prestan a colaborar con aquellos en la enseñanza de nuestros alumnos.

"Sabéis todos que hemos descubierto y comprobado que Leandro de Caria es padre de mi esposa Thabita. Y poseyendo valiosas posesiones en su país ha hecho donación de las rentas a nuestra Escuela-Taller y Refugio de huérfanos y desamparados y a la vez nombra heredera legítima de sus bienes a esta hija suya que había perdido apenas nacida y que por una de esas sabias combinaciones de la Ley Divina ha venido a encontrar en nuestra Aldea de los esclavos. El hermano Narciso de Miquele, poseedor único del principado de Lidia, hace así mismo donación de sus rentas particulares a nuestra Escuela-Taller y Refugio, y nombra heredero de sus bienes a mi hijo adoptivo Pedrito de Alejandría, hijo de Liana de Pafos, que le fue arrebatada por la fuerza antes de nacer su hijo. Estas declaraciones que hago en presencia de todos vosotros nos ponen en el caso de resolver en conjunto lo que hemos de hacer en adelante.

"El Albacea Alejandro nos ha entregado con escritura de posesión este solar de tierra con su ruinoso Castillo y su Templo abandonado.

"Vivimos bajo su techo cincuenta y dos personas, y somos, además el alma que anima y da vida a toda nuestra humilde Aldea. ¿Los abandonamos a todos y nosotros, que somos treinta y tres, nos vamos a los dominios de estos dos hermanos donantes y cuyas posesiones colindan una con otra en los Países de Caria y de Lidia del otro lado del mar? ¿Continuamos todos aquí engrandeciendo la Aldea y siendo instrumentos de la Eterna Potencia Divina para velar por todos los desamparados de Alejandría?

"Tales son las dos preguntas que pongo ante vosotros, pidiendo que tengamos todos la luz divina para resolver esta cuestión.

"Pedrito, hijo mío —añadió Zebeo—. Aquí tienes treinta y tres piedrecillas blancas y treinta y tres piedrecillas negras. Entrega una blanca y una negra a cada uno de los presentes y que después de haberlo meditado en la presencia de Nuestro Señor el Cristo, cada uno deposite la que quiere en aquel cofrecillo que he colocado sobre el altar, al pie de las Tablas de la Ley. Las piedrecillas blancas significarán que nos quedamos aquí. Y las piedrecillas negras, que nos vamos a trabajar en los dominios de los hermanos Leandro y Narciso" —y el Apóstol entregó a Pedrito una bolsita de blanco lienzo que guardaba todas las piedras.

Todos contenían el aliento y Pedrito, pálido como un muerto, temblaba al ir entregando a cada uno las dos piedrecillas ordenadas. Thabita, sentada junto a Zebeo dejaba correr sus lágrimas silenciosas.

¿Por qué habría tomado el Apóstol tan grave determinación sin consultarla para nada? Tanto ella como Pedrito pensaban con honda angustia en los dos montoncitos de piedra que cubrían los pobres restos de sus madres muertas. Era lo único que de ellas les quedaba. ¿Habían de abandonarlo también?

Cuando Pedrito terminó de repartir las piedrecillas tomó las dos suyas y ocupó su asiento entre Zebeo y Narciso, y el Apóstol de Cristo habló de nuevo:

—Os pido unos momentos de silencio para que todos pensemos ante Nuestro Señor y Maestro el Cristo, representante eterno y vivo de la Voluntad Divina, y conforme a lo que nuestra conciencia nos diga, obraremos.

El silencio fue tan profundo que el Oratorio parecía estar vacío en absoluto. Por fin el Apóstol se levantó y acercándose al altar dejó caer una piedrecilla que resonó en el fondo del cofre. Lo siguió Leandro de Caria, Narciso de Lidia, Thabita, Pedrito y luego uno por uno, todos los demás.

Otro momento de silencio y durísima espera. Zebeo mismo estaba profundamente emocionado. Pedrito seguía pálido como un muerto y Thabita llorando en silencio.

Zebeo se dirigió de nuevo al altar y tomó el cofre.

— ¡*Todas son blancas!* —exclamó con los ojos inundados de lágrimas y cayendo de rodillas al pie del ara santa, repitió con la voz quebrada por un sollozo—: ¡Gracias, Maestro mío, porque todos los que me rodean han sentido tu voz que les decía en el fondo del alma: "Lo que hiciereis con cada uno de estos pequeños que os he dado, conmigo lo hacéis. Bienaventurados los pobres, los que lloran porque de ellos es el Reino de los cielos!"

Pedrito se abrazó al Apóstol y lloró como cuando era niño y se abrazaba al cuello de su madre. Thabita a su vez le tomó la mano y la apretó muy fuerte a sus labios,

Leandro y Narciso se estrecharon las manos, mudos por la emoción y el primero dijo al segundo:

www.formarse.com.ar

—Nos unió un día la desgracia y hoy nos une la felicidad de los que hemos encontrado en la tarde de la vida.

Narciso, más emotivo, no pudo articular palabra y se limitó a mantener apretada la mano de su compañero.

La emoción y alegría de todos se descargó en un aluvión de palabras, de frases, de exclamaciones y el oratorio se llenó de ecos, de rumores, de comentarios. Los muchachos jóvenes compañeros de Pedrito comentaban el duro minuto transcurrido, pues varios de ellos estaban unidos por un amor íntimo y Decreto con algunas de las doncellas del coro formado por Thabita.

Nadie conocía ese detalle pero ese día quedó al descubierto y alrededor de ello Zebeo, con paternal ternura, hacía un gracioso comentario:

-—Tejíais abandonar las golondrinas ocultas en las acacias de nuestro huerto y la piedrecilla blanca os aseguró que "lo que el amor une, nadie lo puede separar".

Al sigílenle día Leandro y Narciso retiraron de su banquero de Alejandría los depósitos en oro que allí tenían provenientes de las rentas que cada año les habían sido remitidas de sus países y propusieron a Zebeo realizar la debida restauración del Castillo y del Templo en forma que prestaran las comodidades y los servicios a que estaban destinados. Y el Apóstol estuvo de acuerdo.

Una semana después, Thabita y Pedrito vieron con asombro llegar por el canal una barcaza trayendo láminas de mármol blanco que brillaba a la luz del sol. Eran dos pequeños mausoleos que Narciso había encargado para cubrir los montoncitos de piedra que cubrían los restos de las madres muertas. En el artístico placard de la cabecera de la tumba leyeron en negras letras de ébano que resaltaban sobre la blancura del mármol:

Liana - Livia

Zebeo, que parecía vivir pensando en lo que pudiera complacer más a los seres que lo rodeaban, había insinuado a las doncellas compañeras de Thabita que tejieran dos coronas de lotos y junquillos para ese día y que las llevasen a las sepulturas en el momento en que ya terminada la colocación de los sarcófagos, los dos hijos de las amadas muertas, acudieran allí para orar.

Se les había adelantado Narciso que en las pequeñas hornacinas del placard estaba colocando dos lamparillas de alabastro que él quería que ardiesen siempre como un símbolo del perenne amor que acompañaría a las dos humildes sepulturas.

DIEZ AÑOS DE LABOR

Habían pasado diez años y seis meses desde el día que Zebeo llegó con Pedrito a la Aldea de los esclavos.

¡Cuántas transformaciones había obrado el amor en aquel paraje olvidado de todos!

El Castillo de la Princesa Thimetis, y más tarde refugio de la Reina Amasis, y después de la destronada Cleopatra que fue a buscar allí su trágica muerte, se había convertido con las reparaciones hechas, en Taller de trabajos manuales, en un salón de estudios, un gran comedor, un Oratorio, un recibidor o despacho y hacia el interior las alcobas de las ancianas, de las jóvenes del coro, de todo lo cual Thabita era regente en el pequeño mundo femenino.

Los claustros del templo abandonado, fueron ocupados por los hombres que instalaron también sus talleres de trabajo, sus salas de estudio y de clases, para lo cual debieron bajar a las criptas las cariátides que representaban los números, y los signos del alfabeto sacerdotal; las estatuas de hierofantes encapuchados, los sarcófagos en que antes de consagrarse se tendían durante siete días, representación de la muerte para todos los placeres de la vida material.

El Apóstol de Cristo les había dicho:

—Tenemos que vivir aquí la ley del amor traído por El a la tierra y el amor es suave, es dulce, es piadoso. Es canto de alegría' en la virgen, salmodia de abnegación en la esposa, canción de cuna en la madre, marcha triunfal en el hombre de esfuerzo y de trabajo.

El recinto del Templo propiamente dicho se convirtió en sencillo oratorio con el altar de las Tablas de la Ley, tal como Zebeo recordaba el que Jhasua joven había instalado en la vieja Casa de Nazareth.

Los libros de los Profetas, los pergaminos arrollados del Patriarca Aldis, la vida de Moisés escrita por Filón de Alejandría, los pergaminos en que el Príncipe Melchor relataba la vida del Mesías desde que recibiera el anuncio de los astros y las clarividencias de su propio espíritu.

www.formarse.com.ar

Era sencillamente un lugar de retiro, de silencio y oración donde el alma podía buscar en soledad la solución de sus problemas íntimos y en contacto con la Suprema Energía, adquirir la fortaleza para vivir la vida perfecta de los hijos de Dios.

Zebeo recordaba vivamente la misión de su Maestro en Damasco cuando transformó el Templo de Molok y el presidio del Peñón de Ramán en oratorio talleres y alcobas para los que habían sido cautivos encadenados.

Recordó lo que El había hecho con los blancos esqueletos de las víctimas humanas sacrificadas bárbaramente al dios Molok.

Todo un día les ocupó el recoger de las más profundas criptas los esqueletos de los condenados a muerte por las antiguas leyes del Templo, y llevarlos al humilde cementerio de los esclavos, donde los sepultaron entre los áloes gigantescos *y* el brillante cañaveral rumoroso.

En esta limpieza general de criptas y cámaras descubrieron la entrada a un enorme túnel que se perdía a lo lejos y que tenía numerosos cruces de caminos subterráneos que bajaban más hondo, hasta llegar a comprender que aquellos sombríos corredores pasaban por debajo del lago.

Y el sacerdote Leandro, decía a Zebeo:

—Este es, seguramente el célebre *Laberinto del Lago Merik* que hizo construir el Faraón Amenemaht III para salvar las vidas de los suyos y sus incalculables riquezas en caso de producirse las invasiones extranjeras a sangre y fuego que sufrió el viejo Egipto en diversas ocasiones —y debía estar en lo cierto, pues encontraban salas amuebladas, alcobas, cocinas, salas de baño, patios de juego, establos, caballerizas, pesebres, salas de armas, toda una ciudad subterránea con sus claraboyas para el aire y la luz, tan hábilmente disimuladas al exterior por un tronco de árbol ahuecarlo o una roca horadada que nadie podía sospechar que aquello fue intencionalmente colocado.

Y Zebeo fue de opinión que aquel descubrimiento debían mantenerlo secreto entre los treinta y tres de la asamblea de las piedrecillas blancas y negras que habían formado una fuerte alianza para enseñar a los hombres a vivir la vida de acuerdo con la sabia enseñanza del Cristo Hijo de Dios.

Parecía que en ese instante el Apóstol Zebeo tuvo la intuición de que aquella vacía ciudad subterránea salvaría innumerables seres cuando en ese mismo siglo I desató Nerón la primera matanza en masa, no solo de *cristianos,* como se ha creído ordinariamente, sino de todos los pobres, mendigos, lisiados, gentes indefensas que sin culpa ninguna eran arriados en montón como bestias de consumo para que el César diera a su pueblo de Roma espectáculos sangrientos que sobrepasaron a todo cuanto se había visto hasta entonces.

Pensó en todos sus hermanos de Palestina, que se habían derramado por el mundo como golondrinas viajeras llevando la buena nueva de que el Amor había vuelto a la Tierra en la persona del Cristo Hijo de Dios.

La Bondad Divina le había colmado a él de todo, hasta de una ciudad subterránea, creación de un poderoso Faraón, para salvamento en casos de emergencia

Le llegaban noticias de convulsiones en Judea, de que el Gobernador Marcelo de Puzuoli, que sustituyó a Pilatos dejaba amplias libertades al Sanhedrín dominado aún por el astuto Hanan para aplastar toda innovación en ideas religiosas, que el Emperador Claudio, sucesor de Calígula, había convertido en Reinos cada una de las regiones de Palestina, lo cual equivalía a dividir más y más a los hermanos de raza y religión, o sea la Nación Israelita.

—Todo Reino dividido será desolado —decía Zebeo repitiendo las palabras que oyera a su Divino Maestro —.

—Paréceme que se acerca el día en que se cumpla la frase sacrílega que gritaba el populacho enfurecido pidiendo la condena del Hijo de Dios: "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos".

Esteban ó Stéfanos uno de los siete Diáconos nombrados por los Doce para repartir los socorros a los necesitados había sido condenado a lapidación.

Herodes Agripa, nieto de Herodes el Idumeo, había sido proclamado Rey de Judea y de Samaría y al regresar de Roma se detuvo tres días en Alejandría, para hacerse reconocer como Rey de los judíos residentes en esta gran capital. Pero su desmedido orgullo y el lujo deslumbrador de que se rodeó, causaron gran disgusto a la mayoría del pueblo que se abstuvo por completo de colaborar en los homenajes Aún no se había secado en las calles de Jerusalén la sangre de Esteban, muerto a pedradas, y poco después la del Apóstol Santiago decapitado, y los israelitas de Alejandría habían emigrado de la patria justamente espantados del terrorismo con el que el Sanhedrín aliado con el nuevo Rey quería hacer más duro aún el pesado yugo con que la invasión romana aplastaba a la nación.

Todas estas tristes y desoladoras noticias recogieron los marineros de la barcaza Amare-victum en uno de sus viajes a la gran ciudad. Y el Apóstol Zebeo reunió en el Oratorio del Castillo a los treinta y tres amigos fieles

www.formarse.com.ar

de su alianza para orar por los padecimientos de sus hermanos de raza y dar gracias a su Maestro porque había salvado a Pedro el primero de los Doce, de su prisión en la Torre Antonia aunque ignoraba las causas de esa prisión y la forma en que obtuvo la libertad.

Como allí tenían todos voz y voto, Pedrito fue el primero en hablar.—Padre —dijo con gran firmeza y resolución—. Tu me impusiste el nombre que llevo con orgullo y con amor, en memoria de ese hombre justo que ha sufrido el calabozo en un presidio de Judea. Yo propongo que le mandes buscar, padre, y le traigas aquí donde gozamos de plena libertad y tenemos además a la ciudad subterránea que puede contener centenares de discípulos de Cristo sin que nadie pueda encontrarles.

—Muy bien hijo mío. Me place sobremanera el ver como florecen en tu corazón los sentimientos fraternales que he sembrado en él. Pero tú no sabes hijo mío que los discípulos de Cristo no temen la muerte si ella viene por defender y enseñar la doctrina que bebieron de su Corazón. El Apóstol Pedro, con Santiago, Andrés y Mathías eligieron la Judea para enseñar en ella la Doctrina de Fraternidad humana traída por el Cristo a la tierra, como Matheo y yo elegimos estas regiones del África del Norte

Han pasado diez años y así como nadie ni nada me arrancaría a mí de este sitio donde me ha traído mi voluntad de acuerdo con lo Divina Voluntad, sé de cierto que nadie arrancaría a Pedro de Judea mientras no vea en ello un designio superior. Por eso os pido que oremos al Eterno Dueño de las vidas y de los seres para que cada uno de los discípulos del Cristo del amor que seguimos, tenga la fuerza y el valor necesarios para no volverse atrás en el camino empezado.

Y los treinta y tres discípulos del Cristo reunidos con Zebeo en el Oratorio del Castillo unieron sus pensamientos en ferviente plegaria como una sola espiral de incienso elevada hasta El que desde su Reino de Amor veía florecer en amor los rosales sembrados, con su vida luminosa y con su muerte heroica.

Leandro y Narciso expusieron la idea de hacer llegar a los hermanos de Palestina la noticia de que aquí contaban con los medios necesarios para proteger las vidas de los que quisieran unirse a ellos bajo el mismo ideal de fraternidad humana.

Y el Sacerdote Leandro, más fuerte, más sereno y también más conocedor de las sociedades humanas y de los pueblos en general, se ofreció como mensajero de los hermanos de Alejandría para los hermanos de Palestina.

Por aclamación fue aceptado el ofrecimiento y Zebeo comenzó a escribir una serie de epístolas con todas las indicaciones necesarias para que Leandro pudiera entregarlas en manos propias a quienes iban dirigidas.

Antes de separarse los amigos de Jhasua del Cenáculo de la Casa de Nazareth donde celebraron aquella gran Asamblea, resolvieron de común acuerdo que los mensajes o epístolas provenientes del África Norte debían ser dirigidos al puerto de Joppe, a Marcos, agente general del Príncipe Judá representado en Palestina por el anciano Simónides.

Y Marcos debería hacerles conducir a los distintos pueblos o ciudades donde residieran los destinatarios.

Su primera epístola fue para Pedro, la segunda para Myriam y la tercera para Juan su íntimo compañero de los años felices que juntos pasaron en torno al amado Maestro.

En todas tres, el alma de Zebeo evocó los más tiernos recuerdos ya lejanos y se derramó en amor, en ternura, en gratitud para el divino Amigo desaparecido que desde su Reino de Amor y de paz vigilaba atento su bandada de palomas mensajeras que corrían por el mundo llevando su eterno mensaje de amor.

Dejamos que el asiduo lector nos ayude con su imaginación a intuir y tejer la minuciosa red de detalles, crónicas y relatos de cuanto le había ocurrido en aquellos diez largos años de separación.

Y al final les ofrecía con todo su corazón vaciado al papel cuanto tenía: su pobre aldea convertida ya en pintoresco villorrio, el viejo Castillo restaurado y convertido en taller de trabajo, y hogar de mujeres desamparadas y de niños huérfanos, el viejo templo abandonado en Escuela y Talleres, el Lago donde abundaba el buen pescado y anidaban en sus riberas las gaviotas y los cisnes; la barcaza *Amare-victum* que les esperaría en el puerto de Alejandría para conducirles al hogar común y por fin y con mucho secreto les ofrecía también la ciudad subterránea últimamente descubierta y donde podrían ocultarse los que se vieran perseguidos.

¿Qué más podría ofrecerles el corazón de Zebeo que se desbordaba para todos aquellos que fueron amados y amantes de su divino Maestro?

Y al final de la epístola a Myriam de quien al igual que Juan se sentía también como hijo, le decía con esa tierna sencillez de un niño que hace mimos a la madre inolvidable:

"Ven, madre buena si es de tu agrado. Aquí tenemos dos mansas camellas con sus hijos, seis asnos, una docena de ovejas y una infinidad de gansos V de gaviotas que nos despiertan con sus gritos al amanecer. Las

camellas te llevarán por el desierto, por las orillas del Nilo, inmensamente más grande, pero no más querido que nuestro humilde Jordán".

Tres días después se embarcaba Leandro de Caria en Alejandría en la galera *"Ithamar"* de la gran flota perteneciente al Príncipe Judá, lo cual avivó en Zebeo todo ese mundo de recuerdos que dormidos vivían en su corazón. El viajero iba cargado de dones para los amigos ausentes. Los mis primorosos tejidos, las más suaves frazadas, las mejores alfombras, los más exquisitos dátiles llenaban cestas y formaban fardos que el Amare-victum llevaba al puerto orgullosa de su carga. El capitán de la galera "Ithamar" era uno de los hijos de José de Arimathea convertido entonces en un experto marino; y su segundo uno de aquellos jóvenes árabes de la tragedia de Abu-aris, que el Divino Maestro había vuelto a la alegría de vivir, en su estadía en el Monte Hor.

Entre ellos dos ampliaron las noticias escasas que Zebeo tenía de la tierra natal. Supo allí que Pedro estaba en Antioquía desde hacía dos lunas. Ellos mismos le habían llevado oculto en la bodega de su barco. Andrés, su hermano se hallaba en la ciudad de Heraclea; puerto importante del país de Bitinia en la costa sur del Ponto Euxino. Al Apóstol Felipe le había desembarcado la galera *"Jordán"* cuyo capitán era hijo mayor de Nicodemus, en el puerto Crisópolis en el golfo de Propóntide. A Bernabé le habían conducido al puerto de Tarso, con destino a Licaonia, y se encontraba en Iconio. A Judas hijo de Tadeo le habían dejado en el puerto de Pilas en la Siria Norte, desde donde pasó a Thipsa sobre el Eufrates. A Tomás le habían llevado al puerto de Pasiliglos en el Golfo Pérsico desde donde se había conducido a Persépolis y Pasagarda en Persia.

— ¡Muerto el pastor, se dispersaron las ovejas!... —exclamó con honda amargura Zebeo—. ¡Tronchado el árbol que les daba sombra, volaron las golondrinas hacia los cuatro vientos del cielo!... ¡Maestro, Maestro!

¿Por qué no vuelves a reunimos a todos entre tus brazos?...

Zebeo se cubrió el rostro con ambas manos y lloró silenciosamente. Una hora después la galera Ithamar se hacía a la vela llevándose otra golondrina más, que iba cargada de noticias y dones para los que aún permanecían en el vicio nido abandonado.

LA CIUDAD SUBTERRÁNEA

Mientras ocurría todo esto en el puerto de Alejandría despidiendo al viajero hacia Palestina, tres de los ex-cautivos del viejo Castillo habían llenado bolsos de provisiones y cantarillos de agua y se habían aventurado por los tortuosos corredores de lo que ellos llamaban la *ciudad subterránea* recientemente descubierta.

Dionisio de Caria había sido el iniciador del arriesgado viaje.

—De todos modos —decía a sus compañeros— no tenemos nada que perder, ni hay tampoco nadie que nos llore si morimos. Me urge saber dónde termina este endiablado camino bajo tierra.

Encontraron en varias encrucijadas que formaban plazoletas, pozos de agua dulce que podía sacarse con unos cubos de madera mediante una hábil combinación de poleas sostenidas por fuertes caballetes de madera y piedra.

Llevaron la cuenta de que durmieron cinco noches y caminaron cinco días sin encontrar salida al exterior y solo dándose cuenta del día y de la noche por la luz que entraba a través de luceras y claraboyas. Caminaban solamente por el túnel central, sin atreverse a distraer tiempo y fuerzas en registrar los caminos travesaños que eran innumerables A la tarde del sexto día vieron frente a ellos un disco luminoso por donde penetraba la dorada luz como un velo de oro.

— ¡ Por fin!... ¡Por fin!... —exclamaron los tres al mismo tiempo. Llegados al disco de luz, vieron que daba sobre un hermoso lago, *y* esta salida estaba hábilmente disimulada entre dos salientes de la roca negra y lustrosa de uno enormes peñascos donde crecían pinos, encinas enanas y viñas, silvestres.

Extranjeros en esta tierra, los tres exploradores ignoraban en qué sitio veían de nuevo la naturaleza viva que les brindaba sus encantos. Pero tú y yo lector amigo podemos saber que habían llegado al Oasis de Baharíje a la margen oriental de su hermoso lago, en cuya ribera norte se encontraba la cabaña de piedra donde años atrás Agades y Matheo contemplaban reflejarse las estrellas como planchuelas de oro en sus aguas límpidas y serenas.

Costeando el lago llegaron a poco andar a la casita de piedra donde encontraron una mujer de edad madura, fuerte y vigorosa que partía leña para su fuego.

—Que la paz sea en esta casa, —dijeron los tres.

—Y en vuestra vida, señores, —contestó amablemente la mujer.

—Sí nos permites descansar sobre este banco —dijo Dionisio de Caria— que es grande nuestra fatiga.

www.formarse.com.ar

—Sentaos, sentaos, y tomaréis leche de mis cabras con miel de mis colmenas —contestó la buena mujer que demostró ser muy hospitalaria.

Durante la conversación, ella supo que venían a pié desde Alejandría, y ellos supieron que ella se llamaba Álihosa y era la ama de casa que tenía Filón de Alejandría, que al morir le dejó en herencia la cabaña de piedra con cuanto había en ella.

Y cuando le comunicaron que vivían con Zebeo de Palestina, que tenía Escuela, Talleres y Refugio de ancianos y huérfanos, la buena mujer se conmovió profundamente, pues en el tiempo que Zebeo permaneció al lado y en contacto con su amo Filón, ella le había tomado cariño por la dulzura de su carácter igualmente que une a Matheo que antes de partir le dejó un hermoso manto como recuerdo suyo.

—En esta cabaña estuvo él mucho tiempo —continuó diciéndoles Álihosa—, y en la alcoba de mi amo vivió sus horas largas de soledad y de tristeza. Se fue hacia el sur con mi hermano Alicud y mi sobrina Agades a quien Matheo curó de la parálisis. Y yo les espero aquí porque en sueños he visto su vuelta a esta cabaña.

Les hizo entrar en la gran cocina donde ardía el fuego y se condimentaba la cena; y pidió tantas noticias del estudiante Zebeo como ella decía, que los viajeros se vieron obligados a satisfacerla mientras bebían los tazones de leche y miel que la buena mujer les había brindado.

Tres días descansaron en la gran alcoba que fuera reposo del maestro Filón y también de Matheo. Y demostraron haber aprendido bien las lecciones de amor fraterno que oyeron de los labios del apóstol Zebeo pues pagaron el buen hospedaje de la hospitalaria Alihosa dejándole en su cocina una gran pila de leña cuidadosamente acondicionada para su fuego hogareño.

Y a fin de que Alihosa no se apercibiera que no salían por el camino usado por todos los viajeros, dejaron la cabaña antes del amanecer.

La buena mujer les había llenado los bolsos de provisiones, y ellos mismos FC habían provisto de buenas piezas de cacería que allí abundaban, conejos, patos silvestres y peces del lago.

Le dejaron escrito con brea sobre una piedra de la cerca del lago los nombres de los tres y el lugar donde vivían. Dionisio de Caria — Marcelo de Ostia — Livio de Marsella — Isla del Lago Merik.

Y un pequeño bolso con monedas de plata.

No olvidaron llevar un cantarillo de brea de la gran tinaja que tenía Alihosa para curar la techumbre cuando la lluvia penetraba, y a la amarillenta luz de la luna menguante que aparecía hasta cerca del amanecer, se dirigieron silenciosamente a la entrada del túnel por donde habían venido. Por una acertada precaución amontonaron troncos y piedras que desde adentro hicieron rodar en forma de dejar más disimulada aquella salida.

Cuando pasaron diez días de su salida del Castillo, Zebeo y los demás que conocían la excursión emprendida, comenzaron a alarmarse por la tardanza creyéndolos perdidos en la ciudad subterránea. Los otros cinco de los ex-cautivos que conocían bien la capacidad, el arrojo y la fuerza física de los tres exploradores, acabaron por infundir calma a los demás. El apóstol Zebeo en su meditación repetía la plegaria oída de su Maestro: ¡Señor!... ¡Que yo no pierda ninguna de las almas que Tú has puesto en mi camino!

Muy gozosos los excursionistas habían tomado acertadas disposiciones, Fueron marcando con brea los caminos travesaños que se les iban presentando, comenzando por el número *uno* que encontraron a trescientos pasos de la entrada.

A la vez iban marcando con punzón en un pergamino el croquis de todos aquellos caminos que se bifurcaban del túnel central.

Por vía de observación empezaron por el sendero *número uno* que se dirigía hacia oriente. Y a poco andar, una cavidad enorme les cortó el paso. En ella había grandes estanques llenos el uno de carbón, otro de azufre, otro de betún y colgados de los muros, rollos de sogas de esparto, alambres de cobre, hachones de cáñamo, flechas y lanzas.

Y dentro de un arcón de madera de encina, una porción de hachas y puñales de diversas formas, tamaños y estilos. Era aquello un depósito de material de guerra o de defensa para caso de ataque por la cercana puerta de salida. Volvieron hacia el túnel central y continuaron grabando sobre el muro: número dos, tres y hasta veinte donde se abría un nuevo camino.

Y en el pergamino iba apareciendo a la vez un excelente croquis para poder orientarse en adelante y hacer más minuciosas exploraciones de los senderos travesaños de aquella grandiosa ciudad subterránea.

En el camino que marcaron con el número ocho encontraron que a diez brazas de la entrada tenía una pequeña puerta de barrotes de hierro. Entraron por un callejón estrecho en el que había dos bancos de piedra, y más adelante otra puerta igual que daba a una gran cavidad redonda que a primera vista delataba lo que ella

www.formarse.com.ar

era: un presidio o cámara de torturas. Había látigos de alambre, mordazas, cepos de diversos tamaños, una horca, cadenas y argollas empotradas en la muralla y en un rincón una profunda cisterna cuyo fondo no se veía, pero que dejaba percibir el rumor de una corriente de agua poderosa.

Allí debían arrojarse los cadáveres de los que eran ajusticiados."

Los tres exploradores dieron marcha atrás y volvieron al túnel central.

Estaban exhaustos y en la primera plazoleta que se les presentó se sentaron a descansar y a comer. Allí refrescaron el alma recordando a la buena Alihosa que les había obsequiado con tan buenas provisiones.

—Con razón el Egipto y sus Faraones —decía Livio de Marsella— ha pasado a la historia con relieves de leyenda fantástica y pavorosa.

—Por eso incitaba la codicia de todos los ambiciosos del mundo —respondía Dionisio.

—Son el demonio para mantener secretos escondrijos —añadió Marcelo de Ostia— y debido a eso ha subsistido su inmenso poderío durante tantos siglos.

Poco podrían caminar ya, pues observaban que iba acentuándose la oscuridad y buscaron en una de las salas de esa plazoleta comodidad para pasar la noche. Encontraron un cuartucho lleno de fibra de palmeras casi hasta la techumbre.

Es el material para colchonetas propio de la región y allí pasaron la noche.

Y en esta forma hicieron el viaje de regreso que les tomó siete días por las excursiones que hicieran hacía los senderos travesaños. Notaron que los habitaciones eran mejores a medida que se acercaban al Templo del Lago Merik.

Y en los senderos diecinueve y veinte que eran los más inmediatos a la cripta de entrada que estaba ubicada bajo el pavimento del Templo mismo, encontraron en el de la derecha un Templo pequeño pero todo de granito rosado con las columnas que terminaban en capiteles de oricalco en forma de lotos. Una enorme lámpara de plata pendía de la techumbre justamente en lo alto de un hermoso grupo de mármol blanco: una Isis sentada con el velo a la espalda y en su regazo el pequeño Horus al cual Isis-madre le sonreía mientras Osiris (el padre) de pié a su derecha, apoyaba la diestra sobre un cofre o arca en que Isis descansaba la espalda. Aquel cofre tenía su tapa de Oricalco dentro del cual aparecían varios rollos de pergamino entre tubos de plata con estas inscripciones grabadas al exterior:

"LIBRO DE LOS MUERTOS"—"LIBRO DE LOS NÚMEROS"—"EL MANDATO DE LOS ASTROS"

Aquel hermoso grupo de mármol blanco encerraba todo el simbolismo secreto y profundo de la más antigua sabiduría 'de los hierofantes egipcios: *La Triada Divina* que equivale a la *Trinidad* de la .Teología Cristiana, o sea la Potencia Activa, la Pasiva y ambos dando vida al Amor Eterno del que surge la Creación Universal.

En las columnas aparecían grabados los Números desde el uno hasta el cero. Las columnas eran diez.

Detrás y a los lados del pequeño templo se veían cámaras de regular dimensión, con alcobas al fondo divididas con el muro que formaba un arco. Debían ser habitaciones para los sacerdotes, pues había dos salas de baño, comedor y en la plazoleta un pozo de agua. Contaron veinte cámaras iguales con su alcoba con el estrado al fondo, y en la parte delantera una mesa y sillón de piedra negra, una gran alacena excavada en el muro y un candelabro de mármol sobre la mesa.

En el camino de la izquierda o sea el número veinte fue una sorpresa mayor para los excursionistas.

A los doscientos pasos de la entrada estaba una enorme puerta que ocupaba todo el ancho del camino, y tenía en su parte superior un postiguillo pequeño para que los ojos pudieran mirar al exterior. Al abrir la puerta producía un sonido metálico que hería los oídos y producía una fuerte sensación de alarma.

— ¡Oh! —exclamó Dionisio—. Esto debe estar destinado para su Divinidad el Faraón.

Todo lo indicaba así. Allí todo era mármol y pórfido, oricalco y plata.

La *Sala del Juicio* en primer término con un trono de pórfido que brillaba como sangre fresca sobre el blanco mármol de los muros, y sobre el cual pendía de gruesas cadenas de plata la triada triple de los Faraones que significaba *soberanía* del Bajo Egipto, *soberanía* del Alto Egipto y la serpiente de oro y esmeraldas enroscada en la parte inferior que se ajusta a la cabecera y que significa *soberanía divina:* El Faraón hijo de los Dioses.

— ¡Y con tantas soberanías se hundieron todos en el polvo! —exclamó Livio de Marsella subiendo las gradas del trono y sentándose en él que era tan grande que podía darles asiento a ellos tres.

Venid, venid, seamos Faraones de Egipto por unos momentos —les dijo a sus compañeros que tenían más prisa de llegar a la Aldea que deseos de subir aquel graderío. Miraron rápidamente por los alrededores de aquella sala y era todo como un palacio subterráneo de extraordinaria riqueza. La alcoba de su majestad,

mármoles rosados y oricalco, luceras de cristal de roca o cuarzo pulido en finas facetas que brillaban como espejos a la luz de las antorchas.

El lecho era un estrado de brillante pórfido con altos relieves de oricalco, y en el muro al exterior ornacinas profundas para los guardias que velarían el sueño de su majestad.

Comedores, salas de baño, con estanques de mármol, alcobas innumerables de mayor o menor lujo, salas de música y de danza y al final pabellones para la numerosa servidumbre.

El ansia de llegar por fin a la Aldea no les permitió detenerse en más observaciones. Sólo habían examinado ligeramente el camino de los calabozos el del Templo y el de la Cámara Real. Les faltaban dieciocho caminos para explorar. ¿Que habría en todos ellos?

Salieron por fin a la pavorosa cripta del Templo y buscaron sus alcobas particulares. Estaban rendidos por la fatiga y por la escasez de alimentos.

Los compañeros estaban entre las hortalizas, o en los talleres, o en las aulas. Narciso que reemplazaba a Leandro en su ausencia, daba clase a los alumnos más adelantados.

La inadvertida presencia de los exploradores fue una agradable sorpresa que pronto llegó hasta Zebeo, padre espiritual de toda aquella numerosa familia.

Era la mitad de la tarde y antes de ser llamados a la cena, el apóstol reunió en el Oratorio a sus *treinta y tres* como él los llamaba aunque faltaba uno que fue a Palestina con el mensaje de amor enviado por él.

Debían presentar al Divino Maestro su homenaje de agradecimiento por que estaban reunidos de nuevo en su Nombre y dispuestos a continuar la tarea emprendida.

En aquel humilde oratorio y a puertas cerradas explicaron los excursionistas cuanto habían descubierto en su larga andanza de dieciséis días.

Por un acuerdo común la asamblea les autorizó a los tres o sea *Dionisio de Caria, Marcelo de Ostia y Livio de Marsella* a continuar las exploraciones, tomar las anotaciones convenientes y perfeccionar los croquis esbozados ligeramente con el fin de utilizar aquellos grandes subterráneos si fuera necesario en el futuro.

EN PALESTINA

Al cambiar de escenario, el lector sentirá acaso un choque brusco y penoso. Las brisas suaves de amor y fraternidad que hemos respirado junto al Apóstol Zebeo, no serán ciertamente las que nos reciban en la vieja Palestina aunque ella fue tan elogiosamente llamada *"Tierra de Promisión",* que es como decir tierra de dulces promesas y de santa esperanza.

Siguiendo a Leandro de Caria el sacerdote de Osiris convertido en discípulo de Cristo, y enviado con epístolas de Zebeo, haremos nuestra silenciosa entrada a esa tierra de profetas que eligió el Hijo de Dios para encarnar en ella, encender en ella el fuego sagrado de su amor eterno y morir sacrificado allí mismo donde vació todas las ternuras de su corazón de hombre.

La Judea era la principal provincia de Palestina en razón de que en su capital, Jerusalén, se encontraba el Templo, centro a donde convergía el pensamiento de todo israelita. Y en el Templo, el Sanhedrín, la suprema autoridad de la nación. Allí estaba también la autoridad civil representante de liorna de la cual Palestina era tributaria.

Desde el sacrificio de Cristo, Judea y gran parte de la llamada *Tierra de Promisión* fue un verdadero polvorín que explotaba a cada instante y por las más insignificantes circunstancias.

El Gran Colegio, establecimiento docente, el más importante del país, había llegado a una decadencia completa en cuanto a los elementos de verdadero-valor intelectual.

Allí no estaba ya la sabia prudencia de Hillel ni el elevado miraje de José de Arimathea, Nicodemus y Gamaliel.

El Sanhedrín respondiendo siempre al estrecho y mezquino espíritu de Hanán entre cuyos familiares íntimos estuvo siempre el Pontificado durante casi cuarenta años, cerraba cada vez más el círculo estrecho de sus, intolerancias dogmáticas y de prejuicios arcaicos basados en ordenanzas y prescripciones disciplinarias creadas en distintas épocas y que nada tenían que ver con Moisés a quien maliciosamente las atribuían, dándoles así el prestigio necesario para atemorizar a un pueblo ignorante e incapaz en absoluto de un razonamiento lógico y de un análisis profundo.

Debido a esto, los apóstoles que más sufrieron las consecuencias de este' estado de cosas fueron los cuatro que eligieron la Judea para desenvolver en ella sus actividades y ellos fueron como dijimos antes, Pedro, Andrés, Santiago y Matías.

Varias veces el Sanhedrín les hizo conocer los calabozos de la Torre Antonia o de la Fortaleza de la Puerta de Jafa. Pero en ambas estaban aún al frente de las guarniciones que guardan el orden, aquellos dos Tribunos militares amigos del Profeta Nazareno; el que fue curado por El de sus graves heridas en el Circo de Jericó, y el padre de Paulo Cayo el joven leproso curado también por el Profeta. Y a esto se debió que en distintas oportunidades los Apóstoles encarcelados a la mañana, por la noche salían libres sin que el Sanhedrín pudiera explicarse el hecho que comenzó a atribuir a fuerzas demoníacas que ellos llamaban magia.

Esto dio origen a que el Sanhedrín comprase con oro la voluntad de Heredes Agripa, nieto de Herodes el Idumeo el perseguidor de Jhasua-Niño, como recordará el lector de *"Arpas Eternas?'.* Este Rey, digno nieto de su abuelo en lo cruel y arbitrario, fue dócil instrumento del Sanhedrín que autorizó la lapidación del diácono Esteban que en un valiente discurso les echó en cara la muerte del Mesías anunciado por los Profetas y les recordó la profecía de Moisés en su última hora en Monte Nebo: *"El pueblo de Israel infiel a Dios, será esparcido a los cuatro vientos del cielo".*

Y sin esperar la sanción del gobierno romano representante del César, le arrastraron fuera de la ciudad y le mataron a pedradas. El oro del Templo vaciado a las arcas de Herodes Agripa cubría estas extralimitaciones en los poderes del Sanhedrín.

El Gobernador Marcelo de Pouzoli que sucedió a Pilatos se mostró complaciente con las exigencias del Sanhedrín, quizá temeroso de caer en desgracia como su antecesor a causa de la dura resistencia que les opuso en muchas oportunidades.

La muerte de Esteban fue la clarinada de alarma para los discípulos de Jhasua y muchos de ellos emigraron a la otra ribera del Jordán a los dominios del Scheiff Ilderin, a Damasco, a Palmira, a Ribla por el norte, mientras otros partían hacia Alejandría y Cirenaica siguiendo los pasos del Hach-Ben-Faqui, de Matheo y de Zebeo. Otros se dirigieron a Antioquía, teniendo como dirigente a Hallevi el amigo de Jhasua adolescente, en su viaje a Rifada Hallevi que fue después llamado Bernabé.

Esta dispersión produjo la divulgación rápida de la *buena nueva* como ellos llamaban en su lenguaje simbólico a fin de no ser comprendidos por los enemigos.

El apóstol Santiago fue víctima de su firmeza en divulgar la doctrina del Maestro en la Judea que voluntariamente eligió para desarrollar allí su misión. Se preparó para ello durante seis meses haciendo vida de anacoreta en la Gruta de Jeremías a donde su Maestro concurría a veces cuando deseaba realizar trabajos espirituales muy delicados, tales como desdoblamientos de su personalidad para transportarse en espíritu a largas distancias.

Trabajos que exigen un silencio y quietud absolutos.

Su apostolado duró breves años y como eligiera los pórticos del Templo de Jerusalén, o los pórticos del Gran Colegio para propagar el Mesianismo del Profeta Nazareno y el crimen horrendo del Sanhedrín al condenar a muerte al Hijo de Dios, al Verbo encarnado, pronto el Sanhedrín le mandó callar con la amenaza de ponerle en presidio si no acataba la orden. Entonces comenzó a hablar en las Sinagogas más concurridas de Jerusalén y sobre todo en las de Nehemías y en la de Zorobabel donde su Maestro había sido acogido con tan grande amor y veneración.

José de Arimathea y Nicodemus, ambos retirados a sus castillos de las tierras natales, eran la voz serena que calmaba los ardorosos fuegos de los que imprudentemente se lanzaban a pecho descubierto contra las flechas enemigas.

— ¿Qué haréis con caer en presidio o morir en el comienzo apenas de vuestro apostolado? —les decían—. Nuestro Divino Guía no os dijo: *"Marchad a la muerte por mí",* sino *"Id a derramar mi doctrina del amor fraterno por todas las naciones de la Tierra".*

¿No habéis visto como El durante treinta años ocultó cuanto pudo su augusta identidad, y fue a países lejanos que le ponían fuera de la zona de peligro, diciendo siempre que aún no era su hora de morir? Por eso se esquivaba de la muerte.

Estas confidencias las tenían en la ignorada Gruta de Jeremías o en las Tumbas de 'os Reyes, o en el panteón de David, lugares que quedaban fuera de los muros de Jerusalén. Y las realizaban los sábados a la segunda hora de la noche.

La inmensa casona llamada Palacio Henadad que era la vivienda, hospedaje y refugio de los discípulos del Cristo en la Ciudad de los Reyes, estuvo siempre vigilada desde los días trágicos de su muerte. Era un

www.formarse.com.ar

confortable y tranquilo hogar para todos los que no lo tenían. Era asilo de la ancianidad desvalida, de los huérfanos sin techo ni pan. Era hospicio para los enfermos y el vigilante anciano Simónides cuidaba de que allí, de nada careciesen los súbditos del soberano Rey de Israel, que debían llevar hasta los confines de la tierra el resplandor divino de su realeza. Tal era la orden que tenía de su amo, que era a la vez su hijo, el Príncipe Judá.

El Palacio de Ithamar era como una oficina central de la vasta red tendida por la Santa Alianza en todos los pueblos de Palestina, Siria, Arabia e Idumea. Era invulnerable para el Sanhedrín. No podía atacarlo porque tenía en su frontispicio este nombre: *Ouintus Arrius.* Pero vigilaba quienes entraban y salían.

De tanto en tanto Simónides enviaba a las Guarniciones de la Torre Antonia y de la Fortaleza de la Puerta de Jafa, cántaros de los mejores vinos de los viñedos de Ithamar en Hebrón, en Jericó, en Joppe y Anathot. Mientras que los Tribunos militares de ambas fortalezas recibían de año en año algún cofrecillo con barrillas de oro o finas alhajas para sus esposas. Y siempre acompañados de una frase más o menos como esta: *"Los amigos del Profeta Nazareno agradecidos a sus protectores".*

Y el sagaz anciano decía en secreto, de oído en oído:

—No es muriendo como serviremos a nuestro Rey sino viviendo una vida justa, recta, intachable. Porque más que las palabras enseña el ejemplo.

No insultando, no agraviando, no echando en cara el crimen sacrílego, que con palabras no lavaremos la sangre de nuestro Divino Mártir. —Tal era la política de anciano Simónides.

En todos resplandecía el amor, el inmortal amor al Divino Maestro; pero cada cual lo demostraba a su manera y lo encauzaba por un camino diferente según su modo de ver, según su temperamento y los vuelos más o menos audaces y atrevidos de sus anhelos y sentimientos.

Varias de las Sinagogas en que Pedro, Andrés, Santiago y Matías proclamaban el divino Mesianismo del Profeta Nazareno, y la criminal injusticia de su muerte, fueron clausuradas por el Sanhedrín y en ordenanzas de esta naturaleza el gobierno romano nunca intervenía. Las cuestiones religiosas estaban reservadas a la autoridad religiosa de la Nación Israelita.

Llegada tal situación, Pedro y Andrés habían marchado al Puerto de Joppe. Matías bajó al sur y quedó en Beerseba donde tenía parientes y una pequeña propiedad heredada de sus mayores. Lejos de Jerusalén asesina del Justo, pero siempre en Judea, continuarían enseñando en su nombre la doctrina del amor fraterno como única Ley dictada por El.

El Apóstol Santiago quedó en Jerusalén y asumió la dirección de los discípulos residentes en dicha ciudad.

Desde la Gruta de Jeremías su residencia habitual acudía a Jerusalén todos los sábados y unas veces en la gradería que daba acceso al Hípico, o en la plazoleta delantera de los grandes palacios como el Paselus, el Asmoneo, el de Monte Sión, o a la entrada del gran Mercado de la puerta de Jafa, subido a una cátedra portátil fustigaba duramente a los asesinos del Enviado Divino, del Mesías anunciado por los Profetas, del Salvador del mundo al cual traía el eterno mensaje de amor, de dicha y de paz que el Padre le había encomendado. Un fuego divino parecía abrazarle y con tal fuerza se irradiaba de su voz, de su mirada, de toda su persona que una sugestión colectiva se apoderaba de quienes le escuchaban y empezó a darse el caso de curaciones manifestadas entre los oyentes. Esto aumentó el concurso de gentes hasta provocar nuevas alarmas del Sanhedrín, que reclamó la fuerza pública para disolver a las muchedumbres. Más, los soldados romanos comprados por las generosidades de Simónides, paseaban mansamente en torno a los oyentes del Apóstol Santiago aconsejándoles suavemente irse a sus casas, pero dando lugar a que el orador terminara sus discursos y con su humilde cátedra al hombro se marchase tranquilo y satisfecho de haber cumplido con su deber. Y un buen día, dos jueces del Sanhedrín con una docena de soldados del Rey Heredes Agripa, se llegaron cautelosamente a la cátedra del Apóstol, le tomaron prisionero juntamente con los íntimos suyos que quisieron defenderle, y les llevaron a la cripta del Templo, donde les degollaron como a indefensos corderos.

La voz de la oscura tradición de aquellos primeros años sólo anuncia la muerte del Apóstol Santiago como el primer mártir del Colegio Apostólico; pero fueron diecisiete los asesinados juntamente con él.

Entre ellos estaban tres de los Diáconos compañeros de Esteban: Prócoro, Timón y Parmenas.

Este último era el esposo de aquella niña sonámbula prodigiosa que escribía terribles sentencias en el velo del Templo, en el pavimento, en las cubiertas de lino de los altares: Rhoda. El lector debe recordarla con ternura y devoción. Era un cactus de oro en la ruda aspereza de aquella hora. Era una dulce tórtola de místico arrullo. Era la suave madreselva que enredaba los corazones unos con otro y que tornaba las divergencias en salmos de piedad y de perdones eternos...

Y cuando cupo la terrible noticia, sin un grito, sin una queja, sin entregarse a inútiles lamentaciones, buscó entre las mujeres que vivían con ella en el palacio Henadad, dieciséis mujeres que la acompañasen a postrarse

www.formarse.com.ar

a la salida de la cripta del templo por donde se sacaban los cadáveres para ser arrojados a la cisterna del muladar. Cada una llevaba un sudario nuevo y el ánfora de les perfumes para ungir los cadáveres según la costumbre.

Rhoda que había crecido y vivido en los claustros del Templo conocía bien todas las formas de obrar del Sanhedrín en casos como el presente. Era pasada la media noche cuando la puerta de la cripta que daba salida hacia los barrancos de la meseta del Monte Moría en que se asentaba el Templo, se abrió con los duros chirridos de sus goznes enmohecidos y comenzaron a arrojar desde adentro, como se arroja un saco de basuras, los diecisiete cadáveres de los ajusticiados esa noche.

El grupo de mujeres veladas formó círculo en torno a los amados restos tan inhumanamente tratados.

Y Rhoda con su dulce voz que temblaba dijo a los esbirros:

—Soy la esposa de uno de los muertos, y estas compañeras son madres, hermanas, hijas y esposas de los demás. Si sabéis lo que es el amor de una esposa, de una madre, de una hija, dejadnos cargar con lo único que nos queda de todo esto que fue nuestra vida y nuestro amor.

El siniestro personaje que hacía de jefe de la macabra tragedia le contestó:

—Haced lo que queráis con ellos. Creo que siendo bien muertos no falto a mi deber entregándolos a vosotras, en vez de arrojarles yo mismo a la cisterna del muladar.

—Gracias. Que Dios os dé la paz —fue la contestación de Rhoda.

La puerta de la cripta se cerró y ahogados sollozos estremecieron las espinosas ramas de los zarzales y cardos silvestres, única vegetación que crecía entre la acidez de los barrancos resecos. Aquel doliente grupo de mujeres había caído de rodillas, formando círculo a los cadáveres que brutalmente arrojados, estaban unos encima de otros y con las ropas enrojecidas de sangre. Todos tenían el cuello abierto de una feroz cuchillada.

Rhoda encendió una antorcha y la levantó en alto tres veces. Al punto salieron de los resecos matorrales un grupo de hombres con diecisiete parihuelas.

A la luz de las antorchas fueron buscando entre aquellos rostros ensangrentados Cada cual al amado ser por el cual había venido.

Dejamos que con piadosa serenidad imagine el lector la dolorosa escena aquella, entre barrancos y espinosos zarzales, a la sola claridad de las estrellas que alumbraban débilmente el poderoso escenario.

Cada cual identificó al mártir que buscaba y la fúnebre procesión inició

su marcha a la sombra de tos murallones de la Torre Antonia, anexa, como se sabe al Templo. Era la misma oscura callejuela por donde años atrás fueron sacados del calabozo la madre y la hermana del Príncipe Judá simulando ser cadáveres que iban a ser arrojados a la cisterna del muladar.

La evocación silenciosa al Divino Maestro debió ser intensa y viva en todas aquellas almas que lloraban un ser quejido tan cruelmente asesinado.

Y no bien anduvieron los primeros pasos, una radiante silueta humana descendió en medio del fúnebre cortejo haciéndoles sentir el suavísimo efluvio divino tan conocido y familiar para todos.

Una misma frase surgió a media voz en todos los labios.

— ¡Maestro!... ¡Maestro! ¡Ten piedad de todos nosotros!

La radiante silueta luminosa los acompañó hasta el pórtico del Palacio Henadad donde por fin se desvaneció como una suave niebla que se esfuma a la salida del sol.

El pórtico estaba profusamente iluminado y muchas voces temblorosas iniciaron el canto del Miserere.

En aquel gran cenáculo donde el Divino Maestro celebró la última cena y se despidió de todos los suyos para ir a la muerte, fueron depositados los diecisiete cadáveres para ser lavados y ungidos conforme a los rituales de práctica.

Y a la media noche siguiente fueron conducidos silenciosamente al humilde cementerio que Simónides había hecho construir en la que fuera la trágica montaña del Golgotha.

Allí había muerto el Señor y allí iban a descansar los despojos humanos de los que tanto le habían amado hasta morir por El.

— *¡PAX* —decía el pequeño obelisco de mármol blanco colocado en el sitio mismo que ocupó la cruz del Redentor, y *PAZ* decimos nosotros sobre el santo recuerdo de estos primeros mártires del ideal divino del Cristo.

www.formarse.com.ar

EL MENSAJERO DE ZEBEO

La llegada de Leandro de Caria al puerto de Joppe a bordo de la galera *Ithamar* fue un hermoso acontecimiento y un bálsamo de paz y de amor para los amigos de Jhasua residentes entre el terror y espanto de la desventurada Judea.

El sacerdote de Osiris que sólo llevaba un año de haber escapado al tremendo rigorismo de las leyes del Templo y que rápidamente se aclimató a las suaves ternezas de la nueva ideología, se encontró desanimado y abatido al conocer con detalles la penosa situación de los hermanos de ideales del *buen maestro* Zebeo como el le llamaba.

Era como salir de un nido de pluma y seda para caer en una covacha de basiliscos.

Pensó si venía a aquella tierra para encontrarse con la muerte, ahora que le había sido devuelta su única hija, la hija de Livia, la dulce y mística Thabita, que era como un manojo de lirios sobre un altar.

— ¡ Dios de Zebeo!... ¡ Dios del amor, de la paz y la dicha de los hombres! —exclamó desde el fondo del alma— ¡Defiéndeme de la maldad humana porque ahora amo la vida que me diste, para vivirla junto a ella, bebiendo en la luz de sus ojos, en la cadencia de su voz, en la suavidad de toda su persona, aquellos días felices de mi lejana juventud al lado de Livia, único amor de mi vida.

Marcos y Ana le recibieron afablemente. Los jóvenes árabes Ahmed y Osmán amigos de Zebeo desde la misión del Divino Maestro en Damasco, lo acosaron a preguntas sobre los últimos días del Príncipe Melchor y del Maestro Filón; sobre el amigo inolvidable, el dulce Zebeo que en la posada damas-cena *"Ánfora de plata"* tuvieron con ellos tan íntimas confidencias.

Y Leandro *dé* Caria les esbozó la personalidad y la obra de Zebeo con tan vivos coloridos, que al terminar su minucioso relato, los oyentes se miraron unos a otros y un tanto perplejos decían:

—Demostraba ser el más tímido y menos capaz de los discípulos de Cristo y ¡con qué prudencia y sabiduría ha sabido dar realidad a los pensamientos sublimes del gran Maestro!

—Señor Gerente —decía Osmán a Marcos—: ¿No sería razonable dar un vuelo desde Joppe a la Aldea de los esclavos?

—Claro está que sería razonable, pero no sé si sería justo —contestó Marcos—. El Príncipe Judá y su representante Simónides, nos han colmado a vosotros y a mí de toda suerte de bienes y mucho temo no poder encontrar justicia en abandonar puestos que hemos gozado ampliamente durante tantos años.

—Es verdad —afirmaba Ahmed—. Tendría que ser una circunstancia de fuerza mayor que nos obligara a salir de aquí. ¡Judea huele a sangre y a fuego desde hace años!

—Y hoy por hoy —decía Leandro de Caria— las orillas del Nilo huelen a flores de loto, a junquillos y madreselvas en flor.

Traigo epístolas del maestro Zebeo para sus íntimos de Palestina y sé que en todas ellas los invita a compartir con él la paz y la dicha que ha encontrado lejos de la tierra natal.

—Ya veremos —dijo pensativo Marcos—. Por ahora, lo primero que haremos será presentarte al anciano Simónides que es aquí Jefe supremo de esta cruzada heroica en cuanto a la situación material de todos.

—Mi única misión en este país —dijo Leandro— se reduce a entregar en mano propia las epístolas que traigo, y espero tengas a bien facilitarme los medios de hacerlo tan pronto como sea posible. Tengo prisa de volver. Estos aires me ahogan y voy dando tumbos como si una penosa asfixia aplastara todo mi ser.

— ¡Oh, nuestra Aldea de los esclavos! — exclamó—. Allí canta *el* amor en todos los tonos y hace florecer hasta las ruinas.

—Ahmed —dijo Marcos— conviene que pidas a tu esposa que os sirva la comida lo más pronto posible y mientras, prepara dos caballos y acompaña a este hermano hasta Jerusalén.

—Convendría saber dónde viven los destinatarios de las epístolas que he de entregar —observó Ahmed.

Leandro sapo su carpeta de bolsillo y dijo mirando las cubiertas:

—Una para el apóstol Pedro, otra para el apóstol Juan y la tercera para la augusta Madre del Profeta Mártir.

www.formarse.com.ar

—Bien. Tú, Ahmed, acompañarás a este amigo hasta que haya terminado su encargue en nuestra tierra, cuidando de que él se confíe sólo en quienes son de verdad nuestros. Tú conoces bien el campo que pisamos.

—Descuida, señor Gerente, que sabré cumplir tu mandato.

—Pedro está en Antioquía. Quien está aquí es su hermano Andrés, que pronto irá a reunirse con él según creo. Ningún conducto más seguro que ese para hacerle llegar la epístola a Pedro.

Pocas horas después el viajero se encontraba en el palacio de Ithamar, tan conocido de nuestro lector y el cual evocará los más bellos y tiernos recuerdos.

Siguiendo las indicaciones de Zebeo y después de Marcos, Leandro confió ampliamente en el noble anciano dándole todas las informaciones que él le pidió.

—No podía nuestro Soberano Rey inmortal dejar rotar la cadena espiritual que unía esta desventurada Judea con la tierra de Melchor y de Filón. Y tú, hermano Leandro, me traes de nuevo el eslabón de unión que en este caso es el buen Zebeo, el dulce Nataniel de quien nuestro Rey decía que era un israelita sin doblez en su corazón.

—Nunca le conocí por *Nataniel* —dijo extrañado Leandro.

— ¡Oh!..., es que tú no conoces lo antojadizo y económicos que somos los de esta tierra. Ahorramos hasta las palabras y las letras. Tu maestro, a quien veo que mucho amas, es *Zebeo de Edippa,*- ciudad galilea, y su padre se llamó *Nataniel.* Es costumbre aquí para distinguir a un individuo de otros que lleven su mismo nombre, decir, por ejemplo *Zebeo hijo de Nataniel,* pero a veces, para economizar sílabas, al andar del tiempo viene a quedar en *Zebeo Nataniel...*' o *Nataniel* solamente, ¡Oh, amigo! En las tierras de Salomón somos muy originales y a veces también muy malvados y criminales. Que no te espante mi franqueza, ¿eh? pero ante todo debemos confesar la verdad.

—Malvados hay en todas las latitudes —contestóle Leandro— y no creas que la maldad humana sea cosa desconocida para mí. (Tengo cuarenta y cinco años de edad y siento dentro de mí como si tuviera setenta! ¡Tanto y tanto he padecido en mi vida! Al maestro Zebeo le debo el conocer unas migajas de felicidad en la tarde de la vida.

—Y yo uniré mi esfuerzo a Zebeo para hacerte conocer otras más —díjole el anciano, mirándole al fondo de los ojos en los cuales el inteligente viejo *de ojos de lince,* como decía el Divino Maestro, había encontrado lealtad, nobleza y una buena capacidad para desempeñar misiones de gran alcance y difíciles de realizar—. ¡Leandro de Caria!..., dime, ¿no tienes tú algo que ver con *Cleon de Mileto* —le preguntó de pronto el anciano.

Leandro se sonrió ligeramente.

—Tengo mucho que ver, pues era mi padre. ,

— ¡Por el patriarca Abraham! —exclamó Simónides dando un golpe de puño en su mesa—. No se podían equivocar mis ojos aunque están viejos. En mis noventa y un años me conozco medio mundo, amigo, y muy pocas serían las fortunas de las costas mediterráneas que no hayan tenido que ver conmigo. Tu padre heredó el principado de Mileto y parte del de Hahoarnaso, ¿no es así?

—Es así —contestó Leandro—, pero esta parte hubo que cederla a un hermano menor que se creía muerto y apareció después.

—Tú vienes de una familia de escultores y de músicos, y por tu padre conseguí esculturas finísimas de alabastro y de ónix para este palacio que fue saqueado por Valerio Graco hace años, y una colección de estatuas de mármol para un griego amante de la belleza que tenía su Castillo en Mágdalo de Galilea. Serías un chiquillo entonces. Yo, a mi vez, le proporcioné sedas de la India y alfombras de Persia para un grande que era su socio en Smirna. Hemos hecho buenos negocios con Cleon de Mileto y si vive debe acordarse con satisfacción de Simónides de Antioquía, nombre con que él me conoció.

—Murió hace veintidós años —contestó Leandro, y su rostro se nubló de tristeza por lo cual Simónides cambió de tema.

—Ya que hemos averiguado quiénes somos, tendrás a bien referirme todo lo relacionado con Zebeo, que es un hijo de nuestra tierra y a más uno de los íntimos de nuestro Rey y Señor, el que venció a la muerte y vive siempre en torno a los que lo amamos.

Y entre copa y copa de su vino de Hebrón, mejor, según Simónides, que el de Corinto y Chipre, escuchó la detallada relación de todo lo sucedido en Alejandría y en la Aldea de los esclavos desde que Matheo y Zebeo habían llegado a tierra africana, hasta llegar al descubrimiento de la ciudad subterránea.

—Confianza has tenido y confianza te doy —dijo el anciano cuando Leandro terminó su relato—. Hemos llegado a un tiempo en que se cumple la palabra de un filósofo de tu tierra: *El hombre es un lobo para el*

hombre, y los que no somos lobos debemos cuidarnos mucho de ellos. Le dirás a Zebeo de mi parte que mantenga absoluto secreto de esa ciudad subterránea, porque muy pronto será necesaria para refugio de los que no somos lobos. El Príncipe Judá heredero del nombre y fortuna del príncipe Ithamar de Jerusalén, su padre, a quienes yo administro y represento, me envió epístola desde el Lacio en la semana, pasada y me refiere un importante descubrimiento hecho al reparar una antigua propiedad suya en Roma, que heredó con otras más de su padre adoptivo, Quintus Arrius. Está sobre la muralla de la puerta que da al Puente Sublicio por el cual se pasa a los prados que han llamado Jardines de César. En el fondo de un estanque o aljibe, han encontrado una rampa que lleva a una gran estancia subterránea por la cual se puede bajar al Tíber y salir al mar. En esa estancia, que contiene numerosos *cubículos,* como llaman los romanos a !o que nosotros llamamos excavaciones o cuevas, hay varios botes de salvamento y muebles y diversos utensilios de estilo actual, lo que hace suponer que eso no data de largo tiempo. Y como esa excavación llega hasta pasar por debajo de una casa edificada en un altiplano del Monte Aventino, anexo a la muralla occidental, Judá ha comprado esa casa a fin de asegurarse de que toda la extensión de la planta subterránea quede en propiedad suya. ¡Oh, amigo Leandro! Nuestro Rey inmortal vigila su grey desde su Reino Eterno y va proporcionando a los suyos los medios para no ser devorados por los lobos, si saben ser prudentes y hábiles para esquivarse de ellos. Yo no apruebo ése temerario valor que lleva a algunos a arrojarse a la boca del lobo. Supongamos que la Santa Alianza es el ejército de amor y de paz fundado por nuestro Divino Rey. Todo jefe de un ejército mira por la vida de sus soldados y no las arriesga así nomás, imprudentemente. Cada soldado muerto es una fuerza menos. Yo pienso que los buenos súbditos de este Rey Celestial no son, precisamente los que se arrojan a las fauces del dragón, sino los que fortalecidos por su fe y amparados en la esperanza del triunfo cercano de su ideal santo de fraternidad entre los hombres, hacen lo posible por no irritar a la bestia con exageradas manifestaciones exteriores que hacen notoria su existencia en un mundo que hoy está dominado por la fuerza bruta. ¿Qué necesidad tenemos los amigos del Señor de hacer notar al enemigo que existimos y que somos una gran muchedumbre? Ellos tienen por hoy la fuerza y nos segarán como a los espigas de un trigal maduro.

—El maestro Zebeo piensa exactamente como tú buen anciano que aún conservas la clara inteligencia de los cuarenta años. Y en casi once años que lleva de activa labor en seguimiento del Divino Maestro, nadie le ha estorbado su camino hasta hoy.

—Pues aquí, hubo ya feroces matanzas que no dejan otro recuerdo que jóvenes viudas en desamparo; ancianos sin hijos e hijos sin padre. Y el odio de los enemigos más y más rabioso, buscando nuevas víctimas para devorar. Nuestro apostolado, por ahora, debe ser, a mi juicio, silencioso y prudente, como lo han hecho los Esenios desde que vino la dominación extranjera al país. Razón tuvo el gran Moisés de llamar *dura cerviz* a nuestro pueblo que no escarmienta con las terribles lecciones de esclavitud y de sangre que recibió tantas veces. No ha sido bastante ser llevado cautivo en masa por dos veces a Babilonia después de haberle degollado como a ovejas sus reyes, sus príncipes, sacerdotes y jefes militares. ¿Qué más necesita sufrir este pueblo para comprender cómo es necesario marchar 'en la hora actual y en todas las épocas de la vida para no atraerse el odio y el furor de las fieras inconscientes que casi siempre dominan en este mundo? Algunos arguyen que nuestro Soberano Rey dio el ejemplo al arrostrar la muerte con un sereno valor pocas veces visto ¡Oh, amigo mío! Es tan distinta la posición de El ante este mundo y ante los cielos de Dios, que no admite comparación. El vino a cambiar la faz espiritual y moral de la humanidad y el salir triunfante de la muerte y del pecado era, a mi juicio, el precio con que El conquistaba el eterno poder en su Reino *donde es uno solo con el Padre,* según sus propias palabras al despedirse de todos los suyos, en aquel inolvidable atardecer a orillas del Mar de Galilea... —la emoción quebró la voz del anciano en un sollozo contenido fuertemente y cambiando de tema añadió—: Ahora vamos a las caballerizas y veamos de elegir dos buenos caballos que os conduzcan a Galilea. Visitaréis a la Santa Madre del Señor y a Juan y Jaime que viven con ella. Espero que volváis aquí antes de tomar el barco que te lleve a Alejandría...

—Va a servirse la cena —anunció un criado en la puerta del despacho del anciano.

—Bien, vamos allá. Aquí se viaja mejor de noche cuando el invierno se ha ido.

Y después de dar las órdenes necesarias para el viaje, el anciano seguido de Leandro entró al gran Comedor del palacio de Ithamar, donde ya estaba su hija Sabad, que era el ama de casa, Ahmed, el joven árabe, y seis secretarios y escribas que tenían a su cargo los libros de la vasta red comercial que dirigía Simónides con noventa y un años de vida.

—j Han pasado once años desde que El partió a su Reino Eterno y aún no ha ocupado nadie ese lugar donde tantas veces estuvo El sentado en este Cenáculo y ante esta misma mesa! —exclamó el anciano mirando tristemente el sitio de honor de la mesa donde brillaba un hermoso jarrón de plata lleno de rosas encarnadas.

—Entre sus rosas de amor está El, seguramente —le contestó Sabad mientras servía a los comensales.

www.formarse.com.ar

Y se hizo un suave silencio en el cual sólo se oía el ruido que producía la vajilla y los pasos de los criados que entraban y salían.

EN GALILEA

Entre el claroscuro del atardecer salían Leandro y Ahmed por el gran portón de las caballerizas que tan conocido es para el lector de "Arpas Eternas". Apoyado en su bastón de encina, el anciano les despedía, luego de entregar a Ahmed un paquete cerrado y lacrado diciendo: "Entrégalo a la Madre de nuestro Rey".

Antes de salir de Jerusalén quiso Ahmed hacerle conocer a Leandro los hermanos que vivían, desde años atrás, en el palacio Henadad y para quienes Marcos le había dado mensajes de afecto y condolencia relacionada con la última desgracia ocurrida: *"la caída de los diecisiete",* como dieron en llamar al cruel sacrificio del Apóstol Santiago y sus compañeros.

La desolada tristeza de aquella casa se percibía no bien ponía sus pies el visitante en el umbral de la puerta. Y Leandro se quedó inmóvil *y* mudo en el gran pórtico de entrada.

Hubo siempre dolor y tristeza en aquella casa desde la noche terrible de la prisión del Señor. Y ahora, con motivo del trágico suceso que puso punto final al ardiente apostolado de Stéfanos y Santiago se había intensificado nuevamente. Allí quedaban madres, esposas e hijos, de los asesinados en las criptas del Templo, entre ellas Rhoda, que habiendo muerto ya la tía Susana que la recogiera en su primera infancia entre las vírgenes del Templo, se encontraba sola en el mundo.

Su esposo muerto, con quien la uniera Pedro a los pocos meses del oportuno salvamento que hicieron de la joven sonámbula guiados por el sacerdote esenio Imer, era hijo mayor de aquel griego Parmenas, padre del Diácono Felipe, de que se hace mención en el Tomo II de Arpas Eternas.

Ni Parmenas, el hijo mayor, ni Felipe, el menor, habían crecido junto al padre, que por las actividades peligrosas y fuera de ley a que se dedicaba, les había recomendado a parientes cercanos.

La ley hebrea ordenaba que un hermano soltero o viudo debía unirse a la viuda de su hermano y en tal caso, la orden correspondía al Diácono Felipe; pero éste, de origen griego y compenetrado últimamente con la amplia enseñanza del Cristo que dejaba en segundo término tales prescripciones de orden social, no deseaba ligarse con el matrimonio que seguramente le obstaculizaría en parte sus actividades misioneras. Ya no estaba en la tierra el Apóstol Santiago, que de todos los Doce era el más estricto cumplidor de las ordenan/as de la Ley hebrea.

Además, la pobrecita Rhoda no estaba en estado de ocuparse de un segundo matrimonio, pues la espantosa muerte que habían dado a su esposo, le causó un histerismo agudo que la tenía entre la demencia y la lucidez, entre la vida y la muerte.

No estaba allí el paternal y dulce apóstol Pedro, que era para ella un verdadero padre. No estaba tampoco aquel sacerdote esenio Imer, que tanto había comprendido la extrema sensibilidad y las extraordinarias facultades psíquicas de que estaba dotada.

Los sacerdotes que eran Esenios habían pedido retiro de las funciones del Templo y se habían refugiado en los Santuarios de roca, en las grutas silenciosas de las montañas, cuando se persuadieron de que el Sanhedrín les cortaba todos los caminos de contacto y acercamiento al pueblo. Los sacerdotes de filiación Esenia habían dado prueba más de una vez de estar en completo acuerdo con la doctrina del Maestro que el Sanhedrín llamaba pomposamente *sacrílega innovación del Profeta Nazareno,* cuya semilla veían claro, había prendido y arraigado en gran parte del pueblo israelita.

Le habían dado muerte infame y oprobiosa para infamarle ante el pueblo y borrar hasta su recuerdo de la faz de la tierra; y encontraban que hasta el mismo patíbulo en que lo colgaron como a un malhechor, comenzaba a ser venerado como un sacro símbolo que llevaba a sus adeptos hasta la capacidad de una inmolación igual si había de ser para la gloria de su excelso Maestro.-

En el pavimento de los atrios exteriores del Templo y aun en los claustros interiores, habían comenzado a aparecer cruces pintadas con brea. Del Templo habían pasado a los muros de los palacetes habitados por los grandes sacerdotes y sus familiares en los más destacados lugares de la ciudad.

Los magnates del Sanhedrín veían cruces negras en las piedras de sus muros, en las lozas de sus patios, en el mármol de sus fuentes y hasta en el pavimento de las calles por donde ellos debían necesariamente pasar para concurrir al Templo a la hora de los oficios.

Y aquello les exasperaba hasta el punto de que una hidrofobia colectiva les había dominado por completo.

www.formarse.com.ar

Tal era el estado de Jerusalén a la llegada de Leandro de Caria, a la silenciosa y entristecida casa llamada Palacio Henadad.

Mujeres llorosas, hombres taciturnos y pensativos fueron los que recibieron al enviado del apóstol Zebeo.

Y como ocurre siempre en los grandes dolores irreparables, aquellas almas atormentadas por el espanto y la incertidumbre, intensificaron su llanto, sus quejas, sus dolorosas lamentaciones ante aquel hermano extranjero que les traía de tan lejos el amor del hermano ausente, del dulce Zebeo que en tierra extraña tenía paz, sosiego y amor mientras ellos en la tierra nativa vivían temblando entre el terror y el espanto. De pronto unos gritos lastimeros hirieron los oídos de les que formaban un gran círculo alrededor de Leandro y Ahmed.

Como sus miradas interrogasen, una de aquellas dolientes mujeres explicó:

—Es una infeliz hermana nuestra que recibió dura impresión viendo el cadáver de su esposo degollado junto con otros en la cripta del Templo. Hace ya cuarenta días y dos o tres veces cada día la vemos en la agonía de esas crisis terribles que nos desesperan a todos.

—Si me permitís verla —dijo Leandro el sacerdote de Osiris—, acaso yo tenga los medios de aliviarla. Fui sacerdote de los Templos egipcios donde se nos obliga a ser maestros en la ciencia difícil de conocer la Psiquis humana. Y la enfermedad que padece vuestra hermana es del alma y no del cuerpo.

Le llevaron a la alcoba de Rhoda que había caído del lecho y se retorcía en una convulsión horrible.

Leandro, alto, fuerte, sereno, se inclinó prontamente y levantó con gran suavidad el frágil y menudo cuerpo de Rhoda que temblaba como una hoja. Se sentó sobre el lecho, teniéndola sobre sus rodillas tal como una madre cobija a un niño en su regazo. Los clamores cesaron y los estremecimientos de la crisis fueron calmándose lentamente.

Sin abrir los ojos, la enferma murmuró:

— ¡Viniste, padre mío, porque en mi dolor te llamé tantas veces!

Una voz susurró:

—Cree que eres el Apóstol Pedro al que la pobrecita llama su padre.

—Conviene que siga creyéndolo —contestó Leandro y haciendo a los presentes señal de silencio se recogió en sí mismo y dejó que su amia forjada en piedra..., en hierro fundido al fuego, absorbiera todo el dolor de aquella débil almita atormentada que en ese instante excitaba su compasión y ponía en actividad todas las fuerzas latentes y vivas desarrolladas por largos años de consagración a su cultivo interior.

Y Rhoda se quedó profundamente dormida.

La recostó en su lecho y la dejaron sola en la habitación.

—Cuando se despierte —dijo Leandro—, cosa que ocurrirá mañana a esta misma hora, cuidaréis de alimentarle la ilusión de que ése a quien llamaba en su dolor estuvo a su lado y curó su mal.

Estoy de paso a Galilea donde debo entregar epístolas importantes del maestro Zebeo. De regreso, volveré por aquí y según sea el estado de la enferma, dispondremos lo que creamos más conveniente.

—Aquí llega el diácono Felipe, hermano de su marido —dijo uno de los presentes—. Es el único familiar de la pobre Rhoda.

El recién llegado venía de Sebaste con urgencia por la enfermedad de su cuñada. El nuevo personaje, muy conocido del lector de "Arpas Eternas", no necesita presentación. Desde que partió Pedro de Jerusalén, a raíz de la muerte de Stéfanos, Felipe y Nicanor, con Adín o Policarpo, que era ya un apuesto jovenzuelo, habían partido a Samaría, donde tratarían de trabajar para el sustento del cuerpo y a la vez enseñar con prudencia la doctrina fraternal del Divino Maestro.

La desgracia ocurrida a su hermano Parmenas, esposo de Rhoda, le fue avisada, y él acudía en socorro de su cuñada viuda.

Felipe conocía algo de lo que eran los Hierofantes egipcios a través de algunos discípulos de la Escuela de Pitágoras que iniciado en la Sabiduría Oculta de los Templos de Osiris, la llevó a la Grecia con la fervorosa devoción que el sabio de Samos supo poner en todas las manifestaciones de su privilegiado espíritu.

Simpatizaron grandemente con Leandro que viendo en Felipe un campo fértil para sembrar las grandezas de la Sabiduría oculta, le prometió una larga conversación sobre la materia, a su regreso de Galilea dentro de breves días.

—Si te es posible —le dijo Leandro—, espérame aquí mismo donde yo vendré.

www.formarse.com.ar

Al día siguiente al atardecer se apeaban, Leandro y Ahmed a la puerta de la *Casa de Nazareth* como llamaban todos a la casa de Myriam, como si en aquella humilde ciudad galilea no hubiera otra casa más que aquella.

La sensibilidad sutil del sacerdote egipcio percibió de inmediato el ambiente dulcemente tranquilo de aquel hogar Nazareno.

—Esto no es Jerusalén —dijo discretamente a oído de Ahmed.

—Esta es la casa santa por excelencia —le contestó el árabe—. Aquí vivió su infancia, su adolescencia, su juventud y su edad viril el Mesías Ungido del Altísimo, el Soberano Rey de Israel, como dice nuestro Jefe Simónides.

Pero nadie acudía al llamado hecho en el portalón por lo cual repitieron la llamada con más fuerza.

Al rato vieron venir por el sendero sombreado de nogales y cerezos que ya deshojaba el otoño, una mujer vestida de oscuro azul, tocada de blanco y con un niño que corría a su lado prendido de su mano.

— ¡Es ella!..., ¡ella misma!... —exclamó el vehemente árabe con una devoción tal que Leandro preguntó:

— ¿Quién es ella?

Ya estaba a pocos pasos y el venerable rostro dulce y pálido les sonreía. —Pasad, pasad —dijo abriendo sin esfuerzo una hoja de la puerta.

El árabe, que nunca olvidó la gentileza de su maestro Melchor, dobló una rodilla en tierra y besó la mano que ella le tendía.

Leandro hizo una profunda reverencia silenciosa porque una gran emoción le impidió articular palabra.

— ¡Es la Madre de El!... —volvió a decir Ahmed.

--Ya lo he comprendido —le contestó Leandro mirando fijamente aquel dulce rostro, respetado por el tiempo y embellecido por la irradiación interior de cuanta belleza ultra terrena puede encerrar la psiquis humana.

—Hacía tiempo que no venías Ahmed —dijo ella—. ¿Qué me dices de Ana? ¿Cuándo viene a buscar a este lucerito que dejó en mis sombras? —y ella acarició la cabecita oscura del chiquitín prendido a su vestido que se ocultaba en sus pliegues.

—Soberana señora... —murmuró el árabe— ella deja aquí a su pequeño Jhasua sabiendo que le ha dejado en el paraíso.

Entraron en el gran cenáculo que era un templo de santos recuerdos y de pensamientos inefables.

Aquel ambiente de cielo en la tierra estremecía el alma de infinita ternura. Se percibían presencias invisibles suaves y dulces como las más dulces *y* suaves caricias y Leandro sin poderse contener dobló sus rodillas mirando el altar de las Tablas de la ley y los Libros Sagrados, iluminados por una lámpara de aceite que pendía de la techumbre.

Ahmed se quedó de pié junto a la puerta y Myriam se sentó en un sillón con su nietecito apoyado en sus rodillas.

Cuando la muda impresión de Leandro pasó, se puso también de pié y miró a Myriam cuyos ojos entornados denotaban también la muda plegaria.

—Seáis bienvenidos á este templo de mis recuerdos y de mi soledad poblada de amores ausentes —dijo ella con su voz musical—. Sentaos y decidme que acontecimiento os trae por aquí.

Leandro se le acercó y después de una segunda reverencia le entregó dos paquetes cuidadosamente envueltos en paño de lino y entre una petaquilla de piel de antílope con cerraduras de plata.

—Es mi humilde ofrenda noble señora, pero dentro de ella vienen epístolas del maestro Zebeo, mi gran amigo.

¿Entonces vienes de Alejandría? ¡Oh gracias, gracias! —añadió mirando a Leandro con aquella mirada suya que infundía deseos de arrodillarse a sus pies y decirle con el alma asomando a los labios— ¡Madre!... ¡madre mía!...

Pero Leandro se mantuvo de pié, sereno y erguido, no sin que acudiera a su mente, la visión divina que había tenido años atrás cuando ninguna, pasión violenta turbaba la quietud" de su alma; y se entregaba todo entero en absoluta renunciación al Eterno Invisible... y pensó: "Aquella visión era intangible y etérea, ésta palpita y vive con un corazón de carne". —Mientras el sacerdote de Osiris pensaba así. Ahmed había entregado a Myriam el paquete enviado por Simónides.

Ella se levantó y les dejó solos. El chiquitín de cuatro años hijo de Marcos y de Ana, la siguió.

www.formarse.com.ar

Sentados ambos en uno de los estrados guardaban silencio. La luz de la lámpara que iluminaba las Tablas de la Ley, vertía su resplandor dorado sobre una ánfora de arcilla hasta desbordar de rosas bermejas recién cortadas, y de lirios blancos que parecían temblar con la oscilación de la llama de oro que alumbraba el altar.

— ¡Qué de veces estuve aquí sintiendo la palabra cálida de amor del Cristo nuestro Señor! —Exclamó por fin Ahmed—. Este altar fue hecho por él y esas Tablas de la Ley, deben conservar el rastro de sus manos al grabar á punzón cuanto aparece escrito en ellas. ¿Cómo pues no ha de vivir esta santa y heroica madre toda una vida de amor y de recuerdos?

—Amigo mío!... —Dijo Leandro a media voz— todos los que hemos prendido muy alto el velo sutil de nuestros ideales, llevamos en el corazón un pequeño templo de amores y de recuerdos que nos obligan en mementos dados a obrar como si aquellos recuerdos fueran presencias invisibles pero vivas que miran nuestras acciones y recogen una a una las perlas de nuestro pensamiento.

Pero el caso de esta sublime mujer es diferente. El amor y el recuerdo que vive en ella son como un poderoso reflector cuya luz permanente la mantiene envuelta siempre en un halo divino porque es emanación de la Divinidad misma. Ese hijo que recuerda y que llora, es el Avalar Divino, el Verbo

Eterno, el Eterno Amor hecho -hombre y por -un -prodigio -de amor bajado hasta ella.

¿Cómo pues no ha de estar semidivinizada esta mujer al contacto maravilloso de ese recuerdo y de ese amor permanente?

Y así se obra en ella lo que aparece al vulgo como un prodigio, o sea su asombrosa conservación física. El tiempo la respeta. Los- años, resbalan sobre su cuerpo como agua mansa y pura porque ningún sentimiento innoble puede llegar al sagrario de su alma, llena toda de aquel amor y de aquel recuerdo. Si de tal modo se adueña la Divinidad de una Psiquis humana, las sensaciones torpes y groseras que atrofian, desequilibran y desgastan el cuerpo físico, no se acercan a ella ni a distancia. Es una ley. Es la Ley Divina viviendo en un ser humano. ¡Es el Amor Eterno consumiendo todo el polvo de la tierra!

Es un tabernáculo de cristal, a través del cual podemos percibir todos la Divina Presencia Eterna, multiplicada en inefables presencias invisibles y amadas que se acercan y se alejan, que vienen y que van en una silenciosa ronda de amor, de esperanza y de fe en torno nuestro.

Si hubiera sobre la faz de la tierra un millar de seres como esta augusta mujer, de cierto te digo que la humanidad se tornaría buena, que el odio y el egoísmo serían aventados lejos como se lleva el vendaval las arenas del desierto!

Myriam apareció sola, por una puerta interior, porque el pequeño Jhasua dormía en aquella cunita de cerezo, donde había dormido sus sueños de niño aquel otro Jhasua Divino que ya no vivía en la tierra.

—Dentro de unos momentos —dijo— llegará mi hermano Jaime con su esposa y Juan que anduvieron todo el día repartiendo los dones de la Santa Alianza a los necesitados de toda esta comarca. Ellos son los encargados de hacerlo.

Y nos acompañaréis en la cena. Y espero que honraréis mi casa con vuestra presencia todos los días que sean de vuestro agrado.

—Gracias venerable señora, —contestóle Leandro—. Por mi parte no tengo fijados los días, pero no podrán ser muchos porque algunas obligaciones me esperan lejos de aquí.

—Tampoco a mí me han determinado los días, pero, cuanto más pronto regresemos a nuestro punto de partida, mejor cumplimiento damos.

Vieron que Myriam se levantó y encendió otra lámpara de aceite y la cubrió con un cubo de cristal. Después abrió un pequeño ventanillo excavado en la parte más alta del muro que daba hacia la entrada de la casa, y colocó la lamparilla en el hondo hueco como una hornacina cerrada por dentro.

Un leve suspiro sintieron exhalarse de sus labios y un velo de tristeza se derramó sobre aquel sereno semblante orlado con la blanca toca de las mujeres esenias.

—Hace cuarenta años —dijo— que enciendo esta lámpara que alumbra el camino hasta larga distancia. Al principio la encendía para Jhosep mi esposo que siempre volvía al anochecer por su trabajo o por los mil motivos que a un artesano lo llevan fuera del hogar v Después la encendía para mi hijo que en sus andanzas misioneras, se olvidaba siempre de que le esperaba la madre con la mesa puesta. Y la sigo encendiendo aun cuando no haya ninguno fuera de casa, porque el corazón no soportaría esa luz apagada. ¡ Me parecería que les olvido a ellos!... ¡Oh el recuerdo!... ¡el corazón de la madre le espera siempre,, siempre!... Más ahora... se consume todo el aceite, mi lamparilla se apaga sola, ¡pero El ya no viene!... ¡no puede venir porque en la tierra ya no hay fe, ni esperanza, ni amor!... Hay solo odio y El no puede llegar entre el odio.

www.formarse.com.ar

La voz dulce que destilaba miel se rompió en un sollozo y dos gruesas lágrimas se deslizaron por aquel rostro de marfil.

— ¡Señora!... —exclamó Leandro acercándose a ella y arrodillándose a sus pies—. ¡Señora! si el amor eres tú, si el amor vive en ti y fluye de ti como un suave manantial que nos inunda a todos, ¿cómo dices que no hay amor cerca de ti?

Los ojos dulces de Myriam se posaron en el rostro transfigurado de Leandro al mismo tiempo que ella le tendía sus manos. El las tomó con devoción y las llevó reverente a sus labios. Myriam posó la diestra sobre la cabeza inclinada de aquel hombre y le dijo con la voz temblorosa que lloraba:

— ¡Yo te bendigo en su Nombre!

Ahmed se había arrodillado también y ahogaba el llanto con inauditos esfuerzos. ¡Un halo de divinidad inundó el cenáculo! Una presencia divina se hizo sentir con fuerza de ola que lo domina todo, que lo sumerge todo en su irresistible potencia.

¡Y también la amante Madre, lámpara viva de amor y de recuerdos, unió sus manos de lirio sobre el pecho, dobló su frente y esperó en hondo silencio!.. .

La presencia divina se condensó en una blanca visión transparente y luminosa junto a las rosas del altar en penumbras... Ella la percibió al momento y fue anhelante hacia allá cayendo también de hinojos...

Las rosas fueron cayendo suavemente entre los brazos de Myriam tendidos hacia £1 mientras sus ojos bebían luz, esperanza y amor de aquellos otros ojos que no eran de carne pero le traían la gloria divina de un amor inmortal, imperecedero y eterno!...

Los tres sintieron una resonancia suavísima que era vibración, pensamiento, idea flotando en el éter, y expresaba así: *"La cruz á la que subí por amor a la humanidad debe ser para mis amados, cruz de rosas y espinas, amor y sacrificio por sus hermanos".*

Leandro y Ahmed habíanse doblado tocando el pavimento con la frente, perqué la mirada de aquellos ojos que no eran de carne, no podía ser resistida sin sentir el anonadamiento absoluto, el desvanecerse como polvo, el morir de anhelo y de amor arrastrados como en un irresistible vértigo hacia la ultraterrena grandeza de la Divina Presencia.

Cuando volvieron a ser dueños de sí mismos encontraron a Myriam siempre de rodillas al pie del altar apretando a su corazón las rosas y lirios que la aparición de su Hijo hizo caer entre sus brazos. Parecía-dormida y Leandro, conocedor de las redes sutiles que muy rara vez se abren paso en las pesadas y bajas corrientes fluídicas terrestres para formar contacto con el aura mental de seres determinados, esperó unos momentos en silencio profundo, y con su fuerte pensamiento puesto en acción le dijo:

— ¡Augusta madre de Cristo!... Aún vives sobre la tierra —ella dio un gran suspiro y se despertó.

— ¡Estaba tan triste y El me llevó a su cielo por unos momentos! —dijo. Y volvió a colocar con infinito amor las rosas y los lirios en el ánfora de arcilla que estaba vacía sobre el altar.

EL HUERTO CERRADO DE JUAN

Pocos momentos después llegaba el buen tío Jaime, con su hijo, Jaime también, pero que, para distinguirle de su padre, le llamaron familiarmente con el diminutivo *Jaimín.* Con ellos venía Dina, esposa de Jaime, y Juan, hijo de Zebedeo y Salomé que, según ya dijimos, vivía en la Casa de Myriam desde la muerte de su madre.

Los cuatro traían consigo un cansancio que se advertía a primera vista. Se dejaron caer sobre el gran estrado cubierto de esteras de esparto que aparecía a todo lo largo de la gran *sala del fuego.*

—Tenemos visitas —les dijo Myriam.

—Perdón —dijo el tío Jaime— Casi quedamos a dormir en el camino y no sé si soy yo o es mi ánima la que vuelve a tu casa Myriam.

Ahmed se acercó a saludarles.

—Ya lo comprendemos —dijo—, habréis corrido por toda Galilea. Este amigo viene desde Alejandría en nombre de Zebeo —añadió presentando a Leandro, que estrechó las manos de todos.

—Por epístolas del maestro Filón a Nicodemus tuvimos noticias de él — contestó el tío Jaime—. Creíamos que nos había olvidado.

—El no olvida a ninguno —repuso Lázaro— y tan es así que yo vengo sabiendo la historia de vuestras vidas casi como si hubiera vivido siempre aquí. Y todo lo encuentro tal como el maestro Zebeo me lo había

www.formarse.com.ar

referido, ¡Tú eres Juan, el íntimo suyo! —dijo Leandro mirando al joven apóstol, en cuya faz se leía a primera vista una infinita tristeza.

—Has acertado —respondió Juan.

—Para ti traigo de tu amigo ausente una larga epístola —y Leandro se la entregó.

—Estoy enterado del dolor que te acompaña por la muerte de tu hermano Santiago y de todos los compañeros que fueron sacrificados con él. Si es para ti un consuelo el saber que soy un hermano en el dolor, aquí estoy a tu lado.

—Gracias —contestó Juan con la voz que temblaba de emoción.

Myriam sentada en su silloncito de madera y junco hecho por Joseph, escuchaba en silencio hilando un blanco velloncito de lana, mientras Dina daba los últimos toques al arreglo de la mesa que estaba hacia el ángulo opuesto de la cocina-comedor.

En el fuego hervían las marmitas y Jaimín vertía un rojo licor en tantos vasos como personas había.

—Es nuestro vino de uvas nazarenas —dijo sirviendo a Leandro y Ahmed primeramente.

Pero éste se levantó con su copa y fue a ofrecerla a Myriam que la recibió sonriendo.

—Haces honor a la abuela —dijo dulcemente.

—A la santa madre de todos —contestó el árabe tomando la segunda copa que le ofrecía Jaimín.

Y comenzaron las preguntas y las respuestas, las confidencias, breves, concisas al principio, pero en las cuales se adivinaba esa sincera cordialidad que hacía presentir la confianza absoluta que vendría después.

—El maestro Zebeo me habló de la ciudad de Tiberias donde vive un amigo suyo de nombre Hanani, y de un Castillo de Mágdalo habitado por una mujer que Zebeo cree que habrá muerto porque antes de partir al África tuvo noticias de que estaba muy enferma.

Me pidió, también que tratara de averiguar si un joven trovador de nombre Boanerges vivía aún en las orillas del Mar de Galilea. Otras personas me ha mencionado con mucho interés, pero creo que no habitan esta comarca, sino en las cercanías de Jerusalén.

—Será en Bethania —dijo Juan.

—Justamente; creo que es un matrimonio y una doncella hermana del esposo.

—Están muy cerca de aquí —dijo el tío Jaime—. Se vieron obligados a dejar su vieja casa solariega encomendada a parientes y amigos. Lázaro, el jefe de la familia, se vio perseguido para obligarle a desmentir un hecho que causó revuelo en el Sanhedrín hace años. Es una historia larga. Ya te la referiré.

—Creo que la sé —dijo Leandro—. ¿No es Lázaro el resucitado?

—El mismo. Veo que nuestro hermano te ha enterado de todo.

—Somos buenos compañeros —contestó Leandro— y una gran comprensión hay entre nosotros.

La cena fue servida, y durante ella se habló poco.

La tristeza de Juan era tan honda que se transmitía a todos los comensales.

Se iniciaba una conversación y se esfumaba en el triste silencio apenas comenzado.

Así que la comida hubo terminado, Juan se levantó para retirarse a su alcoba.

—Hijo... espera un momento —le dijo dulcemente Myriam—. También yo he recibido epístola de nuestro Zebeo y creo que debemos compartir las impresiones que nos vienen de tan lejos y de un corazón amigo.

Juan la miró con sus azules ojos llenos de ternura y de lágrimas, y fue a sentarse cerca de ella.

—Aun no leí la mía —añadió Myriam— pero creo que siendo todos una sola familia..., la familia de mi amado ausente, podemos permitirnos la confianza que nos acerca más unos a otros.

—Ciertamente —afirmó Leandro— y es en las horas de dolor donde los amigos son necesarios.

Dicho esto tomó asiento en el estrado al lado de Juan.

Las epístolas de Zebeo fueron leídas en alta voz por el tío Jaime que en ellas se veía mencionado con cariño varias veces. El amor del apóstol ausente se desbordaba como una ola cálida de afecto, y llamándose siempre a sí mismo el *"montoncito de tierra"* de su Divino Maestro, les ofrecía a todos cuanto tenía en la *Aldea de los esclavos y* terminaba diciéndoles:

"Creo que no nos está mal este nombre, pues vosotros y yo somos esclavos voluntarios del amor eterno de El que nos dejó la promesa de hacer su morada en nuestro corazón si somos capaces de amar como El nos ama."

www.formarse.com.ar

Como posdata de la epístola a Juan decía: "Confiad en el portador de estas epístolas porque aparte de todas sus nobles cualidades morales, es el padre de la esposa que el Maestro me ha confiado en tutela espiritual para toda mi vida."

Debido a estas palabras Leandro deshojó como pétalos de rosas blancas cuantas noticias conocía en la lejana Aldea de los Esclavos que fueron bálsamo suave de consolación y de esperanza para los corazones heridos que encontraba en su camino.

Cuando el sacerdote de Osiris terminaba su relato, Juan le dijo:

—Puesto que vienes en nombre de Zebeo, que fue el más íntimo de mis compañeros, te ruego me des oportunidad de tener una confidencia contigo.

—Estoy a tu disposición —le contestó Leandro afectuosamente.

Pocos momentos después se retiraban todos al descanso de la noche y Juan y Leandro pasaban al Cenáculo-Oratorio, donde debían penetrar juntos al *huerto cerrado de Juan.*

Ante aquel sencillo altar de las Tablas de la Ley y de los libros de los Profetas, entre el perfume de rosas y de lirios que desde el ánfora de arcilla se difundía por el ambiente dorado por la suave claridad de la lámpara, ¡cuan fácil era abrir el alma dolorida a las confidencias más intimas y lacerantes...!

Juan comenzó a desgranar las perlas de sus recuerdos...

—Hace apenas dos horas que conozco tu rostro y no sé qué fuerza de simpatía me impulsa a vaciar mi alma en la tuya.

—Puedes estar cierto de que yo te comprenderé —contestó Leandro.

—Mientras el Maestro vivió como hombre cerca de mí, no supe de nada, absolutamente de nada más que de amarle, de servirle, de vivir pendiente de su mirada, de su palabra... |Era como un abrojillo que se hubiera prendido en su túnica blanca y que no pudiera desprenderse más! ¡Viví la vida de un niño que va siguiendo una estrella sin pensar nada más que en seguirla y seguirla! ¡Y tenía ya veintiún años!... Era un hombre, pero yo no lo sabía ni lo sentía, ni me interesaba saberlo. Creía que aquella vida de serena inconsciencia la viviría siempre! ¡Era tan dulce, tan bello, tan inefable vivir sólo para amarle y servirle! Pero cuando llegó la hora tremenda de que la estrella que yo seguía desapareció de mi horizonte sentí como hundirme en un abismo de tinieblas que se fue haciendo más y más hondo. Han pasado diez años largos. He visto desaparecer de mi lado a mi madre; los amigos y compañeros han ido alejándose uno en pos de otros, todos siguiendo las rutas que les ha marcado su deber de discípulos del excelso Maestro... ¡Sólo yo pareciera que he perdido el camino..., y aún no puedo encontrarlo! ¡Se apagó aquella lámpara maravillosa que alumbró veintiún años de mi vida!... ¡Y no ha vuelto a encenderse jamás! Si no hubiera sido el amor santo de la augusta Madre de El, yo me hubiera arrojado al mar con una piedra atada a mis pies... ¿Para qué serviría mi vida?... Ella me salvó de esa catástrofe pero no de mi terrible soledad interior.

Juan guardó silencio y Leandro lo guardó también. La voz sin ruido de la meditación se puso entre ambos acaso para dar lugar a que se hiciera la luz.

Y la luz fue encendiendo sus cendales de oro tan suave y lentamente como para no herir a aquel corazón lacerado, hecho ya a vivir entre tinieblas.

—Juan, mi nuevo amigo —dijo Leandro con la mayor suavidad que pudo hallar en su alma que por tanto tiempo vivió como una piedra—. ¡Juan!... tienes treinta y un años. Yo tengo cuarenta y seis, pero siento como si tuviera setenta, porque más que tú, mucho más, he sabido de tinieblas, de soledad, de abandono, de helada sepultura en que estaba como enterrado vivo. Creo, pues, estar capacitado para comprenderte. En el hondo vacío de tu corazón, hubieras necesitado un amor, un ser que precisara de ti para vivir, que necesitara el calor de tu juventud, de tu fuerza, el fuego de tus ojos, la vibración de tu palabra para reanimar su agotamiento, su agonía... ¡Entonces todo tú hubieras revivido para transmitir vida, energía, fortaleza a ese otro ser! Tú te pareces a Zebeo como una gota de agua a otra gota. A él le hubiera pasado igual si la Bondad Divina no hubiera hecho brotar en su camino humildes flores silvestres que sin el riego de su ternura hubieran perecido irremediablemente. Es tremenda y difícil la encrucijada de la soledad en tinieblas después de haber andado largo tiempo con el deslumbramiento de un astro maravilloso. Aún estás a tiempo de encender una luz nueva en tu camino. Encendámosla juntos para ti, amigo mío y yo te aseguro que tu alma batirá sus alas nuevamente y te remontarás a la cumbre...

—Está esa luz, pero mi alma se niega a verla —dijo Juan tristemente y a media voz como si su alma, avecilla entumecida de frío en las tinieblas, temiera dejar escapar un débil gorjeo—. ¡Mi alma se niega a verla y hasta huye de ella!... ¿No sería traicionar el dulce recuerdo de la radiosa estrella que alumbró veintiún años de mi vida?

— ¡No, y mil veces no! —exclamó Leandro con vehemente energía—. ¡No dejes por Dios!, de mirar la luz nueva que El te enciende para que encuentres de nuevo el camino ¡Es la tabla de salvación en tu naufragio! ¡Es el hilo de oro tendido desde el Corazón del Maestro a tu corazón!... ¡Es el perfume del místico narciso abierto en tu huerto interior, para curar tu herida profunda y devolverte a la vida sano, optimista y feliz! ¿Me comprendes, Juan?

—Te he comprendido Leandro, enviado a mí lado por Zebeo para esclarecer el tenebroso laberinto de mi mundo interior. ¡Te he comprendido! No se si será demasiado tarde. ¿Querrás acompañarme mañana a una aldea cercana donde puede ser que tu clara visión perciba esa estrellita moribunda de la cual he huido todos estos años? Y si tú la encuentras sin yo decírtelo, te prometo dejarla entrar en mi templo y encenderse sobre mi altar.

Cuando salieron para buscar cada uno su diván de reposo, vieron adosada a la sombra del muro, ese humilde arbusto que han llamado *galán de la noche,* o *flor de la luna,* porque su flor, como una blanca copa de marfil, sólo abre sus pétalos cuando las sombras extienden sus negros cendales en la pradera dormida.

Brillaba esplendorosa y blanquísima a la luz de la luna menguante.

Y Leandro, a quien el dolor de tantos años de vivir amurallado en un sepulcro le hacía comprender el dolor de la soledad, se detuvo ante la sugestiva aparición de la flor misteriosa...

— ¿Ves Juan? Tu alma es como esta flor. Se abrirá tímida y medrosa en la noche de misterio y esta misma luna menguante alumbrará la flor blanca de una nueva esperanza. Que Dios acompañe tu sueño.

—Que la paz sea contigo.

Y se separaron.

Leandro se tiró en su diván y durmió tranquilo hasta el amanecer. Juan no tenía sueño a pesar de su cansancio.

Sacó el silloncito de junco de Myriam y se sentó a la sombra del muro junto a la *flor de la luna.* Solo consigo mismo, con sus pensamientos y sus recuerdos, tenía necesidad de deshilachar hebra por hebra la enredada madeja que iba oprimiendo cada vez más su corazón.

—*Ella* me ha buscado siempre para consolarme, para asociar su dolor a mi dolor, para ensayar a volar juntos tras del gran amor que se esfumó en nuestro horizonte... Y he tenido miedo de que en mí se despertara otro amor... En mi Santuario estaba El..., ¡sólo El!... ¿Cómo era posible que otra imagen se pusiera ante la suya?... ¿Que la mirada divina suya, aquella última de sus ojos garzos, se perdiera tras de otra mirada? ¿Que el roce de sus brazos alrededor de mi cuello en su última despedida, se borrase con el roce de otro abrazo?... ¡Oh nunca!..., ¡nunca podría ser!...

¡Ay de mí!... ¡Soy muy ignorante!... No veo más allá de la sombra que proyecta mi cuerpo y todo lo materializo, lo empequeñezco, lo reduzco a granos de polvo, ¡menos aún!..., ¡a imperceptible ceniza! ¡Cuan necio soy! ¿Qué amor, qué mirada, qué abrazo podrá borrar el amor, la mirada y el abrazo del Hijo de Dios que al mirarme por última vez con sus ojos de carne, me enloquecí de ternura y de dolor y salí del Huerto de los Olivos corriendo como un loco que no sabe de dónde viene ni adonde va? ¡María!..., pequeña María!... ¡En esta noche tormentosa y oscura de mi vida, serás una estrellita misteriosa, blanca y pura como esta flor de la luna, que marcarás de nuevo mi senda con menudas chispitas de claridad y de luz!... ¡ Perdona a este infeliz ciego y egoísta que inconsciente de lo que es y de lo que tú eres, ha vivido sin vivir, acercándome y huyendo, temeroso de un fantasma irreal, midiendo el amor excelso del Hijo de Dios por mi propio amor pequeño, egoísta, incapaz de darse y pensando siempre en recibir!... ¡Oh, Maestro mío!... ¡Mi luz, mi guía, mi estrella polar en el mar desconocido de la vida!... ¡Tuviste para mí amor de preferencia y era de verdad el que menos lo merecía!.. ¡Han pasado diez años y aún no encontré el camino!... ¡Oh, Señor!... ¡Llévame de la mano hacia él y dame la fuerza necesaria para seguirlo sin miedo y sin vacilación!...

La luna menguante asomaba y se escondía entre las ramas rumorosas de los nogales y castaños. Y por fin desapareció tras del cedro gigantesco que poblaba de sombra el tranquilo huerto de la Casa de Nazareth. Juan miró por última vez la blanca flor silenciosa que tomaba relieves de nácar en la delicada penumbra que dejó la luna menguante al esconderse en el horizonte. Y en profundo silencio desapareció por la puerta entornada de su alcoba solitaria.

A la segunda hora de la mañana siguiente Juan y Leandro se encaminaban hacia aquella casa de campo de Eleazar el fariseo, donde años atrás fuera invitado el Divino Maestro a una reunión de hombres de letras y de leyes, rabinos ilustres en el país que por diversas causas se hallaban de paso en aquel lugar de descanso. El Maestro había concurrido con sus Doce íntimos y Juan lo recordaba muy bien. Nuestros lectores de Arpas Eternas lo recordarán también, porque los discursos, las polémicas filosóficas, morales o teológicas fueron

www.formarse.com.ar

interrumpidos por la aparición de una mujer velada que llevaba un pebetero encendido quemando incienso y una redoma de esencias con que ungió reverente al Señor.

En esta casa de campo se hallaban hospedados desde hacía tiempo, la familia de Bethania, o sea Lázaro con su esposa Martha y su joven hermana María. Las inquietudes y los terroríficos aires de Judea que ardían como un volcán les habían obligado a tal determinación. La esposa de Eleázar era hermana de Martha y coheredera con ella del hermoso dominio que en las cercanías de lo que fue la ciudad de Lazaron, se hallaba encerrado como un nido apacible entre cedros gigantescos, nogales y cerezos.

Eleázar no era ya más el rigorista fariseo de antaño. La lección del Cristo Ungido de Jehová recibida aquel día de santa memoria, lo había transformado en ferviente discípulo suyo. Sus tres hijas habían ingresado al grado primero de la fraternidad Esenia y con la "pequeña María" al lado hicieron gran-des progresos en la suave doctrina de amor del Divino Maestro.

Esbozado ligeramente el escenario y los personajes, sigamos a Leandro y Juan cuando entran a la casa de campo, por la gran avenida de nogales y cerezos que terminaba en una glorieta o kiosco de rosas té, de exhuberancia maravillosa, donde las cuatro doncellas se entretenían en confeccionar ropas de abrigo para ancianos y niños pobres que lo esperaban seguramente en el próximo invierno.

— ¡Joanín!... ¡Joanín!... —resonó como una nota de clarín repetida cuatro veces.

—Creí que no te veríamos más —dijo una de ellas, la más pequeña de estatura, la de los ojos oscuros y de dulce mirar, la que tenía en su frente transparencia de lirio y en su palabra, suavidades de arrullo. Era María, llamada la *pequeña María* para distinguirla de todas las que llevaban su mismo nombre.

Leandro, el psicólogo Leandro, iba *decidido* a observar con el solo fin de poder ser útil a Juan en la transformación que deseaba. Su pesimismo, su desaliento, su lenta agonía, el ex sacerdote de Osiris quería transformarlos en iluminado optimismo, en actividad, en vida, en florecimiento de fe, de esperanza y de amor.

¿No había florecido como un rosal en primavera su propia alma hecha piedra por largos años de vivir ahogando todas las emociones; acallando todas las voces íntimas de la naturaleza afectiva, estrujándose el corazón y quemándolo como se quema una raíz viva y lozana hasta convertirla en ceniza?

Y, ¿cómo y por qué había florecido? Porque un apóstol del Cristo del amor le hizo sentir su amor; porque encontró en su camino a Thabita, un retoño del gran amor de su juventud, porque huérfana y sola rodando por el mundo como un guijarro en una cantera, había encontrado el amor de un extranjero que cobijara su desamparada soledad. Y su dormido pero no muerto corazón se despertó lentamente y vio que había alguien en el mundo a quien debía amor, solicitud, protección y ternura.

¿No había florecido el corazón del apóstol Zebeo helado como las arenas de las orillas del Nilo por donde vagaba con inciertos pasos, cuando encontró a Petiko, el niño mendigo que le ofreció su botecillo porque hacía dos días que no comía?

¡Oh!.. Leandro conocía fibra por fibra el corazón humano a través de su propio corazón, y sabía muy bien que un corazón casi muerto revive al contacto de otro corazón que sufre, que espera, que vive en la desolada agonía de no tener quién le ame ni a quién amar.

Y esperaba hacer revivir en el corazón de Juan, en el cual adivinaba tesoros maravillosos, manantiales inagotables de inteligencia, de amor, de desinterés, de extraordinaria sensibilidad, cualidades todas que harían de él un arpa eólica de la Suprema Inteligencia.

Juan hizo las presentaciones usuales del amigo de Zebeo que venía a Palestina como portador de afectos, de ofrecimientos, de todo cuanto guardaba de grande y bello el alma noble del hermano ausente.

Y Leandro hizo un relato conciso de la obra del Apóstol en los diez años que había pasado en las tierras del Nilo.

Martha y Lázaro acudieron a escucharle; Eleázar y su esposa, llegaron después. Todos conocían y recordaban a Zebeo y todos repetían lo mismo:

— ¡Quién hubiera sospechado en Zebeo tal capacidad, decisión y energía! ¡El, que elegía siempre el último lugar y las pequeñas ocupaciones!...

Todos escuchaban atentos, pero sólo la pequeña María dijo al final con la vocecita dulce que temblaba de emoción:

— ¡Qué buenos serán Petiko y Thabita cuando nuestro Divino Maestro les ha elegido para hacer florecer les corazones muertos!... Yo le pedía el poder de hacer revivir un corazón muerto también, ¡pero hasta hoy no lo he conseguido! —y sus dulces ojos cristalizados de llanto miraron largamente a Juan.

www.formarse.com.ar

Leandro le miró también y debió ir un dardo de fuego en su mirada envolviendo a los dos en una cálida onda que hubiera podido quemar las piedras.

Juan, que estaba cerca de María, le dijo, casi alegremente:

—Lo has dicho por mí y lo he comprendido bien. Pero creo que anoche he vuelto a la vida desde el país de las sombras, en el cual has sido tú como Petiko y Thabita a la vez.

—Si lo que dices es verdad, doy gracias mil al Maestro perqué quiso escuchar mi ruego —respondió la joven bajando los ojos a su labor para disimular las gotas de llanto que habían humedecido la palidez de su rostro.

— ¿Has visto algo Leandro bajo esta glorieta de rosas té? —preguntóle Juan a media voz entre el murmullo de comentarios que todos hacían.

—Sí, amigo mío..., he visto una estrellita radiante que el Cristo del amor encendió hace tiempo para ti y que tus ojos cerrados no vieron nunca hasta hoy.

Hubo de ser un poema grandioso y sublime, la afinidad de las almas de Juan y de la pequeña María. ¡Qué explosiones de luz, de amor y de armonías divinas se hubieran producido desde años atrás si Juan hubiera escuchado el cantar de la alondra en su huerto interior!

—Las palabras iluminadas del Profeta Isaías que tanto usaba en sus discursos el Divino Maestro, se cumplen casi sin excepción en todas las almas que buscan la vida espiritual —dijo Eleázar—.

"Los caminos de los hombres —dice Jehová— *no son mis caminos, ni sus pensamientos son mis pensamientos."* Y así no debe extrañarnos que Juan haya tardado en encontrar el camino de Jehová y en sentir su pensamiento.

Se leyeron allí mismo las epístolas de Zebeo que levantaron un revuelo como si un centenar de palomas hubieran aleteado bajo el rosal en flor que sombrea la glorieta.

—Nos pide que vayamos a su lado, que allí florece el amor y la paz —decía Martha entusiasmada, pensando en la hosca tempestad de sangre y odios, de espionaje y delaciones que tronaba en Judea de donde tuvieron ellos que huir para no morir de terror y de angustia. Todos exponían sus puntos de vista esperanzados en aquel lejano país donde Matheo y Zebeo llevaban en alto su divino ideal como un glorioso pabellón de fe, de esperanza y de amor.

La única que callaba era la pequeña María que continuaba haciendo pasar la aguja en la blanca camisita para niño que atentamente cosía.

Juan se acercó a su lado y le preguntó:

— ¿Qué dices tú a todo esto? ¿Te gustaría que fuéramos a la tierra del Príncipe Melchor y del Maestro Filón..., donde vive Zebeo con Petiko y Thabita?

Ella prendió la aguja en su costura y se quedó pensativa.

—Yo soy endeble y delicada —dijo— y no sé si el cambio de clima apresuraría lo que creo que debe suceder pronto.

Leandro que no la perdía de vista, se acercó también, y todos los demás que conocían el temperamento neurótico de la joven y su permanente deseo de morir, se alejaron con un pretexto u otro para dejarla a solas con Juan y con Leandro. Habían comprendido que el visitante sabía mucho, y María y Juan eran dos claveles del aire que habían desfallecido en la furia del huracán que les azotaba a todos desde la muerte del Justo.

Aquel hombre sabio conocedor de todas las enfermedades del alma, podría curar aquellos dos corazones agonizantes.

Ambos vivían pensando y deseando terminar la vida que para ellos no tenía razón de ser. Suprasensibles Juan y María, habían soportado un dolor mucho mayor que su capacidad de sufrimiento y una inmensa desesperanza, como un otoño prematuro y áspero les había sacudido cruelmente arrebatándoles hasta la última flor de esperanza y de fe en el porvenir.

Si el Maestro con todos los poderes y la grandeza divina de Mesías Ungido de Dios no había establecido su Reino a la faz de todo el mundo, ¿qué podían hacer ellos, aunque llenos de amor por El, desprovistos de todo aquello que superabundaba en el Verbo Eterno de Dios?

Tal era el pensamiento de Juan, en el cual se habían estrellado todos los optimismos que los amigos y compañeros quisieron despertar en él.

LAS ROSAS SE VAN...

Leandro se sentó junto a la joven, mientras Juan levantaba algunas lacias ramas del rosal que, demasiado bajas, interceptaban el paso.

Eran las últimas rosas, que al despedirse de su efímera vida de solo una breve temporada, parecían esforzarse en dar de sí, en belleza y perfumes cuanto era capaz su débil y fugaz existencia.

—Las rosas se van —pensó Juan —y las espinas quedan. Habría que encontrar el modo de que las rosas se quedaran siempre y que las espinas no fueran tan agudas —y mientras así pensaba cortó algunas que empezaban a abrirse y las dejó en silencio sobre la costura que estaba en las rodillas de María.

—Las rosas —dijo— se parecen a la vida... Tienen prisa de vivir y se van, mientras nos dejan las espinas, que no se van nunca. ¿Por qué ha de ser esto así?

—Amigo mío, tedas las vidas, ya sean vegetales, animales o humanas tienen el mismo camino para recorrer. Las rosas se van cuando han cumplido su etapa de existencia, pero ellas volverán en la próxima primavera y en este mismo lugar si no viene una mano criminal que corte el rosal 3 ras de tierra y queme luego sus raíces.

Tal como la Psiquis humana, la divina chispa que se enciende y se apaga, para aparecer de nuevo acaso en el mismo lugar donde se extinguió la vez anterior o en otro elegido a su gusto u ordenado por un designio superior.

Leandro, al hablar así, pensaba intensamente en que María comprendiera que tanto él como Juan estaban haciendo un símil entre la vida fugaz de las rosas y la vida de ella misma, que sólo por un esfuerzo grande de su voluntad podía hacerse más duradera.

El joven apóstol se sentó también junto a la joven y Leandro inició la conversación suavemente buscando hacer vibrar las cuerdas sutiles de la simpatía entre los tres como medio de hacer reaccionar a Juan y de despertar en María el deseo de vivir.

— ¿Se puede saber, niña, por qué has dicho que el clima de África podría apresurar lo que según tu creencia *debe suceder pronto?*

Si merezco tu confianza, te pregunto de nuevo ¿qué es *lo que debe suceder?*

—Desde que se fue el Señor a su Reino tengo la idea de que lo seguiré pronto y así se lo ruego todos los días— contestó dulcemente María.

—Y, ¿por qué tu deseo de abandonar la vida física en la cual puedes tener su augusta presencia en cada momento que tu amor le llame? —volvió a preguntar Leandro.

— ¡Oh, Señor! —exclamó la joven—, tu pregunta es difícil de contestar y a más muy larga! ¿Qué interés hay en ello?

— ¡Mucho interés, María! —Intervino Juan—. ¿Yo no valgo nada para ti?

—Vales mucho Johanín, pero si ves que en diez años nada he podido hacer por ti ¿se puede esperar que lo haré en adelante?

— ¿Y por qué no? —Preguntó Leandro—. ¿Acaso hay un plazo fijo para realizar nuestras obras en beneficio de nuestro prójimo?

Juan se ha encerrado, a mi modo de ver, en un círculo estrecho y equivocado: su incapacidad para realizar ninguna obra digna de su Maestro. ¿Es así amigo mío?

—Es así —contestó Juan— y sigue siendo así.

—Según eso —observó Leandro— tendremos que convenir en que el excelso Maestro, Instructor de la Humanidad, Enviado del Altísimo, *se equivocó* al elegirte como su apóstol y así mismo, al elegir a los demás. ¿Te parece que en buena lógica, podemos aceptar esa idea? ¿Podemos pensar ni por un momento que sea posible una equivocación semejante en una Inteligencia llegada a la perfección y ya en la antesala de la Divinidad misma?

— ¡Es verdad —dijo Juan—. No había pensado el asunto bajo ese aspecto. Y no sé cómo hermanar la elección hecha por el Maestro, con la completa nulidad que encuentro en mi mismo.

—Trataré de explicártelo yo —dijo Leandro—. Estoy enterado por Zeheo que el Maestro les repetía en los últimos días de su vida: *"Velad y orad para no caer en la tentación, porque el espíritu pronto está, pero la materia es débil y produce oscuridad."*

El Maestro no hablaba seguramente de que la tentación se os presentara como incitación al homicidio, al robo, a la lujuria, a la blasfemia, porque conociéndoos como os conocía, no podía temer nada de eso en

www.formarse.com.ar

vosotros. Entonces. ¡Cuál podía ser la tentación de que El quería prevenirnos? Seguramente la que ha hecho presa de ti, Juan, amigo mío: el desaliento, el pesimismo, la falta absoluta de fe en ti mismo que, al desaparecer de tu horizonte la estrella radiante que deslumbrado seguías, te hundiste en la sombra y nada hiciste para salir de ella. Creíste que tu vida había perdido su objeto y su fin con su partida. El dolor de perderlo, de no tenerlo a tu lado, de no oír su palabra, de no convivir con él, anuló en ti todo razonamiento lógico y hasta borró el recuerdo de sus enseñanzas y de las promesas solemnes pedidas por El y otórgalas por vosotros para los veinte siglos que os esperaban y en los cuales y mediante vuestra capacidad y vuestro esfuerzo quedaría establecido su reinado de amor fraterno sobre la tierra. Tu amor hacia El, demasiado humano, tenía mucho de egoísmo como todo amor humano, en el cual entra por mitad o más aún, el *vivo deseo de posesión.* Lo querías y considerabas *tuyo* al Divino Maestro; *tuyo* para amarlo, para servirlo, para correr tras de él como el niño que habiendo encontrado en sus andanzas por la pradera un ave del paraíso, la cree suya, completamente suya y pone su esfuerzo, su vida teda en complacerle, en agradarle, en hacerse indispensable, digámoslo así, para aquel ser cuya posesión completa es la suprema aspiración que le mueve. Esta era la tentación de la que os prevenía el Divino Maestro.

¡Pobre amigo mío! No sola tú caíste vencido por ella. Zebeo hubo de raer también, pero él tuvo la suerte de encontrar en las orillas del Nilo un pobrecito niño mendigo que vestía de harapos, que estaba solo en el mundo y tenía hambre!... ¡Y Zebeo, creyendo como tú que su vida era inútil y que no tenía capacidad alguna, sintió en su alma y en su carne el dolor desesperado de aquel abandono, de aquella orfandad y reaccionó, y quiso vivir para el niño mendigo, solo, desnudo y hambriento! Aún estás a tiempo de anudar el hilo de tu vida y devanar de nuevo la madeja, si en verdad quieres cumplir noblemente los pactos con el Ungido de Dios para esta etapa de tu vida terrestre.

¿Quieres partir conmigo hacia Alejandría?

Se hizo un breve silencio durante el cual Juan buscó los ojos de María.

Pero ella no recibió esa mirada porque la tenía fija en las rosas a medio abrir que estaban entre sus manos. Parecían absorberle toda su atención, aunque en realidad era el pretexto para ocultar más fácilmente sus emociones y sus pensamientos. Leandro comprendió el silencio de ambos jóvenes y añadió:

—Todo se puede arreglar maravillosamente. María podía venir también y si quieren sus familiares, lo mismo, pues el anciano Simónides me ha dicho que podrá uno de los barcos de la flota que administra a disposición de los súbditos del Rey de Israel que por una causa u otra quieran alejarse del país.

— ¿Iremos, María? —preguntó Juan tímidamente.

—Si yo no voy, ¿tú no vas? —preguntó ella levantando por fin sus ojos de las rosas que acariciaba.

—Creo que no —dijo Juan.

— ¿Por qué?

—No sabría de cierto por qué. Me asalta el temor de que te vayas como se van las rosas en el otoño y que cuando yo vuelva, sólo encuentre las espinas punzantes y resecas.

— ¡Señor!... —dijo ella prontamente dirigiéndose a Leandro—, ¿crees que en aquel país el alma de Juan revivirá de nuevo para ser un verdadero Apóstol del Divino Maestro?

—Sí, niña, lo creo.

—Entonces iré —dijo ella con gran firmeza.

— ¡Oh! —exclamó Leandro con una mirada de triunfo—. Las rosas se van en el otoño, pero vuelven en la primavera. Las almas tienen su triste otoño que las deshoja y su helado invierno que las consume y las seca, pero reviven de nuevo cuando el agua clara de la esperanza y el calor suave del amor hace circular savia desde el fondo de la tierra que sepulta su raíz hasta la más grácil ramilla que se balancea en el espacio.

— ¿Y ya no temes que te haga daño aquel clima? —volvió a preguntar Juan.

—Yo no pienso en mí, sino en ti Juan —dijo la niña—. El Apóstol de Cristo eres tú y no yo. Y siempre he creído que el objeto de mi vida era ayudarte a cumplir tu deber como Apóstol del Maestro y si acompañándote a ese viaje, he de servir a ese fin, iré, claro que iré. Será una pequeña colaboración mía en su obra de Salvador de los hombres.

Juan y Leandro estrecharon con efusión aquellas manos pequeñas y lacias que acariciaban las rosas a medio abrir, y cosían ropas de abrigo para los niños huérfanos y los ancianos desamparados.

¡Qué bella les aparecía la pequeña María, débil, neurótica, transparente y capaz de aquella grande y firme resolución!

www.formarse.com.ar

Leandro quiso hablar de inmediato con los jefes de familia y viendo a Lázaro y Eleázar en la columnata que rodeaba la casa fue hacia ellos a exponerles la situación.

Quedémonos, lector amigo, junto a Juan y María y estudiemos en los corazones de ellos nuestro propio corazón, que de seguro encontraremos puntos de contacto que nos harán ver cómo obra el amor verdadero, y la enorme diferencia que hay entre un amor pasional, grosero y rudo, llamarada que se enciende como un volcán y se apaga en cenizas, y un amor radiante y soberano como el lucero de la mañana que nunca se extingue en nuestro cielo, y que viene a ser estrella polar en la vida, en la muerte y más allá de la muerte!...

— ¡María!... Tú tienes un alma grande y fuerte en ese cuerpo tan débil y pequeño, y te creo capaz de perdonar. ¿Es así?

—Si mi alma es grande o pequeño no lo sé Juan, ni me he detenido nunca a pensarlo; pero capaz de perdonar sí sé que soy. Y me adelanto a decirte que ya sé quién es el que debe ser perdonado... —Y al decir así, la joven miró a Juan con una larga y tierna mirada...

—Sí, María, soy yo. ¿Quién otro podría ser? Yo soy el único que he sido capaz de hacerte sufrir con mi desaliento, con mi pesimismo y desgano de todas las cosas. No tenía más con quien desahogar mi pena que contigo, María, y fuiste tú sola la que bebiste toda la hiel que había en mi corazón.

No podía dársela a beber a mi madre, cuyo corazón estaba herido de muerte. No puedo tampoco dársela a beber a la augusta Madre de mi Maestro, porque si soy incapaz de consolarla, no debo aumentar su angustia más grande que todos nuestros dolores juntos. Y vivo disimulando ante ella el veneno que me roe el corazón.

—Pero a Ella no la engañas ni la has engañado nunca; tenlo por seguro, Juan. ¡Cuántas veces ella me ha dicho!: "Entre las tres Marías, la de Mágdalo, la de Bethania y la de Nazareth, tenemos que curar la pobre alma de nuestro Jhoanín que amenaza volar antes de su hora"...

No una sola vez... varias veces.

— ¿Eso te dijo la Madre?... ¿Eso te dijo?... —preguntó Juan alarmado.

Creí que ella no se daba cuenta de mi estado interior aunque muchas veces me sorprendió llorando en mi alcoba...

— Juan! tú olvidas que estuviste con fiebre, con delirios, con una terrible crisis que hacia temer a todos la pérdida de la razón y hasta la vida... Tu pobre madre que descansa en paz lo refería a todos.

Sabíamos que te querías arrojar al mar con una piedra atada a los pies, y cuando te ibas a pescar, nunca te dejaban solo... ¡Oh Juan!... nos has hecho padecer a todos, pero yo sé que todos te perdonamos porque el motivo de tu incurable dolor, lo llevamos todos como una herida que no se puede curar.

—Me avergüenza pensarlo —dijo él a media voz—. ¿Por qué María, por qué he sido yo el más débil e incapaz de todos? Hasta tú que eres endeble y delicada como un clavel del aire, has tenido fuerzas para soportar la suprema angustia de verle morir...

—Oye Juan: En los dolores irreparables, siempre hay un rayito de luz que alumbra nuestras tinieblas...

—Para mí no hubo rayito alguno —interrumpió Juan.

—Déjame hablar... No lo quisiste encontrar debes decir, pues el rayo de luz vino para todos seguramente porque nuestro Maestro no podía hacer injusticia alguna. Si hasta vino el rayo de luz para Judas que estaba enloquecido de horror y de espanto de él mismo ¿cómo no había de venir para ti? Lo que pasó en ti fue lo siguiente: te encerraste en un aislamiento y soledad sin querer hablar con nadie ni recibir consuelo de nadie. Recién ahora empiezas a ocuparte de aliviar el dolor, del prójimo y debido a eso comienzas a reaccionar.

¿No recuerdas la despedida del Maestro y lo que nos dijo y prometió esa noche fatal y gloriosa al mismo tiempo? “Si amáis como yo os amo, el Padre y Yo vendremos a vosotros y haremos nuestra morada en vuestro corazón”. ¿Cómo podría cumplirse en ti esa divina promesa, si te encerraste en ti mismo y no querías saber nada de nadie, ni te importaba de nadie más que de tu propio dolor?

Lázaro y Martha se ocuparon tanto y tanto de mí que me hicieron revivir en los tres años que viví en agonía porque mi corazón no quería seguir latiendo. Estuve como muerta dos días, hasta que el dolor de Lázaro y Martha conmovió al Señor que me mandó de vuelta a la vida por otros años más. Y la clara visión de esos dos días, ¡no se me olvidará nunca! Es por eso Juan... querido Juan que tengo prisa que tu alma reaccione, tienda de nuevo sus alas y vuele por el mundo despertando a todas aquellas almas que fueron encomendadas al Maestro y que El debe salvar.

¿No nos dijo El que a cada uno nos dejaba una porción de almas para salvar? Y la porción tuya Juan ¿dónde está? ¡Ni siquiera te has ocupado de encontrarla!

www.formarse.com.ar

—Tus palabras María van cayendo en mi espíritu como los pétalos de estas rosas que se van y aunque caen suaves y sin ruido pareciera que me obligan a despertar para recogerlas y guardarlas...

¿No sabes cuánto bien me hace escucharte!... Estás pensando que antes no deseaba escucharte.

—Hace rato que he pensado en eso Juan y ¡lo pensé tantas veces!...

—Déjame decirte toda la historia de mi tragedia íntima y verás María, como en el fondo de un pozo de agua, donde había lodo y sangre en vez de agua. Y así estaba mi alma sin poder salir de ese abismo.

¿Cómo caí en él? Ya lo verás. La noche de la tragedia en el Huerto de Getsemaní sufrí la más horrible sorpresa. El ver a Judas guiando a los que venían a prender al Maestro fue una espantosa revelación que me aturdió casi hasta hacerme perder el sentido... ¡Cielos! ¡Tal infamia en uno de sus Doce! ¡No podía creerlo!... Sentí a Pedro y Tomás gritar coléricos, choque de espadas y de lanzas, el Maestro atado y llevado rápidamente. Y nosotros como un montón dé corderos asustados, mirando su blanca silueta que se perdía a lo lejos. Después el correr enloquecidos, sin saber a dónde, sin rumbo fijo como infelices chicuelos sorprendidos por una piara de lobos...

Nos perdimos de vista unos a otros, nos buscábamos y ninguno se encontraba... ¿qué se hizo de la gran unión y compañerismo que habíamos tenido durante más de tres años de convivir en torno al Maestro?

Éramos doce hombres robustos, sanos, fuertes, algunos jóvenes y ninguno viejo incapacitado para la defensa. Y los doce fuimos cobardes, incapaces, inútiles!... i y le dejamos maniatar y llevar al presidio, y cargar con su propio patíbulo, y levantarle sobre él, y morir como un malhechor!... Vi como el Príncipe Judá y el Hach-Ben-Faqui, le defendieron de la turba de esclavos y bandoleros soeces que querían escupirle y apedrearle en el camino hacia el Calvario... y que el africano cargaba con la cruz para aliviarle a El que se doblaba bajo su peso!... ¡Ellos no eran de los Doce! ¡Y nosotros!... ¿qué hacíamos nosotros?... María ¿qué hacíamos? ¡Mirarle de lejos como embrutecidos por el miedo, por el susto, por el espanto!... ¡Hasta vosotras las mujeres llorando, desmayándose, agonizando de angustia llegasteis hasta el pié de su patíbulo, y recibisteis las lágrimas que caían de sus ojos y la sangre que manaba de sus manos y pies!... El Scheiff Hilderín desbandaba al populacho a empellones con su caballo, la Druidesa gala les aterrorizaba con las llamaradas rojas de cien fuegos que encendía en los barrancos... y sus Doce... sus íntimos, sus elegidos para continuar su obra redentora del mundo... ¿qué hacíamos... dónde estábamos? ¡Santo cielo! ¡Judas le había entregado... Pedro le había negado!... y todos por fin, entre los barrancos y abrojales del monte, como gamos asustados, no fuimos capaces de hacer nada por El en aquella hora suprema de su dolor!...

¿Cómo no había de aplastarme María la convicción profunda de mi incapacidad, de mi nulidad, de mi torpeza, de mi absoluta *nada* puesto que nada era capaz de hacer?

Cuando El era ya muerto y el monte quedó vacío... aparecimos para ayudar a sepultarle... a gemir sobre su cadáver, a transportarle a la gruta que sería su sepulcro... Todo este desfile trágico de escenas, de sucesos, de personajes, fue pasando lentamente como las "perlas Negras engarzadas en mi collar de recuerdos, y fue agrandándose día a día el negro abismo de la propia miseria y debilidad hasta el punto de dejarme reducido a un muerto que anda...

Si a todo esto añadimos el terrible interrogante que me hice la misma noche en que sepultaron al Señor: ¿Es esto el glorioso Reino de Dios que se iba a establecer en el mundo? ¡Creo que hay causa más que suficiente para que un corazón de veinte años se destrozara a pedazos, y el más negro pesimismo hiciera presa de mí!...

Se hizo entre ambos un penoso silencio. María lo rompió por fin.

—Comprendo bien todo esto Juan y desde el principio lo había comprendido, a través de mi propio corazón. Y estoy segura que todos, quién más quién menos, hemos pasado por parecidas luchas, dudas y terribles estados dé ánimo en general. Pero todos los demás han reaccionado hasta encontrar el camino elegido para desenvolver sus actividades como misioneros de Cristo... Hasta Judas... ¡pobre Judas!... *"ha* encontrado el modo de castigar su delito de ambición y deseos de grandeza, haciéndoles de criado a los leprosos de las grutas, y disputándoles a los perros hambrientos los cadáveres de los ajusticiados, recogiéndoles del muladar para darles tranquila sepultura!...

— ¿Cómo has llegado a conocer eso María ?...

—Pedro nos lo dijo en Bethania. Ha hecho más todavía: ha excavado debajo de su cabaña de piedra en Haceldama y ha formado una cripta con salida a unos barrancos inaccesibles, y en ella alimenta y oculta a los perseguidos y condenados a muerte, en memoria de su Maestro al cual entregó a la muerte, creyendo que lo entregaba para hacerlo Rey de Israel.

www.formarse.com.ar

También para Judas, las rosas se van y sólo quedan las espinas Para Zebeo lo mismo. Para Matheo igual... Santiago tu hermano regó con su propia sangre el rosal del Maestro. Breve fue su camino y trágico y sangriento su fin... pero lo había encontrado y lo seguía valientemente...

—Solo falta que me digas María, que soy yo solo el retardado, que solo yo no trato de borrar mi nulidad de ayer con mi capacidad presente...

—Te lo digo Juan, es cierto. No te ofendas por mi franqueza... Dime ¿te importa que yo viva unos años más?... —Y los dulces ojos oscuros de la joven se clavaron fijos en el rostro de Juan.

—Sí... María... ¡me importa mucho!... ¡no quiero que te vayas detrás del Maestro y me dejes solo!... ¡Nos iremos juntos cuando suene la hora! ¡Ahora no por favor!... ¡Tengo que encontrar mi camino antes que las últimas rosas se vayan!...

María contempló un momento el frondoso rosal que cubría la glorieta y llegaba hasta el suelo cubierto de césped...

— ¡Aún hay muchos capullos sin abrir!... —murmuró como hablando consigo misma—. Tienes tiempo Juan si comienzas hoy mismo.

— ¡Pues ya comienzo!... ¿Quieres ir conmigo junto a Zebeo?...

—Si la Madre te deja partir y Lázaro me lo permite a mí, ¡quiero ir a aquel país donde espero que dejes de ser cobarde!...

— ¡María! ... ¡qué dura es tu palabra y que merecida la tengo!...

—El conocer lo poco que somos es el primer paso para llegar a ser algo —dijo Leandro presentándose de improviso en la glorieta—. He conseguido arreglar magníficamente vuestra excursión al país del Nilo.

Conformidad absoluta en todos. Lázaro, Martha y María. Eleázar con su esposa y sus tres hijas. Y como aún me falta visitar al tapicero Hanani y al Castillo de Mágdalo, acaso se aumenten los viajeros y las golondrinas galileas emigren juntas en bandada a la tierra de los Faraones.

Aquí ya lo has dicho Juan las rosas se van con el otoño, pero en el Lago Merik las rosas de Ipsambul viven hasta en el invierno...

Juan comprendió el símil que hacía Leandro entre la vida de las rosas y la vida de María, y contestó con tristeza:

—Iremos allá donde las rosas viven más largo tiempo.

María lo había comprendido también, y para ocultar sus pensamientos miraba fijamente las rosas a medio abrir que tenía entre sus manos... Por fin dijo con su vocecita apagada:

—Que las rosas se vayan o se queden, no es de gran importancia. Lo que sí importa mucho Juan es que el rosal interior de un Apóstol de Cristo florezca siempre... ¡siempre... sin marchitarse jamás!

GOLONDRINAS GALILEAS EMIGRAN

En la apacible tarde de aquel otoño de Nazareth, Juan se acercó a Myriam que a la sombra de los nogales tejía calzas de lana hilada y teñida por ella. Se sentó a su lado y le dijo:

—Madre buena... ¿me permites ir por un tiempo a Alejandría con nuestro hermano Zebeo?

Ella le miró sonriente antes de contestarle.

—La avecilla agonizante revive y quiere tender el vuelo —dijo dejando en sus rodillas el tejido, dispuesta a la conversación iniciada por Juan.

— ¡Sí Madre!... Parece que mi alma revive como si nuestro Señor estuviera haciendo conmigo igual que con los inválidos a los que decía: *"¡Levántate y anda!"*

— ¡No lo dudes hijo mío! El estará haciendo contigo tal como dices. Y no sé Juan como tardaste tanto en sentir la fuerza de su amor impulsándote a vivir. Has pasado diez años como en un sepulcro, y no sabes cuánto he rogado a El para que te volviera a la \ida como hizo con el hijo de Mirina la viuda de Naim.

Y si este viaje que proyectas ha de ser para una reacción completa, claro está que mi corazón te deja partir, pues me imagino que ha sonado para ti el *"Levántate y anda"* con que mi Hijo hacía andar a los que vivían tendidos en una piel de cabra o en una silla de ruedas.

—Irá también Lázaro con Martha y María, y no sé si algunos más... Esperamos ver allí también a Matheo que hay noticia de que vuelve de Etiopía y se ha detenido en Ipsambul desde donde subirá hasta Alejandría.

www.formarse.com.ar

¡Madre!...; Tú no querrías ir también allá El viaje es corto y no ofrece peligro alguno. Nuestro gran amigo Simónides nos pone un barco a disposición.

— ¡Oh no, Juan... eso no! Os veo contenta correr vosotros por todo el mundo, pues El lo quería así; pero yo hijo mío... yo soy como la vieja lámpara de este hogar que fue su hogar, y donde El me dejó, quiero vivir y apagarme aquí mismo, como se apaga una luz que ha consumido todo el aceite. Podéis ir todos muy tranquilos que cuando volváis, aquí mismo me encontraréis. Mi Jhosep me ha dicho en sueños que él está encargado de avisarme cuando se acerque la hora de la partida, para que tornéis todos a mi lado a despedirme... No es todavía hijo, no te alarmes... Aún encenderé muchas veces la lámpara que alumbra el camino por donde siempre le espera mi corazón aún sabiendo que no vendrá... Mi gozo es hacerle ver que le espero... ¡que le espero siempre!

—Aunque es verdad que he estado como un muerto que anda, no olvido Madre mi promesa de vivir en tu hogar hasta el último día de tu vida en la tierra. Es lo único que estoy seguro de cumplir. Iré a Alejandría y volveré a tu lado, no para aumentar tu pena como hasta ahora, sino para ser tu fortaleza y tu alegría en los últimos años de tu vida.

Y cuando vueles al Reino de Dios... ¡Oh Madre!...

—No me iré Jhoanín... pequeño Jhoanín hasta que te vea fuerte y seguro en tu camino de Apóstol del Verbo de Dios... Me parece verte aún el día que llegaste a la vida en el ruinoso Santuario de Silos hace treinta y un años. ¡Quién nos había de decir Jhoanín en aquel entonces que todos los que estaban con nosotros, habían de partir al eterno descanso dejándonos en soledad a ti y a mí a llorar juntos la larga ausencia de los amados!

¿Cómo había yo de pensar que ese chiquitín rubio que nacía en las ruinas del viejo Santuario de las glorias de Samuel, sería un día mi compañero de soledad?

Te doy pues mi permiso y mandaré contigo grandes bendiciones para los hijos ausentes tan amados de El... y también de mi corazón, Matheo y Zebeo, a quienes mi Hijo gustaba de llamarles *Leví y Nathaniel,* rememorando los nombres de sus padres que fueron tan siervos de Dios y del prójimo. Ambos habían sido Terapeutas Esenios del Tabor, hasta que ya en la edad madura tomaron esposas elegidas entre las doncellas coristas del Santuario.

—Parece que en el país del Nilo les conocen por Zebeo y Matheo de Palestina simplemente y los creen hermanos consanguíneos— añadió Juan.

La aparición de Jaime y Leandro acompañados de Lázaro interrumpió la conversación.

—La paz sea con vosotros —dijo Lázaro—. Madre Myriam parece que volamos lejos...

—Ya lo sé y estoy contenta de ello; ¿sabes por qué?

—Todos sabemos por qué —contestó Jaime—. Los pajarillos débiles se agostan en nuestra tierra y bueno es que busquen climas serenos.

—Es verdad —afirmó Lazare—. Nuestra pequeña María no recobra fuerzas Este hermano extranjero cree que viendo otros horizontes volvería a ella el deseo de vivir con lo cual ganaría mucho su organismo físico. Y vamos a probar.

—Está bien pensado —dijo Myriam—. Es indudable que hay un penoso ambiente de tristeza en nuestra tierra que se hace más y más notorio cada día. Las llamas del odio encendido en el Templo que fue siempre Santuario de consolación y de paz para todo buen israelita, no puede menos que extender sus reflejos por todo país. Nuestro santo Templo se ha convertido en cámara de torturas y de muerte. Es espantoso pensarlo, las santas viudas y las vírgenes han huido espantadas desde la retirada de los Sacerdotes que eran Esenios. Una de ellas originaria de Nazareth, ya anciana y que fue compañera mía en mi juventud lejana, vino a verme de paso a la Cabaña de las Abuelas en el Tabor donde se ha refugiado.

Ya no es sólo sangre de animales la que corre en el Santo Templo sino también de seres humanos.

Los sagrados claustros han sido manchados con sangre de hermanos. El odio ha separado a los que antes comían a la misma mesa. Desde que un vástago del viejo Heredes se apoderó del trono, estamos peor que con los gobernadores romanos. No se hacia que desventurado abismo corre este país.

—Nuestra Tierra de Promisión —añadió Jaime— se ha tornado en tierra de maldición.

—Hay una inexorable Ley de transformación evolutiva —dijo Leandro— y ella se cumple en los pueblos, en los países, en los continentes y en los mundos, como igualmente en los seres que los habitan.

A mi modo de ver, vuestro país está pasando por uno de esos estados. De aquí a tres días venerable señora partimos de vuestro país a las riberas del Nilo, donde por hoy se puede vivir en paz. Nos detendremos

www.formarse.com.ar

sólo un día en Jerusalén de visita despedida; y otro viajando a Joppe donde nos espera el barco que nos llevará al país de los Faraones.

—Todos estos que tú llevas de mi lado, son mis hijos —continuó Myriam— y me fueron dejados en herencia por ese gran Hijo que desapareció de nuestro horizonte como el sol se esfuma en el ocaso.

Espero que me los devolváis sanos y salvos, con las almas llenas de esperanza y de fe.

—Vuestras palabras son santas, y han de cumplirse en todo su alcance —le contestó Leandro.

Tenía él un documento firmado por el Albacea de Egipto, representante del Gobierno Romano y que estaba en buenas relaciones diplomáticas con Herodes Agripa. Esto y la secreta amistad que el oro de Simónides alimentaba con los funcionarios romanos de Jerusalén, daría a los viajeros todas tas facilidades necesarias para salir del país sin que nadie les molestara.

En esta reunión familiar estaban cuando llegó Boanerges, el joven trovador del Castillo de Mágdalo donde estuvieran Leandro y Ahmed el día anterior.

María les había recibido afablemente aunque el psicólogo Leandro descubrió en ella una angustiosa desolación interior que se transmitía viva y cortante como un puñal agudo que llevara clavado en el corazón.

En nombre de Zebeo le había manifestado su invitación para ir a Egipto si había de encontrar placer en ello; pero ella había rehusado salir de su retiro de Mágdalo.

—Aún es demasiado pronto para buscar una nueva vida en el olvido —había contestado ella—. Diríase que los grandes dolores celebran con el alma que los sufre un desposorio eterno que la sigue hasta más allá de la muerte.

El alma se resiste a todo consuelo y si alguno hay para ella es el de seguir padeciendo ese mismo dolor.

Un viaje a países desconocidos acaso me traería el olvido. Y mi corazón no quiere olvidar.

Buscando amenguar ese dolor que a Leandro le hacía daño, le había dicho que su gran amor a un ser que era un resplandor de la divinidad misma debía hacerle sentir su presencia en todo cuanto le rodeaba.

—"Esa divina presencia está en vos misma y encontrándola allí, como perpetua posesión vuestra, el alma se aquieta y no la busca más en el mundo exterior".

Pero aquella mujer había encontrado el supremo ideal de su amor en el Profeta Nazareno al que había ungido con perfumes y ofrecido el incienso ardiente de su adoración profunda, no había subido aún el sagrado altar de todas las renunciaciones, y no podía sentir en el fondo de su alma la invisible presencia de su amor Divinizado.

Era demasiado pronto aún para que ella comprendiera y sintiera, eternamente vivo, al ideal divino que la había hechizado.

Leandro comprendió perfectamente el estado de alma de aquella mujer y le dijo al despedirse de ella:

—"Las heridas de amor, solo las cura el amor. Seguid amándole señora y el amor le hará vivir para vos".

—Gracias —le contestó ella—, es eso lo único que comprendo.

Leandro había visitado también la casa de Hanani el tapicero y encontró duelo en la familia. Había fallecido su esposa y esto le traía complicaciones y problemas que hacían allí indispensable su presencia y que sólo él podía solucionar.

Dijimos que la reunión familiar en el huerto de Nazareth fue interrumpida por la llegada de Boanerges el trovador del Castillo de Mágdalo que solicitó hablar con el mensajero de Zebeo, Leandro de Caria. Este se levantó enseguida y le guió a la glorieta del rosal té que era como un santuario pequeño, con suaves penumbras y un cálido ambiente propicio a las confidencias.

—Yo parto contigo —fue la frase inicial del joven poeta y músico que durante tantos años hiciera con su lira y con sus versos el encanto espiritual del viejo castillo.

— ¡Muy bien amigo! Me place tu resolución —le contestó Leandro—. ¿Puedo saber a qué se debe el cambio de resolución? Ayer no estabas dispuesto a partir.

—Me dispuse anoche —contestó Boanerges—. La señora del Castillo ha tenido grandes bondades conmigo en los diez y seis años que he vivido allí, tal como si hubiera sido un hermano menor al cual debía ella protección y amparo. No podía dejarla sola con el inmenso dolor que va consumiendo su vida lentamente.

Es verdad que tiene amistades y servidumbre que la rodean con amor, pero mi laúd y mis canciones formaban parte de su vida solitaria, y no creí justo privarla de ese pobre consuelo por el placer mío de viajar al extranjero.

www.formarse.com.ar

Y me había resignado a seguir sufriendo la agonía de vivir tan cerca, viéndola todos los días y retorciendo mi corazón que se quejaba en lo hondo de mi pecho...

Pero ella misma me aconseja que parta contigo...

Leandro oyó, pensó y guardó un rato de silencio.

— ¿Puedo saber la edad que tienes?

—Veintinueve años, ¿qué falta hace saber la edad para viajar contigo?

—Para viajar, no hace falta, pero sí necesito saberlo para comprender lo que me acabas de decir —contestó Leandro-. Me has explicado las grandes bondades que tuvo para ti la castellana de Mágdalo, dándote el trato .de un hermano siendo que sólo eras un servidor... Luego añades que estabas resignado a continuar sufriendo el tormento de vivir a su lado, viéndola y debiendo retorcer tu corazón...

—Si ignorando tú mi tragedia interior, puedes aceptarme como compañero de viaje lo agradeceré inmensamente... Acaso un día... allá en tierra extranjera pueda confiarme a ti. En catorce años de guardar un secreto se ha hecho carne en mi corazón y no sale de allí con facilidad. Perdóname...

—Lo comprendo muy bien amigo, síguelo guardando hasta que tu joven corazón necesite descargarse de él; en mí tienes un amigo verdadero, y más aún; me atrevo a decir un hermano mayor.

Voy viendo que en esta tierra las almas son silenciosas, concentradas y calientes... muy valientes para la inmolación de sí mismas, para la renunciación, para el sacrificio... Acaso por esto, el Avatar Divino eligió esta tierra para vivir su vida de hombre.

—Traigo aquí el dinero para mi viaje —y alargó a Leandro un bolso pequeño de seda púrpura.

—Guárdate tu dinero, que el viaje de los súbditos del Rey de Israel, según el anciano Simónides, se carga al tesoro del Rey...

—La señora ofrece la carroza grande del Castillo porque sabe que viajan mujeres y entre ellas la pequeña María' que es muy delicada —dijo Boanerges.

—Es verdad y te ruego darle las gracias de mi parte y en nombre de iodos los viajeros.

—Así lo haré ¿cuando partimos de aquí?

—Mañana a la segunda hora, o sea antes del mediodía.

Se unieron a los demás viajeros bajo la sombra de los nogales y Boanerges dijo en alta voz:

—También yo doy un vuelo hacia el país del Nilo.

— ¿Tú ?... —interrogó la pequeña María—. ¡ Y lo dices casi llorando!.,.

—Es otra golondrina enferma que busca curarse en lejanos climas — dijo el tío Jaime mirando afectuosamente al joven.

— ¿Qué hará el Castillo de Mágdalo sin trovador? —preguntó tiernamente la *venerable señora* como la llamaba Leandro y al mismo tiempo hacía ella señal de acercarse a Boanerges. El se acercó y dobló una rodilla en tierra para quedar a la altura de ella sentada en su silloncito de junco.

—Dirás a María que también yo quedo sin mi Jhoanín y que quiero que unamos nuestras soledades que se van haciendo cada día más grandes.

La mano maternal de Myriam acarició la cabeza castaña de Boanerges diciéndole como siempre—: Te bendigo en su Nombre hijo mío. El joven besó aquella suave mano que le bendecía y antes de alejarse dijo:

—La señora se despide por intermedio mío de los viajeros, porque no se encuentra con ánimo de hacerlo personalmente. —Y dicho así se alejó.

—Ya lo suponía —observó Lázaro—, cuando no contestó a mi anuncio de visitarla.

—Así pasan los años —observó Myriam—, ¡ese corazón no revive más!

—Desde hace diez años, esta es la tierra de los corazones muertos —dijo el tío Jaime—.

¡Oh Jhasua... Jhasua!... ¡Seguramente nunca pensaste dejar tras de ti un surco de dolor tan profundo! —Se hizo un gran silencio.

Un pálido sol de otoño se hundía detrás de las colinas lejanas y un ruiseñor desgranaba las perlas de cristal de su gorjeo melancólico, desde lo alto del cedro, mientras las bulliciosas alondras buscaban en los nogales el tibio refugio de los nidos.

A la mañana siguiente, a la segunda hora salían de Nazareth nuestros viajeros con rumbo al sur por el trillado camino de las caravanas.

www.formarse.com.ar

Lázaro y las mujeres viajaban en carroza, de las pesadas y grandes carrozas usadas en aquel tiempo para largos viajes de ancianos, mujeres y niños; y Leandro, Juan, Boanerges y Ahmed a caballo, le hacían escolta.

Cuando vieron de lejos los formidables muros de Jerusalén, Juan perdió el aspecto de infantil alegría que le había animado desde la salida de Nazareth.

— ¡Cuanto daría —dijo deteniendo su caballo—, por no traspasar la puerta de esa ciudad de muertes y de odio!...

—No entres —le contestó de inmediato Leandro—. ¿Qué necesidad tienes de atormentarte así?

—Puedes esperarnos en la posada *"Domus Áurea"* que está en el Valle del Hinon y que guarda la salida de los almacenes de la Santa Alianza en el subterráneo de la Fortaleza del Rey Jebuz. ¿No lo recuerdas Juan? — Y al decir así Ahmed acercó su caballo al de Juan que se había puesto intensamente pálido.

— ¿Qué he de saber de posada *"Domus Áurea"* si desde que se fue el Maestro no volví a Jerusalén?

—Pues hace varios años que nuestro Jefe Simónides instaló esta posada que en sus bodegas oculta la salida de la fortaleza subterránea. Fue mi primer hogar en esta tierra mi segunda patria, cuando el Señor nos trajo del Monte Hor y nos distribuyó como pajarillos huérfanos entre sus amigos de Jerusalén.

—Empiezo a vivir ahora y no debe sorprenderte mi ignorancia sobre este particular —le contestó Juan.

Ahmed dio las órdenes al mayoral de la carroza para que con Leandro y Boanerges entraran a la ciudad por la puerta de Sión y fueran directamente al palacio Ithamar y él y Juan se apartaron por el camino de las canteras al norte de la ciudad dirigiéndose al Valle Hinon profundo y sombrío al pié del Monte Sión que sostenía como ciclópeo pedestal a la ciudad de David y Salomón. Al llegar a un pintoresco cerro cubierto de higueras, de encinas enanas y de amarillentas vides, Ahmed hizo alto para señalarle a Juan un punto determinado.

—Allí está la Gruta de Jeremías donde el Señor nuestro, acudía algunas veces y donde habitó tu hermano Santiago los diez años de su apostolado en Jerusalén... ¿Quieres que lleguemos allí a orar un momento?

—Sí —dijo Juan—. Vamos...

Y dejando el trillado camino se desviaron un poco hacia el sur. Conservaba el aspecto de un sitio salvaje y poco frecuentado en los alrededores.

—Todo este cerro y la campiña que le rodea —dijo Ahmed es propiedad de Helena de Adiabenes, la viuda del rey Abenerig que tiene ahora su palacio en Jerusalén y ha restaurado las Tumbas de los Reyes que están dentro de sus tierras administradas por nosotros bajo las órdenes de Simónides. Yo vengo por aquí con frecuencia y más allá por los olivares del príncipe Jesuá, en la época de la cosecha. También Simónides administra a su viuda y a sus hijos que hoy residen en el golfo de Nápoles, en Gaeta.

—Este buen Simónides, *es el genio del comercio honrado,* como decía nuestro Maestro —observó Juan—, y me asombra su energía a los noventa años de vida.

—Efectivamente es admirable. Me ha tomado gran confianza por lo cual me obliga a venir de Joppe dos veces al mes para ponerme al tanto de toda su vasta red de los negocios a su cargo, a fin de que cuando él falte de este mundo, podamos sucederle con ventaja entre los diez muchachos que el Señor puso bajo sus órdenes cuando el Príncipe Melchor nos entregó bajo su tutela en Monte Hor. Después de la tragedia del Gólghota fuimos bautizados por el apóstol Pedro y adoptamos nombres romanos cuando el príncipe Judá consiguió para nosotros carta de ciudadanía romana. Mi nombre romano es *Marció de Astrea.* A todos nos ha sido dado como apellido el nombre de las Villas que están entre las posesiones del príncipe Judá en el Lacio.

—Antes —dijo Juan— éramos tan enemigos de Roma y de todo lo que fuera romano y la triste realidad de hoy nos lleva a buscar seguridad y protección en Roma, porque los enemigos están en casa. ¡Cuan triste es todo esto Ahmed!

—Es así para ti que no has salido aún de tu tierra natal pero para los que hemos recorrido un poco de mundo, la cuestión cambia mucho. Para los que recibimos la educación espiritual del Príncipe Melchor y después del Cristo Ungido de Dios no hay ni debe haber preferencias para ningún país.

—Es verdad —dijo Juan— y es también lógico, puesto que la eterna ley de las existencias múltiples nos hace habitantes de diversas regiones de la Tierra ¡Oh!... el Maestro cambió para nosotros la faz de la tierra, trazó nuevos caminos, enderezó los viejos, y abrió uno breve y luminoso desde la tierra a su Reino Eterno.

Se desmontaron en la espesura del bosque de higueras y encinas que escondían la Gruta de Jeremías.

Al penetrar en ella por la rústica puertecilla de troncos que ya conoce el lector de "Arpas Eternas" la emoción de los recuerdos asaltó a Juan tan intensamente que a un paso de la entrada cayó de rodillas y se dobló con la frente sobre el pavimento de tosca piedra.

www.formarse.com.ar

¡Las veces que había estado allí mismo con su Maestro, con Pedro, Zebeo, Andrés y Matheo, o todos juntos los Doce después de haber asistido a las ceremonias del Templo en las fiestas reglamentarias! ¡Y ahora, sólo con un extranjero y en momentos que huía de la patria ensangrentada por los odios y ardiendo en discordias y tiranías, su alma sensitiva en extremo, sentía como si algo muy profundo se arrancara de su pecho!...

Ahmed fue abriendo puertecitas interiores que daban paso a compartimientos que Juan no conocía.

—Esta fue la habitación de tu hermano Santiago —díjole el árabe abriendo otra puerta más interior—. Está como él la dejó.

Desde la puerta Juan la recorrió con la mirada. Una túnica roja estaba sobre el lecho y el libro de los salmos.

—Dejo el mío y tomo el suyo —dijo Juan— cambiando su libro por el de su hermano. Así tendré un recuerdo suyo.

—Esto fue transformado poco después de la muerte del Señor.

Nuestro Jefe Simónides no se deja sorprender por los acontecimientos y allí donde él puede poner la mano y preparar refugios seguros para los que se vean perseguidos, no lo retarda un momento. Y antes de cumplirse un año de aquella gran tragedia hizo ampliar estas grutas y en distintos lugares alrededor de Jerusalén hizo refugios como éste, que son ocultas y cómodas viviendas hasta para familias enteras.

Llegaron al pequeño Santuario, donde años antes había orado el Maestro, los ancianos Esenios que solían acompañarle en su juventud, los Doce íntimos suyos cuando convivía con ellos y por fin su propio hermano el mártir Santiago que habitó aquellas grutas durante diez años consecutivos. Las flores de las ánforas estaban marchitas, los pebeteros apagados, los cirios a mitad consumidos. Sólo ardía una gran lámpara de aceite colgada de la techumbre ante las Tablas de la Ley y los Libros de los Profetas.

— ¡He aquí lo único que vive! —Exclamó Juan—. ;. Quién la enciende?

—Un terapeuta esenio que cuida de los leprosos y que viene aquí cada tres días a renovar el aceite.

Se hizo un profundo silencio, que pareció poblarse de suaves presencias invisibles que acompañasen a los vivos en la melodía sin notas de la adoración y la plegaria.

—Parece que me despido de todos estos lugares que tan amados me fueron —dijo Juan cuando salían de las grutas.

—Apresuremos la marcha —dijo el árabe— porque nuestros compañeros ya estarán en el palacio Ithamar. Sus buenas cabalgaduras les llevaron en breve tiempo a través del bosque de sicómoros que sombreaban, el profundo valle del Hinom, a la posada *Doinus Áurea* que daba entrada a la Sede Central de la Santa Alianza en Jerusalén.

En aquella gran sala subterránea que parecía la *sala hipóstila de un templo* egipcio según la calificara el Maestro en aquella gran Asamblea de su inauguración, Juan encontró a dos antiguos amigos: a aquel Santiaguito de los años adolescentes del Maestro, y a Nelio el ex-jiboso curado por El en un arrabal de Antioquía, quienes eran los guardianes y escribas de aquel gran local donde los mendigos de Jerusalén dejaron de ser mendigos desde que el Soberano Rey de Israel fundara la Santa Alianza esa vasta Institución de socorros y ayuda mutua.

A mitad de la tarde llegó el anciano Simónides, llevado en litera para economizar fuerzas según él decía.

¡Oh pajarillo enfermo! — le dijo a Juan abrazándolo con ternura de padre—. No quería que partieras sin verte y a eso he venido. ¡No quieres ver Jerusalén porque el recuerdo te consume la vida! ¡No tienes, pobrecillo, la corteza dura de este viejo que resiste todas las tempestades!

Seguramente estás apenado porque te faltan tus padres y ahora también tú hermano mayor; pero yo te haré ver que nuestro Rey Inmortal te ha dado tanto como has perdido. Te ha dado por madre a su propia madre, y si quieres un padre inamovible y duro como un cedro viejo arraigado en la peña, aquí me tienes a mí a quien no arrastran ni veinte yuntas de bueyes, cuando yo no quiero moverme.

Juan estaba tan conmovido que no podía pronunciar palabra.

—Es grande mi agradecimiento al Maestro —dijo por fin cuando pudo hablar— por los padres que pone junto a mí en la soledad; pero valgo tan poco que mucho temo defraudar a los que así me aman sin merecerlo.

— ¡Hombre! eres el Benjamín de nuestro Soberano Rey—dijo el anciano— y tal como es hijo del Patriarca Jacob, podemos pensar que tu papel en la ida sea dejarte amar hasta que el amor te haga fuerte y Vigoroso para honra y gloria del Maestro que te eligió. ¡No te apesadumbres por eso, que cuando sea la hora ya te crecerán las alas y ¡quién sabe si no volarás más alto que los demás!

www.formarse.com.ar

Como ya sabe-; que yo soy él administrador de los tesoros de nuestro Rey aquí tienes lo que El te asigna como renta anual para tus necesidades en tierra extranjera. Y le alargó un bolsillo de seda azul con monedas de oro. Es moneda romana que te sirve en todos los países donde reina la loba,.. ¡Oh la loba romana! me la comería cruda con su César y sus legiones si pudiera comer carne de animal inmundo!..., pero el amor de mi Rey Eterno me obliga a morderme yo mismo a fin de proteger a los que El ama y ha dejado a mi cuidado!...

¡Toma hijo toma! ¡Que no soy yo quien te lo da sino El! ¿Vas a despreciar su don?

Juan ya no resistió más y ahogando un hondo sollozo se abrazó del anciano y rompió a llorar como un niño.

El viejo se sintió de verdad padre y abuelo, y estrechó la rubia cabeza de Joan sobre su viejo corazón que creyó abrazar en ese instante la adorada cabeza de su Rey de Israel.

Dos días después el hermoso velero blanco *Quintus Arrius* soltaba amarías en el puerto de Joppe y se hacía a la vela rumbo al occidente. Se habían aunado a los viajeros galileos los diáconos Felipe, Nicanor con Odin o Policarpo que era ya un apuesto jovenzuelo y la pobrecita Rhoda otra avecilla enferma de tristeza que buscaba paz y consuelo en las tierras que baña el Nilo.

A BORDO DEL "QUINTUS ARRIUS"

Para los viajeros galileos que nunca salieron de la tierra natal, la vista del mar con su anchurosa inmensidad, era en verdad un espectáculo grandioso que en los primeros momentos les exaltó casi hasta el delirio.

Era un hermoso amanecer de otoño, sereno, tranquilo, con la radiación oro y púrpura del sol naciente que deshojaba rosas encarnadas sobre la movible superficie del Mar Grande en calma.

Nuestro irreemplazable Simónides había dado las órdenes necesarias para que el Capitán del velero aceptase solo mercancías livianas y ningún pasajero, con el fin de que los súbditos de su Rey Eterno según él decía se sintieran como en su propia casa.

El *"Quintus Arrius"* era un barco pequeño de los usados para viajes ligeros, sin tener que detenerse para cargar y descargar en los puertos en que hiciera escala sólo por el placer de los viajeros en conocer tierras extrañas.

El Capitán era uno de los hijos de aquel *tío Cabes* que el Maestro sacó de la prisión mediante la reconstrucción de la destrozada estatua del rey Herodes llamado *el Grande.* Su padre había muerto el año anterior, y Simónides providencia viviente de sus compatriotas y más aún de la larga parentela de su Rey, los había empleado a todos en las vastas actividades del comercio honrado que era su vida propia y le había trasladado a Tiro con el fin de preservarles de los odios de la tierra natal y también para facilitarles las tareas que había asignado a unos y otros sin dejar inactiva a la viuda y sus hijas mujeres que eran las encargadas de la Santa Alianza en aquella capital.

Tenía el joven Capitán solo veintinueve años y su nombre era Saúl. Era el mayor de los hijos del segundo matrimonio de Gabes y como es natural tenía sobre sí el peso y la responsabilidad del sostenimiento de la familia.

Había tenido un duro desengaño de amor que juntamente con la reciente muerte de su padre habían transformado su carácter de expansivo y alegre in taciturno y reconcentrado en sí mismo. Pero una oportuna epístola de Simónides recomendándole muy especialmente los pasajeros que conduciría hasta Alejandría, hizo que el joven Capitán reaccionara un tanto para hacerse amable a los viajeros.

Iba allí una porción de gente joven, si bien cargados todos de preocupaciones y dolores, como es natural en seres que llevaban en sí mismos tragedias terribles y que huían de la tierra natal donde hasta él estaba saturado de terror, de espanto y de sangre.

Los hombres jóvenes subieron de inmediato a la cubierta con Leandro. La pequeña María y Rhoda que ocupaban la misma cámara se tendieron en sus lechos porque un principio de mareo muy propio del que nunca ha viajado por mar, las invadió luego de salir del puerto. Enterado Leandro del pequeño incidente, les hizo beber un jarabe y mentalmente les mandó dormir durante una hora.

Martha y Lázaro muy apegados al terruño donde quedaba todo su mundo de amores y de recuerdos entraron a su cámara y durante un largo rato !a emoción de la partida no les permitió articular palabra.

www.formarse.com.ar

A momentos les parecía una ligereza, una imprudencia, el haber abandonado su tierra, su hogar, sus intereses, para saltar como pájaros perseguidos por los buitres, a un país extranjero del cual apenas llegados estarían deseando volver.

Por fin Lázaro que veía a la muerte perseguir de cerca a su adorada hermanita, que era como su hija única, pues quedó sola con él de pocos años 3 la muerte de sus padres, reaccionó con ese doloroso recuerdo...

—Martha —le dijo— piensa que lo hacemos únicamente por María.

Si con esto podemos retenerla un poco más en la vida al lado nuestro ¿debemos arrepentimos de este viaje hecho sólo con ese fin?

— ¡Tienes razón Lázaro!... Por un momento he sido un poco egoísta pensando en lo que dejo y no en lo que deseamos conseguir. Nuestro Divino Maestro esperaba mucho de María, y en efecto: enferma y todo la pobrecilla ha hecho revivir a otros que parecían más fuertes que ella. Pedro y todos los demás, tú sabes bien en el estado de desaliento en que estaban cuando el Señor partió a su Reino y cesaron las apariciones, y vieron partir al Príncipe Juda, al Hach-Ben-Faqui, al Scheiff Ilderin, a Vercia... Y de aquella confidencia secreta que tuvieron con nuestra pequeña María en el Cenáculo de Bethania salieron como transformados. Tú debes recordarlo bien.

—Si Martha, sí, y nunca he podido darme cuenta de lo que aquello pudo ser. Interrogué a María como tú sabes, pero ella sólo sabe decir que se pusieron en oración y ella se quedó dormida profundamente.

Cuando se despertó vio que todos se abrazaban llorando y después, de hinojos, daban gracias al Señor por la fuerza, la luz y el amor que habían recibido en aquellos momentos de oración.

Lástima grande que entonces no estuvo Juan allí que acaso se hubiera reanimado también.

Y mientras los esposos departían confidencialmente, subamos a cubierta lector y observemos lo que allí pasa.

Era la mitad de la mañana y el sol brillaba como una lámpara de oro sobre el mar.

Juan con Felipe y Nicanor conversaban a media voz apoyados en la balaustrada del barco que corría velozmente con sus blancas velas desplegadas al suave viento del sudeste que lo impulsaba en la marcha. Se habían quedado en la popa y según mirando la lejana costa de la tierra nativa que se iba perdiendo de vista hasta quedar convertida en una línea oscura que se hundía en el mar. Leandro con Boanerges y el joven Capitán formaban hacia la proa un grupo aparte, semejando un padre austero y grave que abriendo las puertas de la Vida, señalara a sus jóvenes hijos los mil y mil senderos que se habría ante ellos y en todos los cuales podían encontrar innumerables tropiezos.

Era el primer viaje que hacía el Capitán y su barco hacia otros continentes pues siempre viajó desde Joppe a Antioquía como correo y pasaje simplemente.

En sus largos años de estudio y de perseverantes ejercicios atrevidos y audaces en los Templos egipcios, había dado Leandro un alto vuelo a sus facultades superiores lo cual le permitía un regular dominio de las leyes, enigmas y misterios del mundo invisible en relación con los encarnados en el plano físico. Y así pudo darse cuenta cabal del estado de decepciones y de profunda pena de Saúl el joven Capitán, como así mismo de la angustia muda y torturante del joven trovador de Mágdalo.

El aura mental de ambos jóvenes era para Leandro un lienzo blanco en que esbozaban ellos mismos con sus pensamientos, todo cuanto vivía y palpitaba en lo más oculto de su mundo interno.

Y su alma como un bajel fuerte y sereno, que ha logrado dominar muchas y bravías tempestades, se llenó de infinita compasión al descubrir que tenía ante sí dos corazones nobles y buenos, dos claras inteligencias propicias para sembrar en ellas la Verdad, la Ciencia, la Sabiduría... toda la belleza de las eternas leyes del Cosmos que podía hacer de ellos grandes hombres conductores de pueblos, en medio de la desorientación y el pánico que se extendía como incontenible marejada en la humanidad.

Y vio a Boanerges como una hermosa ave de paraíso caído en un valle desierto, con su ala rota, deshecha y moribunda sin que hubiera alma viviente que conociera el secreto mal que minaba su existencia y entorpecía las grandes facultades de su espíritu.

Y vio al joven Capitán del *"Quintus Arrius"* como un tierno roble arraigado en un árido peñasco, en un clima de sequía, donde no llega a sus raíces el agua fresca del arroyuelo que serpentea por el valle, ni los rayos de un sol benéfico que derrita los hielos de un largo y pavoroso invierno.

Estas reflexiones ocuparon la mente de Leandro durante el silencio que se hizo entre los tres, mientras miraban sin ver la magnificencia del día tiñendo de oro y azul las tranquilas aguas del Mediterráneo.

www.formarse.com.ar

El pensamiento de Boanerges flotaba como una luz difusa por los jardines de Mágdalo solitarios y tristes sin más notas ni más ecos, ni más sonidos que el canto de los pájaros en la verde espesura de sus bosques y el arrullo de las palomas en las arenas doradas por el sol y en los bordes de las fuentes.

El pensamiento de Saúl revoloteaba con ansias de muerte como una mariposa enloquecida en torno a la verja de un jardín de Antioquía donde un príncipe extranjero retenía la mujer de sus sueños conquistada con la magnificencia de su oro, poder fatal centra el cual un joven sin fortuna no podía luchar.

Leandro se sabía fuerte y sereno, pero no pudo evitar que ante tales clarividencias sus ojos se humedecieran de llanto y su corazón oprimido, tuvo necesidad de exhalar un largo suspiro.

Ambos jóvenes salieron de su abstracción y le miraron al mismo tiempo.

— ¿Qué os pasa? ¿Os sentís mal ? — preguntó el Capitán.

—Creo que sois vosotros dos los que os sentís mal con lo mucho que padecéis sin beneficio para nadie y con gran daño para vosotros mismos— contestó el interrogado.

—El corazón humano por lo general no entiende de razones... ¡porque sólo sabe amar!... y a veces ama lo que nunca podrá conseguir —dijo Boanerges, desviando su mirada al lejano horizonte.

—Y también el corazón humano —añadió Saúl— ama a veces lo que no merece ser amado.

—Y en ambos casos, el amor se convierte en tormento, en decepción, en un negro pesimismo que entorpece la inteligencia y corta las alas a la voluntad, — contestó Leandro después de lo cual se hizo nuevamente un largo silencio. El fresco viento del sud-este se había paralizado por completo y una inmensa quietud se extendía sobre el mar teñido de oro y turquí por el doble resplandor del sol que subía al cenit y del azul celeste del espacio infinito.

Saúl se dirigió paso a paso hacia la proa y subió al puente de mando donde hizo sonar la campana de los remeros. Aún no se había extinguido en el aire et *eco* del último toque, cuando el *"Quintus Arrius"* se estremeció en un poderoso impulso hacia adelante, porque un centenar de remos quebraron de pronto la quietud de las olas y el blanco velero reinició su marcha veloz hacia occidente.

En el grupo de viajeros que se ubicaron en la popa sólo para continuar mirando las costas de la tierra nativa que se iba perdiendo en la lejanía del horizonte, el tenía de la conversación no era de orden sentimental. Juan con Felipe y Nicanor rememoraban los trágicos acontecimientos de los últimos años en las provincias de Palestina; mientras el jovenzuelo Adín estrechaba amistad con dos grumetes, ágiles, fuertes y alegres como sen de ordinario los que han nacido y vivido entre las jarcias, las velas y los remos.

En su interminable charla, los grumetes dejaron bien informado a Adín de cuanto hubiera querido saber referente al Capitán y su Segundo de a bordo, del contramaestre, de los remeros, del cocinero y hasta el lavacopas. Toda la tripulación era originaria de Antioquía, de aquel pintoresco arrabal de Gisiva y Carandama que describe Arpas Eternas en el tomo II» donde el buen Simónides había recogido todas las víctimas de la prepotencia de los invasores.

De pronto aparecieron sobre cubierta Rhoda y María, como avecillas asustadas ante la imponente inmensidad que las rodeaba. —¡Cielo y agua!— exclamaron ambas tomándose de la mano como para protegerse en su pequeñez y debilidad.

— ¿Sabes Rhoda lo que pienso?... que tú y yo somos como dos mariposas que flotamos sobre una hoja de plátano en este abismo azul que es agua y cielo.

En sueños había visto el Mar Grande, pero encrespado y resonante como si un millar de dragones se revolvieran en su seno.

Los amigos que la vieron llegar se acercaron con tierna solicitud a ellas, comprendiendo que un gran asombro las sobrecogía el alma ante aquella inmensa manifestación de fuerza, de poder, de estupenda grandeza en medio de la cual el velero que les conducía era en verdad como una hoja de plátano llevando imperceptibles insectos:

Felipe habló breves palabras al oído de Adín y éste bajó rápido la escalerilla hacia los camarotes.

Y cuando volvió a subir llevaba en la mano el laúd de Boanerges que se absorbía de nuevo en su silenciosa contemplación del cielo y del mar.

—Me mandaron que te traiga esto— dijo el jovenzuelo entregándole el laúd... su precioso laúd de ébano con incrustaciones de nácar.

Y Boanegers cantó en el grandioso silencio de aquel radiante medio día, entre el cielo y el mar, lo que la inspiración susurró a sus oídos y recogió en su corazón:

www.formarse.com.ar

Como avecilla cantando en las ramas
Desgrana a los vientos su queja de amor,
Así llora mi alma bebiendo el suspiro
Del último adiós...

Y va la avecilla como enloquecida
Porque la tormenta todo lo llevó
El árbol, la rama y hasta aquel nidillo
Que guarda su amor!

Y así la avecilla volando muy bajo
Al dormir la tarde cuando el sol se va
Cansada y sin fuerza cayó en un peñasco.
Y ya nunca pudo volver a valar.

La nieve y el frío de aquel abandono
Sin árbol, sin rama, sin nido de amor,
Abiertas las alas toda estremecida
También dio a la vida su último adiós.

El hombre y el ave son dos peregrinos
Que en vuelos gigantes se lanzan con fe...
Llega la tormenta que abate sus alas
¡Y caen vencidos por última vez!

Un murmullo de afectuosos comentarios se-hizo en torno del joven trovador y mientras deshojaban todos para él las dulces madreselvas de una sincera amistad, Leandro tomó el laúd de Boanerges y le dijo:

—Ven conmigo a popa y preguntemos a este laúd *por qué ha cantado así.* —El joven cantor sonrió ligeramente y siguió a Leandro que fue a detenerse en la balaustrada de popa examinando muy atentamente el laúd de Béanerges.

—Es un auténtico Vughi-Dana de Bombay. ¿Cómo lo has conseguido?

—Fue un regalo de un príncipe extranjero a la señora del Castillo —contestó.

—Dime niño... ¿No es verdad que en tus trovas sales tú mismo al aire y al sol?

— ¡A veces sí y a veces no!

— ¿Cómo explicas tú eso?

—No es tan fácil explicarlo — contestó pensativo el joven cantor— pero probaré de decir algo para complacerte. En primer lugar, no creas que yo pueda cantar cada vez que me ponen el laúd en las manos. A veces es mi garganta la que emite las voces, pero las ideas y los pensamientos vienen de algo que en ese instante ha penetrado sigilosamente en mi cabeza y en mi corazón.

— ¿Por qué penetró? ¿de dónde vino? ¿cómo tomó forma y melodía? Yo mismo no lo sé.

—Analicemos —dijo Leandro—. El símil que has hecho en tus trovas es maravilloso y exacto. Pero esa última estrofa esboza mi propia vida con tal exactitud que si no supiera que recién ahora me conoces, diría que has querido pintar mi tragedia íntima. Y lo has conseguido.

—Creí que tú eras el hombre-montaña, a quien no conmueven vientos ni tempestades —díjole Boanerges admirado de lo que oía.

—En verdad, hijo mío, algo de peñasco he llegado a ser después de años de soportar huracanes Internos y externos. Mi corteza es muy dura, es granito sin pulir, pero en lo hondo del alma vibra también una lira con cuerdas sutiles que a veces gimen, se quejan y se rompen...

www.formarse.com.ar

Y hubo un día en que yo pude decir como tu estrofa final:

El hombre y el ave son dos peregrinos
Que en vuelos gigantes se lanzan con fe,..
Llega la tormenta que abate sus alas
¡Y caen vencidos por última vez!...

¡Sí!... ¡por última vez!... Pero hay una fuerza soberana, un oculto poder que está muy por encima del alma humana y que en un momento determinado obra en ella transformando sus tinieblas en una esplendorosa claridad.

Y a mí me ocurrió esto al contacto de tu compatriota Zebeo que abrió la puerta de mi cárcel interior y por ella entró en mí la claridad de un nuevo día.

Llamemos a esa claridad iluminación interior que llega a la Psiquis cautiva y encadenada por intermedio de seres, de almas que acaso nos están ligadas con cables de oro que cuentan siglos. Lo cierto es que creí haber caído vencido por última vez, y he aquí que de nuevo me veo de pié con un santo y bello ideal que ha retoñado desde el fondo de una oculta raíz, convenciéndome de que aún puedo ser capaz de crear, de generar, de producir. ¿Qué he de crear, generar y producir?

Los campes de la vida son inmensos, no tienen límite ni medida... ¡Por mucho que corras, no llegas al final jamás!...

Y como fui yo un caído, un vencido, hay muchos caídos y vencidos a lo largo de los caminos interminables de la vida, en la cual no abundan los *Zebeos* que enciendan de nuevo la lámpara y den la mano al que en su oscuridad no encontraba una salida. ¿No podré yo tejer de nuevo la red de ilusiones deshechas y picoteadas, encender el cirio de la fe y del optimismo apagado por el viento, regar con agua clara el huerto abandonado y que de nuevo surja allí la vida en plantas, flores y frutas para quienes tengan sed de belleza y hambre de amor y de dicha?

Tú te crees también un vencido y eso a los veintinueve años de tu vida. El capitán que aquí viene, se cree también un vencido. Juan tu amigo, lo mismo... y esa pobre joven enlutada que acaba de ver al compañero cruelmente asesinado por los hombres del templo y del altar que la enseñaron a adorar al Dios Creador de todos los seres... que le enseñaron la Ley que dice ¡NO MATARAS - AMARAS A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO!... ¡Se comprende bien que el cirio bendito se haya apagado para ella que por sí misma no pueda nunca encenderlo!...

¿Qué es un amor incomprendido, ignorado, que sólo vive en lo más hondo del corazón que le dio vida? - Como la *flor de la luna* sólo la noche y ella misma conoce el misterio de su vida...

Tú estás en este caso hijo mío, lo he comprendido bien. Y con la experiencia que da la propia vida te digo: Si ese oculto amor entra en el campo de las realizaciones humanas permitidas por una Ley Superior, tendrás un éxito completo pero si no, esa misma Ley te dará compensaciones equivalentes o que excedan quizás a cuanto ese amor humano hubiera podido darte en dicha personal.

Boanerges continuaba en silencio. Después de breves momentos Leandro reanudó el hilo de sus pensamientos:

—No quiero que pienses mal de mi insistencia en querer penetrar en tu jardín interior y por eso te haré una confidencia íntima: El deseo de conocer a fondo lo que es el ser humano, su vida y las causas y orígenes de esa vida, me hizo abandonar Caria mi tierra natal y sepultarme en los austeros claustros de los Templos de Osiris. Los libros secretos de Pitágoras me habían hecho vislumbrar los resplandores de sol dejados como una huella eterna en los antiguos templos de Menfis y de Tebas por Hermes, el iniciador de la Sabiduría Egipcia, por Asklepios su primer discípulo, por el gran Sacerdote Membra, Maestro de Osarsip, el Moisés hebreo, y por Moisés mismo que no fue seguramente el menor de los grandes Iniciados en los templos de las orillas del Nilo.

La frase que aparece en el frontispicio del Templo de Delfos: *"Conócete a ti mismo, y conocerás el Universo y a los Dioses",* produjo en mí la misma interna sacudida que en el ilustre sabio de Samos. Y como él, en busca de ese conocimiento atravesé el Mar Grande y me sepulté por diez años en el Templo de Osiris. Salí con la primera Consagración: era *Pastaforo; y* debí volver a la tierra natal por muerte de mi padre. Primogénito de la familia, fui reclamado por ella y obligado por las leyes del país.

Allí me esperaba la tormenta cuyas consecuencias han perdurado doce años, y de las cuales me ha liberado la Ley Divina por intermedio del dulce apóstol Zebeo cuando el ocaso de mi vida ha hecho ya declinar

www.formarse.com.ar

el sol en mi horizonte. Fui delincuente. El más grande amor de mi vida y el deseo de salvar a la que lo había encendido en mí, me puso en el trance de quitar la vida a un hombre. Según las leyes del Templo yo no podía recobrar la antigua situación espiritual o sea la Luz de Osiris, la Paz de Isis, la Sabiduría y el Amor, sino sometiéndome a la dura prueba del ostracismo absoluto hasta reparar el daño causado con mi delito. Yo buscaba esta reparación en la austeridad de una vida ascética, de penitencia y de privación completa de todo goce del cuerpo y del alma.

Me sepulté vivo en un viejo templo abandonado en la soledad de una isla del Lago Merik donde esperaba pacientemente el perdón de Dios y del hombre que fue mi víctima. El ideal divino del Apóstol Zebeo encendió una luz nueva en mi horizonte sombrío, y hoy... empiezo de verdad a reparar mi delito por un sendero sembrado de flores, en el cual voy recogiendo las más grandiosas compensaciones. Es sólo por esto, que busco solucionar los problemas íntimos de todas las almas que se cruzan en mi camino. Y como tú te has cruzado en él...

—Ahora comprendo en su verdadero y noble significado lo que en el primer momento pude calificar de simple curiosidad de un psicólogo ansioso de ampliar más y más sus experiencias —dijo Boanerges estrechando las manos de su nuevo amigo al cual comenzaba a mirar como envuelto en un aura de amor paternal. Y no obstante, el trovador de Mágdalo cerró con doble llave su corazón herido por un amor que juzgaba atrevido y audaz al extremo de hacerlo imposible.

Leandro creyó haber leído en aquella hermosa faz contraída y en aquellos ojos de ámbar que esquivaban su mirada la resolución invencible de que su secreto amor muriese con él, y le dijo con gran ternura:

—Tú eres de aquellos que hacen del amor un cirio ardiente que se consume sobre un altar... Y como yo tengo que reparar las consecuencias fatales de un delito de amor, he de hacer con el favor divino, que tu cirio ardiente ilumine un sendero cubierto de rosas que tú irás recogiendo una por una para tejer con ella tu vestidura de gloriosa inmortalidad.

Los ojos de Boanerges se fijaron en el torbellino de espumas que como un ancho camino dejaba el velero al cortar velozmente las olas, y con una sonrisa llena de melancolía dijo a media voz:

— ¡Ahí está el camino!... Siémbralo de rosas y verás como se van deshechas al fondo del mar.

— ¡Oh niño pesimista! —exclamó Leandro—. ¡Tus veintinueve años no vieron aún la fortaleza de Psiquis, cuando bajo su velo teje sus alas y en un momento dado tiende el vuelo que nada ni nadie puede detener!

¡Te emplazo para ese día! ¿Acudirás a la cita?

—Acudiré aunque sea envuelto en un sudario.

Era el medio día y sonó alegremente la campana que anunciaba a los pasajeros del "Quintus Arrius" que era llegada la hora de la comida.

En su afán de observación Leandro se hizo a un lado cerca de la escalerilla para verles bajar a todos de uno en uno. Felipe hacía bajar cuidadosamente a Rhoda de cuyo semblante había desaparecido la palidez enfermiza *y* el círculo oscuro de sus ojos. Juan y María quedaron los últimos y Leandro les dijo:

— ¿Se van las rosas o se quedan?

—Creo que florecen de nuevo —contestó la jovencita con una dulce alegría de colegiala en vacaciones.

— ¡Oh! —dijo Juan— ¡el mago de Osiris es bien capaz de hacer florecer hasta un leño seco!

Antes de iniciar el descenso, el ex-sacerdote de Osiris miró el cielo azul dorado por el sol de medio día, y pensó con el alma henchida de agradecimiento: "¡Suprema Inteligencia, dueña soberana de cuánto alienta en la vida!... ¡Sólo Tú podías hacer fecunda la siembra de amor con que borro mi delito para siempre!"

ENTRE CIELO Y MAR

Sobre la cubierta de un barco, a la opaca claridad de las estrellas, en el imponente silencio de una tibia noche de otoño se abrían las almas a las confidencias íntimas; y el amor tejía también sus redecillas de seda entre las cuales se curaban heridas dolorosas y nacían ilusiones y esperanzas blancas y puras como flores del aire que se abren en la montaña.

¡Oh! ¡Las divinas compensaciones emanadas de la Infinita Sabiduría como un manantial caudaloso sobre las almas nobles y justas que saben esperar !...

Eran tres los grupos de viajeros que sobre la cubierta del *"Quinfas Árrius"* sostenían animadas conversaciones que creo de interés para nosotros lector amigo: Leandro con Boanerges y el Capitán Saúl; Juan con la pequeña María, y Rhoda con los diáconos Felipe y Nicanor.

www.formarse.com.ar

Una mansa brisa nocturna hinchaba suavemente las velas y sólo una docena de remos allá abajo rompían las olas haciendo más rápida la marcha hacia occidente. El piloto al timón; el vigía en su alto puesto de observación y todos los demás entregados al sueño.

—He estudiado a fondo vuestros problemas sentimentales íntimos —decía Leandro a sus dos jóvenes amigos— y como todo el que busca en la amorosa inmensidad de Dios encuentra lo que busca, yo lo he encontrado para vosotros que por el momento no queréis buscar porque desgraciadamente os encontráis en ese estado de ánimo en que el alma rehúsa todo alivio porque encuentra un amargo placer en seguir padeciendo.

Como ninguno contestara Leandro continuó deshojando las madreselvas de la paz y del consuelo sobre aquellos corazones atormentados.

—Tú Boanerges te has encerrado en la celdilla de pórfido con cerraduras de hierro de tu amor imposible. Mientras tú Saúl contemplas tu amor primero enlodado, pisoteado y deshecho por el bárbaro privilegio del oro sobre las más nobles y bellas cualidades del ser humana Y aunque a ti no te lo parezca tu caso es más fácilmente curable que el de Boanerges, y te daré enseguida la explicación:

Pasada la dolorosa ofuscación del primer momento, la reflexión como intangible visión meditativa y silenciosa se acerca a ti y te dice: el ser cuya pérdida Horas no vale nada, estabas equivocado al elegirlo como lo único capaz de darte la dicha que anhelas. Buscabas amor y allí no había amor, porque el amor es fiel, inmensamente fiel, incapaz de desviarse ni un ápice de derecha a izquierda del camino.

Es como la flecha que una vez arrojada va derecha hacia el punto que le fue marcado. Es el tiro de una blanca piedrecilla que atraviesa en línea recta el aire y cae donde debe caer. Es el hilo de agua cristalina que desciende de tu copa al cáliz de la flor que quieres regar.

Ni la flecha dorada, ni la piedrecilla blanca, ni el hilo de agua cristalina se detienen en su camino ante el brillante plumaje de las aves que cruzan el horizonte ni de las bestias que caminan por la tierra chapoteando los pantanos... Al amor no le interesa nada de eso, porque al amor solo le interesa el amor. Cuando tu corazón de entrada en sí mismo a este razonamiento, correrá él .mismo el telón de tu pasado escenario, y la Divina Bondad esbozará para ti un nuevo diseño que te mostrará el amor verdadero surgiendo para tí como una maravillosa revelación cuando menos lo pienses y cuando menos lo esperes. Tal es, amigo mío, lo que nos enseña la experiencia recogida en los años vividos, si hemos tenido el acierto de escuchar sus lecciones. El mal nuestro radica justamente en que por lo general no tenemos en cuenta esa Inteligencia Suprema, esa Sabiduría Eterna, poder y fuerza invisible que obra silenciosamente en nosotros y fuera de nosotros brindándonos a cada instante de nuestra vida, todo cuanto nos es necesario para alcanzar los fines que nos trajeron a la vida física.

El que estudia música por ejemplo_ ¿qué hace para obtener el éxito en la carrera que inicia? Se somete a las leyes que rigen el pentagrama y profesor que le explica esas leyes y le enseña a ponerlas en práctica. Y la norma es idéntica en todo aprendizaje de las ciencias y de las artes que, tanto las unas como las otras, son alas que se teje la divina Psiquis para ayudarse a volar a las cumbres y abarcar la inmensidad, el Infinito, el Gran Todo Universal.

¿ Cómo" es —pregunto yo— que sólo para obtener el hombre su paz, su bienestar interior, su dicha íntima, que lo es y lo será todo en su vida, no consulta ni practica ley ninguna, ni medita a solas consigo mismo en la posible o no posible realización de lo que anhela?

¡Esto lo quiero! —se dice, y se lanza a veces con ímpetu de huracán desatado en un desierto de movedizas arenas, sin contar para nada con esa Luz Increada y Eterna que tan dispuesta está siempre para iluminar nuestras vacilaciones en las tinieblas, para responder a nuestros interrogantes en los días largos y pesados de incertidumbres y de dudas...

— ¡Cuan doloroso me es reconocer —dijo por fin el Capitán Saúl— que todo cuanto acabas de decir es cierto, perfectamente cierto!

— ¡Y tan cierto como que lo he vivido yo mismo con todas las consecuencias y dolores que trae aparejado nuestro insensato modo de obrar! —afirmó nuevamente Leandro—. ¿Qué dices Boanerges? ¿No estás de acuerdo con mis experiencias?... —El joven trovador dio un gran suspiro como si ello le aliviara de un penoso cansancio interior—.

—En mis veintinueve años —dijo— también he recogido experiencias y certidumbres íntimas y convicciones profundas. He comprendido así mismo que hay leyes ocultas a la comprensión humana, o mejor dicho, que tienen su acción y su cumplimiento independiente de nuestra voluntad de tal modo que uno mismo percibe y siente los efectos pero desconoce la causa. Y desconociéndola, no puede impedirla ni destruirla y a veces tampoco huirla. Y es así como los efectos de esa causa desconocida e incomprendida ganan terreno día

www.formarse.com.ar

por día en nuestro mundo interno, hasta que un acontecimiento de grandes proporciones sacude fuertemente nuestro yo íntimo, y cae un telón que deja a descubierta la causa aquella que por tantos años ignoramos.

Y entonces comienza para el alma la tragedia íntima y secreta que ha de acompañarle hasta la tumba.

Se hizo un hondo silencio sobre la cubierta del "Quíntus Arrius" tal como si las palabras serenas y suaves de Boanerges hubieran tenido el poder de adormecer todas las ideas y de acallar todas las voces.

El sereno azul estrellado parecía haber descendido a la mansa superficie del mar en calma, y las radiantes estrellas de primera magnitud parpadeaban inmóviles en lo infinito dando aún más la sensación de insignificancia y pequeñez de las criaturas humanas que en alta mar y sobre la cubierta de un débil barco a vela, estaban enredadas y envueltas en una red sutil de ideas, de ansiedades, de inquietudes y también de certidumbres llegadas a un punto muerte que no podían borrar de su campo visual.

De pronto Boanerges extendió su mano y tomó de las rodillas de Leandro su laúd de ébano y nácar y al contacto de sus dedos que apenas se movían, las cuerdas fueron desgranando arpegios suavísimos, casi imperceptibles en el hondo silencio de la noche otoñal. ¡Era como el caer de agua cristalina sobre una fuente de plata! ¡Era el gemir de un pájaro moribundo al borde su nido solitario! ¡Era el rumor de alas cansadas buscando en el desierto, un árbol donde esconderse a morir!...

Y la dulce voz del trovador de Mágdalo se elevó en las alas del silencio como si fuera su propia alma que volaba cantando entre el cielo y el mar:

"Yo a nadie pedí la vida
Y ella a mi quiso venir
Con pasos tan silenciosos
Que no los pude sentir.

No sé de dónde ha reñido,
La trajo una tempestad,
Y entre tormentas bravías
La vida viviendo va...

¿Qué viene a pedir la vida
Al errante trovador
Que va corriendo incesante
Tras una visión de amor?

¡Vagabunda mariposa
Ve a posarte en un rosal,
Donde florezcan las rosas
En la mañana estival!...

Yo nada tengo que darte.
Porque nada tengo en mí...
¡No hay agita fresca en mi fuente!
Ni hay flores en mi jardín!

¡Oh vida, vida has venido
Buscando luz y calor
A un seco espino en que nunca
Se posó un rayo de sol!

www.formarse.com.ar

El último arpegio del laúd se esfumó en el suave rumor producido por el espolón de proa rompiendo incesantemente las olas y Leandro fue el primero en hablar.

—Hijo mío —le dijo a Boanerges— son tus rimas un agua clara a través de la cual se percibe la fuente de donde salió. Y tú mismo nos has dejado beber en esa fuente maravillosa.

Tu visión de amor inalcanzable te ha bajado a un valle oscuro y profundo, como una inaccesible garganta entre montañas que interceptan toda claridad. ¿Quieres que yo te haga ver el prisma de la vida de diferente manera que hoy lo ves?

—Dudo que puedas hacerlo, a menos que, como dice Juan, el ex-mago de Osiris sea capaz de hacer florecer un leño seco.

— ¡Es que tú no eres un leño seco sino un hombre en pleno vigor de juventud y de vida!

¿Crees que si tu alma fuera un leño seco cantarías como cantas? ¿Por qué estás así atormentado? Porque un gran amor te consume la vida.

¿Acaso puede amar un leño seco? El amor es en la vida, un florecimiento maravilloso de todo lo más noble y mejor que esconde en sí misma el alma humana; y un grande amor inalcanzable y no obstante encendido como un cirio en un altar durante años y más años, demuestra hasta la evidencia una exuberante explosión de vida, de energía, de poderosa voluntad. Tu problema íntimo hijo mío, debe ser analizado y resuelto por otros medios que los usados por ti hasta hoy. Y creo haber descubierto esa causa ignorada y desconocida por ti que te ha producido los efectos que percibes y comprendes.

Tu amas a un ser que ignora tu amor porque sólo ha tenido alma, corazón y vida para correr a su vez tras de otra visión de amor inalcanzable también. Y ambos habéis caído en la misma letárgica agonía y ambos necesitáis comprender el amor de una manera diferente que lo habéis comprendido hasta hoy. ¡El amor es vida y trae consigo potentes manifestaciones de vida!

Habéis vivido días y años de gloria junto al Amor hecho corazón de hombre, al Amor convertido en una vida humana gloriosa, heroica y sublime y os permitís pensar que vivís muriendo en una penosa inacción, tras de visiones inalcanzables.

Eres un sujeto sensitivo más que regular; eres algo así como tu laúd: un auténtico Vughi-Dana de Bombay. Creo que el símil es bien claro. Y como a ti te responde tu laúd, tú me responderás a mí en una experiencia metapsíquica que puedes hacer si tú te prestas a mí como tú laúd se te presta de buena voluntad.

¿Quieres que probemos?

— ¿Puedo yo presenciar esa experiencia? —preguntó Saúl.

—Creo que entre vuestras almas y la mía hay la suficiente confianza mutua y comprensión recíproca, para que no guardemos secretos en éste sentido —contestó Leandro.

—Es verdad —dijeron ambos jóvenes.

—Permitidme entonces dar algunas indicaciones a mi segundo, referente al cambio de turno en los remeros que pronto será hora.

—Bien, bien. Hazlo mientras yo empiezo a *templar mi laúd viro.*

—De modo —dijo Boanerges animándose visiblemente— que vas a poner de manifiesto tus poderes maravillosos de mago.

— ¡No, no! ¡nada de magia! Ciencia pura!... realidad viva de las fuerzas y aptitudes latentes en el alma humana: la divina Psiquis como decimos en los Templos de Osiris.

— ¿Qué tengo yo que hacer? —preguntó Boanerges.

—Sencillamente quedarte quieto y sereno como cuando oras, cuando te entregas a la adoración al Infinito, al Amor Eterno, a la Luz Soberana. Así... romo una lámpara ardiendo silenciosa sobre el altar, como una flor abriendo mis pétalos a la caricia del rocío en un jardín solitario y silencioso. —La voz de Leandro se hacía cada vez más suave, más tenue, más apagada.

El capitán volvió caminando en puntillas, a una señal de silencio que Leandro le hizo...

—Así... tranquilo y confiado como un niño que se duerme al dulce arrullo de la madre que le abraza en su regazo... Así como vibra tu laúd al contacto de tus dedos y al soplo cálido de tu alma que vacía en sus cuerdas el hondo sentir del corazón... Así, como el alma se entrega al Infinito en la adoración extática y profunda en que solo vive el Infinito para ella, y el Infinito la atrae, la absorbe, la sumerge en Sí Mismo en esas nupcias eterna y única del alma con Dios y Dios con el alma!...

www.formarse.com.ar

Boanerges estaba dulcemente dormido y su hermosa cabeza coronada de oscuros bucles echada hacia atrás se apoyaba en la balaustrada de la cubierta v en su rostro de marfil, caía como un velo transparente la suave claridad de las estrellas.

Leandro tomó un capote de marinero olvidado sobre un rollo de sogas, y cubrió a Boanerges hasta los hombros.

Luego se cerró bien la capa, se caló el capuchón y sentado frente a él se concentró tan profundamente que el Capitán Saúl pensó: "Duermen los dos".

Como si este pensamiento le hubiese llegado a Leandro con cierta alarma del que lo emitió, abrió los ojos y en secreto le dijo:

—Debes estar tranquilo y quieto. Yo velo.

Boanerges en verdad parecía un muerto sentado sobre cubierta. La oscura capa con que Leandro lo había cubierto hacía resaltar aún más la blanca palidez de su rostro. No se percibía ni aún su respiración.

La radiante estrella solitaria que llegada al cenit, suele marcar a los marineros la media noche, resplandecía directamente encima del "Quintus Arrius" y aún parecía como si le fuera guiando en su majestuoso correr sobre las olas del mar, cubierto de un tenue resplandor plateado.

¡Miles y miles de lamparillas de oro brillando en los cielos y brillando en el mar alumbraban tímidamente el desprendimiento de una Psiquis humana que en busca de paz y sosiego había dejado su materia abandonada y corría hacía atrás desandando las edades, restando los siglos, desenterrando continentes hundidos en el octano, removiendo ruinas de ciudades milenarias convertidas en colinas cubiertas de césped y de flores silvestres!

¡Oh! ¡cuan fuerte y poderosa es la Divina Psiquis, diminuta chispa de luz destinada a ser imagen y semejanza del Omnipotente Creador de los mundos, de los seres y las cosas'....

Al Capitán Saúl le pareció que largas hora- habían transcurrido cuando Boanerges exhaló un profundo suspiro y abrió los ojos que de inmediato buscaron algo a su lado.

— ¿Dónde está? — preguntó— ¿Por que huye? ¿Visteis hacia donde fue?...

—Amigo mío —le dijo Leadro—. El Capitán y yo estamos aquí mismo a tu lado. Bcanerges guardó silencio.

—Había olvidado —dijo sonriendo— que me entregué a tus bellas artes de mago, que me has hecho vivir sueños maravillosos. ¡He sido tan dichoso, tan feliz que no sé si será posible sentir de nuevo el peso de la vida después de haber visto y poseído lo que yo he visto y poseído en mi sueño!

—Pero eso es tan sólo un sueño —dijo el Capitán asombrado de que un muchacho inteligente como Boanerges diera tan cabal importancia a un simple sueño aunque fuera el más hermoso de todos los sueños.

— ¡Oh no!... —exclamó el trovador en cuyos ojos brillaba una radiante felicidad—. ¡Esto no es un simple sueño! Yo he hablado con la señora del Castillo de Mágdalo y he visto su cuerpo dormido en su alcoba, y que su doble etéreo se levantaba ágil y sonriente y tomándose de mi mano me decía: "Salgamos de aquí y vamos a un jardín de reposo donde podamos hablar libremente". Como yo me extrañase de su familiaridad desusada para conmigo, volvió a decirme: "¡No te asustes! Ni estamos muertos ni vivimos en la carne en estos momentos. Ambos obedecemos a una inteligencia encarnada que nos ama a ti y a mí desde hace siglos, cuando un día siendo tú y yo, hijos de un pescador de perlas de Pasiliglos en el Golfo Pérsico, le salvamos de morir devorado por los tiburones. ¡Después él quiso ser nuestro padre y la Ley se lo concedió cuatro veces!"

Leandro escuchaba atentamente el relato de Boanerges, que parecía estar dispuesto a hablar y más hablar, contrariamente a su hábito de guardar casi siempre un obstinado silencio. Y continuó así:

—Luego, ella se fue y quedé solo. La busqué y no la encontré. Y cuando pensaba en dónde podría estar, se me acercó un esbelto joven que me abrazó tiernamente llamándome *padre.* Le miré asombrado y me miré a mi mismo y ¡aquí ardió Troya! ¡Yo era un anciano de cabello y barba blanca que tocaba la lira y cantaba para ese hijo que había perdido y lo encontraba de nuevo! Y me sentía transportado de dicha por haberle encontrado.

Y cuando se calmaron mis transportes de júbilo, pregunté al muchacho si había visto a la señora del Castillo que estaba allí mismo conmigo y se echó a reír; y más aún se atrevió a decirme: "¡Oh padre tontucio! *¡Parece que chocheas!..,* ¿No ves que soy la misma avecilla con otro plumaje?

"No es mucho más bello un muchacho que te llama padre y al cual puedes abrazar, besar y aún cascar a tu gusto y sabor, que una dama a la cual sólo puedes mirar de lejos y llamarla ceremoniosamente *señora?*

"¡Oh padre Bohindra mi poeta — rey y cantor, tan grande y excelso ayer, y estás hoy como un pajarito mojado hecho un burbujo de plumas rotas en vez de volar por la inmensidad infinita!"

www.formarse.com.ar

Como yo no conseguía volver de mi asombro, el lindo muchacho me abrazó, me besó en la frente, en los ojos, en las manos, en la boca y me dijo:

"¡Eres todo mi querer! y sólo hay un amor más grande que éste: ¡El Cristo Salvador de la humanidad!"

Y de nuevo me llevó a la alcoba de la señora del Castillo de donde salí apresuradamente, temblando de que alguno de la servidumbre pudiera verme en tan insolente y atrevida situación. Creí que el muchacho salía conmigo, pero parece que él quedó allá... ¿Por qué se quedaría allí?

¡Y ahora me veo solo aquí entre el Capitán y este maravilloso mago que me ha hecho vivir una hora de locura, pero debo confesar que fue una hermosa locura!

Y el joven trovador se puso de pié y empezó a dar agitados paseos de un lado a otro de la cubierta.

— ¡Calma hijo mío, calma! —le dijo Leandro con infinita ternura—. No olvides que debajo de nosotros todos duermen, y acaso tengan en este momento sueños tan hermosos como el tuyo. Y el amor fraterno que me hizo encontrar Zebeo, me obliga a no privarles de ese rinconcito de cielo.

A los comienzos de este capítulo estaban también sobre cubierta, Juan con María, y Rhoda con Felipe y Nicanor.

Y nuestro lector preguntará acaso qué pensaban y hacían ellos mientras prestamos toda nuestra atención a los tres primeros personajes.

Juan y María sentados de espalda a la balaustrada, hablaban a media voz. María muy arrebujada en su manto azul marino de suave lana, escuchaba en silencio la voz de Juan que decía tan quedo como si sólo hablase para sí mismo:

—He vivido como un niño hasta los veintiún años. Mi grande amor al Maestro no me dejó pensar en los años que corrían con tanta velocidad. Convencido de que no tenía nada más que hacer que amarle, servirle y obedecerle, no pensé nunca en lo que sería mi vida si me faltase su presencia. El Hijo del Altísimo, el Mesías anunciado por los Profetas y augures de todos los Templos de Sabiduría, debía ser exceptuado de todos los males de los hombres. Nuestros Libros Sagrados dicen que Elías Profeta fue preservado de la muerte. Henoth igualmente. Daniel arrojado a un foso lleno de fieras hambrientas, fue encontrado ileso... cantando himnos de acción de gracias.

¿Cómo pues podía yo pensar que el Hijo del Altísimo estuviera sujeto a la muerte?

Y cuando ésta ocurrió... ¡Oh María!... ¡no puedes comprender tú hasta qué abismo de espanto se hundió mi espíritu!...

Durante todo el viernes y el sábado con sus terribles noches que nunca terminaban, no pude pensar ni creer que existía Dios más allá de este inmenso azul que nos envuelve.

¡En el mundo no existía para mi nada más que la maldad humana y después la muerte, el sepulcro, las cenizas, la nada!

Los Sagrados Libros me causaban indecible horror.

¿Qué Jehová le hablaba a Abraham con promesas eternas y maravillosas j dejaba que un puñado de viejos egoístas y malvados arrastraran a su Hijo a la infamia y a la muerte cuando en un abrir y cerrar de ojos y con un soplo de su poder soberano podía reducirles a polvo?

¿Que Jehová habló a Moisés que abatió al Faraón, y dejó sin vida a todos los primogénitos de Egipto, y hundió en las olas del Mar Rojo a los poderosos ejércitos que perseguían a Israel?

Perdóname María, pero yo dije y grité y repetí cien veces: ¡mentira, mentira, mentira!

¿A qué Dios Poderoso clamaba en sus salmos el Rey David pidiéndole misericordia y que le salvara de sus enemigos y le perdonara sus pecados?...

¡Oh María!... Aquel viernes y aquel sábado, creo que fui renegado, ateo, blasfemo, ¡todo!... ¡porque me era imposible concebir un Dios en los cielos, y su Hijo muerto y escarnecido en la tierra como un malhechor!...

—Pero el domingo al amanecer comenzaron las apariciones del Señor, y aunque en verdad que nuestra fe y nuestra esperanza cayeron a tierra, florecieron de nuevo en aquel glorioso amanecer —dijo María llena de místico fervor que casi era un arrobamiento.

—Fue un éxtasis demasiado breve para equilibrar en mi yo íntimo la magnitud del dolor, de la amarga decepción, de la depresión moral que había sufrido. ¡Ni aún eso María, ni aún eso pudo borrar el horror y el espanto de aquella muerte! ¡Oh aquella muerte!...

Juan se cubrió el rostro con ambas manos como temeroso de volver a ver la espantosa visión de aquella hora.

www.formarse.com.ar

María lloraba silenciosamente.

— ¡María! — Continuó Juan a media voz—. Yo quiero rehacer mi vida. Yo quiero borrar todo aquel horror, todo aquel espanto pensando solamente que El vive glorioso y feliz en el Reino de Dios. ¡Ayúdame María!... ¡Ayúdame a desear la vida, a amar la vida, a creer que esta vida mía puede servir para algo que merezca la pena de vivirla!...

María se secó las gotas de llanto que corrían en silencio y después de unos momentos habló con acento tan suave, tan tímido que Juan tuvo que inclinarse hacia ella para oiría.

La dulce niña había apoyado su cabeza cubierta con el manto en el brazo de Juan para evitar su mirada:

— ¡Juan! — le dijo— yo te daré el motivo para amar tu vida, para creerla hermosa, útil y necesaria.

Y levantando un poco la voz que adquirió la solemnidad de un augurio, de una profecía, continuó—: ¡Yo necesito de tu vida Juan para vivir!... ¡Yo te pido que vivas para mí!... ¡Yo quiero que vivas y yo viviré hasta que hayas amado de nuevo la vida y quieras vivirla grande, fuerte, hermosa, llena de promesas, de luz y de gloria! ¡Quiero que vivas para amarme y yo viviré para ti!...

Y rodeando con sus brazos el cuello de Juan, le dio un beso intenso, largo y mudo en el cual aquella débil y bella criatura dejó toda la fuerza de su heroica voluntad de dar del inagotable tesoro que guardaba su alma grande, pura y fuerte encerrada en tan frágil envoltura carnal.

Fue un esfuerzo demasiado grande. Se había sobrepuesto a su natural pudor y timidez para hacerle a Juan aquella franca y abierta declaración que a ningún hombre le hubiera hecho en su vida, con el único fin de que él amara de nuevo la vida creyendo que alguien en el mundo necesitaba de él para vivir.

Juan estrechó a su corazón la cabeza de María mientras le decía con su voz temblorosa de emoción:

— ¡Sí María..., mi pequeña María! ¡Viviré para ti, viviré para ti, único ser que necesita de mi vida, de esta pobre vida que quiere huir de la tierra a cada instante!

Pero María no pudo oír hasta el final tan dulces promesas porque había caído en uno de esos desvanecimientos tan frecuentes en las naturalezas neuróticas.

Este incidente ocurría mientras en el otro extremo de la cubierta, Leandro tenía aquella confidencia íntima y secreta con Boanerges y el Capitán Saúl.

El momento de angustiosa espera que pasó Juan con la jovencita desmayada en sus brazos, no es para describirlo...

— ¡Maestro mío! ¡que ella viva para mí!... —clamaba Juan dejando correr sus lágrimas que sólo el viento de la noche recogía

¡Ella es el único lazo que me une a la vida después de tu partida al Reino de Dios! Me dejaste solo, Señor, ¡y sólo ella necesita de mí!... ¡Te ofrecí mi vida tantas veces, Maestro, y no aceptaste mi ofrenda!... ¡que ella viva para mí!... ¡y yo viviré para ella!...

Después de unos momentos que a Juan le parecieron horas, María abrió los ojos y se apartó rápida de Juan.

— ¿Por que lloras Juan?... ¿Te hice daño con mis palabras?

—No, María. Me has hecho mucho bien y lloro de agradecimiento al Maestro y a ti. Tus desmayos me asustan mucho, porque se parecen a la muerte, y yo no quiero tu muerte sino tu vida...

¡Me has prometido vivir para que yo viva, María!...

— ¡Sí, Juan, sí! ¡Yo viviré para que tú vivas!... ¡El Maestro me hará vivir para que tú vivas! Vamos con Rhoda, que tengo frío y quiero bajar a nuestra cámara.

Se acercaron al grupo de Rhoda, Felipe y Nicanor.

—Acabamos de celebrar un acto —dijo Felipe muy animado.

—Lo celebraremos todos juntos abajo, en la cámara, porque María no se siente bien y tiene frío —contestó Juan.

Y apercibiéndose de la confidencia íntima de Leandro con los dos" muchachos, bajaron lo más discretamente que les fue posible, y Felipe, que había practicado varios meses con los Terapeutas del Santuario del Monte Ebat, en Samaría, preparó un licor tonificante para María, buscó fuego en la cocina, nueces y castañas en su bolso de viajero y entre asar castañas y romper nueces, y la charla amena de aquella juventud que despertaba, continuaron la amistosa y cálida velada comenzada en la cubierta a la luz de las estrellas.

El pacto de Felipe con Rhoda y Nicanor consistía en que vivirían los tres en una granja que Felipe tenía en las cercanías de Sebaste, herencia de su padre. Serían tres hermanos, y Adín, hijo de los tres. Rhoda sería el

www.formarse.com.ar

ama de casa para cuidar de ellos, y ampliarían la Congregación que ya tenía fundada Felipe aunque muy modesta y pequeña por falta de una mujer de confianza que hiciera de ama de casa para cuando Nicanor y él acudieran a la ciudad y aldeas vecinas en busca del dolor del prójimo y a enseñar la doctrina del Maestro.

—Juan y yo hemos hecho también un pacto allá arriba a la luz de las estrellas —dijo María que se había reanimado por completo.

— ¿Y ese pacto es?... —preguntaron Felipe y Nicanor.

Juan sonreía mirando a María y deseando que ella hablase primero.

—Nuestro pacto consiste en la promesa de vivir, Juan para mí y yo para él —dijo con toda franqueza la pequeña María.

— ¡Hola! — exclamó Felipe alegremente— ¡Nupcias en el horizonte, muchachos !

— ¡No! —dijo tranquilamente María— ¡ nada de nupcias!

Para ayudarnos a vivir uno al otro no se necesitan las nupcias. Yo pediré a Lázaro que me deje vivir en la Casa de la Madre Myriam y cuidaré de la vida de Juan y él cuidará de mi vida. ¡Y las rosas de Nazareth no se irán más de nuestro jardín y los mirlos cantarán con nosotros unos hermosos salmos de amor y de gloria para el Maestro que juntos hemos amado!

¿No es esto, Juan, tener el cielo en la tierra?

— ¡Tú lo has dicho María! —le contestó Juan con el rostro iluminado por una nueva luz—. Contigo a mi lado es como si volviera a vivir el Maestro porque tú eres María, i un pedacito de su corazón!...

¡Y ya no podré pedirle nada más a la vida!... ¡Nada más!...

— ¡Bravo, Johanín!..., te despertaste, por fin!... —decía Felipe dando palmoteos de alborozada alegría contagiosa para los demás que aplaudían también. Juan sonreía como avergonzado al ver que todos se habían dado cuenta del estado en que estuvo durante tanto tiempo.

María, muy seria y grave, como una matrona de cincuenta años dijo:

— ¡No veo la necesidad de que hagas tanto aspaviento, Felipe! ¡No es ninguna cosa del otro mundo!...

— Claro que no es del otro mundo, sino de éste! ¡Y bien de éste!...

— Continuaba Felipe como si una explosión de gozo le forzara a desahogarlo—.¡Miren que dos tórtolos que se arrullan es cosa muy de este mundo! ¡Por el Rey Salomón!... ¡Que fue tan enamorado!...

—Bueno, ¡basta ya! —ordenó María como una madre que pone orden en un alboroto infantil—. Aquí no tratamos de los amores de Salomón ni de cosa que se parezca. Cuando te haces el loco, Felipe ¡eres inaguantable! Dame castañas, que hasta ahora no me diste ninguna.

— ¡Perdón, madrecita!... ¡Olvidé que el amor despierta el apetito! —exclamó mimoso Felipe.

—Si no te muerdes la lengua me voy —dijo María levantándose entre las risas contenidas de todos.

— ¡No, no, por favor!... ¡Que ya me muerdo la lengua, me la trago y me hace la digestión!

— ¡Parece mentira que seas el Diácono Felipe!... Repréndelo Rhoda, tú que eres la viuda de su hermano mayor —arguyó María esforzándose por mantener su gravedad.

—Es que tú no conocías a Felipe en intimidad —intervino Juan temeroso de que una tensión de nervios le hiciera daño a María.

Si aún en presencia del Maestro jugaba así. No te preocupes. Es su carácter.

— ¡Gracias por la defensa amigo Juan!... ¡Te mereces cuatro castañas! ¡Toma!

Leandro entraba al comedor seguido de Boanerges y el Capitán.

— ¡Gracias a Dios que veo, por fin, caras de fiesta! —dijo mirando a todos uno por uno.

¿Qué vientos habrán rozado las blancas velas de nuestro barco? —añadió sonriente.

— ¡El vientecillo divino del amor, maestro Leandro!... —contestó de inmediato Felipe, que estaba en vena humorística y no podía cambiar.

— ¡Oh, muy bien! —exclamó Leandro—. Nuestro Capitán dice que mañana, antes del mediodía estaremos en el puerto de Rafia, y allí lo celebraremos como es debido. ¿Y quiénes son los que hicieron florecer el mirto?

—Juan y María —dijo de nuevo Felipe, señalándolos con un ademán muy expresivo.

— ¡Señor!... —intervino grave y seria María— Felipe es un chiquillo juguetón y sólo busca contagiarnos a todos con su alegría. No le hagas caso, señor...

www.formarse.com.ar

—Creo que hay algo más que juego —dijo Boanerges sentándose al lado de Juan—. Te veo más animado..., y también lo estoy yo, te lo aseguro.

—Parece que mi velero —añadió el Capitán— trae suerte a los que viajan en él. Que me la dé a mí también, y le haremos velas de púrpura —y los negros ojos de Saúl buscaron los de Rhoda, que los había bajado a las ardientes ascuas que brillaban en el brasero.

Desde el primer día de viaje, al joven Capitán le había llamado la atención aquella suave belleza pálida, enlutada y silenciosa que no atendía a nada más que al fino encaje que sus pequeñas manos tejían. Para ella no existía más que su libro de salmos y su cestilla de labor.

La curación de almas enfermas emprendida valientemente por el ex sacerdote de Osiris, iba dando flores y frutos al ciento por uno. Y hablando consigo mismo se decía:

— ¡Creo que cuando terminemos el viaje el único enfermo seré yo... ¡Oh, Divino Maestro del Apóstol Zebeo, acuérdate también de mí que soy el más enfermo de todos!

EN EL PUERTO DE RAFIA

Tal como anunciara el Capitán Saúl, a mitad de la mañana siguiente el "Quintus Arrius" echaba anclas en el hermoso puerto de Rafia, flanqueado al oriente por peñascosas colinas, últimas derivaciones de la cordillera que baja desde el alto Líbano hasta la Arabia de Piedra y remata en el histórico Monte Sinaí, sobre la costa del Mar Rojo.

Un hermoso sol de otoño ponía tintes de oro en las movibles olas y en las copas de los árboles que a su vez se teñían del ámbar y carmesí que precede a la inevitable caída de su verde esplendor. Y nuestros viajeros aceptaron la invitación del Capitán Saúl para visitar el puerto y la ciudad que ostentaba con orgullo viejos esplendores de otra época de .florecimiento que terminó con la triste derrota del Faraón Sabacon por los ejércitos invasores del Rey Sargon de Asiría.

Y el puerto y la ciudad de Rafia, parecían conservar aún a través de siete siglos los vestigios como recuerdos vivos de la barbarie inaudita de Sargon y de sus huestes guerreras, piratas organizados para la devastación de ciudades v pueblos con tan refinada crueldad que durante muchos siglos fueron el terror de los países más civilizado.

El Contramaestre del "Quintus Arrius" era originario cié Rafia y había obtenido plaza en la flota de Ithamar por recomendación del Príncipe Melchor.., Fue, pues, el experto guía para la excursión de nuestros viajaros en este importante puerto de Arabia Pétrea.

Tenía allí su madre viuda y cuatro hermanos menores, tres varones y una mujer. Su situación era, pues, igual que la del Capitán Saúl, o sea que sobre él pesaba toda la responsabilidad de la familia. Era una de las características de nuestro amigo Simónides el tomar con preferencia como colaboradores suyos en la vasta red comercial que manejaba a aquellos que por circunstancias especiales atendían a la manutención de vida familia sin padre. El joven Contramaestre que sólo tenía veinticinco años fue trasladado de un barco mercante al "Quintus Arrius" en su primer viaje al África. Y este traslado obedecía a dos motivos de importancia: a su pericia en la navegación de esa ruta y a que se le acordó una licencia de treinta días por grave enfermedad de su madre.

El "Quintus Arrius" hacía un viaje que puede llamarse de recreo y que no tenía prisa alguna de regreso. Todos estos pequeños detalles hacen ver a nuestro lector cuan razonables eran las afirmaciones del anciano Administrador de la fortuna colosal de la Casa Ithamar cuando le decía a su Soberano Rey de Israel años atrás: "Mis subordinados me sirven bien porque pago mejor aún que paga el César".

Simónides no olvidaba nunca que sus subordinados tenían corazón dentro del pecho y sabía ponerse a tono con las afecciones, necesidades y anhelos de todos los seres humanos.

Y en viajes de esta naturaleza surge espontáneo el compañerismo y una amistad tan franca y familiar que nuestros viajeros al bajar en Rafia quisieron visitar la familia del Contramaestre y más aún teniendo conocimiento de la enfermedad de su madre.

Lo primero que se presentaba a la vista del viajero allí, como formando parte de las peñascosas colinas, eran las ruinas de una antiquísima fortaleza que había sido el centinela avanzado que los Faraones de la vicésima quinta dinastía pusieron frente al mar y a la entrada de los caminos que venían del Norte. Aquella Fortaleza en ruinas era también panteón sepulcral venerado por los rafianos, pues se conservaba la tradición de que allí se refugió el Faraón y su familia, y allí quedaron sepultados, cuando las hordas asirías derribaron sus altivas torres y sus blancas almenas que se hundieron entre la humareda y las llamas del incendio devastador.

www.formarse.com.ar

A más de panteón sepulcral, era refugio de mendigos, de viejos paralíticos, de chicuelos raquíticos y sin padres y de perrillos sin dueño. Y estos míseros despojos de la sociedad humana, como raposas en sus cuevas, vivían bajo los escombros pues que la fortaleza de aquellas construcciones aún en ruinas, son capaces de proteger de la intemperie a los que carecen de un techo que los cobije. Merodeaban por las inmediaciones del puerto a la espera de la piedad de los viajeros. Y esta vez no esperaban en vano. Leandro al verles pensó en la *Aldea de los esclavos y* en el gozo que tendría el capitán Pedrito si pudiera recogerles en su barcaza "Amare Victun", llevarles al vetusto Castillo del Lago Merik y decirles: "Vivid felices entre el amor y la paz. Yo fui un mendigo como vosotros y el amor de un hombre bueno me dio la dicha".

Nuestros amigos galileos pensaban a su vez en la Santa Alianza de su tierra natal y decían:

—Allí no hay ya mendigos ni enfermos abandonados porque el amor del Hijo de Dios les dio a todos, trabajo honrado, pan, lumbre, y techo para que vivan su vida.

Todos fueren socorridos, y nuestros viajeros les prometieron hacer algo más por ellos en el tiempo que permanecieran en Rafia.

En la casa familiar del Contramaestre encontraron inquietud, ansiedad, y un dolor no disimulado ante la grave enfermedad de la madre y la ausencia del hijo mayor. Leandro y Felipe intervinieron de inmediato cerca de la enferma que sufría ahogos horribles y dolorosos espasmos. Era cardiaca, y su débil corazón afectado de muerte amenazaba paralizar sus latidos de un momento a otro. Esperaba la llegada del hijo para morir tranquila, según ella decía Era originaria del Estrecho de Mesina, sobre el Mar Jónico y su familia de elevada posición en otros tiempos había emigrado al África huyendo de luchas políticas y guerras civiles que les hicieron imposible la vida. En Rafia se había casado con un marino, un excelente hombre que la dejó viuda con cuatro hijos de poca edad, con el añadido de una hermanita menor suya, que venía a ser como otra hija, pues era de la misma edad de su única hija mujer. Pero esta niña era muda de nacimiento.

El Contramaestre hizo las presentaciones de su numerosa familia a sus amables compañeros de viaje que tan piadosamente compartían su dolor. Su madre se llamaba Cecilia de Reggio, ciudad puerto del Estrecho de Mesina; pero su hermanita Amada, lo mismo que todos sus hijos habían nacido en Rafia, donde ella encontró al que fue su marido.

Leandro, que había sido Pastóforo en los Templos de Osiris, tenía avanzados conocimientos en la Terapéutica de aquellos tiempos y sobre todo en las enfermedades mentales y relacionadas con el sistema nervioso. Felipe, con una larga práctica como auxiliar de los Terapeutas Esenios y más con cierta facultad intuitiva y fuerza magnética natural, pudieron darse cuenta de inmediato de que la muerte rondaba de muy cerca a la madre de Lucrecio, el Contramaestre, y aliviarla así mismo de los ataques de ahogos que la acometían a cada instante.

La situación financiera, sin ser desesperante, era algo estrecha, pues sólo trabajaban con eficiencia para el hogar los tíos hijos mayores. El tercero era pequeño, y la hija mujer con la niña muda atendía el hogar y a la madre enferma.

Era una familia de marinos y de músicos. Nazario el hijo segundo era Oficial primero en un velero destinado a correo y pasaje entre los puertos "de Rafia, Pelusio, Canope y Alejandría. Amada, hermana de Cecilia y casi su hija, pues que la crió desde la cuna donde quedó recién nacida a la muerte de su madre, tocaba admirablemente el arpa acompañada por la sobrina de su misma edad y por el niño menor de trece años, que ambos dominaban regularmente la cítara y el laúd. Y Boanerges, no obstante el ambiente de inquietud y de tristeza de la casa, se sintió en un rincón de cielo entre aquellos tres compañeros de arte.

En la tristeza dulce y suave de Amada la pobrecita muda, que no pudiendo expresar con palabras sus sentimientos lo hacía con las cuerdas doradas de su arpa, encontró el trovador de Mágdalo tal similitud con su propio sentir que se estableció de inmediato entre ellos una dulce corriente simpática. Era una lánguida belleza tropical de cabellos y ojos castaño claro, que eran el precioso ornato de una delicada fisonomía blanco-marfil que el rubor teñía suavemente cuando tocaba el arpa en presencia de extraños.

Y mientras Leandro y Felipe con el médico de cabecera y el Contramaestre conferenciaban aparte sobre el estado de la enferma, Amada y Boanerges junto a su lecho le daban una magnífica serenata, como si siempre, de toda la vida, se hubiesen acompañado en un dúo maravilloso.

Olvidando Boanerges que era muda, le hablaba expresándole su admiración por lo magníficamente que tocaba el arpa. Ella lo miraba tristemente limitándose a señales que querían significar su agradecimiento y colocaba su frágil manita sobre las cuerdas como mandándole callar.

— ¡Qué tristeza no poder hablar! —exclamó Boanerges de pronto y como desesperado

Amada movió la cabeza negativamente, pero no obstante sus ojos se cristalizaron de lágrimas.

www.formarse.com.ar

La enferma que los observaba le dijo:

—Si escribes la lengua de Roma, ella lee y escribe. A más, se expresa muy bien en el lenguaje mudo. Amada —dijo— pregúntale a este joven cómo se llama y de dónde viene.

Ella se sonrojó visiblemente y miró a su hermana con una mirada de suave reproche.

—Es sólo para que él vea cómo es el lenguaje mudo —añadió la enferma.

Entonces Amada hizo una serie de rápidos movimientos con sus dedos ágiles y finos.

—Le pregunta en qué país nació y cómo es su nombre.

—Nací en Siria Norte, a orillas del río Abana; pero como desde niño he vivido en Mágdalo de Galilea, me llaman Boanerges de Mágdalo.

— ¡Oh, de Mágdalo! —exclamó la enferma—. Allí vivía una hermana de mi madre casada con un griego ilustre descendiente de los Homéridas; pero murió muy joven dejando una hijita de pocos años, mi madre era de Lucania, en el Golfo de Tarento, pero mi padre era de Regio, en Mesina, y las hermanas se separaron para siempre.

La vida nos separa inexorablemente. Mi madre recordaba siempre con inmenso cariño a su hermana menor Nelia que el griego se la llevó al otro lado del mar.

—Me cabe la satisfacción —contestó Boanerges— de decirte, señora, que el Castillo de Mágdalo, donde fui acogido de niño, era la casa de esa hermana de tu madre y eme hoy lo posee su hija, Nelia María, como única dueña pues su padre murió hace varios años.

— ¡Oh! qué maravillosa casualidad! —exclamó gozosa la pobre enferma—. A mi madre la afectó mucho la muerte de Nelia y pensaba siempre en lo que sería de su hija sin madre. ¡Oh, qué cruel es la vida que nos separa siempre! ¿Y es dichosa Nelia María? ¿No se ha casado? ¿Qué clase de mujer es?

Eran muchas preguntas para contestar así, de improviso, y además el sensible trovador de Mágdalo venía luchando por curar su vieja herida de amor, que inconsciente la pobre enferma desgarraba de nuevo.

—Tiene mucha fortuna. La aldea de Mágdalo con los campos y bosques que le rodean son suyos. Hasta hoy no ha querido casarse, aunque ha tenido buenas oportunidades de hacerlo. Su alma era toda de la Grecia de Orfeo y de Hornero. En su Castillo se respiraba el aire de la Fuente Castalia y del Monte Parnaso. Pero después..., pasó por la Siria un personaje que los griegos de Delfos llamarían Apolo..., algo así como un Dios de Amor que obró en ella una completa transformación.

— ¿Pero es feliz? —volvió a preguntar la enferma.

—Eso..., eso señora sólo puede saberlo ella misma. Vive sola con su servidumbre, entre la cual me he contado yo hasta hace siete años en que ella me hizo notario auxiliar de su Administrador general.

—No sé por qué me parece que no es feliz la pobrecita. Si vuelves a Siria, quisiera acercarme a ella. ¡Pero soy tan enferma!

—Tal como yo la conozco a ella, creo que le daríais una grande alegría y ¡quién sabe!... Acaso fuera conveniente para ambas ese acercamiento —contestó Boanerges.

La entrada del médico con el Contramaestre puso fin a la conversación. Boanerges y Amada se retiraron hacia el interior de la casa *a.* un amplio patio sombreado de acacias que perdían las hojas y donde Leandro y Felipe conversaban animadamente, mientras Rhoda y María, con Juan y Nicanor se divertían con dos pequeños antílopes que jugueteaban sobre el verde césped más allá del jardín.

Una infinita compasión ponía su nota suave de ternura en la voz y los ojos de Boanerges mientras caminaba junto a Amada sin hablar palabra. ¡Ella era muda!

—Yo hablaré para ti, si es de tu gusto —le dijo.

Ella hizo con la cabeza señal afirmativa.

—Me gustaría mucho aprender a interpretar las señales de tu lenguaje

¿Querrás enseñármelas?

¿Desde cuándo tocas el arpa?

Amada contó los cinco dedos de su mano izquierda y luego dos de su derecha.

— ¿Siete años? —preguntó Boanerges.

La cabecita castaña de sedosos bucles afirmó que sí.

— ¿Sufres mucho por no poder hablar?

La jovencita no contestó, pero miró a Boanerges con sus dulces ojos llenos de tristeza y de lágrimas.

www.formarse.com.ar

— Tu hermana acaba de decir que vuestra madre era hermana de la madre de María de Mágdalo. ¿He comprendido bien?

Amada afirmó que sí.

—En tal caso, tú eres prima de ella y hasta creo que te le pareces bastante. ¿Te gustaría ir a verla?

Una ráfaga de luminosa alegría apareció en los dulces ojos de Amada y fue bastante clara contestación para Boanerges.

— ¿Quieres que te llevemos hacia ella a nuestro regreso?

Contestó con movimientos de cabeza que sí.

— ¿Cuántos años tienes de edad?

La joven puso ante Boanerges sus dos manos con los dedos abiertos. Luego cerró las manos y las volvió a abrir en igual forma. Luego levantó su índice. Boanerges contó mentalmente: dos veces diez y más uno.

—Veintiún años —dijo.

La niña afirmó que sí.

Boanerges refirió a la joven tan claramente como le fue posible el inmenso dolor en que vivía su prima desde diez años atrás debido a la espantosa tragedia de injusticia y de crimen que terminó en el Golghota. El joven trovador deshojaba como perlas negras, como hojas secas de un rosal muerto los dolorosos recuerdos que vivían intensos en su alma sensitiva, y su mirada se perdía a lo lejos como enredada en las amarillentas copas de los árboles del huerto que el viento del otoño iba desnudando lentamente.

Sintió un hondo sollozo a su lado y volvió la cabeza. Vio el rostro de Amada bañado en llanto que ella dejaba correr en silencio...

— ¡Perdón! —Clamó Boanerges— ¡no creí lastimarte tanto!... ¡pobre niña que tienes demasiado con tu propio dolor! Y aún vengo yo a aumentarlo con una historia de angustia.

La joven se sentó en un banco del jardín y puso su mano en el espacio vacío mirando a Boanerges con su sonrisa que aún lloraba. El comprendió la señal y se sentó a su lado.

—Veo Amada —le dijo— que tú padeces más que yo, doblemente más, porque estás impedida de expresar con palabras lo que siente tu corazón.

La muda afirmo que sí.

—Tú piensas en que al desaparecer tu hermana, cuyo mal es muy grave, quedas sola en el mundo, ¿no es verdad?

El bello rostro de Amada se contrajo en una angustia suprema y sus labios temblaron como los de un niño que va a llorar desesperadamente.

—Lo he comprendido bien —continuó Boanerges—. Los hijos de tu hermana seguirán sus caminos por el mundo, y tú ¡pobre niña! sin voz, sin palabra...; muda ¿qué podrías hacer para afrontar la vida?

Ella tomó suavemente una mano de Boanerges y buscó sus ojos con tan indefinible mirada de súplica, de ruego, de infinita angustia, que él no pudo contenerse y arrodillándole ante aquella atormentada criatura, estrechando sus frágiles manitas heladas entre las suyas le dijo con voz quebrada en la garganta por la emoción que le embargaba:

—No padezcas así, ¡te lo niego! Yo sufro también, y soy quizá más pobre que tú, más insignificante que tú, más humillado por la vida que tú, porque no conocí jamás a mis padres, ni sé de dónde vine, ni por qué vine, ni adonde voy!... ¡ Pero así como soy, te juro por este sol que nos alumbra que yo velaré por ti y cuidaré de ti todos los días de mi vida...; Aceptarás mi ofrecimiento?...

La pobre niña muda, ahogada por los sollozos, reposó su cabecita orlada de bucles castaños sobre aquel pecho amigo que tan noblemente le ofrecía amparo a su soledad. Y sus pequeña manos que temblaban se apretaron más a la diestra franca y generosa del extranjero desconocido que así le brindaba amparo cuando estaba al borde de un abismo.

Cuando aquella explosión de dolor se hubo calmado, Amada se levantó haciendo a Boanerges señal de seguirla. Le condujo a una pequeña salita al fondo de la cual caía hasta el suelo una pesada cortina que él pensó, escondía una alcoba. Como respaldo de un pupitre de caoba había un lienzo pintado al óleo que representaba dos bellas jóvenes ataviadas con los trajes típicos usados por las mujeres del Golfo de Tarento en la fiesta clásica de la Primavera.

Aparecían coronadas de rosas y llevando cada una al brazo una cesta tejida de cintas, y llena de palomas blancas cuyos negros ojillos vivos y atrevidos daban la impresión de un ansia inquieta de tender el vuelo. Aquellas imágenes sonreían felices ante la vida que era de seguro para ellas una interminable primavera.

Boanerges contempló aquel lienzo y meditó en silencio. La intuición acudió en su ayuda.

— ¿Quién pintó este lienzo?

Amada se señaló a sí misma con una palmadita en su pecho.

— Entonces ¿eres música y pintora?

La niña sonriendo graciosamente afirmó que sí, y le hizo ver unos cuantos lienzos de paisajes regionales que había en los marcos y algunos en un rincón de la salita.

Boanerges volvió a mirar el gran lienzo. Encentró que las dos jóvenes, una era rubia y la otra de cabello castaño, muy parecidas entre ellas.

Se veía claro que eran hermanas. Y Boanerges dijo sin temor de equivocarse:

—Esta debe ser tu madre; y esta otra es la madre de María de Mágdalo. ¿Acerté? —Una viva expresión de júbilo en el rostro de Amada le contestó que era así.

—Si tú accedes a venir con nosotros a Palestina llevaremos este lienzo a la señora del Castillo. ¿Estás de acuerdo?

La niña muda contestó que sí.

Luego entró detrás de la cortina que ocultaba la alcoba y sacó un cofrecito lleno de documentos y en el fondo brillaban unas cuantas monedas de oro.

La joven ató los documentos con una cinta. Los envolvió en un fajo de tela de lino y se lo dio.

— ¿Qué hago con esto? —preguntó Boanerges.

La niña pensó, vaciló un momento, lo miró a los ojos, y luego con un ligero temblor en las manos, abrió en el pecho el cierre de la túnica de Boanerges y escondió allí el fajo de documentos. Lo volvió a mirar como para asegurarse de que no lo había disgustado.

—Está bien, está bien— le contestó él.

La jovencita tomó las monedas de oro que eran diez, las escondió en un bolsillo pequeño y tomando la mano de Boanerges, lo puso en la palma y cerró los dedos.

— ¡No! ¡Esto no! —le dijo él—. Esto guárdalo para ti, es tuyo y puedes necesitarlo.

Ella demostró inquietud y deseo de ser comprendida. Vacilaba... pensaba Y por fin hizo una señal con la mano como a larga distancia.

— ¡Ya comprendo! —le dijo él— ¿Piensas que estas monedas son para pagar tu viaje?

La niña rió contenta de ser entendida.

—No es necesario querida mía. En Palestina formamos una Hermandad en la cual tenemos cuanto necesitamos si somos fieles al ideal sustentado por ella. El velero en que viajamos es pues como nuestro y no pagamos nada.

El rostro bello y suave como un lirio tomó una expresión de gozo divino y dejó caer el pequeño bolso en el cofre como convencida de que en aquel extraño país el oro no era necesario para la vida.

—También en Alejandría y en algunas capitales de Arabia, el Príncipe Melchor fundó la misma Hermandad. El conoció al hijo de tu hermana que por recomendación de él está al servicio de nuestra Hermandad.

La muda hizo señal afirmativa y rápidamente descubrió un lienzo que estaba en su soporte, y se lo señaló a Boanerges.

Era un retrato del Príncipe Melchor con la vestidura de los hierofantes del Templo de Osiris.

— ¡El Príncipe Melchor! —exclamó Boanerges— ¿Cómo has pintado esto?

La niña le enseñó un pequeño rectángulo de loza en que aparecía en miniatura la misma imagen que ella había copiado en el lienzo.

Mientras ocurría esto en un rinconcillo apartado de la casa, el Capitán con Nicanor, Juan, María y Rhoda, paseaban por el hermoso parquecito que la rodeaba circundado por una buena balaustrada de piedra.

María con Juan y Nicanor caminaban muy despacio y a ratos se sentaban en el borde de una fuente o en alguno de los bancos solitarios sobre los cuales se deshojaban los árboles, cuidando de no fatigar a María.

De pronto les alcanzó Felipe en cuyo alterado semblante conocieron que algo grave ocurría en la casa.

www.formarse.com.ar

- ¡Ya terminó todo! —les dijo—. ¡Qué triste augurio para un viaje! ¡Venir a presenciar una muerte!

— ¡Pobres hijos! —exclamó María y se dejó caer sin fuerzas sobre un banco.

Sabiendo Felipe que de todos los presentes, ella era el punto más débil se le acercó enseguida—.

—No te impresiones, no te asustes, domina tu sensibilidad. Bebe esto —le dijo y la joven obedeció—.

Llévala al barco Juan que nada bueno puede sacar de las escenas que aquí verá —añadió Felipe.

— ¡No! —dijo María—. Sería una cobardía imperdonable no compartir con el Contramaestre y sus hermanos el dolor de este momento. No, no me iré.

—Y ¿si te enfermas? —preguntó Juan todo asustado.

—Nuestro Divino Señor me dará la fuerza necesaria para consolar a los que sufren—. El Capitán tomó de la mano a Rhoda que tampoco se demostraba muy serena.

Advirtiéndolo Felipe, la obligó a beber el tonificante que había bebido María —Vamos todos allá —dijo. Pero Rhoda se quedaba atrás vacilante.

— ¿Te sientes mal? —le preguntó Saúl.

—Hace tan poco —dijo ella— que presencié dolorosas escenas de muerte y de llanto que no me siento con valor.

— ¿Quieres volver al barco? —le preguntó de nuevo Saúl.

—Sería mejor —dijo ella—. Yo no significo nada aquí en estas circunstancias y creo que la familia comprenderá este momento mío de debilidad.

El puerto quedaba a doscientos pasos escasos y Saúl se disponía a llevar a Rhoda cuando apareció Leandro a buscarlo.

—Capitán Saúl —le dijo— creo que es necesaria tu presencia. El Contramaestre se quiere matar sobre el cadáver de su madre y su hermano lucha con él.

Saúl corrió desesperado y Leandro se encargó de Rhoda y llamó a Juan y a María.

—Ninguna de ellas dos —dijo— deben entrar en la alcoba mortuoria. Quédate aquí con ellas que Felipe, Nicanor y yo hacemos falta allá adentro.

Y rápido se fueron los tres.

Boanerges y Amada entraban al mismo tiempo a la alcoba por una puerta interior- La pobre niña muda se acercó lentamente al lecho y miró con sus ojos espantados muy abiertos el cadáver de su hermana. Un grito agudo como un quejido se exhaló de sus labios y cayó de rodillas junto al lecho descansando su cabeza sobre la mano tibia, laciamente abandonada por la vida. Y una tempestad de sollozos sacudió aquel frágil cuerpo arrodillado que en ese instante no era más que un montoncito de angustia ante los tristes despojos de la muerte. Boanerges se acercó a ella y le dijo al oído buscando consolarla:

—Piensa que no estás sola en el mundo, porque yo estoy aquí.

En ese momento se le acercó el hijo menor, de doce años y abrazándose del cuello de Amada le dijo entre su llanto:

—Ya no tengo madre, Amada. ¿No serás tú la madre mía de hoy en adelante?

La niña muda lo miró con asombrados ojos llenos de llanto, y miró luego a Boanerges que estaba a su lado. Este comprendió lo que esa mirada significaba y contestó al niño angustiado:

— ¡Si, hijo mío, ella será tu madre! Y fue entonces que el llanto contenido durante tanto tiempo se desbordó como un torrente del corazón de Boanerges, y abrazando las cabezas unidas de Amada y del pobre niño sin madre, lloró como hacía diez años que no lloraba.

Había llorado con igual angustia cuando vio morir al Divino Maestro que había sido el árbol frondoso que le diera sombra desde su niñez desvalida y solitaria. Sólo El supo comprender las ansias infinitas y jamás satisfechas de su corazón de visionario, de soñador, de incansable buscador de algo que en la tierra no había para él. La angustia de aquel niño que perdía la sombra augusta y piadosa de su madre, le despertó vivo y desgarrador todo el mundo de dolorosos recuerdos que desde diez años atrás dormían en su yo íntimo, y todo ello unido a ese oculto amor que vivía como una llama encendida en un sagrario, ignorado, incomprendido de todos, era ya demasiado para que él tuviera la fuerza de aquietarse y ocultarlo.

Y entonces fue Amada, la pobre niña muda quien le devolvió sin hablar la misma frase de consuelo' que él le había dado cuando dijo: "Piensa que no estás sola en el mundo porque yo estoy aquí".

Se acercó a él, le apartó del rostro las manos que lo ocultaban y lo obligó a mirarla. La hermosa cabeza del trovador como un pájaro herido que busca un sitio para morir, se apoyó sobre el hombro de Amada, mientras le decía a media voz:

—Te he comprendido. Ya sé que estás a mi lado para unir tu soledad a la mía.

Dos días después aquella casa quedaba cerrada al cuidado de antiguos criados fieles, y partían todos juntos hacia Alejandría donde en quietud y reposo, organizarían de nuevo la vida aquellos a quienes la muerte había dejado sin madre.

Durante los dos días que estuvieron en Rafia, Felipe se dio cuenta de que al Capitán Saúl no le era indiferente su cuñada, la dulce Rhoda que tanto merecía el amor y la confianza de un hombre noble, inteligente y fiel.

Y con su chispa habitual que se despertaba de nuevo después de las tristezas mortuorias que acababan de pasar, le decía en secreto a Leandro con el cual había hecho una firme amistad:

—Parece que el Capitán Saúl me exime con ventaja del deber que me impone la Ley. Creo que no seré yo el nuevo esposo de Rhoda.

—Así lo creo también. —Le contestaba Leandro con grande satisfacción de los dos.

Antes de partir de Rafia, Juan, Felipe y Nicanor visitaron el recinto de la Santa Alianza que en Arabia se llamaba *"Espiral de Incienso",* fundada por el Príncipe Melchor cuando el Divino Maestro le visitó en su gran Santuario del Monte Hor.

Era director el maestro Nerebín que conoció el Cristo Ungido de Dios en su estadía en el Santuario del Monte Hor. Por entonces era sólo uno de los discípulos adelantados de esa Escuela de Divina Sabiduría en la que fue consagrado maestro dos años después.

Le secundaban eficazmente en su tarea de enseñanza espiritual y moral, los alumnos de una de las Escuelas de enseñanza superior que el Príncipe Melchor tenia fundada en Rafia desde veinte años atrás.

Esta cordial visita de los hermanos de Palestina estrechó los vínculos entre ambas Instituciones cuyos principios eran iguales como lo eran así mismo las obras de misericordia que constituían su principal objetivo. Y la *Espiral de Incienso,* precioso recuerdo del Príncipe Melchor, envolvió amorosamente a los mendigas v huérfanos que nuestros viajeros encontraron entre los escombros cubiertos de hiedra de la Fortaleza del Faraón Sabacón.

Y el maestro Nerebín decía a Juan, Felipe y Nicanor:

—Creedme que nos cuesta aclimatar en nuestros Refugios a estas avecillas vagabundas que parecen hallar placer en andar por las calles exhibiendo su dolor y su miseria. No les es fácil adaptarse a una vida metódica y ordenada después de haber pasado años comiendo cuando encontraban un mendrugo y durmiendo cuando les vencía el sueño.

La extrema escasez y miseria en que han vivido, ha creado en ellos hábitos de tal egoísmo y mezquindad, de hurto y de rapiña, que cuesta mucho convencerles de que en los Refugios no tienen necesidad ni de acaparar, ni de robar comestibles o ropas, pues que de todo se les provee cuando lo necesitan. Hechos a vivir en una triste promiscuidad de edades y sexos, encuentran un excesivo rigorismo en las ordenanzas y disciplina que necesariamente se imponen en toda institución tendiente a educar y moralizar a las muchedumbres.

No sé si a vosotros os ocurrirá lo mismo en Palestina —terminó diciendo el maestro Nerebín.

—-De nosotros tres —respondió Felipe— soy yo el que más he intervenido en los protegidos de la Santa Alianza, y puedo deciros que las costumbres hebreas se han mantenido hasta hoy un poco más elevadas creo, que el resto del mundo.

Y pienso que esto se debe en gran parte a la obra silenciosa y desconocida de los Terapeutas Esenios que alrededor de cada Santuario oculto en las montañas, ellos han acercado las familias humildes del bajo pueblo; y la esperanza del Mesías prometido desde años atrás, y después el contacto con el mismo Divino Ungido que anduvo entre ellos remediándoles sus necesidades y aliviándoles su pena y su dolor, ha debido influir necesariamente en esa masa popular, modificándola y purificándola.

—Es indudable —dijo Nerebín— que el pueblo escogido por el Señor para tomar allí cuerpo físico, debía ser algo superior a los demás pueblos. Esperemos que su doctrina de salvación se haga carne en todos los pueblos de la tierra. — De pronto se absorbió mirando sobre la cabeza de Juan con gran fijeza—.

Me parece —le dijo— que tú estás destinado a volar muy alto.

— ¿Yo? —preguntó Juan extrañado—. Pues hasta ahora estuve a menor altura que todos porque la terrible tragedia que puso fin a la vida de nuestro Señor y Maestro me ha tenido enfermo del alma durante diez años.

www.formarse.com.ar

—Lo comprendo. Nuestro Maestro Melchor que era fuerte como un roble vino muriendo y costó hacerle reaccionar. Te lo he dicho porque hubo un momento en que vi detrás de tu cabeza dos alas como dos llamas de fuego. Y en nuestro simbolismo exotérico, eso significa un gran vuelo espiritual.

—Juan es uno de los Doce íntimos del Divino Maestro —dijo Felipe—. Es el más joven de todos ellos.

—Si —dijo Juan— y también el que no hizo nada por El hasta ahora.

—Ya lo harás en adelante —añadió el maestro Nerebin—. Y cuando esas alas de fuego se tiendan a volar, acuérdate de mí, quiero entonces estar a tu lado.

—No lo olvidaré —dijo Juan estrechando la mano que Nerebín le tendía.

Durante esta conversación Nicanor había buscado y traído a los mendigos y chicuelos harapientos que encontraron en las ruinas para dejarles ya seguros al amparo de aquella Institución de socorros, hermana de la Santa Alianza.

Después de visitar los distintos pabellones de los refugiados, se despidieron prometiendo una segunda visita al regreso de Alejandría.

EL CAPITÁN PEDRITO ESPERABA

Dos días antes de zarpar el velero *"Quintus Arrius"* del Puerto de Joppe, Leandro entregó a un buque de pasaje y carga, una epístola para Zebeo dirigida a la Escuela que conservaba el recuerdo y el nombre del maestro Filón. El antiguo portero, visitante asiduo de la Aldea de los Esclavos, se la haría llegar. En ella anunciaba el regreso acompañado de los viajeros galileos.

Los viajeros que se añadieron en Rafia serían una sorpresa inesperada, pero en el viejo castillo de la princesa Thimetis transformado en Escuela-Refugio y Santuario estaba seguro Leandro de que todos cabían holgadamente. Y en el corazón de Zebeo, ¡no se diga!... Era un huerto de amor donde cabían todos los que buscaban amor, consuelo y esperanza.

Y desde que la epístola de Leandro llegó a manos de Zebeo, el Capitán Pedrito con su barcaza *"Amare Victum" y* sus veinte remeros anclaban en el puerto de Alejandría a la espera de los viajeros. Sabían que venían hermanos de su padre Zebeo; lo veía a él ebrio de gozo cada vez que mencionaba los nombres de Juan, de la pequeña María, de Martha y Lázaro de la Aldea de Bethania, el reposo dulce del Divino Maestro, del trovador Boanerges el de las canciones como gorjeos de ruiseñores en el dormido silencio de las noches de luna, de Felipe, Nicanor y Adín formando un alegre trío dispuestos a la jovialidad propia de los corazones sanos, sinceros y nobles.

¿Cómo no habría de estar Pedrito con el corazón como una flor de esperan-?a y con ansia loca de conocer aquellos hermanos sirios de su buen padre Zebeo? la barcaza como una matrona antigua vestía de toda gala, y sus cabinas habían sido adornadas de cortinillas nuevas, de»nuevos espartos en el piso, de lindas cubiertas recién tejidas sus divanes, mesas y bancos de reposo.

Las habitaciones del Castillo brillaban de limpias. El oratorio rebosaba de flores y de cirios nuevos; el Comedor como un jardín de invierno poblado de helechos y begonias, y los viejos muros orlados de guirnaldas de madreselvas y rosas.

Thabita y Pedrito eran felices, con el gozo de su padre Zebeo - que a los diez años de dejar su tierra natal recibía de su Maestro la divina compensación del abrazo de sus hermanos.

La Aldea de los Esclavos, se veía por vez primera en víspera de una fiesta, y el humilde caserío y las tiendas ostentaban en mástiles plantados de ex profeso pabelloncitos amarillos con una estrella azul al centro.

Con inauditos esfuerzos entre todos los hombres habían trasladado los obeliscos pequeños que desde innumerables años servían de adorno en el parque del Castillo, y con ellos habían formado un frente a la entrada a la aldea intercalados con palmeritas nuevas que le daban el lucido aspecto de entrada a un parque de recreo.

El director de estos trabajos de embellecimiento de la humilde Aldea era Narciso el compañero de Leandro, que por su amor al hijo de Liana, se sentía capaz de remover el mundo.

— ¡Oh los prodigios del amor! —decía Zebeo contemplando como en un éxtasis las transformaciones de las almas al impulso poderoso del amor ofrendado con absoluto desinterés.

Y por fin, a mitad de una dorada mañana otoñal, tibia y risueña, avistaron de lejos la barcaza *"Amare Victum"* que se acercaba majestuosamente por el canal con todas sus velas desplegadas y flameando en el palo mayor el pabellón de la estrella azul, que era la señal convenida de que volvía con los viajeros a bordo.

www.formarse.com.ar

Toda la Aldea y los habitantes del Castillo rodeaban el pequeño muelle; y en la borda del *"Amare Victum"* se agitaban muchos pañuelos blancos como alas que ansiaban volar.

¡El abrazo de Juan y Zebeo era digno de ser inmortalizado en un lienzo! ¡Se habían amado tanto en los años felices que vivieron juntos en torno al Divino Maestro y hacía diez años que no se veían!...

Cuando se desprendieron uno de otro, ambos tenían el rostro bañado en llanto. Y después desfilaron por los brazos de Zebeo, Lázaro, Martha, Boanerges, la pequeña María, Felipe, Nicanor, Adín...

— ¿Y para mí ya no queda nada? —preguntó Leandro acercándose sonriente a Zebeo su gran amigo de última hora.

— ¡Oh, también alcanza para ti el montoncito de tierra! —le contestó el Apóstol abrazándole cariñosamente.

Después vinieron las presentaciones habituales. Pedrito ya se había hecho amigo de todos y estaba encantado de los hermanos de su padre Zebeo.

Con los de Rafia que estaban aún tan doloridos por la reciente muerte de su madre, naturalmente la entrevista primera tuvo dejos de tristeza y de amarguras. No obstante, a Pedrito le cayó muy en gracia el Contramaestre Lucrecio por su pericia como marino del cual podía tomar buenas lecciones.

Las tres jóvenes María, Amada y Alvina le parecieron hadas de algún paraíso escondido que tendría el Padre Celestial quien sabe dónde.. ¡Oh todos eran una maravilla para el noble y sano corazón de Pedrito!

¡Nunca se vio la Aldea de los Esclavos con tanta felicidad como aquel día!

Thabita, a su vez, como ama de casa, con todas sus compañeras del coro y de los talleres se multiplicaban para hacer dulce y amable la llegada de los viajeros.

— ¡Zebeo hermano mío!... —decía entusiasmado Juan—. Todo esto que veo es un maravilloso prodigio, un estupendo milagro que has hecho en homenaje a nuestro divino Señor!...

—O que lo ha hecho El para levantarme a mí que estaba como un lagarto dormido en un pajonal —le contestaba Zebeo—. ¡Oh Juan! ¡Tú no sabes como yo estaba!

—No estarías seguramente peor que yo, aletargado en completa inercia durante los diez largos años que han pasado.

— ¿Y ahora ?... —preguntó Zebeo.

—Ahora vengo a contagiarme de tu optimismo, de tu esperanza... Vengo para que me ayudes a vivir de nuevo Zebeo, ¡para El... sólo para El!

Las doncellas del Coro compañeras de Thabita se llenaron de júbilo al ver el arpa de Amada, la cítara y los laudes de Boanerges, Alvina y Fidel. ¡Toda una familia de músicos!

— ¡Oh! ¡Nuestra aldea hasta puede organizar un concierto rival del que nos brindan todos los días los ruiseñores del parque al amanecer!

Pero cuando supieron que la jovencita del arpa era muda en todos los rostros murió la alegría y hasta en algunos ojos aparecieron lágrimas.

— ¡Pobrecita!... —fue la frase que sonó en todos los labios.

Boanerges que estaba a su lado, pasó el brazo por su espalda como en un suave abrazo de protección y dijo;

—Ella habla con el arpa y si vierais ¡qué bien se hace comprender!

Thabita se le acercó maternalmente y le dijo acariciándola:

— ¡No importa! El hablar no es toda la dicha de la vida. Y aquí hemos aprendido del Apóstol Zebeo a hacer dichosos a todos, ¡aún a los que no saben hablar! Que lo diga sino mi padre Leandro que os ha traído a todos y también el maestro Narciso que ninguno de los dos hablaban.

Todos festejaron la oportuna alusión de Thabita, y como una bandada de golondrinas se dispersaron, por el Castillo, por el parque, pasaron al viejo templo convertido en Refugio de ancianos y taller de carpintería, a los huertos tapizados de frescas hortalizas, a los pequeños botes de cruzar el lago, á los depósitos de leña preparada para arder en las estufas en el próximo invierno y hasta visitaron el gran horno donde se doraba el pan familiar que habían de ver sobre la mesa del festín en ese mismo día.

El ambiente de paz, de compañerismo, de fraternal amor que se respiraba a pleno pulmón en la Aldea de los Esclavos fue el más poderoso fortificante para las almas deprimidas y tristes que habían venido de tierras lejanas donde el veneno del egoísmo y del odio iba envenenando lentamente los corazones.

El lector se pintará por sí mismo imaginativamente lo que fue la comida de mediodía.

La llegada al comedor fue una sorpresa tan admirable que los dejó a todos en suspenso agrupados en la gran puerta de entrada abierta de par en par por Zebeo.

Aparecía al frente un lienzo pintado al óleo por el maestro Aldebarán, uno He los alumnos del Príncipe Melchor que se consagró maestro en el Monte Hor poco después de la estadía del Verbo de Dios en dicho Santuario. Había conservado en su retina la visión de aquella fisonomía única y sobre todo su mirada llena de luz y de dulzura infinita.

Representaba al Maestro de frente y de pié sobre una verde colina, con sus manos tendidas hacia adelante como incitando a acercarse a El. Y al pié del lienzo estas palabras suyas pronunciadas ante una multitud doliente a orillas del Mar de Galilea: "Venid a Mí los que estáis cansados porque lleváis pesadas cargas y yo os aliviaré".

Zebeo le había escuchado decir esas palabras, y fue el inspirador de ese lienzo en tal actitud.

Los tres más aventajados discípulos del Príncipe Melchor: Yúsufu-Dan, Nerebín y Aldebarán fueron tres fuertes báculos para Matheo y Zebeo en el desenvolvimiento de su apostolado en el África.

El cambio de escenario y de vida fue de tanta eficacia para los viajeros aun para los que tenían la honda pena de la reciente muerte de la madre, que seis días después organizaban una excursión al Valle de las Pirámides.

Les condujo el Capitán Pedrito en su barcaza *"Amare Victum",* saliendo muy de madrugada con la idea de pasar allí todo el día y regresar a la noche con la luz de la luna.

En todos los corazones se atenuaron las penas y el más dichoso de todos era el apóstol Zebeo viendo aquel florecimiento de amor y de esperanza que era para él como una divina compensación de su Maestro, a lo poco que había podido hacer su *mantoncito de tierra.*

Los músicos llevaron sus instrumentos y en el Valle de las Pirámides, escuchando el rumor de las olas del Nilo, organizaron un concierto que tuvo profundas repercusiones en tantos corazones jóvenes que esperaban el amor con la misma placidez y quietud con que los antiguos patriarcas nómades esperaban a la puerta de sus tiendas las primeras brisas primaverales y la vuelta de las golondrinas en busca de las tibiezas del estío.

Y el amor llegó para ellos a la dulce sombra del alma de Zebeo apóstol *de* Cristo, en la que tan hondamente quedara grabada la Idea Divina del Verbo Luz del mundo:

"EL AMOR SALVA TODOS LOS ABISMOS"

Boanerges fue designado director de orquesta y desempeñó su papel con la eficiente cooperación de Amada la niña muda, de su sobrina Alvina, del pequeño Fidel, de algunas de las doncellas del Coro que tocaban la ocarina, la cítara y el laúd.

El Capitán Pedrito había olvidado su barcaza y cuanto a ella concernía y sentado en la arena de la playa estaba en éxtasis escuchando el concierto maravilloso de las cuerdas y sintiendo el concierto más maravilloso aún de los corazones que vibraban al unísono.

Boanerges cantó a dúo con Alvina una antigua canción que él había compuesto en los jardines rumorosos de Mágdalo cuando aún vivía en la tierra el Divino Maestro:

Sosiega el alma y descansa
Cuando ha sentido al amor
Que viene sembrando rosas
Del color de su ilusión.

El rosal perdía vida
Sus capullos el color...
Todo moría en el huerto
Porque faltaba el amor

Hoy la lámpara ha encendido
Su radiante claridad

www.formarse.com.ar

Que nunca los vendavales
Podrán de nuevo apagar.

Estaba seca la fuente
Y ha brotado el manantial
Que la llena de agua clara
Hasta hacerla desbordar!...

Canta el alma como el ave
En las ramas del pinar
Cuando siente al ave hermana
Que responde a su cantar!

Un estruendo de aplausos premió a los trovadores.

El Nilo seguía murmurando canciones, el sol de otoño resplandecía como polvo de oro sobre los viejos monumentos funerarios de los Faraones, y en algunas almas que en éxtasis bebían las tiernas estrofas de Boanerges aleteaba febrilmente la ilusión...y el hada blanca de la esperanza tejía su guirnalda de mirtos y de rosas para anudar corazones que lloraban en la soledad...

¡Oh caprichos traviesos de la traviesa casualidad!...

Sin que nadie supiera como ni cuando, la canción del trovador de Mágdalo había -llevado al Capitán Saúl junto a Rhoda, a Juan junto a María; en las rodillas de Boanerges se apoyaba el arpa de Amada y el Capitán Pedrito jugueteaba distraídamente con el borde del manto color violeta que cubría los hombros de la dulce Alvina sentada en la arena mientras cantaba...

¡Oh! El Capitán Pedrito había esperado tantos días en la rada de Alejandría y ahora...

¡Esperaba que el alma hermana... respondiera a su cantar!...

El apóstol Zebeo sentado junto a Thabita su lamparilla de amor abnegado y silencioso que se daba entero sin pedir nada; con Leandro y Narciso al lado, parecía un sereno patriarca de otras edades que contemplaba aquellos cuadros de ternura como miniaturas luminosas en la grisácea inmensidad del desierto, mientras su voz temblando de emoción repetía a sus dos compañeros de apostolado las palabras que ocho mil años atrás dijera Bohindra el Rey Kobda de la prehistoria:

—"¡Basta Señor basta!... ¡que en este corazón de arcilla no cabe ni una gota más!"

¡Tales son las divinas compensaciones cuando el alma entregada a la Suprema Voluntad manifestada en la Ley Eterna y en los acontecimientos no buscados sino encontrados como una perla entre guijarros, camina sin desviaciones, sin interés y sin cálculos egoístas por el iluminado senderillo de los designios divinos!...

Cuando el sol comenzaba a declinar, aquella alborozada juventud que por breves horas olvidara sus tristezas del momento, aquietaba Lis alas blancas y tenues de la fantasía y sentándose en parejas o en grupos en los bloques removidos de los viejos monumentos funerarios se abstraían en serias meditaciones provocadas por los recuerdos que ellos despertaban.

Juan y la pequeña María, Lázaro y Martha recordaban muy bien haber escuchado de los labios del Divino Maestro el relato de su breve estadía en el Valle de las Pirámides donde abrieron las tiendas con el Príncipe Melchor, el maestro Filón y el Arqueólogo del Museo de Alejandría. El amor daba vida nueva a aquellos recuerdos y los de más viva imaginación creían verle por momentos aparecer con su túnica blanca y su manto azul a la sombra de los grandes colosos faraónicos que fueron testigos de sus luminosos pensamientos y de sus desbordamientos de amor para sus semejantes.

La imaginación de Juan empezó a revolotear como un pajarillo enjaulado y de pronto se levantó sin decir palabra y comenzó a medir con largos pasos desde la gran pirámide hacia occidente en línea recta. Cuando contó cincuenta pasos se detuvo y quedó allí plantado como una estatua.

María se levantó a su vez y fue hacia él adivinando la borrasca que de nuevo se levantaba en el mundo interno de Juan.

— ¿Puedo saber yo lo que estás pensando Juan? —le preguntó dulcemente.

Con una voz queda y trémula que casi lloraba le contestó:

www.formarse.com.ar

—En este mismo sitio donde estamos parados tú y ye estuvo la tienda donde nuestro Señor vivió, comió, durmió durante algunos días. Y estas movibles arenas frías y mudas, no han guardado las huellas de sus pies, ni el aire el eco de su voz, ni la luz su imagen querida...

¡Oh María! ... ¡Tengo que convencerme de verdad que a mi Maestro no lo tengo más!... ¡ que pasó como un luminoso cometa por mi oscuro horizonte, y que de El solo me queda el recuerdo!...

¡Oh por qué María!... ¿por que no está El con nosotros?...

Juan apoyó su cabeza dorada por los últimos resplandores del sol, sobre la cabecita tocada de blanco que estaba a su lado y en la cual fueron cayendo las gotas ardientes de su llanto silencioso. Las lágrimas de ambos cayeron sobre aquellas mudas arenas que los pies del amado Maestro habían hollado...

Algo así como un vivo resplandor del ocaso les envolvió de pronto produciéndoles un gozoso deslumbramiento. Y entre ese sutil velo de oro que les envolvía percibieron la faz resplandeciente del Cristo que les sonreía mientras sus brazos etéreos unían las dos cabezas de carne a la suya intangible, y una voz muy honda dulce y suave resonaba en lo más profundo de sus almas: *"No lloréis con tanta amargura que yo estoy con vosotros"...*

Los dos cayeron de rodillas sobre la arena con las manos enlazadas para aprisionar la imagen querida que estaba entre ellos.

Lázaro y Martha que habían estado mirándoles desde que caminaron los cincuenta pasos hacia occidente, no les vieron de pronto. El sol del ocaso parecía haberlos envuelto en un resplandor de oro. Sus ávidos ojos miraban ansiosamente hacia aquel sitio donde a poco aparecieron Juan y María de rodillas y como absortos en una contemplación extática.

Lázaro y Martha se les acercaron con ojos inquisidores.

— ¿Qué os pasa? ¿Qué hacéis?

— ¡Le hemos visto!... ¡Estuvo aquí!... ¡Aquí mismo!... —continuó María entre un mar de lágrimas... Juan los miraba sin hablar con los ojos inundados de llanto.

Cuando la ola intensa de emoción hubo pasado, Lázaro dominando también su emoción les dijo:

—El Señor bendice en la soledad inmensa del desierto, la unión de vuestras dos almas para que Juan responda de una vez a lo que El espera de ti.

— ¡Ahora responderé!... Lo prometo a la última claridad de este sol poniente entre cuyos resplandores habló a mi alma la voz divina del Hijo de "Dios —contestó el joven apóstol como el que pronuncia un voto solemne, un juramento sagrado, una profecía que cortaba el aire como el eco de una clarinada de triunfo.

Y fue en verdad el corte definitivo de todas las vacilaciones, los pesimismos y desalientos de Juan. Desde esa hora feliz e inolvidable de su vida, el dilecto apóstol de Cristo, comenzó a extender sus alas dormidas que ya no sintieron el cansancio de volar, que ya nunca se cerraron hasta escalar la cima luminosa de la unión íntima con la Divinidad.

Los cuatro se acercaron al grupo patriarcal de Zebeo, Leandro, Narciso y Felipe que ya había vuelto de la Esfinge con la respuesta esperada.

—La Esfinge piensa como yo —dijo— ¡o sea que la Justicia Divina tardará aún unos pocos años, pero cuando llegue será como un huracán de sangre y fuego que no dejará piedra sobre piedra, tal como lo dijo nuestro inolvidable Señor!

—Exacto. Felipe, exacto —dijo Zebeo.

Al mismo momento que Juan y María escuchaban la voz íntima del Divino Maestro que en el fondo de sus corazones respondía a su llorar por El, otros corazones anhelantes de unos mendrugos de dicha que todos indistintamente buscamos, se interrogaban en silencio a sí mismos:

—"¿Realizaré esta unión? ¿Me traerá la felicidad o la desdicha? ¿Deberé realizarla cuando el alma conserva vivo el recuerdo de otro amor? ¿Tendré la capacidad de hacer la felicidad del corazón que se me entrega tan, insoluta y confiadamente? ¿Será ese corazón perseverante en sus sentimientos hasta el final de la vida?"

El sol descendía en el ocaso, la suave penumbra de esa hora solemne y melancólica que tiene mucho de místicas resonancias, y de invisibles presencias de santuario solitario, pareció aquietar todas las jubilosas alegrías que una hora antes llenaban el aire del desierto Valle de las Pirámides con risas cristalinas y voces que llamaban o que reían.

www.formarse.com.ar

—Entre los nativos de este país —dijo de pronto el Capitán Pedrito— hay una tradición antigua y popular, y consiste en preguntar a esta colosal Esfinge, eternamente echada sobre sus patas mirando al mar, si los pensamientos más importantes y decisivos de la vida traen consigo la felicidad.

— ¡Vaya una ocurrencia! Y ¿qué respuesta puede dar esa gigantesca mole de piedra? —arguyó Nicanor.

—Si fuera posible que de ese monstruo de piedra saliera alguna voz —dijo Felipe— yo preguntaría dos cosas:

Cuando terminarán los poderes extraños en nuestro país y la prepotencia del viejo Hanán y el Sanhedrín.

— ¿Te gustaría que preguntáramos algo, Rhoda? —interrogó el capitán Saúl.

Y antes de que ella contestara, el Capitán Pedrito que ese día esperaba "importantes soluciones dijo:

—Preguntemos todos y que nadie averigüe el contenido de las preguntas.

— ¡Aceptado! —dijeron muchas voces a la vez, y al mismo tiempo se cruzaron miradas inteligentes de ojos que sonreían al ver como el rubor coloreaba los semblantes femeninos. Boanerges intervino:

—También preguntaremos nosotros ¿quieres Amada?

Moviendo el índice de un lado al otro, ella contestó que no.

— ¿Por qué? ¿Tienes miedo de la respuesta?

Otra vez dijo que *no.*

La niña muda se apartó hacia atrás de la Esfinge y con un palillo escribió en la arena:

"Ya resolvimos todo".

Boanerges leyó lo que Amada había escrito y una dulce alegría pasó rápida por su rostro lleno siempre de melancolía.

— ¡Es cierto! —dijo tomándole la mano mientras ella borraba con el pié la escritura sobre la arena.

—Tú no quieres que la Esfinge modifique lo que ya tenemos resuelto ¿verdad Amada?

Ella movió un rato con señal negativa su cabecita lánguida de lirio invernal.

—Yo tampoco quiero nada de la Esfinge. La piedra no nos dirá nada más He lo que hay aquí dentro —respondió el trovador tocando con la punta de sus dedos el pecho de la joven cuyo rostro se iluminó con una ráfaga de ternura indefinible. Boanerges se inclinó hacia ella para besar su frente que se tino de suave carmín y Amada echó a correr alrededor del coloso de granito hasta aparecer por el lado contrario donde tropezó con Alvina y Pedrito que con los ojos cerrados como dos estatuas inmóviles esperaban junto a la Esfinge.

Como el que huye de sorprender un secreto, la joven siguió corriendo y al volver en redondo al sitio de partida, se encontró con Boanerges que la esperaba.

—La Esfinge es de piedra —dijo él— pero nos ha contestado. Huiste de raí y al volver me encuentras en el sitio donde me dejaste. Ella se arrodilló y escribió de nuevo en la arena: ¡Es el corazón quien contesta!

—Acabas de decir una gran verdad —le contestó el y tomándose de las manos siguieron caminando hacia la orilla del Nilo donde los pescadores recogían las redes y amarraban sus botes para tornar al hogar llevando la pesca del día.

Mientras tanto el Capitán Saúl y Rhoda habían subido a sentarse entre las patas delanteras de la gran Esfinge donde se abría un pequeño templo y unos bloques de piedra sacados de su sitio les ofrecían cómodo asiento.

—Rhoda —dijo Saúl— yo te he referido la historia de mi corazón sin omitir nada, y tú me has referido los fenómenos raros que te ocurren a veces durante el sueño. Estamos en igual caso. Yo no soy tu primer amor puesto que tuviste un esposo por tan breve tiempo; ni eres tú el primer amor mío por cuanto fui olvidado por la mujer que amó en la primera juventud. Así y todo, no pienso como tú que levantamos el santuario del hogar sobre un montón de ruinas.

Un verdadero amor hace florecer las ruinas Rhoda y en el alma humana pueden retoñar los rosales muchas veces. Yo estoy de acuerdo con los que dicen que se ama una sola vez en la vida.

—En cuanto a eso estoy de acuerdo contigo —le contestó ella—, pero la ley de mi raza ordena a la viuda que desea casarse, hacerlo con un hermano del esposo fallecido. Pero el amor no habló al corazón de Felipe ni tampoco al mío. Por eso habíamos resuelto vivir bajo el mismo techo, acompañados por Nicanor y Adín para dar cumplimiento aparente a la Ley. Es verdad que para los discípulos del Mesías Ungido de Dios, las ordenanzas de la Ley han perdido su fuerza en gran parte, por que El nos ha enseñado que la única Ley Divina

www.formarse.com.ar

es el Decálogo traído por Moisés. Todo lo demás es creación de los hombres como disciplina social para los pueblos.

En vez de hacerle preguntas a la Esfinge, te las hago a ti misma Rhoda porque tu voz me sonará mejor que el crujido de piedra de este monumento milenario. ¿No crees tú que sea yo el que merezca la respuesta de tu corazón?

Los ojos de Rhoda miraron a lo lejos la inmensa soledad del desierto. Como esa soledad era de inmensa la suya.

Miró hacia arriba los ojos de piedra de la Esfinge que miraban al mar lejano, inmenso también y mudo como el desierto. Su almita débil tembló ante tantas soledades y volviendo sus ojos en los que temblaba una lágrima hacia Saúl que esperaba una respuesta le tendió su mano en silencio, y él la estrechó ansiosamente:

—Como la vida de la Esfinge —dijo ella a media voz— ¡Para siempre! — ¡Oh amada mía! ¡Como la vida de nuestras almas que no mueren jamás! —exclamó Saúl con amorosa intensidad. Y tomados de la mano de pié sobre los bloques de granito a la puerta del milenario monumento Contemplaron el dorado disco del sol que derramaba sobre el desierto y el río los últimos resplandores que parecían condensarse como una aureola de oro, sobre las cabezas juveniles.

Al mismo tiempo Pedrito palmeteaba con infantil alegría saliendo del otro lado de la Esfinge, mientras Alvina continuaba como extática mirando hacia la enorme bóveda de piedra que era la cabeza del gran coloso. Al tiempo que ellos quietos y con los ojos cerrados esperaban la respuesta de la Esfinge, una pareja de mirlos azules aleteando alegremente se posaron juntos allí y entonaron un vibrante gorjeo a dúo que interrumpió su silencio de espera.

— ¡La respuesta de la Esfinge! —Gritó Pedrito—. ¡Los mirlos cantan cuando llega el amor! ¡Bravo!

La niña siguió mirando como se acariciaban los pajarillos y preguntó con encantadora ingenuidad:

— ¿Así contesta la Esfinge?

— ¡Si Alvin querida! Así contesta la Esfinge —dijo con gran solemnidad el Capitán Pedrito.

Y siguieron todos juntos hacia el muelle donde estaba anclada "Amare Victum" cuya planchuela de embarque tendieron los grumetes que con los remeros habían corrido largas carreras de botes celebrando alegremente la quietud serena del río y la dulce paz de todos los corazones.

Las almas florecían de promesas, de augurios, de dulce esperanza. Y la barcaza se deslizaba majestuosamente por el canal hacia la Aldea de los Esclavos.

El Capitán Pedríto en el puente de mando, sentía que el corazón no le cabía en el pecho y quería desahogar en alguien aquella inmensidad que le ahogaba.

Zebeo que parecía adivinarlo se le acercó, y el joven bajando un escalón le dijo al oído:

— ¡Padre!... yo estoy loquito por ese ángel de Dios que se llama Alvina, y ella lo está a medias también por mí. ¿Qué dices a esto?

— ¡Pues que esa locura sea completa en los dos hijo mío y yo les bendigo con todo mi corazón!...

Pedrito saltó de nuevo a su puesto y gritó con todas sus fuerzas:

— ¡A cantar muchachos!

Y los veinte remeros golpeando) las aguas serenas del canal entonaron un cantar jubiloso de los boteros del Nilo:

Rosas de oro sobre el río
El Sol poniente dejó,
Y aquí en el corazón mío
¡Un nuevo sol se encendió!...

LA HORA DE ACADEMIA

El apóstol Zebeo, siempre fiel a las normas de vida que aprendiera de su Divino Maestro, tenía presente en todo momento el viejo axioma de la Sabiduría:

"El orden es fuerza constructiva.

www.formarse.com.ar

El desorden es fuerza destructora".

Había pues días y horas de expansión y de joviales entretenimientos, horas de estudio, de trabajo y de meditación.

La vida en el Castillo del Lago Merik no era vida monástica, pero sí era una vida ordenada, laboriosa y útil.

Cuando volvieron de la excursión era la hora de la comida nocturna realizada en la más franca y cordial alegría, pasada la cual se acallaban todas las voces, las risas, los murmullos.

Las lámparas del Oratorio se encendían y sin ningún llamado previo, acudían todos a aquel silencioso y tranquilo recinto de oración.

Zebeo, Narciso o Leandro eran casi siempre los lectores que iniciaban la hora de meditación con una evocación a la Divinidad, con la lectura de un salmo, de un pasaje de Moisés o de los Profetas y después se hacía el silencio para que cada alma, a solas con Dios, tratase de conocerse a sí misma para corregir sus faltas y disponerse a la purificación mediante el amor a Dios y al prójimo como a sí mismo.

Después sonaba suavemente un laúd y las doncellas del Coro cantaban el salmo de alabanza y acción de gracias por los beneficios recibidos durante el día.

Y cuando había resonado la última nota de la canción y de la música, recitaba el apóstol Zebeo la oración enseñada al pueblo por el Divino Maestro:

"Padre Nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu Reino:
y hágase tu Voluntad
así en la tierra como en el cielo.
El pan nuestro de cada día dánoslo hoy;
perdona nuestras deudas
como nosotros perdonamos a nuestros deudores;
no nos dejes caer en la tentación
y líbranos de todo mal.
Así sea."

Los ancianos y los niños se retiraban a sus habitaciones; las mujeres más jóvenes y las doncellas del Coro, a sus labores manuales durante una o dos horas más. Y aquellos que deseaban estudiar, conocer, saber algo más de las leyes divinas y de las historia de los mundos y de las humanidades, acudían a la Biblioteca que era también sala de estudio y despacho del apóstol Zebeo y de sus auxiliares en la obra que realizaba para gloria de su Divino Maestro el Verbo de Dios.

Y era a esta hora de estudio, de comentario*, de lecturas, lo que llamaban: La hora de Academia.

Tenía allí el Apóstol Zebeo un nutrido material que muy poco tiempo había tenido para revisar y estudiar.

Los escritos todos del maestro Filón y los del Príncipe Melchor, las Escrituras del Patriarca Aldis que el Maestro Jhasua llevara como obsequio al filósofo Alejandrino en la visita que le hizo a los veinte años de edad; y todavía los rollos de papiros antiguos que en aquella misma visita del Mesías, descubrieron entre los sarcófagos del hipogeo de Mizraim, era más que suficiente para ocupar noches y más noches en la austera sala de estudio del viejo Castillo de la princesa Thimetis.

Allí podía verse la magnitud de la obra literaria, filosófica, histórica y mística de Filón de Alejandría.

Todos eran tratados pequeños en cuanto a su formato, pero muy grandes en su contenido. Sólo era extenso su libro *"La vida de Moisés y Comentario del Pentateuco",* también sus estudios históricos con el título: *"La humanidad en e! Planeta".*

Su libro apocalíptico titulado *"Las Profecías",* era como un destejer redes sutiles para poder apreciar debidamente la naturaleza de los hilos, de las hebras, de las doradas cuerdas con que fueron tejidas, y detrás de las cuales, aparece siempre la Divina Sabiduría marcando derroteros a la humanidad; el Amor Eterno creando, impulsando, transformando sus propias creaciones con majestuosa lentitud durante el pesado rodaje de las edades y de los siglos.

www.formarse.com.ar

Su biografía del Patriarca Abraham fundador de la raza hebrea, titulada "Los días de Abraham" es una emocionante apología de la sencillez y honradez de vida de aquellos hombres de gran corazón y de alma pura que merecieron captar la encía de amor y de paternal providencia de la Divinidad sobre sus criaturas Era Dios hablando al corazón humano. Era Dios haciéndose sentir de las almas sin doblez v sin engaño. Era su Eterna Voluntad grabada en el alma humana limpia de falsedad y de mentira, que desde la aurora hasta el ocaso, convivía con la Naturaleza obra de Dios y no añadía ni quitaba ni una brizna de paja a lo que en el corazón humano había escrito el Supremo Creador de los mundos, los seres y las cosas.

Su *"Alegorías Sagradas"* que comprendían los maravillosos *Seis días* de la Creación y su interpretación más conforme con la lógica y con la razón.

"Alegorías de Las Leyes Divinas" que son un estudio y a la vez meditación sobre las manifestaciones de Inteligencias Superiores que el autor llama *Querubines de la espada de fuego, Arcángeles y Potestades* en relación con el hombre terrestre.

"*Heredero de las cosas divinas"* es una brillante apología del Verbo de Dios del Divino Logos que el autor presintió desde mis días tempranos y que después vio con ojos de carne tal como lo había soñado.

Su libro "*La Vida que Dios quiere"* es un admirable tratado de moral que diseña al hombre perfecto, al verdadero santo. En el se explaya en consideraciones sobre Abel y Caín como prototipos del hombre puro y del hombre ruin.

Estudia todas las debilidades humanas, las tentaciones, las asechanzas del mal para destruir el Bien, las causas y daños de la prostitución, de la embriaguez, y en general de los vicios más comunes en el linaje humano, basándose siempre en hechos reales y vividos por hombres y mujeres de la antigüedad. J-as desviaciones morales conocidas y que tienen una triste celebridad, como la embriaguez de Noé, las desviaciones morales del Rey David, del Rey Salomón, ambición y corrupción de las reinas Jezabel y Athalia, las debilidades de hombres buenos de corazón pero flojos de voluntad, entran en el círculo visual del admirable psicólogo alejandrino.

Y finalmente su libro de la ancianidad que él llamó: *"Acercándome a Dios",* relata con maravillosa claridad hasta donde él pudo llegar a la comprensión y conocimiento de Dios. Es como un sumergimiento completo en la grandeza infinita del Poder Creador, del Amor inefable y de la Suprema Bondad, océano ilimitado sin principio ni fin donde el autor confiesa humildemente que se desvanece y se pierde tal como un viajero en la inmensidad del desierto en una noche nublada sin luz de luna ni claridad de las estrellas. Y como notas difusas y prolongaciones del mismo asunto, trata de los sueños que a veces pueden ser revelaciones vagas, lejanas, incoloras, de esa misma infinita grandeza; y estudia así mismo las alianzas de las almas desde antes de comenzar sus encarnaciones conscientes en los planos físicos, y con fines de instrucción, de ayuda mutua y de progreso. Trata también de las compensaciones divinas que la Divina Bondad derrama abundante y generosamente sobre aquellos que se mantienen dentro de la ruta que la Ley y su propia elección les marcó desde antes de descender a la vida en la carne.

Lástima grande que tal tesoro de conocimientos de todo orden hayan sido destruidos por la barbarie o incomprensión humana, ya reducidos a cenizas entre las llamas de devoradores incendios, o destrozados por la humedad en archivos subterráneos donde no puede llegar la avidez de conocimiento y de sabiduría de las almas sinceras que buscan ansiosamente el bien, la verdad, la justicia y la luz.

Pero el Apóstol Zebeo, el Nathaniel que decía el Maestro, sin dobleces en su corazón, tuvo esos tesoros de sabiduría en sus manos; el Apóstol Juan también se empapó en ellos y ¡quien sabe! si con ellos crecieron las alas espirituales de Juan que fue calificado *Águila* por la altura a que se elevó entre todos los que trataron de diseñar aunque vagamente la excelsa grandeza del Hijo de Dios.

Magnifica herencia que el gran hombre dejó *al hijo de su vejes* como él llamaba a Zebeo, que aún en medio de las penosas y rústicas tareas que se impuso en el primer tiempo de la organización de los humildes elementos con que contaba en la mísera Aldea de los Esclavos, supo encontrar horas libres en el día o en la noche para acudir al cenáculo del maestro Filón a escuchar la lectura de sus libros.

Juan, María, Felipe, Amada, Thabita, Boanerges y Nicanor fueron asiduos concurrentes a aquellos estudios en los que Leandro, Narciso y Zebeo tenían a su cargo las directivas. La Aldea de los Esclavos era también un pequeño Liceo.

Los manuscritos originales estaban en lengua hebrea, pero algunos de ellos, el mismo Filón los había hecho traducir al copto antiquísimo y que era el idioma usado en la liturgia y ciencias sacerdotales del antiguo Egipto. Otros habían sido traducidos por él al armenio, al sirio y al arameo, lenguas que él dominaba perfectamente.

El príncipe Melchor a su vez, había dejado como recuerdo suyo a Zebeo y Matheo los dos Apóstoles del Cristo que llevaron su doctrina al África, copias de todos sus escritos y una renta vitalicia para que ellos la emplacen en proteger la orfandad, la ancianidad y con preferencia la dotación de doncellas pobres que quisieran formar hogar.

Las Escrituras del Príncipe Melchor consistían en un volumen escrito en árabe y que era la *Biografía del caudillo prehistórico Beni-Abad,* fundador de la taza árabe y civilizadora de la región costanera del Mar Rojo y de la montañosa península denominada hoy Arabia de Piedra, que en pasadas edades se llamó País de Arab.

La *Biografía de Miffraín,* el fundador de la raza egipcia y que era la más directa prolongación o reflejo de los *Kobdas del Nilo,* aquella gran Fraternidad de filántropos sabios que en un milenio y medio de años extendieron la *Ciencia de hacer el Bien* por tres Continentes. *La Biografía de Mermes Thot,* el descubridor del mundo ideal, del mundo invisible, desconocidos e insospechados para la humanidad inmediata posterior al período Neolítico.

Kermes y Mizraín descendientes directos de discípulos de la Escuela Antuliana, hicieron del Egipto antiguo, la Escuela Madre de la Iniciación a los superiores conocimientos de la Suprema Potencia como Causa Única de todo cuanto existe; y de las inteligencias todas como reflejos y derivaciones suyas en los globos siderales llegados a la edad conveniente para albergar seres orgánicos.

"Histeria de mis años terrestres", era su propia auto-biografía con el relato de la fundación de los Santuarios, Escuelas, Serapeum y Refugios que estableció en distintos parajes de Egipto y de Arabia, países a los cuales estuvo ligado íntimamente por sus progenitores, siendo su madre una princesa árabe y su padre un hierofante egipcio.

En la segunda noche de Academia cuando estaban todos absorbidos en la tarea de ordenar aquel inmenso número de rollos manuscritos, carpetas de telas impermeables llenas de escrituras en diversos estilos, lenguas y formas, resonaron en el lago ruido de remos y silbidos de llamada. Era una canoa que traía tres viajeros con varios fardos de equipaje que ya empezaba a descargar en el muelle el marinero.

Pedrito con Adín y algunos de los muchachos remeros de la barcaza acudieron al llamado. Era un hombre alto y fuerte vestido como un berberisco, una joven embozada con un manto oscuro y un anciano con casacón y capucha.

— ¿Qué deseabais? —preguntó Pedrito.

—Hablar con Zebeo de Palestina —contestó el hombre haciendo bajar a la joven y al anciano.

Uno de los muchachos fue a dar el aviso. El viajero pagó al hombre de la canoa que dio media vuelta hacia el canal. Esto hizo comprender a Pedrito que los viajeros pensaban ser huéspedes del Castillo.

Zebeo salió inmediatamente pensando encontrarse con gentes de Alejandría.

— ¿Quién me llama? —preguntó levantando el farolillo que llevaba en la mano.

—*Yo,* Matheo tu hermano —le contestó el viajero.

El farolillo rodó por el suelo porque Zebeo abrió los brazos para estrechar al gran compañero y hermano de otras horas, de entonces y de siempre. Aquel largo abrazo mudo en el muelle del Lago, a la opaca claridad de las estrellas, con los sollozos contenidos de aquellos dos hombres que tanto se amaban y después de diez largos años de ausencia, no es fácil describirlo con frías y breves palabras que nunca expresarían fielmente el lenguaje de los corazones.

La joven también comenzó a llorar en silencio, y el anciano se soltó a llorar llantos que parecían lamentos hondamente sentidos.

Cuando los amigos se separaron, Matheo habló el primero:

—Mi hija adoptiva y su abuelito —dijo indicando a los que les acompañaban.

Zebeo abrazó al anciano y a la joven y mandó a Pedrito a dar aviso de tan importante acontecimiento.

Unos momentos después se producía el encuentro con Juan, con María, Lábaro, Martha y Boanerges.

— ¡Oh! —exclamaba, Matheú —¡toda la familia del Maestro!

—Faltan muchos aún —contestaba Zebeo llorando lágrimas de gozo, de ternura de inmensa gratitud al Maestro que así colmaba su copa de inesperada felicidad.

La llegada de Matheo aumentó considerablemente el interés a la *Hora de Academia* que desde entonces dejó de llamarse *hora* para decir: *Noches de Academia,* pues casi siempre los trabajos de ese orden, se prolongaban desde terminada la oración hasta la media noche.

También traía él importantes copias y algunos originales de relatos y poemas antiguos encontrados en los archivos de los Reyes de Etiopía, desde la Reina Sabá, tan amada por Salomón Rey de Israel, que fue la época

www.formarse.com.ar

en que se estableció ordenadamente y sin interrupción la dinastía real de aquella nación del África Oriental. Pianchi, Sabacón y Taharqua, Reyes-Sacerdotes que hicieron sus estudios y recibieron la Iniciación en los Templos de Luxor y de Ipsambul, establecieron su corte y su sede en Napata, capital de la Etiopía de entonces o sea entre el octavo y séptimo siglo antes de la era cristiana. Estos tres Faraones, los más notables de la época preponderante de la Etiopía sobre el país del Nilo, dieron un gran impulso a las ciencias sagradas, a las artes y a las letras en general, y enriquecieron sus grandes bibliotecas y museos con los más antiguos manuscritos provenientes de las *Torres del Silencio* de Bombay, de los Santuarios de las montañas del Nepal en la India, de los Templos y Archivos de Caldea, bajo las ruinas de Ninive, de Calak y Babilonia, transportados a los Templos subterráneos de Ipsambul erigidos por los últimos Faraones Ramsés de la vigésima dinastía.

Y el Faraón Sabacón que tuvo especia! predilección por el pueblo de Israel, su historia, sus costumbres, sus leyes, sus profetas y sus reyes de los que fue aliado contra Asiría, había hecho prolija recolección de toda escritura hebraica:

Salmos, Poemas, historias de guerra y romances de amor, Profecías y libros de ciencias sagradas y de liturgia.

Y el Apóstol Matheo, en dos años de convivencia con los últimos sacerdotes del único Templo que en Ipsambul se mantenía en condiciones de ofrecer habitación en sus viejos claustros solitarios, se adueñó de todo este tesoro de ciencias antiguas, religiosas y profanas que por la muerte de los dos postreros guardianes, quedaban abandonados al azar.

Durante esos dos años Matheo se constituyó en hijo, médico y enfermero de los dos ancianos sacerdotes cuya edad cercana a los cien años, les había permitido ver la decadencia y precaria situación de los Templos y del Sacerdocio egipcio que en sus gloriosos tiempos de esplendor fueron la cuna de mármol y de oro de la Sabiduría para los países de occidente.

Cuando en compañía de Zebeo y de Juan, Matheo revisaba enseñándoles los viejos papiros, decía:

—He aquí tres israelitas de pura cepa que venimos a conocer nuestras propias escrituras, en país extranjero, en los Archivos de Templos ajenos a nuestra fe, a nuestras leyes y costumbres.

— ¡Oh "los caminos de Dios no son los caminos de los hombres, ni son sus pensamientos como los nuestros"! dijo el Profeta Isaías, —recordó Zebeo ante la extraña circunstancia observada por los tres.

Las escrituras de Salomón Rey de Israel estaban completas, y Matheo las había obtenido en los Archivos de Ñadaber, importante ciudad de Etiopía, donde la Reina Candace tenía su palacio y su Templo particular, siguiendo la antiquísima tradición de que en él vivió en soledad y retiro la *Reina Sabá, la heroica* cuando su hijo único David, hijo del Rey Salomón, asumió el gobierno llegado a su mayoría de edad.

La Reina Candace y su hija Ifigenia mantenían la fe de sus remotos antepasados, en un Dios Único, Eterno, Invisible, que Salomón Rey de los Hebreos había hecho comprender a Sabá, su gran amor de la tarde de la vida.

Debido a todo esto, Matheo pudo realizar en Etiopía con relativa facilidad su apostolado pues la Reina y su hija lo acogieron con tan grande benevolencia como si de muchos años le conocieran y le esperasen.

Todo, esto y mucho más refería Matheo en la *Hora de Academia* del Castillo del Lago Merik; hora que fue atrayendo poco a poco a los moradores del viejo Castillo y aún de la Aldea, o sea los que Zebeo, Leandro y Narciso creyeron capacitados para comprender y guardar tales enseñanzas.

La Ley divina había reunido en la pobre Aldea de los Esclavos olvidada y despreciada de las grandes capitales, a tres de los Doce íntimos del Cristo Ungido de Dios, y esta reunión providencial no podía menos que ser una base fuertemente solidaria y bien fundamentada como lo demostraron los siglos I, II y III en que aparecieron en el África del Norte, como luminarias de primer orden en el cielo del Cristianismo, hombres de gran talento, filósofos, escritores, teólogos, místicos y santos.

Zebeo Nathaniel, Matheo el Levita y Juan de Tiberiades, formaron entre el Colegio Apostólico, una admirable y solidaria triada que dio el ciento por uno en flores y frutos en los tres primeros siglos de la Era Cristiana.

CUANDO LAS ALMAS SE ENCUENTRAN

— ¿Te quedarás para siempre conmigo Matheo? —preguntaba Zebeo una noche a su hermano de fe y de ideales, mientras se encontraban solos en fe Biblioteca y sala de estudios, a la espera de que fuera la hora de Academia reglamentaria en que concurrían los demás.

www.formarse.com.ar

—Tal sería mi más vivo deseo, pero creo que no podré. Aún no te he dicho ciertos compromisos contraídos con otros servidores de nuestro Maestro y Señor, —le contestó Matheo con un dejo de tristeza y de inquietud.

— ¿Qué te pasa? —Inquirió Zebeo—. Acaso yo pueda ayudarte y cuenta con que lo haré con toda la voluntad y amor que tuve siempre para ti.

—Estoy encantado Zebeo de verte convertido en un vaso de amor tal como Nuestro Señor quería. Y estoy cierto que en tí se cumple su promesa eterna: *"Si amáis como yo os amo, el Padre y Yo haremos nuestra morada en vuestro corazón".* En ti vive el Padre Celestial y su Divino Hijo.

Y yo ¡pobre de mí! también he querido convertirme en un vaso de amor. Mi primera conquista fue mi fiel Agadés y su anciano abuelo que por nada del mundo se desprenden de mí. Su absoluta dedicación a mí, me hizo comprender que yo podía hacer algo bueno y útil en esta vida a pesar de no tener ya la mano del Maestro apoyando la mía, ni su sabiduría divina que iluminaba hasta el fondo del alma.

En la lejana Etiopía hice también algunas conquistas de amigos y de enemigos.

La muerte del Rey Egipo ocasionó una espantosa lucha entre los partidarios de su hijo Pafnucio y los de su hermano Hitarco, triunfando estos últimos, por lo cual la Reina Candace y sus dos hijos Ifigenia y Pafnucio se han visto obligados a expatriarse por temor a las represalias del usurpador. Por medio de los procedimientos que aprendimos de los Terapeutas Esenios yo pude devolver la vida al hijo de los Reyes y este hecho me conquistó su absoluta protección. La Reina Candace y sus dos hijos con sus servidores fieles salieron secretamente de Nadaber a los pocos días de salir yo. Su viejo Castillo empotrado en la montaña de Ankober, tiene un gran túnel excavado en la roca misma y el cual tiene salida al brazo del gran Río que le llaman Nilo Azul por el color de sus aguas. Yo les esperaba en una caverna junto al nacimiento del río, con un velero que nos pasara a tierras de Egipto, y pudiéramos llegar a Sangha donde la Reina tiene un tío paterno, fundador y dueño de esa Aldea que lleva su nombre. Con ella, sus dos hijos Ifigenia y Pafnucio que estaba amenazado de muerte hemos navegado más de dos meses Nilo abajo hasta llegar a Ipsambul, único sitio donde ellos podían ocultarse y permanecer seguros.

Ya me era conocido el Templo subterráneo y los Sacerdotes que lo guardaban y que diez años hace eran cuatro, o sea cuando yo me fui de Alejandría y me separé de ti.

—Y allí has dejado oculta a esa Reina y sus hijos.

—Allí están con catorce servidores fieles que los han seguido. Me han secundado en la tarea de la última enfermedad y muerte de los últimos Sacerdotes del antiguo culto egipcio que quedaban en esa región del Nilo.

— ¿Y hace tres años que estáis con ellos allí? —preguntó Zebeo.

—Tres años cumplidos en la luna pasada —contestó Matheo—. Bien ves hermano mío, que no puedo abandonar esos seres que han puesto toda su confianza en mí.

—Bien lo comprendo, como no puedo abandonar yo mi Aldea de los Esclavos. ¡Qué claro está para nosotros el camino que nos marca nuestro Maestro!

¿Y tenéis allí medios de vida? —volvió a preguntar Zebeo.

— ¡Desde luego hermano! Las riberas del Nilo son muy ricas en todo sentido y con el oro que la Reina trajo con ella hay de sobra para que sus servidores se abran camino. Naturalmente que Ipsaimbul no es lo que fue en la época en que el Faraón Ramses I la engrandeció con magníficas construcciones y restauró los Templos subterráneos que habían sido clausurados; pero es una ciudad de bastante comercio.

La explotación de los cañaverales de bambú, de junco y la pesca dan lo suficiente para la vida. Y también aunque en menor escala la fibra de la palmera para colchonetas de galeras y la preparación del papiro muy buscados por los escribas.

—Más o menos lo mismo que por aquí —observó Zebeo.

—Te hablaré de mis esperanzas y de lo que más o menos preveo para un futuro cercano. La princesa Ifigenia que tiene diez y nueve años, fue pedida en matrimonio por su tío Hitarco, el usurpador, que es todavía joven, pues no pasa de los treinta años. La princesa es de muy buen talento y de mejor juicio pues ha comprendido que no la pretende por amor sino para asegurar de ese modo la posesión del reino en sus manos. Y siendo así, se ha negado a aceptarlo. De ahí que el amante desairado empezara sus represalias. Mandó poner guardias en todas las puertas del parque inmenso que rodea el Castillo de Nadaber como para hacer sentir a la familia real que es prisionera y que ha perdido su libertad. Otros servidores han llegado después de la salida secreta de la Reina y los suyos, y por ellos sabemos que el usurpador Hitarco ha instalado en el Castillo de Nadaber su corte de concubinas con toda su servidumbre, apenas tuvo conocimiento de que la familia real había huido.

www.formarse.com.ar

La princesa Ifigenia que me ha oído tantas veces referir que en el Templo de Jerusalén y en los Santuarios Esenios hay viudas y doncellas consagradas de un modo especial al servicio del Señor, al estudio de los libros sagrados y a los himnos de liturgia, quiere hacerlo así ella misma con sus doncellas y camareras, y con otras doncellas virtuosas que, tengan ese mismo ideal de vida. En Ipsambul nadie sabe que ellas son la viuda y la hija del Rey Egipto de Etiopía. Sólo saben que es una familia pudiente venida del sur, que han comprado todo el solar de tierras donde está el antiguo Templo. Los labriegos, los leñadores y pescadores de esa zona los consideran como sus amos *y* les han cobrado gran afecto.

De modo que allí hay para la siembra de la doctrina del Divino Maestro tanto campo como tú tienes aquí Zebeo. ¿No crees tú que El me ha marcado bien claro el camino?

— ¡Demasiado claro! —exclamó Zebeo— y no puedes hacer otra cosa sino seguirlo.

La hora de la Academia había llegado y la gran sala comenzó a llenarse.

Los viajeros de Palestina y de Rafia acudían todos, y los viejos sillones de telas gastadas y respaldos lustrosos que fueron de Cleopatra y que rodeaban la mesa central, se iban ocupando por los hombres que ordenaban los rollos, las carpetas y todo aquel mundo de escrituras antiguas. Los estrados murales los ocupaban los numerosos oyentes, entre los cuales podemos ver las jóvenes parejas a quienes había respondido tan favorablemente la Esfinge de Ghisé.

Pudo notarse claramente la íntima amistad que se despertó entre Thabita, María y Agadés. Las tres habían sido elegidas por la Ley Divina como instrumentos para curar las almas enfermas de tristeza y soledad, de tres Apóstoles elegidos del Ungido Divino que al desaparecer del plano físico, quedaron sumidos en sombras de muerte que por sí solos no podían despejar. Fue necesario el calor de un amor santo; el agua dulce y fresca de una ternura femenina, que tenía en sí misma los reflejos divinos del amor maternal. Y las tres estaban tiernamente enamoradas de aquellas otras tres almas que habían hecho revivir para la obra excelsa del Cristo al que todos venían siguiendo.

Era de oír las secretas e íntimas confidencias que las tres jóvenes se hacían sobre los prodigios de amor, de abnegación, de ternura y de olvido de sí mismas que les fue necesario hacer ante la desolada tristeza y desamparo del alma de aquellos tres hombres, jóvenes, fuertes, sanos, y que al faltarles la divina fortaleza del Cristo, pareció faltarles todo, la fe, la esperanza y hasta la vida misma.

—Hubo momentos —decía María— en que Juan se arrebujaba en su manto y como un montoncito de trapos se ocultaba en cualquier matorral de las riberas del Lago y pasaba todo un día sin ver a nadie y sin querer saber de nada, ni aún comer para sustentar la vida...

—Y Matheo —decía Agadés— se encerraba a llorar en la alcoba del maestro Filón en el Oasis de Baharije y no había medio de hacerle salir de allí, basta que tenía yo que entrar arrastrándome con mi parálisis, por una oculta puertecita de la cocina que él no conocía y que yo podía abrir desde fuera. Que si no, allí se habría dejado morir sin comer ni beber días y más días.

—En cuanto al Apóstol Zebeo —decía Thabita— casi no puedo atribuirme el haber sido yo que le hizo revivir su verdadera vida, porque antes que yo fue el pobre niño abandonado Petiko, ese mismo que ahora es el *Capitán Pedrito,* el piloto de nuestra barca. El saberse necesario al infeliz huérfano, fue en verdad lo que hizo reaccionar a Zebeo. Más bien puedo decir con toda verdad que él me hizo revivir, a mí. El vio morir a mi madre, lo único que tenía en el mundo y fue tal mi desolación que a no haber sido por él, yo me habría dejado morir de hambre. Su bondad, su solicitud para conmigo me llevó hasta amarle en tal forma que tenía espanto de que él me diese como esposa a otro hombre, y me separase de él. Y hoy vivo porque sé que le soy útil y hasta necesaria en su vida. Tengo energía, fortaleza, buen ánimo y hasta una gran alegría de vivir porque he llegado a comprender que de todo esto necesita él para llevar a cabo su apostolado del amor fraterno.

Estas tres jóvenes mujeres, encarnación viva del amor abnegado, leal, desinteresado y noble, son la prueba más evidente y real de que el amor es la savia de toda vida, y que en el origen, o en la iniciación de toda obra grande heroica y sublime realizada entre las humanidades, está siempre como un divino germen, algún grande amor oculto o manifiesto a las miradas de los hombres.

"Si os amáis como yo os amo, el Padre y Yo vendremos a vosotros y haremos nuestra morada en vuestro corazón". ¡Qué bien conocía el divino Maestro la fuerza sobrehumana del amor!

¡El Padre y El estaban en las almas puras de María, Agadés y Thabita que así se convirtieron por amor, en madreselvas de paz, de bondad y de ternura para aquellos que morían por la soledad y tristeza de sus vidas sin amor!

La augusta palabra del Cristo se cumplía en estos tres Apóstoles suyos como se cumple en todas las almas que desinteresadamente se acercan a El en busca de su amor inmortal.

www.formarse.com.ar

"¡No os dejo huérfanos!... porque Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los tiempos!"

¿Quién estaba sino El en el santo y puro amor de esas tres criaturas de Dios que así se olvidaban de sí mismas para solo pensar en que los Apóstoles del Señor debían cumplir una larga y penosa jornada en medio de la humanidad incapaz de comprenderles?

María de Bhetania, la dulce pequeña María como la llamaban sus íntimos, sentada entre sus dos nuevas amigas, les diseñaba la personalidad augusta del Hijo de Dios en su triple aspecto físico, moral y divino. Thabita y Agadés no lo habían conocido. Pero lo conocieron y lo amaron a través de las palabras ardientes de amor y de fe de la *dulce siria* que desgranaba para ellas las perlas vivas del recuerdo de todo cuanto había visto en el Divino Maestro.

—El más despreciable mendigo le interesaba y se desvivía por él —continuaba la voz suave de María.

Sentía de lejos el clamor de un leproso a quien te era prohibido acercarse a los humanos, y El corría anhelante como si un huracán de fuego le impulsara a remediarle.

¡Nadie le oyó nunca decir que estuviera cansado y que no podía atender a la multitud de doloridos, enfermos, esclavos, viejos o niños que el dolor humano reunía en torno suyo como una turbia marejada capaz de espantar de horror a cualquiera que no fuera El!...

Y cuando la pequeña María había agotado sus fuerzas y no su repertorio de sublimes bellezas vistas en la vida del Cristo, estrechaba a su pecho las cabezas de Thabita y Agadés y se echaba a llorar con indecible angustia, con amorosa ternura porque en su débil corazón de carne no cabía más aquella soberana inundación de amor que la hacía vibrar como una arpa cólica suspendida en un pinar.

Y de estas dulces confidencias, salían las tres convertidas en llamas vivas de amor a los que padecían desamparo, soledad, enfermedades.

¡Cuan cierto es que un alma desbordante de amor noble, desinteresado y puro puede atraer sobre la tierra los dulces y suaves esplendores del cielo!

La gran sala de Academia del Castillo del Lago Merik fue uno de los más bellos escenarios del amor del Cristo florecido en las almas de sus seguidores como exuberante rosal bajo un sol de primavera.

Boanerges lo hacía florecer en el alma sencilla y pura de Amada, cuya confiada ternura iba curándole aquella honda herida de amor que le hacía amarga y pesada la vida.

Rhoda lo hacía florecer en el alma de Saúl que aunque se contaba entre la numerosa familia carnal del Maestro, sus estudios en las Academias militares de Antioquía, lo mantuvieron alejado y absorbido por actividades ajenas a la vida apostólica del Ungido.

Y cuando llegó la sexta noche de Academia, los tres Apóstoles del Cristo, más Leandro, Narciso y los tres ex-cautivos que con tanto afán exploraban las interminable galerías de la ciudad subterránea, tenían ya bien organizado el abundante material de estudio que los viejos papiros de Nadaber, de Ipsambul y los que Zebeo había heredado del maestro Filón y del Príncipe Melchor, les habían venido providencialmente tal como si fuera una tarea que les estuviera destinada desde largo tiempo.

Era también un florecimiento del amor encendido por el Verbo de Dios, aquellas largas noches de vigilia que se imponían para buscar a través de las escrituras arcaicas, las sendas de luz que el Instructor y Guía de esta humanidad, había abierto siglo tras siglo, con inauditos esfuerzos y hasta con el sacrificio de la propia vida suya y de aquellos que le habían seguido.

¡Más todavía! Por la Eterna Ley de la preexistencia, las almas iban encontrándose alrededor del Hombre Luz, en etapas sucesivas como los eslabones de una cadena nunca interrumpida y eternamente renovada.

Leyendas, dramas, historias, poemas y tragedias surgían como borbotones de luz de las viejas escrituras donde las almas, chispas de luz de eterna vida iban dejando algo de sí mismas en cada existencia para encontrarlo en la siguiente y continuar así la obra empezada en siglos anteriores.

En las escrituras traídas por Matheo aparecían las de Salomón en primer término, obsequio hecho por él mismo a Saba Reina de Etiopía. Y Saba estaba encarnada en la princesa Ifigenia.

En el pesado rodaje de los siglos y de las edades surgía la luz, y las almas volvían a encontrarse como saliendo de entre los polvorientos papiros, donde otras almas compañeras habían estampado sus vidas, sus acciones buenas o malas, sus amores, sus angustias y toda esa enredada madeja que forma una vida humana.

Cuando los tres Apóstoles terminaron de verificar los diversos encuentros de ellos mismos en las pasadas edades perdidas ya en la noche de los tiempos, se dijeron unos a otros con íntima satisfacción:

www.formarse.com.ar

—Sea Dios bendito mil veces porque siempre fuimos compañeros y amigos siguiendo de lejos o de cerca, felices o desventurados, grandes o pequeños, príncipes o esclavos, siguiendo siempre al Hombre Luz, Ungido del Eterno Poder como Guía de la humanidad terrestre.

EL APÓSTOL PEDRO

Mientras en la gran biblioteca del Lago Merik, descubren nuestros amigos el contenido de los numerosos rollos de papiro y carpetas de telas enceradas o de pieles de cordero, en que de remotos tiempos se venían escribiendo los hechos y vidas humanas, volvamos a la Palestina que había dejado de ser la *tierra prometida* a Israel, para tornarse en tierra de persecución y de muerte.

Desde la gran Asamblea de resoluciones definitivas en la casa de Nazareth y debido al manifiesto deseo de todos los hermanos reunidos, Pedro había sentido caer sobre sus hombros gran parte de la responsabilidad de orden espiritual y material respecto de sus hermanos.

Las violencias inauditas del Sanhedrín y del Rey Heredes Agripa, nieto del Idumeo, que culminaron en el asesinato del Diácono Stéfanos, apedreado en la plaza hasta morir convertido en un montón de carne y huesos deshechos entre un charco de sangre, la degollación del Apóstol Santiago y de sus diecisiete discípulos en las criptas del Templo de Jerusalén, eran más que suficiente para que Pedro tomase medidas de seguridad no solo para él sino para todos aquellos que oyeron la voz del Maestro Divino y seguían la senda de amor fraterno marcada por El.

Fue en el año treinta y siete que se iniciaren las emigraciones en grupos desde la provincia de Judea, la más azotada por el odio y el furor de exterminio que movía como una máquina de destrucción al Sanhedrín judío que por medio de numerosos agentes iba extendiendo sus garras hasta más allá de los límites de Palestina.

La persecución llegó por el norte hasta Damasco, a donde fue enviado Saulo de Tarso, joven fariseo, ardiente perseguidor de los amigos del Cristo que fue el delator de Stéfanos y de Santiago y sus compañeros sacrificados con él.

Y en secreta confidencia con Simónides el proveedor de todos los súbditos del Soberano Rey de Israel, dispusieron las nocturnas huidas de todos los que quisieron escapar de aquella piara de lobos enfurecidos.

Los unos hacia Raphona, Gerasa y Filadelfia limitando con el Desierto de Arabia, bajo la protección del Scheiff Ilderín.

Hippos y Pella no ofrecían mayor garantía a los amigos del Cristo porque dependían del otro hijo de Herodes, el Tetrarca Felipe. Muchos de ellos solo se sintieron seguros entre las grutas de la cordillera Jebel o en los fértiles Montes Bazán con sus oasis deliciosos y sus bosques de palmeras, bajo las cuales abrían sus tiendas, volviendo a la vida nómada de los antiguos Patriarcas. Los más pudientes huyeron hacia Tiro, Sidón y Antioquía, porque sus oficios como artífices del oro y la plata, o tejedores de púrpura y de lino, o comerciantes en ricas telas traídas de otros países, sólo en las grandes capitales del Mediterráneo podían continuar sus actividades.

La patria del Hach-ben-Faqui, Cirenaica, atrajo también a muchos de los fugitivos; y los puertos de Rafia, Pelusio, Alejandría y Cirene en el África Norte atrajeron a los primitivos cristianos debido a la generosa intervención de Simónides que con los barcos de la flota administrada por él, puso en seguridad a la mayoría de los fugitivos de la tierra natal.

Diríase que este doloroso peregrinaje hubiera entrado en los anchurosos campos del designio divino con los fines de más rápida difusión del divino Mensaje del Cristo-Redentor, como fue en efecto.

Cada cristiano fugitivo en extranjera tierra era como un heraldo suyo que llevaba su mensaje de amor y la gloriosa noticia del Reino de Dios establecido en la Tierra.

Pedro y Simónides eran los últimos que despedían a los fugitivos, y entre ambos se decían:

—Tú y yo somos *Simón o* sea *"piedra", "fundamento"* según lo interpretaba nuestro Rey y Señor. Tú eres piedra fundamental de su divina Idea de amor universal —decía Simónides, o Simón de En Rogel como era su verdadero nombre.

—Y tú —decíale Pedro— eres piedra fundamental de cada familia cristiana que deja la patria poseída por fieras sanguinarias para buscar su pan y su vida en tierras extranjeras.

www.formarse.com.ar

Al decir así, Pedro aludía a los bolsos de monedas de oro que Simónides entregaba a cada familia que emigraba, munida además de epístolas recomendatorias para agentes comerciales suyos o amigos particulares de la conocida Casa de Ithamar que administraba

—Cuando las *"golondrinas del Señor"* estén en seguridad —decía tristemente Pedro— será llegada la hora de pensar en mi propia seguridad.

—Y harás perfectamente bien —decíale Simónides—, porque no es muriendo descuartizados por estos bárbaros chacales como hemos de divulgar la enseñanza de nuestro Rey, sino viviendo y convenciendo a los hombres que solo de El puede esperar esta humanidad su salvación y su entrada en el Reino de Dios.

Y Pedro partió para Joppe después de haber escapado por dos veces de los calabozos de la Torre Antonia, y la última vez, estando ya sentenciado a ser degollado a la madrugada, y arrojado al muladar como lo hacían con todos los caídos bajo la cuchilla de los esbirros del Sanhedrín.

Y ellos eran los celosos guardianes de la Ley de Moisés, cuyo quinto mandato expresa: *NO MATARAS.*

¡Así se ciegan los hombres cuando la ambición de oro y de poder encadena la inteligencia y la voluntad hasta convertirles en vampiros de sangre y de vidas para colmar sus insaciables deseos!

En Joppe le esperaba Marcos y Ana, con todos los discípulos del Señor que residían en torno a ellos, viviendo discretamente sin mayores alardes de su fe y su amor en el Cristo Ungido de Dios, a fin de no encender más el odio de los tiranos de Israel. La sede de los discípulos del Señor estaba detrás de los grandes almacenes de mercancías de la Santa Alianza, a los cuales tenían libre acceso todos los protegidos por ella. Y fue allí donde Pedro se puso en contacto con todos los discípulos de aquella primera hora. Y después de visitar las congregaciones de Lyda, Accarón, Jamia y Arimathea, volvió a Joppe para dejar a Marcos las instrucciones necesarias para representarle en su ausencia.

Pedro, José de Arimathea y Marcos formaban también una triada de alianza en beneficio de la causa que defendían, como la que formaron allá en la costa norte del África, Matheo, Zebeo y Juan.

Entre aquellos tres amantes discípulos del Cristo nació la idea de que Marcos, con los fieles datos de José de Arimathea que conoció al Cristo desde su primera niñez, y los de Pedro que le acompañó día por día en los tres años de su apostolado, más los de Ana su esposa, que tan de cerca lo vio en su vida de familia en Nazareth, escribiera en un libro el minucioso relato de su vida sublime de amor a los hombres y de entrega absoluta a su Padre Celestial. Difícilmente podrían encontrarse datos más exactos y fieles, a los cuales aún podían añadirse los que guardaba en su corazón como en un sagrado relicario la heroica madre del Justo sacrificado por el odio del Sanhedrín.

Lector amigo que me sigues con interés en este deshojar para ti, hojas y más hojas de este árbol gigantesco de la Obra del Cristo Divino en medio de la humanidad, ¿has pensado acaso en que no haríamos la obra completa relatando escuetamente las escenas, anécdotas y episodios relacionados con El y con los que fueron sus continuadores inmediatos, sin que a esos relatos deba ir unido el estudio de las almas que actuaron en ellos?

Yo lo he pensado profundamente y como hemos estudiado a los personajes que han ido desfilando por estas páginas, continuaremos haciéndolo con los que deben pasar ante nuestra vista en lo sucesivo hasta el final de nuestros relatos.

Durante los años que el Apóstol Pedro vivió al lado de su adorable Maestro, su alma era como un vaso de agua cristalina que rara vez se agitaba y que nunca se ponía turbia. Un rayo de sol la traspasaba dándole el colorido vivo de su dorado resplandor. El alma sencilla y noble de Pedro descansaba en El, vivía en El y para El.

No conoció complicaciones, ni problemas, ni tormentas.

Una brisa primaveral impulsó con mansas olas su barquilla de blancas velas.

Pero cuando aquel Piloto insustituible desapareció de su vista, a Pedro le pareció que el mundo se volvía al revés y hasta creyó presentir que todo ti universo se desquiciaría y que un espantoso caos vendría como lógica consecuencia del crimen estupendo, único, sin que nada le igualase en maldad, y en perversidad. Y fue entonces que terminó de golpe la infancia tranquila y dulce del alma de Pedro para pasar de un salto a la madurez, donde la incertidumbre, las vacilaciones, el recelo, la desconfianza, el temor, comenzaron a plantearle problemas y complicaciones, huracanes y tormentas que era necesario afrontar serenamente y vencer.

Y la voluntad unánime de sus hermanos lo había puesto a él... ¡tan luego a él! ¡como en reemplazo y sustitución de aquel Piloto insustituible!...

Toda una luna larga y pesada le duró a Pedro el atolondramiento desde que le vio desaparecer para siempre en aquel ocaso inolvidable junto al Mar de Galilea.

www.formarse.com.ar

Y no bien hubo vislumbrado su espíritu un resquicio de claridad en la tiniebla que se había hecho en su vida, un hálito de calor y de vida en aquel frío de sepulcro y de muerte que le rodeaba, su primera súplica al amado Señor que se había ido a su Reino dejándole tan solo fue ésta:

— ¡Señor!... ¡Maestro mío!... ¡Hazme capaz de amar a mis hermanos como Tú nos amaste a todos!... ¡Sólo así podré ocupar sin espanto tu lugar en medio de ellos! ¡Señor!.,. ¡Hazlo conmigo así por piedad de todos los que has dejado como hijos sin padre, como ovejas sin pastor!...

¡Que sea yo capaz de amarles con tu mismo amor, con tu mismo corazón!... ¡Si así no lo haces Señor, no podré ser tu piedra angular, tu cimiento, el fundamento de tu Obra, Señor, porque reconozco no ser más que un grano de arena en la inmensidad del desierto de esta vida!...

Y el dolorido Pedro se doblaba sobre las lozas de piedra del pavimento de su alcoba y lloraba hasta quedar desfallecido y sin fuerzas nada más que para clamar: *¡Señor... mi Señor!...*

Pero una tarde... ¡Oh que tarde aquella!... El sol se hundía en el ocaso y la alcoba de Pedro en la casona de la orilla del mar de Galilea, se sumía lentamente en las penumbras del anochecer.

El apóstol repetía llorando su oración habitual. ¡Su alma no sabía decir otra! Su voz no acertaba a decir nada más, ni había en su corazón otro clamor sino éste, desde que tuvo la certeza de no tener al Maestro a su lado y de que sus hermanos lo habían designado en solemne asamblea para ocupar su lugar.

¡Su clamor fue interrumpido de pronto por una invisible presencia que llenaba su alma de paz y de vida!

Y al levantar del pavimento su faz inundada de llanto vio al Maestro ante él que le tendía las manos y le abría los brazos en un supremo anhelo de estrecharlo a su corazón.

¡Y Pedro fue hacia El y dejó caer su cabeza blanca entre aquellos brazos que lo llamaban, sobre aquel pecho sereno, santuario de la divinidad!

Y allí El le dejó llorar hasta que su llanto se agotó, se esfumó en esa divina y santa alegría que han llamado éxtasis, ¡ventura suprema, posesión completa de Dios en un instante de inefable comunión con El!

Y la esplendorosa visión sólo le dijo estas palabras:

"En verdad te digo que amarás a tus hermanos tanto, que querrás morir como Yo para darles la vida eterna de dicha y de amor".

Tal fue el origen de la sobrehumana fortaleza del apóstol Pedro que adquirió desde ese instante supremo, muy semejantes poderes supra normales a los que manifestara su Maestro y Señor sobre los más terribles males que afligen a la humanidad.

Y como poseído de una fuerza nueva comenzó a visitar todos los hogares donde había discípulos del Señor, y volviendo luego al palacio Henadad, trató de inducir a los que aún quedaban de los más íntimos que no habían determinado con precisión el país o donde debían dirigirse, que lo hicieran cuanto antes.

Habían pasado tres años de -la partida del Señor a su Reino y Jerusalén cada vez más endurecida en su soberbia y en su intransigencia no pensaba sino en aniquilar hasta el recuerdo del hombre justo que había sacrificado, creyendo matar con El su divina idea de fraternidad, de libertad y de igualdad humana.

El período de gobierno de Caifas cerno Sumo Sacerdote del Sanhedrín había terminado, y le sucedió Jonathán, hijo del viejo Hanán, alma de chacal que solo con sangre y muertes se encontraba satisfecho.

El Legado Imperial de Siria era Lucio Vitelio, el cual envió a Pilatos a Roma obedeciendo a las quejas del Sanhedrín contra él porque no les daba libertad para perseguir y matar a los discípulos del Cristo.

Con la subida de un hijo de Hanán al supremo poder, se desató la primera persecución, que dio como fruto sangriento el asesinato de Stéfanos, de Santiago y sus discípulos íntimos.

La perspectiva no podía ser más negra para los cristianos de Judea, que por insinuaciones de Pedro se dispersaron en las otras provincias de Palestina. El Monte Carmelo, el Monte Tabor y el Monte Hermón hospedaron a aquellos de los Doce que aún no habían salido de la tierra natal. El Monte Quarantana que pertenecía a la provincia de Judea, era un paraje inhospitalario y pobre, donde no había mayores facilidades ni abundantes medios de ganar la subsistencia para los que no eran nativos de aquella región y por tanto carecían de un solar de tierra, de una casa que les cobijara y donde pudieran trabajar.

A pesar de esto los Terapeutas Esenios condujeron a muchas familias de Jerusalén que tenían sus ahorros y que a más vendieron cuanto poseían, a resguardar sus vidas en las grandes cavernas de minas explotadas siglos atrás y que los hermanos Jacobo y Bartolomé encontraron años antes cuando aún vivía en la tierra el Divino Maestro.

Y cuando el Sanhedrín comenzó las primeras hostilidades con El, ellos, sus hijos, con los Esenios del Santuario y los cuatro amigos betlemitas, Josías, Eleázar, Efraín, su hijo artesano de la piedra, Alfeo y Elcana

www.formarse.com.ar

con sus jornaleros y sus criados, habían hecho de aquellas cavernas una fortaleza subterránea que si no tenían las hermosas decoraciones con que Simónides adornara la Fortaleza del Rey Jebuz, ofrecía comodidades y seguridad para salvar la vida al Maestro y los suyos.

También todos ellos soñaron con salvarle de la muerte y dispusieron los medios adecuados. Pero, ya lo dijo el Profeta Isaías y repetimos su frase lapidaria: *"Los pensamientos de Dios no son los de los hombres, ni sus caminos son iguales".*

Aquellas enormes cavernas que fueron preparadas para salvar al Maestro, dieron amparo y refugio a muchas familias de Jerusalén que espantadas con la muerte de Stéfanos, de Santiago y sus discípulos, sacudieron el polvo de sus pies a las puertas de Jerusalén como decía el Divino Maestro que debieran hacer cuando la Verdad había llamado a una ciudad o pueblo, y se negaran a escucharla.

Nadie conoció tanto como Pedro toda esta tremenda tragedia que ha quedado perdida en el silencio y en la sombra que envolvió como en un manto de tiniebla impenetrable a la mayoría de los discípulos íntimos del Cristo.

Podemos decir que el siglo II y III fueron como un inmenso sepulcro en el cual quedaron sepultadas crónicas, leyendas, historias y tradiciones.

Los cronistas cristianos escribieron mucho en el siglo I que fue fecundo en la fe, heroísmo, abnegación y amor hacia el Cristo-Salvador de la Humanidad.

Y fue Pedro el confidente de todas las angustias, zozobras, vacilaciones *y* dudas que se agitaron como alas fatídicas de terror y espanto sobre la grey del Maestro.

¿No le había pedido a él que lo hiciera capaz de amar a todos sus hermanos como él les había amado? ¿No se lo suplicaba llorando en todas sus plegarias de aquellos primeros años?

Y tan completamente se lo concedió El, que Pedro no tuvo sosiego ni descanso de día o de noche cuidando la vida de todos los que su Maestro le había confiado.

Había recibido el don divino del poder para curar enfermedades incurables, crónicas, o de nacimiento; y sobre todo esto, alguna crónica de aquel tiempo lo refiere sucintamente. Pero yo pienso que la grandeza y santidad del Apóstol Pedro, no está precisamente en esas obras hechas mediante el don divino que había recibido. Está en el inmenso amor que demostró a todos sus hermanos, imponiéndose enormes sacrificios, día tras día durante diez años, para que ninguno pereciera bajo el puñal asesino de los que se apellidaban *guardianes de la Ley de Moisés.*

Las grandes dificultades por la lentitud de los medios de transporte de aquella época, debió significar para el Apóstol que ya estaba en el ocaso de la vida, un penoso esfuerzo de voluntad. Disfrazado de Terapeuta peregrino, con el capuchón calado y el bolso al hombro, Pedro recorría de noche las calles sombrías de Jerusalén, ya bajo los hielos del invierno o bajo el sol abrasa*dor* de medio día en los meses de estío. Cuando la necesidad lo obligaba a salir a las ciudades o pueblos vecinos, corría al palacio Ithamar donde Simónides tenía siempre en los establos, caballos, mulos o asnos en previsión de mensajes urgentes. Y Pedro, siempre encubierto con el oscuro sayal de los Terapeutas, corría a disputarles a los esbirros espías del Sanhedrín, las vidas de sus hermanos que sabía en peligro.

¿Cómo él podía enterarse de las disposiciones secretas de los jueces de Israel para acudir a tiempo a realizar estos salvamentos?

Había suplicado tanto a su Maestro y Señor amar a sus hermanos como El les amó, que entre sus facultades superiores se manifestó en Pedro la *auditiva y* la *visión a larga distancia.* En la oración oía voces íntimas, profundas, cual si las escuchara en su mundo interno, y a veces las captaba del mundo exterior, como si ellas flotaran en la atmósfera que le rodeaba, en el vientecillo de las noches tibias o en el rumor de los árboles agitados por las brisas del atardecer.

Creyó al principio que sólo se traba de su propia imaginación inquieta y perturbada por la terrible amenaza de castigos y de muerte bajo la cual vivían; pero no tardó en convencerse que aquellas voces le anunciaban una verdad, una realidad, puesto que llegado al lugar del anuncio, encontraba todo como *la voz* le había dicho.

¡Qué de veces frustró las asechanzas, las celadas que Saulo de Tarso, agente del Sanhedrín, tendía a los cristianos de Palestina, cuando aún no habíase transformado de perseguidor en ferviente seguidor del Cristo!

Y cuando en diez años largos consiguió 'el Apóstol Pedro poner a salvo todas las *golondrinas del Señor,* según él decía, creyó llegada la hora de pensar en sí mismo, pero antes tenía otro sagrado deber que cumplir; visitar antes de partir a la madre augusta de su Maestro y Señor. Y fue a Nazareth donde permaneció con ella y con Jaime su viejo amigo, durante dos semanas.

www.formarse.com.ar

Las veladas en el gran cenáculo después de la oración habitual, las empleaban en anotar todos los recuerdos que Myriam conservaba de la vida de su Hijo, de niño, adolescente y joven; anotaciones que tomaban Jaime y Pedro a la vez para que ambos relatos fueran iguales y uno saliera al exterior y otro quedase archivado en el arca de la Casa de Nazareth.

Durante *su* permanencia allí, Pedro visitó la vieja casa de las orillas del Lago arrendada a una familia de pescadores de las favorecidas por ellos cuando el Maestro vivía sobre la tierra y visitaba con tanto amor aquellos parajes inolvidables.

Visitó el Castillo de Mágdalo, triste y solitario con sus parques amarillentos y desnudos de verdor, con sus grandes ramas descarnadas como los largos brazos de esqueletos que se mantenían de pié.

Entró sin llamar, por aquella gran avenida de cedros que le era tan conocida y que estaba interceptada por la glorieta de mirtos y rosales rojos de Irania, donde años atrás estuviera él sentado junto al Maestro que dialogaba con la castellana.

El rosal rojo dejaba caer sus últimos pétalos como las postreras gotas de sangre de un ser que moría poco a poco.

Un gran silencio lo envolvía todo como un sudario ceniciento por el gris del espeso nublado de aquella tarde sin sol.

Pedro no tenía nada de sentimental ni de romántico, y sin embargo se sentía como dominado de algo extraño a su temperamento sereno, fuerte, bien equilibrado.

Caminó lentamente por aquella larga avenida, dio vuelta a la glorieta del rosal y a pocos pasos se halló ante el gran pórtico del Castillo.

Todo estaba igual que lo vio antes, o sea doce años atrás. Sobre cuatro pedestales de mármol negro, los bustos en mármol blanco de Kermes, de Sócrates, de Orfeo y de Feríeles.

Hacia un lado la amplia escalera que subía al piso superior; y del otro una espléndida puerta de cedro con relieves y recuadros de brillante cobre y que se hallaba apenas entreabierta.

Pedro la empujó suavemente hasta abrir una hoja... y se quedó paralizado, mudo de asombro, mientras sus azules ojos se fueron cristalizando de llanto...

En el centro del espacio que había entre la puerta y una pesada cortina de damasco púrpura estaba sobre una plataforma de pórfido, una estatua de Jhasua tallada en madera, a tamaño natural y delicadamente pintada también al color natural, con su túnica y manto blanco, ceñida la frente por la diadema de siete estrellas de los Maestros de Divina Sabiduría.

Pedro lo contempló en silencio un largo rato, y cuando no pudo más, cayó de rodillas, bajó hasta el suelo la frente y se echó a llorar a grandes sollozos.

De atrás de la cortina salió una mujer que también en silencio contempló al hombre postrado hasta el suelo que tan amargamente lloraba. No veía de él más que el oscuro manto y la cabeza blanca. Y le seguía mirando hasta que de sus ojos castaños empezaron también a correr lágrimas silenciosas.

Cuando el hombre levantó la cabeza, ambos se miraron a través de sus lágrimas. Y se reconocieron.

— ¡María! —exclamó él dando un paso hacia la joven.

— ¡Pedro! —susurró ella entre un hondo sollozo que fue a morir sobre el noble pecho del Apóstol el cual la estrechó a su corazón como lo hubiera hecho con una de sus hijas.

Cuando la poderosa ola de emoción se hubo calmado, ella habló primero...

— ¡Pedro!..., hoy debemos conformarnos con una imagen fría, muda, sin vida... porque El ya no existe más en este mundo...

Y la joven se echó a llorar nuevamente y se dejó caer de rodillas abrazada a los pies de la imagen del Profeta Nazareno.

Pedro no pudo olvidar nunca en su larga vida el cuadro de dolor y de angustia suprema que vio aquella tarde.

Creyó volver a vivir la escena inolvidable de años atrás, cuando esa misma mujer fue a la casa de campo de Eleázar, el fariseo, y postrada a los pies del maestro, los ungió con sus perfumes y los secó con sus cabellos, llorando desconsoladamente. El acto era el mismo, y la mujer era también la misma. Sólo el Profeta era una estatua muda, fría, sin más vida que la hábilmente simulada por el artista griego que la hizo, y que parecía haberla reconcentrado en los ojos claros de dulce mirar que imitaban con toda realidad los divinos ojos del Profeta Nazareno.

www.formarse.com.ar

Pedro intervino por fin.

— ¡María!... El Maestro vive y tú lo lloras como a un muerto... ¿Es que no tienes fe en que El vive?

Ella levantó su rostro bañado en lágrimas y le contestó:

— ¡Yo se que El vive más allá de las estrellas que alumbran por las noches la desolada tiniebla de mi vida solitaria! Yo sé que vive entre el esplendor radiante de su Reino Eterno merecido por sus obras, por su santidad, por su tremendo sacrificio..., pero yo no le tengo más cerca de mí en este negro desierto que es la vida sin El, sin la luz de su mirada, sin el sonido de su voz, sabiendo que nunca más volveré a verle ni oírle, ni seguirle por los caminos de la llanura, ni en los senderos de la montaña, ni sobre las aguas del mar...

¡En todas partes le busco! ¡y la brisa en las llanuras y los rumores del bosque y el murmullo de las olas me gritan hasta enloquecerme!: ¡nunca más!... ¡nunca más!

Y la angustiada mujer se desvaneció en un largo sollozo. Su cabeza quedó laciamente apoyada sobre los pies de la estatua, y su larga cabellera se extendió sobre el pedestal de pórfido que la sostenía. Pedro miró hacia dentro de la cortina y vio que aquello era un Santuario con el altar de las Tablas de la Ley, el candelabro de siete cirios y la lámpara cuya luz mortecina esparcía su dorada claridad. Los grandes estrados laterales estaban cubiertos de tapices y almohadones. Entonces se acercó a María y levantando su cuerpo exánime y frío lo recostó en el estrado más inmediato, y se sentó allí a orar esperando que despertase.

— ¡Maestro, Señor mío! ¡Hazle sentir que vives y ella se consolará de tu muerte!...

Fue la única oración de Pedro que se adormeció también plácidamente. No podía precisar el tiempo que estuvo dormido; pero cuando se despertó vio a María sentada ante la mesa central escribiendo en un libreto de pergamino unido por un cordón azul.

Escribía rápidamente y seguía llorando. Sus lágrimas iban cayendo sobre

el pergamino silenciosamente y ella seguía escribiendo.

Cuando terminó, levantó la cabeza y vio a Pedro que la miraba con curiosidad. Con el rostro sonriente, aunque bañado de lágrimas, ella le dijo señalando el libreto en que había escrito:

— ¡Una epístola del Maestro! ¡La primera que me ha escrito en diez años que hace que lloro por El! ¡Vive, Pedro, vive, y aún se acuerda de mí! —Y rompió a llorar nuevamente.

Pedro fue a la mesa, tomó el libreto y leyó, escritas en sirio caldeo, estas dulces palabras:

"¡María!... ¡mi María!... Tu desesperación y tu poca fe interceptan mi acercamiento a ti. La llegada oportuna de Pedro ha tendido un puente de cristal para llegarme hasta ti y decirte, piensa en la Vida, ¡no en la muerte!

"¡Piensa en mi amor eterno, que llena todas las soledades y ante el cual no hay desamparo, ni hay olvido, ni hay ausencia, ni hay adiós!

"¡Mujer!... Ten fe, esperanza y amor, y me sentirás siempre a tu lado.

"Te bendigo en nombre de Dios. *JHASUA"*

La misiva amorosa y tierna evaporó la tristeza y el llanto como fugaces nubes negras que vienen y que van.

Y sentados Pedro y María sobre el estrado, comenzaron a deshojar, confidencias, recuerdos, noticias de los hermanos todos y esperanzas o temores para el futuro.

A momentos lloraban con suprema angustia, luego se consolaban, volvían a llorar, ¡y continuaban recordando, pensando, amando y padeciendo!...

Ambos habían hecho de la personalidad adorable de Jhasua el más noble y puro ideal de sus vidas humanas, y no sabían cómo podían seguir viviendo después del tremendo arrancón que fue para ellos su terrible muerte.

No obstante el sereno temperamento de Pedro y su bien equilibrada mentalidad al contacto de la vehemencia de María que así en el dolor como en el amor vibraba con una intensidad extrema, hubo momentos en que el Apóstol creyó vivir de nuevo las horas angustiosas, desesperadas de la prisión de su Maestro en Getsemaní, del patio del palacio de Caifás donde negó por tres veces su vinculación con El... del camino doloroso hacia el Gólgota, donde le vio suspendido en lo alto del patíbulo, entre el fragor de truenos y relámpagos y las llamas de los cien fuegos sagrados que encendió Vercia, todo lo cual formaba un concierto de horrores a tono con la tempestad interior de todos los corazones enamorados del Cristo, que creían morir junto con El!...

Y sintiéndose desfallecer, Pedro clamó en alta voz:

— ¡Maestro..., mi Señor!... ¡Si tu poder infinito no manda callar vuestro dolor... voy a morir aquí mismo y aún no he hecho nada por Ti!...

www.formarse.com.ar

Tomó suavemente la mano de María y acariciando con su diestra acuella cabeza enloquecida por el recuerdo le dijo como un padre a un hijo pequeño:

— ¡María!... ¡tengamos piedad de nosotros mismos y no lloremos más la muerte del Maestro! ¡El no quiere que pensemos en su muerte sino en su vida eterna, gloriosa y feliz! ... ¡Me apenas mucho dejarte sola aquí con seres que no son capaces de comprenderte y consolarte!...

¿Por qué no te vienes conmigo y me acompañas en todas mis andanzas sembrando los campos del Señor?

Diremos a todos que eres mi hija. ¿No puede ser esto así? ¿Has de pasar llorando toda tu vida sola con tus criados, en este viejo Castillo poblado de recuerdos y de trágicos pensamientos?

¡María seguía llorando en silencio!

—Mira que el Maestro ha querido que yo, aunque el más indigno de todos, ocupe su lugar entre sus golondrinas viajeras y puedo mandarte en su Nombre. ¿Serás capaz de obedecerme por amor al Maestro?

Ella secando sus lágrimas lo miró con inmensa ternura y le contestó:

—Sí, Pedro, soy capaz de obedecerte, por amor a él, pero no me pidas que deje de llorar su muerte porque eso es superior a mis fuerzas. Llorar y padecer por El es el único consuelo que me ha quedado. No sé si tú podrás comprender esto, pero es así.

—Sí, hija mía, te comprendo y padezco y lloro como tú, pero el Maestro no quiere nuestro llorar por El, sino que continuemos la obra de El y le probemos de ese modo nuestro amor. Si accedes a venirte conmigo, cooperarás en todo cuanto yo debo hacer cumpliendo la voluntad del Maestro. Y te prometo traerte yo mismo cuando tú quieras volver.

Al sentir María la ternura paternal de Pedro, le pareció que tenía de nuevo ante ella al Maestro mismo, porque sólo El había derramado ternura igual sobre ella, y dejándose caer de rodillas ante el Apóstol que lloraba con ella le dijo con su voz entrecortada por los sollozos:

— ¡Sí, Pedro, iré contigo a donde quieras llevarme porque siento que el divino Maestro está dentro de ti!

Y dobló su rubia cabeza sobre las rodillas del Apóstol que continuó pasando suavemente su mano sobre aquella hermosa cabellera con la que un día ella había secado los pies de su Maestro.

Después de un breve silencio, Pedro levantó a María y le dijo:

—Me quedaré hoy y mañana aquí para darte tiempo a prepararte para nuestro viaje. De aquí iremos a la Casa de Nazareth a despedirnos de Ella; después a ver a Simónides, el gran padre de todos los hijos del Señor, y de allí a Joppe, donde nos embarcaremos para Tiro, Sidón y Antioquía. ¡Tenemos mucho que hacer hija mía para glorificar al divino Maestro!

Y mientras tú te preparas, iré a visitar al buen compañero Hanani, que no le veo desde la muerte de su esposa. El quedará a cargo de los hermanes que quedan en Tiberias y a los cuales no puedo descuidar.

María tocó una campana en el pórtico llamando a los moradores del Castillo para que vieran al Apóstol Pedro a quien todos amaban con reverente amor, ya por ser el de más edad entre los Doce íntimos del Señor, como porque sabían que era él quien le representaba entre sus amados de la Tierra.

Entre las doncellas compañeras, las viudas refugiadas, los huérfanos y los criados eran treinta y siete personas.

Pedro, enternecido casi hasta el llanto porque sentía dentro de sí el amor del Cristo su Señor y Maestro que lo impulsaba a ser para sus hermanos lo que El había sido para todos, les abrazó uno por uno y se interesó por sus vidas venturosas o desdichadas, y tuvo para ellos palabras de ternura paternal, de consuelo y esperanza que inundaron las almas de jubilosa alegría.

Fatmé quiso tener una confidencia con él, un aparte en secreto y mientras las doncellas compañeras (sólo habían quedado tres) se ocupaban de hacer preparar la frugal comida de la noche, Pedro y Fatmé se retiraron al Cenáculo.

—Como sé que eres tú, hermano Pedro quien está al frente de la Congregación del Señor, creo que tu palabra será la que deba orientarnos a todos en la oscuridad en que hemos quedado después de su partida.

María me ha puesto al frente de su casa desde la muerte de Elhida, su vieja aya, tarea en la cual me ayudan las tres doncellas que no han querido tomar esposo. El Administrador es mi padre, con Boanerges el Notario y Jahiel el Mayordomo. En cuanto a esto, todo ha marchado en un orden admirable.

Pero ¡Oh hermano Pedro! siento decirte esto pero lo único que anda aquí mal es María, la pobre María que no tardará en volverse loca por completo.

www.formarse.com.ar

— ¡Ya lo sé hija mía! Todo lo se... —contestó Pedro.

— ¿Cómo lo sabías si estabas lejos de nosotros?

—Othoniel, de paso para el Lacio a reunirse con el Príncipe Judá me lo contó todo, El pobrecito se fue con el corazón deshecho porque la amaba de verdad, desde hacía tiempo y ella se negó a escucharlo.

—Es verdad —dijo Fatmé— ¡pero eso no es todo!

— ¿Qué hay más? —interrogó con cierta alarma Pedro. —Que el hijo del Tetrarca Felipe vino también con proposiciones de matrimonio y María creyendo que se trataba de intereses por cuanto Galilea está bajo su dominio, hizo que mi padre lo atendiera, y cuando él le participó el motivo de la visita, le mandó con el mismo su negativa pero en forma tan dura que mi padre se vio en grande apuro para que no se diera por ofendido.

Lo atribuyó a la magia negra que había sembrado el Profeta Galileo, y estuvo a punto de hacer denuncia al Sanhedrín para que nos dispersaran de aquí a todos y dejáramos sola a María a fin de dominarla por la fuerza. Se veía claro que estaba interesado en ella por la fortuna que tiene.

Mi padre tuvo que inventar una historia que no es real, a fin de salvar la situación. Hizo llegar al interesado de indirecta manera la noticia de que María había vendido todas sus propiedades y derechos a la Aldea de Mándalo a *Quintus Arrius* porque ella abandonaba el país para trasladarse al Lacio donde iba a desposarse con un hijo del Senador romano Lucio Galión. Esto nos salvó de ir a parar a los calabozos del Sanhedrín. Pero es la verdad que vivimos temblando que se descubra que en toda esta historia no hay nada real.

—Esta bien, hija mía, lo que hizo tu padre, pero no tengáis ningún temor en adelante. Yo me llevo a María...'

—¿De veras? Y nosotros, Pedro, ¿qué haremos sin ella?

—Seguir aquí, como antes. Nuestro Señor vela por todos, hija mía y El sabe las tristezas de todos.

Yo me llevo a María buscando hacer desaparecer de su espíritu ese estado mórbido producido por la angustia desesperada de haber perdido el único amor de su vida, y por el espanto de presenciar tan de cerca el cruel martirio a que fue sometido nuestro Maestro y Señor.

¡Fue en verdad bastante para volvernos locos a todos!

—Es tal como dices —afirmó la joven— y aquí hemos padecido todos lo indecible.

—Desde hoy, nuestro Señor quiere que viváis completamente tranquilos. Yo pediré a Simónides que extienda un documento en su calidad de Apoderado General en Palestina de *Quintus Arrius,* por el cual, nombra oficialmente a tu padre como representante suyo en la Aldea y Castillo de Mágdalo.

El actual Emperador Claudio ha renovado bajo su firma el salvoconducto, autorización y licencias que firmó Tiberio para todo cuanto pertenece al hijo del Duunviro Quintus Arrius. De modo que nuestro príncipe Judá es invulnerable. Claro está que estos privilegios no han sido en homenaje a la memoria del Duunviro muerto, porque los Césares no respetan ni a los muertos ni a los vivos. Todo es debido a los talentos de oro que Simónides ha mandado a las arcas ministeriales. Simónides tiene documentos secretos firmados por el César y sellados con su sello, con toda clase de franquicias para sus actividades comerciales, y para los que dependen de él. También esto te lo digo en secreto a fin de que estéis aquí en paz y tranquilidad; secreto que sólo queda entre tú y tu padre, al cual se lo diré ahora, cuando le visite.

Y a no preocuparse por María, que estará a mi cuidado y cuando la vea curada, os la traeré de nuevo.

— ¿Y sabes hermano Pedro cuándo vuelve Boanerges?

—Pronto, ¡muy pronto! En Joppe espera a María una epístola de él. Las noticias que ha mandado Juan son muy buenas y parece que nuestro Señor va despertando a todos los que estaban dormidos al pie de su cruz de mártir.

Cuando llegó la hora de la comida nocturna, todos se sorprendieron de que María fue guiando a Pedro hacia el comedor y después de hacerlo sentar en el sitio de honor, se sentó ella a su lado.

En diez años que habían transcurrido, nunca pudieron conseguir que asistiera a las comidas, pues lo hacía sola en la salita de vestirse anexa a su alcoba dormitorio.

En el muro del comedor frente al sitio en que Pedro estaba sentado, y ocupando todo el recuadro del muro aparecía un hermoso paisaje tomado de una parte del bosque del Castillo donde estaba la fuente de las palomas. Había en el lienzo un solo personaje: el Maestro dando de comer a la multitud de palomas que lo cercaban por todas partes y algunas se habían posado en su hombro, y otra en su brazo izquierdo donde sostenía la cestilla llena de trigo mientras con la diestra derramaba el grano alrededor de la fuente.

Fatmé, Gehiel, las doncellas y el Escriba auxiliar de Boanerges rodeaban la mesa, mientras dos criadas iban y venían sirviendo a los comensales.

www.formarse.com.ar

— ¡Y este lienzo!... —dijo Pedro contemplándolo con indecible amor.

—Lo pintó a indicaciones mías el mismo que esculpió la estatua que está en el Cenáculo —dijo María—. El es mucho más bello aún; pero ¿quién puede copiar la luz de aquellos ojos y la irradiación divina de bondad que resplandece en toda su persona?

— ¡Es verdad hija mía! Para pintar al Maestro tal claro era, se necesita llevarlo en el corazón.

—Te haré ver el que está en mi salita de estudios, y que lo he pintado yo que aunque tengo condiciones de aficionada, no me considero profesional.

—Acaso ése estará de acuerdo a la realidad —contestóle Pedro—. Pero come, hija, porque hemos hablado, pero ni tú ni yo hemos comido.

La conversación se hizo general, porque las miradas llenas de inteligencia y de bondad de Pedro, les insinuaban la conveniencia de formar un ambiente de sencilla familiaridad.

Al día siguiente Pedro fue a Tiberias, en uno de cuyos suburbios tenia Hanani su casa taller de tapicería. Ya no era aquel hogar lleno de ternezas y alegrías, con una abuela que lo preveía todo, con una madre que ponía su nota de plácida cordialidad en todo momento; con unas hijas que cuidaban de que las flores y los pájaros embellecieran el hogar. Era sencillamente la casa de un hombre solo que vivía con una veintena de obreros de confianza durante el día, y cuando caía la tarde, los talleres se cerraban y los *hermanas* diseminados en la resplandeciente ciudad, llegaban a la oración conjunta de la noche.

La madre y la esposa de Hanani habían muerto, la hija menor se había casado y Fatmé vivía en el Castillo de Mágdalo en calidad de dama de compañía de la Castellana.

La llegada de Pedro fue un gran acontecimiento, y aquellas dos cabezas blancas se confundieron en un largo abrazo.

El día les fue corto para darse recíprocamente las noticias tristes o felices que cada uno tenía.

—Hanani —le dijo Pedro al dueño de casa—. Yo debo ausentarme de nuestra amada Galilea quizá por un tiempo largo, y no sabes cuánto me duele esta ausencia.

—Han pasado cuatro años sin verte Pedro, y me hablas de nueva ausencia ¿Es que los galileos no somos también la grey del divino Maestro?

— ¡Sí hombre!..., lo sois más que ninguno porque en esta bendita tierra parece vibrar todavía su amor como si estuviera prendido en las ramas de los árboles y en las vela*, blancas de las barcas que flotan en nuestro Lago.

Pero precisamente por eso en esta tierra no se agitan los aires envenenados de odio y de sangre, es que gozáis aún de una relativa tranquilidad, y yo voy a dedicar todas mis fuerzas a socorrer a las víctimas de la maldad y odio que serían innumerables si entre Simónides y yo no hubiéramos hecho prodigio de sagacidad y prudencia para anularlos en parte. ¿Cómo andan por aquí las cosas?

—Regular, no del todo bien —contestóle Hanani—. Cierto que aún no han ocurrido por aquí los graves atentados y crímenes en contra de nuestros hermanos, como ha ocurrido en Jerusalén; pero comienzan a germinar antagonismos y celos entre los hermanos que a veces llevan a distanciarse y formar bandos con tendencias, no malas, pero que dividen y eso a mi juicio no está bien.

—Pero ¿cuál es la causa de todo eso? El Padre Celestial es uno sólo. Su Hijo, su Verbo, el Cristo que hemos visto morir por amor de lodos, es también uno sólo. ¿Dónde pues encuentran base para una división? — preguntó Pedro que soñaba con que en su amada Galilea no podía haber ninguno que se apartara del camino.

—Hay una desorientación muy grande Pedro desde que desapareció el Maestro de en medio de nosotros.

Luego la ausencia de aquellos que junto al Señor nos parecían tan grandes, como José de Arimathea, Nicodemus, Jaime, el Príncipe Judá, el Hachben-Faqui, los maestros Esenios, tú mismo, Pedro..., todos se eclipsaron de nuestro horizonte. Los Doce desaparecieron como si la tierra los hubiera tragado. Todo esto vino a raíz de la muerte de Stéfanos y de Santiago.

Y todos los que frecuentan este Oratorio, el de Mágdalo y otro que fundo Eleázar en su casa de campo, preguntan lo mismo: "¿Qué haremos?... ¿Quién es vuestro jefe si los que había se han ausentado?"

Y si esto pasa aquí ¿qué será entre los que han emigrado al otro lado del Jordán, a los montes de Arabia y hacia países más lejos aún?

Pedro se había sumido en profundo silencio. Se veía claro cuanto le afectaban las palabras de Hanani que encerraban toda la verdad.

Después de un largo silencio Pedro habló .y su voz destilaba tristeza y amargura.

www.formarse.com.ar

— ¡Cuan pequeños somos amigo mío para continuar la obra grandiosa de nuestro Maestro y Señor!

Pero si El nos eligió a nosotros para continuarla, debe haber estado seguro de lo que hacía. ¡Es el Hijo de Dios Vivo y no podemos pensar que El pueda equivocarse nunca!

—En cuanto a eso, estoy en pleno acuerdo contigo hermano Pedro; pero creo que si El no se equivoca, somos nosotros los que con valentía y firmeza debemos tomar los caminos adecuados para mantener la unión armónica y fuerte de todos los seguidores del Cristo Hijo de Dios.

—En verdad —dijo Pedro— yo estuviera absorbido por completo en salvar las vidas de los discípulos de Judea donde no han cesado el espionaje y la persecución desde la muerte de nuestro Señor. Pero conseguido esto nos consagraremos en absoluto a su obra. Hoy me acompañarás al Oratorio de Eleázar, y vendrás conmigo a Mágdalo, para dejar establecido que tú con Jaime y Eleázar, en acuerdo con la Madre del Señor, formaréis como un Consejo de gobierno para esta parte de la provincia de Galilea. Y así deberemos nacerlo en las demás regiones de la Palestina. Es necesario establecer este orden para evitar la desorientación de todos.

Judas Tadeo, Matías y Felipe, están en el Santuario del Tabor; Tomás, Andrés y Bartolomé están en el Carmelo. Aquellos velarán por el norte hasta Cesárea de Filipos. Y los otros que veré al pasar para Antioquía, se encargarán de los que habitan los pueblos costaneros del Mar Grande.

¡Cuan pequeños somos para tan grande obra, Hanani!... Entre todos no somos capaces de llenar el vacío de un día soto de la vida de nuestro Maestro y Señor.

Somos buenos para morir como corderos que llevan al matadero; pero necesitamos vivir y hacer florecer los campos del Señor con el amor fraterno, la justicia, la verdad, la igualdad de derechos y de deberes entre todos los hombres porque todos somos hijos de Dios que no hizo esclavos ni príncipes, sino criaturas suyas con igual origen, y con el mismo destino inmortal y eterno...

La tarde caía silenciosamente y Pedro y Hanani caminaban por la orilla del Mar de Galilea dirigiéndose al Castillo de Mágdalo.

Un silencio de meditación les embargaba a los dos de tal manera que ni una sola palabra acudía a sus labios. Pedro iba a alejarse de esos lugares santificados por la presencia del Maestro y acaso por largo tiempo. Los recuerdos se erguían vivos y fascinantes como hijos queridos que luchasen por retenerlo atado a ellos con lazos de flores que tenían resistencia y fuerza de hierro.

Aquí una verde colina coronada por un grupo de sicómoros a donde el Maestro subía con frecuencia a orar, mientras ellos en la playa asaban pescado para la frugal comida de la noche...

Más allá un bosquecillo de encinas donde en los ardientes días de estío se resguardaban con El de los abrasadores rayos del sol, mientras escuchaban su voz musical enseñándoles algo más de las grandezas divinas y de las pequeñeces humanas con que debe luchar el alma que aspira a ser grande en los caminos de Dios.

En la bifurcación de dos caminos, las ruinas de una vieja cabaña, sombreada por algunas higueras y vides donde Pedro recordaba bien haber tendido las colchonetas de su barca para que el Maestro descansara después de una larga andanza para curar a los dementes del Cerro Abedul.

Y Pedro no pudo dar un paso más y se sentó sobre el tronco de un árbol caído.

— ¿Ves Hanani como es cierto lo que te dije antes? ¡Que somos buenos, para morir pero flojos para vivir su vida y su obra de amor entre la humanidad mezquina y egoísta! ¡Cuánto no daría yo por morir suavemente bajo estas higueras y vides donde el Maestro durmió sueños divinos para que su alma de Hijo de Dios tendiera su vuelo al Infinito o recorriera el mundo destruyendo el odio y sembrando el amor!

—Pedro, hermano mío —le dijo Hanani— eres el mayor entre nosotros y si tú te dejas vencer por la fuerza de los recuerdos, ¿cómo nos alentarás a nosotros a continuar los caminos que nos conducirán al éxito que el Señor desea y que nosotros debemos querer también?

— ¡Es cierto, amigo, es cierto!... Pero tú no has vivido con El íntimamente durante más de tres años largos... tú no le tuviste en tus rodillas de niño, ni le viste vivir como yo su adolescencia y primera juventud en el Tabor, donde mi padre era guardián de la entrada.

¡Oh, Hanani!... mi alma toda es un cofre de sus recuerdos y no puedes llegar a comprender cuánto me cuesta apartarme de estos lugares, y acaso para no volver! Pero El quiso poner sobre mi espalda la carga enorme de todos los que amó y le aman... y yo ¡pobre de mí! ¡tengo que correr como un caballo desbocado a enfrentarse con todos los odios, con todos los egoísmos y ferocidades humanas para tratar de salvar a todos los que a El le fueron confiados!

Hanani estaba visiblemente conmovido y guardaba silencio.

www.formarse.com.ar

—Y cuando yo esté lejos de aquí —continuó Pedro con una voz que lloraba— tú harás que todos los hermanos que contigo se reúnen a la oración, tengan un pensamiento de amor para este viejo discípulo del Señor que lleva una carga tan grande cuando es el más flojo y cobarde de todos!

—Así lo hemos hecho Pedro desde aquella gran asamblea que te confió a ti la carga que llevas —le contestó Hanani—. Y pienso que aunque tus hermanos fuéramos incapaces de ayudarte, el Cristo Señor nuestro es bastante para hacer de ti un gigante invencible al frente de sus seguidores.

—Que el Señor te compense por el aliento que me das. Vamos, que el sol acaba de esconderse y aún nos falta camino que andar hasta Mágdalo.

Anochecía cuando Pedro y Hanani entraban al viejo Castillo sumido en penumbras. Sólo se veía el mortecino fulgor de la lámpara del Oratorio y una que otra hebra de luz escapándose de algún resquicio de ventana entreabierta c de cortina corrida. Abrieron y cerraron la gran puerta de la verja de entrada

El silencio era imponente; y la suave penumbra del anochecer parecía poblada de presencias invisibles acariciantes y suaves que llenaban el alma de infinita ternura.

Cuando se acercaron al pórtico sumido en penumbras, sintieron la melodiosa sinfonía de los laúdes y cítaras de las doncellas en el Oratorio.

Era la hora de la oración de la tarde. Y con voces suaves y tiernas llenas de honda melancolía. Pedro y Hanani escucharon esta dolorida canción:

Mírame ¡Oh Señor!
Con tus ojos dulces llenos de piedad,
¡Que tú sólo sabes
Como quiere mi alma
Tu dulce mirar!

Oscura es la senda
Sin ¡os ojos tuyos pródigos de luz;
Reseca la fuente, sin flores el prado,
¡Cubierto de sombras
El inmenso azul!

Desde que te fuiste
A ese Reino tuyo, vivo sin vivir...
Como ave perdida en hoscos breñales...
¡Un hueco quisiera
Donde ir a morir!

¿Por qué me dejaste
Señor en la vida
Si Tú ya sabías de mi hondo sentir
Si Tú eras la vida de la vida mía
¿Qué quieres que sea
Mi vida sin Ti?...

¡Te espero, te llamo
Te busco en la aurora
Cuando viene el sol!...
Al lago y al bosque que besa la luna
Les pido tu vida...

¡Tu vida, Señor!...

¡Y nadie responde
A las ansias mías
Desde que te fuiste tan lejos de mi!...
¡Déjame encontrarte una vez tan solo,
Mirarme en tus ojos
Y después morir!

Aquellos dos hombres, fuertes, recios y serenos, no pudieron resistir la vibración tremenda de amor y de dolor que irradiaba aquella canción, y ambos habían caído de rodillas entre las densas penumbras del pórtico y dejaban correr su llanto silencioso que se perdía en las guedejas de plata de su barba cana.

Y era que aquellas estrofas, y aquella melodía de cuerdas y voces que en conjunto lloraban, era la viva expresión de lo que sus propias almas sentían.

Cuando se hizo el silencio profundo de la oración, Pedro y Hanant entraron en el Oratorio sin ruido alguno y advirtiendo que el recinto estaba lleno con los aldeanos, pastores y labriegos, se quedaron en el pequeño estrado junto a la efigie del Maestro ubicada de este lado de la cortina de púrpura que cerraba el Oratorio propiamente dicho.

Una lámpara de plata pendiente de la techumbre daba una tenue claridad al rostro de la imagen que en la suave penumbra parecía adquirir vida propia. Sus pies desaparecían entre una ánfora de anémonas rojas cual si fueran corazones vibrantes de vida y de amor que pugnaban por subir hasta El, pues algunas de aquellas flores, más audaces que las otras, casi llegaban a tocar las líricas manos abiertas hacia adelante en esa dulce y sugestiva actitud de espera v llamada al acercamiento... Todo aquel simbolismo sagrado hablaba muy alto del Amado ausente viviendo en todas las almas que se le habían entregado en absoluta ofrenda de amor y de fe!...

Y como punto final de la oración de la tarde, la voz de Ezequiel el Escriba que reemplaza a Boanerges recitaba con pausada y tranquila voz la profesión de Fe que los Doce reunidos habían compuesto para todos los seguidores del Cristo, y finalmente cantaban a coro con las doncellas el *"Miserere"* con lo cual terminaba la oración de la tarde.

Tal se hacía en todos los Oratorios cristianos de aquella primera hora del Cristianismo, siguiendo las indicaciones de los Doce antes de esparcirse por la tierra, herencia dejada a ellos por el Divino Maestro.

Al día siguiente cuando el sol asomaba sobre las copas de los corpulentos cedros y nogales que daban sombra al vetusto Castillo de Mágdalo, salía por !a gran puerta de la verja que daba sobre el camino del Lago un carro de viaje llevando a Pedro y María por el sendero de Nazareth.

La túnica castaño oscura de los Esenios viajeros y la blanca toca que apenas aparecía bajo el manto de igual color, ocultaban la espléndida cabellera dorada con que en otra hora secara la castellana los cansados pies del Peregrino eterno.

Ahora ya no era más la sacerdotisa de Apolo y de las Musas, alrededor de cuyas estatuas danzara envuelta en velos color del iris. Ahora era la hija de Simón, Pedro, el pescador del mar de Galilea, que acompañaba a su padre en un largo viaje. Y su vieja herida de amor, parecía dolerle menos sintiendo la suave presión de la voluntad de ese anciano que la amaba como si fuera su padre y al cual voluntariamente se sometía.

Y Pedro mientras recorría el hermoso trayecto de Mágdalo a Nazareth, observaba a su compañera de viaje y pensaba:

— ¡Cuan grande era la sabiduría de nuestro divino Maestro cuando decía: "El amor salva todos los abismos"! ¡Quién me había de decir que yo; un viejo pescador de Galilea, podría ejercer dominio sobre la poderosa voluntad de esta mujer habituada a ser absoluta dueña de sus actos desde la adolescencia!

Y es que Pedro, sencillo como un niño que no tiene aún la experiencia que da el roce con las almas humanas, no sabía que los seres más sensitivos y vehementes son los que más necesitan de la dominación de un amor fuerte y poderoso en el cual ellos puedan descansar plenamente.

Precisamente ese fue el escollo en que tropezaron los amantes de Jhasua cuando El desapareció de su vista. Su amor fuerte y sereno, inconmovible, invariable y eterno había sido el descanso, el sosiego y la paz absoluta de las almas más vehementes y emotivas que se habían prendido de El como débiles mariposillas en las frondosas ramas de un rosal en flor!

www.formarse.com.ar

Ya en la suave quietud de la Casa de Nazareth, a los pies de la tierna y santa Madre de todos, ambos viajeros vaciaron en su gran corazón cuantas incertidumbres, zozobras y dudas pudieran agitarles.

—Ve, hija mía, vete con Pedro a sembrar la semilla que El nos dejó a montones. Vosotros podéis llevarla hasta muy lejos, mientras yo entregada ti ni silenciosa vida de oración y de lágrimas, os sirvo de resguardo en todos los peligros de cuerpo y alma en que podáis encontraros. ¿Qué otra cosa puedo hacer a mis años, sino permanecer aquí como una lamparilla encendida siempre en el altar santo de su recuerdo y de su amor?

Así habló la dulce Madre del Cristo Divino al abrazar a Pedro y a María que fueron a despedirse de ella antes de partir.

Y en un aparte con Jaime, le dejó encargado que con Hanani y Eleázar, y e! consejo de Myriam, tendrían el deber de servir de orientación a los hermanos de aquella parte de la provincia de Galilea.

Partieron al mediodía por el viejo camino de las caravanas hacia Jerusalén, adonde María no había vuelto en los diez años transcurridos.

— ¡No me hagas atravesar la ciudad te lo pido por favor, Pedro! —había suplicado María cuando se acercaban a las murallas.

—Ya sabía yo eso —le contestó Pedro— y había pensado dejarte en el Kan del camino a Joppe donde el matrimonio portero es un viejo conocido mío. En nuestro carro de viaje iré a ver a Simónides y enseguida estaré de vuelta para seguir viaje.

Pero el valiente anciano Simónides tenía que ser el que despidiera a todos los sembradores de «su soberano Rey de Israel y así que vio a Pedro y se enteró de que había conseguido arrancar a María de su tenaz apartamiento en completa soledad, subió con él al vehículo y fueron hacia la puerta de Joppe.

—Por esta misma puerta salimos con el Señor acompañándole hacia la muerte —dijo Pedro con honda amargura.

—También lo pensé yo sin querer expresarlo por no hacerte daño —contestó el anciano esforzándose por no dar salida a un sollozo que lo ahogaba.

—Veamos niña —decía Simónides a María— si entre dos viejos que te quieren como a una hija, somos capaces de desalojar la tristeza que ha hecho nido en tu corazón. Todos sentimos lo que tú sientes; pero comprendemos que solo los viejos podemos acercarnos a tu corazón sin causarle nuevas heridas. ¿No es verdad hija mía que el amor de estos dos viejos no te hace daño? ¿Comprendes lo que quiero decir?

— ¡Oh sí que lo comprendo muy bien y encuentro así mismo una gran verdad en cuanto dices Simónides!

— ¡Bien, bien! Vete tranquila y confiada que vas con un buen guardián, y dejas aquí otro para velar por tu casa y tus intereses.

Yo tomaré todas las medidas para que nadie moleste a tu gente de la Aldea de Mágdalo.

Hanani sabrá llevar todos los asuntos en perfecto acuerdo conmigo.

El hábil y experto administrador de los tesoros del Rey de Israel entregó a María y a Pedro letras a cobrar de los agentes suyos en Tiro, Sidón y Antioquía para los *"gastos que les ocasionara la siembra que hartan en los campos del Señor".* Fueron sus palabras textuales.

El fuerte anciano, erguido y firme, apoyado en su bastón, les vio partir por el camino de Joppe y cuando una nube de polvo que levantaba el galope de los caballos, le ocultó los pañuelos blancos que se agitaban diciéndole adiós, solo entonces dejó que dos gruesas lágrimas corrieran de sus ojos llevándose la honda tristeza de su viejo corazón.

— ¡Mi soberano Rey de Israel! —exclamó con un acento de indecible angustia—. ¡Sólo por tu amor, por tu gloria, porque sea eterna tu memoria en la tierra, quiero vivir aunque sea arrastrando "este viejo cuerpo que tú Señor fortaleciste quizá, para que fuera el baluarte en que se estrelle el odio de tus enemigos!

La nube de polvo que envolvió a los viajeros ya no se veía más, y el anciano apoyado en su bastón tornó paso a paso a la puerta de la ciudad por donde unos momentos antes había salido la carroza que llevaba a Pedro y María.

Era poco después del mediodía y el mercado aparecía en esa relativa quietud después de la febril actividad de la mañana.

Unos cuantos mendigos a la sombra de las tiendas, se ocupaban en recoger de los cestos de desperdicios aquello que aún podía ser utilizable.

El anciano se les acercó.

—Dejad esos cestos en paz —les dijo—. El hombre aunque sea viejo y pobre no debe jamás disputarles a los perrillos de la calle lo que ellos necesitan para vivir.

¿Sois nuevos en Jerusalén que no sabéis que la Santa Alianza tiene casa y comida para los que no pueden ganarse el sustento?

Hemos llegado hace dos días de Herodium donde han tirado abajo un castillo en ruinas donde vivíamos de las castañas, higueras y moreras que allí había. Aquí no tenemos donde cobijarnos.

— ¡Ya veo, ya veo!... Muchos mármoles y muchos palacios aquí, pero los que ayudaron a construirlos cuando tuvieron fuerzas, deben hoy ambular por los mercados comiendo los mendrugos disputados a los perros.

Vio en ese instante un carro que acababa de descargar sacos de legumbres y cántaros de vino y de aceite en una tienda, y que cobrado el costo de su trabajo iba a marcharse.

—Amigo —le dijo al carrero— si quieres ganarte algo más antes de volver a tu casa, llévame estos viejecillos a mis almacenes *Estrella Azul,* detrás de la Torre de Goliat.

Encantado el carrero hizo subir a su carro la media docena de ancianos mendigos, y Simónides subió con ellos, con gran asombro de todos, de que un señor que vestía hermosa túnica color canela y manto de cachemira azul, con cinturón de plata y bastón de ébano, se sentara en un carro de carga al lado de seis mendigos.

Y él muy tranquilo seguía en su prédica sobre la dignidad humana.

— ¡Pues sí señor!... Nunca debe un hombre por viejo y pobre que sea, quitar a los perros de la calle lo que ellos precisan para vivir. ¿Tenéis otros amigos mendigos como vosotros?

Algunos dijeron que sí, otros que no.

Les miró las manos a todos con gran cuidado.

—Todavía vuestras manos pueden escardar lana y ovillar esparto. Aún podéis ganar un pequeño jornal diario, comer buen pan y buen vino y abrigar el cuerpo debidamente. Yo soy viejo como vosotros pero la vida no ha podido conmigo. No señor! El hombre de bien debe trabajar hasta el último aliento de su vida. Ya veréis, ya veréis como yo os voy a enseñar a vencer a la vida como se vence al caballo que nos lleva en su lomo.

Los mendigos lo miraban asustados quizá pensando que los haría esclavos. Pocos momentos después se veían bien instalados entre otros muchos en el Refugio que la Santa Alianza tenía en la vieja Fortaleza que fuera del Rey Jebuz.

EN EL LAGO MERIK

Este comienzo de su nueva vida no pudo ser más acogedor y estimulante para Zebeo. Y no obstante de reconocerlo así él mismo, su alma seguía entristecida y con una sensación de vacío, de desolación y abandono.

Aquella entusiasta acogida de parte de todos le enternecía obligándole a la más profunda gratitud. Pero aquel ambiente le era extraño y sentía que su espíritu no podía sinceramente responder a tan espontáneas manifestaciones de afecto.

Encontraba que allí todo era solemne, majestuoso, imponente como la Esfinge y las Pirámides del Valle de las Tumbas Reales, como los templos colosales de Osiris y de Amon-Ra en Menfis y en Tebas; como las criptas sombrías que resonaban en cien ecos a cada paso que se daba en ellas; como los hierofantes de cabezas cubiertas de tiaras y de mitras. Y de nuevo los recuerdos se erguían ante él como anacoretas tristes y encapuchados reclamándole sus derechos a convivir con él de aquella otra vida que había terminado con la última despedida del Maestro en un suave atardecer a la vera del Mar de Galilea, cuyas riberas tapizadas de césped se iluminaban• con las pequeñas hogueras que se iban encendiendo unas después de otras para asar el pescado de la frugal cena en común.

Y su túnica parda y su pelerina blanca se humedecían diariamente de lágrimas cuando sentado en su celda ante el pupitre respaldado por el Moisés sediento, volaba su alma en íntima comunicación con el Maestro que había subido a su Reino dejándole solo en la tierra.

Para él no había consuelo posible. El Egipto de los grandes Misterios, de los herméticos hierofantes guardianes de las ocultas fuentes de la Sabiduría Divina era para Zebeo mudo como su Esfinge impenetrable, como sus Pirámides, como sus desiertos calcinados de sol y cortados por intrincadas cordilleras de peñascos.

Así transcurrieron varios días largos y grises hasta que llegó el sábado cuarto de cada mes que en el Instituto alejandrino era libre y los estudiantes podían disponer de él desde el primer albor hasta la media

www.formarse.com.ar

noche. Era una ordenanza de discreta tolerancia para que en tal día pudiera cada cual procurarse las expansiones que por Religión o por costumbres civiles o sociales en que nacieron les reclamaran sus derechos. Con tal medida, se unificaban todas las tendencias ideológicas, con la elevada Sabiduría que todos buscaban allí.

Y Zebeo, sin un programa determinado, tomó el bolso de provisiones que el mayordomo entregaba a todos al salir y echó a andar hacia el sur por la desierta orilla del Nilo, donde al claro oscuro del amanecer sólo encontró las barcas vacías de los pescadores que aún no habían acudido a recoger las redes echadas al río la noche anterior.

En tal día los Estudiantes vestían las ropas del país de origen o las usuales en Alejandría. Y Zebeo vistió el oscuro ropaje de los Terapeutas Esenios que era el menos llamativo y el que mejor lo igualaba a los humildes y pacíficos habitantes de cualquier pueblo de la tierra.

En una pequeña y desmantelada barquilla, se levantó de pronto un chicuelo de unos doce años al parecer, adormilado y soñoliento con una corta túnica raída que casi era un harapo.

—Señor paseante —le dijo con voz quejumbrosa—, si necesitas de una barquilla toma la mía te ruego, que no he comido desde dos días atrás y tengo hambre.

Zebeo olvidó su soledad y sus penas y se acercó al chicuelo, bajando del hombro su bolso de provisiones.

La Aldea de los esclavos, con su viejo Castillo y su Templo milenario, se había transformado por obra y gracia del amor en una maravillosa colmena donde no había manos quietas ni aburrimiento en las almas, pues que grandes y pequeños habían llegado a convencerse de que todos eran allí necesarios porque el trabajo por hacer alcanzaba para todos y aún sobraba.

Lázaro y Martha se creían vivir en su vieja granja de Bethania y tomaron con gran entusiasmo la tarea de hacer bajar de los huertos del Templo y del Castillo los frutos otoñales para guardar en las bodegas; arrancar de la tierra los bulbos de las hortalizas que debidamente acondicionadas se conservarían hasta el invierno.

Las mujeres jóvenes refugiadas en el Castillo y las que vivían en la Aldea hacían funcionar los telares, o se movían activamente en las cocinas, en los lavaderos, en la sala del pan donde el gran horno tragaba cargas de leña y ardía en vivas llamaradas para cocer el pan que había de alimentar a la numerosa prole que el Apóstol Zebeo reuniera en torno suyo.

Y las viejecitas y los ancianos en la sala del hilado, contando cuentos y leyendas, escardaban lana, hilaban, tejían, ovillaban esparto...

Hacía diez años que Zebeo soltó a volar sobre la Aldea, en el Lago, en el Castillo y en el Templo, en los jardines y bosques que les rodeaban, el mago del amor que aún seguía ensanchando sus redes envolviendo más y más corazones, adueñándose de todas las voluntades, generando vidas vegetales y animales. Y despertando en los habitantes humanos, ansias supremas de amistad, de compañerismo, de amor a tal punto, que al terminar cada luna, el Apóstol de Cristo preguntaba a Pedrito y Thabita sus dos íntimos auxiliares en el gobierno y administración de su colonia:

— ¿Cuántas bodas tenemos para el próximo mes?

Y cuando le contestaban que habría bodas y nacimientos, decía muy satisfecho:

—Parece que anduvo por aquí nuestro padre Abraham y de nuevo le promete el Señor aumentar su descendencia como las arenas del mar y las estrellas del cielo.

Los viajeros venidos de Rafia, que como dijimos era toda una familia de músicos se consagraron con toda el alma a la adaptación de los salmos, plegarias, invocaciones, poemas con las innumerables melodías de su repertorio, y a enseñar a las doncellas y muchachos que tuvieran vocación para el divino arte de expresar con notas musicales los más vivos sentimientos del alma.

Y por fin dejo al lector en la dulce tarea de imaginar lo que en tan propicio ambiente, debía pasar por los jardines interiores de las jóvenes parejas a las que la Esfinge de Ghisé les había contestado con tanta benevolencia y comprensiva ternura a pesar de estar hecha de granito y tener muchos miles de años.

¡Oh! La vetusta y milenaria Esfinge de Ghisé debía tener un grande y tierno corazón en sus entrañas de piedra que así había aceptado la complicidad con el mago divino del amor para unir corazones que lloraban en la soledad y coronar de mirtos y de rosas las frentes ensombrecidas por la angustia de ilusiones tronchadas por el olvido o por la muerte.

Pero ni los mirtos ni las rosas hacían olvidar a Thabita, María, Rhoda, Amada y Alvina sus deberes fraternales para con aquel grupo de hombres que en la sala-biblioteca fatigaban su cerebro, su vista, sus facultades todas puestas al servicio de estudios, traducciones y aclaraciones que redundarían en gloria y amor

www.formarse.com.ar

para el gran Profeta de Palestina, encarnación del Verbo Eterno a través del cual el Amor se hacía sentir de nuevo en los ásperos valles terrestres.

Aquellas abnegadas y jóvenes mujeres de la primera hora, acudían de tanto en tanto a la Biblioteca con ánforas de vino y pastelillos de nueces y miel que ellas mismas les servían con solicitud maternal.

Y una vez Thabita se aventuró a decir: — ¿Y nosotras no podemos aprender algo en todos esos pergaminos que desarrolláis hora tras hora?

—Cuando los tengamos ya listos, con ellos haremos nuestras veladas y vosotras escucharéis también —le contestó Zebeo mientras le recibía la copa que ella le ofrecía.

Amada en silencio se acercó a Boanerges y se apoyó en el respaldo del sillón.

— ¿También tú quieres escuchar lo que va surgiendo de estos viejos rollos amarillentos? —le preguntó él. Ella se limitó a sonreírle.

—También yo —dijo María— quiero saber de todos estos prodigios de sabiduría que han resucitado a mi apóstol muerto. ¿No es verdad que sigues vivo Jhoanín y que no te morirás más?

—A pesar de estos prodigios de sabiduría, creo que moriré algún día María, pero por ahora sigo vivo. Puedes estar tranquilo.

Celebraron el chiste de María, que demostró a todos que la joven había vencido su melancolía habitual; y un aspecto de salud, de optimismo y de alegría realzaba notablemente su lánguida belleza Siria.

El Capitán Pedrito, con el Capitán Saúl, el Contramaestre Lucrecio, Rhoda, Mvina y algunas de las doncellas compañeras, más los marineros del *"Amare Victum"* se habían ido a Alejandría, pues era día de compras en la ciudad y de Iniciar la correspondencia que guardaba el portero de la Escuela del Maestro Filón, que llegada la ausencia definitiva de él, comenzaron a llamarla *"Academia de Ciencias y Letras"..*

Les interesaba conocer la ciudad de los Ptolomeos y de la reina Cleopatra y sobre todo el célebre Museo, tan rico en obras de arte antiguo, y donde se exhibía un gran salón lleno de momias de una antigüedad remotísima-

El antiguo Arquitecto del Museo, que fuera compañero de tareas científicas de Filón y el Príncipe Melchor, era el Director del Museo y de la Biblioteca de Alejandría, mientras la dirección de la Academia estaba desempeñada por el maestro Yúsufu-Dan, del Santuario del Monte Hor, pero que entonces tomó el nombre que le era propio, según las costumbres de la época y del país: *Yúsufu de Asuan,* su ciudad natal.

Tanto uno como otro habían conocido al Ungido de Dios nacido en la Palestina, parte de Siria y vecina de Arabia, y debido a eso les eran queridos los viajeros que venían de aquel país privilegiado donde el ruiseñor divino había querido colgar su nido en la Tierra.

Y Rhoda que tanto le amó desde adolescente, decía a ambos Directores que recordaban todos los detalles relacionados con El:

—El Mesías quiso nacer y vivir entre nosotros, pero El amaba a todos los seres de la Tierra y sabía que .El había venido para todos los países del mundo.

El portero de la Academia les guardaba una nutrida correspondencia de la patria lejana. Epístolas de Pedro, de Myriam de Marcos y de Simónides para los tres apóstoles de Cristo residentes en Alejandría. Dos epístolas de María de Mágdalo para la pequeña María y para Boanerges.

—Yo no dejé allí a nadie sino a mis muertos —dijo Rhoda con tristeza— "y ellos sólo me escriben por mi propia mano" —pensó después; pero este pensamiento no se cristalizó en palabras porque los maestros Esenios le habían enseñado a no hablar de esos secretos.

El arquitecto del Museo, amable y gentil con los discípulos del gran Maestro que conoció cuando El tenía veinte años, y juntos pasaron días de exploración en el hipogeo de Mizraim en el Valle de las Pirámides, les llevó a su casa particular donde vivía con una hija viuda, y dos nietas jovencitas que eran el consuelo de aquellas dos vidas solitarias.

Y el anciano Director al presentarlas a los viajeros les decía graciosamente aludiendo a su hija y sus nietas:

—Mi ama de casa y mis dos secretarias.

Efevia y Fioriza eran sus nombres. Ambas nacidas en Alejandría, pero eran sus antepasados originarios de Narbona a orillas del Mediterráneo, o sea la parte de la Galia conquistada por los romanos. Frente a frente de Marsella, era Narbona en aquella época el segundo puerto sobre el Golfo de León.

Para mantener su soberanía en la Galia, todo el territorio llamado *Provincia Romana,* era una serie de fortines, un gran campamento militar donde a fuerza de extrema vigilancia y de duras medidas restrictivas, podía Roma dominar la heroica resistencia de los galos por conservar su libertad. Debido a esa situación

www.formarse.com.ar

muchos habitantes de esa región costanera emigraron al África Norte, y entre ellos el estudiante de Ciencias Naturales Aimond de Narbona, que ya en Alejandría se vio forzado a dedicarse a la más lucrativa industria en el país de los Faraones: los descubrimientos arqueológicos, los sepulcros milenarios, los sarcófagos, las momias, las ruinas de antiguos templos, el pasado, en fin, que salía a la luz del sol ansioso al parecer de ocupar un lugar prominente en lo que era actualidad.

La mayor de las nietas del Arqueólogo, Efevia, de diecinueve años de edad, era una bella flor de oro de la Galia legendaria y de un temperamento tan dulce y delicado, que el herido corazón del Contramaestre Lucrecio sintió que esa hermosa criatura podría consolarle de la reciente pérdida de su madre que tanto le había afectado. Y en un aparte con su hermana Alvina, le dijo:

—Tú te has curado el alma con el amor del Capitán Pedrito; pero yo aún no tuve ningún calmante para la pena acerba de ver morir a mi madre.

— ¿Qué me quieres decir con eso, Lucrecio? —le preguntó alarmada la joven.

—Que debes ayudarme a conquistar a Efevia, porque mi corazón fue hechizado por ella —le contestó muy gravemente.

—Y ¿qué quieres que yo haga? ¡Recién nos conocemos!

—Sólo quiero saber si su corazón está libre. Yo haré lo demás.

Alvina quedó pensativa.

— ¿No te atreves? —le preguntó él.

—Estoy pensando como haré... Me parece haber encontrado el medio. La madre de ella dijo que comiéramos con ellos y que luego pasearíamos por los jardines y salones del Museo. Entonces le hablaré de la Esfinge que contesta a las preguntas que le hacen los enamorados, y quizá por ahí encuentre algún resquicio por donde espiar para adentro, ¿sabes?

— ¡Muy bien, Alvina, muy bien! Te prometo el aderezo para tu boda si me averiguas ese importante dato.

Era la primera misión de importancia que Alvina cargaba sobre su pequeña humanidad y le pareció justo compartirla con Pedrito a quien ella tenía por un gran hombre de prudencia y de consejo. ¿Acaso no había oído decir a Thabita que Pedrito a los doce años había salvado al maestro Zebeo de morir de tristeza y de soledad? Y si eso pudo hacer a los doce años, ¿qué no podría ahora que tenia veintidós y entrado a los veintitrés?

Y llamó aparte a su prometido.

—Pedrito: mi hermano Lucrecio está que no vive por Efevia, la nieta mayor del Arqueólogo. ¿Cómo haré para saber si tiene novio o no? Porque me ha encargado que yo lo averigüe y no sé cómo he de hacer.

— ¡Oh mi pobre palomita sin hiel! Aun no saliste del nido —le decía Pedrito conteniendo la -risa—. Pues es muy sencillo: cuéntale que yo soy tu prometido, y que el Capitán Saúl lo es de Rhoda. Y luego le preguntas sin rodeos si ella está también prometida a..., algún príncipe azul, o rojo, o verde. Y ya está hecho todo. Te dirá *sí o no.*

— ¡Oh Pedrito!... ¡qué bien me aconsejas!... Tú eres un sabio...¡Lo sabes todo!... ¿Dónde aprendiste tanta sabiduría?

Pedrito muy serio como un Maestro de la Academia de Ciencias contestó:

— ¡Todo sale de aquí! —y tocó su frente con el índice de su mano derecha.

Alvina, la inocente y candida Alvina, se quedó estupefacta.

—Ahí vienen con tu hermano y Rhoda dijo -Pedrito a media *voz,*— Mezclémonos en el grupo y a soltar los anzuelos ¿eh?

Alvina se tomó de la mano de Efevia y fueron a sentarse en uno de *los* bancos tras de la balaustrada que daba hacia la plazoleta de un Templo que quedaba frente a su casa.

Siguió al pie de la letra el consejo de Pedrito, de lo cual resultó que una hora después Lucrecio estaba enterado de que la nieta del arqueólogo tenía el corazón libre y solitario como un ánade recién echado a volar, por lo cual el Contramaestre que había salido de Rafia con el corazón enlutado, volvería a ella lleno de ilusiones y de esperanzas si seguía los consejos del sabio Pedrito e iba también a preguntar a la Esfinge.

—Ya verás, ya verás —le decía— como te cantarán los mirlos en la cabeza de la Esfinge como cantaron para mí.

Otra escena muy diferente se desarrollaba al siguiente día en la Aldea de los Esclavos. Era la hora del crepúsculo vespertino y María con Rhoda y Thabita que se habían hecho muy compañeras, habían dado vueltas al lago juntando flores de trébol y de loto para el altar de Santuario.

www.formarse.com.ar

Los cendales de oro y púrpura del ocaso africano, absorbieron la atención de María y de Rhoda y para contemplarlo a satisfacción se sentaron sobre un trozo de columna o pedestal de granito tirado en el suelo.

La magnificencia del espectáculo sideral, las inundó a las tres de esa mística ensoñación que se adueña de las almas sensibles llevándolas suavemente a un estado psíquico tan sutil que puede llamarse meditación, adoración, plegaria.

Rhoda dio un gran suspiro, sus ojos se cerraron y recostó su cabeza dormida sobre el hombro de María.

María, educada entre los Esehios, conocía bien estas manifestaciones, y con una señal tranquilizó a Thabita, que ocupó de nuevo su sitio, quedando Rhoda entre las dos.

María tomó con gran suavidad una mano de la sonámbula y empezó el interrogatorio:

— ¿Dónde estás?

—En el país de Ethea vigilando a dos pobres mujeres náufragos con dos criaturas pequeñas. No tienen más amparo que la Providencia Divina manifestada en los renos que domestiqué en mi larga vida en la caverna. Las bestias son también criaturas de Dios y obedecen al mandato de la Ley. Sophia de Otlana... no temas morir de abandono y de hambre_ que el Eterno mandará a mis bestias que te alimentan a ti, a tu esclava y a tu hija.

El pensamiento de María interrogaba: *¿quién eres?*

— ¿No me ves? Soy Gaudes, el Solitario de la Caverna de Ethea, que viví aquí medio siglo enviado por mis hermanos los Daktylos del Monte de las Abejas para esperar la llegada *del que debe venir a este lugar de la tierra.*

Te extrañas de que te reconozca y te llame por tu nombre princesa Sophia. No importa que te encuentres en esta caverna y vestida con túnica mía y envuelta en mi manto.

La sonámbula hablaba con María y hasta ese momento parecía no haberse percibido de la presencia de Thabita.

María le hizo señal de tomar la otra mano de la sonámbula, que de inmediato dijo:

—No te sentí llegar ¿cómo viniste desde el Refugio? ¿En un camello? ¡Oh Vhada!... no hacía falta tanto sacrificio por el solitario enfermo.

Ahora estoy perfectamente bien, y no necesito ya de tus cuidados. Pero ya veo que vienes con grandes noticias: Las voces celestiales siguen hablando a tu hermano Abraham y ahora te convences de que no son una ilusión. ¿Qué se marchó de la casa paterna y sale del país con rumbo a occidente? ¡No te alarmes Vhada!... Dios es el dueño de todos los seres y El los manda ir y venir a donde El los necesita.

A mí me mandó salir del Ática y de mi montaña querida y venir a esta caverna a la orilla del mar. ¿Qué más da? Vivir aquí o allá, basta vivir donde el Eterno Dueño quiere que vivamos. Tu hermano tendrá algo grande que hacer en aquellas tierras. Le has instruido en la Ley que tú aprendiste en el Templo de la Luz y has cumplido con él. Si el Señor del mundo le lleva lejos de ti, será que le ha encontrado ya maduro para dar cuanto espera de él. Será la semilla de una raza nueva de adoradores del Soberano Rey de la Creación, y a ti te cabe la gloria de haber cuidado y aderezado esa semilla que nació en tus manos y que acaso llenará toda la tierra.

Y ¿te quejas Vhada?

¡Sophia y Vhada! La ley os une de nuevo y como ayer colaborasteis en la creación de razas nuevas de adoradores de Dios, ahora colaboráis en la obra que deben hacer los misioneros de El en esta hora de la vida planetaria.

La sonámbula abrió los brazos y estrechó fuertemente a María y a Thabita.

Continuó dormida unos momentos más, y exhalando otro largo y hondo suspiro despertó.

—Me dormí —dijo— y soñé muchas cosas bellas. Nuestro padre Simón Pedro me tiene mandado escribir mis sueños.

—Tendrás que obedecerle —dijo María— porque él ocupa el lugar de nuestro Divino Maestro.

—Vamos con nuestras cestas de flores —dijo Thabita— que tenemos que arreglar el altar antes de la oración.

Y en silencio meditativo y hondo se encaminaron hacia la Aldea donde encontraron á Juan y Boanerges con Amada y Saúl que iban en el bote a buscarlas y cruzarlas al muelle del Castillo.

En un aparte y a media voz, María dijo a Thabita:

—Ya te explicaré todo. No estés así preocupada.

—Pensaba contárselo a Zebeo —contestó ella.

—Sí, harás bien, porque él sabe lo que significa ésto.

Y Zebeo, con su paternal amor, y la luz del Cristo Divino que le alumbraba, habló esa noche después de la oración sobre esta especie de manifestaciones del alma humana que posee las condiciones necesarias para transformarse en determinados momentos, en un receptor vivo del pensamiento emitido por inteligencias residentes en los múltiples planos espirituales del mundo invisible a los sentidos físicos del hombre.

Para los que habían recibido educación espiritual y moral en los Santuarios Esenios, no eran nuevos estos conocimientos.

Del mismo modo que los conocían a fondo los que durante años permanecieron en los Templos de Menfis y de Tebas, en los que estos conocimientos eran considerados como Ciencia Sagrada oculta, reservada solamente para los que tuvieran la noble capacidad de comprenderla asimilarla y guardarla bajo un hermetismo absoluto asegurado además, con un juramento cuyo quebrantamiento se pagaba a veces con la vida.

—Nuestro Jovíno Maestro —dijo el apóstol para terminar su disertación de esa noche— levantó un tanto los espesos velos pues considerándose esposo místico de la humanidad quiso hacer con ella como un desposado el día de su boda; levanta el velo que cae sobre el rostro de la amada y ambos se miran a los ojos y al fondo del alma, quedando con esto unidos y aceptados recíprocamente y para siempre. Pero El mismo, con su sabiduría divina, nos dejó marcada la huella que hemos de seguir al *levantar el velo.*

El lo hizo sólo para sus íntimos que sabía capacitados para comprenderle; mientras que a las muchedumbres sólo les habló del infinito amor del Padre a sus criaturas, de su Providencia Eterna usando de los elementos y fuerzas de su misma Creación Universal, para acudir a sus necesidades y remediar sus males, si ellos conforman sus vidas con las sabias leyes de la Naturaleza, obra de su Poder Infinito.

Siguiendo la costumbre ya establecida, terminada la oración vespertina se trataban allí mismos asuntos relacionados con la vida de apostolado que todo discípulo del Cristo estaba obligado a realizar en la medida de su capacidad y posibilidades. Y en cuanto a esto, todos tenían derecho a emitir sus opiniones.

Pero el recinto estaba lleno con las gentes de la Aldea, y el apóstol Zebeo recitó la acción de gracias acostumbrada para terminar la oración; y su frase final *"Que Dios nos bendiga y sea con nosotros su paz",* fue la despedida y los que no eran habitantes del Castillo, se retiraron a sus cabañas y tiendas de la Aldea.

—Ahora podemos hablar con entera libertad —dijo el apóstol Zebeo.

Después de un breve silencio, habló el ex-sacerdote del Templo de Osiris, Leandro de Caria.

—Creo que es llegada la hora de que hagamos lo que hizo el gran Ungido del Señor, y que en este humilde recinto de oración levantemos el velo a nuestra desposada eterna: la Verdad, a fin de que compartamos en reciprocidad fraternal las luces y claridades divinas que vengan de lo alto a nosotros.

Que hagamos de nuestro recinto de oración una cátedra espiritual y moral, que sea un fiel exponente de la Verdad y de las Leyes Divinas, en absoluto acuerdo con las enseñanzas del Divino Logos que ha pasado por nuestro plano físico dejando en él, un rastro imborrable de sabiduría y de amor.

— ¡Muy bien! ¡Aceptado! ¡De acuerdo! fueron palabras repetidas por todos los presentes a excepción de la pobre muda que oía, sentía y pensaba sin hablar.

Pero Boanerges que estaba a su lado vio el movimiento de su mano derecha dando tres suaves golpecitos sobre el dorso de la izquierda que era el sí, el *conforme* de su yo sin palabras.

Y él se inclinó hacia ella y le dijo:

—Así lo haremos cuando vayamos al Oratorio del Castillo de Mágdalo. Y el dulce rostro de Amada se iluminó de intensa alegría.

Quedó establecido que tres veces a la semana, alguno de les hermanos hablaría sobre las grandes Verdades Divinas y las eternas leyes que las rigen a fin de ponerse todos en condiciones de dar a los más conscientes de la humanidad la enseñanza del Cristo en su parte esotérica o sea oculta, y no apropiada para todas las mentalidades.

La primera cátedra la daría Leandro de Caria y versaría sobre este tema: *"La Presencia Divina en todas las Edades de la humanidad"*

* * * *

Las cartas o epístolas entre seres como los personajes de este relato, son manifestaciones exactas de los más íntimos sentimientos de las almas. A través de ellas puede el lector hacerse la idea de que está analizando al descubierto, el alma de cada cual.

www.formarse.com.ar

Leamos primeramente la epístola de Myriam a los tres íntimos discípulos de su amado Hijo que residían por entonces en el África Norte, en tierras de Egipto.

"A mis amados hijos Matheo, Zebeo y Juan, paz, salud y amor.

"Desde el silencio y soledad de su casa de Nazareth vuestra madre os sigue con la mirada de su alma por esas lejanas tierras a donde os ha llevado el amor de Aquél al que tanto amamos y que mientras aliente la vida en nosotros, no podremos nunca olvidar.

"El corazón me dice que seréis fieles hasta la muerte a su recuerdo, a su amor y a su enseñanza y que os amaréis como El os amaba para merecer que el Padre y El vengan a morar en vuestro corazón, según la promesa que nos hizo a todos la noche inolvidable de su despedida.

"Han pasado diez años y aún me veo viviendo aquella hora de tremenda angustia en que todos queríamos retenerle y El... ¡heroico hijo mío! ¡Sabía que su deber le mandaba morir!... Morir por su Dios, por su Ley, por la Verdad Divina enseñada a la humanidad.

"También yo he muerto con El para todo cuanto en este mundo se agita y vive fuera de El, que fue representación viviente de la Ley de Dios, de sus poderes infinitos y de su misericordia eternamente renovada sobre la criatura humana.

"Espero pues que los que vuelvan a nuestra Galilea me traerán las noticias de todo cuanto hagáis en su Nombre... el dulce Nombre de nuestro Amado, que nos ha precedido en la posesión del Reino de Dios y a donde mi alma suspira por ser llamada cuanto antes, hasta el punto de que cada cirio que enciendo en mi altar hogareño, me figuro que al consumirse, se consumirá también esta vida mía, que vivida sin El, es como una muerte repetida cada día.

"Daréis mis memorias *y* cariños a Martha, Lázaro, María, Boanerges y a los que salieron de Jerusalén que no sé con certeza quienes son. Para todos, los que a El le amaron y le aman, vaya como un ave mensajera el amor de la madre de El que lo es vuestra porque El lo quiso así".

MYRIAM.

He ahí el alma de la madre heroica vibrando de amorosa ternura por el ¡Hijo de su corazón!

¡Es el aleteo febril de la purificada alma de Myriam en el ara santa del más tremendo sacrificio que se le puede pedir a una madre revestida de carne viviendo sobre la tierra!

Y no obstante, su epístola irradia admirable serenidad, y esa dulce quietud de la fuente cristalina que besa el resplandor de la luna y reflejan las estrellas en las noches serenas del estío.

Serena quietud de las almas purificadas que han trascendido ya todas las tempestades, tormentas y huracanes propios de las vidas humanas en el plano terrestre.

La epístola de Pedro era como sigue:

"A mis amados hermanos Zebeo, Juan y Matheo, salud y paz de nuestro Señor.

"Escribo para vosotros en Joppe en casa de nuestro hermano Marcos que por hoy se encuentra afligido con la poca salud de Ana su esposa.

"En el nombre de nuestro Señor y Maestro he podido confortarla un tanto pero mientras oraba sobre ella, me pareció percibir que la Divina Voluntad le acuerda poca vida. Es a mí entender un fruto maduro que dio de sí lo que el Señor quería. La Luz de lo alto vive en ella, y es una Myriam joven que mucho se le parece. No fue hija según la carne pero la es de su espíritu. Orad por ella, pero más por Marcos que está apesadumbrado en extremo y pide acabar su vida si pierde a su Ana.

"De aquí partiré pasados diez días para Cafar, Cesárea, Monte Carmelo, Acre, Tolemaida, Edipa, Tiro, Sarepta, Sidón y Antioquía calculando una semana en cada parte, a excepción de Cesárea, Tiro y Antioquía donde ignoro el tiempo que permaneceré. Me llevo conmigo a Andrés, Bartolomé y Tomás, más una hija que en la vejez me ha venido, María, que estaba muerta y nuestro Señor la ha revivido.

"Por intermedio de Marcos os haré saber siempre donde estoy para que tengáis a bien mandarme todas vuestras noticias, y tratad de que estemos unidos en espíritu en la oración de la hora primera después de ponerse el sol y los sábados, en la bendición y partición del pan de la cena. Esto ya lo sabéis, que es en memoria de nuestro Señor. Sus palabras no debemos olvidar: *"Haced esto en memoria mía".* Aún me parece estar sintiéndolo decirlas.

"En su nombre os bendigo y deseo paz para vosotros y todos los que os acompañan". — *PEDRO.*

Las letras de Simónides eran del orden siguiente:

"Sea la paz a todos los amados súbditos de nuestro soberano y glorioso Rey, que residen por hoy en tierras de Egipto. Matheo, Juan, Zebeo y demás que con vosotros viven.

www.formarse.com.ar

"Espero de todos vosotros que no pensaréis que por ser yo tan viejo me vea incapacitado para tener mis manos tendidas hacia todos mis hermanos de ideales y de raza, a fin de que se tomen de ellas si alguno naufraga en las andanzas de sembradores de la simiente que nuestro Rey y Señor quiso dejar encomendada a todos los que le amamos y servimos aún a costa de la vida misma.

"Todo esto significa que no debéis padecer ninguna clase de necesidad material, sabiendo como lo sabéis, que soy el administrador de los tesoros de nuestro Rey y que El me pedirá cuentas si he permitido el sufrimiento cu cualquiera de su amigos y servidores.

"Diréis al Capitán del *"Quintus Arrius"* que no pase cuidado porque se prolongue la espera del velero en el puerto de Alejandría, que los intereses de nuestro Rey representados por los viajeros, valen mucho más que cuanto el barco pudiera ganar viajando.

"Conque Jhoanín, María, Rhoda y el trovador del Rey vuelven sanos de alma y de cuerpo, el soberano Rey, su Ministro Judá, y yo su Administrador consideramos hecho un negocio de más ventaja que si por un denario hubiéramos comprado las minas de oro de Havilá.

"Conque ya sabéis: tranquilos todos a gozar del buen sol, del buen aire y de los mejores dátiles y melocotones del Nilo, de los cuales me traeréis una buena cesta o dos o cuantas queráis de modo que me alcancen hasta el día de mi entierro, que Dios quiera no llegue hasta que me esté deshaciendo solo.

"Ya veis pues que aún hay fibra para decir chistes.

"Que nuestro Rey y Señor sea con vosotros y los bendiga".

SIMON DE EN ROGEL

La epístola de Marcos era del tenor siguiente:

"Salud y paz de Dios a los hermanos huéspedes de la Alejandría de nuestro inolvidable Príncipe Melchor, y bien querido maestro Filón. Zebeo, Matheo, Juan y todos los que os acompañan en esa hermosa tierra que fue mi escuela de la primera juventud.

"Si hubiera podido contar con la salud de mi querida Ana acaso fuera a Nuestro lado, pero ella no quiere alejarse de su Madre y yo no puedo alejarme de ella. De aquí a tres días la llevaré a Nazareth porque aquella vieja cusa y su dueña son la salud y la vida de mi compañera Mi pequeño Jhasua nos espera allá, es el mimado de la abuela y nuestra Ana María que es el tomo segundo de su madre, sólo quiere que lo que a ella le contenta. Estaré pues en Nazareth una semana o dos, dejando a Ana y los niños allá por todo el tiempo que ella quiera. Se reanima y reirá al lado de esa incomparable Madre, y yo estoy tranquilo dejándola en su viejo nido de la niñez.

"Comprendo muy bien lo que ha sido para su corazón delicado y tierno oí soportar tres muertes de quienes eran todo para ella su padre. Jhosuelín y por fin Jhasua que nos dejó con el alma deshecha para toda la vida. Yo mismo que no puedo compararme con la ternura y sensibilidad de Ana, veo que después de estos diez largos años, y con treinta y seis de edad, aún no he reaccionado por completo del derrumbe espantoso que significó para mí el sacrificio cruel y terrible de nuestro adorable Jhasua. Hermanos muy amados- Sólo pido y quiero de todos vosotros, vuestras oraciones por la salud y la vida de Ana que parece haber perdido la voluntad de vivir, como si nuestros hijitos y yo no fuéramos lazos suficientemente fuertes para retenerle a nuestro lado en la tierra.

"El poder espiritual que el Cristo de Dios ha dado a Pedro, la ha reanimado mucho; pero he comprendido que él mismo piensa que Ana es flor de cota vida. Orad para que no sea capaz de aceptar la Voluntad Divina en cualquier forma que se manifieste para mí. Será el más grande beneficio que podéis hacerme. Y contad siempre con mi casa, conmigo y los míos para cuanto os podamos servir.

"Vuestro siempre". — *MARCOS*

La epístola del buen tío Jaime es como todas las ya conocidas, fiel reflejo del alma noble y buena del *tío providencia* como le llamaba nuestro Divino Maestro.

Hela aquí tal como la maga radiante de los cielos, la entregó a nuestra visión:

"Salud y paz para ti querido Jhoanín y para todos los hermanos que están cerca de ti:

"A tu partida te prometí unas letras, y te cumplo la promesa.

"Mucha tristeza abunda por esta tu tierra y tu vieja casa aunque unos y otros tratamos de ocultarla recíprocamente, ella saca a cada instante su faz escuálida y sombría de fantasma sepulcral. ¡Todo nos falta desde que El falta!

"Y si añadimos a ésto el duro tormento de los recuerdos que en diez años no han podido morir... Pero tonto de mí que te digo ésto, cuando tú más que nadie fuiste llevado casi al borde de la tumba por la agonía de los

recuerdos. Lo cierto es que el corazón no quiere calmar su padecer, acaso porque juzga que *la terminación del dolor es el olvido.* Y ¿donde podrá encontrarse un corazón que se resigne a olvidar a nuestro adorable Jhasua?

"Pasemos a otro campo: cumpliendo tu mandato hice llegar a Zebedeo tu padre, el valor del arrendamiento de vuestra casa y huerto.

"El hermano Terapeuta que lo llevó, volvió dos días hace y sé por él que tu padre está bien de salud, fuerte todavía y como le ocultan las tragedias de Judea, se figura que todo está como una balsa de aceite, con lo cual vive en paz. El no vio lo que nosotros vimos y le ha sido más fácil consolarse. Los recuerdos que El conserva son las apariciones radiantes de Jhasua glorioso en el Reino de su Padre Celestial y no hace más que repetir esos relatos a los solitarios viejecitos que lloran escuchándole. Los jóvenes de los Santuarios han salido casi todos y se han desparramado por las islas del Mar Grande, Chipre, Creta, Rhodas y saben ya que algunos han llegado hasta las islas del mar Egeo, y aún a Siracusa del mar Jónico. Van como peregrinos y se nombran *Terapeutas de Moisés* para no despertar recelos y desconfianza.

"Nuestro valiente viejo Simónides les hace llevar con su flota a donde ellos quieren ir. Casi todos vinieron a despedirse de Myriam y pedirle su bendición y por medio de los Terapeutas que han quedado nos llegan las noticias que los peregrinos mandan a su respectivo Santuario.

"Con estas noticias termino esta epístola esperando que a tu regreso vengas hecho un hombre nuevo, capaz de llevar sepulcros en el corazón, y mostrar una faz serena a los ojos de todos.

"En esta hora Jhoanín, debemos ser capaces de hacerlo así.

"Los hermanos de nuestros tres Oratorios te mandan recuerdos y afectos. Myriam te escribe. Dina y yo te abrazamos con amor.

"Tuyo siempre". — *JAIME*

Y por fin enterémonos de la epístola que María de Mágdalo escribía a Boanerges en contestación a la que encontró de él a su llegada con Pedro a casa de Marcos en el puerto de Joppe:

"Salud y paz de nuestro Maestro y Señor para ti mi fiel trovador y querido hermano Boanerges. Llegada a Joppe en compañía de Pedro encuentro tu epístola de la que recojo las noticias que me das respecto de parientes míos encontrados en Rafia. Todo cuanto me dices es la verdad y me apenas mucho que la primita Amada haya resultado muda. De niña supe que no hablaba hasta los cinco años, época en que tuve la última noticia. Después nos perdimos en las escabrosidades de la vida unos y otros y no supe más de ellos. La muerte de Cecilia la deja en desamparo bien lo comprendo y tú me pides autorización para traerla a Mágdalo.

"No solo a ella, sino a todos los pequeños que necesiten el calor de un hogar puedes invitarles a venir, aún cuando este país no es lo que era años atrás.

"No se el tiempo que faltaré de la Aldea, ni se hasta cuando mi nuevo, padre Pedro me tendrá en su compañía. Pero en el Castillo todo seguirá como antes, y en ausencia mía, tú como mi Notario y Fatmé como mi dama de compañía, son mis mandatarios de confianza.

"Ezequiel nuestro Escriba, te reemplaza al lado de Hanani y ambos hacen tu labor esperando tu regreso.

"Esto no quiere decir que debas apresurarte a volver. El inmenso dolor que todos llevamos como una llaga viva e incurable en el corazón, quizá se alivia un tanto respirando otro aire, viendo otros horizontes, dejando flotar el alma más allá de donde pueden los recuerdos asestarnos puñales a cada instante. No sé Boanerges si tu dolor habrá llegado hasta igualar al mío, pero tus trovas me dijeron siempre que sentías como yo sentía y llorabas lo mismo que yo.

"Leyendo entre líneas, me parece ver tu predilección por la pobrecita muda que toca el arpa y pinta hermosos cuadros. No debo insinuarte nada, pero si tu corazón te inclina a ella, déjalo libre, que al amor verdadero no se le ponen trabas, porque es lo único que hace a la vida terrestre digna de ser vivida. Si así lo haces... ¡ pobre niño poeta lírico y soñador! me aliviarás de la honda angustia que era para mí, el sentir que tu alma buena me seguía como una sombra, sin comprender que seguías a otra sombra que no podrá jamás revivir, porqué he muerto con El, pero no me ha sido dado resucitar con El. Era como tú me decías allá a tus catorce años:

"Vive como un hombre pero no es un hombre". ¡Tenías razón y eras un niño! No era un hombre y por eso la muerte no ha podido destruirlo. El venció a la muerte porque era un Dios nacido entre los hombres. Pero se fue de nuestro lado a su Reino de los Cielos, y no puedo consolarme de su ausencia eterna. Así y todo, te repito que al amor, aunque a veces sea un tormento, no deben ponérsele trabas porque él vale más que todas las grandezas de la tierra.

"Me darás pues una satisfacción si un día me dices que amas a mi prima Amada que toca el arpa y pinta lienzos... ¡No importa que sea muda! Para un grande amor, las palabras sobran. Eres dueño de tu corazón y

www.formarse.com.ar

puedes darlo a quien te de el suyo. Y ya sabes que mi casa seguirá siendo tu casa por todo el tiempo que quieras habitar en ella.

"¡Cuando oras, no pidas a Dios que yo me consuele de haber perdido mi único amor grande sobre la tierra!... ¡No se lo pidas por favor. ¡Yo no quiero consolarme! ¡Yo no quiero olvidar!

"¡Quiero padecer con su recuerdo y con su amor hasta morir, porque mientras siento el dolor, estoy convencida de que el amor por El sigue viviendo de mi propia vida!

"Seas tú feliz, muy feliz querido niño de las dulces trovas y del alma tierna como una flor.

"Nuestro Maestro te amaba con piadosa ternura y yo debo amarte de la misma manera.

"Darás a María y sus familiares todas mis ternuras. A ella le mandaré epístola antes de partir de Joppe.

"Que el Dios Único adorado por nuestro divino Profeta nos bendiga a ti, a mí y a todos los que nos hemos prendido de su manto blanco para siempre". ***MARÍA DE MAGDALO***

Apenas Boanerges hubo leído esta epístola se levantó silenciosamente y se encaminó hacia la espesura de un bosquecillo de pinos nuevos, entre cuyos tallos las madreselvas habían formado una gruta de verdor. A poco de su llegada al Castillo había descubierto aquel apetecible retiro sombrío y silencioso, donde no llegaba ruido ni rumor alguno de vida.

Casi diariamente se retiraba allí cuando estaba seguro de que nadie le echaría de menos. Su corazón herido profundamente por lo que él llamaba su imposible amor, le pedía soledad, retiro, para hacer revivir la amada quimera, la ilusión blanca y celeste de su adolescencia y primera juventud; ¡para continuar esbozando las dulces visiones que el mago del recuerdo tejía y destejía en su viva y ardiente imaginación de lírico soñador!

Había llevado él mismo uno de los muchos bancos rústicos labrados de troncos de plátanos que se encontraban en el inmenso huerto que rodeaba al antiguo templo-presidio de los sacerdotes delincuentes sometidos a penitencia.

Encantado de aquella apacible morada donde podía recordar, pensar, y hasta llorar sin ser visto, el joven trovador no se apercibía de que iba entregándose insensiblemente a esa melancolía enfermiza que acaba por producir una terrible obsesión al espíritu, inutilizándolo para toda actividad, puesto que lo inmoviliza en un pensamiento solo. Era el mismo estado espiritual en que había caído Juan luego de la desaparición del Divino Maestro.

Leía y releía algunos pensamientos de la epístola que había recibido... "No debo insinuarte nada, pero si tu corazón se inclina a ella, déjalo libre, que al amor verdadero no se le ponen trabas porque es lo único que hace a la vida terrestre digna de ser vivida!... Si así lo haces pobre niño lírico poeta y soñador, me aliviarás de la honda angustia que era para mí el sentir que tu alma buena me seguía como una sombra sin comprender que seguías a otra sombra que no podrá revivir jamás, porque ha muerto con El y no me ha sido dado resucitar con El".

Después había otro párrafo: ..."te repito que al amor, aunque a veces sea un tormento, no deben ponérsele trabas porque él vale más que todas las grandezas de la tierra".

Boanerges leyó dos, tres veces esos pensamientos de la epístola de María en que ella se retrataba a sí misma en su apasionada vehemencia que hubiera colmado la copa de la anhelada felicidad del más fervoroso amador...

"Al amor verdadero no deben ponérsele trabas"... repetía Boanerges las palabras de la epístola y las comparaba con la cruel realidad que él devoraba desde tantos años atrás, como un dulce veneno que lo corroía lentamente.

— ¡Pero yo tengo que ponerle trabas y mordazas y barreras!... —dijo con sorda voz, y estrujando la carta con su mano crispada, hundió en la blanda mata de madreselvas su hermosa cabeza de bucles castaño oscuro que se enredaban en las perfumadas y frágiles florcitas de estambres rojos y delicados como hilos de seda que ningún artista del pincel o del encaje hubiera podido imitar.

Y un tropel de amontonados sollozos que parecían romper su pecho, lo agitaron en convulsiones sordas y dolorosas. En ese triste atardecer otoñal, Boanerges hacía la completa renuncia de aquel amor que había torturado inútilmente su corazón juvenil.

"Inútilmente no —le decía la voz serena de su yo superior— *porque todo dolor presente responde a un ayer lejano en que otro corazón sufrió igual tormento causado por ti. Has pagado una deuda. Ahora quedas libre. Levanta tu frente purificada al espacio azul, y encontrarás que un nuevo sol resplandece para ti".* Una gran

serenidad llegó desde muy lejos a su alma dolorida. Levantó la cabeza y se encontró con los dulces ojos de Amada llenos de lágrimas que lo miraban asustados.

Una ola de rubor enrojeció su rostro. Había creído estar solo con su dolor, en la hora de su renuncia y le avergonzaba en extremo que una débil criatura humana hubiera sido testigo de su debilidad.

— ¡Amada!., ¿qué haces aquí?

La brusquedad de su pregunta asustó aún más a la tímida niña, que rompió a llorar angustiosamente.

Boanerges reaccionó de inmediato. Ella no podía defenderse ni explicarse con palabras. Se defendía y se explicaba elocuentemente con su angustioso llorar.

— ¡No llores Amada! —le dijo tiernamente tomándola de la mano—. No quise ofenderte sino que me sorprendí de verte en este apartado rincón del bosque.

La sentó en el banco a su lado y siguiendo la dirección de la mirada fija de la niña, vio la epístola estrujada y caída en el césped.

La recogió y dobló cuidadosamente. La intuición le decía que Amada relacionaba con esa carta el dolor que sin querer había sorprendido en él.

La vio que seguía llorando en silencio, y de nuevo la intuición le dijo el motivo de ese dolor.

— ¡Querida niña! Amada, tú piensas que tu prima de Mágdalo se opone a que te lleve conmigo a tu casa. ¿Verdad? —Ella hizo señal afirmativa—. Te equivocas Amada. Te leeré esa parte de esta epístola escrita en lengua Siria.

Amada extendió la mano y tomó la carta, dándole a comprender que ella misma la leería. Boanerges no deseaba que la leyese toda. Le dio la hoja donde estaba lo relacionado con ella.

—Ya ves como ella desea tu presencia y la del pequeño Fidel en su casa, y mira con agrado que yo una mi vida a la tuya.

¿No te pones contenta al saberlo?

Amada contestó que no, moviendo de derecha a izquierda el índice de su mano derecha.

—-¿Por qué?

Ella sacó de su pecho el pequeño librito de tela y con su punzón escribió:

"He comprendido que amas a mi prima y yo no acepto ponerme entre tú y ella, sólo por tu compasión por mi".

Boanerges leyó y quedóse por unos instantes con su mirada como sumergida en los ojos de Amada. Le parecía increíble que ella hubiese entrado tan hondo en su mundo interno.

La joven sostuvo firme su mirada profunda en la cual expresaba: *"No temo haberme equivocado".*

Boanerges sintiéndose vencido fue sincero y leal para la noble criatura que así se relegaba a un último término en el corazón del hombre que amaba por primera vez en su vida. Y tomando entre las suyas, las pequeñas manos que temblaban le dijo con la más suave ternura:

— ¡Amada!... ¡mi blanco lirio de la tarde! Tu nobleza me obliga a ser franco contigo. Es verdad que he amado con inconsciente amor a tu prima, que no pudo responder a él porque su alma estaba llena en absoluto con el amor al Profeta Nazareno del que tanto y tanto oyes hablar desde que estás entre sus amantes seguidores. Es verdad y no puedo negarlo. Pero ¿será eso un motivo para que tú querida niña me niegues tu amor dejándome solo en la vida como un ave errante que no tiene una rama donde posar su pie? El haber sabido tú que no eres el primero -*y* único amor de mi vida ¿puede matar en tu corazón todo cariño hacia mí?

Piénsalo bien Amada y sé sincera conmigo como lo soy yo contigo.

Acabo de hacer la absoluta renuncia a aquel primer amor de mi vida. En mi corazón queda sólo una inmensa y pavorosa ruina que acabaría por sepultarme en sus escombros si no estuvieras tú a mi lado.

¿Te negarás tú a tenderme tus manos para no morir aplastado por esas ruinas?...

El librito de Amada había caído de sus rodillas al suelo. No escribió ni indicó nada más. Hundió la mirada tímida de sus ojos llenos de lágrimas en los ojos suplicantes de Boanerges y reposó su cabecita rubia en el noble pecho del hombre que le robaba el primer amor de su vida.

El bosquecillo de pinos nuevos en cuyos tallos esbeltos enredaba la amorosa madreselva sus rama florecidas, recogieron el silencioso llorar de aquellas dos criaturas humanas que buscaban en el alma amiga el amparo a sus soledades y una nueva esperanza que floreciera en sus vidas.

www.formarse.com.ar

Por la divina ley de las compensaciones para los justos, en el preciso momento de su gran renuncia, Boanerges recogía en su camino solitario, el loto sagrado de un amor sin egoísmo, en el cual descansaría el corazón fatigado de su larga andanza persiguiendo una quimera.

En aquel solitario rincón, ideal huerto de un viejo templo presidio de sacerdotes penitentes, Amada y Boanerges celebraron sus humildes esponsales, pues allí se prometieron uno al otro en un grande y único amor que debía perdurar para toda la vida.

Una semana después celebraban en la más perfecta modestia esenia el feliz acontecimiento de tres bodas en una misma y emotiva ceremonia: Boanerges y Amada; el Capitán Saúl y Rhoda; el Capitán Pedrito y Alvina.

Leandro de Caria, el mayor de edad de todos los que podían actuar de Oficiantes sería el que los uniese en nombre del Eterno Dueño de todas las vidas humanas, y se celebraría según el ritual de Moisés, ya que todos obedecían su Ley de la cual el Cristo Ungido de Dios había dicho explícitamente: *"No rengo a ¿erogar la Ley traída por Moisés sino a confirmarla y a cumplirla".*

Ese ritual exigía uno o dos testigos que asegurasen con juramento haber presenciado la ceremonia nupcial y los testigos de Boanerges fueron el apóstol Juan y Lázaro de Bethania; los del Capitán Saúl, Felipe y Matheo; los de Pedrito, Zebeo y Narciso de Lidya.

Thabita, María y Agadés con las doncellas del coro quisieron rendir su homenaje de melodías y de flores a las blancas novias ataviadas a la usanza de las mujeres esenias cuando daban su mano al compañero elegido para toda la vida y que consistía en una túnica blanca y un velo de lino que cayéndoles sobre el rostro las cubría por completo. Y era costumbre que la mujer de más edad les colocara en la cabeza la corona de mirtos y rosas blancas. Y fue Martha la encargada de este detalle.

El oratorio del Castillo que fuera de la Princesa Thimetis madre de Moisés, resplandecía de luces y madreselvas; y las doncellas cantaban al compás de sus laúdes los más emotivos versículos del Cantar de los Cantares, ese tierno poema brotado del corazón del Rey Salomón para Zulamita su pastorcilla amada.

"¡Oh si me besaras con el beso de tu boca!

¡Dime tú, a quien ama mi alma, el lugar donde reposas con tu majada al medio día!

¿Por qué he de andar vagando yo tras los relíanos de tus compañeros?

¡Oh hermosa entre todas las doncellas! ¡Apacienta tus cabritas junto a las cabañas de los pastores!

¡Qué hermosa eres amada mía y cuan bellos son tus ojos de paloma!

¿Quién es ésta que se muestra como el alba, hermosa como la luna, esclarecida como el sol?

—Yo soy la rosa de Sarón y el lirio de los collados.

Al huerto, de los nogales descendí a ver los frutos del valle, a ver si brotaban las vides y florecían los granados. No supe encontrarlos porque mi alma se ha extraviado.

¡Tórnate Zulamita, tórnate y que yo pueda mirarte!

¡Toda tú eres hermosa. Amada mía y en ti no hay mancha!

Ven conmigo al Líbano. Mírame desde la cumbre del Amaná y del Hermón.

¡Aprisionaste mi corazón amiga mía! Hermosos son tus amores y como panal de miel destilan tus labios.

¡Como huerto cerrado seas esposa mía y como fuente sellada! como pozo de aguas vivas que corren desde el Líbano. Y ponme como un sello sobre tu corazón como una marca sobre tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte. Es fuego y llama ardiente, que no apagarán las muchas aguas, ni ahogarán los ríos desbordados.

¡Paloma mía escondida en el huerto de la peña! ¡Muéstrame tu rostro y hazme oír tu voz porque dulce es la *voz* tuya y hermoso tu rostro!

Ven amada mía al huerto de los nogales a recoger nardos y azucenas, mirra y áloe, canela y azafrán.

¡Has preso mi corazón con tus ojos y no puedo libertarle más!

¡Muchas bellas hay en mis jardines y palacios!... ¡Más una sola es la paloma mía, la perfecta mía, la escogida mía, a quien todos llamarán bienaventurada por los siglos!"

Cuando las últimas notas del poema bíblico, símbolo de los más grandes y puros amores, se hubo extinguido, las tres novias fueron conducidas ante el altar de las Tablas de la Ley Divina donde les esperaban sus prometidos y los testigos y Oficiante de la Ceremonia.

Un observador sutil hubiera podido percibir claramente que de las tres parejas sólo Pedrito y Alvina se acercaban al altar con el alma rebozante de alegría, de seguridad plena, de confianza absoluta. Eran como dos

www.formarse.com.ar

niños de corazón sano, que ignoraban el desengaño, la decepción, la ingratitud. Recogían la flor primera encontrada en el camino liso y llano de sus vidas sin problemas, ni preocupaciones. En una pradera florecida se habían encontrado juntos en la mañana azul de vidas que comienzan... Los mirlos azules habían cantado para ellos sobre la gigantesca cabeza de piedra de la esfinge de Ghisé, y sin volver la cabeza atrás llegaban sonrientes al pié del altar de Dios.

Boanerges y Saúl habían amado antes con un amor profundo como un abismo al cual se habían entregado con toda la potencia de su voluntad como al más bello y santo ideal de la vida. Y la amargura de la renuncia ponía una nota de melancolía y de tristeza en sus rostros juveniles, no obstante el deseo y el esfuerzo de ocultarlo a los demás.

Rhoda y Amada ocultos bajo los amplios pliegues de los mantos blancos, meditaban, oraban y más aún recordaban.

¡Oh! el cirio vivo del recuerdo llameante y tenaz, parpadeando en silencio como espejos magos, las hacían estremecerse ligeramente mientras eran conducidas ante el altar de Dios.

¿Serían ellas felices con ese amor? ¿Harían la felicidad del hombre elegido?

En el fuero interno de la pobrecita niña muda, el interrogante se tornaba oscuro y pavoroso. Aún antes de que la intuición le dijera que Boanerges amaba a su prima de Mágdalo, Amada había averiguado a la Pequeña María *cómo era ella.* Y allí, ante el altar de Dios, bajo su amplio manto blanco de desposada pensaba con inmensa amargura:

"¿Cómo puedo esperar amor, yo pobre de mí, que ni aún poseo el don de la palabra?" Hubo un momento para ella de tan terrible espanto que estuvo a punto de echarse a correr fuera del sagrado recinto y huir... huir lejos... muy lejos para no cometer el crimen de encadenar a su triste vida de muda, a un hombre como Boanerges.

Pero también la maga de la intuición era muy sutil en el joven trovador y captó la onda de los amargos y crueles pensamientos de Amada. Se inclinó a ella y le dijo a media voz y tomándole la mano como para retenerla a su lado:

—No te atormentes con pensamientos impropios. Debes estar tranquila.

Todos, absolutamente todos los presentes, tenían un mismo pensamiento de amorosa compasión para Boanerges que aceptaba el martirio para toda la vida, de una esposa muda.

Y ese pensamiento fue ampliado en esta forma:

"Si el Cristo Divino estuviera entre nosotros, le daría a la pobre muda la voz y la palabra".

Todos se habían encariñado vivamente con el dulce trovador de Mágdalo que tenía miel en su boca y en sus ojos para cuantos le trataban de cerca. ¿Por qué tan luego el debía merecer el tormento diario de una compañera muda para todos los días de su vida?

Y a medida que se acercaba el momento de la unión solemne y para siempre, el pensamiento aquel, era más intenso y vivo hasta hacerles llorar lágrimas mudas pero hondamente sentidas, al ver a Boanerges tan hermoso, tan gentil con su blanca túnica plisada y su amplia clámide púrpura, a la usanza griega como era su costumbre, que tranquilo y sereno esperaba ante el altar de Dios su hora solemne y para siempre.

Leandro de Caria vestido con la túnica y manto de lino de los Esenios en días de solemnidad, inició la emocionante ceremonia tomando entre sus manos las Tablas de la Ley y acercándose a cada uno de los desposados para que con la diestra colocada sobre ellas repitiera las palabras del ritual teniendo a su lado la compañera elegida.

—Ante el altar del Señor y sobre las Tablas de su Ley Eterna, tomo por compañera y esposa a ...

Y cada uno pronunciaba el nombre de su desposada.

Entonces el oficiante se la entregaba con estas palabras:

—"El Dios de los cielos y de la tierra te entrega esta mujer como esposa, compañera y madre de tus hijos, bajo el amparo de su Ley y para siempre".

El desposado levantaba entonces el velo que cubría el rostro de la novia y le decía sencillamente:

—Eres mi esposa.

—Para siempre —contestaba ella entregando su diestra al esposo.

Sobre las manos unidas el oficiante pronunciaba la solemne bendición de Moisés:

—"Seáis benditos del Señor en el so! que os ilumina, en el aire que respiráis, en la tierra que os dará el pan de vuestra mesa, en vuestros hijos, en vuestros parientes y amigos, en todo cuanto forme la santidad del hogar y la saciedad de vuestros anhelos".

Y los testigos y asistentes respondían: — "Así sea para siempre".

Pedrito y Alvina fueron la primera pareja unida ante el altar de Dios con el ritual ya conocido.

Eran dos niños que se habían encontrado jugando juntos en una pradera iluminada de sol y regada por azules aguas cristalinas; y lo reflejaban en sus rostros resplandecientes de alegría.

Les siguieron Saúl y Rhoda cuya seriedad grave y severa denotaba la aceptación voluntaria de una unión que ambos necesitaban como reparación para sus corazones atormentados por dos especies de muerte: la muerte física del primer esposo de Rhoda, y la muerte moral de la novia primera de Saúl, que despreció al amor por el oro de un poderoso magnate.

Ambos buscaban en un nuevo amor; la paz de sus corazones duramente atormentados en la primera juventud.

Boanerges y Amada fueron los últimos y cuando terminó el oficiante las palabras de entrega de la esposa al esposo, y él levantó el velo de ella y le dijo:

—*Eres mi esposa,* —ella le contestó con voz clara y dulce que todos oyeron con profunda emoción:

— *¡Para siempre!*

— ¡Ha hablado! — ¡El Cristo la hizo hablar! — ¡El le devuelve la voz! —fue un clamoreo vibrante que llenó todos los ámbitos del vasto recinto de oración.

La pobrecita niña muda se había abrazado de Boanerges y ambos lloraban con emoción profunda.

Los tres Apóstoles de Cristo lloraban también, pues habían presentido que sucedería así, dado el ambiente cálido de amor que el pensamiento de todos había formado como una bóveda psíquica fuerte y unida en torno a Boanerges al cual tiernamente amaban.

Cuando se calmó la tempestad de entusiasmo, Zebeo pidió atención por unos momentos y subiendo las gradas de la plataforma del altar, y con palabras que la emoción entrecortaba y hacía temblar, explicó sencillamente las palabras base de la doctrina de su Divino Maestro: *"El amor salva todos los abismos".*

—La palabra del Ungido de Dios —dijo— se ha cumplido una vez más—. El amor de todos para nuestro hermano Boanerges ha hecho el prodigio que todos juntos, en un solo grito del alma pidiéramos al Señor: "Que la desposada recobre la voz para el compañero que la ha elegido"; y El escuchó nuestro grito de amor que así lo pedía en un ruego supremo.

Hemos sido hoy capaces de amar como El nos amó a todos hasta morir, y nos ha cumplido su promesa eterna, de hacer su morada en medio de nosotros.

Cantemos juntos el himno de acción de gracias porque hemos sido capaces de amar al hermano como a nosotros mismos.

Y un coro formidable de voces unidas llenó el recinto con el clásico canto del salmista en alabanza y gloria al Señor:

"Alegrémonos en el Dios que todo lo puede.

Celebremos la gloria de Dios con salterio y decacordio.

Cantemos canción nueva tañendo el arpa con júbilo en el alma. Con la misericordia de Dios está llena la tierra,

Nuestra alma esperó en El y vino su ayuda y fortaleza.

En El se alegra nuestro corazón porque en su Santo Nombre hemos confiado.

Sea tu misericordia ¡Oh Dios! sobre nosotros que esperamos en Ti para ¡siempre!.

El trovador de Mágdalo sintió su alma impregnada del amor de todos los que habían atraído sobre él y su compañera el don divino que él en su modestia jamás hubiera esperado.

Sentía la vocecita de Amada dulce y suave como el arrullo de una tórtola que le repetía una y mil veces:

—¡Boanerges! ... mi poeta, mi trovador!... ¡mío para siempre!

Antes de que se dispersaran los asistentes a la ceremonia nupcial, Boanerges solo, de pié ante el altar arrancó de su laúd de ébano una sentida melodía que acompañó con su espléndida voz de barítono, desgranando como perlas de cristal estas vibrantes estrofas brotadas de su alma agradecida al Cristo Hijo de Dios:

www.formarse.com.ar

Gracias Señor porque en la senda mía
¡Brilló tu claridad!...
Era yo aquel viajero que moría
¡Cansado de esperar!

Era yo el vagabundo peregrino
¡Que buscaba en el yermo alguna flor!...
Y a tu voz han brotado en mi camino
¡Las rosas del amor!

Gracias Señor porque encendiste cirios
¡En mi helada y oscura soledad!...
¡Oh que blancos y puros son los lirios
Que deshoja en mi alma tu piedad!...

Fue aquel inolvidable día una explosión de amor al Cristo Divino cuya invisible presencia habían sentido todos, como una ala de raso que pasó acariciando todas las frentes inclinadas a la adoración del Eterno Poder manifestado a sus criaturas de tan elocuente manera.

—En este día nadie trabaja —anunció solemnemente el apóstol Zebeo—. ¡Es nuestro día de fiesta!

Es el día glorioso del Maestro.

Es el día del amor.

Pensad un momento en la fecha que este día nos recuerda.

Juan y María fueron los primeros que recordaron:

—Diez años hace que un día como hoy fuimos al sepulcro del Señor y sólo encontramos el sudario en que le habíamos envuelto —dijo Juan.

— ¡Cierto!... —dijeron todos y un profundo silencio llenó el sagrado recinto de pensamientos graves, profundos, mezcla de alegría y de llanto, de plegarías dolientes y de cantares de gloria.

— ¡Hosanna! ¡Aleluya!... ¡El divino Mártir salió del sepulcro y nos bendice desde el Reino de Luz! — exclamó el apóstol Matheo—. No cabe hoy la tristeza en nuestro corazón.

¡Es nuestro día de gloria y de amor!

Y desde entonces quedó establecido en el Castillo del Lago Merik como la gran fiesta anual, el cuarto domingo de la primera luna de Otoño.

Martha con Lázaro, Felipe y Nicanor estaban encargados del festín de bodas de mediodía. Y las tres parejas de desposados devolverían el homenaje con una velada musical por la noche.

Los ángeles de Dios debieron contemplar con infinito deleite aquella inefable felicidad floreciendo en todos los corazones.

Es injusta la humanidad en general en sus juicios hostiles para los seres consagrados de lleno a la vida espiritual, suponiéndolos sumidos siempre en desolada tristeza.

La alegría sana y pura de los justos no puede ser comprendida ni valorada por los adoradores del becerro de oro, como no comprendieron aquellos de los días lejanos de Moisés, que reían y danzaban en torno a su ídolo, mientras el gran Profeta en el éxtasis supremo de la Divina Presencia sobre el Monte Sagrado de la gloria y del amor, recibía en el límpido espejo de su mente la Eterna Ley del Sinaí.

LA VELADA

Por la plagia poderosa del amor, el ruinoso Castillo donde floreció la dichosa niñez de Moisés al amparo de una madre abnegada hasta el heroísmo, se había transformado en un rincón de cielo imposible de describir con nuestro pobre lenguaje humano.

www.formarse.com.ar

Después del festín de mediodía, las mesas fueron levantadas y el vasto comedor de las reales personalidades que lo habitaron muchos años atrás, quedó convertido en un amplio salón donde cabía holgadamente un centenar de personas.

Debiendo ser aquella noche dedicada a una velada musical, Boanerges como director en la materia, se apartó con Amada, Agadés, Lucrecio, Alvina, Fidel y las doncellas del coro que tocaban la cítara, en aquel delicioso rincón de los pinos y madreselvas, donde él hiciera una semana antes su gran renuncia y aceptara la voluntad divina que le brindaba el loto blanco del amor de Amada.

Allí ensayarían libremente sin que nadie les escuchase ni interrumpiera, pues los demás moradores del Castillo estaban dedicados a la debida decoración del salón.

Desde el antiguo templo fueron trasladados los dos clavicordios, grandes instrumentos músicos muy semejantes a los órganos de hoy. Narciso de Lydia y Marcelo de Ostia eran consumados maestros en su ejecución, pues habían pertenecido a la gran orquesta de los Templos egipcios para los días de solemnidad.

Entre los treinta y tres de Zebeo, habían resuelto iniciar esa noche las cátedras de enseñanza y divulgación de los conocimientos superiores que el Divino Maestro diera a sus íntimos en el último año de su vida, y que ellos acababan de ver corroborados en muchas antiguas escrituras que estudiaban.

La velada musical sería intercalada con la disertación de Leandro cuyo tema lo anunciamos anteriormente *"La Presencia Divina en todas las Edades de la humanidad."*

El ambiente de amor y de fe, de fervoroso recuerdo del Cristo Ungido de Dios en que se desarrollaron todos los acontecimientos de ese día era en extremo propicio a los pensamientos graves y profundos que el ex-sacerdote de Osiris ofrecería a sus oyentes como un haz de ramas luminosas extraídas de las ruinas del más remoto pasado.

Y comenzó su disertación en medio del más profundo silencio:

"Aspirantes a la Divina Sabiduría traída por el Verbo de Dios a la tierra en la noche lejana de los tiempos que pasaron:

"Bien sé que no es precisamente a vosotros a quienes es necesario demostrar que la Presencia del Eterno Invisible estuvo siempre viva como una llama en medio de la humanidad terrestre, porque vosotros no comprendéis ni concebís la vida si no es bajo la influencia y el poderoso impulso de la Suprema Energía dando aliento y vida a todo cuanto existe debajo del sol y más allá de donde alcanzan los rayos de nuestro sol.

"La reciente presencia del Pensamiento Divino hecho hombre, ha dejado en todos vosotros el aliento vivo de Dios del que su espíritu soberano era un resplandor inextinguible. Pero teniendo en cuenta que todos vosotros habéis pactado con El en alianza solemne de amor, llevar su antorcha luminosa por toda la faz de la tierra, es conveniente que sepáis demostrar y convencer a la humanidad que lo ignora, de que la Verdad que le dais a beber no ha comenzado con el Profeta Nazareno en su reciente estadía en medio de los hombres, sino que El ha levantado el velo más alto que los demás. Y el feroz egoísmo de los poderosos engrandecidos por la ignorancia de los pueblos, se ha espantado con la visión de su derrota inevitable con el triunfo de la Verdad Divina

"El Instructor de la Humanidad Terrestre ha levantado una vez más la antorcha radiante de la Verdad. Y la humanidad representada y dominada siempre por los hombres del oro y del poder, ha creído aplastar a la Verdad de Dios dando muerte a su Enviado heroico y glorioso para quien la muerte física no es más que la divina consagración del Amor.

"En pos de El habéis quedado vosotros y otros tantos como vosotros y mil y mil más que surgirán como chispas brillantes, de las arenas del desierto, de las espumas del mar, de la grama de los campos, donde un discípulo del Cristo abra su tienda o plante su cabaña.

"A través de todas las edades la Verdad de Dios ha resplandecido como un faro en las tinieblas de las generaciones primitivas que incapaces de comprenderle le adoraban y le sentían en las conmociones espantables y tremendas de un globo en formación.

(1) Versículo del Salmo 33.

"La Divina Idea, desde los remotos comienzos de la humanidad consciente sobre la tierra, puso en ella el resplandor soberano de su Verbo Eterno en cada continente que emergía en millares de años del seno de las aguas.

"Y fue Juno, el mago de las tormentas, el creador de los Flámenes heroicos, llamados *hombres de fuego* quienes en la perdida Lemuria de los orígenes de la conciencia humana en la tierra, encendieron la lámpara eterna de la Verdad en medio de la humanidad en pañales. Y fue Numú y Vesperina con Glauko y sus hermanos quienes pasados largos milenios abrieron de nuevo las entrañas de las rocas de ese mismo

www.formarse.com.ar

continente; y de nuevo el eterno luminar de la Verdad, la Divina Presencia se hacía sentir de los hombres que en la lucha espantosa de los elementos y de las enormes bestias de la tierra y del mar encontraban los furores divinos en toda fuerza más poderosa que la suya.

"Los cráteres de cien volcanes tendiendo a los aires su cabellera de llamas, eran dioses iracundos y justicieros azotando a los campos, a los mundos, a las bestias y a los hombres con látigos de fuego.

"Y a falta de palabras de idiomas que no existían, millares de aullidos, gritos, lamentos y gemidos eran la plegaria de los hombres de las cavernas huyendo despavoridos ante la espantable fuerza del Poder Desconocido.

"Era también la Presencia Divina en medio de la humanidad primitiva, que sólo por el terror de una potencia formidable, incomprendida, desconocida pero real y verdadera podía sentir en sí misma la ineludible necesidad de rendirse, de someterse y entregarse pidiendo, suplicando, llorando como un niño enloquecido de espanto.

"En medio de tan tremendas crisis de horror, de locura, de vértigo, la Divina Presencia tomaba de pronto una forma humana suave, dulce, amorosa que pasaba como una esencia de flores celestes entre los pueblos más conscientes de lo que eran sobre la faz de la tierra.

"La humanidad empezaba a discernir entre la fuerza formidable que aterra y espanta, y el poder benéfico de los ríos desbordados regando los campos que se cubren de verdor y madurando las mieses y los frutos de huertos, valles y praderas.

"Y el río benéfico se convertía en Dios al que le cantaban himnos, bendiciones y loores, y en las aguas sagradas veían refundidos todos los bienes de la vida.

"La misma historia repitieron los siglos en Atlántida donde la Presencia Divina deshojó sus eternas flores de luz por el Verbo de mansedumbre y de amor de un joven príncipe de razas de augures y de profetas: Anfión de Orozuma, hijo de Senegaldo, Profeta de Orozuma y de Wilfrida, hija del Patriarca del país de Teoskandia.

"El país de Otlana que fue designado por la Eterna Ley para recibir al Avatar Divino en esa hora de la humanidad tenía como dirigentes Profetas Reyes, adoradores de una Inteligencia Invisible que se manifestaba en las lluvias, en la nieve, en el sol, en los astros de la noche y en las cuatro estaciones del año, que eran las grandes fiestas celebradas con música, himnos y danzas, y con júbilo extraordinario.

"Para la fiesta del Estío, la vid que a la puerta de todas las casas extendía sus guías protectoras aparecía engalanada de lazos, pabellones y banderas, de enormes collares de corales y de perlas, de antorchas y de cirios, y hasta de pájaros prisioneros en jaulas de oro, de plata o de caña según la capacidad financiera de sus dueños.

"Era la vid cargada de dulces frutos el símbolo sagrado del Eterno Invisible en la época del Estío.

"Cuando llegaba el Otoño, se elegía en cada hogar, el árbol más alto y frondoso, cuyas ramas amarillentas iban desnudándose lentamente. Esta fiesta era de solemne tristeza y estaba consagrada a la memoria de los antepasados que descansaban en la tumba abierta desde la fundación de la familia y a gran profundidad bajo el árbol sagrado que era llamado *el altar de los muertos.* Casi siempre era un olivo o un nogal el árbol elegido para representar al *Dios Oculto* que no podía ser visto por criatura viviente, y que guardaba en sus templos de negro basalto esmaltados de estrellas, las almas justas de los antepasados que partieron de este mundo. Y alrededor del árbol de los muertos, lloraban, gemían, lo cubrían de velos grises, blancos y negros, de collares de cuentas de cristal cuyo número igualaba a les años de cada muerto querido llorado por la familia. Y el padre o el abuelo, patriarca y sacerdote del nogal, encendía su antorcha, la de la esposa y la de los hijos y servidores y todo un día y una noche velaban, lloraban y gemían por turno en torno al árbol querido que cobijaba a los antepasados.

"El invierno era fiesta de alegría y de amor. Se levantaba en cada hogar una torre de nieve y en torno a ella celebraban con jubiloso estruendo a los esposos, padres de numerosa prole.

"Era el día del pan familiar por excelencia y en grandes hogueras se cocía el pan en abundancia para todos los habitantes de la casa y para los leprosos y apestados que ambulaban por las cuevas de los desiertos o de los bosques lejanos. Y el pan de ese día era reverenciado con ósculos de amor, y lo comían silenciosamente en torno a la torre de nieve en la cual se escondía como en una fortaleza de cristal el Dios Oculto para que no muriesen sus criaturas si le viesen.

"Y por fin la fiesta de la primavera consagrada a la niñez y a la juventud, era la gloriosa fiesta de las flores, con las que hacían una tienda al aire y al sol, un verdadero toldo o docel de las flores más perfumadas y hermosas. En aquella tienda cerrada, sin abertura alguna, estaba el Dios oculto, recibiendo los homenajes de cantos, danzas, flores y perfumes, que los niños y los jóvenes y doncellas le ofrecían un día y una noche. Era usual en tal día la celebración de esponsales y bodas en torno a la tienda florida, habitación del *Dios Oculto* que bendecía a sus hijos.

www.formarse.com.ar

"Aquel pueblo, aquella gran raza de profetas y de patriarcas era algo semejante a lo que. fue la raza aria y la raza hebrea de siglos posteriores.

"La Eterna Ley previsora y sabia, tuvo siempre preparada y alerta una raza, una dinastía o familia escogida de seres más adelantados que pudieran ofrecer cuna pura y limpia al Ungido que bajaría como un rayo de luz entre las sombras densas de humanidades primitivas.

"Siguiendo las deducciones lógicamente afianzadas en las versiones antiquísimas que estudiamos en nuestras horas de academia podríase formar un croquis muy aceptable aún científicamente hablando, para ubicar los sitios precisos en que Anfión y Antulio desenvolvieron sus misiones apostólicas en las dos épocas en que con esos nombres, el Avatar Divino estuvo encarnado en ése Continente.

"Pocos años después de desaparecido Anfión el Rey Santo de entre una humanidad que en su mayor parte no lo comprendió ni lo aceptó, se desató sobre la hermosa Atlántida llamada *la perla de los mares* por los bardos de su tiempo, el primer gran cataclismo que hundió una tercera parte de sus fértiles tierras, praderas de encanto, avenidas de bosque y de flores y pobladas de todas las formas de vida conocidas entonces.

"El divino pájaro azul había desaparecido pero dejaba tras de sí una legión de amadores, reducida si se quiere, pero capaz de mantener encendida la lámpara del Maestro por siglos y siglos. Sus discípulos fueron llamados más tarde *Profetas Blancos* por el color de sus vestidos tejido.-, por ellos mismos de blanca lana de ovejas.

"Y cuando nuevos milenios fueron desgranando sobre la tierra sus siglos y sus años, y las lámparas de la Verdad amenazan extinguirse en las cavernas de los montes, donde se refugiaron huyendo de la devastación de Santuarios y de locuelas por los que siempre quisieron mantener a los pueblos en la ignorancia y en la humillación, otra vez el Eterno Invisible, el Dios Oculto, envió un nuevo resplandor de su luz soberana en la persona de un joven filósofo y taumaturgo al país llamado *"Manantiales de Zeus",* no el más rico ni grande de lo* diez países que quedaron después del primer cataclismo, pero sí el que mantenía más viva la vieja tradición del pasado.

"Un sabio astrólogo, geólogo y explorador cuyo nombre era Athaulfo estaba unido a una doncella hija del Patriarca de la populosa Manh-Etell, capital del país. Se llamaba W*alkiria* y era hermosa de alma y de cuerpo como *"un sueño de dioses"* según el decir de las viejas escrituras que tenemos a la vista. Pero no tenían hijos.

"Hasta que un día soñó que se veía a sí misma envuelta por un velo de luz esplendoroso que la dejaba como un sol flotando por encima del mundo. Cuando se lo comunicó a su marido, éste le dijo:

"—Júpiter y Saturno se acercan a la Tierra. Algo grande deben traer por que ellos no se mueven así, por pequeñas cosas.

"Y llegó el hijo deseado que sería gloria y martirio de los felices seres elegidos como progenitores del Verbo Eterno de Dios.

"Huérfano de padre en la adolescencia. Antulio recibió la primera educación de su madre y de su abuelo el Patriarca que conocía las *Cavernas de los Profetas* donde estaba la luz del Eterno Invisible. Y allí fue con su nieto a beber sabiduría y santidad. Resurgieron los Profetas Blancos aunque por breve tiempo. El egoísmo de los poderosos, dragón de siete cabezas extendía de nuevo sus garras y destrozaba a los emisarios de la Luz.

"La muerte de Anfión en el destierro y en la oscuridad; la muerte de Antulio por la copa de veneno para ahogar su doctrina de fraternidad en la hermosa Atlántida, fueron seguidas de un segundo cataclismo que hizo desaparecer de la faz de la tierra la mayor parte de la celebrada *perla de los mares* quedando solamente *Poseidonia,* tres grandes islas montañosas emergiendo solitarias v tímidas de las olas de! mar que sepultó a sus hermanas.

''Pero Antulio dejó discípulos que se diseminaron por el mundo y su secretario Dacthylos fue fundador de una nueva legión de Profetas guardianes de la lámpara eterna de la Verdad en el Ática prehistórica. Sus compañeros Rham, Nehusa, Yima y Aesheil la encendieron en las tierras que baña el Ganges y rodean el Himalaya de roca y nieves eternas.

"Diez hombres jóvenes, fuertes, heroicos, prófugos del océano devorador y de los tiranos asesinos de profetas y de sabios, se refugiaron en las grandes caverna de las montañas del África y dieron vida, luz y agua clara a las tierra que baña el Nilo.

"listos eran Carnain, Phapíros, Elotos, Pitson, Pihabirot, Bethemis, Gion Zeber, Buthathis Ben Nilo, los más jóvenes de la Escuela Antuliana, los novicios a Profetas Blancos, *y* fundaron la gran Fraternidad Kobda que hizo brillar la Luz Divina de Juno, de Numú, de Anfión y de Antulio en tres continente.

"Y entre la áspera mata de cactus color de sangre surgidas de los peñascos y de las cavernas de tierras solitarias el pájaro azul colgó de nuevo su nido para ofrecer a la humanidad la canción divina de la Verdad y del

www.formarse.com.ar

Amor que los egoísmos humanos habían casi extinguido entre el clamor de los esclavos, uncidos como bueyes a los arados, a los carros de guerra, de viaje o de paseo de los reyes y magnates, mientras veían sacrificar a sus niños como cabritos o lechonas para los festines diarios de los gobernantes de pueblos'.

"Y fue Abel hijo de Adamú y Evana como un cisne blanco entre los Kobdas de toga azul quien levantó más alto aún que los demás la llama viva de la Verdad Eterna que escribía con letra de fuego en el ciclo de tres continentes:

"Dios Padre Universal es uno solo Indivisible y Eterno. Todo ser viviente es hijo suyo. Cada continente emergido de las aguas profundas ha producido una raza humana, millares de especies de animales, y millares de especies de árboles, arbustos, musgos y flores.

"Todos somos como uno solo en el seno ilimitado del Infinito. ¿Por qué pues la lucha, por qué la guerra, por qué el odio como un dragón insaciable devorando a unos en beneficio de los otros ?...

"El tiempo no se detiene... Las Edades avanzan en caravana interminable y los siglos, sus hijos, van surgiendo unos en pos de otros y traen consigo la vieja tara hereditaria propia del atraso y deficiencia de todos los comienzos.

¡Y la llama viva de Abel y sus Kobdas se extinguió también! El viejo dragón levantaba de nuevo su cabeza feroz de fauces triplemente dentadas y el inmundo aliento de su boca apagaba todos los cirios del altar de Dios, todas las lámparas de Profetas, Patriarcas y Maestros y la humanidad maniatada, en las tinieblas era uncida de nuevo al carro de la ignorancia y de la miseria impotente.

"¡Los cielos de Dios se abren de nuevo! Y el ave divina, el ave del paraíso como un loto de oro se asienta en las gradas de un trono milenario, en la India legendaria, *la tierra donde nace el sol* según la frase de la humanidad de entonces. ¿Quién es el que ahora llega a salvar a la eterna proscripta, a la desesperada cautiva en cadenas forjadas por ella misma y que por sí misma no puede romper?

"Fue Krisna hijo de Vasu-Veda Atharva príncipe de Madura y de Deva-ki-naguy, hija primogénita de Gandharva de nombre Baya-Dana y de Sakmy-deva, elegida entre las vírgenes de las grutas del Himavat.

"El ave celeste elige su progenie entre los hijos de la fe, adoradores del Único Eterno Invisible, señores de los sentidos hijos de la carne, y amantes de Psiquis hija del cielo. Las estrellas en su campo azul, los guijarros en los caminos de tierra. Las águilas en las cumbres blancas de nieve dorada por el sol. Los insectos en el húmedo césped de las aguas estancadas.

"Así buscan los Hijos del Cielo salvar de la ciénaga a los hijos de la tierra.

"La caravana eterna de las Edades y los siglos continúa su marcha interrumpida, y cuando las sombras se han extendido de nuevo sobre la faz de la tierra como oscura noche de tormenta, los cielos tornan a abrir sus puertas de nácar y de cristal por tres veces más, las últimas, las postreras, que cierran la Cadena del Amor en que envuelve el Eterno Invisible a sus hijos terrestres que han querido ser salvos, purificados y eternamente vivos y gloriosos. Con intervalos de milenios largos, dolorosos y pesados aparece de nuevo el Avatar Divino, el pájaro azul de la mística leyenda de los siglos y fue Moisés, y Bhuda y Jhasua.

"Y Moisés dejó tras de sí sus Esenios silenciosos, y Bhuda sus Anacoretas mendicantes y Jhasua sus Misioneros del Amor.

"Las larvas, los gusanos, los guijarros les lastiman los pies, les muerden y les hieren de mil maneras y hasta de muerte!

"Son larvas., gusanos y guijarros, ¿cómo pueden comprender a la luz que los ciega y los deslumbra?

"En esta humilde asamblea de adoradores de la Luz en la personalidad augusta de Jhasua de Nazareth postrera visita del ave divina bajada de los cielos de Dios en vuelo heroico a la tierra de sus sacrificios, he podido expresarme en el lenguaje figurado del esoterismo antiguo al que estoy habituado a causa de mí vida transcurrida entre las piedras milenarias de los Templo egipcios donde la Sabiduría del pasado dejó escrita la historia de la evolución humana a través de los siglos.

"Por esta noche he terminado."

Una nutrida salva de aplausos fue como una corona de lotos para Leandro de Caria, ex-sacerdote de Osiris a quien el Profeta Nazareno, Ungido de Dios atrajo a su lado por mediación de Zebeo su apóstol de la hora final.

Una hermosa sinfonía creación de Boanerges en los días ya lejanos de la adolescencia fue ejecutada por toda la orquesta en pleno que con el doble acompañamiento de dos clavicordios, resultó de tan solemne majestad que el Castillo de la princesa Thimetis parecía envuelto en el glorioso esplendor de su lejano pasado.

www.formarse.com.ar

Los pensamientos evocadores corrieron siglos atrás y los unos creían ver a Moisés en plena juventud vestido de blanca túnica, conducido por su madre al Templo de Amón-Ra el dios símbolo de la Vida Eterna para ser consagrado Maestro de Divina Sabiduría.

Otros creían hallarse ante la coronación de la Princesa Thimelis el día que fue presentada al pueblo como heredera del trono de Egipto.

Y hasta hubo quien pensó en la sinfonía que acompañó la muerte de la desventurada Cleopatra último vástago de los Ptolomeos, cuando sus ejércitos vencidos por el romano, le aseguraban la esclavitud de su patria.

¡Oh los recuerdos!... ¡los recuerdos del pasado cual sombras silenciosas que se yerguen de pronto como muertos vueltos a la \ida. para hacernos saborear el dulzor amargo de lo que fue grande y hoy es polvo, de lo que fue magníficamente bello y hoy es un helado espectro que inunda el coraron de triste/a!

La sinfonía se titulaba *El rosal de las minas* y sus melodías se esfumaban a veces en una suavidad infinita como si fuera el susurro del céfiro entre las rosas abiertas; y luego adquirían sordos rumores, ecos pavorosos y hondos como lamentos venidos de lejos, o como el temblor de nuevos derrumbamientos en las ruinas milenarias. Era el Trovador de Mágdalo, un artista de las cuerdas, el que había tejido aquella filigrana de notas y sonidos imposibles de describir con palabras.

Era el alma viviendo el doloroso pasado y soñando con un futuro de paz de luz y de amor, que únicamente podían sentirlo como en un éxtasis de místico arrobamiento.

La sinfonía se extinguió en un trino suavísimo como un gemido y no hubo aplausos sino un silencio de meditación, de evocación, casi de plegaria en un templo solitario y al pie de un altar iluminado de cirios y perfumado de rosas. Había lágrimas en los ojos y tensión vibrante en las almas que hubieran querido retener indefinidamente aquellas notas y sonidos a través de los cuales creían estar viendo al misterioso rosal color de los velos de la aurora, enredando sus guías florecidas en los muros negros y resquebrajados de un viejo castillo en ruinas.

Después y como final de la velada, Amada y Boanerges cantaron un dúo acompañados del arpa de ella y de la lira de él. Había costado trabajo convencer a la jovencita de que podía cantar, no obstante llevar sólo una semana usando la voz que el amor de todos, unido al amor Supremo del Cristo le habían devuelto.

Era dulce y tímida voz de una criatura de diez años, que más tarde fue adquiriendo el tono firme y vibrante propio de su edad.

Y ante la expectativa amorosa de todos por oír cantar a la que unos días antes era muda de nacimiento, Amada y Boanerges cantaron con profunda emoción este dúo compuesto por él:

El.
N*ací en las praderas*
y rientes colinas del rio Abaya;
no tuve el regazo de la madre buena
ni arrulló mi ensueño
su dulce cantar.

Ella.
Al pie de las ruinas
de un viejo castillo
En Rafia nací.
Nací de la muerte de la madre mía
nunca vi sus ojos
ni su vos oí.

El arpa de Amada parecía llorar como en convulsos sollozos mientras la lira de Boanerges trinaba como un ruiseñor en una noche de luna.

Y el dúo continuaba:

El.
De lejanos mundos vine

persiguiendo una visión
cuya voz vibraba alada
en mi propio corazón.

Nubecilla rosa y oro
Que por el éter bogáis
Y aunque vais siempre corriendo
Al final nunca llegáis.

Imagen sois de mi mismo
Que corriendo siempre fui
En pos de un ideal eterno
Que parece huir de mí.

Ella.
Detén viajero tu marcha
Que has corrido más que yo
Y descansa un breve tiempo
¡En este oasis de amor!

Áspera ha sido tu senda
Sangrando llevas los pies,
El Cielo te da una fuente
Para que apagues tu sed!

Los dos. —
Bebamos juntos
Como palomas
De esta agua pura de manantial,
Tendamos vuelo
Por este cielo
Que es todo nuestro para volar.

Corramos juntos
Hacia la aldea
Que nos espera besando el mar.
Y allá en el huerto de los nogales
Levantaremos entre rosales
El ara Santa
De nuestro altar.

La melodía se esfumó como en un suspiro y la sala estalló en un delirio de júbilo y de amor.

La pobrecita Amada temblaba de emoción y reía llorando sin acabar de convencerse de que había oído su propia voz cantando las estrofas compuestas por su poeta, por su trovador, para celebrar sus nupcias y el maravilloso encuentro de almas que por un prodigio de amor del Cristo, entraban juntas en una nueva faz de la vida terrestre.

www.formarse.com.ar

LOS PAPIROS DE NADABEE

Las Escrituras encontradas por el Apóstol Matheo en el viejo torreón y fortaleza de Nadaber, capital de la Etiopia de aquella época, fueron los primeros en estar listos para las horas de Academia que continuaron sin interrupción apenas pasadas las emotivas alegrías de las fiestas nupciales.

Estas escrituras eran de épocas apartadas unas de otras en lenguas diferentes y revelando usos y costumbres también diversos.

Había un cartapacio que eran veinte trozos iguales de piel de cordero curtida en blanco y escritos en lengua copta de la prehistoria o sea en signos jeroglíficos que Narciso y Leandro habían traducido al árabe para facilitar la lectura y comprensión para todos.

Eran de la remota edad en que la Etiopía era conocida en el mundo de entonces como *País de Artinón* que se extendía: por occidente hasta la orilla misma del Shior (el Nilo tenía entonces ese nombre); por el sur hasta los grandes lagos que le dan nacimiento, por el oriente hasta el inmenso océano Indico o *Mar Sereno* de aquellos tiempos, y por el Norte hasta el Mar Rojo que era como un largo brazo o entrada profunda del Océano, que hoy se denomina Golfo de Aden.

La montañosa región que rodea al Mar Azul que hoy se denomina Lago Tana era la que en la época de este relato fue llamada Goján que comprendía a Nadaber, Samara, Dashán y Akasún. Era Nadaber la ciudad imperial y Akasún la ciudad sacerdotal donde residía el Patriarca Kopto, prolongación de la gran Fraternidad Kobda de Neghadá en el Delta del Nilo.

Estas dos potencias, o sea la real y la sacerdotal nunca estuvieron en pugna en la legendaria Etiopía, la tierra de las altas cumbres y de los ríos numerosos que la surcan en todas direcciones.

La escritura conservada en un cartapacio de piel de cordero era el poema heroico de un caudillo que por sus hechos extraordinarios era casi como un ser fantástico, una especie de mito divinizado por los bardos de edades pretéritas.

Le llamaron *"Marván el taciturno"* y la leyenda cantaba que *"llegó al país misteriosamente en un esquife de siete velas bogando en el Mar Azul encajonado en montañas inaccesibles. Que llegó siendo blanco de ojos verdes y cabellos rubios; y una tragedia de amor le tornó moreno y de negros cabellos".*

Cada país tiene sus leyendas fantásticas y sus poemas épicos consagrados por el tiempo y por el entusiasmo popular que tiende siempre a divinizar las acciones heroicas, los hechos humanos que sobrepasan de lo vulgar.

Pero detrás de toda esa fantasía que es como los velos dorados que preceden a la aparición del astro rey, el investigador anhelante encuentra bien pronto la verdad oculta buscada afanosamente; y así les ocurrió a los estudiosos de la Academia ignorada y humilde abierta por el Apóstol Zebeo en el viejo Castillo del Lago Merik.

Pronto identificaron en el épico personaje de la leyenda del País de Artinón, a Marván el kobda que abandonó el Santuario de Neghadá y la toga azul, por la casaca de piel blanca y el collar de oro y esmeraldas de los poderosos caudillos de las tierras donde nace el Nilo. Las Escrituras del Patriarca Aldis hicieron luz sobre el cartapacio de pieles de cordero; y cerniéndose como un águila blanca sobre el país del Mar Azul ese espejo de zafiro encajonado entre altas montañas adivinaron a la Matriarca Solania en la *"maga color del cielo"* que amansaba las furias del poderoso caudillo y lo tornaba como un corderillo de las praderas del Takazzé.

¿De cual otra podía decir la leyenda que...

"Llenó de mieles doradas
El corazón de Marván
Y dio a los niños esclavos
La vida y la libertad"

A quién sino a ella que exigió a Marván el bienestar de su pueblo a cambio de la felicidad anhelada, podía referirse este otro verso de la gloriosa epopeya:

"Le hizo abrir las arcas reales,
Derribar la esclavitud
Y luego colgó la maga
Su nido en el alto Akasún".

www.formarse.com.ar

Y los estudiosos de la Academia interpretaron razonablemente, que los tesoros del Estado aliviaron el hambre y la miseria del pueblo esclavo, y que una colonia y Santuario Kobda se estableció en la montaña Akasún donde es hoy la ciudad sacerdotal residencia del Patriarca Kopto, cuyo Santuario y Fortaleza practicados en la roca viva de la montaña demuestra claramente los largos siglos que rodaron sobre ellos.

Y la epopeya en gráficas pinceladas que eran sangre de un corazón y heroicas luchas por la conquista de un paraíso de ensueño, esbozaba con simbolismo atrevido y audaz la valentía de aquel hombre, un semi-dios que en vértigos de una locura de amor se destrozaba a sí mismo por llegar a la posesión de la visión perseguida.

Las viejas Escrituras del Patriarca Aldis que el Divino Maestro recogiera en su primera juventud, en el viejo Archivo de Ribla, herencia de un sacerdote de Hornero, tenían la debida comprobación de auténticas en el canto épico del lejano país de Artinón, la Etiopía heroica de la Reina Sabá, el imposible amor del Rey Salomón que pudo cantarle en su despedida eterna:

¡Adiós Sabá reina mía
Que mía no puedes ser
Por haber nacido reina
En tu feliz Nadaber!

¡El último esclavo tuyo
Es más dichoso que yo
Porque se mira en tus ojos
Y es libre de darte amor!

Besan las perlas tu cuello
Y la diadema tu sien
Tus babuchas de brocado
Besando viven tus pies.

¡Y este corazón amante
Que solo vive por tí
Estrujado entre dos piedras
Deshecho debe morir!

¿Por qué, pregunto a los cielos
He nacido hijo de un rey?...
¿Por qué Sabá amada mía
Eres Reina en Nadaber!

¿Por qué, pregunto a los cielos
No vine de un leñador
Y tú Sabá amada mía
No viniste de un pastor?

Corriendo por la pradera
Tú zagala, yo un zagal
Tejiéramos nuestro nido
A la sombra de un nogal.

www.formarse.com.ar

¡Malditas sean tus perlas
Maldito mi oro de Ofir
Y malditas las coronas
Que me separan de ti!

El librajo enorme de piel de cordero era como un álbum de las glorias pretéritas del país donde nace el Nilo. Y después de la leyenda prehistórica del Kaudillo Marván con la *Maga color del ciclo,* aparecía como un nenúfar del Mar Azul, el poema de Salomón y Sabá comenzando entre una cascada de perlas traídas por ella en ofrenda al joven rey sabio y terminado entre el clamor desesperado de dos seres humanos a quienes la dura ley de las razones de Estado, separaba irremisiblemente y para siempre. ¿Por qué? preguntará el lector como preguntaron aquellos que rodeaban la mesa de la Academia y que desconocían la vieja historia de dos jóvenes reyes que se amaban y no podían unirse porque ambos nacieron hijos de rey.

Y Narciso de Lydia leyéndoles la traducción, contestó al interrogante:

—"Sabá, primera heredera de Ras-Dashan, quedó viuda en el festín de bodas en que fue asesinado el usurpador que la obligó a casarse con él. Y como ella y su abuelo armaron el brazo del matador, Sabá coronada reina temía a los genios protectores de Kastala el usurpador, y emprendió largo viaje en caravana a través de montañas y desiertos para consultar con el Rey Sabio que edificó templo de oro a Jehova, como podría vencer los ocultos poderes de los magos negros de su enemigo.

"Se figuraba encontrar un anciano rey, puesto que la sabiduría es tesoro de los ancianos según se creía en aquellos tiempos remotos, y su sorpresa fue grande al encontrarse con un rey en la plenitud de la vida, con la luz divina chispeando en sus ojos y la belleza varonil envolviendo de encantos su persona toda.

"Y Salomón viendo llegar a su palacio y acercarse hasta su trono de oro y marfil aquella belleza exótica con túnica tejida de perlas en hebras de oro y su diadema de perlas y de nácar, preguntó como deslumbrado:

"¿Quién es ésta que sube del desierto como una visión de los cielos de Jehová?

"Pero Salomón tenía como primera esposa a la hija del Faraón de Egipto, que de inmediato hizo llegar a su padre la noticia del peligro inminente que significaba para ella, la joven y bella Reina viuda que subía del desierto como una estrella bajada entre los peñascos de Etiopía.

"El Faraón había entregado a su hija en prenda de alianza eterna con el país de Israel y su ejército se extendió como una serpiente formidable a todo lo largo de la frontera con el país de Abraham.

"Y el Rey sabio tuvo que retorcer mil veces su propio corazón porque la voz misteriosa que le dictó sus libros de sabiduría le dijo al oído:

"Valen más las millares de vidas que perderías con una guerra que la posesión de una reina que lo será en tu corazón hasta que hayas apurado el néctar de su boca, y la harás a un lado después, porque cien más vendrán como luciérnagas a tus jardines dorados. En este mundo todo pasa y todo es vanidad. Flor que recoges hoy, la olvidas mañana y se seca después.

Pero el Rey Salomón no cederá a la vista de los poderosos ejércitos del Faraón, ni tampoco a la voz que le habló palabras de Sabiduría.

—"El amor es más fuerte que la muerte —continuaba repitiendo el Rey mientras se paseaba nervioso por la terraza de su palacio desde donde veía la hamaca con docel de púrpura donde dormitaba Sabá, mecida por sus esclavos, en el bosquecillo de arrayanes y de palmeras, allá en el pabellón de los baños.

"¡El amor es más fuerte que la muerte!... ¡Mucho más que los vientos y que el mar! ¡Más fuerte que un ejército ordenado!

"¡Oh qué fuerza tremenda es el amor!

"Y porque era en él tremenda la fuerza de amar, estaba resuelto a desafiar la cólera del Faraón mal dispuesto a la humillación que significaría el repudio de su hija y la ruptura de la alianza con el país de Israel que por entonces era poderoso y dominaba desde Idumea hasta Ribla y Amath en las praderas del Eufrates. Y los mensajeros del Rey Salomón salieron en todas direcciones para levantar en armas a todos los países aliados y tributarios.

"¡La apasionada vehemencia de su amor le ordenaba que millares de hombres debían defender ese amor con la vida, con la ruina de sus familias, con el desamparo de sus padres, con la orfandad de sus hijos!

"¿No era acaso el amor más fuerte que la muerte?...

"Sabá... la bella Sabá lo sabía todo. ¡Lo había adivinado todo!...

www.formarse.com.ar

"Y mientras se dejaba mecer blandamente por sus esclavas en su hamaca encortinada de púrpura, meditaba, oraba al Dios Invisible y Eterno conocido y amado en el Santuario de rocas de Akasún donde el Patriarca Kopto la había educado para ser un día soberana justa de su numeroso pueblo.

"Las esclavas viendo los ojos cerrados de su Reina, atenuaban los trémolos suavísimos de sus laúdes y guzlas para no despertarla de su sueño y hacían aún más blando el vaivén de la hamaca.

"Pero Sabá no dormía sino que escuchaba la voz sin ruido del Patriarca Hosarsua cuyo espíritu en desdoblamiento consciente acudía a su llamado desde el lejano Santuario perdido entre las montañas de Akasún. Y esa voz sin ruido que tan hondo hablaba a su alma agitada por tan tremenda lucha le decía:

—"Sabá, no olvides que te debes a tu pueblo. Por salvarle de las garras de un usurpador feroz y sanguinario que manchó sus manos con la sangre de tus progenitores, que ultrajó a las doncellas de tu patria y hasta tu propia hermana, armaste el brazo del matador. ¿Abandonarás a tu pueblo por el amor del Rey Salomón?

"El alma de Sabá, contestaba sin hablar, en un diálogo mudo, pero las esclavas que mecían su hamaca veían rodar lágrimas por su rostro dormido:

—"¡Padre mío Hosarsua!... ¡Yo le amo y daría hasta mi vida por él! ¿Por qué tu Dios Invisible me dejó atravesar el desierto para encontrar los ojos y la voz de este hombre al que no puedo resistir?

"Y la voz lejana y sin ruido se le hacía sentir nuevamente en el fondo del alma.

—"Por ese amor fatal ¿entregaréis tres países al dragón feroz de la guerra?

—"¡Padre Hosarsua!... ¡Yo le amo! ¡Que tu Dios Invisible que adoro detenga la guerra como detiene los huracanes, los incendios, las bestias enfurecidas y los embates del mar!... ¡pero que no haga morir este amor que es la luz que me alumbra y la vida que me alienta!...

"¡Padre Hosarsua!... ¡No quiero la vida sin él! ¡No la quiero!

"La voz íntima callaba y por el rostro dormido de Sabá seguían corriendo lágrimas...

"Las esclavas continuaban meciendo la hamaca, y los laúdes y guzlas gemían suavemente en trémolos que, se extinguían como suspiros en la suave brisa del atardecer. La voz íntima, lejana, de mucho más allá de donde tronaban las cataratas del Nilo (para el alma desprendida en libre vuelo no hay distancia) volvió a resonar serena y honda en el alma de Sabá:

—"Si este amor es para ti más que la vida, y no quieres la vida sin él, sólo hay un camino para que el Dios Invisible permita ese amor a cambio de no desatar el incendio de una guerra.

"Sabá Reina de Etiopía, humilla tu frente y si quieres que viva tu amor, olvida por breve tiempo tu trono y tu corona, y sé para Salomón como la hija de un pastor que apacienta sus majadas.

"Una boda secreta... una segunda esposa... ¡humíllate Sabá y vivirá tu amor sin arrastrar pueblos a la guerra!"

"Entonces dejaron de correr lágrimas mudas por el rostro dormido de la Reina y las esclavas vieron que abría los ojos y sonreía feliz.

—"¡Libia! —Llamó a la azafata de sus esclavas—. Ven, debo confiarte un secreto que guardarás con tu vida.

"Por unos días vas a vestir mis ropas y ocupar mi lugar. La reina serás tú.

—"¡Mi señora!... —arguyó la azafata inclinándose en profunda reverencia.

—"¡Calla y escucha! Debo hacer un viaje que todos ignoren fuera de este pabellón.

"Búscame las ropas de una pastora hebrea en día de fiesta y vísteme con ellas.

—"¡Mi señora!... ¿Qué es esto que haces?

—"Calla y obedece. La guerra arderá en tres países si yo no lo hago así.

"Y Sabá, vestida como una pastora hebrea y llevando un corderillo en brazos si presentó a los guardias de la puerta de la sala de audiencia popular donde el Rey Salomón recibía las ofrendas o las quejas de su pueblo.

—"Traigo esta ofrenda al Rey y quiero ofrecérsela yo misma si me dejáis pasar —dijo a los guardias. ¿Cómo negárselo si era tan bella y lo pedía con su voz tan dulce, tan suplicante ?...

"Y entre dos filas de guardias con jabalina al hombro atravesó Sabá el pórtico y todo el largo de la sala hasta llegar al trono de Salomón que hosco y taciturno, parecía un espectro de dolor y de ansiedad.

—"¿Y tú que quieres pastora? —le preguntó mal humorado.

www.formarse.com.ar

"Ella dobló la rodilla en la primera grada del trono donde dejó el corderito maniatado y levantó el velo que le cubría el rostro.

—"Señor... Por amor tuyo Sabá se ha hecho pastora. ¡Así no habrá guerra en nuestros países!...

"Salomón hizo un esfuerzo supremo para contenerse y poniéndose de pié gritó a sus guardias:

—"Idos todos y que nadie entre hasta que llame. Esta mujer trae un secreto de Estado.

"La sala quedó vacía y los papeles se cambiaron.

"Salomón levantó a Sabá y la sentó en su trono.

"El se arrodilló a sus pies y tendiéndole los brazos le decía:

—"¡Oh si me dieras un beso de tu boca que matara este áspid de dolor que me roe el corazón!

—"La Reina de Etiopía no puede darte ese beso porque desataría el huracán de la guerra, pero sí puede dártelo Sabá la pastora sin que de ello se «itere ni el aire que agita nuestros cabellos.

—"¿Es posible Jehová de los ejércitos... es posible? —gritó el Rey como enloquecido.

—"Llama a Nathan tu gran Sacerdote —continuó Sabá— que bendiga tu matrimonio con otra esposa secundaria, una pastorcilla de Engadí. —Una hora después las esclavas de los jardines de palacio ungían de perfumes y engalanaban a la humilde pastora que llegaba a ser segunda esposa del Rey a causa de un grave secreto de estado qi'e había traído al soberano del vasto país de Israel.

"La voluntaria humillación de una Reina, por un amor, detuvo el huracán de la guerra.

"Ni aún la esposa Reina, hija del Faraón de Egipto se enteró de que el Rey había tomado una esposa más. ¡Era cosa tan insignificante que un Rey de aquellos tiempos se enamorase de una pastora y la hiciera una de sus esposas!

"Mientras Salomón y Sabá entregados a la gloria de su amor triunfante se olvidaban del mundo entero, Nevasthé la Reina hija del Faraón hacía vigilar de lejos el lujoso pabellón asignado como habitación a la Reina de Etiopia. Y sus espías le traían siempre la misma noticia:

—"La Reina de Etiopía vive siempre entre la música y las danzas de sus esclavas, y el Rey Salomón en su palacio de gobierno está absorbido por graves asuntos de Estado y sólo llegó hasta él, Nathán el gran Sacerdote.

"Y Nevasthé la hija del Faraón envió emisarios a su padre el cual retiró de la frontera su numeroso ejército convencido de que para el Rey Salomón valía mucho más su hija y la alianza pactada con él, que la hermosa y joven Reina de, Etiopía vestida de perlas y con la doble corona de Reina y heroína salvadora de su pueblo de la tiranía de Kastala el usurpador.

"El grande amor de Salomón Rey de Israel había triunfado de la soberbia, de los egoísmos y de las razones de Estado, porque era tal como él había cantado.

"¡El amor es más fuerte que la muerte. Mucho más que los vientos y que el mar!

"Más fuerte que un ejército ordenado.

"¡Oh qué fuerza tremenda es el amor!

"Seis lunas después la Reina Sabá de Etiopía en suntuosa y lucida asamblea se despedía del Rey Salomón en el vasto salón del trono, en presencia de la Reina Nevasthé, de toda la corte y jefes del ejército y escolta que debía acompañarla hasta la entrada al desierto de Shur.

"Y pasada la asamblea, fue Salomón Rey de Israel quien olvidó su trono y su corona vistiendo el uniforme de jefe de la escolta, con el casco dórico que cubre todo el rostro con solo dos aberturas para los ojos, siguió a Sabá a través del desierto de Shur, hasta la orilla del Mar Rojo.

"La vehemencia de su amor quería prolongar indefinidamente el momento del adiós supremo.

"Para obligarlo a volverse, Sabá se vio forzada a prometerle que tres años después se encontrarían en ese mismo lugar. La siguió con la mirada desde lo alto de su carro hasta que se perdió de vista la caravana al doblar costeando el brazo del mar Rojo, y en esos tres largos años luna tras luna partía un mensajero suyo a Etiopía que iba a llamar a las puertas blindadas de cobre del palacio fortaleza de Nadaber. En el primer año de ausencia, a Sabá le habla nacido el primer hijo del Rey Salomón al que ella llamó David.

"Para su pueblo ella seguía siendo la Reina viuda, y su hijo, el hijo de Kastala hermano de su padre.

"Los soberanos de pueblos les hacen mirar al mundo por el prisma de su deseo y conveniencia.

www.formarse.com.ar

“El Secreto de Estado del matrimonio oculto de Salomón con Sabá quedó entre ellos dos y el gran sacerdote Nathán, únicos que sabían que el heredero del poderoso remo de la Etiopia de entonces no era hijo de Kastala el usurpador sino de Salomón hijo de David y Rey de Israel.

"Y por fin pasaron los tres años de plazo que la Reina Sabá dio a Salomón para encontrarse de nuevo en la margen oriental del Mar Rojo en el desierto de Shur. Allí la esperaba el Rey con Nathán gran Sacerdote y una escolta de fieles servidores. Habíase levantado una gran tienda encortinada de púrpura y de tapices de Persia. Y cuando llegó Sabá con su heredero de tres años cumplidos el Rey le tomó en sus brazos y lloró sobre su cabeza. Le puso su collar de oro, le ciñó su espada a la cintura y Nathán le bendijo como a hijo del Rey.

—"Sabá amada mía —díjole el Rey abrazando a aquella esposa siempre ausente de su lado aunque presente en su corazón—. Porque has sido fiel a mi amor más grande de todos los amores, yo te digo en nombre de Jehová que este hijo de nuestro amor será el eslabón primero de una dinastía nueva que reinará sobre todo el Egipto desde Etiopía hasta las bocas del Nilo.

"Y fue el encuentro postrero de Salomón Rey de Israel con Sabá Reina de Etiopía.

"En su lecho de muerte supo Salomón que la anarquía se había desatado en Egipto. Que hasta los más lejanos vástagos de la dinastía de los Ramsés fueron asesinados por el pueblo sublevado el cual llamaba al joven príncipe heredero de Etiopía para reinar en Egipto. Y fue proclamado el hijo de Sabá con el nombre compuesto de Davi-Sabaón. Fue la dinastía que siguió a los Ramsés, y la incompleta historia de aquellos tiempos solo menciona un Sabaón pero fueron cuatro Reyes-Sacerdotes descendientes del hijo de Raba y Salomón.

"Ya en su lecho de muerte el Rey murmuraba como en un delirio de agonía: ¡Oye Sabá amada mía! Te veo en el rayo de sol que asoma por mi ventana. ¡Y el viento que viene del sur me trae tu voz como canto de alondra!

"¡El amor es más fuerte que la muerte. Mucho más que los vientos y que el mar! ¡Más fuerte que un ejército ordenado!... ¡Oh qué fuerza tremenda es el amor!

"¡Sabá amada mía! ¡Porque era fuerte nuestro amor ha triunfado!

"¡Gracias!... ¡gracias Dios de Israel!

"Su cabeza cayó pesadamente y durmió para siempre.

"Seis años después Sabá, en el ocaso ya de su vida y reinando su hijo en Napata donde se estableció la sede de los Faraones de Egipto, pasó de incógnito a visitar Jerusalcn, la gloria de su amado Rey. Israel estaba duramente azotado por la guerra civil que llamaron *"la anarquía de las Diez Tribus"*. El país- era como cien volcanes estallando al mismo tiempo. Sabá acompañada de fieles siervos visitó el panteón real de David y envolvió en un manto de púrpura el sarcófago de Salomón su Rey, y en su gran carroza tirada por caballos blancos lo transportó a través del desierto a su palacio fortaleza de Nadaber en la lejana Etiopia donde se conservan entre una arca de mármol negro en cuya cubierta está grabado así:

"El amor es más fuerte que la muerte. Y debajo y como formando un monograma de oro las iniciales de sus nombres: *Salomón-Sabá.*

Allí terminaba el cartapacio de pieles de cordero. Pero en un bolsillo de su tapa estaba una escritura en fina tela de lino que eran los consejos del Rey Salomón para su hijo *David de Nadaber.*

Un tiernísimo amor se adivinaba en esa escritura en antiguo arameo y con tinta de pez.

"Oye hijo mío la doctrina de tu padre y no desprecies la dirección de tu madre.

"Sobre toda cesa guardada, guarda tu corazón hijo mío, porque de él mana la vida.

"Hijo mío, está atento a mis palabras»; inclina tu oído a mis razones.

"No se aparten de tus ojos; guárdalas en medio de tu corazón.

"Sea bendito tu manantial; alégrate con la mujer de tu juventud.

"Como gacela amada y graciosa, te satisfaga en todo tiempo, y en su amor recréate siempre.

"Guarda hijo mío el mandamiento de tu padre y no dejes la enseñanza de tu madre.

"Átalos a tu corazón; enlázalos a tu cuello.

"Te guiarán cuando anduvieres; cuando durmieres te guardarán; y hablaran contigo cuando despertares.

"Porque el mandamiento de tu padre es como una antorcha; y la enseñanza de tu madre es luz que alumbra el camino de tu vida.

"Guárdalos hijo mío como a la niña de tus ojos; lígalos a tus dedos y escríbelos en la tabla de tu corazón.

www.formarse.com.ar

"Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría y cultiva su inteligencia. Ella es árbol de vida a los que bajo ella se cobijan.

"Guarda la Ley y oye el consejo. Y será vida de tu alma y gracia a tu corazón.

"El hijo sabio es la alegría de su padre, y el hijo necio es la tristeza de su madre.

"Porque mejor es la sabiduría que las piedras preciosas y, nada se puede comparar con ella.

"Hijo mío, guarda mis razones y encierra dentro de tí mis mandamientos. Guárdalos en medio de tu corazón".

SALOMÓN REY

Los estudiosos de la Academia llegaron a la conclusión de que en la lejana Etiopía se conservaba todavía un resplandor de la luz lejana de los Kobdas de Neghadá en las bocas del Nilo.

Y fundaban sus conclusiones en que aparecían entre la nómina de los grandes reyes y patriarcas que eran gloria, ejemplo y estímulo para los dirigentes de pueblos como los nombres de Adonai, de Bohindra, de Tubal, de Sisedón, de Beni-Abad, de Mizraim.

Se encontraban entremezclados con los rituales de entonces, himnos de la ¡época de los Kobdas como el himno del amanecer, el himno de la tarde, las plegarias para bendecir un nuevo Santuario.

Es muy cierto que la Ley Eterna no deja perder la semilla de la Verdad por más que la inconsciencia humana haga cuanto pueda por sepultarla bajo las ruinas de todo lo grande y bello que destruye en su pasaje por la tierra.

La Omnipotente Voluntad encuentra el medio de dejar una luz encendida y a veces oculta, que va ensanchándose lentamente hasta el momento oportuno de manifestarse de nuevo en medio de la humanidad que en su inconsciencia e ignorancia del pasado, la recibe como un principio nuevo cuando sólo es una continuación de la misma Eterna Verdad Única, manifestada en distintas épocas de la evolución humana.

Los Archivos inextinguibles de la Luz, nos dicen lector amigo que cuando las tribus bárbaras invadieron el Delta del Nilo y desbastaron la ciudad sagrada de los Kobdas, Neghadá, los que pudieron salvar su vida, se dispersaron por los desiertos y montañas llevando con ellos la lámpara santa de la Verdad que habían descubierto como un tesoro escondido bajo las bóvedas del viejo Santuario Kobda inundado de la Presencia Divina generadora de la paz, la abundancia y la felicidad que por un largo milenio había florecido en tres continentes.

Y así se encuentran estos rastros luminosos entre las arenas de los desiertos, entre montañas inaccesibles.

Así los encontró Moisés en la península de Sinaí donde grabó en piedra las Voluntades Divinas marcando rutas imborrables a la humanidad terrestre.

Así los encontró el apóstol de la Arabia en las montañas del Yemen y en ellos fundamentó sus estatutos para las razas del desierto.

Y así mismo los encontraron los apóstoles del dulce Maestro Nazareno, Matheo y Zebeo, en Nadaber de Etiopía y entre el ruinoso Castillo y Templo del Lago Merik.

La Verdad de Dios es eterna e indestructible como El mismo y contra fila no han podido jamás, ni las más grandes hecatombes humanas, ni los cataclismos siderales, ni la maldad de los hombres ciegamente empeñados en oscurecerla, destruirla y hacerla desaparecer de la faz de la Tierra.

EL MÍSTICO HUERTO DE FILÓN

Por fin Leandro y Narciso anunciaron a los compañeros de la Academia que los escritos del maestro Filón se hallaban listos para ser comentados y estudiados. Algunos estaban en latín, lengua que la mayoría de ellos leían correctamente; otros en sirio y alguno en arameo.

Leyéndolos se pedía penetrar fácilmente al huerto místico y secreto del gran hombre que tan incomprendido fuera por la mayoría de los estudiosos de su época.

Alma de anacoreta, Filón había vivido su intensa vida espiritual en absoluta soledad consigo mismo y había escrito sin pensar en ser escuchado por alma ninguna sino solo por esa íntima satisfacción del verdadero místico, al desahogar sobre las blancas páginas la explosión incontenible de sus pensamientos, de sus anhelos

que en vuelos atrevidos y difícilmente igualados, se van por letanías azules y se internan en laberintos de luz, de armonías, de ideas que ellos sólo saben comprender y sentir.

Encontraron en un amarillento pergamino este interrogante: *¿Quién es el heredero de las cosas divinas?*

Y él se contestaba a sí mismo: "El que las busca hasta encontrarlas. El que las desea hasta llegar a amarlas. El que les consagra toda la vida y es como una lámpara eterna ardiendo al pié de un altar.

"Más aún: es el que se ha convertido en tabernáculo donde mora la Divinidad.

"¿Cuál es el camino que ha de seguir el alma para llegar a este punto final de su eterno vivir?

"Es el yermo áspero y solitario.

"Mas este yermo, no es el desierto de peñascales pavorosos y de arenas ardientes que abrasan los pies. No es el apartarse de sus semejantes, ni el huir de las ciudades, ni vestir sayal y capuchón.

"No es el ayunar a pan y agua y someter el cuerpo físico a torturas y maceraciones.

"Es el vivir entre los humanos incapaces de comprenderle.

"Es el vivir entre el torbellino del egoísmo, del odio, de la maledicencia, de la impudicia, de la falsedad, de la hipocresía, de todas las ruindades en que vive la criatura humana, ignorante de *quién es; de dónde vino y a dónde va.* Tal es el yermo áspero y solitario en que vive el *heredero de las cosas divinas.*

"Allí tendrá sed y no encontrará una fuente de aguas limpias para beber.

"Allí tendrá hambre y no encontrará sino guijarros cortantes y zarzales espinosos que harán sangrar sus labios y sus manos.

"Sentirá el cansancio y la fatiga, y no habrá un árbol que le ofrezca su sombra para descansar, ni una gavilla de heno para reposar su cabeza ardiente de fiebre.

"Sentirá el frío de la intemperie, la nieve cayendo sobre sus carnes desnudas y no habrá quien comparta con él su techo, ni quien le ofrezca la mitad de su manto, ni una piel de bestia para cubrir su desnudez.

"Sentirá la necesidad de un pecho amigo para desahogar la tristeza de su vida, pero no encontrará quien comparta su sentir, ni quien llegue a comprender el por qué de sus ansias, de su búsqueda, de sus insaciables anhelos.

"Es así el yermo áspero y solitario que ha de atravesar *el heredero de las cosas divinas.*

"¡Oh desventurado peregrino incansable! ¿Por qué no vuelves pié atrás y tomas la senda florida de los que ríen de los que cantan, de los que danzan eternamente alegres y felices? ¿No les tienes envidia? ¿No les ves sonrosados y dichosos, satisfechos de la vida, corriendo siempre tras del placer? ¿No puedes hacer tú lo mismo?

"Así aullará la voz del mal como silbido de serpiente, enroscada en las arenas del yermo, asechando el andar vacilante del peregrino entristecido.

"Pero cuando todo esto haya sido soportado heroicamente y vencido; cuando todo esto haya quedado atrás y allá muy lejos de tu senda, ¡Oh feliz caminante de las sendas de Dios! entonces verás que se enciende tu estrella en lo alto de una colina verde y florida, donde los pájaros cantan y se arrullan las tórtolas; donde la fuente abre el cristal de sus aguas serenas, y las dulces palmeras te abanican con sus hojas, te alimentan con sus frutos; y el suave heno de los campos alfombra la senda de tus pies, y las mieses te brindan sus espigas y como corona merecida para tu afiebrada cabeza, la mano suave de un amigo, las rosas frescas de un amor, les lirios de la amistad... un corazón abierto a tus confidencias, dulce a tus penas, miel a tu boca lastimada de espinas, de zarzas, de guijarros cortantes.

"El dolor, la soledad, el abandono, la incomprensión, la ingratitud, el engaño, te habrán purificado, te habrán acrisolado hasta dejarte convertido en una lámpara eterna ardiendo al pié de un altar, en un tabernáculo vivo donde toda la Majestad Divina reposará con infinito deleite.

"Recién entonces vendrá a ti el poder que te hará dominar las furias del mar embravecido, la avalancha de los huracanes que pasan devastando campos y ciudades; la voracidad destructora de los incendios; las bestias enfurecidas, los asesinos asestando puñaladas en la sombra. Entonces los ángeles de Dios bailarán hasta ti a dialogar contigo, a traerte mensajes celestiales, a llenar tu alma de paz y de consolación. Y como a Moisés desde los velos de nubes de nácar te dirán: "Golpea con tu vara ese peñasco y el agua saltará cantarina y fresca para calmar tu sed".

"¡Y la Divina Presencia se hará sentir en lo profundo de tí mismo como una sinfonía angélica en que perderás la noción del mundo y de la tierra, de los seres y de las cosas porque sólo vivirás para aquella intensa felicidad vibrando en ti mismo como cien arpas cólicas suspendidas desde los cielos sobre tu ser divinizado!

"Recién entonces comprenderás que eres un ángel de Dios desterrado en este valle de las angustias de muerte.

"Y volviendo tu mirada hacia atrás por las sendas que has recorrido, te asombrarás de haber pasado por las llamas de todas las corrupciones sin quemarte; por las ciénagas pantanosas de los vicios humanos sin manchar tu vestidura; por el yermo áspero y pavoroso de todos los egoísmos, desamor, ingratitud, abandono, soledad, pobre/a, traiciones, sin haber claudicado en tu Yo íntimo con tu Eterno Padre Invisible!

"Y caminando entre los hombres, o caminando en las soledades, dormido o despierto, orando o trabajando escucharás siempre esta misma melodía:

Bienvenido tú hijo mío que me has amado sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo.

"Eres dueño de tu inda y mandas sobre la muerte." "Cuando quieras entrar en la posesión de la herencia eterna que has conquistado, este Reino mío que es tuyo, ven a mis brazos que te espera mi amor Para coronarte de amor".

"|Oh feliz heredero de las cosas divinas! Lo que mucho vale mucho cuesta. No lo olvides cuando vagando solitario y triste por este valle de las angustias de muerte, sientas desfallecer tu corazón y caer sin alientos tus brazos ante la matadora incomprensión humana.

"No lo olvides cuando el desamor y el abandono siembren de escarchas y nieves tus caminos en los que tú sembraste para otros rosas y madreselvas. No lo olvides cuando todas las luces de la tierra se hayan apagado para ti allí mismo donde tú encendiste luminarias para alumbrar a los viandantes de los caminos de la vida.

"Lo que mucho vale, mucho cuesta; y no es de las criaturas más míseras y pequeñas que tú de quien debes esperar nada, absolutamente nada, sino de tu Eterno Padre Invisible que te sigue con la mirada, que sonríe con tus triunfos, que recoge con amor tus renunciamientos heroicos y los escribe con fuego divino en sus archivos de luz; que te envía sus ángeles que te guardan como a la niña de sus ojos porque eres su heredero eterno en quien tiene sus complacencias.

"Todo esto y más, mucho más, que la pluma no sabe estampar, ni el pensamiento humano alcanza a percibir a través de la vasta inmensidad de cristal en que se plasma la Idea Divina, es la herencia eterna tuya comprada con todos los vencimientos y renunciaciones que habrán estrujado como fruta madura tu corazón; con todas las lágrimas que habrás llorado en tus múltiples existencias terrestres, sin que ninguna mano amiga las haya secado, ni ojos humanos las hayan visto, ni corazón de hombre haya compartido tu sufrir.

"¡No lo olvides!... Para llegar a ser heredero de las cosas divinas, es necesario a veces dar saltos en el vacío, aún ignorando que los ángeles de Dios te sostendrán en sus brazos para evitarte la caída al abismo. ¡Los ángeles de Dios que velaron sobre Jacob pastoreando día y noche ganados que no eran suyos! ¡Los ángeles de Dios que velaron las peregrinaciones largas y dolorosas de Abraham que levantaba un altar en cada jornada y en su oración silenciosa preguntaba llorando a Jehová: —¡Señor! ¿a dónde me llevas? Los ángeles de Dios que envolvían de luz y de fuego la persona de Moisés, cuando calmaba la furia de su pueblo enloquecido de hambre y de sed, cuando su dedo de diamante abría grietas en la roca y saltaba el agua en torrente incontenible, cuando escribía en láminas de piedra la eterna Ley del Sinaí.

"¡Tu fe vacilante podrá sugerirte alguna vez que tú no eres Jacob, ni Abraham, ni Moisés y la desesperanza se adueñará de tu alma como helada agonía!...

"¡Oh feliz heredero de las cosas divinas! eres un nuevo Jacob, un nuevo Abraham, un nuevo Moisés andando por su misma senda, saboreando el mismo amargo acíbar, atravesando el mismo páramo solitario y pedregoso sin más calor que el de tu propio corazón agonizante... sin más agua que las de tu Manto que nadie secará sino el viento silbando entre los peñascos... ¿Crees acaso que ellos conquistaron a menor precio la eterna herencia que te está destinada ?...

"¡Ya clarea tu día de gloria, de paz y de amor!... ¡Cuan feliz serás viendo en tu mano las cosas divinas, los poderes supremos de tu Eterno Padre Invisible, morador de tu tabernáculo interno... aquel que le has formado con las cien columnas de alabastro de la pureza de tu vida; con el oro resplandeciente de todos tus sacrificios, con los velos de púrpura de la sangre viva de tu corazón renunciando a todo cuanto halagaba tus sentidos empobreciendo tu espíritu!...

"¡Excelcior!... ¡peregrino eterno de los siglos y de los mundos!... ¡Eres grande porque caminas sin apoyarte en nada! ¡Eres fuerte porque has vencido todo, y hasta a ti mismo!

"¡Eres el heredero de las cosas y poderes divinos porque tienes a Dios en ti mismo y para siempre!

"¡Comprende!... ¡Oye! ¡No lo olvides nunca: eres por fin un Hijo de Dios y ese Eterno Padre Invisible tiene en ti sus complacencias infinitas!"

La lectura de este pergamino del Maestro Filón les dejó a todos sumidos en profundo silencio.

www.formarse.com.ar

Le habían escuchado de la dulce voz de Narciso de Lidya y fue corriendo de mano en mano, pues los oyentes al palparlo creían poder encontrar al trasluz o entre líneas, fibras del alma que se había vaciado confiadamente y sin recelo alguno al viejo pergamino, precioso estuche de oro en que el gran hombre con alma de anacoreta, había encerrado su propio corazón.

Cada uno pensaba en su propia situación espiritual ante el *"Eterno Padre Invisible que le seguía con la mirada"; y* a través de ese profundo pensar, aparecían como de relieve los desperfectos, los errores, las claudicaciones, los egoísmos manifiestos o disimulados que cada uno encontraba ocultos en su yo íntimo como dañinos insectos, temerosos de salir a la luz, pero que la lectura del pergamino del místico Filón, arrastraba con fuerza hacia la plena claridad.

Nada quedó oculto, ni olvidado ni borroso en la conciencia de les oyentes.

Para Leandro y Narciso se diseñaron con tintes vivos color de sangre el delito de su juventud con todas las terribles consecuencias de dolor y de miseria, de abandono y de muerte para aquellos a quienes les alcanzaron de más cerca o de más lejos. Si ellos hubieran sido capaces de vencer la pasión amorosa que les llevó al delito, ni Thabita ni Pedrito habrían sido arrastrados a la esclavitud con sus madres en plena juventud, muertas, hacía años, de dolor, de abandono y de miseria, y cuyos huesos descansaban en el humilde cementerio de los esclavos detrás del cañaveral.

Los tres Apostates de Cristo recordaron con amargura las disensiones y rencillas que en sus años de convivencia con el Hombre Luz, genio divino de la paz y del amor, habían surgido entre ellos por pequeñas divergencias en los modos de ver de cada cual. Recordaron sobre todo aquella vez que el Maestro, con su dulce suavidad, les anunciara que los discípulos de Juan el Bautista pedían unirse a ellos a la muerte de su maestro; tan manifiesto y cruel fue el desagrado de todos, que El pronunció aquella dolorida frase:

"Sembré en vosotros el amor; y la simiente se ha secado."

Aquellos ocho cautivos de las rígidas leyes del Templo vieron surgir en la penumbra lejana, sus ancianos padres desolados en su abandono, esperándoles siempre con la lámpara encendida sin que ellos volvieran jamás, ni aún para cerrar sus ojos en la hora de morir. Y eso, por el mísero dulzor de un placer, por una debilidad, o por el orgullo y la soberbia de pretender escalar cumbres de sabiduría para la cual no estaban preparados. La ambición de renombre y de faina en el campo de las Ciencias Ocultas, les habían llevado al tremendo fracaso, causando con ello la amarga desolación y angustia en sus desventurados padres que los vieron partir del hogar plenos de juventud, de ilusiones y de vida y no les vieron volver jamás. Y el Eterno Padre Invisible tenía grabado en su Ley: ¡Honra a tu padre y a tu madre todos los días de tu vida!

Y cada uno encontraba en su mundo interno algo de qué reprocharse, algo de mezquindad, de injusticia, de egoísmo en que había sacrificado la lealtad debida al amigo, la fidelidad al amor, la conmiseración al hermano desamparado, el culto para sí mismo y el olvido para los demás; lo más grande y bello para sí..., lo despreciable que sobra para el hermano que camina penosamente al lado.

Todo esto surgía a flor de agua del pozo profundo de la propia conciencia, a la llamarada viva del pergamino del maestro Filón.

El silencio de honda meditación se prolongaba, y aquellos en cuyas vidas breves y dolorosas no se levantaba ninguna voz acusadora, sentían la vibración de angustia, de zozobra que irradiaban los demás.

La intuición de Zebeo fue la primera en manifestarse al exterior.

—Hermanos —dijo con su voz entrecortada por la emoción—. El Maestro Filón nos ha hecho bajar esta noche a lo más profundo de nuestro mundo interno en el cual hemos encontrado seguramente muchas larvas y orugas dañinas y muy pocas flores dignas de ser presentadas al altar de Dios.

No olvidemos la parábola del *hijo pródigo* que nuestro Divino Maestro deshojó para nosotros en un dulce anochecer en la Aldea de Bethsan mientras viajábamos con El a Jerusalén. En esa parábola brotada como un rosal de amor del corazón del Divino Maestro, está encerrada nuestra esperanza de redención, de resurgimiento a una vida nueva de perfecta equidad que nos concierta en *herederos de las cosas divinas,* en verdaderos *hijos de Dios.*

La sala biblioteca estaba anexa al Oratorio, y llegaron trémulos y dolientes los versículos del Miserere cantados por el coro de las doncellas compañeras de Thabita:

—"Ten misericordia de mí Señor que clamo a Ti desde el profundo abismo en que me encuentro..."

Ya comprenderá el lector hasta qué punto ese doliente cantar del Rey David penetró en las almas de los concurrentes a la Academia.

www.formarse.com.ar

Pasaron todos en silencio al Oratorio y posternados ante el altar de las Tablas de la Ley, dejaron que el llorar del verdadero arrepentimiento los purificase para siempre de todo cuanto podía hacerlos indignos de *herederos de las cosas divinas.*

Si las leyes que rigen los cielos de luz en que moran los justos permitieron al místico Filón percibir el efecto causado en los primeros lectores de su pergamino, es lógico pensar que la bienaventuranza conquistada por él, debió adquirir maravillosas proporciones.

Tal es el premio y corona de los humildes que dejan tras de si estelas radiantes de su talento privilegiado, de su genio creador de incomparables bellezas, brotadas silenciosamente del alma como suprema aspiración al Infinito, sin haber pensado jamás en su engrandecimiento personal.

LOS DESTERRADOS Y LAS ALIANZAS

Un segundo pergamino del maestro Filón les llevó a la noche siguiente hacia horizontes tan vastos..., de tan soberana amplitud que les parecía por momentos quedar convertidos en pequeñas luciérnagas que de los humildes jardines terrestres fueran transportados por las poderosas alas de un águila gigantesca hacia regiones luminosas de la inmensidad infinita.

Las edades quedaban como cendales de sombras. Los siglos como puntos oscuros marcados en una hoja de papel.

El tiempo desaparecía en la Eternidad, ese algo sin principio ni fin que la mente humana no alcanza aún a comprender.

Era cosmografía pura. Se veían sumergidos en el Cosmos, en el Gran Arman, Causa Primera y Única, Alma viva y eterna de los mundos.

El pergamino titulado: *"Los desterrados y las alianzas",* les llevó a recordar unas palabras memorables del Divino Maestro: —"En la casa de mi Padre hay muchas moradas. No todo os puedo explicar ahora porque no me comprenderíais. Pero día llegará en que todas las cosas sean claras como la luz del día para vosotros".

Y ellos comprendieron que ese día había llegado en el pergamino que acababan de desarrollar.

Comenzaba así:

"Desde la eternidad sin principio, la Eterna Potencia tejió con su aliento inmensas nebulosas, cargabas de fuerzas estupendas, de actividades maravillosas que esparcieron como puñados de arenillas de oro, soles y estrellas a millares de millones por la inmensidad infinita. Y así surgieron los mundos enlazados unos con otros por vínculos indestructibles y eternos que en danzas gigantescas y giros vertiginosos perfeccionan sus vidas como el artista del pincel perfecciona su lienzo, y el escultor modela una estatua hasta hacer de un trozo de mármol una figura humana, que emite el pensar, el sentir, el sufrir, y el querer de un ser con vida propia.

"Nada queda por hacer al Eterno Artífice de los mundos que se van poblando de vidas paulatinamente a' medida que adquieren la capacidad necesaria para producir, conservar y perfeccionar esas vidas.

"Y en ese infinito y maravilloso rodaje unos aventajan a los otros, como eternos viajeros del Infinito que corren más y más hasta alcanzar el ideal supremo de vida perfecta, de igual manera que las humanidades y vidas sostenidas y alimentadas en ellos.

"La caravana eterna y grandiosa de los mundos se asemeja a las pequeñas caravanas en les caminos de la Tierra, se mueven continuamente ya en agrupaciones que los hombres han denominado *"Sistemas",* ya aisladamente en pequeños grupos íntimos como si entre los inmensos soles que resplandecen en la inmensidad hubiera también afinidades, amistades, familias.

"Es fácilmente visible para el observador inteligente, la solidaridad que existe entre les globos de un mismo sistema y aún de todos los sistemas de un determinado campo sideral.

Y como se observa esta invariable solidaridad entre los mundos, la hay igualmente entre las Inteligencias Superiores que les guían, dirigen y encauzan su progreso incesante, su evolución eterna a través de incontables edades.

"Son como hermanos nacidos de un mismo seno materno, cobijados bajo un mismo techo, alimentados por el mismo pan.

www.formarse.com.ar

"Concretándonos tan solo a nuestro universo de mundos visibles desde la Tierra en que ruedan majestuosamente muchos Sistemas grandes o pequeños, compañeros o vecinos del nuestro, podemos decir que Setenta Inteligencias Superiores llamadas *Mesías* vigilan incesantemente las humanidades que los habitan.

"Cuando el alumno de una Escuela ha llenado en absoluto el programa de un año de estudio, es llevado a un aula de enseñanza superior; de igual modo ocurre en los mundos con las almas destinadas a encarnar en ellos. Evolucionan los globos y evolucionan las almas. Y los Maestros de estas grandiosas Escuelas hacen de tiempo en tiempo, o sea de ciclo en ciclo la debida selección a fin de que la evolución de las humanidades esté a tono con la evolución del globo que habitan.

"Y de esta ley ineludible y eternamente en vigencia, viene a resultar, que al hacer los Maestros la debida selección, encuentran parte de una humanidad retrasada en relación con el adelanto del globo que habitan. ¿Qué harán con esa porción de almas retardadas en su progreso eterno? No pueden abandonarlas porque el Amor es ley universal en todos los mundos. Las entregan a la tutela del Maestro o Guía de un mundo de inferior evolución a donde van con la consigna de colaborar con él para la instrucción y elevación de aquella humanidad más primitiva. Y este es el origen de las grandes e indestructibles alianzas entre esas almas retardadas recogidas con infinito amor por un Maestro a cuya sagrado manto se prenden con locuras de amor llamándole su padre, su salvador, su conductor, su guía para toda la eternidad.

"Lo que refiero en términos generales debo concretarlo con referencia a nuestro globo terrestre.

"Había llegado la hora solemne y grandiosa en los anales eternos del Planeta Venus, en que la Ley Suprema del Amor, debía reinar en absoluto.

"Donde el Amor reina, todas las leyes sobran —dice el viejo proverbio. Allí terminan las prisiones, las cadenas, las esclavitudes, las tiranías, las penalidades de toda especie. Es el Reinado eterno del Amor.

"Pero en Venus había una porción de almas retardadas en quienes estaba vivo y fuerte el egoísmo de lo *tuyo y lo mío.*

"Estaban pues fuera de tono para la evolución del Planeta Venus. Debían ser conducidas a otro globo inferior. El Mesías de aquel Planeta llegado a la morada de paz, de sabiduría y de amor, la dulce Odina comparada por los más sutiles clarividentes a un ser tejido con hebras de luz estelar en un vergel de lirios blancos, llamó en su auxilio a su hermano gemelo de evolución, el Mesías de la Tierra, mundo de inferior progreso, para que tomase en tutela a los retardados de Venus. Y desde esa hora grandiosa y solemne, una legión de espíritus venusianos bajo la égida soberana del Mesías de la Tierra, entraron en su esfera astral para tomar una nueva existencia carnal en el plano físico terrestre.

"He ahí el origen de la gran alianza de amor de los retardados venusianos con Jhasua, el Mesías del amor, de la paz, de la fraternidad en esta Tierra a donde fueron traídos para colaborar íntimamente con El en la redención de esta humanidad. Por esta razón se puede pensar dentro de una buena lógica que todos los fervientes amadores del Instructor o Mesías terrestre, que en caros determinados arrostraron hasta la muerte por El y por su doctrina salvadora, serán seguramente aquellos retardados venusianos que trajeron de su patria de origen la vehemencia en el amor; la impetuosidad a veces inconsciente al emprender cualquier obra de relativa importancia sin detenerse a pensar en el éxito, ni temor al fracaso, como si un poderoso impulso les arrastrara a saltar por encima de todo, para llegar al fin que se propusieron. De esa atrevida legión venusiana que supo valorar el amor con que el Mesías Terrestre les cobijaba entre sus brazos, salieron sin duda alguna los valerosos mártires de todas las épocas en que hubo luchas entre la libertad y la tiranía; entre la tolerancia y la intolerancia; entre la cruel arbitrariedad de leyes injustas, y la equitativa solución de los problemas humanos.

"La humanidad originaria de la Tierra tiene una deuda grande para saldar con esa legión valerosa de desterrados venusianos que han fecundado con su sangre los valles terrestres donde han vaciado generosamente lo mejor y más noble de las numerosas encarnaciones realizadas unas en pos de otras en páramos estériles a sus esfuerzos de siglos viéndose incomprendidos y maltratados de visionarios o de ilusos a causa de sus mirajes más amplios, más altos, más generosos. Es necesario comprender que los retardados para Venus, eran Inteligencias adelantadas para la humanidad terrestre, llegada apenas al primer despertar de la conciencia.

"Y siguiendo por el campo maravilloso de las deducciones lógicas debemos comprender también que existe en el corazón divinizado del Logos o Mesías Terrestre un amor grande, pleno de predilecciones tiernísimas para los nobles desterrados de Venus su patria de origen, que aunaron esfuerzos, fatigas y anhelos para hacer de esta Tierra otro jardín venusiano en que reine para siempre el amor, la paz, la verdad y la justicia.

"Entre los desterrados de Venus deben estar seguramente los maestros de la armonía, los artistas de las cuerdas, del pincel, de la poesía, de la forma plástica.

www.formarse.com.ar

"En nuestro Sistema Planetario es Venus el globo en que ha florecido el amor con mayor exhuberancia y brillantez. Desde allí traen los ángeles de Dios como ofrendas florales los más bellos poemas de amor que nuestros vates estampan en sus libros o en maravillosas creaciones musicales.

"Jhasua era el gran desterrado del Sistema de Sirio, el Divino Logos y los desterrados de Venus, fueron sin duda alguna los colaboradores de la primera hora con que contó el Mesías de la Tierra para la redención de esta humanidad.

"¡Mártires sublimes del amor, el amor será vuestra recompensa eterna!...

"Otros siglos pasaron, lentos para el plano físico y para los encarnados en él, pero demasiado rápido para la Eternidad en la cual todo es hoy. Y por idéntica causa que en el planeta Venus, el Mesías terrestre recogió también con amor otras legiones de desterrados, de Mercurio, de Júpiter, de Saturno, Y entonces, a la ola de amor que llegó desde Venus, vinieron a unirse varias corrientes de aspecto diferente, pero todas encaminadas a la evolución y progreso de la humanidad primitiva de esta Tierra.

"Es así de magnífica y certera la visual soberana de la Suprema Inteligencia Creadora y Conservadora de los mundos.

"Cuando en la primitiva humanidad terrestre brillaban los primeros destellos de la inteligencia y de la razón, llegaban desde mundos lejanos a encarnar en medio de ella, espíritus cultivados en los múltiples conocimientos que forman hoy el vasto campo de las ciencias conocidas, en primer término la astrología y la botánica que eran a la vez religión y terapéutica.

"El Mesías Terrestre fue pues el Director supremo del numeroso núcleo de maestros que bajo su tutela inmediata darían a la humanidad niña del planeta Tierra, las enseñanzas adecuadas al grado de evolución de las distintas razas y porciones de humanidad que iban apareciendo en los Continentes surgidos a través de edades y de siglos del seno profundo de los mares azules.

"La más antigua sabiduría de los hierofantes egipcios, disimulada hábilmente bajo símbolos que sólo ellos sabían descifrar, había estampado en los primeros templos de Menfis y de Tebas este grandioso y magnífico poema símbolo:

"Un gran manto azul extendido en la techumbre abovedada de la sala hipóstila sostenida por setenta columnas enormes, representación en mármol de los Setenta Instructores o Genios Tutelares de este Universo de mundos viables desde la Tierra. Y en el inmenso manto azul turquí diseñados en oro el hemisferio celeste norte y el hemisferio celeste sur, con los soles y estrellas que en aquellas remotas edades se habían dado a conocer a los pocos e ignorados hombres capaces de comprender qué eran y qué papel desempeñaban en el infinito azul esas gotas de luz y de fuego que brillaban incandescentes como lámparas eternas en la azulada inmensidad del espacio. Y suspendido de un cable de oro un globo de cristal enorme que simbolizaba el planeta Tierra en el cual estaban diseñados y visibles los océanos inmensos, *y* los continentes que tímidos y medrosos iban surgiendo del seno de las aguas.

"Del globo de cristal pendían de cuatro cadenillas de oro, cuatro cubos de piedra; una carmesí, otra negra, otra amarilla y otra blanca. Eran símbolo representativo de las cuatro razas originales que formarían en el futuro toda la humanidad terrestre. La raza llamada *Rot* o roja; *la Amu* o amarilla; la *Halasín* o la negra, la *Tañían* o blanca.

"La. raza *Rot* representada por el cubo de pórfido que había surgido en el Continente Atlante que al desaparecer devorado por el mar dejó parte de sus ramas fecundas, prófugas de las olas bravías que se refugiaren en el Atlas gigantesco y fue la Mauritana hija del sol, en el noroeste africano.

"La raza *Amu* o amarilla originaria de Lemuria devorada también por los mares, cuyos restos dispersos se agruparon en las montañas del Asia Oriental.

"La raza *Halésln* originaria del Archipiélago *Pcélebes* que fuera Continente gemelo de Lemuria y desaparecido antes que ella, estaba simbolizado en la piedra negra un brillante cubo de basalto negro, reluciente como diamante al rayo solar.

"Y por fin la raza *Toman* o blanca surgida de entre los hielos del norte solar imagen viva de las nieves eternas y del iris tornasol de las auroras boreales.

"Los hundimientos de grandes porciones de tierra y las invasiones de unas razas contra otras traían como consecuencia lógica las emigraciones en masa o en grupos, de prófugos de las olas devoradoras o de las hordas bárbaras que ya del Norte o del Sur, del Oriente o del Occidente se precipitaban sobre las tierras más fértiles en busca del mejoramiento en sus condiciones de vida.

"Cuando la hermosa y fértil Atlántida se hundía bajo las olas del mar en la parte sur de sus vastas extensiones, tuvo lugar la primera emigración de una Tribu de la raza de *Thot* llamada roja por el rubio cobre de

sus cabellos y el rosado vivo de su p.'él. Dicha Tribu estaba gobernada por un Patriarca que era Iniciado en la Sabiduría Oculta de les Profetas Blancos de Anfión llamado el Rey Santo de Orozuma, primera encarnación terrestre del Avatar Divino en el Continente. Su progenie descendía en línea recta de un hijo de Senegaldo padre de Anfión.

"Era de la fe y de la sangre del gran Rey, heraldo eterno del Amor fraternal entre los hombres por lo que sufrió el penoso destierro de treinta años, en que terminó su vida heroica, dejando como único testamento estas palabras escritas con un punzón al rojo sobre una lámina de madera: "He soportado un destierro de treinta años por evitar una guerra destructora de vidas humanas y con ello he predicado a los hombres la grandeza divina del Amor Fraterno".

"El Patriarca de esta Tribu prófuga de las olas se llamaba Trimegisto, que recibió el anuncio del cataclismo que se avecinaba, del gran Patriarca de los Profetas Blancos a quien asistió en su lecho de muerte.

"El le había dicho en sus últimas horas: "No está en la ley que tú perezcas con los de tu sangre en el avance de las aguas que se producirá de aquí a seis lunas. Emplea cuanto tienes en adquirir lo necesario para una peregrinación larga a través de Poseidonia hasta llegar a Los Gigantes **(1)** donde puedes reposar tranquilo hasta buscar tierras de regadío que encontraréis caminando siempre hacia el oriente."

"Y el Iniciado Trimegisto había obedecido al anuncio y de Poseidonia había pasado a Mauritania donde se abrigó con su Tribu en las grutas de “Los Gigantes” en cuyas inmediaciones había pobladores de oscura piel y de muy contrarias costumbres por lo cual continuó su peregrinación lenta y penosa hacia el Oriente.

(1) **La cordillera Atlas en Mauritania (África).**

“¡Mi santo Rey Anfión! —clamaba Trimegisto en su desolado abandono—. Si desde tu Reino Invisible puedes ver mis angustias y mi deseo de conseguir un suelo fértil sin disputárselo a nadie, guía mis pasos, no por mi vida sino por la de mis hijos y los hijos de mis hijos, y los siervos fieles que llegamos entre todos a una centena.

"Y cuando llevaba diecisiete años de peregrinaciones continuas, su Rey Santo le guió a un Oasis de grandes dimensiones donde un bosque de palmeras le brindaba su sombra y sus frutos, y un lago azul de dulces aguas hacía florecer el valle cubierto de abundantes pastos. El lago estaba alimentado por un río que venía de lejanas tierras del Sur, perdidas allí muy lejos detrás de grandes montañas.

"Le llamó *Shior* que en su lengua significaba *Salvador.* Era el río Nilo que desembocaba en el lago azul del bosque de palmeras porque en aquel entonces no existía el Mar Grande o Mediterráneo cuyo seno se abrió cuando el gran cataclismo que hundió a Atlántida rompió las montañas y el Océano invadió los valles.

"A los diecisiete años de duro peregrinaje encontró el Iniciado Trimegisto una tierra de paz donde abrir su sepultura. Contaba setenta y siete años y tenía catorce hijos, treinta y cuatro nietos, veintiún bisnietos y varias veintenas de servidores con hijos y familiares.

"Un descendiente del Patriarca Trimegisto cuyo nombre era Potemis descubrió en la otra ribera del lago un pequeño grupo de hombres vestidos de pieles de animales que hablaban una lengua semejante a la suya. Eran sólo diez y no tenían mujeres ni hijos, pero tenían la fuerza necesaria para edificar un altar bajo una choza de troncos y de hojas de palmeras.

"Cuando Potemis regresó a la Tribu con la noticia del encuentro que había hecho, el viejo Patriarca Trimegisto, con noventa años de vida se hallaba casi ciego y sus cansados miembros no le sostenían de pie por lo cual estaba siempre sentado sobre una piel de león que era también su lecho.

"Al escuchar la noticia de su tataranieto Potemis, exclamó Heno de santo gozo: "Ahora cerraré tranquilo mis ojos a la vida de la carne porque los míos encontraron a los hijos de Numú el pastor de vida eterna y con ellos será " el comienzo de la vida nueva que me fue anunciada. Trimegisto murió como muere toda carne y fue sepultado en un sitio escogido del valle sobre una colina de basalto.

"Los que le habían amado en unión con los diez prófugos del feliz encuentro erigieron un monumento que era templo y panteón sepulcral y que encerraba, en su estructura misma el gran símbolo de la verdad oculta que sólo ellos conocían en aquel entonces: la gran Ley de la evolución de la Naturaleza, de todo cuanto tiene vida. El monumento al exterior era un enorme monstruo de trozos de roca, echado sobre la colina-sepultura de Trimegisto, mirando al lago azul que alimentaba el río *Shior.* Las extremidades de la enorme bestia, eran garras de león; el cuerpo era de un gigantesco toro; sus costillares estaban cubiertos por enormes alas de águila y sobre su cuello erguido como una columna se levantaba una cabe/a humana con toca sacerdotal como la usada por Anfión el Rey Santo y sus Profetas Blancos. Bajo el monumento la colina fue excavada, y allá muy adentro y a mucha profundidad se erigió el altar y debajo de él fue guardado el sarcófago de basalto negro en que descansaban los huesos del Patriarca Trimegisto, primer poblador del valle del Shior.

www.formarse.com.ar

"Pronto apareció un gran amontonamiento de bloques de piedra a la orilla misma donde el río se sumergía en el lago. Y los años posteriores vieron levantarse un enorme cubo de piedra que al correr de los siglos y cuando el gran cataclismo devoró el Continente Atlante, era ya un Templo Escuela y Refugio de perseguidos y de abandonados.

"La gran Cordillera se había partido en dos como una granada madura; las aguas del mar invadieron el valle, y lo que habían sido fértiles campos de mieses, quedó convertido en un gran mar cercado de costas bravas en todas direcciones por lo que se le dio el nombre de Mar Grande primero y Mar Mediterráneo después.

"Y el Templo-escuela quedó a su orilla y a poca distancia el monumento funerario del Patriarca Trimegisto primer poblador de los valles del Shior. El tiempo tiene a veces poder para cambiar muchas cosas de la faz de la tierra y así, las generaciones que siguieron llamaron Esfinge a la gran bestia con cabeza humana cuyo origen desconocían; y al Shior le llamaron *Nilo; y* al gran cubo de piedra, Templo Escuela y Refugio lo llamaron *Neghadá* que en la primitiva lengua iniciática de aquella hora lejana significaba: *Vida de paz.*

"¿Qué diría el espantoso monstruo o sea la enigmática Esfinge a las generaciones que fueron apareciendo como granos de arena en el valle del Nilo?

"Los primeros Iniciados de las Ciencias Sagradas lo descubrieron de inmediato: Significaba la Evolución de la chispa divina emanada del Eterno Poder, que recorre todos los aspectos de la vida en el reino animal primero, hasta llegar al humano adelantado y sublimizado por la Sabiduría simbolizada en la toca sacerdotal que corona la cabeza de la Esfinge.

"Todo estaba escrito, simbolizado y demostrado con piedra en aquella remota edad que por eso fue llamada la *Edad de Piedra.*

"La humanidad primitiva de la Tierra en su gran mayoría se manifestó hostil a las legiones de desterrados de les globos hermanos que durante largas edades debieron soportar tremendas angustias, martirios, suplicios, muertes. La Ley es inexorable y perfectamente justa. Cuando ellos fueron la porción de humanidad retrasada en sus planetas de origen, había sometido a idénticos sufrimientos a los seres evolucionados que luchaban por implantar la Ley Divina con todo su magnífico cortejo de verdades, de bellezas, de supremas realidades.

"Más..., el alma que ha llegado a levantar un tanto el velo tras del cual guarda el Eterno Invisible sus arcanos y sus designios, no debe asombrarse de esta lucha milenaria promovida por la ignorancia en contra de la verdad revelada a los capacitados para comprenderla.

"Es verdad que entre las legiones de ignorantes y de retrasados, se encuentra una tercera clase de espíritus, instrumentos voluntarios y conscientes del mal que con audacia increíble luchan por mantener a las masas populares en completa ignorancia de la Verdad como medio de perpetuar el dominio sobre ellas en provecho propio.

"Estos son los adoradores del becerro de oro que impulsaron a Israel en el desierto hacia la idolatría para anular así la Ley del Sinai que en ese mismo momento recibía y grababa Moisés en tablas de piedra.

"Estos son los tiranos, los déspotas que en todas las épocas de la evolución humana ahogaron con sangre la voz de los profetas, de los mensajeros de Dios, de los heraldos de la Verdad, del Bien, de la Sabiduría.

"Esta porción de espíritus conscientemente malvados, no son muchos, y son siempre los mismos que encarnan en épocas determinadas en un continente o en otro, en una raza o en otra produciendo cataclismos, derrumbes de dinastías y de civilizaciones hasta hundirse ellos mismos en la destrucción completa de su individualismo como un *Yo pensante* para volver al informe conglomerado de gérmenes *vivos* que deberán comenzar de nuevo esa larga cadena de vidas rudimentarias entre el polvo de la tierra o en lo profundo del mar.

"En las remotas épocas prehistóricas llamadas por los geólogos y paleontólogos *período paleolítico y período neolítico* estos seres conscientemente malvados encarnaron en los continentes *Pcélebes* y *Lemuria* en una raza o dinastía que se llamó *Sierperoja* y apareció de nuevo en Atlántida en la raza Azteca Ya en la época de la Historia, hicieron su aparición entre la raza Asiría en la cual fue el tristemente célebre Nabucodonosor, el monstruoso ejemplar de maldad.

"Y a través de los siglos han ido quedando terribles retoños en diversos países y civilizaciones como para mantener alertas a las legiones del bien evitándoles dormirse sobre los viejos laureles.

"Mientras el globo terrestre no pase de mundo de expiaciones y de aprendizaje, su deficiente evolución dará siempre lugar a esas infiltraciones del Mal en medio de humanidades que aún no adquirieron la clara conciencia y discernimiento del Bien y del Mal, puesto que para ellos todo bien está en la satisfacción de sus instintos y sus deseos y todo mal en la negación de ellos.

"De tal manera que el acumular tesoros materiales que proporcionan vida regalada y placentera es el solo bien que buscan y que aspiran. Y el carecer de todo esto, es el único mal que temen.

"Se explica pues fácilmente que entre tales humanidades puedan triunfar por un tiempo esas inteligencias conscientemente malvadas que han producido tan desastrosos acontecimientos y que han puesto en evidencia y sobre pedestales de gloria a tantos mártires de la Ciencia, de la Verdad y del Bien."

Terminada la lectura de este segundo pergamino del maestro Filón, comenzaron los comentarios suscitados por él.

Encontraban versiones comprobatorias de las viejas *"Escrituras del Patriarca Aláis"* miembro y testigo ocular de la actuación que tuvo la "Fraterninidad Kobda" en la civilización prehistórica del Eufrates y del Nilo; y como miembros descollantes de ella, Bohindra, el creador de la Gran Alianza de Naciones Unidas, Adamú y Evana progenitores del Avatar Divino de aquella hora: Abel, llamado el *Santo* en la antiquísima *Tabla Abydos* que se dice fue mandada grabar en jeroglíficos en la época del Faraón Sethí I, que fue aquel que hizo Virrey de Egipto a José hijo de Jacob vendido como esclavo a mercaderes egipcios por sus propios hermanos. En dicha Tabla, indestructible documento de piedra, aparece Adam-mena como el primer Faraón de las dinastías conocidas por la Historia. Las "Escrituras del Patriarca Aldis", el que acompañó a su hijo Adamú al gran Santuario de Neghadá lo da como el último *Parahome* que hizo guardar la Ley de los Kobdas.

—Pareciera —observó el apóstol Matheo— un mandato superior que el progenitor del Avatar Divino de aquella hora, fuera el broche que cerrara la era gloriosa de la Civilización sostenida durante más de un milenio por la Fraternidad Kobda.

—En efecto —afirmó Leandro de Caria— porque después de Adam-mena, vino la primera invasión de los Hicsos de la cual sólo quedaron en pié la Esfinge, las Pirámides y el Templo subterráneo de Ipsambul. En mis largos años de estudio en el Templo de Osiris, el *dios de los muertos* según le llaman los hierofantes egipcios, encontré versiones referentes a los más antiguos monumentos del país y a viejas historias grabadas en piedras; pero nunca pude tener ante mi vista los comprobantes de esas versiones; pues para eso se necesita haber merecido llegar a la alta jerarquía de Hierofante Concejal, que son los candidatos al Supremo Pontificado. Y yo no escalé esas cumbres.

—Hermano Leandro —observó el apóstol Zebeo— creo que sin ser yo Hierofante ni haber tocado el cordón de sus sandalias, poseo algo que a ti no le dejaron ver.

— ¿Cómo?... Tú has llegado ahora, cuando los Templos son ya una cosa muerta —dijo Leandro.

—Es verdad amigo mío; pero el Cristo mi Maestro me acercó al corazón de un Hierofante de alta jerarquía, hijo de un Gran Sacerdote del Templo de Amon-Rha.

— ¡El Príncipe Melchor! —dijeron varias voces a la vez.

— ¡Habéis acertado! —volvió a decir Zebeo—. Ya sabéis que él me hizo heredero de muchos de los documentos de su archivo y administrador de un legado perpetuo que hizo a favor de todas las doncellas pobres que quieren formar hogar.

Por hoy, demos por terminada la tarea, y mañana si os parece revisaremos juntos esos viejos documentos que forman un legajo bastante voluminoso.

EL ARCHIVO DEL PRINCIPE MELCHOR

Esa misma noche el apóstol Juan se hizo cargo de la carpeta que contenía los escritos del maestro Filón para estudiarles individualmente.

Una extraña e intima afinidad existía en lo profundo de su yo con el filósofo alejandrino que había hablado muy poco en público, pero que había vaciado su pensar y su sentir en numerosos pergaminos que eran por sí solos toda una escuela de altos conocimientos.

Eran estudios áridos y penosos para la mayoría de los miembros de la humilde Academia del Lago Merik, y se dedicarían privadamente a ellos, los tres apóstoles del Cristo con Felipe, Leandro y Narciso.

Con los demás hermanos revisarían los relatos y los descubrimientos arqueológicos del Archivo del Príncipe Melchor en el cual había numerosos croquis, mapas, rutas marítimas y terrestres, de diversas tierras de Arabia, de Mauritania, del desierto de Sahara dominio de la gran raza Tuaregh, del África del Este y del África Sur.

Por pura vocación, Melchor, a más de astrólogo había sido un arqueólogo consumado. Por lo cual estudiando su Archivo se podía conocer regularmente las costumbres, las creencias, la evolución de las razas y las rutas seguidas por ellas en las emigraciones generales o parciales de los pobladores de continentes o países .determinados.

La sangre de dos razas se hallaron mezcladas en él: la árabe por su madre > por su padre la egipcia, y ambas estaban bien marcadas en el carácter y en la vida toda de ese gran amigo de Jhasua: la resistencia dura y firme de la Arabia de piedra y la dulce frescura de las praderas rientes del Nilo.

Con igual perseverancia y amor había recorrido a lomo de camello las montañosas regiones del Mar Rojo, de Madián y el Sinaí en busca de los rastros de Beni-Abad, fundador de la raza árabe, como las márgenes frescas y fértiles del Nilo hasta su nacimiento en las montañas de la lejana Etiopía buscando en las arenas calcinadas y en las grutas milenarias las huellas de Mizraitn el fundador de la raza egipcia. Tenía pasión por conocer el origen de todas las cosas, su camino a través de los siglos y el fin que habían tenido.

En eso sólo, había gastado su vida que casi llegó a los cien años.

Y su auto-biografía que él llamó *"Memorias de un solitario"* comenzaba así:

"No he vivido para mí sino para mi indomable deseo de conocer el principio y el fin de todo lo que existe debajo del sol y alrededor del sol."

Las *Memorias* de este sabio y santo hombre que se llamó Melchor de Horeb no fueron seguramente escritas con el deseo de dar a conocer su vida de la cual bien poco se ocupaba en ella y así lo juzgaron nuestros amigos de la Academia del Lago Merik.

Dichas *Memorias* eran más bien el relato minucioso de todos los descubrimientos arqueológicos que había hecho, y a través de los cuales pudo hacer magníficas deducciones y muy lógicas hipótesis referentes a las distintas razas y civilizaciones creadas por ellas en las más lejanas edades y en los continentes en que florecieron esas civilizaciones y que yacían hundidos en lo profundo de los mares.

Su padre debió transmitirle ese implacable deseo de conocer el origen de todas las cosas y su marcha progresiva y su final, y tuvo los medios de satisfacerlo puesto que llegado a Gran Hierofante del Templo de Amon-Ra, fue dueño de examinar el arca de pórfido que guardaba todas las Escrituras Sagradas del Antiguo Egipto. El hijo, o sea Melchor heredó aquel milenario Archivo, y tanta fue su fiebre de comprobar, de palpar, de ver con sus ojos lo que su anciano padre sólo había visto en las Escrituras del arca de pórfido, que su vida fue la de incansable viajero. En las montañas y desiertos de la Arabia de Piedra, no solo había encontrado las huellas recientes puede decirse de Moisés, s.'no que halló las de Beni-Abad, el noble Caudillo que después de fundar una raza y crear muchos pueblos, se retiró en el ocaso de su vida al seno de la Fraternidad Kobda buscando el descanso de su espíritu en el acercamiento a Dios.

Y en las *Escrituras del Patriarca Aláis* que le obsequiara Jhasua de Nazaret a sus veinte años pudo comprobar que sus descubrimientos no eran una ilusión sino una realidad.

En el viejo y secreto archivo de su padre encontró un diminuto libro de láminas de marfil unidas por un anillo de oro, en las cuales había numerosos grabados en extraños signos, figuras, rayas, puntos. Envolviendo el pequeño libro estaba la traducción en una tela de lino que los avezados lingüistas del Sacerdocio egipcio habían interpretado de acuerdo al valor que daban a los signos los hombres de las pasadas edades.

Era el relato hecho por dos Flámenes lémures que al frente de una Tribu p familia habían emigrado a través de los mares del Sur, hacia Occidente cuando las aguas comenzaron a subir a su país que nombraban *Nukulandia.*

Ese relato era un rastro perdido en la noche de los tiempos y que interesó enormemente a ks *discípulos del Señor* como ellos se llamaban, pues allí debían encontrar sus huel'as luminosas en las lejanas personalidades de Juno y de Numú, de que hacían referencia las *" Escrituras del Patriarca Aláis".*

El amor tiene curiosidades sublimes. Y Matheo, Juan y Zebeo sentían aún la llaga viva de la muerte de su Maestro, y todo cuanto pudiera engrandecerle y glorificarle, significaba para ellos un poderoso calmante, un lenitivo al hondo dolor de haberle perdido.

La traducción en kopto antiguo pudo ser leída por Leandro y traducida al hebreo que era familiar a todos.

El relato comenzaba así:

"El Atman Soberano fue con nosotros en el desamparo de las aguas traidoras que devoran tierras y hombres. Nosotros, Keril y Kinde, Flámenes de la Vieja Escuela que llega hasta Juno el buen genio del mar y hasta Numú el pastor de los esclavos, grabamos en hojas de marfil la azarosa aventura de nuestra vida. En unión con los siervos del gran Atman que quisieren seguirnos, emigramos de nuestra tierra amada Nukulandia que se hundía bajo las aguas del mar. Los s*ueños reveladores* nos dijeron que bogando al occidente encontraríamos una tierra fértil y rica, con montañas como altas murallas y con valles regados por buenas aguas. Y cuando las estrellas nos avisaron el buen tiempo, en tres balandros y seis pailebotes nos lanzamos al mar sin más amparo que el Señor de los cíeles, y sin más guía que los astros amigos de los hombres. Pasadas

www.formarse.com.ar

cuarenta y dos lunas en tragedias inexplicables vimos las montañas como murallas de la tierra desconocida, al pié de las cuales se vaciaba un gran río en el mar. **(1)**

"Éramos treinta y siete hombres y veintitrés mujeres, esposas de algunos, y hermanas de otros.

"Desembarcamos en aquella costa brava y nos refugiamos en una caverna cuya entrada daba hacia la embocadura del río.

"Con la misma luz encendida en el último fuego de la tierra nativa encendimos la primera hoguera de la patria nueva que llamamos Nukulandia, y Ofir llamamos al río que nos brindaba el agua dulce para nuestra sed. Siguiendo la tradición, cortamos un trozo de roca lo más largo que nos fue posible *y* lo plantamos a la puerta de la caverna junto a la hoguera. Era nuestra ofrenda de gratitud al Gran Amo del mundo que había amansado las olas donde bogaron tranquilas nuestras débiles embarcaciones. Este *Menhir* **(2)** aseguraba para nosotros una estabilidad feliz y duradera en la patria nueva que tenía mucha semejanza con la hermosa Nukulandia que nos quitó el airado mar.

"Entre nuestros seguidores había dos clases de trabajadores: los mineros y los cazadores de mamouth **(3)** y habían traído los elementos necesarios para ello.

"Quince lunas nos llevó el recorrer la nueva tierra y el construir las cabañas para cada familia, en derredor del Menhir y de la caverna que fue nuestro templo.

'El sitio elegido para nuestra patria, estaba cercado de montañas inaccesibles y a poco fuimos descubriendo que por las márgenes del río había grandes bosques y tierras de verdes pastos donde abundaban grandes mamouth, grandes ciervos y caballos de río **(4)** que eran una gran promesa para nuestros cazadores.

"El marfil de los unos y las pieles y carnes de los otros era la seguridad de nuestra vida.

"Pero ¿qué haríamos con la riqueza del marfil si no había con quien comerciar? Caminando lunas y más lunas por las márgenes del río encontramos una tribu de nativos de color "oscuro de la piel y pequeños de estatura que huían con espanto de nosotros al vernos de doble tamaño que el suyo. Unos HC llamaban Zumbaleses porque su tierra se llamaba Zumba; otros Matopos y otros Chirvanos. Por miedo se nos hicieron amigos y aprendieron de nosotros la cacería del mamouth y el arte de romper las rocas y sacar los tesoros que ellas guardan.

"Al principio nos llamaron los gigantes del río grande al que nosotros llamamos Ofir. Nuestros mineros descubrieron mucho hierro amarillo en aquellas montañas y piedras de luz **(5)** que fuimos almacenando en la gran caverna que nos cobijó a nuestra llegada. Esperábamos salir por la costa del mar en busca de pobladores con quienes establecer relaciones comerciales, ya que nuestro gran tamaño nos abría todas las puertas porque todos nos tenían miedo y algunas tribus de nativos se sometieron voluntariamente y trabajaron con nosotros.

"Estas gentes no pueden vivir a gusto si no tienen un amo que los gobierne y pronto buscaron uno entre nuestros seguidores. Nosotros dos nos reservamos el derecho de maestros para enseñarles la justicia del bien obrar, entre todos eligieron como Kaudillo al más alto y fornido de los gigantes, como nos llamaban, que era un hombrazo de ciento ochenta y seis lunas que estaba recién unido en matrimonio con una hermana nuestra, pues nosotros dos Flámenes de la Vieja Escuela de Ofir, capital de Nukulandia en Lemuria. Somos hermanos por la sangre y hermanos de escuela .espiritual y trajimos con nosotros nuestras dos hermanas doncellas que quedaron solas a la muerte de nuestros padres.

"Escrito a cuarenta lunas de nuestra llegada a este país."

Keril y Kinde

"Posdata a ciento ochenta lunas de nuestra llegada.

"Ahora sabemos que esta tierra la llaman Tierra Negra por el color moreno de la mayoría de las razas que la pueblan.

"Hemos conseguido poner a flote un gran barco velero encallado en nuestra costa con el cual pensamos salir mar adentro en busca de compradores, para la gran cantidad de hierro amarillo, de piedras de luz arrancadas a estas montañas, y del más bello marfil de los mamouth que abundan en estos bosques.

"Por nuestro río Ofir llegan navegantes que hablan de grandes países bacía el norte y de un río inmenso que hace producir a las praderas dos cosechas en doce lunas.

"Que el Eterno Atinan Invisible nos tenga siempre a la vera de nuestro luminoso Emigorio **(6)** dominador de las tormentas y pastor de los humildes para que como El hagamos de los tesoros que nos brinda la tierra, la dicha y la paz de nuestros semejantes."

El librito de hojas de marfil estaba concluido y el silencio de la Academia significaba que todos estaban absorbidos por sus pensamientos.

www.formarse.com.ar

Por fin habló Matheo.

—A través de esta lectura, —dijo— se descubren varias cosas que estaban ocultas.

(1) En la costa del África Sur, el rió que hoy se llama Zambeza que desemboca en el Océano Indico.

(2)Monumento y altar que en la remota prehistoria levantaban en todos lo pueblos.

(3)Así llamaban a los elefantes.

(4)Los hipopótamos.

(5)Diamantes.

(6)Un genio tutelar

—En efecto —afirmó el diácono Felipe—. A ver si coincidimos en lo que hemos descubierto.

—En los relatos que nuestro pueblo conserva referente al Rey Salomón se menciona muy marcadamente el *oro de Ofir* que traía en sus barcos desde lejanas tierras y con él cubrió altares, columnas, cornisas, techumbres, zócalos y todos los utensilios destinados al culto. Nadie hasta hoy pudo indicar el sitio preciso de ese célebre *Ofir* tan pródigo en el codiciado y valioso hierro amarillo, como dice este escrito en un libro de marfil.

—El mismo pensamiento he tenido yo. Claro está que este relato es de muchos siglos anterior a nuestros reyes de Israel; pero eso no se opone a que este Ofir del sud-este de África, sea la fuente de donde el Rey sabio se proveyó de tanto oro y marfil como no se ha dicho de ningún otro rey de su tiempo.

—También el Rey Darío de Persea derrochó oro y marfil hasta en las puertas de sus caballerizas —observó Matheo— pero también éste puede haberlo traído de los depósitos hechos durante siglos por aquellos pobladores gigantescos venidos de Lemuria.

—Yo he creído ver en ese *Emisario luminoso* o genio tutelar que esos flámenes mencionan a *Juno mago de las tormentas* y al *Pastor Numú* de que hablan las escrituras del Patriarca Aldis —dijo el apóstol Zebeo.

—Justamente —afirmaron varias voces—. ¡Siempre el gran Maestro iluminando las Edades, las Civilizaciones y los pueblos! —exclamó Boanerges como si viera a lo lejos la visión magnífica y radiante del Mesías terrestre con una antorcha encendida iluminando las tinieblas de esta humanidad.

—Aquí aparece una vitela antigua, amarilla por los años con un salmo del Rel Salomón —dijo Zebeo revisando el gran cartapacio del Príncipe Melchor.

Está escrito en arameo, lengua de la cual gustaba mucho el Rey de los Cantares de amor. Oídlo; —Y Zebeo leyó—:

"Jehová me hizo Rey de un numeroso pueblo.

"Jehová me hizo amigo de muchos Reyes poderosos desde el Nilo hasta el Eufrates y en ambas costas del Mar Grande.

"Jehová me dio el oro, el marfil y los diamantes de las cuevas del Ofir, cuna de los hombres gigantes.

"Jehová me colmó de bienes y de gloria.

"Sólo un mal me hizo Jehová: me dejó el corazón dentro del pecho en vez de darlo como alimento a los buitres.

"¡Oh Jehová grande, eterno y poderoso!... ¡Pude edificar un grandioso templo de oro y marfil para Ti!

"¡Pude levantar palacios y jardines para la esposa hija del Faraón!

"¡Pude cubrir de oro y diamantes a los reyes amigos, a mis favoritos, guerreros y servidores!

"Pero no pude nunca hacer callar mi corazón que buscaba amor, lealtad, seriedad, desinterés.

"Y cuando le hube encontrado como una corona de brillantes perdido entre lejanas montañas, lo alejaste para siempre de mi lado, y soledades de muerte envolvieron mi vida como un sudario.

"¡Oh Jehová sabio y poderoso! ¡Tú sabes lo que es un corazón de hombre pues fue hecho por Ti!

"¡Tú sabes que cada fibra suya es un grito que pide amor!

"Y si Tú formaste con fibras de amor el corazón del hombre ¿por qué le mandas disecar esas fibras y quemarlas a fuego lento como un miserable insecto en la luz de una candela?

"¡Oh Jehová santo mil veces y justo otras mil! ¡No puedo comprender a veces tus pasos cautelosos en torno de esta vida febril y tempestuosa que me haces vivir!

"¡Me diste mucho oro, numerosos pueblos, riquezas que jamás terminan, sembraste palmas de gloria en mi camino!

"¡Me diste sabiduría, me descubriste el secreto de tus creaciones todas del universo, pero me has quitado el amor que era la luz y la vida de la vida mía!...

"¡Oh magnífico Señor de todo lo creado! ¡Eres el dueño del amor! ¡El amor te rodea, te glorifica, está en Ti y fuera de Ti! ¡Eres el Amor mismo!...

"Y yo que soy tu criatura hecha por Ti a semejanza tuya ¿he de vivir sin amor?

"¡Oh Jehová mil veces bueno y piadoso otras mil!

"¿Por qué me has quitado el amor y me has envuelto en el sudario helado de la soledad del corazón?

"Y si me has quitado el amor ¿por qué me dejas la vida en esta helada soledad más fría y triste que la muerte?

"¡Oh Jehová, Señor de los mundos y de los seres grandes y pequeños!

"No puedo comprender a veces tus pasos silenciosos en torno mío.

"¡Has sido generoso conmigo! i Todo me has dado menos el amor que yo amaba!

"¡Yo sé que eres -justo y bueno y piadoso!

"¡Ten piedad de tu indefensa criatura hecha de amor y sin amor! ¡Oh, sácame el corazón del pecho y que viva yo como las rocas duras y frías donde se estrellan las olas del mar y se rompen tus tempestades!"...

El candelabro de siete cirios que había sobre la mesa de la Academia hizo brillar como diamantes al rayo de sol, muchas lágrimas silenciosas que se deslizaron por algunos de aquellos rostros, cuyos dueños sentían sin duda a su propio corazón quejarse con !a misma queja tierna y profunda brotada de la pluma y del alma del Rey Salomón.

A la siguiente noche de Academia revisaron otro manuscrito en la misma lengua que aquella del pequeño libro de marfil. Pero éste aparecía escrito en un libreto de pieles de antílope curtidas y recortadas prolijamente. Tenía este epígrafe: *"ANTES DE NUESTRA PARTIDA".* Parecía ser una especie de testamento de los dos Flámenes lémures que habían guiado la tribu de los *gigantes* prófugos de Nukulandia en la desaparecida Lemuria.

Comenzaba así este relato:

"Nosotros dos Keril y Kinde, habiendo vivido en la carne una centuria, pensamos que debe estar cercana la hora de la partida y debemos decir lo que no hemos dicho hasta ahora.

"El Atman Supremo es poderoso y fuerte y bate a sus criaturas como a las olas del mar y unos chocan contra otros como las olas furiosas contra las rucas que estorban su paso.

"Los Flámenes creados hace millares de lunas por Juno el marino y por Numú el pastor en torno del fuego sagrado encendido por El sobre su altar de piedra, nos dispersamos en un día ya borrado por los siglos, porque S*ierperoja* puso sobre nosotros un *Gran Flamen* de su estirpe que infiltró el veneno de la discordia, la ambición y el orgullo en nuestras filas. Como una fruta madura, seca y podrida, las semillas se esparcieron en muchas direcciones. Había que huir para que *Sierperoja* no nos estrangulara a todos los rebeldes a su voz. Dos veces éramos prófugos: de las olas que subían y de *Sierperoja* que nos estrechaba en sus poderosos anillos.

"Dejamos nueve discípulos entre la tribu ya numerosa, y cada uno de esos nueve, lleva inoculado hasta la médula, la ley de Juno y de Numú que dice:

"La llama de mi fuego destruye la corrupción y purifica lo que es divino.

"La llama de mi fuego, enciende y alimenta el fuego de todos los hogares y dora el pan y cuece los alimentos y caldea el aire en todas las cabañas.

"La llama de mi fuego enciende todos los hachones, las antorchas y las lámparas para que ninguna choza ni tienda, ni cabaña permanezca oscura.

"Estos nueve serán los maestros cuando nosotros hayamos partido hacia el Fuego Eterno de Atman. Y toda la Tribu deberá obedecerles y dejarse guiar por ellos si no quiere verse disgregado y deshecho como nosotros nos vimos dispersados al igual que semillas arrojadas a los cuatro vientos.

"Nada hemos sabido de aquellos de los nuestros que huyeron a tierras del norte creyéndolas más seguras que éstas de occidente, de pocos siglos aparecidas a flor de agua.

"Nosotros dos Keril y Kinde pensamos que en tierras nuevas sería más fácil arraigar la plantación nueva también, de nuestras leyes y costumbres. Nuestra inspiración fue certera porque antes de partir hacia la luz de Atman, El nos ha dejado ver, numerosas tribus hacerse amigas y hermanas de la nuestra.

"Toda esta tierra es como un conjunto de islas grandes entre muchos lagos de aguas amargas y ríos de aguas dulces. Y esto es una prueba de que no hace muchos siglos que estas tierras estuvieron sumergidas en

www.formarse.com.ar

el mar, que un día lejano levantó sus entrañas a la luz del sol, y son estas ricas montañas cuajada de hierro amarillo y de piedrecillas de luz.

"El mar es mudo y guarda celosamente grandes secretos; pero Atman dio a su criatura semejante a El una chispa de mi fuego radiante y su criatura piensa y arranca al mar y a las montañas, parte de sus grandes secretos.

"Nuestros mineros encontraron al romper las montañas restos de enormes peces convertidos en piedra. Un monstruoso nuevrasos **(7)** rojizo y reluciente hecho todo una sola piedra como esculpido de pórfido. Una verdosa celdaña. **(8")** enorme semejando cadenas tejidas de esmeraldas. Todo hecho piedra. ¡Qué espantoso cataclismo desató Atman en el mar que le hizo vomitar sus entrañas de piedra en revuelto amontonamiento de picos que se enredan con las nubes y de cavernas para refugio de los hombres! Y esta es la nueva Nukulandia que hemos venido a habitar tus prófugos hijos del fuego de Juno el marino y de Numú el pastor!... ¡Ten piedad de nuestra pequeña vida como una luciérnaga en tus jardines eternos; oh Atman poderoso y fuerte que con solo tu pensamiento cambias de sitio las montañas y los mares, los ríos y los bosques!...

"En la entraña de un monte de tres grandes picos que cubre eterna nieve *y* al pié de los cuales serpea un riacho cíe dulces aguas, hemos abierto una cueva que será nuestro panteón sepulcral donde descansarán nuestros huesos y los de todos los maestros de la Tribu Nukulatia. Allí se guardarán los tesoros sobrantes de las necesidades de todos para construir en un día lejano quizá las Cuarenta Torres del Silencio. Santuario-Refugio y Escuela de todos los continuadores de Juno el mago de las tormentas salvador de vidas humanas, y Numú el buen pastor de los esclavos.

"Hacedlo así, hijos de Juno y de Numú, y jamás saquéis el tesoro guardado en los sepulcros de vuestros padres mientras saquéis de vuestra labor diaria lo necesario para vuestra vida.

"Que el gran Atinan y su divino Mensajero sean con vosotros para que cumpliendo su ley vuestros pensamientos y toda vuestra vida, sea una continuación de la que visteis vivir a vuestros padres y maestros.

Keril y Kinde

"ACERCÁNDOME A DIOS"

Los mismos comentarios que hará nuestro lector ante los archivos de Melchor y de Filón, los hicieron hasta la media noche nuestros amigos de la humilde Academia del Lago Merik.

Hasta que una noche propuso Matheo:

—Oír leer estas maravillas de antigua sabiduría es mucho y es grande; pero creo que hay algo más que podemos hacer nosotros.

—Dilo, y lo haremos —dijeron varias voces a la vez.

—Nuestro destino es separarnos —prosiguió Matheo—. Este paraíso de nuestro hermano Zebeo es un oasis en el desierto árido y penoso de nuestras vidas- Cuando sintamos el corazón encogido de penas, y que el alma llora a gritos por su destierro, vendremos al viejo Castillo del Lago Merik donde Thimetis lloró tantos años la ausencia de su bienamado hijo Moisés. Pero eso será tan sólo un paréntesis a nuestras tareas apostólicas, breves descansos a nuestras fatigas y tristezas de la vida.

Y estando todos convencidos de que debemos separarnos para seguir cada cual su camino, propongo que algunos de nosotros nos preocupemos de sacar buenas copias añadiéndoles los comentarios que aquí mismo hemos hecho todos en conjunto.

—Es una gran idea la tuya Matheo —exclamó el primero Zebeo, siguiéndole los demás, sin que hubiera ninguno en desacuerdo.

Matheo, Juan, Leandro, Narciso y Felipe se encargaron de las copias.

Dionisio de Caria, Marcelo de Ostia y Livio de Marsella, los tres excursionistas de la ciudad subterránea, tomaron a su cargo la copia de croquis, de mapas, de rutas diversas y diseños que abundaban en el Archivo del Príncipe Melchor.

Resuelto esto, tomó Zebeo del cartapacio de Filón unas hojas de pergamino unidas con una cinta de púrpura.

—Dos noches hemos gastado en lectura de comentarios de orden prehistórico antiquísimo. Creo que será agradable para todos recoger en el huerto místico del maestro Filón algunas rosas de esas que no se secan nunca porque hay en ellas, soplos del aliento divino.

www.formarse.com.ar

(7)El pulpo.

(8)**Especie de cangrejo.**

Pero esto será el programa para mañana.

Todos aplaudieron la idea, y Zebeo continuó:

—Como yo conozco el pergamino que leeremos mañana, propongo que terminemos esa velada con algo hermoso que pueda darnos la orquesta de Boanerges. Las almas venusianas estamos siempre sedientas de armonía y de amor.

— ¡Aprobado! ¡Magnífico! ¡Muy bien! —fueron las frases que acogieron la indicación de Zebeo.

— ¡Oh mi gran padre! —exclamó Thabita acariciando la cabeza de Zebeo—. Tú siempre aciertas con lo que María, Rhoda y yo queremos.

— ¿Y a mí me dejáis fuera del trío? —preguntó Amada con su voz infantil.

— ¡Oh querida! —le contestó Thabita—, tú tienes el ruiseñor al lado y estás envuelta toda en sus cantares de amor!

Boanerges y Amada se miraron sonriendo y él prometió:

—Os prometo para terminar la velada de mañana un retazo de nuestro poema de amor.

A la hora de costumbre a la noche siguiente, y en medio de un religioso silencio, Zebeo abrió los pergaminos del Maestro Filón y buscó la hoja que decía:

"ACERCÁNDOME A DIOS"

Comenzaba así:

*"¡*Energía que mueves los mundos creados y arrancas de Ti Mismo las chispas que formarán los mundos que hoy sólo existen en tu eterna idea! ¡Esencia sutil, infinita de flores inmortales desconocidas del hombre terrestre! ¡Luz inextinguible de las esferas radiantes que alumbran las noches de los valles de la Tierra!...

"¡Sinfonía eterna que vibra en el aire; en la luz, en los vientos, en los mares, sin enmudecer jamás en las edades y los siglos!...

"¡Quiero comprenderte aunque sólo soy una chispa errante de Ti Misma! ¡Quiero sentirte aunque no soy más que una fibra del cordaje de oro de tus arpas invisibles!

"¡Quiero conocerte, aunque mis alas de luciérnaga se consumen como polvo en la llama viva de tu vida Eterna!

"¡Comprenderte, sentirte, conocerte es y será la gloria del alma que te ha presentido Visión Divina que huyes siempre... que te esparces como un perfume, que te diluyes como el Iris en el azul infinito... y te apagas como el sonido de una melodía que se aleja y se aleja indefinidamente...

"¡Yo era niño y te encontraba en los ojos de mi madre que me sonreía en la cuna! ¡En el rumor del arroyuelo que saltaba espumoso entre las piedras!... ¡En el perfume de las rosas asomando por mi ventana!... ¡En el canto de los pájaros jugueteando en el huerto familiar!...

"¡Fui adolescente y soñé entre cortinas y velos de opalinas transparencias!... ¡Fui joven y viví y deseé y lloré y corrí en muchas direcciones buscándote sin encontrarte porque debí ser una momia sonámbula errante, andariega hecha de cristal de piedra!

"¡Pero llegó un día... (Si ojos humanos revisan esta escritura, que el alma de esos ojos beba en el agua de mi vida, en la sangre de mi corazón).

"Dos grandes y santos amores encontré en mi desesperada carrera buscando a Dios.

"La madre que me sonreía en la cuna dormía en el sepulcro de sus mayores cuando yo apenas dejaba la cuna.

"Mi padre se absorbía en el gobierno de los pueblos y en grandes combinaciones comerciales por la tierra y por el mar.

"La soledad fue mi nodriza y mi tutora y fue también mi maestra, mi novia y mi esposa. ¡Todo fue para mí la soledad!...

"Una niña pastora de antílopes se presentó a mi vida solitaria en el oasis de Baharije, como un blanco nenúfar de la fuente. Mis diecisiete años la recibieron como una visión del paraíso. Y nació el amor entre ambos como una caricia de la luz de amanecer, con el perfume de los lotos que bordaban las orillas de la fuente, como el ruido de alas de cisnes sacudiéndose en las ondas cristalinas.

www.formarse.com.ar

"Y en la austera Escuela de Alejandría donde estaba pupilo otro amor apareció en mi soledad. Era la hermana mayor del Director del Gran Establecimiento docente, el más célebre de ese tiempo.

"La niña del oasis de Baharije era un amor de doce años.

"La mujer de la Escuela de Alejandría que podía ser mi madre, tenia treinta y cinco años, era un amor protector, previsor, dulce y suave como una canción de cuna. Ambas eran hermosas con esa doble hermosura del cuerpo y del alma que es como un privilegio de Dios sobre la tierra y ejercieron en mi vida tan poderoso influjo que por ellas dos llegué a ser lo que soy por ellas dos me acerqué a Dios, sentí a Dios, lo comprendí, lo conocí y lo amé.

"¡Elba y Noa!... ¡Visiones amadas de mi primera juventud!... Mirando ya cercano el sepulcro rememoro vuestros nombres y os bendigo para siempre. Me precedisteis en la entrada a la feliz eternidad...

"¡Salidme al encuentro os ruego cuando los ángeles de Dios abran para mi la puerta dorada y formaremos entonces la más feliz trilogía de amor que hayan florecido en los cielos de Dios!

"Vine como un navegante a merced de las olas del inmenso mar de aquellos dos amores.

"Mi corazón de hombre se lanzaba alegre como un cervatillo en las praderas, hacia las olas saltarinas y azules de la fuente fresca que era para mí el tierno amor de Elba, la pastorcilla de antílopes del casis de Baharije.

"¡Y la leche, la manteca y el queso de su rebaño, el dorado pan de su fuego, la miel de su colmena, los frutos de su huerto, las gardenias y junquillos de su lago, eran para mí tan dulces como los castos besos de sus labios que reían siempre, y como la tierna mirada de sus ojos de gacela, que no lloraban nunca!...

"Me maravillaba verla siempre feliz en su pobreza y en sus afanes del trabajo diario. — ¿Cual es el secreto niña de que ríes siempre y no lloras nunca —le pregunté un día.

"Hijo un gran silencio y sonriendo siempre, pero con sus dulces ojos negros mojados de llanto me contestó así:

—"Río siempre cuando tú me miras; pero lloro siempre cuando te vas de mi lado.

"¡Tales palabras descorrieron el velo! Tras de ese amor estaba Dios escondido para mí. En ese amor de doce años que no pedía nada, que no tenía el interés de la posesión ni la esperan-a de la recompensa, que amaba por amar, como las flores al darnos sus perfumes, como el vientecillo de la noche al refrescar nuestra frente abraca por el sol, como la fuente al brindarnos la frescura de sus aguas estaba Dios el Eterno Dador de todo cuanto hay de grande, bello y bueno en la vida del hombre sobre la tierra!

"Y la amé con infinita locura v ansias supremas de amor. Debía ser la esposa que mi corazón de carne reclamaba.

"Y mirándonos ambos en la fuente en que el sol de ocaso se miraba, le di-'e tomando sus manilas en las mías: —Cuando seas mayor, te haré mi esposa.

"— ¿Qué es ser la esposa? —me preguntó con deliciosa candidez su inocencia de niña.

—"Es vivir juntos siempre; es no apartarme nunca de tu lado; es vivir tú solo para mi, y yo para ti —le contesté.

"Y fijando en mis ojos, sus ojos asombrados, grandes, llenos de luz y de interrogantes, me contestó:

—"Debe ser bueno, muy bueno ser la esposa que tú dices. Entonces si tendré risa para ti siempre y no podré llorar nunca más porque nunca te irás de mi lado.

"Yo besé sus manos, su frente, su boca que reía y eché a correr al desierto como un ciervo feliz que bebió en la fuente cuanta agua necesitaba su sed.

"Y cuando estuve solo en el desierto, vi que anochecía, y que la primera estrella, el lucero de la tarde estaba rojizo como una brillante amatista.

"¡Lámpara hermosa de Dios! —le dije— ¡ Yo también tengo resplandores de lámpara en mi corazón, en mi rostro, en mis ojos, en mi boca porque encontré el bien, la luz, la paz y el amor, y todo eso es Dios en su criatura humana! ¡Es Dios en el hombre creado por El a semejanza suya!

"Volví a la Escuela más tarde que de costumbre porque la dicha de vivir para este amor me hizo vagar como enloquecido por entre los peñascos y las dunas, hasta que otro compañero se unió a mí y me avisó que íbamos retrasados.

"Todo era sombra y silencio en los claustros y columnatas de la Escuela de Alejandría.

"Dejé a mi compañero en su alcoba solitaria y pasé a la mía en la columnata de la izquierda habitada por los alumnos menores.

www.formarse.com.ar

"En mi alcoba había una lamparilla encendida; un mantelito blanco sobre mi mesa de estudio; una cesta de pan, queso y dátiles, un jarro de vino con miel y una esquelita que decía: "He pedido todo esto al cocinero para ti porque te veo tan débil y no te está bien acostarte sin cenar. Come tranquilo y bendice a Dios que te da una madre para velar por ti. *Noa".*

"Ver todo esto y echarme a llorar como un chiquillo, fue todo uno y en el mismo momento. Cuando pasó el acceso de llanto me vino un aluvión de grandes pensamientos.

—"He aquí otro amor bello y sublime que me sale al paso y en el cual también está Dios. ¿Por qué Noa hará esto conmigo y no con los demás? ¿Será porque sabe que yo no tengo madre y que mi padre pasa tiempo sin venir a 'verme?

"El compañero que acaba de venir conmigo no tiene padre ni madre, y su alcoba estaba a oscuras, y su mesa vacía. Todo esto es el bien, la paz, la dicha y el amor. También está Dios en el amor de Noa, porque ella hace esto porque me ama.

"¿Por qué me amará Noa si yo nada soy para ella? ¿Qué puede esperar de mí? Su hermano Director de la más célebre Escuela de Ciencias y Letras, c- un gran personaje de renombre bien merecido. Reyes y Príncipes le confían sus hijos. Ella su hermana, tan ilustre como él, está mirada como una estrella de éste y del otro lado del Mar Grande. Estuvo en las gradas del trono de Cilicia, prometida esposa al heredero fallecido en vísperas de la boda. ¿Por qué iba de amarme a mí una mujer de tal altura?...

"Después de tejer todos estos pensamientos, comí lo que ella había puesto sobre mi mesa y pasé a mi alcoba. Allí encontré otro desbordamiento de su amor."

Las blancas cortinas de mi lecho estaban limpias y recién colocadas. El tapiz del pavimento era nuevo y mullido como lanilla de los corderos de Persia. Mi túnica parda y mi pelerín blanca tendidas sobre el diván eran nuevas y de preciosas telas de Cachemira. Todo admirablemente ordenado y hasta un ánfora de cristal con rosas de Ipsambul en una repisa de bronce que yo no había colocado.

"—Todo esto —me decía yo mismo— es el bien, la dicha, la alegría, la paz y el amor. Y Dios es todo esto para su criatura que vive la triste vida de la tierra. ¿Por qué ha de amarme Noa si ella es tan grande, tan noble, tan amada de todos, y yo soy un jovenzuelo sin ningún valor porque aún no he tenido tiempo de conquistarlo?

"¡He aquí otro amor romo el de la pequeña Elba, que no pide nada, que no espera compensación, que ama por amar como las flores, que se dan sin pedir nada, como la luz del día, como el agua de la fuente, como el gemir de :os pinos cuando el viento los sacude!

"¡El amor que no pide ni espera recompensa porque de nada necesita, es Dios envolviendo a su criatura en la infinita suavidad de su esencia que es luz en el éter, frescura en el agua, perfume en la brisa que nasa rumorosa por los jardines en flor!...

"Y vencido por el sueño y el cansancio de aquel día de asueto, me dejé caer al lecho y quedé dormido.

"Soñé que dos hadas muy bellas, velaban tranquila y dulcemente mí sueño. Y acercándose la una me decía: "Yo te amo porque soy la esposa que reclama tu corazón de hombre". Y la otra se acercaba también y me decía: "Yo te amo porque fui en otra hora la esposa que reclamó tu corazón de hombre; y hoy debo ser una luz en tu sendero, agua fresca en tu fuente; mano piadosa en que te apoyas para subir la cuesta, abrigo para el frío de tus decepciones, escudo de diamante que te defienda de las flechas enemigas; llave de oro que te abra el templo de la ciencia, ala de plata que te suba a la cumbre".

—"¡Qué sueño magnífico! —exclamé al despertarme. Pero entonces no fui aún capaz de comprender su significado. No había aún cumplido los diecisiete años y era más niño que hombre.

"Dos años después Elba moría víctima de una fiebre maligna que la llevó al sepulcro en treinta y tres días, sin que ningún médico de Alejandría le pudiera conservar la vida. Por amor a mí la trajo Noa a su casa y fue una madre para ella. Yo fui como el cirio que velaba junto a su lecho y cuando todo terminó, fui una lámpara de su tumba y la siempreviva esparcida sobre la losa que la cubría.

"Mi corazón de hombre no reclamaba ya ninguna esposa, porque la que hubo de serlo me había dejado dentro del pecho su corazón palpitante y vivo al partir, y sintiendo yo su vivir dentro de mí, m quería ya otro corazón.

"El amor de Noa se hizo más grande y suave como el mar en calma, para llenar él sólo, el vacío de la que ya no estaba en la vida. Pero sabiendo bien que no podía llenarlo, pintó para mí su imagen, a la orilla de una fuente bordeada de lotos y con cisnes que sacudían sus alas sobre la mansa corriente. Y los negros ojos de aquel amor mío de doce años siguieron mirándome en la penumbra de mi alcoba solitaria, y Noa siguió colocando ante el lienzo día a día el ánfora de cristal con rosas de Ipsambul.

www.formarse.com.ar

"Este santo y desinteresado amor me fascinaba, casi hasta enloquecerme. —"¡Noa! —le dije un día cuando cumplía mis veinte años y la muerte de mi padre me dejaba dueño de un nombre honorable y de grandes bienes de fortuna.

"¡Noa! ¿Piensas pasar toda tu vida en soledad?

—"No estoy sola —me contestó— pues tengo a mi hermano que me ama y a ti que también me amas"

"¿Crees acaso que puedo pensar en un marido cuando tengo el amor de mi hermano y también el tuyo?

—"Es que puedo yo ser tu esposo y seguirás teniendo a tu hermano y a mí."

'Ella me miró asombrada y sus dulces ojos color de topacio se llenaron de luz y de interrogantes tal como tres años antes los ojos oscuros de Elba me habían mirado cuando le hablé de hacerla mi esposa.

—"¿Y qué necesidad tenemos ni tú ni yo de atarnos con un lazo que nos imponga el amor obligado ante las gentes cuando es más verdadero, noble y grande el amor sin mandato que le obligue, el amor que se da sin pedir nada, sin esperar recompensa y sólo por la dicha inmensa de amar? ¿Te ha faltado algo para tu carrera, tus estudios, tus viajes, para el cuidado de -tu persona y de tu vida?

—"¡Es verdad Noa! Has pensado en todo y no has dejado faltarme nada. "Creí que tu corazón podía echar de menos la compañía de un esposo. —"Calla niño —me dijo— que aún no sabes lo que dices. Tu consagración a la Ciencia, tu ansia de conocimientos y de Divina Sabiduría, tus éxitos prematuros, tu tierno amor por mis solicitudes, tu delicada comprensión de lo que soy para ti sobrepasa la medida de cuanto anhelo en esta vida mía.

"Además, mi edad dobla la tuya y aún viven los que me oyeron decir al cerrarse la losa funeraria del único hombre con quien pensé desposarme: "Serás mi esposo en el recuerdo todos los días que me restan de vida".

"Yo no pienso que las palabras dichas sobre el sepulcro de un ser querido, se las lleva el viento sino que ellas viven tanto como dura nuestra vida.

—"¿Qué eres entonces Noa para mí? —osé preguntarle acaso como un insensato.

—"¿Qué soy yo' ¡Oh mi amado Filón, niño grande de veinte años, pero niño siempre! ¿No has comprendido que soy para ti como la lamparilla que arde siempre en tu mesa de estudio, como la caricia materna que endulza tu vida, como la guardia fiel que impide llegar hasta tu pecho las flechas enemigas? "¿No ves que yo aparto las piedras de tu camino y tiendo puentecillos invisibles para que vadees sin enlodarte los arroyos cenagosos de la vida?

—"¡Es cierto Noa! Es cierto —le dije cayendo de rodillas a sus pies, mientras ella sentada en mi salita de estudio me miraba amorosamente.

"¡Mujer admirable! —le dije— que vives la grandeza del amor sin mezquinos intereses, sin deseos, sin egoísmos de ninguna especie; que vives el rumor que es Dios en la criatura humana, ¡que es Dios en la vida del hombre! Si un millar de mujeres como tú estuvieran esparcidas en el mundo, no había tiranos ni conquistadores, ni corrupción, ni esclavitudes, ni miseria, ni dolor porque este amor tuyo que es soplo de Dios en la tierra, aniquilaría para siempre todo lo que no es de Dios.

"Noa estrechó mi cabeza sobre su pecho y me dijo con su voz que temblaba de emoción":

—"¡Bendita sea esta hora en que me das la dicha suprema de haber comprendido que hay un amor más alto, más noble y puro que el amor de los sentidos, tan fugaz y pasajero como una ráfaga de viento!

"Cinco años después cuando yo llegaba a los veinticinco años de mi vida, esta gran mujer, prototipo y símbolo del amor sin interés, que se da sin pedir nada, abandonaba la vicia física en la cual seguramente nada más podría hacer que fuera más grande, bello y puro que lo que había hecho.

"Era otra tumba abierta en mi camino que se hubiera tornado pavoroso y desesperante si no hubiera llegado el mismo día a mi lado, un Melchor de Horeb que me dijera: —Ha bajado el amor a la tierra. Ha nacido el Avatar Divino en el país de Israel. ¿Quieres venir como Escriba mío a buscarle para llenar con El todos los abismos que abrió la vida en tu corazón y en el mío?

—"Sí vamos —le dije— ¡vamos ahora mismo, saldamos de este lugar donde dos tumbas han sepultado mi corazón para siempre'

—"No hables así Filón —me dijo el—. Solo tienes veinticinco años y a esa edad el corazón no muere para siempre. El Amor ha bajado ahora a la tierra y El sacará tu corazón de la tumba.

—"El corazón del hombre muere —le dije con voz quebrada por el dolor— pero no muere nunca el amor.

"Busque al Eterno Invisible en todas las cosas y le encontré escondido en las dos mujeres que amé y me amaron con el más grande desinterés que pude jamás soñar que encontraría en mi vida.

www.formarse.com.ar

"Le referí la historia breve y luminosa de mis dos amores y cuando hube terminado el Príncipe Melchor se abrazó a mí, llorando angustiosamente mientras me decía:

—"¡Feliz de ti que encontraste a Dios oculto en tus santos amores! ¡Mientras que yo causé la muerte de dos criaturas de Dios por un amor que no era santo!

"Por tercera vez encontré a Dios en el alma justa, noble y sincera del Príncipe Melchor que des-le ese instante me brindó su amor de amigo, de confidente y de padre hasta el último instante de su heroica vida, que no solo es heroísmo el morir por una causa justa sino también el vivir una vida de sacrificio y de amor consagrada al bien, a la justicia, a la Verdad. Y fue la terrera tumba abierta en mi camino después de haberme dado esas tres vidas, lo más grande, lo más hermoso, lo más excelso que puede esperar la humana criatura en su pasaje terrestre: me han hecho sentir a Dios; me han acercado a Dios, tanto... tanto, que en los soles refulgentes creo ver su vestidura, y su aliento en el céfiro nocturno, y su amor inefable en el amor desinteresado y puro de todas las madres de la tierra.

"¡Oh hermosa trilogía de amor! ¡Elba, Noa, Melchor! Estrellas doradas de mi cielo que sostuvisteis mi vacilante vida hasta que pude ver con mis ojos de carne y palpar con mis manos de carne al Hijo de Dios hecho hombre, con un corazón de carne como el mío y ansias supremas de vida imperecedera, de luz inextinguible, de amor infinito y Eterno!

"¡Por ellas tuve al Dios-Hombre al alcance de mi voz, de mis miradas, de sus brazos!...

"Y es El la más viva imagen del Eterno Invisible, su Pensamiento, su Idea, su Verbo Divino.

"¡Cuan grande es el amor desinteresado y puro que nos hace sentir y comprender a Dios!... ¡Que nos acerca a Dios y nos lleva hasta morir en Dios!

"La lobreguez de la tumba, la losa de sus sepulcros, no tuvieron fuerza ni acción ninguna sobre aquellos dos grandes amores de mi primera juventud.

"Quiero creer que me velaban durante el sueño, pues en él les vi muchas veces y más aún en momentos, horas y días en que tuve que vencer grandes dificultades.

"En mis penosos y largos viajes a través de desiertos y peñascales pavorosos, se me presentaban en el sueño para avisarme a veces de un peligro de muerte, o para indicarme el sitio preciso en que encontraría la entrada a una antigua cripta bajo un templo derruido, donde creía encontrar preciosos documentos de sabiduría antigua.

"Como me tuviese algo intrigado esta vigilancia espiritual ejercida hacia mi persona, así que me encontré con el Ungido Divino ya joven de veinte años, le referí lo que me sucedía deseando oír de su boca si esto podía ser algo real y verdadero o era solamente una consecuencia de mi vivo recuerdo de ellas. Y El me contesto:

"—El amor del Padre tiene ternuras maternales para sus hijos, y algunos de éstos hicieron merecimientos para que El les conceda como ándeles guardianes a aquellos seres que mucho les amaron y fueron amados de ellos."

El pergamino de Filón había concluido y de nuevo el silencio profundo se establecía en la sala, como si estuviera vacía completamente.

Pasados unos momentos, oían en un rincón de la vasta sala donde las penumbras formaban como un suave cortinado de oscuros pliegues las primeras potas del laúd de Boanerges acompañado del arpa de Amada.

Y luego se airaba la voz de barítono, plena, suave, cristalina del trovador que cantaba en cumplimiento de su promesa de la noche anterior:

¡Amar como aman las flores
Que perfuman las praderas,
Como ama el ave en los bosques
¡Y en el cielo las estrellas!...

Nada reclaman las rosas
Cuando nos brindan esencias,
Y el iris de sus colores
Y su radiante belleza.

www.formarse.com.ar

Nada reclaman las aves
Que nos dan sus melodías
Desde la umbrosa arboleda
Que sombrea las colinas.

Y las estrellas nos brindan
Con amor sus resplandores
Cual si fueran en los cielos
Palpitantes corazones.

Y la fuente la frescura
De su linfa cristalina
Y los montes gigantescos
La alba nieve de su cima.

Sólo el hombre pide siempre
Recompensa por su amor
Y ambulante va en la vida
Buscando compensaciones.

Amar por amar es agua
Que no conocen los hombres;
Amar por amar es agua
Que sólo beben los dioses.

La voz de cristal calló, pero el laúd y el arpa continuaban la rima suave de las estrofas como si esperasen una nueva palpitación del corazón de Boanerges, que parecía ser una inagotable fuente de vida, de armonía y de amor.

— ¡Oh, Boanerges! —le dijo Zebeo— ¡Cuánto vamos a echarte de menos en la humilde Aldea de los Esclavos, cuando tiendas tu vuelo hacia la patria lejana!

—No sólo yo partiré —contestó emocionado él—. Somos varios los que volaremos hacia aquellas tierras. Pero si tanto vais a sentirlo, Amada y yo os prometemos volver, si el Capitán Saúl quiere traernos en su barco.

—Ya lo sabéis —contestó éste—. Cada dos lunas mi barco suelta amarras en Joppe y boga hacia Alejandría.

—Y 'cada luna —dijo el Capitán Pedrito— nuestra barcaza "Amare Victum" amarra en el puerto de Alejandría esperando viajeros.

—Verdaderamente —añadió Matheo— somos tan pequeños que la grandeza de esta Tierra nos hace daño. Estaríamos más a gusto en un pequeñito globo de cien estadios donde nunca tuviéramos que decirnos adiós.

—Entonces le encontraríamos pequeño para nuestras ambiciones —dijo Leandro—. Hay que convencerse que el alma humana vive insatisfecha siempre, y siempre deseando lo que no puede tener.

—Hay que pensar en lo que sucedería en este mundo si nadie deseara nada —observó Felipe.

—Pues que todos nos volveríamos de piedra como la Esfinge y entonces ¿quién trabajaría? —dijo con mucha gracia el Capitán Pedrito.

—No, no —dijo Juan—. Nada de irse a los extremos en ningún asunto. Los términos medios son los mejores.

— ¿Y lo dices tú, querido Johanín? —Interrogó María—-. Esto quiere decir que olvidaste por completo los diez años que pasaste como una piedra que nada quiere de nadie ni con nadie.

www.formarse.com.ar

—Justamente porque lo recuerdo bien es que digo que todos los extremos son malos, o sea, desear mucho y no desear nada.

—Entonces para entendernos —observó Narciso—, debemos querer y desear lo que es razonable y justo querer y desear. Entonces el equilibrio será perfecto entre nuestros deseos, nuestra posibilidad y el bien que de realizarlos pueda resultar.

— ¡Justo! Esa es la tecla que faltaba por sonar.

Aquella memorable velada fue a terminar al Oratorio contiguo, al pie del Altar de las Tablas de la Ley con una breve plegaria mental en que cada alma buscó en el Amor Supremo, en la Eterna Energía lo que creía necesitar para fl fiel cumplimiento de los deberes voluntariamente aceptados.

LOS CAMINOS DE DIOS

Para seguir los pasos de otros *amigos de Jhasua* de la primera hora, nos es necesario lector amigo, volver la vista atrás y desandar el tiempo andado. O sea que debemos retroceder al día aquel que en la Villa Astrea del Lacio, el Príncipe Judá unía en matrimonio a Diana de Pouzoli con el Tribuno Militar Marcelo Gallón.

En el viejo Castillo del Lago Merik dejamos grandes amigos y un hermoso campo de acción de los obreros de Cristo, y a su debido tiempo volveremos a encontrarles y apreciar el progreso en sus silenciosos y meritorios trabajos.

Para que nuestro cuadro sea completo debemos andar por los caminos que todos ellos anduvieron sin dejar olvidado a ninguno.

Recordará seguramente el lector al esclavo griego Demetrio de Corinto que se despidió de su amo el Tribuno Marcelo y del Príncipe Judá y volvió a la Isla de Capriz recoger a la esclava griega Rhode que lo ayudó en la salvación de Diana.

Demetrio era medio hermano por su madre con Stéfanos, uno de los Siete Diáconos de la Congregación Cristiana primitiva de Jerusalén.

Y habiéndonos sido preciso retroceder al año dos después de la muerte del Cristo Hijo de Dios, no habían comenzado aún las terribles persecuciones del Sanhedrín contra los discípulos del Gran Mártir, si bien había una tenaz vigilancia y espionaje sobre ellos.

Demetrio alquiló un asno entre los labriegos dependientes de la Villa Astrea y se dirigió a Gaeta por la amplia carretera desde Roma a Nápoles. Allí se vistió como un labrador, alquiló otro asno que cargó de ropas y comestibles y marchó directamente a Nápoles donde contaba con un amigo griego también, que tenía un comercio de vinos y frutas secas de Corinto. Allí guardó los asnos y alquiló una canoa con cabina para cruzar hasta la costa norte de la Isla imperial donde esperaba encontrar a Rhode en el refugio que le había aconsejado.

El mar batía con fuerza las olas cuando Demetrio a bordo de su canoa remaba desesperadamente tratando de cortar con la proa el alterado oleaje. Cerraba la noche oscura y sombría, pues el menguante era avanzado *y* la luna salía muy tarde. La marea estaba muy alta lo cual favorecía la empresa, pues no tendría Demetrio que trepar tan largo trecho del espero acantilado para llegar hasta la gruta refugio de la esclava Rhode. Ella desde su escondite vio la luz de la linterna que Demetrio enfocaba de tanto en tanto en esa dirección como un aviso de su llegada. Pero la infeliz joven estaba herida en la espalda por una flecha que le había disparado uno de los guardias de la Isla en los momentos que descubrieron la huida de Diana. Y en tres días sin curarse, la herida, aunque no era mortal le había producido fiebre. Así la encontró Demetrio.

—No podemos esperar ni un momento más —le dijo— porque al salir la luna podemos ser vistos desde arriba. Los guardias tendrán órdenes terminantes.

—Hubiera sido mejor morir —le contestó Rhode—, pues ahora sólo te serviré de estorbo en tu fuga.

—¡Rhode! —exclamó espantado Demetrio—. Desde que te conozco te vengo hablando de un hombre-genio que fue sereno a la muerte por enseñar a la humanidad el amor de los unos a los otros, ¿y tú me hablas así?

A la luz de la linterna examinó la herida, y él como estudiante adelantado de las Escuelas de Medicina de Atenas, comprendió enseguida que no era mortal pues aparecía en el lado derecho casi llegando al hombro. Pero estaba inflamada y le producía intenso dolor.

—Si tuviera aquí la túnica del Santo esto desaparecería en un abrir y cerrar de ojos —murmuró a media voz. Recordó en ese instante las palabras que oyó decir al apóstol Pedro, su maestro en la Escuela de Cristo:

www.formarse.com.ar

"Si tienes fe y amor, todo lo puedes" y doblando su cabeza sobre el hombro herido de Rhode pensó fuertemente:

—Te amo, Señor, y tengo fe en Ti.

Un suave sopor le invadió como un sueño que no pudo precisar el tiempo que duró. Tampoco Rhode se movía. Ambos estaban como sumidos en un suave letargo.

El chisporroteo de la linterna que se apagaba les despertó.

Demetrio la llenó de nuevo de aceite y a la viva llamarada que ardió, examinó el rostro de Rhode que le sonreía. Tocó su frente y va no tenía fiebre. La herida no aparecía inflamada y el dolor había desaparecido.

—Creo que he dormido —dijo Rhode— y me he despertado bien.

— ¡El Señor te ha curado! —exclamó Demetrio—. Sólo El podía hacerlo. Vamos, vamos enseguida. Te bajaré en brazos a la canoa.

—No es necesario —dijo ella—. Baja tú primero. El agua ha subido tanto que la canoa casi llega a la gruta.

Demetrio asió la soga y la acercó más aún Saltó a ella con el pequeño fardo de ropas de Rhode y la recibió en brazos cuando ella se arrojó desde el último escalón de la roca.

Así realizó un secundo salvamento de otra cautiva del despotismo de los poderosos. Remó vigorosamente y cuando la luna salía estaban entrando al Golfo de Nápoles.

La luz de la luna menguante envolvía en su amarillento velo la gruesa columna de humo que subía del Vesubio, claramente destacándose sobre el azul del cielo como una cabeza de gigante con un penacho de negras plumas.

Las primeras luces del amanecer les encontraron llegando a la ciudad en uno de cuyos suburbios estaba el comercio del compatriota de Demetrio Entraron por la puerta de la caballeriza y allí donde los asnos y unas cabras descansaban rumiando la ración de la noche, Demetrio y Rhode se dejaron caer sobre un montón de heno seco donde esperarían el amanecer.

Allí en una mísera caballeriza, entre el fuerte respirar de las bestias, aquello? dos seres humanos, proscriptos de la sociedad de los hombres, encontraron paz, sosiego y casi alegría.

Ninguno de los dos había nacido en la esclavitud. Demetrio hijo del magistrado Heracleo de Corinto y de Fedra viuda de un general ateniense había recibido una esmerada educación y últimamente estudiaba Medicina en uno de los mejores Institutos de la ciencia de Hipócrates. Fue hecho esclavo por la felonía de un cónsul romano a quien su padre falló en contra en un litigio que más bien era una estafa declarada. Su padre fue asesinado y el hijo vendido como esclavo en un mercado de Roma. Su madre murió juntamente con él y su hermano mayor Stéfanos que no fue persona grata a su padrastro, residía desde tiempo en Tiro donde conoció a Jhasua en su última estadía en dicha capital, y se afilió a la Santa Alianza. El lector habrá comprendido que Stéfanos medio hermano de Demetrio, es el mismo diácono Esteban, que el Sanhedrín Judío mató á pedradas pocos años después.

Rhode había nacido entre el poderoso laberinto de serranías de los Montes Pindo, en la región de Ambracia, sobre el golfo de este nombre.

Y su niñez transcurrió serena y feliz entre aquel soberbio paisaje de montaña cubiertas de olivos, de naranjos, de vides, y las rumorosas aguas del Golfo de Ambracia que recibía en su seno al Río Dodona venido del norte.

Pero su padre era un artista de la cerámica y en general de toda obra de alfarería y fue contratado por una empresa marmolera de Beocia y del Ática para establecer un gran comercio internacional de urnas funerarias, vasos, ánforas, cofres de mármol, de cristal, de oro y de plata que producía grandes riquezas.

Es por demás sabido que la ambición de fortuna ha traído muchas veces la ruina de innumerables familias y aún ciudades, pueblos y países.

Trasladarse desde el Golfo de Ambracia a la Beocia y al Ática, en aquella época «ra como trasladarse a otro continente a través de grandes montañas, de arriesgados desfiladeros y turbulentos riachos que estorbaban el paso cuando bajaban desbordados de las altas cumbres.

Por tal camino llegó Rhode con trece años a Helicón sobre el Golfo de Corinto residencia del General Filemón, uno de los propietarios de las montañas de mármol, y esposo de Atenea, padre del que fue Stéfanos, el primer mártir del Cristianismo naciente, más conocido por el Diácono Esteban que con Felipe, Parmenas, Nicanor y otros fueron grandes auxiliares de los Doce en la primera hora después de Cristo. A la muerte del general Filemón, su viuda Atenea se había casado por conveniencias materiales con su cuñado Aristarco socio de su difunto marido en la propiedad de las canteras de mármol. Este *Aristarco* fue el padre de nuestro amigo

Demetrio, el cual quiso hacer un hombre de letras como él lo era, que había llegado al alto carro de magistrado de Areópago.

Le había hecho estudiar en Liceos y Academias buscando despertar en él una vocación bien definida con el fin de que siguiéndola llegara a destacarse, a descollar en una alta y distinguida posición.

Por fin el joven Demetrio, que había desempeñado correctamente los años de Efevo **(1)** se decidió por la Medicina.

En esta situación se encontraron con Rhode en la ciudad de Corinto sobre el Golfo de este nombre, y natural y fácilmente hubo una gran amistad entre las familias de Heracleo, el artista de alfarería, y la de Aristarco el magistrado y propietario de la empresa marmolera ya mencionada.

El mismo delito de asesinato y despojo que ejecutó en Judea el procurador romano Valerio Graco con la familia del príncipe Ithamar que conocemos en "Arpas Eternas" lo cometió el Cónsul Vitelio Casio con estas dos familias a las que despojó de sus riquezas y asesinó a los padres que podían reclamarlas. Los jornaleros y servidores fueren vendidos como esclavos y esparcidos por distintos mercados del mundo de entonces. Demetrio y Rhode para salvarse de la muerte se confundieron entre la servidumbre, y como todos ellos, fueron llevados a Roma y vendidos como esclavos de precio por su físico y educación.

Por ese entonces Stéfanos había llegado desde Tiro hasta la Judea poco antes de la muerte del Cristo y Demetrio y Rhode habían sido comprados como esclavos por el Senador Galión que los ofreció como regalo a su hijo el Tribuno Marcelo y a su novia Diana de Puozoli.

De esta manera se unieron de nuevo los caminos de Demetrio y Rhode, cumpliéndose en ellos el viejo adagio: *Lo que Dios ha unido nadie lo puede reparar.*

¿Cómo llegó a conocer el esclavo Demetrio al Mesías Uncido de Israel? Poco antes del asesinato de Cayo Druso el heredero de Tiberio César, en los días azarosos aquellos en que el príncipe Judá esperaba que el César firmara la aceptación de Jhasua como Rey de Palestina, llegaba a la Judea el Tribuno Militar Marcelo Galión, con destino al fuerte de Minoa en Gaza como una venganza de Cayo Druso porque Galión había conquistado a Diana que él quería para sí. El General Galo su padre era por entonces el primer Jefe Militar del Imperio Romano, respetado y admirado por todas las legiones; y como el viejo César tenía ya poca vida, su heredero planeaba ya la alianza de seguridad futura casándose con la hija del celebrado militar. A veces la Ley Divina utiliza estas innobles y egoístas combinaciones para conducir a los que deben ser sus apóstoles misioneros al lugar o sitios en que ellos deben actuar.

El tribuno Galión llevaba consigo a su esclavo Demetrio que desde el primer momento fue el amigo de confianza para su amo que supo comprender y valorar su capacidad y sus méritos; de la misma manera que Diana comprendió y amó a su esclava Rhode por sus finos modales y la dulzura de su carácter.

¡Cuál no sería la amargura de Stéfanos que presenció el desembarco en Gaza del Tribuno Marcelo Galión cuando vio a su hermano Demetrio cargando las maletas de viaje de su amo, sus armas y llevándolos al carro que del Fuerte habían mandado a esperarle!

En pocas palabras Stéfanos lo comprendió todo, y condolido hondamente decía abrazando una y otra vez a su hermano menor:

—Esta desgracia la ha traído la soberbia y la dureza de tu padre que tan cruel e injustamente me apartó de nuestra madre por el vil interés de los bienes materiales qué no quería dividir conmigo, ¿qué tiene ahora?

— ¡Nada! —contestó Demetrio—. Una mísera sepultura en el hueco de una roca donde descansa con nuestra pobre madre que pereció junto con él la terrible noche del asalto a nuestra casa.

En medio de tanto mal, he tenido la suerte de caer en una buena casa; la del Senador Galión, antigua familia patricia de las que ya quedan pocas en Roma.

Aunque soy un esclavo, no me tratan como a esclavo.

(1) Estudiantes de gimnasia esgrima y artes militares en general.

—Yo pagaré tu rescate —dijo de pronto Stéfanos—. Pertenezco a una institución que va siendo poderosa en Palestina y que al parecer dispone de gran-des capitales, pues rescatan esclavos por centenares. Hay aquí acontecimientos grandes que tú desconoces. ¿Dónde podremos encontrarnos nuevamente?

—Yo voy con el Tribuno Galión al Fuerte de Minoa. Es lo único que puedo decirte —contestóle Demetrio.

—Y yo me hospedo en este barrancón a orillas del mar y soy el escriba del curtidor Simónides que provee de pieles a todos los ricos de Judea.

www.formarse.com.ar

Todo este relato que acabo de hacer era el tema de conversación a media voz que hacía Demetrio y Rhode sentados sobre el montón de heno en el establo del suburbio de Nápoles donde se refugiaron después del peligroso salvamento de la segunda cautiva en la Isla de Capri.

El lector habrá comprendido que Demetrio había vuelto de la Palestina acompañando a su amo y refería a Rhode los acontecimientos en el país de Israel.

Pocas veces y a hurtadillas como vulgarmente se dice, habían podido hablar de lo que les había acontecido a ambos durante la separación siendo esclavos de amos diferentes.

En la Isla imperial nada se sabía de los últimos acontecimientos de Palestina, ¿Quién podía ocuparse allí del Mesías enviado por el Eterno Dueño de los Mundos para liberar de sus cadenas de ignorancia y de atraso a la humanidad terrestre? Allí sólo se comentaban los gloriosos triunfos de las legiones romanas en los países conquistados; los millares de esclavos que entraban mes a mes por las puertas de la gran metrópoli señora del mundo, de las luchas de los gladiadores; de los héroes victoriosos en las carreras de cuadrigas del Circo Máxime de las intrigas políticas entre Senadores Cónsules y Tribunos, de los amores clandestinos de la nueva aristocracia que relegando Hacia un lado el viejo y noble patriciado romano con sus austeras matronas y sus honrados caballeros, imponía sus depravadas costumbres copia del lejano oriente en decadencia.

¿Quién podía ocuparse allí de un Rabí galileo que repudiaba fe esclavitud, las tiranías, las autocracias, el insultante lujo de les ricos junto a la miseria hambrienta de los pobres?

Y avivando dolorosos recuerdos, Demetrio iba deshojando tristezas como flores marchitas que guardaba cuidadosamente en el cofre de su corazón. Quería llevar a Rhoda a las mismas grandes convicciones que él tenía desde que su hermano Stéfanos le había hablado de ese hombre genial que arrastraba muchedumbres con su palabra y al cual no resistían ni las más terribles enfermedades, ni aún la muerte misma.

Y cuando Demetrio refería con detalles el día trágico del martirio de aquel Genio del bien y del amor, Rhode indignada y casi llorando le preguntó:

— ¿Y el tribuno Marcelo y tú le dejasteis abandonado así entre esos chacales enfurecidos?

—Tú no sabes Rhode la fuerza que tiene en aquel país el fanatismo religioso unido a la ambición de oro y de poder. El Gobernador Pilatos no quería condenarle pero los príncipes sacerdotales del Templo de Jerusalén le amenazaren de tal manera que el hombre tuvo miedo de caer en desgracia del César y sabiéndole inocente, firmó la sentencia. Y el hombre de los ojos puros y de la palabra que destilaba miel sobre todos los dolores humanos, fue colgado de un madero como los esclavos rebeldes, como los bandoleros, asaltantes de caminos, como los piratas, asesinos en alta mar.

Rhode, enternecida, comenzó a sollozar.

— ¡Y El tenía madre Rhode!... ¡era ella la imagen de la piedad sentada sobre un trozo de roca a diez pasos del madero donde agonizaba su hijo! ¡Y tenía amigos enloquecidos de dolor, y mujeres que lloraban a grandes lamentos!...

— ¡Calla Demetrio, calla por favor, que me siento morir de espanto! ¡No me digas nada más que me arrepentiré de no haberme tirado al precipicio desde oí alto acantilado de la Isla de Capri!

¿Quién puede amar la vida entre los salvajes hombres de la tierra?

— ¡Cálmate Rhode! No todos son salvajes y malvados. Vi a mi amo el Tribuno Marcelo que mandaba obligado la ejecución de aquel hombre, beberse una bota de caña india, y beodo como enloquecido emprenderla a fustazos con cuantos se le pusieron delante. Vi otro Tribuno de gallarda presencia montado en un corcel negro que parecía tener fuego en sus patas, arremeter contra un pelotón de populacho que vociferaba impulsado por los príncipes sacerdotales que habían pedido la muerte del hombre santo. Y un caudillo árabe lo secundaba en la dura refriega de azotes y sablazos contra aquella piara de chacales, hambrientos de sangre como tú dices.

Los cielos. Rhode, se volvieron negros, y el trueno retumbaba en los espacios y los, relámpagos escribían con fuego la tremenda maldición del Dios del Profeta mártir, para los malvados que le quitaron la vida.

Fue algo espantoso que no se me olvidara jamás. En todos los barrancos alrededor de la montaña del suplicio ardían llamaradas que subían hasta las nubes ennegrecidas. El fuego hacía saltar las piedras, se desmoronaban trozos ríe ruca donde había grutas que eran sepulturas viejas de ajusticiados en aquella montaña, y saltaban huesos de muertos, cráneos blancos, trozos de esqueletos. Que se despedazaban al chocar de nuevo contra las piedras.

www.formarse.com.ar

La multitud corría despavorida temiendo ser aplastada por aquel terrible cataclismo de los cielos, de los barrancos que saltaban en pedazos, de las llamas que se extendían como las olas embravecidas de un mar sangriento.

¡Oh, Rhode! ¡Aquel hombre era el Hijo de Dios y la naturaleza toda estallaba de furor por su muerte!

— ¿Y ese Dios que tú dices no tenía poder para impedir que su Hijo fuera así martirizado y muerto?

—Ese es el misterio y el enigma que aún no he podido comprender —contestó Demetrio con profunda amargura.

—Apenas levante el sol partiremos hacia la Villa Astrea en el Lacio donde nos esperan nuestros amos que ahora son esposos. Ya tienen allí preparadas nuestras cartas de manumisión que nos harán libres a ti y a mí.

El dueño de la Villa Astrea es el gallardo Tribuno que azotaba al feroz populacho el día que ajusticiaron al Santo, y él debe saber muchas cosas que yo ignoro en este asunto. Enseguida que me vea hombre libre, volveré a Palestina para que los maestros de mi hermano Stéfanos me declaren todo cuanto ignoro y necesito saber.

— ¿Y yo Demetrio? —preguntó Rhode desconsolada—. ¿Vas a dejarme sola otra vez?

—Yo he velado por ti cuanto he podido mientras eras esclava como yo. Ahora que serás libre, elige tu camino Rhode. Yo no puedo obligarte a nada.

Se hizo un breve silencio.

—Muy bien, Demetrio. Si soy libre elijo mi camino y me obligo yo misma. Iré contigo a Palestina.

Demetrio, en silencio, hondamente conmovido le tomó las manos y las besó con un beso largo y mudo mientras se secaba con ellas dos lágrimas que rodaban de sus ojos... Eran las únicas que había llorado en presencia de otra persona desde el día que fue vendido como esclavo.

¡Qué fuerte lo había hecho el dolor tan estoicamente soportado!

Al anochecer del mismo día llegaban a las altas verjas de la Villa Astrea dos muchachos labriegos con los gorros campesinos atados bajo la barbilla y montados en asnos, con abultadas alforjas. El uno alto y fuerte; el otro de menor talla y al parecer endeble y delicado.

Al guardián portero de los jardines pidieron hablar con el Tribuno Marcelo Galión y su esposa, por un importante mensaje que debían entregarles.

Temeroso el mayordomo de que se encerrara una celada, ya que todos estaban al tanto de lo que ocurría en Roma en aquellos días, hizo las averiguaciones del caso.

Rhode no pudo soportar más y sacándose el gorro dejó caer su rubia cabellera.

— ¡Una mujer! —exclamó asustado el mayordomo.

—Es mi novia —dijo tranquilamente Demetrio quitándose el gorro y dejando al descubierto su rostro.

— ¡Oh, valiente Demetrio! —gritó el mayordomo al reconocerlo.

¡Pasad, pasad! que los señores han comentado ayer y hoy tu aventura y temían que no volvieras.

Ya se imaginará el .lector la escena que siguió después en la Villa Astrea, la hermosa mansión señorial del Príncipe Judá. Todos habían cobrado un sincero afecto a Demetrio y Rhode por la lealtad y nobleza con que habían obrado en todo momento aún bajo la humilde condición en que tan injustamente se vetan sumidos.

El príncipe Judá y su anciana madre Noemí que años atrás habían soportado el mismo inicuo atropello, comprendían y valoraban la fuerza de voluntad de aquellos dos jóvenes de veinticuatro años él y diecinueve ella, con que supieron triunfar de las maldades humanas y conquistar el afecto de aquellos que les conocieron de cerca.

—Es justo que demos gracias al Señor por la feliz terminación de toda esta terrible aventura —insinuó la anciana Noemí, cuyo profundo sentimiento religioso se manifestaba en todas las oportunidades.

Y cuando Demetrio y Rhode se habían despojado de sus disfraces y tomado sus trajes habituales, la anciana tomó a ambos de las manos y les acercó al altar de las Tablas de la Ley.

Sobre el altar estaba extendida la túnica azul del Cristo Mártir y sobre ella dos rollos de pergamino atados con cintas rosadas. Todos habían elegido a la anciana abuela para hacer de sacerdotisa en esta sencilla ceremonia de justificación y de amor.

De pie ante el altar y teniendo a ambos jóvenes a su lado recitó con honda emoción el salmo de acción de gracias que repetían todos en alta voz.

www.formarse.com.ar

Cuando se extinguió el eco de la plegaria, la anciana tomó los dos pergaminos y entregándolos a sus dueños, les dijo con la voz que temblaba y los ojos llenos de llanto:

—Ahora no sois más esclavos. El Cristo del Amor os ha hecho libres y dueños de vuestras vidas.

Diana sollozando se precipitó hacia Rhode y la estrechó fuertemente a su corazón. El Tribuno Marcelo Galión se acercó a Demetrio y estrechando sus dos manos le dijo:

—¡Amigo!... Este momento lo he deseado desde que mi padre te puso junto a mí. Y como no creo terminado mi deber para contigo, te ofrezco a mi lado el puesto de Secretario privado si quieres continuar conmigo; o que aceptes mi ayuda para abrirte camino en la vida si quieres marchar solo.

Demetrio tardó un poco en reponerse para contestar.

—Acepto ser tu secretario Tribuno Marcelo Galión, pero quiero antes hacer un viaje a la Palestina llevando a Rhode conmigo para ser ambos bautizados por el Apóstol Pedro de quien recabaré muchas explicaciones que mi conciencia reclama.

—Muy bien, Demetrio, muy bien. A tu vuelta serás tú quien me instruya a mí que estoy tan necesitado como tú de saber muchas verdades —le contestó el Tribuno.

—Demetrio —dijo el Príncipe Judá—. Marcelo y yo hemos convenido que tú eres el hombre indicado para secundarnos en una empresa mitad idealista y mitad material que comenzaremos pronto.

— ¿Puedo saber de qué se trata? —preguntó él.

—Todo gira alrededor del Cristo Hijo de Dios que hemos visto morir heroicamente en Palestina. ¿Aceptarás?

—Acepto aunque deba morir como El —contestó serenamente Demetrio.

Judá le estrechó las manos emocionado mientras le decía:

—Hemos nacido juntos el día de su muerte, al pie de su cadalso de mártir.

Nebai y Diana se habían llevado a Rhode al interior de la casa para vestirle de manera conveniente, mientras Demetrio haría lo mismo, pues en la cena de esa noche celebrarían los esponsales de ambos, a fin de que hicieran el proyectado viaje, siendo ya prometidos esposos.

La austera corrección de costumbres de la antigua aristocracia romana, judía y griega, así lo exigía.

EN EL PALACIO HENADAD

Para los lectores de "Arpas Eternas" este escenario es bien conocido.

Flota dentro de sus muros y bajo sus soberbias arcadas algo así como un vapor de lágrimas mezclado al perfume inextinguible de los más hondos recuerdos.

En su gran cenáculo tapizado de seda color naranja tuvo lugar la última cena del gran Maestro con sus Doce íntimos. Allí fue su despedida, el tremendo adiós de su corazón de hombre, momentos antes de entregarse a la muerte en el huerto de Getsemaní.

Aquellos muros, aquellos cortinados debieron quedar saturados de dolor, de suprema angustia de madre entregando a su adorable Hijo al sacrificio; zozobra, dolor, incertidumbre, desesperación de lo inevitable, todo quedó allí recogido y flotando como cendales color ceniza, impalpables y fríos, que aún años después, nadie que entraba allí podía eludir el sentirlos como un roce doloroso en el corazón. A este recinto de dolor y de amor supremos, entremos de nuevo lector amigo con Demetrio y Rhode que van en busca del apóstol Pedro.

Para seguridad de los discípulos del Maestro que se albergaban allí, Simónides, administrador de esa propiedad, le había mandado colocar sobre su gran portada una lámina de mármol en la que se leía:

Hospedería Internacional — Sucesión del Duunviro Quintus Arrius.

Y mediante sus ocultos donativos a la guarnición de la Torre Antonia había conseguido que en la primera boca-calle cercana tuviera garita de parada un representante de dicha guarnición que guardaba el orden.

Esto era alguna garantía de seguridad para los habitantes de aquella mansión, pero no impedía el espionaje ordenado por el Sanhedrín desde la muerte del Profeta Nazareno.

Los siete Diáconos auxiliares de los Doce se hospedaban en el palacio Henadad juntamente con Pedro, Santiago, Andrés y Matías, cuyos trabajos apostólicos se habían reducido hasta entonces a enseñar a los adeptos dentro de los muros de la gran mansión, o en el palacio de Ithamar; en la que fue casa de la viuda Lía convertida en Oratorio y Refugio de huérfanos y ancianos sin hogar, como así mismo en la casa paterna de

www.formarse.com.ar

Nicodemus donde vimos celebrar reuniones a los dirigentes de la Santa Alianza en los últimos años de la vida del Mesías, Ungido de Dios.

Estos eran los Oratorios principales y puntos de reunión de la primitiva Congregación cristiana de Jerusalén, cuando nuestro amigo Demetrio hacía su entrada en ella, llevando consigo a su prometida Rhode.

Stéfanos su hermanastro le recibió con indecible amor, y tomó a su cargo la instrucción de Rhode en les principios de la nueva Doctrina como preparación a su ingreso en las filas de los amantes de Cristo.

Era Stéfanos de una belleza varonil tan perfecta que en su patria lejana fue tomado muchas veces como modelo de los Apolos, de los Adonis que los artistas más notables esculpían para los templos paganos.

El segundo casamiento de su madre y el rudo tratamiento que recibió de su padrastro fue lo que lo impulsó a viajar hacia la opuesta ribera del Mediterráneo donde su padre el general Filemón había permanecido largo tiempo en su juventud.

Entre su testamento el viejo militar había dejado un pliego cerrado y la-, erado para su hijo único Stéfanos que su madre le entregó sin abrir.

Allí le decía entre otras cosas para su gobierno, que hiciera por llegar al país de Palestina y siguiera el curso del Jordán hasta la ciudad de Cesárea de Filipo unida con el puerto de Tiro por una hermosa carretera. "A una milla al este de Cesárea encentrarás la *Villa Dóride* entre un bosque de cipreses, olivos, vides y naranjos. Es mía y es mi herencia para ti. Adjunto está el título que lo acredita. Preséntate con él al Administrador residente en Antioquia, el naviero Simónides, el cual te pondrá en posesión de la Villa y de todo cuanto día ha producido desde hace veintisiete años. En Cesárea tomé como segunda esposa una doncella persa hija de un alto jefe militar que estaba proscrito con su familia.

Cuando se enteró a su vuelta de una campaña, no estuvo conforme y mandó asesinarme en mi residencia de la Villa Dóride. Teníamos ya un niño dos años menor que tú al que su madre Decelia llamó *Boanerges.* Los asaltantes me impidieron toda defensa y se llevaron a la madre y al niño. Nunca he podido saber nada de ellos. El reuma me imposibilitó de viajar y mis agentes no obtuvieron jamás una noticia favorable. Si después de mis días recorres aquellos países y la fortuna te favorece y encuentras ese hermano tuyo, parte con él la herencia de tu padre como he partido yo mi cariño entre tú y el hijo perdido, si acaso no fue muerto con su madre en aquella noche fatal."

Y fue este el secundo motivo que impulsó a Stéfanos hacia los puertos de Siria. Había encontrado la *Villa Dóride* perfectamente cuidada y en plena producción. Sus tierras estaban regadas por un afluente del caudaloso río Nahr el Avag que circundaba el Castillo como una defensa natural. Pero no encontró ni a Decelia, segunda esposa de su padre, ni al niño Boanerges. El único dato qué le dieron fue que el Administrador Simónides residía entonces en Jerusalén. Su representante en Antioquia reconoció los derechos de Stefanos pues estaba al tanto del negocio del General Filemón y al entregarle sus rentas, le dio la noticia de que el anciano Simónides residía en Jerusalén, pero el joven se recluyó en su Villa Dóride. Tal fue el camino que hizo antes de ser el jefe de Los Diáconos elegidos como auxiliares por los Apóstoles del Señor, Stéfanos de Corinto, que pocos años después fue el primer sacrificado por enrostrar al Sanhedrín judío el asesinato del Mesías Hijo de Dios.

Este ferviente amador del Cristo, era el alma digámoslo así de la organización de las primitivas Agrupaciones cristianas por su preparación, por sus dotes intelectuales y morales y más aún por la poderosa atracción que ejercía su palabra de fuego, su brillante oratoria que convencía y subyugaba.

Era además un artista del clavicordio **(1)** y era el organizador de los coros de doncellas que tan importante papel desempeñaban en los sencillos cultos de la primera hora cristiana en que todo se reducía a leer los libros de los Profetas y explicarlos, y el canto de los Salmos.

También tenían les Siete Diáconos el cargo de instruir a los neófitos de origen griego que aún no comprendían ni hablaban el sirio ni el hebreo. Fue de este modo que Demetrio y Rhode se encontraron en el palacio Henadad en medio de una escuela cristiana que hablaba la lengua nativa.

Stéfanos como artista de la armonía, se apercibió enseguida de la hermosa voz y buenas condiciones de Rhode para los solos del Coro que cantaba los Salmos, y se esmeró en cultivarla.

Este roce continuado y la atracción natural que ejercía Stéfanos sobre cuantos le trataban, hizo que Rhode le tomase gran afecto, al cual ella se dejó llevar sin temor alguno por tratarse del hermano de su prometido esposo. Demetrio en cambio se entregó de lleno a inquirir y escuchar de los testigos oculares de la vida del Cristo, todo cuanto podía fortalecer sus convicciones sobre la grandeza sobrehumana de aquel hombre extraordinario que él vio morir sobre la montaña del Golghota.

www.formarse.com.ar

La mirada dulce y profunda de aquellos ojos llenos de dolor parecía seguirle a todas partes. Y no perdía oportunidad de pedir relatos sobre El, a Pedro, a Santiago, a Andrés y Matías que eran los cuatro apóstoles que residían en el palacio Henadad. Le dijeron que en Nazareth de Galilea vivía aún la augusta madre del Señor. Que en Belén vivían una tranquila ancianidad, los que le conocieron desde la noche de su nacimiento. Que en los Santuarios Esenios del Quarantana y del Tabor vivían aún algunos ancianos que fueron les maestros de la adolescencia y juventud del Mesías Ungido de Dios.

Que en el palacio de Ithamar en la misma Jerusalén vivía el anciano Simónides que tanto conoció al Divino Maestro.

Demetrio se sintió como invadido de una ansia loca, que casi era fiebre de hablar con todas aquellas personas.

El Apóstol Pedro no podía dedicarle mucho tiempo porque se veía siempre rodeado de enfermos de toda especie que acudían a él por alivio a sus males. Estaba ya reconocido como poseedor de los poderes del Señor para aliviar los dolores humanos. Los otros apóstoles tenían a su cargo la enseñanza en los demás Oratorios que muy discretamente funcionaban en la Ciudad de los Profetas Mártires.

Hasta que un día, en íntima conversación con su hermano Stéfano y su prometida Rhode les dijo Demetrio:

—Mientras dura la enseñanza de Rhode, y ya que ella está bien guardada en esta casa entre las ancianas y las doncellas, yo haré algunos viajes, primeramente a Nazareth de Galilea a visitar a la Madre del Señor y otras personas que me han indicado residentes por allá.

A mi regreso, será la ceremonia de nuestro bautismo y casamiento. ¿Estáis conformes?

—Por mi parte lo estoy —contestó Stéfanos—. Rhode hablará por ella misma.

—Si es tu deseo* Demetrio, también estoy conforme yo. Basta que no te ocurra nada desagradable y que vuelvas pronto.

Y Demetrio partió hacia Galilea llevando epístolas para las Congregaciones de aquella región.

En el gran Cenáculo de la última cena del Cristo Divino con sus discípulos, convertido en uno de los primeros santuarios cristianes, continuaba a la mañana y a la noche el fervoroso canto de los salmos, el relato de las más bellas parábolas del Divino Maestro, la lectura de las crónicas facilitadas por los Esenios referentes a muchos pasajes de la vida que en medio de ellos había vivido El, de niño, de adolescente y de joven.

El coro del palacio Henadad compuesto de veinticuatro doncellas con Rhode como solista y Stéfanos como director y maestro de clavicordio había comenzado a atraer numerosa concurrencia no sólo de los demás oratorios sino de personas que sin estar afiliados a tendencia religiosa determinada, gustaban de aquellas solemnes sinfonías, que eran una manifestación artística de muy buen gusto.

A esto se añadió la palabra vibrante del orador plena de encantos, de belleza y de verdad.

De esta manera fue conocido como músico y orador Stéfanos el griego, como le llamaban vulgarmente.

Un día hablando el apóstol Santiago con él, le dio a leer una canción escrita en sirio. Stéfanos la encontró hermosa y llena de un tal sentimiento de adoración al Señor que preguntó quién era el autor. El apóstol le contestó:

(1) Instrumento músico antiguo, similar al órgano de hoy.

—Es un extraño y hermoso muchacho que nació pastor y llegó a trovador. Le llaman el trovador de Mágdalo porque vive allí casi desde niño» Su nombre es Boanerges.

Stéfanos saltó en su asiento como si hubiera visto caer un rayo a su lado.

— ¡Boanerges! —dijo— ¡Boanerges!...

— ¿Tanto te asusta ese nombre? —le preguntó Santiago.

—Llevo cinco años en esta tierra buscando a un Boanerges sin haberle encontrado, y tú me das una canción escrita por *Boanerges.* ¿Dónde está?

—Ya te lo dije: en el Castillo que domina la aldea de Mágdalo. ¿Es algo tuyo?—. Y al decir así Santiago clavó sus ojos en el hermoso rostro de Stéfanos.

—¡Es algo mío! —contestó éste muy pensativo.

—Y a decir verdad te le pareces mucho, con la diferencia de que tú eres rubio y ojos verdes, y él es castaño de cabellos y ojos oscuros. Y viste siempre a uso griego como todos les habitantes del Castillo.

www.formarse.com.ar

— ¿Y tú de qué le conoces?

—Éramos vecinos de las orillas del Mar de Galilea —contestó Santiago—. En el Castillo hay un oratorio de los nuestros, y tu hermano Demetrio irá seguramente por allí.

—De haber sabido esto antes, hubiera ido yo con él o le habría recomendado de hablar con él.

—Aún estás a tiempo. Vete ahora mismo.

—No puedo porque cuido de Rhode que pronto será la esposa de mi hermano y la preparo para el bautismo en la próxima luna. Iré en cuanto termine mi obligación.

Stéfanos no declaró nada más ni el apóstol le hizo pregunta alguna.

Mientras tanto en el alma pura y vehemente de Rhode se iba levantando como tenue luz difusa, una intensa admiración para su maestro de canto y de la doctrina del Cristo. Ella no alcanzó a conocer a ese hombre genial, único, que oyó mencionar tanto a Demetrio y continuaba oyéndolo en todos los labios desde que había llegado a aquella tierra que El holló con sus pies.

Stéfanos mismo hablaba con entusiasmo de la belleza divina *del Señor.*

Y Rhode con sencilla candidez le preguntó:

—Pero... ¿era más bello que tú?

Stéfanos la miró asombrado y al ver que un subido rubor tino aquel rostro, creyó adivinar lo que no hubiera pensado jamás, y gravemente le contestó:

—Yo soy un simple mortal, y El era el Hijo de Dios.

Y aparentando no dar importancia a ese breve cambio de palabras continuó su ensayo con el coro de los himnos que cantaría en la oración de esa noche.

Cuando esa noche llegó el momento de la meditación que de ordinario se hacía sobre algún punto de la moral enseñada por el Cristo, Stéfanos tomó este tema: *No debes hacer a tu hermano lo que no quieres que te hagan a ti.*

Es el fundamento, el esquema, la esencia del mandato divino, ley universal: "Ama a tu prójimo como a ti mismo".

Stéfanos hablaba con un fuego que traspasaba los corazones de parte a parte, porque él se hablaba a sí mismo, como si quisiera inyectar en su propio corazón el mandato divino que todo el mundo conoce pero que muy pocos en el mundo lo practican cumplidamente.

—"Traspasa y pisotea ese mandato divino, fundamento de la moral del Cristo Señor Nuestro —decía Stéfanos con ardiente vehemencia— lo mismo el que quita un manto, una túnica, un denario a su hermano, que el que le quita el amor de la mujer elegida para compañera o del hombre aceptado como esposo; que mayor pérdida es la del amor del ser amado, que la pérdida de un pedazo de tierra, de un buey, de un asno, de un talento de oro o de un cofre con perlas y diamantes."

Stéfanos veía en todas partes los ojos dulces y amorosos de Rhode que le seguían como dos luceros en los sombríos caminos de la vida.

—"No hagas a tu hermano lo que no quieres que te hagan a ti" —se repetía constantemente como si fuera la queja, el reproche de su noble espíritu, al *yo inferior* que se deja deslumbrar por la efímera belleza de la materia.

Y al amanecer de una fría mañana nebulosa se dirigió a la puerta de Jafa y salió fuera de la muralla de la ciudad. Se dirigía al Monte Gólgota convertido entonces en tranquilo cementerio de todos los que morían en las filas de los amantes del Cristo.

Abrió la puertecita de gruesos barrotes de hierro y se quedó quieto mirando el pequeño obelisco de mármol plantado en el mismo lugar en que estuvo el patíbulo del Divino Salvador.

El corazón le sollozaba en lo hondo del pecho y su alma le repetía con la nota aguda del clarín que despierta a los dormidos: "No hagas a tu hermano lo que no quieres que te hagan a ti".

Corrió hacia el obelisco, cayó de rodillas y se abrazó a él.

Su hondo sollozar hubiera conmovido hasta a los menos sensibles, pero allí no había más que el enorme círculo de rocas grises y peladas, y las losas que cubrían la entrada a las sepulturas.

Allá en la penumbra del oratorio Rhode lloraba también. Se sentía triste y asustada sin acertar el por qué. Era la hora de la acostumbrada oración y allí faltaba Stéfanos que era quien dirigía los cultos en el palacio Henadad. ¿Qué podría ocurrir? Le reemplazó otro de los diáconos.

www.formarse.com.ar

Mientras tanto Stéfanos de rodillas al pié del obelisco, iba encontrando lentamente la quietud interior que le faltaba.

— ¡Señor!... ¡Señor! —clamaba a media voz—. Soy un predicador de tu ley, de tu divina enseñanza y mi corazón se ha prendido de la prometida esposa de mi hermano. ¡No quiero ser traidor a tu mandato, a tu doctrina, a tu ideal divino del amor al prójimo como a mi mismo!

¡Defiéndeme Señor, por tu muerte heroica, por tu santo Nombre, por la gloria de tu Reino, por tu vida eterna de luz y de amor! ¡Y córtame la vida con un soplo de tu aliento soberano si he de traicionar un día tu divino ideal!

La paz había vuelto a su agitado espíritu, y paso a paso se encaminó hacia la ciudad. Al llegar al cruce de las calles convergentes al palacio del Monte Sion residencia del Sumo Sacerdote vio a un guardia del palacio azotando ferozmente a un galileo casi anciano. Stéfanos tomó la defensa del infeliz poniéndose entre ambos.

—Es vergüenza que un guardia del Gran Sacerdote representante de Dios maltrate así a un pobre anciano —le dijo severamente.

—Es un miserable blasfemo que sube al trono de Jehová al galileo impostor que ha trastornado a los estúpidos de esta tierra.

Antes de terminar la frase inicua, aquel guardia rodaba por el suelo del tremendo bofetón que Stéfanos le aplicó dando lugar así a que el anciano escapara.

La dignidad, la actitud de Stéfanos, su apariencia exterior de príncipe extranjero y más que todo la fuerte irradiación de poder y de dominio que emanaba de su persona, de su voz, de su mirada, de tal modo asustaron al guardia que no fue capaz de contestar ni una palabra, y Stéfanos siguió su camino hacia el palacio Henadad.

Cuando llegó estaban terminando el culto de la mañana. Penetró al Oratorio colocándose en último lugar junto a la puerta de entrada casi detrás del cortinado.

Todos los asistentes fueron saliendo silenciosamente. Por fin el recinto quedó vacío.

Entonces vio Stéfanos salir de la penumbra de un rincón una silueta fina, alta, grácil como una vara de nardo. Aquella silueta vestía túnica azul oscuro y en la cabeza el velo blanco de las doncellas esenias. La vio caer de rodillas ante el altar de las Tablas de la Ley, al pié de las cuales aparecía en letras doradas sobre una lámina de mármol negro la frase amada del Divino Maestro:

"Ama a tu prójimo como a ti mismo".

Vio que aquella delicada silueta de mujer se doblaba como un junco al choque de los vientos y hondos sollozos rompieron el profundo silencio del Oratorio.

Stéfanos reconoció a Rhode y suavemente se acercó a ella.

— ¡Rhode! —le dijo—. ¿Por qué lloras?

— ¡Stéfanos hermano mío!... ¡creí que no volvías más! —exclamó la joven secando su llanto.

—Y ¿por qué no había de volver? Mi deber está aquí. Y como me siento responsable de tí ante mi hermano Demetrio tu prometido esposo, es que te pregunto Rhode ¿por qué lloras?

— ¡Es largo de explicar! —respondió ella con una forzada sonrisa.

—Ven, siéntate aquí a mi lado y hablemos como dos buenos hermanos. —Y Stéfanos la ayudó a levantarse y junto al altar se sentaron.

—Anduve desde el amanecer por nuestro Cementerio —continuó Stéfanos— porque necesitaba visitar otra vez el sitio del gran holocausto del Cristo Redentor, para hacer allí mismo el mío. Y una vez hecho estoy tranquilo Rhode y no quiero verte sufrir por mí.

Ella se estremeció toda como en un escalofrío y con sus grandes y dulces ojos color topacio nublados de llanto, lo miró sin contestarle porque en su garganta se anudó un sollozo que se esforzaba en contener.

Por fin dobló la cabeza velada de blanco sobre el hombro de Stéfanos y rompió a llorar con indecible angustia. El tomó entre las suyas aquellas lacias manos, frías como mármol y le habló con la voz de un inspirado:

—Rhode, hermana mía: nacidos tú y yo en la Grecia del Amor, de la Belleza y del Arte, no podemos librarnos de la sugestión de esos tres grandes poderes de la vida humana: el Arte, la Belleza y el Amor. Todo en nosotros se ha unido para caer vencidos por esas tres potencias, pero no seremos vencidos Rhode porque hay en nosotros algo mucho más fuerte que el Arte, la Belleza y el Amor. Y ese algo es esta frase divina que vemos grabada sobre el altar y que brotó del alma del Cristo como una rosa de sangre que no ha de morir jamás.

www.formarse.com.ar

"Ama a tu prójimo como a ti mismo", que significa:- *"No hagas a tu hermano lo que no quieres que te hagan a ti".*

No merecemos el nombre glorioso de *cristianos* si no somos fieles cumplidores de ese único mandato del Cristo. ¡Fue su testamento, su herencia, su legado eterno, el único precio puesto por Él a sus grandes promesas de amor, de dicha perdurable, de inefable bienaventuranza!...

¡Seamos valientes para el sacrificio Rhode como lo fue el Señor que en plena juventud lo renunció todo!... todo cuanto puede amar el hombre en su vida terrena. Y eso, no por un ser querido, sino por una humanidad embrutecida en la corrupción y el vicio, ciénaga inmunda de todas las aberraciones e iniquidades a que puede descender la larva humana, que aún arrastrándose en el polvo sabe morder, herir, despedazar a su hermano!

De ese sacrificio fue capaz el Cristo Señor Nuestro, sabiendo que la gran mayoría de la humanidad no comprendería nunca la grandeza sublime y única de su sacrificio.

Voluntariamente te has prometido como esposa a mi hermano Demetrio que es un vaso elegido de bondad, de nobleza, de lealtad y de amor.

Y voluntariamente cumplirás tu promesa y seré yo mismo quien te entregue a él que te ama y te espera como la única compensación de todos sus padecimientos.

Las teclas del clavicordio bajo mis manos, te hicieron subir en alas de la armonía a un mundo azul de visiones doradas de luz multicolor; como las vibraciones de tu voz de ángel me llevaron a mí a un paraíso de querubines con alas de sol y jardines de estrellas... La Grecia de la Belleza y del Arte, despertó al niño de las flechas de oro que dormía en nosotros...

Ahora estamos despiertos de nuevo Rhode a la luz divina de la mirada del Cristo que colocado entre tú y yo nos dice: *"Os hago parte de mi sacrificio para que la tengáis también en mi gloria".*

¿La rechazaremos Rhode ?...

Ella cayó arrodillada ante Stéfanos y llena de emoción le dijo en entrecortadas frases:

— ¡Te vi hermoso en tu físico, en tu música que habla, ríe y llora; pero te veo más hermoso aún en tu nobleza y lealtad, en la grandeza de tu alma para renunciarlo todo!

Stéfanos estrechó a su pecho la bella cabeza tocada de blanco, besó sus ojos que lloraban y dijo a media voz: — ¡La visión querida se esfuma entre los brazos del Señor!

Ahora sólo vives tú, la prometida esposa de mi hermano ausente. Y yo te guardo para él como a la niña de mis ojos.

Ella salió del Oratorio y Stéfanos se sentó al clavicordio para desahogar en torrentes de armonía la tragedia íntima de su alma, la angustia del renunciamiento, la tremenda soledad a que acababa de condenar a su propia vida.

Y tuvo entonces la más hermosa visión que hubiera podido esperar.

Sus finas manos marfileñas corrían sobre el teclado en una explosión de melodías que ya eran el rugido del mar chocando en la costa brava del istmo de Corinto, o el gemido de los vientos en los cipreses de su tierra nativa, o el rumor de los arroyuelos saltando entre los peñascos.

Y de sus oíos verde jade, corrían dos raudales de lágrimas que humedecían su plisada túnica blanca y al embozo de su clámide púrpura en que iban a esconderse los bucles dorados de su cabellera.

Una luz intensa le cegó de pronto y al levantar la mirada buscando la causa de aquel resplandor, vio de pié junto al clavicordio a Jhasua joven, bello, resplandeciente como le había conocido en Tiro la tarde aquella de la lucha de trirremes en la Naumaquia cuando El salía triunfante y feliz por haber salvado tantas vidas humanas expuestas a perecer por la ambición de los poderosos.

La visión llevaba entre las manos abiertas muchas rosas rojas y lirios blancos y dejándolas caer sobre el teclado pronunciaba estas palabras:

—"Has triunfado de ti mismo Stéfanos, que es el mayor de los triunfos y aquí tienes la primera recompensa".

Y poniéndole la mano intangible y luminosa sobre la cabeza, se esfumó la visión.

El clavicordio seguía vertiendo melodías suavísimas como susurros de alas invisibles y Stéfanos continuaba derramando su llanto que no era ya de angustia sino de esa íntima felicidad del alma que ha sentido un momento la Divina Presencia.

¡No estaba más en la tierra!... Sentíase flotar en un ambiente de luz y de paz infinita a donde una fuerza superior le había subido acaso para hacerle sentir cuan poco valen los goces materiales comparados con las que al alma le esperan en la posesión del Reino de Dios.

¡La melodía suavísima que sus propias manos iban arrancando maquinal-mente del teclado como un autómata, hacía el efecto de onda sutil que intensificaba y prolongaba aquel estado semi estático de su espíritu suspendido entre el cielo y la tierra como un celaje de luz que fluctúa entre descender de nuevo hasta el polvo o subir hasta sumergirse en la Luz increada!

Se vio a sí mismo, anciano venerable en una gruta iluminada por cuarenta cirios de dorada claridad rodeado de otros tantos ancianos que escuchaban su palabra. Era un Santuario en el Monte de las Abejas, en su Grecia eterna y gloriosa. Y se despedía de sus compañeros de soledad y de ideales porque una visión radiante, la misma que acababa de ver de pié junto al clavicordio le había anunciado que esa noche al llegar la luna llena al cenit, se desprendería de la vida para entrar en las moradas eternas del amor y de la luz, comprendió que era el mayor entre sus compañeros que le amaban y padecían por partida...

Oía sus veces sollozantes que le decían: —"¡Bidkar!... no olvides nuestros pactos y vuelve a este monte otra ver,

"¡Atlas que tuviste en tus brazos al bienvenido!... recuérdale sus promesas para sus Dacthylos del Monte de las Abejas!"

La sinfonía del clavicordio seguía y seguía como el concierto maravilloso de cien liras unidas y Stéfanos con la mirada fija en la techumbre solo sentía el amor en torno suyo, la claridad que le envolvía la esencia de muchas flores que exhalaban sus perfumes para él, y el fresco de una brisa deliciosa de alas que se agitaban, de olas de luz que iban y venían, de voces divinas que cantaban a la dicha inefable de vivir y vivir eternamente en la paz y en el amor.

Aquella maravillosa armonía no acostumbrada a esa hora, atrajo al Santuario a las doncellas del coro y luego a otros de los moradores de aquella rasa.

Rhode llegó también y todos en profundo silencio fueron acercándose hasta rodear el instrumento mago, y al mago de las cuerdas que le hacía vibrar tan maravillosamente.

Rhode se acercó más aún, y si no hubiera sido por el suave movimiento de las manos sobre el teclado, habría creído que Stéfanos se había convertido en un hombre de mármol blanco... ¡Tan blanco parecía su rostro inmóvil coronado de cabellos de oro! ¡De pronto le sintieron exhalar un gran suspiro y un vibrante acorde final puso silencio al clavicordio que habían trinado como cien ruiseñores en un rosedal en flor!

Y la cabeza del músico cayó pesadamente sobre sus manos apoyadas aún en el teclado.

— ¿Qué pasa aquí? —se oyó la voz de Pedro que acababa de llegar después de tres días de ausencia.

—¡Padre mío!... —gritó Rhode—, ¡Stéfanos se ha muerto!... ¡Despiértale a la vida tú que puedes hacerlo en el nombre del Señor!

El anciano se acercó al joven diácono y le llamó por su nombre. A la segunda vez, Stéfanos levantó la cabeza y Pedro vio su bello rostro bañado de lágrimas.

— ¿Qué pasa hijo mío? —le preguntó con el dulce acento paternal que Pedro usaba con todos.

— He vivido una hora de cielo, y me veo de nuevo en la tierra —contestó Stéfanos abrazándose del viejo apóstol de Cristo que El había dejado en lugar suyo para consolar todos los dolores de los que dejaba en la tierra.

Desde la partida del Mesías Hijo de Dios, venían presenciando sus amadores fervientes, esta clase de manifestaciones en muchos de aquellos seres que por su extrema sensibilidad y la vehemencia de sus sentimientos están siempre más predispuestos para ellas.

Pedro ya conocía todo esto y no se alarmó en modo alguno. Y con una breve disertación trató de tranquilizar a todos haciéndoles comprender que así premiaba el Señor los sacrificios hechos por seguir los caminos marcados por El.

—Nuestro Diácono Stéfanos ha estado unos momentos con nuestro Rey inmortal en su Reino de Luz a donde El le ha permitido subir en compensación sin duda de algo muy grande que él ha sacrificado —dijo Pedro con una intuición maravillosa de lo que debía ocurrir en el alma noble y pura de Stéfanos.

"A todos nos puede pasar algo semejante, cuando haciéndonos superiores a las inclinaciones de la materia o a las sugestiones de este depravado mundo en que vivimos, seamos capaces de presentar al Señor la ofrenda de todo cuanto queremos, que esté en contra del mandato que nos ha dejado' *"No hagas a tu hermano lo que no quieres que te hagan a ti".*

www.formarse.com.ar

Pedro amaba a Stéfanos como se ama a un hijo y éste le devolvía su afecto con una ilimitada confianza en el anciano Apóstol.

Le llamaba *padre, y* cuando todos se hubieron retirado del Oratorio, Pedro le dijo:

—Hijo mío, yo sé que en tu alma tienes una desolación profunda porque la siento gemir junto a mi corazón como una tórtola herida de muerte.

El Señor nuestro Rey Eterno me ha dado el poder de curar los cuerpos enfermos. ¿No me dará también el de curar tu alma que me es tan querida?

El joven diácono se sentó junto a él, pero durante unos momentos la emoción no le dejaba articular palabra. Cuando pudo serenarse habló:

—Padre —le dijo— si te digo lo que me sucede, temo que mueras de espanto.

—No, hijo mío, no temas. Desde que tuve la inmerecida dicha de vivir en contacto con nuestro Divino Maestro, he aprendido a conocer todas las tempestades del alma y ya nada puede espantarme.

—Mi desdichado corazón de hombre se ha prendido con un amor insensato de la prometida esposa de mi hermano; y aunque hice a nuestro amado Señor el sacrificio de ese amor, el sigue viviendo en raí, y me abrasa todo con su llamarada viva. ¿Dónde está el Señor que no recibe mi holocausto, ni oye mis lamentos pidiéndole la paz interior que he perdido?

Empiezo a creer que hay leyes supremas que desconocemos los hombres, debido a las cuales, las Inteligencias libres de la materia no pueden percibir los quejidos de dolor de sus hermanos desterrados.

¡Padre!... Tú has presentido mi lucha interior y la angustia que me devora, y te apresuras a darme el consuelo y a buscar para mí, la quietud perdida. ¿No lo haría lo mismo el Señor, y otros de los amados del espacio infinito si pudieran hacerlo?

¿Cómo me explicas tú el silencio pavoroso de los cielos en la honda tragedia de un alma llena de buena voluntad que se debate en la impotencia?

¡Yo no he buscado esta barrera que se interpone en mi camino!

¡Yo no quiero lo que la ley de Cristo no quiere!

Yo acepto llevar en mi vida el estigma de todos los dolores con que quiera cargarme la Ley, pero no quiero traicionar el ideal divino del Cristo Nuestro Señor. No quiero ser traidor, no quiero ser perjuro, no quiero ser falso, llamándole *Maestro mi Señor* con los labios y que los actos de mi vida me desmientan como a un falsario, como a un hipócrita, como a un vulgar embustero...

—Ten paz en tu alma hijo mío y escucha las palabras toscas y sencillas de este viejo discípulo del Señor: Yo le acompañé en la noche del Huerto de Getsemaní, adonde El iba sabiendo que iba a la muerte. Y en el silencio de esa noche pavorosa, bajo la sombría bóveda de los olives centenarios, le escuché quejarse en suspiros que partían el alma.

Su voz lloraba porque lloraba su corazón y le oí decir:

"¡Padre mío! pase de mí este amargo cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya!"

En ese instante supremo, El sufría la soledad de alma que tú sufres hoy hijo mío y de la cual te quejas tan amargamente.

¿Por qué el Padre le dejaba solo? ¿Por qué los Seres Superiores, sus hermanos de evolución y de ideales le dejaban solo?... No podemos pensar que no le vieran, ni le oyeran, ya que sabemos por El mismo que en el mundo espiritual y el mundo físico, aunque están separados, no existen entre ellos barreras al pensamiento humano cuando tiende su vuelo al Infinito impulsado por un amor grande, desinteresado y puro. Toda la vida excelsa de Nuestro Señor y Maestro estuvo día por día bajo la divina vigilancia sin que ella le faltara ni un solo momento.

¿Podemos pensar que en la hora de sus angustias no fuera protegido ni escuchado?

—Y si era escuchado —observó Stefanos— ¿por qué estando ya pendiente de la cruz dio aquel tremendo clamor que hizo desmayar a las piadosas mujeres y enloquecer a los hombres que le oyeron?

"¡Padre mío! ¿Por qué me has abandonado?

—Ya sabía yo que llegarías a esto y estoy preparado para contestarte. Hijo mío, cada alma tiene su ley propia, la que ella misma aceptó de antemano al venir a este mundo.

El Señor, nuestro Maestro, vino a la tierra a enseñar a esta, humanidad a vivir de acuerdo con la Divina Ley y a enseñarle a morir si era preciso por sostener el ideal que le trajo a la vida material.

www.formarse.com.ar

Al enseñar y practicar la Ley, se puso frente a frente con los poderes constituidos en esta humanidad, los cuales luchan rabiosamente por sostener sus privilegios y todas las ventajas materiales que la ignorancia de las muchedumbres les ha permitido tomar de siglo en siglo a través de las edades.

Todo esto el Señor lo sabía, lo había querido y aceptado desde antes de encarnar en este mundo.

Para entrar en la posesión absoluta del Reino de su Padre, para ser uno con El, le faltaba la última prueba de Amor Supremo, del Amor llevado a lo infinito, a lo ilimitado, y esa prueba debía darla El y quiso darla, y la dio tan completamente que antes de expirar tuvo la inefable visión de su holocausto aceptado y glorificado, y por eso exclamó con el alma que se le escapaba ya del cuerpo; *"¡Todo fue consumado! ¡Padre mío! ¡En tus manos entrego mi espíritu!".*

¡Todo esto nos lo ha explicado El mismo después de su gloriosa libertad del sepulcro, en las muchas apariciones del Señor en los momentos de nuestra oración de lágrimas y tristeza por la soledad en que El nos dejó!

¡Cuarenta días Stefanos! cuarenta días después del martirio y del sepulcro duró su divina enseñanza para sus amantes de la tierra.

¿No es esto una solemne respuesta a tus dudas de que las Inteligencias ubres de la carne no puedan ayudar a sus hermanes desterrados del plano material?

¿No podemos pensar que tú al elegir tu camino a seguir has pedido para ti algunas de las pruebas de amor supremo que Nuestro Señor pidió para Sí? ¿No somos todos nosotros cooperadores suyos en la redención de esta humanidad?

Si hemos actuado junto a El en sus gloriosas jornadas mesiánicas, viéndole vivir y morir heroicamente ¿no habremos tenido alguna vez el valor de pedirle participación en sus sacrificios en beneficio de esta humanidad?

Si hemos vivido entre los Profetas Planeos de Anfión, el Rey Santo; entre los Flámenes de Juno y de Numú, entre los Dacthylos de Antulio; entre los Kobdas místicos de Abel, en las Torres del Silencio de Khrisna, entre los errantes peregrinos de Blinda, entre los Esenios de Moisés ¿qué alianzas, qué promesas, qué pruebas no habremos pedido en el deslumbramiento producido en nosotros por las heroicas vidas de amor que habremos visto tan de cerca en el Eterno Ungido del Supremo Hacedor?

Lo que a ti te ocurre hijo mío es sólo una chispa de fuego que hizo una llaga en tu corazón y que no tardará en secarse curada por tu misma voluntad.

¿No sientes ya la voz del Señor que te dice: "Confía y espera, que llegaré a ti cuando menos lo pienses?"...

Stéfanos dio un gran suspiro, y poniendo su mano en las del anciano le contestó:

—Sí padre mío... creo sentir en lo hondo de mi mismo su voz divina que me dice: *"Ya tengo abierta la entrada para ti. Pronto estarás conmino en mi Reino preparado pava los que viven y mueren en la Ley y en el Ideal".*

Y desde ese instante solemne en la vida de Stéfanos, comenzó su ferviente apostolado en seguimiento de Cristo.

STEFANOS DE CORINTO

Queriendo llenar su mente y su corazón con los dolores y tragedias del prójimo como medio de pensar menos en las suyas propias, se lanzó Stéfanos con ardor a la busca de los mártires de la vida, los leprosos, los incurables en general, los proscriptos de la sociedad humana, los dementes que entonces *llamaban endemoniados.*

Para esto debía salir extramuros de la ciudad, a las cavernas de los áridos peñascales del desierto de Judea donde entre viejas sepulturas olvidadas se refugiaban los que no tenían cabida entre la sociedad de los hombres, Stéfanos había sustituido su elegante vestidura estilo griego, por la rústica túnica y capuchón oscuro de los terapeutas peregrinos para pasar desapercibido.

Saliendo de Jerusalén hacia el sudoeste en esa época se encontraba un lugar pavoroso y tétrico formado en el peñascoso rincón en que se juntaban los tres valles que rodean el Monte Sión sobre el cual se asienta Jerusalén El Valle del Hinón, del Cedrón y del Tirapeon.

Hay cierta similitud entre un ser humano agitado por una tormenta interior y ciertos parajes de la tierra que parecen revelar en su trágica aridez, *y* en el desconcertante conjunto de sus detalles, una pavorosa tragedia lejana como de volcanes que estallan, de conmociones que abren de pronto las montañas en forma que donde se alzaba un cerro aparece un precipicio o vice versa.

www.formarse.com.ar

Allí fue Stéfanos a detener sus agitados pasos.

En su bolso de peregrino llevaba la botija del agua, pan, queso y frutas secas.

Se sentó sobre un trozo de roca a la sombra de una encina raquítica y destrozada por los vientos y se sumió en la meditación.

Creía haber equivocado en parte su camino que hasta entonces había corrido como entre surcos de flores.

Su hermano Demetrio había sufrido la humillación de la esclavitud durante tres largos años. Su hermano Boanerges que aún no conocía, era hasta entonces *un hijo de nadie* soportando la orfandad, la miseria, el abandono propio de la situación en que llegó a la vida: un pastorcillo de cabras, lo más ínfimo que podía ser.

Y comparaba la vida de ellos con la suya propia. La visión de la tierra natal se presentaba a su mente, y se veía a sí mismo en las solemnes fiestas organizadas por los hierofantes y sacerdotes del Templo de Delfos, a orillas del Golfo de Corinto. Y se veía a sí mismo un rubio y hermoso adolescente entre los mystos de Baco vestidos de blanca túnica de lino, coronados de hiedra y con la copa de la vida en la mano, siguiendo la grandiosa procesión hacia el Parnaso, compuesta de todos los que sentían el ansia de acercarse del Dios Invisible Desconocido y Eterno que creían encontrar en los rumores del viento entre los bosques de cipreses y de encinas, entre el canto de las olas, en la rutilante luz de las estrellas, o en las gasas plateadas de la luna.

Se veía luego sentado en los clavicordios de los pórticos sagrados entre los amantes de Orfeo el de la lira inmortal, mientras veía pasar la interminable fila silenciosa de las sombras blancas a lo largo de la alameda que circundaba el Templo: las diaconisas y doncellas aspirantes a la iniciación en los misterios de Eleusis, que entraban una a una y se perdían en la sombra de las naves pobladas de armonías, de canciones a media voz, de perfume de cirios consumiéndose en los altares.

Y si había abandonado todo aquel esplendor arrastrado por la magia divina de los ojos de un hombre bello más que un dios del Olimpo y bueno y amante como El solo y único pudo serlo ¿qué hacia, qué esperaba para lanzarse como un águila a colgar su nido en lo alto de las montañas, allá donde los cielos se unen con la tierra y detrás de cuyas colgaduras y arreboles de aurora y púrpuras de ocaso debía encontrar el Reino eterno de gloria y de amor prometido por el Señor a sus decididos seguidores?

Sumido Stefanos en estos pensamientos, apenas si percibió las sombras oscuras y vacilantes de seres humanos que salían de entre los sombríos peñascos y matorrales con un cantarillo a recoger agua de una pequeña vertiente que corría a pocos pasos de él.

Y una de esas sombras que sostenía a otras dos sombras encorvadas y temblorosas que apenas podían sostenerse en pié, se detuvo cerca de él al pasar para preguntarle:

—Hermano ¿eres también un enfermo?

—No hermano por bondad de Dios —contestó Stefanos—. ¿Puedo servirte en algo?

—Si quieres cargar con uno de estos hermanos que ya no pueden andar por sus pies, les llevaremos más pronto a refrescarse en la fuente porque les abraca la fiebre.

Stefanos se despojó del manto y se acercó al grupo.

De inmediato se dio cuenta que se trataba de *enfermos del pecho* como se decía entonces de los atacados de tuberculosis avanzada. Eran hombres jóvenes a lo sumo de veinticinco a treinta años.

Cargaron con ellos y fueron a sentarles sobre el césped a la orilla del pequeño remanso que se había formado con la débil filtración de agua que brotaba de la grieta de un peñasco.

Stefanos se sentó silencioso sin atreverse a iniciar conversación alguna por ignorar completamente entre quienes se encontraba. El otro sujeto callaba también.

Por fin uno de les enfermos mientras recogía agua con un tazón y se humedecía con ella, las manos, el rostro, el pecho, dijo:

—Si estuviera en vida el Profeta que hacía bajar el ángel a la Piscina de Siloé, esta fiebre maldita no quemaría así nuestras carnes.

—Ya os he dicho —contestó el que les cuidaba— que uno de estos días vendrá el anciano Pedro que tiene poder en sus manos para curar los males de los hombres. Tened un poco más de paciencia.

—Es que nos estamos muriendo —dijo con voz afónica el otro enfermo.

—El Profeta que hacía bajar el ángel de la salud a la Piscina de Siloé —dijo Stéfanos— no ha muerto, sino que vive en su Reino de Luz y de Amor para siempre

— ¡Lo mismo que nada! —Contestó el otro— pues no podemos ir hasta El.

—Si le amáis y creéis en El, El vendrá a vosotros —afirmó Stefanos.

www.formarse.com.ar

El cuidador de los enfermos, levantó un poco su capuchón que le caía hasta la nariz y miró a Stefanos, de cuyo rostro solo veía la boca fina y la barbilla apenas cubierta con un ligero vello rubio.

—Tú no eres creo de los Terapeutas esenios —dijo como interrogando.

—No hermano. Soy un hombre del montón que se conduele de los que sufren —le contestó.

—Estoy seguro que vienes aquí por primera vez pues nunca te vi por aquí, y yo vengo cuatro veces cada semana.

—Estás en lo cierto. Es la primera vez que vengo; pero sabiendo que puedo ser útil, vendré con frecuencia. ¿Hay muchos enfermes?

—¡Oh muchos! Del cuerpo y del alma — le contestó aquel hombre—. Así que se levante más el sol, los verás por tus propios ojos.

En efecto, fueren apareciendo poco a poco como surgidos de entre las breñas y vericuetos de los peñascales, un buen número de lisiados, tullidos, contrahechos, ciegos, cancerosos, etc., etc.

¡Qué macabra procesión aquella tan diferente de la que Stefanos acababa de recordar, en sus días felices de la adolescencia, allí en su tierra lejana a orillas del Golfo de Corinto, encaminándose durante tres noches al Templo de Delfos!

De pronto sintió como una voz íntima, dulcísima que conmovía hasta el llanto:

—"Si me amas y crees en Mí, cúrales a todos ellos, que te doy poder para hacerlo".

Sintió como una llamarada de fuego que recorría todo su cuerpo, y echando atrás su capuchón, de pié sobre un peñasco, abrió sus brazos sobre aquel crecido grupo de enfermos y dijo con la voz solemne de un inspirado:

— ¡Cristo Ungido de Dios! ¡Si es tu voz la que he oído, demuéstralo Señor y seré para Ti lo que Tú quieres que sea!

Los infelices enfermos que estaban sentados en derredor del remanso, fueron cayendo sobre el césped sumidos en un suave sopor.

Stéfanos y el cuidador de ellos se miraron mudos de asombro.

—Eres un hombre de Dios —le dijo emocionado éste último—. El poder del Señor ha bajado hasta ti.

¡Cura mi alma te ruego de la incurable herida que me atormenta! —Y aquel hombre cayó de rodillas ante el Diácono, asombrado de lo que oía.

—Hermano —le dijo Stéfanos—, También yo tengo una herida en el alma y no la puedo curar. ¿Cómo he de curar la tuya?

— ¡Ninguna herida puede ser más grande y terrible que la mía. Yo entregué al Señor a la muerte!...

— ¡Judas!... —exclamó Stéfanos.

— ¡Sí Judas!... —fue el grito sordo de esa alma atormentada, y sus sollozos rompieron el silencio de los peñascales desiertos.

Ambos hombres se habían abrazado con la desesperación del dolor que cada cual sentía en lo profundo del alma y no podían separarse más. ¡Cuan fuerte es el lazo que anuda el dolor entre las almas capaces de comprenderlo!

Y olvidando a los enfermos que tranquilamente dormían en el suave sopor de la curación, ambos se sentaron en un peñasco, y después de calmada la intensa emoción, Stéfanos habló el primero.

—El apóstol Pedro, nuestro padre común —dijo— me ha referido en la intimidad, pues soy un hijo para él, toda la tragedia sufrida por los que amaron al Señor y convivieron con El. Yo sé tu drama íntimo Judas y admiro tu fortaleza y tu valor para seguir viviendo. Como Pedro, comprendo la herida incurable de tu corazón...

— ¡Tú también lo dices!... Es incurable mi herida y he de verla sangrar y atormentarme hasta el último aliento de mi vida. Pero aún así quiero vivir, años, muchos años, cientos de años para sentir siempre ese tormento horrible que es para mi el repetirme en todo momento: *"Yo entregué al Señor e la muerte".* Y aquella palabra suya, la última que oí de sus labios me persigue sin cesar: *"¿Con un beso me entregas a mis enemigos?"...*

Y Judas enredaba sus dedos crispados en sus cabellos castaños como si quisiera arrancarlos de su cabeza.

www.formarse.com.ar

— ¡Cálmate hermano! —le dijo Stéfanos tomando suavemente aquellas, manos crispadas, ásperas, deshechas por el rudo trabajo de escarbar piedras a que se había sometido él mismo—. ¡Cálmate! Lo mismo hubiera muerto el Señor ese mismo día aunque tú no hubieras guiado a sus enemigos al Huerto de los Olivos.

—i La ambición me perdió!... la ambición me aturdió me enloqueció. Quise subir de un salto y caí al abismo. ¡Quise ser más grande que mis hermanos ante El, ante el mundo entero y caí aplastado como una larva bajo un peñasco!... ¡Lo he merecido Señor!... ¡lo he merecido! ¡Sólo te pido que no sea mi crimen más fuerte que yo!... Que sea mi vida una tremenda expiación que dure años y años, que me despedace cien veces, que me estrelle contra todos los peñascos, contra todas las barreras... ¡que no haya nadie que me compadezca, ni nadie que me ame nunca jamás!

—Nada de eso podrá ser, Judas hermano mío mientras vivan en la tierra amadores de Cristo que le oyeron decir: "Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo" —contestó Stéfanos—. Pedro te ama con entrañable amor Judas y yo también te amo con esa íntima comprensión del que lleva en su conciencia un pecado del cual debe redimirse y lavarse como de una negra mancha recogida en el camino.

¡Ante la excelsa pureza del Señor, Judas, todos estamos cubiertos de llagas, de heridas que sangran, de fiebres que nos abrazan, de angustias que se nos clavan como puñales en el corazón!... Somos de carne que es barro. lodo, ciénaga de los caminos, retazos de pantano en las hondonadas sin luz y sin sol... Aves errantes en climas desconocidos sin nido propio, anidando en los peñascos áridos, en los desiertos sin agua, entre barrizales donde duermen los reptiles...

El alma del hombre, chispa de amor, nacida del Amor Inconmensurable y Eterno se olvida siempre de su origen y su destino; y en su alivia infinita de amor, se prende a un cendal de espuma que se lleva la corriente; a una voluta de humo que se desvanece con el viento, a una flor abierta en el huerto cerrado del hermano que camina junto a nosotros y entonces Judas... somos también como aves de rapiña en el jardín ajeno y arrebatamos la flor que tiene dueño y hasta queremos prenderla en nuestro pecho y llevarla al ara de nuestro altar interior donde sólo el Eterno Invisible debiera morar.

¿No es esta la verdad desnuda de lo que somos las criaturas humanas aún cuando creemos vivir la vida del Ideal Supremo, la vida del Cristo Señor nuestro, que nos dijo: Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo?"

Tú hablas así para consolarme —dijo Judas— para que yo vea el pecado en vosotros y me parezca menos grave el mío. Pero dime ¿no es terriblemente atroz, desesperante, enloquecedor que amando a un extraordinario ser como yo amaba al Maestro, por una estúpida ambición le haya entregado a la muerte apareciendo ante el mundo como un traidor vulgar, como un cínico descarado que entrega a su propio Maestro con un beso sacrílego?

¿Qué ley terrible y qué tremenda maldición pesaba sobre mi vida para que fuera yo el desventurado, elegido como instrumento de un crimen semejante?

—Hay misteriosos enigmas para la mente humana en la grandeza infinita del Eterno Invisible, Judas y creo que el mejor camino a seguir es doblar la frente al polvo de que estamos formados y dejar al alma sumergirse en el mar ilimitado del Eterno Amor que nos dio la vida, para amarle sobre todas las cosas hasta que el amor nos haya purificado como el ardiente crisol purifica el oro. ¡Amar y dejarse amar! con el santo y puro amor del alma que no espera ni pide satisfacción a los sentidos sino que se da generosamente, desinteresadamente como se ofrendan las flores para ser colocadas sobre un altar, como se ofrenda el agua de la fuente para apagar nuestra sed, como se ofrenda la luz del faro que alumbra al navegante, como los pájaros nos brindan sus cantos y los niños sus risas de cristal.

Pienso que no todos estamos en la vida para crear una familia y dejar herederos de nuestro nombre y de nuestros bienes materiales, pero todos estamos para amar y ser amados. De este modo entiendo yo el precepto fundamental del Cristo nuestro Señor:

"Si sois capaces de amar como yo os amo, el Padre y Yo vendremos a vosotros y haremos nuestra morada en vuestro corazón".

Esta palabra suya encierra, Judas, una promesa solemne de suprema felicidad, puesto que promete la posesión perfecta de Dios. ¿Cómo pues has dicho que no quieres que nadie te compadezca ni te ame nunca jamás?

¿No comprendes que te pones así, fuera del mandato divino y debido a eso es más cruel tu padecer?

¡Oh Judas hermano mío!... ¡El amor cura todos los dolores humanos!...

Ama y déjate amar con el desinteresado y santo amor con que nos amó el Señor hasta morir por todos y verás como tu honda herida se cicatriza poco a poco hasta llegar a sentir un secreto gozo por haber sido tú el

www.formarse.com.ar

designado para cargar con el oprobio de infame y de traidor ante el mundo, que ve las apariencias pero ignora el secreto de tu corazón. En ese íntimo gozo tuyo hay una noble ofrenda de amor para tus hermanes que fueron libres de tu oprobio y tu baldón, porque tú cargaste con él. ¿No hay para ti consuelo en estos pensamientos que mi amor deshoja en tú corazón como humildes flore-citas de mi jardín interior?

—Si hermano... me has consolado mucho. Nunca había pensado nada semejante a lo que acabas de decirme. ¡Amar y dejarme amar! Pero ¿a quién he de amar yo, y quien ha de amarme a mí?

—El dolor te ha cegado hasta hoy Judas, y pienso que el Cristo nuestro Rey está tomando mis manos para sacarte la venda de los ojos. ¿Preguntas *p* quién has de amar?

Mira todos esos pobres seres que dentro de unos momentos se despertarán curados por el amor del Cristo ¿no han vivido hasta hoy porque tú le diste amor?

¿Y cuántos habrán pasado ante ti en más de dos años que han transcurrido desde que llevas esta vida oscura de sacrificio desconocido por amor a tus semejantes?

¡Tus manos encallecidas y lastimadas están gritando tu amor!

¡Tu espalda encorvada de tanto cargar enfermos para cuidar y muertos para sepultar, están gritando tu amor!

¡Oh Judas! Has llegado a amar heroicamente, desinteresadamente y no lo comprendiste hasta hoy.

¿Quién te amará? —preguntas ¡Deja que despierten todos esos que allí duermen y luego me dirás si puedes preguntar quién podrá amarte!

La dulzura de la voz musical de Stéfanos tocó las fibras íntimas del entumecido corazón de Judas, y dos hilos de lágrimas comenzaron a rodar de sus oíos entornados.

Por fin se inclinó hacia el amigo que tan dulcemente deshojaba sobre él flores de esperaba y de consuelo y dejó caer su cansada cabeza «obre el noble pecho del joven griego, que la estrechó con ternura y ambos guardaron un largo silencio.

Un suave murmullo de voces les sacó de sus silenciosas meditaciones. Los dormidos comenzaban a despertarse llenos de animación y de vida. Luego fue un aleare concierto de bendiciones, de risas, de manifestaciones de dicha, de paz y de amor.

Uno de aquellos dos tuberculosos tenía allí mismo su madre casi ciega, que viendo a su hijo curado se abrazaba a él llorando de alegría.

Una anciana reumática que apenas podía andar, que vivía en una gruta con su hija demente, la contemplaba en un éxtasis de dicha viéndola curada de su mal, que lavaba su rostro y su cabellera en el remanso, y cortando hiedra y junquillos que allí había, se coronaba con ellos y besaba a su madre curada también del viejo reuma que la tenía imposibilitada de andar.

Stéfanos y Judas miraban estas escenas mudos de asombro.

Pronto se vieron rodeados por todos aquellos seres que se durmieron sabiéndose castigados con males incurables, y se despertaban sanos... con la inmensa dicha de tener vida y salud.

Judas continuaba llorando en silencio sin poder analizar sus complejos sentimientos.

Stéfanos se puso de pié y les habló:

—Hermanos, dad gracias al Profeta de Nazareth que hizo bajar el ángel de la salud como en la Piscina de Siloé para curar vuestros males.

Aquí tenéis a vuestro cuidador que sufre en su alma dolores de muerte como sufríais vosotros en vuestro cuerpo. Vosotros le podéis curar con vuestro amor, con vuestra gratitud, con vuestra dulce compañía.

Necesita de vuestro cariño para vivir su vida en beneficio de otros muchos que sufren como vosotros sufríais.

—El nos trajo el pan en nuestra miseria... él curaba nuestras llagas... él nos llevaba al remanso para beber... nos encendía lumbre... nos traía leña para el fuego...

Y seguía y seguía como una sarta de perlas el agradecido clamor enumerando las piedades del desconocido que les sirvió de ángel tutelar en todas sus desventuras.

El llanto silencioso de Judas seguía cayendo, también como una hilera de perlas de cristal que se perdían en su barba castaña y en su oscura túnica color de avellana.

—Está enfermo de soledad, de tristeza, de abandono, de olvido, —continuaba diciendo la voz armoniosa de Stéfanos con una vehemencia que iba subiendo de tono.

www.formarse.com.ar

Se apercibió de inmediato que una onda de amor se extendía en tomo del Solitario atormentado pues en todos los ojos brillaba una lágrima contenida, hasta que del grupo se apartó la joven ex-demente llevando de la mano a su madre. Ambas se acercaron a Judas y arrodillándose ante él, la joven le dije con la voz que sollozaba:

—Mi madre será tu madre y yo seré tu hermana, señor, si eso ha de consolar tu soledad.

Judas ya no pudo contenerse más. ¡Se cubrió el rostro con ambas manos y lloró como lloran los niños cuando perdieron su madre y vuelven a encontrarla de nuevo! Ambas mujeres sentadas a sus pies lloraban silenciosamente. Stéfanos dejaba volar su pensamiento al Cristo del Amor y decía:

"¡El amor cura todas las heridas del alma y hace brotar flores en los desiertos, entre las ruinas, y hasta en los sepulcros"...

El sol descendía lentamente y se perdía tras de las montañas cuando Stéfanos se despedía de Judas, dejándole entre el amor y la gratitud de los enfermos curados que afanosamente recogían sus ropas y enseres disponiéndose a volver a la aldea nativa después de curados de enfermedades infecciosas.

Y el joven griego alcanzó a oír la voz de Judas que les decía:

—Los que no tengáis hogar, venid a mi casa que alcanza para todos.

—Mi madre y yo señor, no tenemos techo que nos cobije —dijo la joven ex-demente con su vocecita llena de tristeza.

Stéfanos se detuvo y volvió sus ojos hacia el campamento de los enfermos tratando de escuchar.

Y de nuevo oyó la voz de Judas que le traía suavemente el viento de la tarde:

— ¿No acabas de decirme que tu madre es mi madre y tú eres mi hermana: Pues mi cabaña será vuestro hogar.

El Diácono exhaló un gran suspiro y dijo a media voz:

— ¡Gracias Maestro Señor nuestro, porque ha bajado tu amor sobre los cuerpos y las almas enfermas!

Y apresuró sus pasos para llegar al Oratorio del Palacio Henadad antes de comenzada la oración de la noche.

Vio al entrar en el pórtico, que allá en el patio, bajo la columnata, las doncellas, las viudas y algunos de los Diáconos repartían las provisiones ordenadas para cada familia de las que no vivían en la casa sino en sus hogares propios.

Una' alegre algazara de niños le indicaba la paz que allí reinaba.

Pero su alma necesitaba silencio, meditación, sosiego, y sin ser apercibida su presencia entró a la sala biblioteca y recibidor que estaba inmediato al pórtico.

Desde allí podía pasar al Oratorio, sin ser visto. Por allí andaba Rhode con otra doncella arreglando las cubiertas de lino del altar, las ánforas con flores y eligiendo los salmos que cantarían en la oración de esa noche. ¡Con qué piadoso amor le miraron aquellos dulces ojos de color topacio!

— ¡Stéfanos! —exclamó—. Tu palidez asusta. ¿Qué estuviste haciendo que desde la mañana no te hemos visto?

—Salí fuera de la ciudad. Había muchos enfermos allá en el valle Hondo y no pude venir antes.

—Tú no has comido —dijo ella.

—Pero he bebido muchas lágrimas y eso alimenta como el pan —le contestó.

—Pronto servirán la cena. Ya dispuse los salmos que más te agradan.

Vamos allá que todos se alegrarán de verte.

—Ahora déjame aquí solo unos momentos, que luego iré con todos.

Ambas doncellas se retiraron.

Stéfanos sentía algo extraño en sí mismo que nunca le había acontecido. Le parecía que un sueño pesado le invadía y se dejó caer sobre el estrado tapizado de pieles.

Aquel misterioso sueño le venció por fin y se quedó dormido. Era una hipnosis profunda que él no conocía.

En tal estado se puso de pie y caminó hacia una mesa que había en un ángulo del vasto recinto; sacó una hoja de pergamino y se sentó a escribir. Cuando terminó se dirigió al clavicordio y colocó la hoja escrita en el soporte de los salmos.

Volvió al estrado y se sentó nuevamente. A poco se despertó.

www.formarse.com.ar

— ¡Qué sueño más extraño!... —dijo.

He soñado con ese hermano que no conozco y que se llama *Boanerges. S*erá efecto de que pienso tanto en él y tanto deseo verle. Me parecía ver que me escribía una epístola. ¡Qué extraño es todo esto!

Y al dirigirse al clavicordio para ver qué salmos había preparado Rhode, encontró en el sostenedor, la hoja que él acababa de escribir en estado de hipnosis.

Reconoció su propia letra; pero él no lo había escrito. Eran estrofas, y él no era trovador. Y lo daba vueltas y vueltas sin entender aquello. Por fin se puso a leerlo. Estaba escrito en puro y elegante griego como sólo se escribía en las Academias de Atenas, de Tesalia, o en los Templos de Delfos.

Y leyó a media voz:

¡Gracias Señor porque en la senda mía
Has abierto una fuente de salud
Para el alma que avanza solitaria
Cargada con su cruz!

Consuelo y esperanza has derramado
Sobre aquellos que sufren más que yo...
Si ellos vuelven felices a la vida
¿Qué importa mi dolor?...

Llevar la paz al que de angustias muere
Llevar la vida al que se ve morir,
¡Oh. Señor, es la gloría que te pido
Si tengo que vivir!

¡Yo quiero ver que de mi pena brota
Un raudal infinito de piedad
Para aquellos que nada en esta vida
Les puede consolar!

¡Acéptame Señor como una ofrenda
A cambio de la paz y del amor
Para aquellos que nunca recogieron
En su vida una flor!

Boanerges

Stéfanos se quedó perplejo cuando leyó ese nombre al pié de las estrofas. Qué significaba todo esto? Todo lo habría comprendido si hubiera podido ver 'que a muchas millas de distancia, allá a orillas del mar de Galilea, en el Oratorio del Castillo de Mágdalo, resonaban las cítaras y laúdes en la oración del anochecer, y que el Trovador de Mágdalo, su hermano Boanerges, se había *desdoblado, y* su doble espiritual había corrido a su lado obedeciendo a su constante evocación. Al contacto de su aura mental, comprendió y sintió el amor agradecido de Stéfanos por todo el consuelo y la paz que derramó esa tarde Sobre Judas y cuantos le rodeaban; y de todos esos elementos tomó el motivo para sus tiernas y conmovedoras estrofas.

Pensó profundamente y a poco se fue haciendo en él la claridad.

— ¡Señor!... ¿qué son las distancias para las almas de tus amigos, de tus discípulos, de tus amadores?

Y ¿qué es el alma humana sino un rayo de luz que se enciende donde quiere, donde puede, donde vibra el Amor Supremo, la Energía que es Vida Eterna en todos los mundos surgidos de tu poder soberano?

Pedro entró a buscarle sabiendo por Rhode que el Diácono estaba allí.

— ¿Qué ocurre hijo? —le preguntó viéndolo tan excitado.

www.formarse.com.ar

— ¡Oh, padre nuestro! —exclamó Stéfanos alargándole la hoja de papiro—. Ocurre que me estoy convenciendo de que el alma del hombre es un reflejo de Dios, un retazo de Dios, y corre como una bestia al pasto y al barro, «in pensar en que sus alas poderosas pueden escalar las más altas cumbres.

—Así es hijo, así es. Quizá conviene que así sea para que el hombre aprenda a humillarse hasta el barro de donde salió.

Y ambos salieron en silencio hacia el comedor donde esperaban a Pedro para que bendijera la mesa y partiera el pan.

Y Stéfanos continuó con creciente fervor su vida de misionero de Cristo. Las elegantes y delicadas prendas de su traje griego desaparecieron en el fon-do de los enormes guardarropas del Palacio Henadad. Lo sustituyó con el burdo sayal de los Terapeutas peregrinos que según él creía le daría más libertad de acción y le pondría más a tono con las necesidades del momento por que pasaban los discípulos del Profeta que fuera muerto como un vulgar malhechor.

Además, con su fino tacto de observador y psicólogo comprendió que los Adeptos de origen extranjero para Israel no acababan de conquistarse la confianza de sus hermanos de ideales que eran de raza y de religión hebrea. Y creyó que desapareciendo en absoluto su indumentaria de griego de cuna ilustre, se acercaba más a la mayoría de los discípulos del Señor, casi todos provincianos galileos.

Stéfanos no tenía en cuenta que su larga evolución, con bases morales y espirituales tan fuertes, unidas a la educación y cultura de la vida actual, le daban una superioridad tan destacada, que el modesto ropaje de les esenios no era bastante para ocultar.

Andrés, uno de los cuatro Apóstoles residentes entonces en Jerusalén, observando el cambio, le preguntaba en una reunión privada con los Diáconos:

—Stéfanos ¿Es que reniegas de tu patria de origen? ¿No la amas más?

Y él contestaba:

—Mi Grecia inmortal es una visión hermosa de mi pasado. Pero ya no soy discípulo de Orfeo, ni aspiro a los misterios de Eleusis, ni a la iniciación en el Templo de Delfos. Ahora Soy estudiante en la Escuela del Profeta de Nazareth, encarnación del Cristo, del Mesías Ungido del Eterno Creador. Y pienso que tanto en el exterior como en mi mundo interno debo ponerme a tono con el nuevo sendero que he tomado.

Siendo Stéfanos el hermano mayor entre los Diáconos, todos fueron siguiendo su ejemplo. Felipe y Nicanor que desde niños vivieron entre las provincias de Samaría y Galilea, hacía tiempo que habían adoptado muchas de sus costumbres. Parmenas las adoptó también al desposarse con Rhodas, la joven sonámbula que aterró al Sanhedrín con sus extraordinarios fenómenos.

El mismo día que Stéfanos abandonó sus vestiduras griegas, tuvo el asentimiento del apóstol Pedro y sus compañeros para que Stéfanos y Felipe se encargaran de la enseñanza de la doctrina del Cristo, tal como ellos la oyeron de sus labios. Felipe fue enviado a las Sinagogas particulares de Samaría, y Stéfanos se hizo cargo en las de Jerusalén.

Pronto fue conocida en Jerusalén la destacada personalidad de Stéfanos cuya elocuencia y galano decir atraía numerosa concurrencia. Y no tardó mucho tiempo en llegar a miembros del Sanhedrín que un desconocido orador, discípulo del Profeta Nazareno ajusticiado por ellos tres años atrás, atraía a numerosos israelitas hacia la doctrina enseñada por El. Y el fuego ardiente de su palabra iba encendiendo la chispa del amor fraterno y de la igualdad de todos los hombres ante la majestad de la Ley Divina enseñada por el Profeta Galileo.

Y el Sanhedrín nombró tres de sus miembros como inspectores delegados para escuchar y estudiar las predicaciones del flamante filósofo; y también para invitarlo a acercarse al alto cuerpo sacerdotal con la promesa de que si sus conocimientos y sabiduría estaban a la altura de ellos podían concederle el título de Ley y formar con ellos la suprema autoridad Legislativa y judicial que gobernaba la Nación de Israel.

Primeramente fueron designados para esta misión tres jóvenes doctores de los últimamente egresados de las austeras aulas del Gran Colegio de Jerusalén donde años atrás ocuparon puestos destacados los grandes amigos de Jhasua, José de Arimathea, Nicodemus y Gamaliel, los cuales fueron expulsados de las aulas y del Templo a causa de su oposición a la muerte del Maestro y de su ardiente defensa de El y de su doctrina.

De esta primera inspección y estudio de los delegados, resultó que los tres volvieron con la noticia de que el novel orador era un mago de la palabra, que atraía y subyugaba tan poderosamente, que los oyentes no podían en modo alguno resistir a la sugestión de su vibrante oratoria. Ellos habían querido suscitar debates según era costumbre, y de tal manera les había respondido, y explicado los puntos en cuestión, con una lógica tan clara e irresistible, con una tan marcada evidencia en todas sus afirmaciones, que los tres jóvenes doctores

www.formarse.com.ar

enviados por el Sanhedrín confesaban plenamente su convicción de que el nuevo orador, les sugería la idea de ser el mismo Profeta Nazareno resucitado o uno de los, antiguos Profetas, reencarnado nuevamente.

Para colmo de dudas, Stéfanos era rubio y hermoso como hermoso y rubio era el Profeta Nazareno. Y el viejo Hanán que aún vivía y mandaba en oí Sanhedrín porque su hijo Jonathan era el Pontífice, se llenó de terrible espanto, recordando como se vio aplastado por la superioridad moral de Jhasua de Nazareth aquel día de la curación del niño sordomudo que él quería proclamar Mesías de Israel. Recordó que su úlcera Cancerosa fue curada por El y aún seguía con plena salud, recordó todas sus viles intrigas y maquinaciones para perder al Justo. Había pagado con el oro del Templo a los presidiarios cedidos por Herodes para que ahogaran la voz del pueblo con su infernal griterío pidiendo la muerte infame de la cruz para el hombre santo que le salvó la vida que el cáncer devoraba. El fantasma del mártir heroico y sublime se levantaba de nuevo, acaso para descargar sobre él la justicia de Jehová.

Y los delegados fueron sustituidos por otros más atrevidos y audaces a su juicio, para promover debates y polémicas con el nuevo orador popular que levantaba su voz en defensa de lo que él..., el prepotente amo de Israel, había querido hundir en el polvo del olvido para siempre.

Les dio dos semanas de plazo para volver trayéndole la noticia de haber aventado como polvo al viento las nuevas teorías que exaltaban la pobreza, el desprendimiento de los bienes materiales, la anulación de lo *tuyo* y *lo mío,* la anulación de privilegios y de castas, la anulación de la esclavitud en cumplimiento de una ley de amor y de igualdad que llamaba *latrocinio* al acrecentar enormes riquezas producidas por el sudor y la miseria de las clases trabajadoras; que execraba la compra venta de esclavos como el más espantoso atentado contra la dignidad del hombre, creación cumbre del Eterno Hacedor, con infinitos destines a su eterno Reino de dicha *y* de amor, lo mismo el rey que el mendigo, lo mismo el más poderoso magnate que su desventurado esclavo.

Y los nuevos delegados regresaron diciendo que la lógica del hermoso orador era invencible, que sus argumentos eran de hierro y estaban fundamentados en las auténticas escrituras de los más antiguos Profetas, en la tradición de los primeros Patriarcas de Israel cuyas vidas las tenia el creador en la punta de su lengua que quemaba como un dardo de fuego. Era imposible luchar con él y más imposible aún vencer aquel coloso de la palabra fortalecida con las verdaderas leyes de Moisés que quien sabe por qué arte mágica, las había des-enterrado del archivo milenario de Hur, el fiel compañero de Moisés en el éxodo del desierto, el primer mártir de la adoración de un solo Dios Verdadero, arrastrado por el pueblo enloquecido ante el becerro de oro.

Y el alto Consejo del Sanhedrin se reunió con la misma mala fe con que lo hizo tres años atrás para buscar los medios de hacer callar la voz del Ungido Divino.

Primeramente fueron clausurando una tras otra las sinagogas particulares que habían puesto sus cátedras a disposición del Diácono Stéfanos. Esto solo constituía un inaudito atropello puesto que aquellos recintos no dependían ni eran costeados por el Sanhedrín.

Algunas de ellas como las Sinagogas de Nehemías y la de Zorobabel tan preferidas por el Divino Maestro y consagradas con su presencia años atrás, fueron respetadas durante un tiempo en atención a la gloriosa tradición que las envolvía como una aureola desde varias siglos, pero fueron amenazadas de ser clausuradas si continuaban permitiendo la *escandalosa prédica* que atentaba contra viejos principios establecidos como dogmas.

Conocedor nuestro inolvidable amigo Simónides de estos abusos de autoridad de parte del Sanhedrín, se puso en campaña para pararles los pies.

—Aquí no está ya mi soberano Rey de Israel que tenía marcado el día para reunirse con su Padre Celestial en su reino eterno y nos mandaba callar cuando levantábamos nuestra voz de protesta —decía él—. Ahora estamos nosotros como defensores de sus derechos y no han de ser esos perros rabiosos quienes hagan callar la voz de les misioneros del Señor. Ya me olvidé de mis miembros dislocados por orden de Valerio Graco, oprobio de Roma. Y hoy es más noble el corazón de un romano, que la entraña de hiena de eses renegados hijos de Satanás y no de Abraham.

Y de acuerdo con los dueños de las dos Sinagogas nombradas y de otras tres no tan célebres como esas pero sí muy concurridas simularon una compra-venta por la cual los mencionados edificios pasaban a ser propiedad de la sucesión del Duunviro Quintus Arrius.

Lucio Vitelio, padre del que más tarde fue emperador» era por entonces delegado imperial de Siria, el mismo que quiso librar a Pilatos de las garras del Sanhedrín y lo sustituyó por el Cónsul Marcelo de Toscana.

Y hasta él llegó Simónides para refrendar con su autorización la escritura de compra de las cinco Sinagogas mencionadas, en las cuales debían instalarse salas-hospicios para huérfanos, viudas y ancianos sin recursos y sin familia y con el carácter de *Internacional* donde podían pedir albergue individuos de todos los

www.formarse.com.ar

países sometidos y amigos de Roma. Añadía a esto el pajo de los impuestos correspondientes a diez años por adelantado.

Y en el cofre mismo de las monedas de oro con el busto de César con que efectuaba el pago, iba un cinturón de red de oro cuajado de rubíes destinado al uso del Delegado Imperial Lucio Vilelio.

Ya comprenderá el lector que todo fue hecho a gusto y paladar de nuestro viejo amigo.

Y acto seguido apareció sobre los mencionados edificios esta leyenda grabada sobre una placa de mármol:

"Hospedería Internacional "Duunviro Quintus Arrius"

El viejo Hanán y la jauría que le acompañaba en el Sanhedrín bramaban de rabia y de coraje como toros furiosos al contacto de las picas.

—Que los diablos se lleven al maldito viejo que siempre se interpone en ti camino de la justicia —rugía Hanan viéndose nuevamente vencido por el 'consecuente servidor del Soberano Rey de Israel.

Pero todos conocemos la tenacidad y astucia diabólica de que están animados los seres que a más de un ciego fanatismo, son adoradores de sí mismos en forma tan desmedida, que su ambición de oro y de poder, no reconoce límites.

Una vez que han conseguido adueñarse del poder civil o religioso por los más innobles y a veces delictuosos medios, tratan de perpetuarse en él, a ser posible durante toda su vida. Y entonces se inicia el rápido descenso al abismo de todos los atropellos, vejaciones y crímenes para apartar del camino y acallar toda voz que pueda poner un freno a su desmedida ambición.

El Sanhedrín judío creía haber sofocado para siempre la voz del dulce Rabí Galileo que hacía revivir el olvidado precepto de la Divina Ley: *"Ama a tu prójimo como a ti mismo".*

Esa voz que desenterraba de entre el polvo de los siglos, la voz del Profeta Isaías que clamaba en nombre de Dios: "¡Harto estoy de holocaustos ofrecidos por manos que destilan sangre!"

Y veían y oían que otra voz semejante a aquella se levantaba' de nuevo con iguales tonalidades de clarín despertador de durmientes; y esta voz era una amenaza nueva para sus poderes vitalicios como los de un amo sobre un rebaño que le pertenece hasta la muerte.

Ya no mandarían delegados jóvenes a discutir con aquel audaz amotinador de pueblos, porque se dejaban seducir por él y se agrupaban en torno a su bandera llamada de amor y de paz, y era de discordia y de insurrección por cuanto levantaba a las clases bajas contra sus mandatarios y dirigentes, a los esclavos contra los amos, a los jornaleros contra sus patrones... ¡Oh no! ¡esto no podía consentirse nunca jamás!

Y fueron designados otros tres delegados elegidos entre los hombres maduros que formaban el Alto Consejo del Sanhedrín, para escuchar a Stéfanos a la segunda hora de la mañana cuando disertaba sobre la Ley y los Profetas en una u otra de las Sinagogas transformadas en *"Hospederías Internacionales" y* adquiridas en propiedad por la Sucesión del *Duunviro Quintus Arrius.* ¡Qué de anatemas y maldiciones vomitaron sobre el ilustre y glorioso marino que limpió el Mediterráneo de piratas y asesinos, y que aun después de diez años de muerto su nombre se levantaba como una valla de acero en defensa de profetas espúreos, perturbadores del orden y la sumisión del pueblo para sus mandatarios legales!

Y nuevamente comenzaren a aparecer cruces pintadas con brea en muros, puertas y pavimentos, en las inmediaciones del Templo, en los claustros del Gran Colegio, en las Sinagogas oficiales que el Sanhedrín sostenía en los diversos barrios de Jerusalén. Y los Zelotes del Templo recorrían por las noches aquellos lugares para borrar con brochazos de cal aquel insulto mudo que les resultaba como el grito fatídico de: *¡Asesinos!*

El .alma ingenua y sencilla de Pedro se refugiaba en la oración y exhortaba a todos los hermanos a la fortaleza sin violencias, a la calma sin debilidad, porque él presentía una nueva borrasca como la que abatió a los amigos del Maestro en los días aciagos de su muerte.

Las doncellas, las viudas, los ancianos y los niños se constituyeron mensajeros de .los consejos y advertencias de los Apóstoles del Señor para el caso de que el Sanhedrín desatara sus lebreles de caza contra los amigos del Maestro.

Pedro suplicaba que no se provocaran las iras del Sanhedrín con la aparición de las cruces de brea, pero esa lucha sorda continuaba entre los Zelotes del Templo que las borraban por las noches con un brochazo de cal, y aparecían al día siguiente pintadas de nuevo.

Para nuestro asiduo lector descubriremos el secreto misterio de las cruces de brea. El lector de "Arpas "Eternas" recordará muy bien a los guardianes del Santuario del Quarantana, Jacobo y Bartolomé y recordarán

también a Efraín el hijo menor de Eleazar uno de los cuatro Betlehemitas que fueron testigos de la aparición del Avatar Divino sobre la tierra.

Los hijos varones de Jacobo y Bartolomé con Efraín el artesano de la piedra, vivían por entonces en el palacio de Ithamar contratados por Simónides para las reparaciones continuas de las numerosas propiedades, administradas por él en la ciudad y fuera de ella. Ellos eran los autores de las cruces de brea en determinados lugares de Jerusalén.

Habían bebido del alma de sus padres como un licor de indignación y rebeldía contra los asesinos del Hombre de Dios que pasó por la tierra como una bendición, y habían reunido secretamente algunos de aquellos fuertes montañeses galileos adiestrados en la milicia por el Príncipe Judá, con la idea de Servir de protección a los misioneros del Señor cuando se vieran en peligro. Eran todos ellos trabajadores dependientes de Simónides que fue el pan sofríe la mesa para todos los servidores del Rey de Israel como él decía.

Y cuando algunos se encontraban libres de trabajos materiales acudían a los sitios donde los Apóstoles o los Diáconos explicaban la Ley Divina y los, Profetas, interpretándolos según la enseñanza del Mesías enviado de Dios. Llegados a este punto comenzaban las discusiones pues las autoridades del Sanhedrín habían declarado formalmente que el Mesías aún no había venido al mundo y que todo aquel que lo afirmase era un blasfemo, un idólatra que inducía al pueblo a rendir a un simple mortal la adoración de que sólo se debía al altísimo Dios adorado por Abraham, Isaac y Jacob, los grandes Patriarcas de Israel.

LA TEMPESTAD SE AVECINA

Un día sucedió que Pedro y Andrés fueron con Stéfanos a la Sinagoga de Zorobabel que estaba muralla de por medio con la vetusta Torre de Goliat reconstruida y que ya no era presidio sino cuartel de un destacamento de legionarios romanos.

Ese día debieron recibir el bautismo y la iniciación en la Congregación Cristiana numerosos neófitos que estaban ya preparados. Stéfanos no llevaba intención de hablar, sino que iba como director del Coro de doncellas que llegarían luego en grupos de dos o tres para no llamar la atención.

Debían cantar salmos y dar lectura a algún pasaje de los Profetas. Stéfanos se sentía como ebrio de inspiración y para desahogarla se sentó al clavicordio por vía de ensayo de la música sagrada con que acompañarían la tierna ceremonia de verter el agua sobre las cabezas inclinadas de los que se consagraban discípulos del Señor. Las doncellas del coro le acompañaban con sus cítaras y laúdes.

Aquel concierto maravilloso en que los instrumentos vibraban a tono con las almas elevadas con vehemente fervor al Infinito, comenzó a atraer concurrencia pues era libre la entrada. Y entre esa concurrencia llegaron algunos l>or simple curiosidad; otros por el gusto de oír aquella armonía exótica digámoslo así, pues que la música de Stéfanos tenía mucho de la de su tierra natal. Y también llegaren algunos personajes adheridos al Templo y al Sanhedrín.

La ceremonia del bautismo había terminado y Stéfanos desde la misma tarima del clavicordio recibió el libro del Profeta Isaías, en el cual buscó la lectura que correspondía: Era el capítulo V — versículo 20 y si salientes que son como sigue: "¡Ay de los que a lo malo dicen bueno y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo! ¡Ay de los que dan por justo al impío y al justo quita justicia! Por tanto, como la llama de fuego consume las aristas y devora la paja, así será consumida su raíz, y su flor se desvanecerá como polvo porque desecharon la Ley de Jehová y abominaron de la palabra del Santo de Israel! Por esta causa, se encendió el furor de Jehová contra su pueblo y extendió contra él su mano y lo hirió: Y se estremecieron los montes y los cadáveres fueron arrojados en medio de las calles.

"Y alzará pendón de gloria a gentes de muy lejos y llamará con silbidos al que está en el cabo de la tierra y he aquí que vendrán pronto y velozmente. No habrá entre ellos ninguno cansado; a ninguno le vencerá el sueño, ni se le delatará el cinturón, ni se le romperá la correa de sus sandalias.

"Vendrán con sus saetas afiladas y sus arcos entesados f las uñas de sus caballos serán de pedernal y las ruedas de sus carros como torbellino desatado. Su bramido como de león rugirá rechinando los dientes y arrebatará la presa que nadie se la quitará.

"Y bramará sobre Israel en aquel día como bramido de la mar enfurecida; entonces mirará en su angustia hacia la tierra y la verá sumida en tinieblas de tribulación; mirará hacia los cielos, y en ellos se oscurecerá la luz".

—Hasta aquí los versículos del capítulo V del Profeta Isaías, desde el 20 al 30 —dijo Stéfanos cerrando el libro que dejó sobre el clavicordio y miró hacia la tribuna creyendo ver en ella a Pedro dispuesto a explicar la

www.formarse.com.ar

lectura que acababan de oír. Pero el Apóstol había sido llamado hacia la sala hospedería donde habían refugiado un joven herido gravemente y que se desangraba en una terrible hemorragia. Era el hijo mayor de Jacobo de Engedí, que .sorprendido por un Zelote del Templo pintando la cruz de brea en un portalón del palacio de Hanán, le asestó un tremendo golpe de hacha en la espalda que lo dejó como muerto.

Por este motivo, debió ser Stéfanos quien diera la explicación de los versículos del Profeta Isaías.

El salón-oratorio estaba lleno de gente. Stéfanos observó un momento a su auditorio y vio en primera fila tres rostros desconocidos que lo miraban con mucho interés. Elevó su pensamiento al Cristo Ungido de Dios, y ese pensamiento decía "Señor, sed conmigo en este instante y que sean mis palabras iguales a las que hubieras pronunciado Tú".

Y comenzó su discurso:

—Hermanos, hijos de Israel y extranjeros de todas las naciones de la tierra que llegáis a este recinto para escuchar la Verdad divina traída por los grandes Profetas del pasado.

Hoy, es el clarín de oro de Isaías el que ha resonado para nosotros bajo las naves austeras de la Sinagoga de Zorobabel. Y sus notas son tan claras y nítidas que la mayoría de vosotros no necesita de mis palabras para comprenderlas y sentirlas.

Ellas encierran como veis, la tremenda visión del Profeta sobre la Nación de Israel v su grandiosa capital, la Jerusalén magnífica fundada por David y engrandecida por Salomón, y glorificada por diez siglos de grandes acontecimientos, dolorosos o felices según que los dirigentes de este pueblo fueran obedientes a la Lev Divina o desoyeran la voz de los Enviados por Ella.

La visión profética de Isaías que acabáis de escuchar está para cumplirse, y su eco formidable resuena sin intermitencias desde la hora fatal en que *"fue desoída la palabra del Santo de Israel"* como lo especifica tan claramente el Profeta Isaías.

Y al mencionar al *Santo de Israel* se diseña en vuestra mente como al conjuro de un pincel mago, la figura excelsa y única del Mesías Ungido de Dios que pasó por esta tierra como un astro benéfico, dejando en pos de si cuanto hay de grande, bello y bueno en la creación del Eterno Hacedor.

De igual manera se dibujó en la mente de Isaías seis siglos atrás y su arpa de oro le cantó himnos inmortales que aún siguen resonando en nuestros corazones remo llamado eterno a la equidad, a la justicia, a la obediencia de la Ley de amor fraterno recibida por Moisés entre los relámpagos del Sanaí, y revivida por el Profeta de Nazareth, encarnación del Mesías, que vencedor de la muerte y triunfador del sepulcro reina glorioso en su cielo de luz desde donde vigila y alienta a sus seguidores que buscarán también la muerte como única puerta que se abre al hombre para llegar a la inmortalidad del Reino de Dios.

¡Pueblo fiel a la voz del Mesías Hijo de Dios! ¡No os alcanzan a vosotros las visiones terribles del Profeta Isaías que caerán como huracán de fuego sobre aquellos que despreciaron su voz y le llevaron a la muerte!

"¡Ay de los que dan por justo al impío, y al Justo quintan justicia!" ¡Exclama Isaías como si viera surgir de la bruma de seis siglos, la imagen doliente del Santo sacrificado por los que se llaman justos y santos!

¡Piadosas mujeres que le seguisteis en su vía de dolor, de humillación y de muerte! No lloréis ya por El que vive eternamente feliz en la gloria de su Reino, desde el cual verá la Justicia Divina caer sobre sus asesinos y verdugos tal como la anuncia el Profeta Isaías cuando dice:

.. ."Como la llama de fuego consume las aristas y devora la paja, así será consumida su raíz; y su flor se desvanecerá como polvo porque desecharon la Ley de Jehová y abominaron de la palabra del Santo de Israel!.. ¡Discípulos enamorados del dulce Rabí de Nazareth pero nacido en Bethelen de la Judea y de la estirpe de David, para que ni ese detalle faltara en su vida de todo cuanto anunciaron los Profetas del pasado!... No tiemble vuestro brazo ni se estremezca vuestro corazón al contemplar ya cercano el cumplimiento de los terribles anuncios de Isaías, porque no a vosotros herirá la Justicia Divina, sino a aquellos que habiendo visto y reconocido las obras de amor y de misericordia derramadas por el Mesías Ungido de Dios en todos los años de su vida en su país y fuera de él, no vacilaren en condenarle como a un malhechor porque su voz descubría sus perfidias, sus maldades, sus latrocinios, sus despojos de las clases humildes que dejaban retazos de sus vidas en los surcos de sus sembrados, en la guarda de sus rebaños, en el cultivo de sus viñedos y olivares que sombrean las tierras de Israel!

¡Esperad y confiad todos los que le amasteis y le seguisteis; los que aún derramáis vuestro llanto al recuerdo de su martirio y de su muerte! El Profeta Isaías lo dice bien claro y preciso: *"Por esta causa se encendió el furor de Jehová contra su pueblo y extendió su mano y lo hirió. Y se estremecieron los montes y los cadáveres fueron arrastrados por las calles*.*

www.formarse.com.ar

Como fueron salvados los elegidos del Señor, de las plagas de Egipto en la hora gloriosa de Moisés, así seréis salvados los amadores del Mesías, en la hora de las tinieblas y de la muerte que se avecina para los que hacen de su ambición la única ley y olvidan la del Eterno y Único Dios que dice: "No levantarás falso testimonio — No hurtarás — No matarás — Amarás a Dios *por* sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".

¡Piadosos hijos del justo Ahraham!... ¡que peregrinó años y años con su tribu y sus rebaños por no quitar ni un pié cío tierra a sus semejantes, desechad todo temor y toda angustia porque no a vuestra puerta llegarán los arcángeles de Justicia cuando la hora de las tinieblas sea llegada, sino a aquellos que despojan de la honra, de los bienes y liarla de la vida a quienes les estorban en su camino de usurpaciones, de despotismo y de muerte!

Tened en cambio atento el oído para escuchar la voz del Mesías Hijo de Dios que aparecerá resplandeciente en !as nubes del cielo y os dirá su palabra dulce y suave como esencia de rosas de Jericó: "¡Venid benditos de mi Padre a poseer el Reino que os tengo preparado por vuestras obras de misericordia, por partir vuestro pan con el hambriento, vuestro techo con el huérfano abandonado, vuestro manto con el que tiembla de frío, y el amor de vuestro corazón con el que va solo y triste por el mundo!"

¡Que la paz de Dios sea con vosotros en vuestra vida, en vuestra muerte y en vuestra gloriosa eternidad!

Dicho esto, se sentó Stéfanos al clavicordio y se escuchó sonoro y vibrante el acorde primero del preludio con que comenzaba el himno de Acción de Gracias que cantaron a coro las doncellas con el pueblo.

Cuando todo hubo terminado y las gentes se fueron retirando, Stéfanos se arrodilló en el entarimado del altar de las Tablas de la Ley y apoyó su cabeza sobre el ara cubierta de blanco paño de lino.

Sentía honduras de vértigo en su alma hambrienta de inmensidad y de infinito. Parecíale que alas poderosas le sumergían en un ilimitado piélago de amor, de ternura, de suavidad de pétalos cayendo sobre las heridas que le había hecho la vida entre las criaturas humanas. Su alma se dejaba acariciar por esa inefable suavidad que no era de la tierra, áspera, fría, punzante como cardales silvestres, como espinosos cactus estériles de flores y de frutos...

Y su alma llena de vehemencias de amor y de fe gemía en silencio:

"¡Señor!... ¡Yo no quiero la vida en la carne!... ¡Yo quiero la muerte que me sustrae a la materia, que aniquila ambiciones, apaga los fuegos fatuos y el aullido de todos los deseos del hombre terrestre!... ¡Señor!... ¡no quiero esta vida que es tempestad interminable, que es huracán que destruye los jardines en flor, que es odio, egoísmo, lascivia, nidal de larvas inmundas que dejan su asquerosa baba en los ropajes de luz de este yo interno hecho a semejanza tuya!...

¡Señor!...

Stéfanos sintió que una mano se posaba en su hombro y volvió la cabeza. Era uno de aquellos tres personajes desconocidos que vio en primera fila al comenzar su discurso. Años atrás fue el Hazzán de la sinagoga de Nain Allá en Galilea y conoció personalmente al Profeta Nazareno el día inolvidable del festín en la casa de campo de Eleazar el fariseo, en que fuertes polémicas alteraron el ambiente, más aún cuando una mujer cubierta, entró sin ser llamada, a ungir con esencia de nardos la cabeza las manos y los pies del Divino Maestro.

En la actualidad era Vice-Rector del Gran Colegio y desde comienzo de año sustituía 'al viejo Rector, cuñado de Hanán el amo de Israel, que se hallaba impedido por una parálisis en las extremidades inferiores.

Desde el día aquel en que conoció y oyó al Maestro, este hombre luchaba consigo mismo, fluctuando como un infeliz viajero desorientado en el cruce de varios caminos. No sabía cual elegir. Se llamaba Ismael de Ascalón y el Sanhedrín creyéndole firme en sus convicciones y decididamente adherido a sus principios, usos y costumbres, echo mano de él en la escasez de elemento joven entre el profesorado para el único establecimiento docente de enseñanza superior.

Desde las grandes batallas idealistas en los días del Rabí Galileo, se habían alejado muchos jóvenes doctores de la Ley que fueron discípulos aventajados de José de Arimathea. Nicodemus, Gamaliel y Nicolás de Damasco.

Y después de tres años de muerto aquel, veían surgir otro Rabí de fuego, que ni aún era de Israel, sino de origen y religión pagana, de las Escuelas de Atenas y de Corinto, trayendo ráfagas poderosas de la Ciencia de Pitágoras, de Sócrates y Platón.

Ismael de Ascalón y Stéfanos de Corinto se miraron un instante al fondo de los ojos y el joven griego preguntó con suave y dulce voz:

— ¿Qué deseáis de mí?

www.formarse.com.ar

—Que me digas la verdad, toda la verdad. ¿El Rabí Galileo, Jhasua de Nazareth, ajusticiado por el Sanhedrín hace tres años y que desapareció de su sepulcro al tercer día ha vuelto a la vida material y eres tú mismo?

—Tu pregunta me deja perplejo —contestó Stéfanos—. ¿De dónde has sacado una idea semejante?

— ¡Eres tan semejante a él en tus pensamientos que son una luz viva, en tu palabra que es de fuego, en las vehemencias tuyas que son como un huracán de amor y de fe, cíe convicción y de lógica que nadie que razone y piense puede resistir!

Stéfanos le hizo sentar allí mismo *y* después de un momento le contestó:

—Es verdad que entre los grandes misterios y enigmas de que el Supremo Creador ha rodeado al alma humana, está la transmisión de la Psiquis de un cuerpo a otro en casos raros y de absoluta necesidad para la terminación de una gran obra que absorbe más tiempo que una sola vida. Y Creo que tu pregunta está basada en esto, pero no es mi situación actual la que tú crees. Yo conocí al Profeta de Nazareth en los años últimos de su vida pero casi de lejos puedo decir porque los viajes, los estudios, las inquietudes de la primera juventud no me permitieron estudiar a fondo al extraordinario hombre encarnación del Mesías, del Avatar Divino, del Pensamiento Eterno, del Verbo de Dios.

¡No sería mi hora!

No digo que he llegado tarde, porque nunca es tarde para el alma de origen divino y de un destino eterno. La Luz Increada está siempre encendida para el que la busca y la quiere. Sí encuentras una semejanza que mucho me honra entre mi palabra y la del Santo entre los santos, será porque su ley, su doctrina, su enseñanza toda, siento que está como esculpida a fuego en mi yo íntimo desde hace mucho tiempo... siglos y edades que me pierdo en su inmensidad.

No soy de Israel, pero su vida, su historia, sus glorias y sus grandezas, como sus desvaríos, prevaricaciones y locuras, me han interesado siempre. Sus grandes Profetas y Patriarcas, sobre todo Isaías, Elías, Jeremías y Ezequiel me atraen como el. imán al hierro. Abraham, Jacob y José me deslumbran con la heroicidad de sus virtudes que casi sobrepasan las fuerzas humanas. Y ¡qué decir de Moisés, el astro-rey de la clarividencia, de la fuerza moral, de la clara visión de los designios de Dios para un lejano futuro, de la perseverancia sobrehumana en una lucha tan tremenda para mantener el orden, la fe, la convicción en un pueblo nómada de seiscientas mil almas, en la desolación hosca y dura del desierto abrasado por el sol, sin agua, sin pan, sin una brizna de hierba, con los huracanes de arena agotando a los hombres y a las bestias? ..Tanto ha penetrado todo esto en mi yo íntimo como debía estar en el alma excelsa del Mesías, y yo que bebo de El cuanto expresa mi palabra, debe ser eso sólo lo que la hace semejante a la suya.

Tres vinimos a ti como adversarios a escuchar tu palabra —dijo de nuevo Ismael de Ascalón—. Mis dos compañeros se van confundidos no pudiendo acusarte y sin valer para seguirte.

— ¿Y tú? —preguntó Stéfanos.

— ¿Yo?... Espero volver a tu lado y que el Dios de Israel me perdone si ante El aparezco como un desertor. Traíamos el mandato de invitarte a una asamblea semanal que cada sábado celebra el Sanhedrín en la Biblioteca del Gran Colegio. ¿Aceptas? Debo llevar tu contestación.

—No puedo dártela de inmediato sin consultar con nuestro hermano mayor que es Pedro, el anciano Apóstol del Mesías.

Stéfanos se retiró unos momentos y volvió con Pedro.

—Te reconozco Ismael —le dijo el anciano—. Dos recuerdos vivos conservo de ti. Estabas en el festín de Eleazar en su granja de Lazaron, y estabas en el entierro del hijo de la viuda de Naím, vuelto a la vida por el Maestro mi Señor. ¿Por qué vienes a tentar a este hijo mío que es el joven paladín de esta batalla de fe y de amor en pos de nuestro Señor y Maestro que nos espera en su Reino?

—Yo cumplo órdenes —contestó humildemente Ismael—. Acaso los que me enviaron, desean también la luz de la verdad.

— ¡Mucho lo dudo! —Exclamó Pedro—. Pero como nuestro Señor vive y vela por los que ha dejado; como El jamás retrocedió ante sus enemigos, tampoco nosotros debemos retroceder. Stéfanos hijo mío, sigue en este momento tu inspiración. Tienes mi asentimiento. Haz lo que El te mande.

—Iré —dijo Stéfanos— a la asamblea del próximo sábado.

Ismael de Ascalón salió y Pedro y Stéfanos quedaron solos en el Oratorio. El anciano miró al joven Diácono con ojos llenos de lágrimas. Se sentó en el estrado y Stéfanos se arrodilló a sus pies.

— ¡Padre mío! —le dijo— presiento que Nuestro Señor el Cristo quiere recogerme en su Reino.

—También lo presiento yo, hijo mío —contestó con temblorosa voz el Apóstol y estrechando a su pecho aquella hermosa cabeza juvenil, lloró silenciosamente.

Cuando se hubo serenado exclamó:

— ¡Maestro mi Señor!... ¡Tú eres el único dueño de nuestras vidas y sabes lo que haces! Pero este hijo que recién comienza su senda en seguimiento tuyo, es una de las grandes esperanzas de este viejo discípulo cuja carga de años le impedirán realizar la obra que él podía hacer en tu causa Señor que es la de todos los que te hemos comprendido y amado...

Los sollozos le ahogaron la voz en la garganta y de nuevo se abrazó del cuello de Stéfanos que continuaba arrodillado a sus pies.

— ¡Padre mío! —le dijo acariciando los blancos cabellos de Pedro—. Tu paternal amor me hace inmensamente feliz. El Maestro me da la compensación al sacrificio de mi vida antes de haberlo hecho. Si he sido elegido para morir el primero en defensa del Mesías Ungido de Dios ¿qué más puedo desear? Lo único que pido es que desde este instante oremos día a día para que El sea conmigo en la defensa que debo hacer de todo cuanto a El se refiere.

Y sentados ambos en el estrado, Stéfanos inició una serie de preguntas sobre algunos detalles de la gloriosa vida que ellos habían visto vivir al Cristo desde su salida del sepulcro hasta su desaparición final en las orillas del Mar de Galilea.

Suponía que sería atacado vigorosamente sobre ese punto que era el que más escandalizaba a los sabios de Israel.

Sus extraordinarias obras de taumaturgo ya fueren anatematizadas y condenadas como fruto de *magia diabólica, y* lo que más dolía a los mandatarios de Israel era el nombre de Mesías Hijo de Dios que continuaban dando sus discípulos al Rabí Galileo que ellos habían mandado al patíbulo como a un malhechor.

Pedro hablaba y Stéfanos escribía.

En todos los Oratorios y agrupaciones se iniciaron oraciones diarias para que el Divino Maestro pusiera en la mente y en los labios de Stéfanos las palabras que había de pronunciar.

Era la primera vez que uno de ellos era invitado por la autoridad religiosa y civil de la Nación a salir a la palestra en defensa del Cristo y de su doctrina. Hasta entonces sus discípulos habían pasado casi ignorados y olvidados por considerarlos demasiado insignificantes para que el Gran Consejo de setenta sabios doctores de la Ley se ocupasen de ellos.

Pero este joven extranjero con una audacia sin límites se proponía hacerle vivir la tragedia aquella a la que ellos creyeron poner punto final llevando al Profeta a la cruz de los esclavos rebeldes y de los piratas y bandoleros de la peor especie. Y eso no había sido bastante para majar hasta el recuerdo de aquel hombre que después de tres años de muerto en tan denigrantes condiciones aún se levantaban voces para continuar su prédica y glorificar su nombre.

En las Congregaciones cristianas no hubo ya la menor duda de que la tormenta llegaba y era necesario prepararse para resistirla o emigrar los que por ser padres de numerosa familia o por las mil razones que tiene la vida, se sabían necesarios e insustituibles en el desempeño de sus obligaciones.

Las doncellas del coro que dirigía Stéfanos, en unión de les diáconos compañeros de él, idearon programas, trabajos, combinaciones mil para formar una red de defensa y protección en torno a Stéfanos.

Rhodas la sonámbula que estaba casada recientemente con el diácono Par-menas ofrecía su facultad inconsciente para amedrentar al Sanhedrín como ya lo hiciera antes con las terribles inscripciones que aparecieron en los interiores del Templo.

Esta clase de alarmas iban siempre a llegar hasta el anciano Simónides, gran organizador como sabemos de defensas sin armas. Y una tarde se hizo llevar en litera cubierta al Palacio Henadad, donde conferenció con Pedro y los otros Apóstoles residentes allí; con Stéfanos y los demás diáconos; con las doncellas del coro y todos los discípulos jóvenes, viejos, mujeres y niños. El valiente anciano se sentía general en jefe de los amigos de su soberano Rey de Israel. Quedó resuelto esa tarde que conseguiría del Comandante de la Torre Antonia, que los Centuriones de todas las guarniciones y destacamentos de la Ciudadela de la puerta de Jaffa y del Torreón de Goliath que estuvieran allí para reprimir todo desorden y abuso de autoridad. Un nuevo reyezuelo vasallo de Roma ocupaba el palacio Admoneo, celebrando sus orgías en medio de un lujo escandaloso, como para hacer honor a su prosapia pues era un nieto de Heredes, el sanguinario constructor de palacios y destructor de vidas y de honras. Había comprado a Roma el derecho de llamarse Rey, con la ayuda pecuniaria de los más ricos miembros del Sanhedrín, que buscaban tener en esa forma quien apoyase su despótica autocracia sobre el pueblo de Israel. Tomó el nombre de Herodes Agripa I y fue el más refinado hipócrita que se

hacía ver en las grandes solemnidades del Templo, y en su palacio a puertas cerradas se entregaba a escandalosos festines burlándose de los austeros preceptos de las leyes de Israel.

Convencido el Sanhedrín que jamás podrían obtener de las autoridades romanas una intervención directa en sus litigios religiosos buscaron alianza pagada con oro con ese príncipe vil y rastrero sin ideales de ninguna especie, heredero de todos los vicios y ruindades conocidas de su raza. Su padre Antipas y su digna prima Herodías habían desaparecido de la escena y sus cuerpos devorados por el cáncer descansaban en el lujoso mausoleo de mármol que el viejo Herodes el Idumeo usurpador del trono de Israel se hizo construir para sí mismo y su dinastía en el hermoso bosque de encinas, acacias y palmeras donde la tradición decía que estuvo el palacio de la hija del Faraón, esposa de Salomón.

Con este breve detalle queda el lector en condiciones de comprender perfectamente los sucesos que detallaremos después y en los que actuaron de verdugos el Sanhedrín judío en alianza con este nieto de Herodes hecho rey con el oro del Templo y por su bien marcada disposición y cualidades de sátiro y asesino.

Hanán y Agripa formaron pues una alianza de crimen como la habían formado en la hora del Cristo con su antecesor Antipas. Se odiaban uno al otro, pero se necesitaban.

Eran los buitres que se aprestaban a devorar las palomas mensajeras del Cristo del Amor y de la Paz.

UN VISTAZO AL ESCENARIO

La entrada a la gran asamblea no era libre. Se necesitaba haber solicitado antes el derecho de entrar al recinto y de esto se había encargado Simónides, qué continuaba sosteniendo que *"el oro es muy necesario para comprar la voluntad de los miserables".*

-.Había adquirido más de trescientas entradas que repartió hábilmente entre *personajes de lustre* como él decía sin dejar olvidados por cierto a los discípulos y amigos del Rey de Israel a quienes proporcionó vestiduras adecuadas para no desmerecer ante la aristocracia judía que se creía dueña, digámoslo así, del gran establecimiento donde se educaban sus hijos.

Helena de Adiabenes viuda del rey Abenerig y madre del sucesor Izathe, vieja dinastía reinante en Azhur en los valles del Eufrates y muy conocida de los lectores de Arpas Eternas, estaba establecida en Jerusalén desde antes de la muerte del Cristo. Ella con toda su corte asistiría a la reunión. Los Comandantes de las Fortalezas de Jerusalén, de Jericó, de Cesárea, de Arquelais y Tiberías asistirían también con sus familiares y amistades. Todo el viejo Doctorado que se retiró del Sanhedrín a la muerte del Justo por solidaridad con José de Arimathea y Nicodemus y por sostener sus principios de justicia v equidad, asistirían también, lo mismo que los Escribas de Simónides, los diez jóvenes árabes de las Escuelas de Melchor que el Divino Maestro pusiera bajo la tutela del anciano amigo.

Y por lo que *pudiera ser,* como él decía, aquellos bravos *amigos de la montaña* con que contaba el Príncipe Judá, se pasearían por los patios y claustros del Gran Colegio, por las entradas, pórticos y veredas adyacentes. El viejo amador de Jhasua había desplegado fuerzas que el Sanhedrín desconocía. Marcos y Ana vinieron desde Joppe llamados por él pues no podían desperdiciar la fuerza moral que significaba para la naciente congregación cristiana la presencia de Marcos que tan altos precedentes dejara como Escriba Mayor durante muchos años en el Gran Colegio de Jerusalén equivalente en aquella época a lo que hoy llamamos una *Universidad,* o sea una especie de Templo donde tienen sus cátedras todos los mayores conocimientos de entonces.

Desde la partida del Señor a su Reino era ésta la primera batalla idealista a que habían sido provocados sus invariables amigos y seguidores de su Obra y para todos ellos significaba ésto un gran acontecimiento. Y Simónides el insustituible celador de la gloria de su Rey inmortal había despachado las carrozas del palacio Ithamar a buscar a los ancianos betlehemitas que habían presenciado la llegada de Avatar Divino a la tierra, Alfeo, Elcana, Josías y Eleázar que aún vivían esa dulce melancólica vida de los más grandes e imborrables recuerdos. Otra carroza había partido a Galilea en busca de la Madre del Señor y de los ancianos del Tabor y del Carmelo, y de todos aquellos que se vieran impedidos por sus años de realizar el viaje en otra forma. Acompañándola acudieron a aquella cita de honor, tres de los Maestros de Jhasua adolescente. Harmodio, Tholemi y Melquisedek; el inolvidable tío Jaime, el fiel y consecuente Hanani y por fin Boanerges, bien ignorante por cierto de que el héroe de aquella jornada era un hermanastro suyo que nunca supo que existía.

www.formarse.com.ar

Estos eran los que podrían entrar al vasto salón de asamblea debido a las entradas que Simónides pudo conseguir con sus hábiles estrategias, reformadas con oro desde luego, pero era numeroso el público estacionado en los alrededores, atrios y claustros del Gran Colegio.

Todo este movimiento tuvo lugar en los ocho días que siguieron a la invitación que hiciera el Sanhedrín a Stéfanos, para ocupar una tribuna en el salón de actos del Gran Colegio.

Mientras tanto, el joven héroe de esta jornada pasaba sus días recluido en el Oratorio del palacio Henadad entre las armonías del órgano, el canto de los salmos, y el cantar silencioso de su alma que buscaba en lo infinito todo cuanto había renunciado en la tierra.

Dos días antes del esperado acontecimiento, llegó la venerable Madre del Señor con todos sus acompañantes a la *morada de los hermanos* como llamaban al palacio Henadad.

Era la vez primera que la madre mártir volvía a la ciudad que sacrificó a su Hijo, y declaró que lo hacía sólo- por amor a El y por cooperar a su obra, a su doctrina, a su gloria. Y su primera visita fue al gran cenáculo convertido en Oratorio, donde ella presenció tres años antes la tierna despedida de su Hijo la noche aquella en que se entregó a la muerte.

Stéfanos sentado en el clavicordio ensayaba con las doncellas del coro el salmo 106 cuya letra comenzaba así:

"¡Mi corazón está dispuesto, Señor! para cantar tu gloria hasta el último día de mi vida. ¡Despiértate salterio y arpa, despiértate al amanecer!

"Para alabar a Dios entre los pueblos.

"Para cantar salmos entre las naciones.

"Porque grande más que los cielos es su misericordia y hasta los cielos cantan su verdad".

Boanerges que entró el último se acercó a las filas del coro y acompañó con su lira al clavicordio cuyas notas solemnes, profundas, parecían resonancias del espacio infinito que envolvían toda la tierra. La lira del trovador de Mágdalo era el cristalino gorjeo del ruiseñor, que derramaba como perlas sus trinos temblorosos sobre la seda ondulante de las armonías que exhalaba el órgano bajo las manos de Stéfanos. Se apoderó de Rhode una intensa emoción que la hacía llorar en el preciso momento en que debía cantar un solo Boanerges muy acostumbrado a ver estos pequeños accesos de sensibilidad en las doncellas de su coro de Mágdalo, la miró haciéndole comprender que la reemplazaría él. Y su voz de barítono dulce y vibrante se elevó como un gemido del alma que busca el Ideal Supremo en la inmensidad infinita.

Stéfanos conmovido profundamente por aquella voz que oía por vez primera... vez sobrecargada de sentimiento, de ternura, de infinito amor, no pudo resistir sin volver la cabeza a su lado derecho de donde aquella voz brotaba, limpia, serena, con suavidades de un hilo de agua fresca que llenaba el alma de recogimiento y de quietud.

"Mi corazón está dispuesto Señor para cantar tu gloria hasta el último día de mi vida" repetía la dulce voz de Boanerges, y Stéfanos que creía estar muy cerca de su muerte, tomó estas palabras para sí mismo... le faltaron las fuerzas para dominar su emoción y con un vibrante acorde final como cuerdas que se rompen por exceso de vibración, terminó de tocar y dejó caer su cabeza sobre el sostenedor de los salmos. Boanerges que había sentido viva simpatía hacia él se acercó rápidamente y le preguntó' — ¿Qué tienes?

Quedaron mirándose uno al otro como tratando de adivinar o comprender algo. La intuición habló al oído de Stéfanos:

"Ahí tienes a tu hermano Boanerges".

Ambos abrieron sus brazos y se estrecharon apretadamente.

—La música nos hace hermanos —dijo Boanerges al desprenderse de aquel abrazo pleno de vehemencias y emociones.

—También el ideal que ambos sustentamos —contestó Stéfanos.

—Otro músico trovador de tu país y no le conocíamos —dijo Rhodas a Stéfanos, y las doncellas le rodearon llenas de alegría.

—Sólo mi vestidura es griega —dijo Boanerges—, porque el castillo de Mágdalo es un retazo de la Grecia transportado a las orillas del Mar de Galilea.

El Apóstol Santiago que conocía el secreto de Stéfanos, intervino porque comprendió lo difícil de ese momento para el joven Diácono cargado como estaba con la preocupación de la tormenta que se avecinaba.

—Boanerges fue desde años nuestro trovador galileo, como lo es Stéfanos de la Judea —dijo.

www.formarse.com.ar

No era el momento oportuno para descubrir tan grave secreto de familia en presencia de todos y las conversaciones se hicieron generales.

De inmediato se formó un gran círculo en torno a la madre del Señor, que varios de ellos conocían recién. Marcos y Ana, huéspedes del palacio Ithamar, llegaron apresuradamente con sus dos hijitos y corrieron a buscar aquellos suaves brazos *'de* madre que tanto echaban de menos en su obligada residencia en Joppe.

Stéfanos se acercó a ella conducido por Pedro que emocionado en extremo le decía:

—Aquí tenéis Madre Myriam al que será héroe en esta jornada. Que vuestra bendición le acompañe para que sea digno discípulo del Divino Maestro, y sea capaz de glorificarlo con su palabra ante el mundo entero.

Stéfanos dobló una rodilla en tierra ante aquella sublime y heroica madre que soportó sin quejas el supremo dolor de presenciar el martirio de su Hijo amado sobre todas las cosas.

Con sus dulces ojos llenos de lágrimas puso ella su mano sobre la cabeza inclinada de Stéfanos y le dijo:

—Yo te bendigo en nombre de mi Hijo que te bendice desde su Reino de amor y de luz donde te espera para coronarte como El fue coronado.

— ¡Gracias Madre santa! —Exclamó Stéfanos besando sus manos—. Tus palabras son para mí el anuncio de una próxima victoria.

Todos deseaban mostrarse alegre-, y esperanzados; pero algo como una amenaza de tempestad parecía difundirse en el ambiente.

Las grandes salas del palacio Henadad estaban llenas con los hermanos que iban llegando atraídos por la noticia de que la Madre del Señor se encontraba allí, juntamente con algunos ancianos de los Santuarios del Tabor y del Carmelo, aquellos antiguos Santuarios de las montañas galileas donde unos y otros encontraron desde muchos años atrás la solución de sus problemas íntimos y más de una vez la paz y la salud perdidas.

Aquella santa mujer, madre augusta del Mesías de Israel, del Ungido de Dios, les parecía una gran fuerza protectora en esos momentos en que se veían amenazados de una nueva tormenta, la que seguramente no pasaría sin dejar algunas víctimas.

La palabra serena llena de claridades y de esperanzas de los ancianos maestros del Tabor y del Carmelo sería para ellos como batir de alas protectoras y sus consejos les marcarían los caminos a seguir en la hora de tinieblas que se avecinaba.

Y ella, la madre heroica, les seguía a todos con su mirada plena de amor y de bondad.

Los recuerdos revivían con fuerza en ella, lastimando de nuevo su corazón. Se veía rodeada de ternuras, de inefables amores, pero ya no estaba El y su ausencia de aquel recinto donde tantas veces le había visto siendo el centro de todos los afectos, de todos los entusiasmos, significaba para ella un vacío casi infinito que nada podía llenar.

La emoción aumentó inmensamente cuando todos se sentaron a la mesa y Myriam ocupó el lugar en que el Maestro se había sentado siempre.

Una de las doncellas colocó ante ella una gran cesta de dorados panecillos para que ella los repartiera entre los comensales. Los ojos de Myriam estaban llenos cíe lágrimas al levantar el primer pan y darlo a Pedro que estaba a su derecha. En ese preciso momento, vieron todos un suave resplandor dorado detrás de ella, que fue tomando forma lentamente hasta diseñarse la imagen clara del Divino Maestro con sus manos tendidas en actitud de bendecir la mesa y a todos los que estaban alrededor.

— ¡El Señor está aquí! —Fue el clamor unánime de todos.

Y Myriam que sintió vivamente la presencia divina de su Hijo, echó hacia atrás su cabeza tocada de blanco porque sintió que El se inclinaba sobre ella para darle la suprema bendición de su amor.

Fue aquello como un deslumbramiento, como el infinito gozo del éxtasis de las almas que sentíanse envueltas en la Divina Presencia.

Algunas de las doncellas del coro, sensitivas en alto grado, no podían volver en sí del estado de hipnosis en que se habían puesto por la fuerte influencia espiritual que tan vivamente se hizo sentir, y Tholemi, el más anciano de los esenios presentes se acercó a cada una de ellas y con un intenso llamado mental les hizo volver al plano físico del que habían huido en seguimiento de la aparición radiante del divino huésped que les visitaba.

—El cuerpo físico no resiste largo tiempo estas intensidades propias de ¡os cielos de Dios —dijo el anciano —. La Voluntad Divina que nos retiene en la tierra nos manda soportar las exigencias de la materia y debemos obedecer su mandato.

—Eso quiere decir que debemos pensar en comer cuanto hay sobre esta mesa —dijo Felipe con su buen humor habitual.

—Justamente hijo mío —afirmó el anciano—. Al Señor se le complace orando, trabajando y amándonos unos a otros. Pero es su gozo también que seamos sumisos a la ley de la Naturaleza que también es obra de su infinito poder. Y sentándose al otro lado de Myriam recibió de sus manos el pan que ella le ofrecía

Mucho se tenía en cuenta allí los privilegios de la ancianidad, y así fueron ocupando los asientos alrededor de la mesa, Melkisedek, Harmodio, Elcana, Alfeo, Josías y Jaime, Hanani, Eleazar, Lázaro, Andrés, Santiago, Matías a quienes seguía toda aquella florida juventud que no vacilaba en consagrar su vida recién comentada al supremo ideal de la paternidad universal de Dios y de la hermandad de todos los hombres.

Y como unidos estuvieron alrededor de esa mesa frugal y sencilla, lo estuvieron cuando dos días después acompañaron a Stéfanos a la invitación que había recibido de ocupar una tribuna entre los oradores que hablarían en las aulas del Gran Colegio.

— ¡Cuidado! —dijo Hanán a los Celadores y mayordomo del establecimiento—. El griego trae un cortejo como aquel del día de las palmas que acompañó al Rabí galileo.

Ismael de Ascalón el Vice-Rector del Gran Colegio se encontraba como «obre ascuas, por la difícil posición en que se encontraba. Con el mismo afecto debía recibir a todos los que hablarían esa tarde, y más a los magnates del Sanhedrín aunque en su fuero interno nada quería ya con ellos.

Era costumbre comenzar allí todo acto público con el canto de un salmo de invocación al Supremo Creador. Ismael de Ascalón pensó que si el Sanhedrín escuchaba a Stéfanos en el órgano coreado por los alumnos y la numerosa concurrencia se suavizaría más en sus ideas de represalias contra él.

Y así fue que lo invitó a sentarse al clavicordio, que fue rodeado por los alumnos mayores del Gran Colegio.

El viejo Hanán se deshacía en atenciones con la Reina viuda de Abenerig que desde la muerte del Cristo se había mantenido en completo retiro. Ella manifiesto que el astuto anciano se esforzaba en reconquistarla. Igual ocurría respecto de Simónides.

—Este es un coloso que quisiera aplastar —pensaba Hanán cuando le vio ocupar su sitio junto a Helena de Adiabenes.

Pero su asombro fue mayor cuando vio aparecer al Príncipe Hartat de Damasco, al Scheiff Ilderín con una bizarra escolta de lanceros árabes, aumentada con los ex discípulos del príncipe Melchor, a José de Arimatea, Nicodemus y Gamaliel. Y poco faltó para exhalar un grito de pánico al ver entrar al gran salón de actos al Comandante de la Torre Antonia, juntamente con varios Tribunos militares que mandaban las Fortalezas de Joppe, de Minoa, de Jericó, Arquelais y Cesárea.

Medio amoscado el viejo, susurró al oído de su hijo Teófilo:

—Ya no falta aquí más que el César y acaso pronto lo veremos llegar.

Mas, no llegó Tiberio César que estaba muñéndose en la Isla de Capri, pero llegó su Legado Imperial Lucio Vitelio luciendo en su lujoso traje el cinturón de oro y rubíes obsequio de nuestro amigo Simónides.

Mientras tanto Stéfanos como si hubiera sido transportado a un cielo de luz inundado de divinas melodías las arrancaba del órgano con admirable profusión llenando las almas de tan fervoroso entusiasmo, que los alumnos, las doncellas y parte de la concurrencia iniciaron el canto del himno sagrado aún antes de que se diera la señal. Y Boanerges cantó un solo tan maravillosamente que la concurrencia le ofrendó un nutrido aplauso cuando el himno hubo terminado.

En ese preciso instante se percibió un tumulto en los pórticos y alrededores y los gritos de: "¡Viva el Rey! ¡Viva el César! ¡Hosanna al Mesías de Israel!"

El Comandante de la Torre Antonia salió al momento y con él algunos de los Tribunos militares.

El astuto Hanán sonrió maliciosamente y susurró algo al oído de su hijo Teófilo que debía hablar esa tarde.

El lector de Arpas Eternas conoce el viejo odio existente entre los soldados herodianos en contra de todo cuanto fuera de la tierra y de la raza del Rey Haret de Arabia. Eran resabios de los odios sembrados por Herodías en contra de la casa reinante en Arabia, desde que ella se unió con Antipas repudiando éste a su legítima esposa Berenice hija del Rey árabe.

La fervorosa juventud betlehemita, al frente de la cual estaban los de Engedí, de la Granja de Andrés, Jacobo y Bartolomé, con sus hijos y jornaleros de aquel viejo molino que por iniciativa del Maestro se puso en movimiento con los tesoros encentrados en el sepulcro de Raquel, y toda esa masa de pueblo organizada en esos ocho días precedentes por Efraín hijo de Eleazar secundado por los Diáconos Felipe y Nicanor, se encontraron sin esperarlo en la gran plazoleta del Colegio con un destacamento de soldados herodianos que azulados por agentes del Sanhedrín buscaban formar alboroto con los árabes de la escolta de Ilderín.

www.formarse.com.ar

Seguramente la finalidad del astuto Hanán en un principio había sido contar con los soldados pedidos a Agripa, para el caso de verse precisado a hacer allí mismo *"un escarmiento"* (como él decía) con los audaces nazarenos envalentonados con su milagroso Mesías y con el favor que les dispensaban los militares romanos. Pero ni él ni nadie habían supuesto que se reuniría aquella masa de pueblo ante la cual nada significaba el destacamento herodiano de cuarenta soldados.

El amo de Israel estaba pues sobre ascuas.

Juntamente con el Comandante había salido también José de Arimathea a calmar a los excesivamente entusiastas amadores del Cristo, con prudentes reflexiones a las cuales obedecieren! de inmediato.

Mientras esto sucedía en el exterior, en el interior del gran salón eran los tres ancianos Esenios quienes emitían con fuerza su pensamiento a fin de que aquellas fuerzas contrarias no rompieran la bóveda psíquica que necesitaba Stéfanos para el éxito de su misión en esos momentos.

Ellos habían conferenciado largamente con el joven Diácono y se habían convencido de que era un sensitivo de grandes facultades y de una superior capacidad de percepción y de transmisión del pensar y sentir de las Inteligencias Superiores que orientan y encausan la voluntad humana. Lo cual hacía de él un valioso instrumento de los designios divinos sobre las porciones de humanidad entre las cuales ejerciera sus actividades.

En los dos días precedentes a la asamblea y que estuvieron en contacto con él hicieron meditaciones íntimas, con la presencia de Myriam y de los cuatro Apóstoles del Señor que residían allí. Stéfanos ignorando en absoluto las experiencias que los Ancianos solitarios querían hacer con él, les dio pruebas convincentes de que cuanto habían presentido respecto a él, era una realidad.

Por la hipnosis del joven Diácono se les había manifestado el Espíritu-Luz en la personalidad de Moisés, encareciéndoles la necesidad de insistir ante la humanidad, en que la Ley del Sinaí, es *Ley Moral* emanada de la Divinidad directamente; y las ordenanzas sobre las ceremonias y rituales del culto *provenían tan sólo de la mente de Moisés* que veía la necesidad de su pueblo de ver, oír y comprender la excelsa grandeza del Eterno Invisible a través de la majestuosa solemnidad de rituales y ceremonias de que se rodeaban los instantes supremos de acercamiento entre El y el pueblo que le rendía adoración.

Y el *Espíritu de Verdad* decía por la hipnosis profunda de Stéfanos: "El hombre terrestre ha hecho una confusión lamentable de los preceptos de la Ley moral encerrada en el Decálogo y grabada a fuego en cada corazón humano, con la ley -humana sobre las ceremonias y rituales del culto dado por los hombres a la Divina Potencia. Y yo hablaré por su boca porque es uno de los elegidos como instrumento mío para, exponer la Verdad a los dirigentes de almas, aún a cesta de la vida".

En alguna de estas íntimas meditaciones, obtuvieron desdoblamientos de su espíritu y comprendieron que era Stéfanos una encarnación del Profeta Ezequiel, pues los tres videntes lo vieron con sus vestiduras sacerdotales sentados a orillas del río Chebar, en los campos de Caldea, sumido en meditación y habló de esta manera:

"Soy Ezequiel hijo de Buzi, soy el sacerdote de Jehová que me hizo ver visiones terribles en contra de Israel. Y me dijo: "Así dirás a Jerusalén: Ciudad derramadora de sangre que te has contaminado de avaricia y de soberbia. En la sangre que derramaste has pecado y has hecho acortar tus días y abreviar tus años, i Oh Jerusalén! Tus príncipes y Sacerdotes han derramado en ti sangre inocente. Al huérfano y a su viuda despojaron en ti. Mi santuario fue menospreciado y profanado. Calumniadores hubo en ti para derramar sangre de justos. Precio recibieron en ti para derramar sangre inocente. Con usura y logro al prójimo defraudaron con violencia.

"La casa de Israel se me ha tornado en escoria —dice Jehová—. Sus príncipes y sus ancianos son plata, estaño, hierro y plomo para el horno y yo les junto en medio de Jerusalén y soplaré sobre ellos el fuego de mi justicia y los consumiré.

"Sus sacerdotes violentaron mi ley y contaminaron mi Santuario; entre lo santo y lo profano no hicieron diferencia. Como lobos que arrebatan la presa derramando sangre y extraviando almas para dar pábulo a su insaciable avaricia".

Y mientras así hablaba el sensitivo en el desdoblamiento de su espíritu, los tres videntes le veían vestido con la túnica de blanco lino de Ezequiel de pié a la orilla de río Chebar mientras un tempestuoso viento de aquilón batía con furia su manto y sus cabellos desordenados.

El sensitivo se despertó entre la consternación de los pocos que le escuchaban, todos los cuales comprendían que de nuevo el profeta Ezequiel reencarnado en Stéfanos, anunciaba terribles desgracias a la ciudad de Jerusalén que bebiera la sangre del santo entre los santos, del Mesías Ungido de Dios, anunciado desde seis siglos antes por los grandes profetas del pasado.

www.formarse.com.ar

Afirmando las predicciones trágicas de este nuevo Ezequiel, estaba la frase pronunciada por el Divino Maestro poco tiempo antes de su sacrificio:

"¡Jerusalén! ¡Jerusalén que matas a los Profetas que te son enviados! ¡Pronto llegará el día en que no quede de ti piedra sobre piedra!"

¡Y LLEGO LA HORA!...

Mientras la concurrencia se ubicaba debidamente y se acallaban los alborotos exteriores, el Vice-Rector Ismael, buscando acortar distancias, invitó a un nieto de Hanán, hijo de su hijo Jonathán Sumo Sacerdote por entonces, que tocaba muy bien el arpa, a formar un trío con Stéfanos y Boanerges con su maravillosa lira.

Esto fue indicación muy disimulada por cierto, de los ancianos Esenios, que conocían bien la importancia de la música sagrada para consolidar una bóveda psíquica tan duramente amenazada de romperse como lo estaba la formada por ellos esa tarde.

Un antiguo bardo de Israel había compuesto música a los Trenos del Profeta Jeremías y esa música que reflejaba todas las variaciones del alma ferviente y dolorida del Profeta, fue ejecutada con soberana maestría por el órgano que suspiraba como un ser humano próximo a llorar, bajo las manos de Stéfanos, por la lira de Bcanerges que trinaba como un ruiseñor en las noches de luna, y por el arpa del joven Samuel, que ya gemía con el alma del Profeta de los Trenos o cantaba con el viejo bardo de Israel.

Los ancianos Esenios medio ocultos en los cortinados que daban sombra a los ventanales y a la tribuna destinada a Stéfanos, lloraban silenciosamente de emoción, presionados por la suave corriente espiritual que descendía como una bruma dorada envolviendo los ámbitos del salón y acallando todos los rumores, los sonidos, los ecos más lejanos. Y pudieron observar así mismo que el joven Samuel hijo del Pontífice Jonathán y nieto de Hanán era un alma atormentada por el ambiente frío, duro y egoísta en que se veía sumergido. Comprendieron que vaciaba sus sentimientos y descargaba de angustias su corazón en las vibraciones de su instrumento que se ponía a tono como él mismo con sus dos compañeros de ejecución.

Cuando la música terminó le vieron acercarse a su adusto abuelo y hablarle al oído. Aquella alma de hiena adormecida en su avaricia y su soberbia se dejó conmover por la palabra de su nieto que le decía:

—Si tomáis a esos dos maestros de la armenia para acompañarme en las fiestas del Templo y del Gran Colegio no me iré a la Grecia como he pensado.

— ¡Bien hijo mío! Quisiera prometértelo porque no quiero que te vayas... ¡Ya veremos!

Stéfanos había pedido a Ismael de Ascalón ser el último en hablar por la razón de estar muy ajeno a la forma y modo como se encaraban allí las cuestiones a tratar. Deseaba oír a los otros para orientarse él mismo.

Un Doctor de la Ley, hombre maduro que representaba unos cuarenta y siete años subió a su tribuna para desarrollar este tema elegido por él mismo: *"Israel maestro de pueblos".*

El tema era halagador en extremo para el fuerte partido conservador de viejas tradiciones y de principios convertidos en dogmas. Pero el que lo trataba no pertenecía por entero a la secta fanática de los Fariseos, y era uno de los tres personajes enviados por el Sanhedrín días antes a escuchar a Stéfanos en la Sinagoga de Zorobabel. Su nombre era Absalón de Jericó, y el lector recordará que Ismael el Vice-Rector, había dicho: "Se retira sin argumento para contradecirte, pero sin valor para seguirte".

Y fue así su discurso con esa vaguedad fluctuante que pone al descubierto un ser que busca la verdad y distingue lo justo de lo injusto, lo verdadero de lo falso, pero sabe muy resbaladizo el terreno en que camina y en el cual quiere sostenerse aunque deba mantener para ello difíciles equilibrios.

Demostró su convicción de que el pueblo de Israel librado por Moisés de la esclavitud en Egipto, fue señalado por el designio divino para ser maestro de pueblos y prototipo y heraldo de la Justicia, de la Solidaridad y de la Paz que aparecen concentradas como una exquisita esencia en la gran Ley del Sinaí.

Pero el orador lamentó sobremanera que Israel estuvo muy lejos de ser digno ejecutor del designio de Dios puesto que aún viviendo su gran conductor y guía le amargó terriblemente sus horas entregándose a horrendas prevaricaciones aún en torno del Santuario nómada construido en pleno desierto con el esfuerzo de todos y siguiendo las instrucciones precisas de Aheloín, el intérprete divino que hablaba a Moisés en los deslumbramientos del éxtasis, entre los resplandores del Monte Sagrado a donde subía ebrio de luz y de amor, impulsado por esa fe inquebrantable, como huracán de estrellas y de soles que lo arrebatan hasta lo Infinito.

Y para que su disertación no se convirtiera en absoluto en una crítica dura y tenaz para Israel, el orador trajo a la memoria las grandes virtudes de los Patriarcas y Profetas que salvaron en parte la honra de Israel, y

www.formarse.com.ar

atenuaban las manchas de lodo y sangre que el pueblo inconsciente había arrojado sobre sí mismo olvidando los preceptos de la Ley moral recibida en Sinaí, para prestar mayor atención a las ordenanzas civiles de orden jurídico, higiénico, litúrgico y social.

Al evocar con amor reverente los nombres de los grandes Patriarcas, Profetas y justos de Israel, emitió una grande y piadosa idea, muy digna de la Bondad y Misericordia Divina:

"La claridad —dijo— de estas estrellas de primera magnitud en el cielo de Israel, nos producen deslumbramiento y acaso nos impiden ver en toda su horrenda fealdad, las prevaricaciones y desvaríos de nuestros hermanos de raza y de religión, que designados por Dios para las cumbres, han preferido arrastrase por el polvo".

El orador bajó de su tribuna entre una ovación de aplausos.

Un segundo orador disertó sobre la misión del Gran Colegio en medio de la Nación Israelita, manifestando la necesidad de que el profesorado antiguo y joven no tomasen otros rumbos hacia el extranjero dejando las aulas de la tierra nativa sin maestros lo cual significaba, en su sentir, una ingratitud grande para con el Establecimiento docente en cuyo seno se habían formado } adquirido todo el conocimiento que les hacía hombres capaces de engrandecer y dignificar la patria trasmitiendo su ciencia a las nuevas generaciones.

Si el discurso anterior no fue muy halagador para la secta dominante, éste lo fue menos, porque la mayoría de los presentes recordaban muy bien que con José de Arimathea, Nicodemus, Gamaliel y Nicolás de Damasco, expulsados del Sanhedrín y del Templo y obligados a renunciar del Gran Colegio, se había retirado más de la mitad de la juventud estudiosa, que fue al extranjero a continuar sus estudios o cortaron la carrera para dedicarse a diversas profesiones o industrias.

Los miembros del Sanhedrín que estaban presentes como presentes estaban José, Nicodemus y Gamaliel, temieron que alguno de ellos recordara los motivos por que se habían retirado. El Vice-Rector y algunos profesores observaron las miradas fulminantes de Hanán para el imprudente orador que pareció no comprenderlo y terminó su discurso invitando a los capacitados en las artes o en las ciencias a prestar cooperación al gran Instituto donde la nueva generación se preparaba para ocupar su puesto en el concierto de las naciones más cultas de la época.

A la terminación se promovió una discusión amistosa entre los dignatarios de Israel, tomando en cuenta la invitación hecha por el último orador, y encontrando muy conveniente tomar como profesores de música sagrada a los dos músicos griegos que acababan de demostrar sus aptitudes sobresalientes como maestros en el divino arte de la armonía.

— ¡Todo se andará! —contestó Hanán que era quien ponía siempre el punto final—. Tiempo al tiempo — añadió. Y todos comprendieron que el astuto anciano esperaba escuchar primero a Stéfanos antes de dar un paso adelante.

Por fin el Vice-Rector se acercó al joven diácono y le invitó a ocupar !a tribuna.

En el acto se levantaron José de Arimathea, Nicodemus, Gamaliel, Marcos, el Scheiff Ilderín y el joven que tañía el arpa y le condujeron a la cátedra que acaso fuera para el joven diácono como un cadalso en que exponía su vida por la gloria del Señor.

Una corriente intensa de simpatía le envolvía como una ola de luz, de ternura, de admiración.

Su juventud, su belleza, su continente lleno de dignidad y de serena calma tenían una atracción irresistible aún para aquellos que pudieran mirarlo con prevención.

La generosidad de Simónides y su refinada política le había obligado a vestir un regio traje al uso de su país: túnica blanca larga y plisada que los griegos llaman *chitón,* y el *himatión o* manto amplio de púrpura que se emboza de diferentes maneras.

El anciano inteligente y sagaz, sabía bien cuanto vale el adagio vulgar para gentes como los que formaban el Sanhedrín judío: *"Tanto tienes, tanto vales".* Y en cuanto a esto impuso su voluntad y consiguió que los amigos del glorioso Rey de Israel fueran vestidos como correspondía a la honra de tal Soberano Y la dulce benevolencia de Pedro no tuvo que violentarse para complacer a Simónides.

—No le falta más que la diadema de mirtho y de narcisos a nuestro orador para asemejarse a Orfeo subiendo al templo de Delfos —dijo un anciano Escriba que había viajado por la patria de Aquiles y de Ulises.

Quedaron de pié junto a la tribuna el Scheiff Ilderín, Marcos y el joven Samuel, que tañía el arpa.

El Vice-Rector del Gran Colegio anunció en alta voz el tema según costumbre:

"La Ley del Sinai, gloria de Israel".

Y Stéfanos comenzó así su discurso:

www.formarse.com.ar

—Amigos y honorables señores que me escucháis:

Antes de comenzar mi discurso imploro vuestra benevolencia para mi condición de extranjero que pudiera incurrir en equivocaciones no intencionadas, que espero os dignaréis observármelas para que al bajar de esta tribuna honrada por tan ilustres maestros, lleve yo un conocimiento más de la milenaria historia de Israel que se pierde en la noche oscura de los tiempos.

Mi juventud e inexperiencia no me hubieran permitido jamás el pensamiento de ocupar una tribuna en vuestro Gran Colegio, pero me ha obligado la amable invitación de sus autoridades aquí presentes.

He elegido este tema demasiado grande y excelso para mis capacidades, porque de todas las grandezas y glorias de Israel es la gloria inmutable, inconmovible y eterna que transciende los límites de lo terreno para resplandecer como una luz solar envolviendo todo el universo: *La Ley del Sinaí*.

Y fue Israel, vagabundo en la aridez del desierto quien primero la escuchó de los labios del glorioso taumaturgo, confidente de la Eterna Potencia que descendió hasta él para confundir la soberbia y prepotencia de un Rey que desconocía lo que es y lo que significa la grandeza del hombre, creación divina, chispa de luz emanada de su seno infinito y dotado, a semejanza suya de una inteligencia creadora, de un pensamiento que penetra los abismos y corre como el rayo de luz; de una voluntad capaz de abrir las montañas y desecar el mar cuando un ideal sobrehumano le empuja como el huracán a los témpanos de hielo en los mares del Norte.

El vértigo invade la' mente humana cuando trata de comprender el éxtasis del gran Moisés extático entre los resplandores ardientes del Sinaí al sentir la voz del infinito que dictaba el divino mandato como un legado eterno, como una alianza inmutable que lo hacía dueño de ese pueblo y al pueblo dueño de su Dios, como dueño es el padre del hijo que trajo a la vicia, y el hijo dueño del padre que le dio el ser. Y nace de allí como una flor de lux inefable la ley sublime y justa del amor entre el Dios de ese pueblo, y el pueblo de ese Dios.

Más, triste es reconocerlo: solo Moisés midió, analizó y comprendió la grandeza eterna de esa unión inefable. ¡Dios con su pueblo! ¡El pueblo con su Dios!...

Moisés el descendiente de los Faraones, el joven noble nacido y criado a la corriente del Nilo milenario, bajo las naves pobladas de misterio, de ciencia y de sabiduría de los Templos de Amón-Ra y de Osiris, Dios de los vivos y Dios de los muertos; lo había abandonado todo, las gradas de un trono secular, el esplendor inigualado del sacerdocio egipcio, las glorias de la milicia triunfante, las dulzuras del amor, todo, absolutamente todo para responder a la vez divina que le llegaba como el soplo del viento en sus horas de meditación, como luz difusa en la sombra temblorosa de las naves solitarias, como el eco de un canto lejano que ondulaba entre los rumores del río sagrado, que emergía de la sombra proyectada en la arena del desierto por las Pirámides mudas, por la Esfinge silenciosa...

Nuestra alma pequeña y débil tiembla de espanto contemplando la lucha titánica del gran vidente, con el dolor de abandonarlo todo para seguir la visión de un porvenir incierto.

¡El ideal triunfó de la materia! ¡La visión intangible, se impuso a los sentidos! ¡La voz divina fue más poderosa que todos los hala los humanos!

¡Y el gran visionario se lanzó al desierto como un fantasma de locura y de amor supremo!

¡Cuan pequeños somos los seres humanos para comprender esos vértigos deslumbradores que el Eterno Invisible desata en el alma de sus elegidos, como un torrente de luz multicolor que teje visiones, que diseña escenarios en horizontes y mundos nunca vistos sino en el sueño extático de la contemplación interior!

Y entre los peñascos solitarios de Madián, en los valles poblados de silencio y de sombras, entre majadas de ovejas que diseñaban relieves de marfil en el verdor de las praderas y compartían con él los frutos silvestres y el agua de las vertientes, el místico ermitaño vio deslizarse los años que fueron haciendo más clara y vivida la visión del porvenir.

Sentado sobre un peñasco, él recordaba... Allá muy lejos la madre solitaria, la princesa anacoreta convertida en sacerdotisa de los templos, evocaba también en ensoñaciones celestes la imagen querida del hijo ausente...

Bajo las naves solitarias que fueron su escuela y el nido tibio de sus primeras visiones, sus maestros y compañeros echaban de menos la silueta inmóvil, hierática, pensativa del joven hierofante para quien fueron pequeños, áridos y fríos los grandiosos templos de mármol y de oro, ¡porque sentía en su alma alas de águila, hambrientas de inmensidad, de luz y de infinito!...

¡El solitario seguía recordando! ¡Y los recuerdos como pinceladas de mago continuaban esbozando sin piedad ternuras de nido, piedades de madre, canciones de cuna, esplendores de tronos!...

¡Y se levantaba de pronto como un gigante herido de improviso y que se despierta de un sueño!

www.formarse.com.ar

Un viento de fuego arrastró una majada al pié de una montaña agreste que se alzaba hasta las nubes... Y él corrió tras de su majada, única vida que daba vida a su soledad. Era aquel el Monte Sagrado en cuya cima se plasmarían en realidades grandiosas, sus visiones de la juventud. En aquel Mente estaba la culminación de su vida; la solución de su problema íntimo; la respuesta a todos los interrogantes que se venía haciendo desde sus años primeros.

"¡Por qué Señor!... ¿por qué?" —había preguntado tantas veces.

¡Oh! cuán retardados andamos los hombres para reconocer la voz divina que nos anuncia la hora de cumplir los pactos eternos del alma eterna con Dios!...

¡El gran vidente no estaba formado de una pasta diferente que la nuestra, pero su alma!... ¡Oh! su alma comprendía y *amaba a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a si mismo* aún antes de que el fuego del Sinaí se lo hubiere esculpido en tablas de piedra!

Su alma de elegido, serafín del séptimo cielo, se había anticipado al mandato divino que por su intermedio daría a los hombres y lo venía sintiendo desde la niñez como un dardo de fuego que le quemaba el corazón.

Sobrecargado de todos los poderes divinos en su primera visita al Sinaí volvió a las riberas del Nilo como huracán del desierto, y sembró el espanto en la tierra de los Faraones con estupendas manifestaciones del poder que había recibido. Y arrancó al pueblo de Abrahán, de Jacob y de José de las garras de la más espantosa esclavitud y le arrastró en pos de sí como una marejada humana, atravesando lagos, mares, desiertos hasta llevarle al pié del Monte Sagrado de sus visiones de gloria.

La grandeza del Infinito se desborda como un río caudaloso después de consumado el sacrificio de sus elegidos, y Moisés que tanto había llorado en la soledad, en el desamparo, en el abandono de cuanto ama el hombre sobre la tierra, sintió que todo el cielo era suyo, que la gloria de Dios era su gloria, que la infinita dicha del Amor Increado era también su dicha; ¡que ¡a Luz Eterna era suya y que todo lo podía y todo lo tenía en su inefable unión con el Eterno Poder!

El Divino Padre había contestado a todos sus interrogantes y ya no necesitaba preguntar: ¿Por qué Señor... por qué?

'Y la sublime Ley del Sinaí cayó en el alma extática de Moisés como el divino abrazo de Dios a la humanidad terrestre.

"¡Amarás a tu Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como te amas a ti mismo!"

¿Qué genio humano podría esbozar en la amplitud de un lienzo ilimitado los esplendores maravillosos del Sinaí durante el diálogo divino del Eterno con- su elegido?

¡Pueblo de Israel, favorecido el primero con el espectáculo indefinible de los cielos confundidos con la tierra!...

¿Cómo has podido pecar después de lo que tus ojos vieron y tu corazón sintió estremecido de espanto, de asombro, de dicha y de amor?...

¿Cómo has podido amargar los días y las noches de ese hombre genial, de ese hombre luz, de ese Ungido de Dios, que se empapó de divinidad y te la trajo como un don para ti pueblo escogido como primer legatario de su mensaje de amor?

¿Como has podido manchar tus manos con sangre inocente, con sangre de Profetas, con sangre de mártires?

¡La eterna Ley de la preexistencia nos dice que los que vivimos en la carne hoy, fuimos también de antes, de ayer y de todas las edades que pasaron, y acaso estuve también yo entre los que vieron y palparon los esplendores de Dios y la gloria del Sinaí, y tan pronto la olvidaron para lanzarse sin freno a la vorágine de todas las pasiones humanas, que embrutecen al hombre y lo rebajan a un nivel inferior a veces que las bestias!...

Y esta ley eterna de la preexistencia hace morir todo reproche en mi boca, con un interrogante que cae en el corazón como gotas de hierro hirviente:

¿Estas seguro de no haber estado tú entre los que vieron las glorias del Sinaí y tan pronto las olvidaron ?...

¡Cuan doloroso es amigos míos, el pensar, el meditar y comprender la pequeñez del hombre para asimilar, sentir y obrar el bien y cuan fuerte es para inventar, asimilar y obrar el mal!

Las grandes y extraordinarias virtudes de Moisés, como las maravillosas glorias del Sinaí atraídas y merecidas por El, no fueron una fuerza suficiente para mantener aquella multitud de seres en los límites del marco augusto de esa Ley soberana.

Otros Moisés con diferentes nombres y en diversos países y épocas han continuado visitando las playas terrestres, sembrando sus valles de flores divinas, encendiendo faros que alumbran sus caminos, derramando

estrellas en sus sendas tenebrosas, y la humanidad en general busca con predilección las pendientes que bajan antes que los senderos que suben a las cumbres.

¡Y aún hace más!... mucho más! ¡Y lloremos hermanos sobre nuestra propia desdicha pues somos parte de esta humanidad que delinque, que busca las ciénagas inmundas y desprecia los jardines en flor!... Que olvida a su Dios, sus promesas eternas, sus mandatos divinos, y se vuelve rabiosa como bestia enfurecida contra los Enviados por El que le dicen con piedad infinita:

"¡Ama para que seas amado! ¡Siembra el bien para que recojas el bien!

¡No arrojes piedras para que nadie te las arroje a ti!

¡No hagas llorar a nadie para que tú no tengas que llorar jamás!"...

Permitidme hermanos cerrar esta página gloriosa de Israel porque no debo abusar de vuestra gentil benevolencia. Y la cerraré pidiendo a la Luz Increada y eterna que descienda sobre vosotros, sobre mi, sobre todos los pueblos de la tierra para que no devolvamos ingratitud, perfidia, sufrimiento y muerte a cambio del inefable amor que vienen a traernos de los cielos de Dios, los Antulios, los Hermes, los Orfeos, los Khrisnas, los Moisés, los Sócrates, los Jhasua de Nazareth! ¡Que la paz sea con vosotros!...

Pedro, el dulce apóstol de Cristo se precipitó a la tribuna y recibió a Stéfanos en sus brazos cuando descendía de ella. Y detrás de Pedro, le rodearon todos los amigos de Jhasua que le habían escuchado, y que sintieron la vibración divina de El en la palabra del joven diácono, como si fuera El mismo quien hablaba por su boca.

La venerable madre del Señor había llorado silenciosamente desde el comienzo del discurso de Stéfanos porque en determinados momentos llegó a percibir la adorable imagen de su gran Hijo flotando como una nube de luz dorada por encima de la tribuna del orador.

Cuando pudo abrirse camino Stéfanos fue a ella y doblando una rodilla le tomó ambas manos y las besó con reverente amor, mientras ella sin poder pronunciar palabra, le puso la diestra sobre la cabeza y le besó en la frente.

— ¿Quién es esa mujer? ¿Es su madre? —preguntó Hanán al Vice-Rector.

—Como si lo fuera —le contestó éste—. Es la Madre del Profeta Nazareno que sus discípulos veneran Como al Mesías anunciado por los Profetas.

—Creo que hubiéramos salido ganando, si le hubiéramos reconocido también nosotros —contestó a media voz el astuto anciano que indirectamente gobernaba al pueblo de Israel—. Pero ya es tarde —añadió—. Y algo me está diciendo que esa gente triunfará algún día y nosotros nos hundiremos.

El Vice-Rector Ismael lo escuchó asombrado pero creyó prudente no decir una palabra.

— ¿Qué dices abuelo después de haberlo oído? —le preguntó su nieto Samuel el que tocaba el arpa.

— ¡Vale mucho! no lo puedo negar. Pero hay valores terribles que son una amenaza hijo mío. Tienes el permiso para invitarlo a acompañarte en la dirección de nuestros músicos del Templo; pero te aconsejo no intimar con él.

También Hanán y otros magnates de su corte se acercaron al joven diácono, pues no pudieron sustraerse de la poderosa atracción que él ejercía.

—-Amiguito —le dijo Hanán— mucho sabes de Israel para ser extranjero y tener tan pocos años. ¿Quién fue tu maestro si nunca viniste al Gran Colegio?

—El Profeta Nazareno, señor, que amaba mucho a este pueblo y a todos los pueblos de la tierra — contestó Stéfanos con gran naturalidad y sin ninguna vibración de ironía ni de reproché en su voz.

— ¡Bien!... muy bien. Tenemos que hablar mucho amiguito y poner muy en claro ciertas cuestiones que no deben ser tratadas en público.

Has hablado de la preexistencia: ¿Conoces el Libro del Profeta Ezequiel?

—Conozco todos los Profetas, señor; pero Ezequiel es mi favorito.

— ¿Y por qué es tu favorito? —volvió a preguntarle el anciano con tal vehemencia que sorprendió a Stéfanos.

—No lo sé yo mismo señor, pero hay algo que me induce a pensar que debí estar muy cerca de él en esa hora y que acaso fuera un maestro mío que me colmó de bondades por lo cual mi alma se siente muy unida a la suya.

www.formarse.com.ar

—Aquí está uno de nuestros Escribas que mientras tú hablabas, te vio tal como el Profeta Ezequiel aparece en su visión relatada por él mismo, de *las ruedas resplandecientes y de los querubines de llamas que corrían con ellas.* ¿Sabes tú algo de eso? —Y los ojos de Hanán como dos carbones encendidos quemaban el rostro de Stéfanos.

—No señor, no sé nada. Pero confieso que esa visión del Profeta viene siendo asunto de mis cavilaciones desde hace mucho tiempo. ¿Qué explicación tendrá ella?

—Trata de averiguarlo si puedes y cuando lo hayas descubierto ven a decírmelo.

—Así lo haré, señor.

Y el diálogo de Hanán con Stéfanos terminó con la presencia de Marcos, al cual mandó Pedro que se acercara temiendo alguna celada del viejo lobo del Sanhedrín.

EL HUERTO ILUMINADO

Sigamos lector al joven héroe de esta jornada, Stéfanos de Corinto.

—Has triunfado, hermano, sobre los lobos del Sanhedrín —decíanle la mayoría de sus hermanos.

—Todavía no —contestaba él—. Apenas hemos comenzado a desdoblar el mantel. Cuando esté abierto sobre la mesa, veremos.

Pero los ancianos como Simónides, Pedro, José de Arimathea y Nicodemus, conocedores de los entretelones del Sanhedrín y de la dura intransigencia de sus autoridades, no veían en Stéfanos un triunfador humanamente hablando, pero sí un triunfador al estilo del Cristo Ungido de Dios, heroico paladín de su ideal, en cuyas aras consumió todo cuanto pudo dar en su vida, en su muerte, y también después del sepulcro.

El joven Diácono también lo comprendió así. Y cuando dispersados todos los hermanos cada cual a su residencia particular, él volvió al palacio He-nadad, compartió la cena con todos ellos y acompañó con el órgano el canto de los salmos y la oración de la noche.

Agotados por las emociones de la tarde, ancianos y jóvenes se retiraron al descanso.

Pero Stéfanos volvió al Oratorio y se sentó en el más apartado rincón del estrado, a donde llegaba apenas una débil claridad de la lamparilla de aceite encendida ante las tablas de la Ley.

Había dado de sí mismo cuanto puede dar de energías y de amor un ser humano que ama el Ideal Supremo encontrado a lo largo del camino eterno.

¡ Había dado tanto y necesitaba recibir! ¡Sentía su alma despojada, hambrienta, devorada de sed!

Entristecido s>u corazón hasta lo' sumo, el desconsuelo le envolvió en sus velos helados como un sudario, y Stéfanos comenzó a llorar silenciosamente.

En aquel tibio vapor de lágrimas, se fue esfumando lentamente toda su amargura, y sintió que su alma se revestía de nuevo de algo que hubiera dejado como una vestidura prendida en los zarzales del camino.

Su sed ardiente se iba apagando, como si una agua dulce y fresca fuera derramada gota a gota en sus labios.

Intangibles manjares sin color ni forma saciaban su hambre casi infinita, y un suavísimo descanso invadía todo su ser.

Le pareció que su alma se había cubierto de nuevo con una vestidura muy suave y tibia. ¡Y ya no tenía frío, ni hambre, ni sed! Sintió que se había recuperado espiritualmente y una alegría intensa como el reír de los niños se desbordó sobre él en ondas suavísimas, indefinible mezcla de esencias, de armonías, de rumores...

Se sintió de nuevo fuerte, lleno de energía y de valor. Y el pensamiento comenzó su tarea.

Entró en el huerto iluminado de la meditación buscando a tientas al Ideal Supremo, a la Luz Increada, al Amor Eterno.

Y le encontró de inmediato. Le estaba esperando. Por qué El sale al encuentro del que le busca y se da sin medida al que con amor se le entrega.

El pensamiento de Stéfanos recorrió toda su vida.

A los doce años vio morir a su padre y recordaba bien todas las tristezas de la inhumación en la necrópolis de Atenas, entre los mil sarcófagos en que reposaban las cenizas de gloriosos militares del pasado. La triste vuelta al solitario hogar de Corinto donde veía el continuado llorar de su madre.

www.formarse.com.ar

Le había sido arrancado el amor de su padre que no era ya más que un puñado de cenizas dos años después, la situación económica obligaba a su madre a contraer segundas nupcias, por temor al derrumbe de que se veía amenazada y en el cual creía arrastrar a su hijo que estudiaba Ciencias y música en la Academia de Platón.

La madre enamorada de su hijo, no pudo darse por completo al secundo esposo; y el descontento empezó a romper las dulces redes de armenia de la familia. El padrastro no pudo amar al hijastro ni estuvo de acuerdo en compartir con él, los cuidados y el amor de la esposa elegida.

El tesoro moral y material que significaba aquella mujer, lo quería solo para él. Y ese egoísmo *en crescendo* comenzó a ser amargura para la madre y para el hijo..

Stéfanos vio con dolor que le sería también arrancado el dulce amor de su madre, a la cual pidió permiso para viajar por las ciudades en que existían Escuelas notables en las que podría ampliar mucho sus conocimientos y perfeccionarse en la música a la que era notablemente inclinado. Tenía dieciséis años.

Su madre le entregó cuanto pudo de su herencia paterna, junto con un pergamino cerrado y lacrado que su padre dejara para su hijo Stéfanos cuando fuera mayor.

La muerte le había obligado a su primer renunciamiento: el amor de su padre. La vida le obligaba también al segundo más doloroso aún: el amor de su madre.

Con su alma herida y deshecha, partió Stéfanos de Corinto a Atenas, de Atenas a Samos donde aún resplandecía medio oculta la ciencia de Pitágoras; de Samos pasó a Pérgamo. Ya estaba el mar Egeo entre su madre y él. Las epístolas eran menos frecuentes. Le había nacido el primer hijo del segundo matrimonio: Demetrio.

A través del mar que los separaba, le seguía el amor materno como una luz mortecina envuelta en una niebla de llanto, pero le seguía siempre. En cada carta materna encontraba Stéfanos una rosa encarnada, un cactus rojo, o una ramita de mirtho. Y últimamente, encontró en ella un ricito de cabello negro del hermanito de tres años.

De Pérgamo bajó a Esmirna, de Esmirna a Rhodas, siempre a orillas del mar desde donde miraba la costa de Grecia, sus altas montañas de mármol coronadas de cipreses, de mirthos y laureles...

Su corazón se iba desprendiendo poco a poco. De Rhodas dio un salto hasta Pafos en la Isla de Chipre. Y de Pafos a Siria, donde resplandecía aún oculta la luz del Avalar Divino que empezaba a clarear en Palestina.

Llegó a Tiro cuando el Divino Maestro se encontraba en dicha capital con el tío Jaime y Zebeo.

Le conoció la tarde del gran torneo en la Naumaquia y quedó preocupado. Recordó a Hermes y pensó si sería un Hermes reencarnado.

Recordó a Orfeo y pensó si los dioses del Olimpo habían traído de nuevo a la tierra al místico bardo de la antigüedad para anular el frío egoísmo de los hombres. Una vez le oyó hablar en una sinagoga particular en Tiro y se sintió como deslumbrado.

Después le perdió de vista como si el astro se hubiera ocultado detrás de una nube parda.

En su carta póstuma, su padre le refería la existencia de una heredad en Siria, en el valle de Damasco, donde se extiende la red de afluentes del Río Abana. Era la *Villa Dónde* donde él había tenido un segundo amor, y un hijo que conoció apenas nacido. Sus deberes militares le habían llamado a la patria, *y* cuando regresó no encontró más que la heredad solitaria, un paraíso abandonado, del cual se había apoderado la hiedra, la selva vigorosa y las gacelas y las gaviotas del valle de Abaná.

El pensamiento de Stéfanos seguía y seguía recorriendo el sendero largo y triste de su vida.

Las epístolas maternas habían tenido el epílogo profundo del silencio. Un compañero de academia le avisó de su muerte.

Ya no pudo llorar más de lo que por ella había llorado. La separación por el egoísmo de un hombre y la separación por la muerte, poca diferencia tenían. Nuestro lector conoce ya lo demás que seguiría pensando Stéfanos en la solitaria penumbra del Oratorio donde rememoraba todos los pasos de su vida que a él le parecía muy larga, pero que no era más que de veintinueve años.

Se detuvo por fin en el pensamiento del hermano que acababa de conocer, Boanerges; y en Demetrio que pronto regresaría de su viaje por Galilea y Samaria, a reclamar a Rhode que le había dejado en custodia y la que había significado para él otro renunciamiento más en aras del sublime ideal encerrado en estas palabras: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". "No desearás para ti la mujer de tu hermano".

Pensó profundamente acerca de Boanerges. ¡Qué hermoso tesoro de belleza de bondad y de amor significaba para él que sentía su alma lastimada aún por el último renunciamiento!

www.formarse.com.ar

Su amor sería como un bálsamo para su alma herida.

A través de sus trovas llenas de dulce melancolía que destilaban a veces Sotas de llanto, le adivinaba tal como Boanerges era: alma de bardo, mezcla de amor y de anhelos inalcanzables, enamorado de la armonía del verso y de la armonía de las cuerdas, con su lira esbozaba su propio retrato...

¡Cuan amable era este hermano a su corazón!

Pero en la lucidez serena de la meditación Stéfanos veía su fin muy cercano. Estaba ya enredado en el zarzal donde dejaría su vida como un rosal bermejo, en plena floración en aras del Cristo, visión de luz y de gloria que lo había deslumbrado.

¿Por qué iba a destrozar esa otra vida más breve que la suya, dándose a conocer como hermano para abandonarle pronto con una muerte acaso espantosa que le quedara en el corazón como un tormento eterno?

¿No era más noble, más generoso, más fraternal dejarle ignorar el vinculo de la sangre que les unía hasta pasada la tormenta que se avecinaba?

"Si la Divina Ley —decía Stéfanos— me permite iluminar a los dirigentes de esta nación, entonces me daré a conocer a él y continuaremos junios la senda de nuestra vida si él se complace en vivir a mi lado en nuestra *Villa Dónde.*

"Si he de entregar mi vida en esta jornada, en esta encrucijada que yo no he buscado y que me ha salido al encuentro, le dejaré una carta póstuma como me dejó mi padre haciéndole dueño de lo que él me dio para ambos, y así llegaré al Reino de Dios sin deuda ninguna, sin llevar ningún abrojo, ninguna mancha de lodo en la vestidura nupcial con eme debo presentarme a las bodas divinas".

Así pensó Stéfanos en su meditación de esa noche.

Nadie sabía su secreto, pues sólo al Apóstol Santiago le había hablado de *Boanerges* por ser vecinos de las orillas de Mar de Galilea.

"Ese nombre andaba buscando" había dicho él, pero nadie le preguntó por qué le buscaba, ni él dio razón ninguna de ello.

Cuando llegara el momento encargaría a su compatriota y compañero de Academia y de Apostolado, Parmenas, que fuera el depositario de su secreto y trasmisor de su voluntad respecto del joven trovador.

En la diáfana lucidez de aquella meditación solitaria, el joven diácono hojeó toda su vida como un libro abierto y cuando hubo tomado todas las resoluciones que creyó justas para no dejar ningún hilo sin anudar, ninguna hoja sin repasar y corregir, dio un gran suspiro como si se descaraba de un peso enorme.

— ¡Señor!... ¡dueño de todas las vidas y de todas las cosas!... He puesto sobre tu altar soberano todos mis renunciamientos como un ramo de flores de mi humilde huerto espiritual, todos mis sacrificios y dolores. Y pongo también todas mis debilidades, mezquindades y egoísmos, conocidos e ignorados. ¿Cuáles pesarán más?

Señor sea tu Bondad Divina quien juzgue y reciba mis dos ofrendas: lo bueno y lo malo de mi vida.. ¡Señor!... ¡Que tu claridad divina caiga como lluvia de estrellas sobre mi huerto interior y que él sea iluminado por Ti con claridades eternas!

Y Stéfanos salió del Oratorio y atravesando el claustro solitario bañado por la luz de la luna, entró silenciosamente en la alcoba donde descansaba el Apóstol Pedro que era su compañero de habitación.

En la unión con la Divinidad su pobre alma había descansado, y en el sueño físico descansó también su materia.

A la primera hora de la mañana siguiente Stéfanos y Boanerges se quedaron solos en el Oratorio cuando después de la acostumbrada oración del amanecer, se retiraron los demás.

El trovador de Mágdalo deseaba tener copias de las composiciones musicales de Stéfanos. Allá en la Aldea de la orilla del Mar de Galilea, era él quien dirigía el coro del Oratorio. Y el diácono a su vez, quería copias de las canciones compuestas por Boanerges.

Tal era el motivo porque se buscaban recíprocamente. Almas de artistas, de grande anhelos, de enseñamientos irreales en este mundo, pero muy reales y verdaderas en otros planos de vida superior, la atracción en ellos era lógica y natural.

Y se cambiaron entre ellos las carpetas respectivas.

Hojeando Stéfanos las trovas de Boanerges, encontró ésta:

"Amar como aman las flores

www.formarse.com.ar

Que perfuman las praderas
Como ama el ave en los bosques
Y en el cielo las estrellas;

Amar por amar es agua
Que no conocen los hombres...
Amar por amar es agua
Que solo beben los dioses".

La leyó y releyó varias veces, mientras Boanerges examinaba las composiciones musicales.

— ¿Me quieres explicar por qué escribiste esto y hasta dónde llegaba tu pensamiento al escribirlo? —preguntó Stéfanos al joven trovador.

—Es una honda pregunta la que me haces y algo difícil de contestar hermano, pero creo que te sabré responder aunque no vuelo tan alto como tu.

—Eso es lo que crees —díjole Stéfanos— pero este verso me indica que aunque eres tan joven, tus alas son capaces de subir a gran altura.

—Este verso —dijo Boanerges— encierra un pensamiento que nació en mí al convencerme de que yo amaba y que nunca sería correspondido. Y entonces ensayé hacer de ese amor un idealismo puro que vive de sí mismo, sin necesidad de encontrar en el ser amado, la vibración, la nota, el eco que responde a ese amor. No sé si me comprendes.

— ¡Oh... te comprendo tanto! Y me afirmo en lo que antes te dije: eres muy joven pero tus alas son fuertes y vuelan alto. ¿Dónde has estudiado?

—En la biblioteca del Castillo de Mágdalo donde vivo desde que tenía doce años. Allí todo es griego y romano. Un maestro griego de las Escuelas de Atenas, de Samos, de Pafos y de Siracusa, daba sus lecciones a la joven castellana y a sus doncellas compañeras, y me era permitido asistir a esas lecciones. Pero te aseguro que tengo la idea de que esas lecciones no han hecho más que avivar los recuerdos de algo que me era conocido. Y cuando he comprendido la ley de la preexistencia, me he explicado esto muy satisfactoriamente.

—Luego, estás convencido de que en épocas pasadas, conocías las ciencias llamadas *ocultas.*

—Justamente.

—Pero éste *"Amar como aman las flores"* ¿qué quieres decir con esto? —preguntó Stéfanos.

—Hago una sencilla comparación entre las flores que se nos dan en todo cuanto tienen de belleza y de perfumes sin pedirnos nada en cambio. El darse es amor. El no pedir nada a cambio de lo que se da, es inegoísmo, desinterés, amor puro y perfecto. ¿No lo entiendes tú así?

En las creaciones del Supremo Hacedor hay mucho de ese amor que se da sin pedir ni esperar nada.

—Es verdad, ¡mucha verdad! —contestó pensativo Stéfanos—. Pero creo que la criatura humana de esta época, no podrá comprender a fondo ese verso tuyo, y ahí tienes la razón de lo que te he dicho antes: tú vuelas muy alto.

Tu huerto interior debe estar iluminado de cierta clase de luz que deslumbraría a las almas encarnadas en este tiempo.

—El verso lo dice —contestó Boanerges—:

"Amar por amar es agua
Que no conocen los hombres,
Amar por amar es agua
Que sólo beben los dioses."

—Si tu alma es capaz de vivir en paz con ese sublime amor que está muy más allá de los planos físicos, te has adelantado a la vida en veinte siglos lo menos —dijo Stéfanos.

Una sonrisa dolorosa vagó por la hermosa faz de Boanerges que guardó unos momentos de silencio.

www.formarse.com.ar

—Hasta hoy —dijo— he sido capaz de vivir tranquilo y feliz con ese amor. Pero a veces temo que no lo seré por mucho tiempo. Y entonces...

—Entonces ¿qué?

—Comentará el padecer, y con el padecer, el deseo de morir para no seguir padeciendo —dijo Boanerges.

—A este punto crucial quería que llegaras, y esperaba que llegarías —contestó Stéfanos pesando sus palabras—>. Y como no podemos morir cuando queremos ¿cómo te defenderás tú de un amor que se agranda día por día hasta llenar por completo tu vida?

—Me dejaré consumir por él como un cirio sobre un altar.

— ¡Oh! Es fácil decirlo, pero no es fácil vivirlo te lo aseguro.

—Creo estar adivinando que por una extraña casualidad, estamos ambos en igual situación, o sea un amor que deberá mantenerse siempre, como un perfume en el aire —dijo Boanerges—.

Es verdad quizá que nuestro huerto interior está iluminado por claridades no comunes a todos los hombres de esta tierra —añadió después de un breve silencio— y creo que podemos esperar que esas claridades nos hagan capaces de beber tranquilos de esa *agua que sólo beben los dioses,* según dice mi verso.

—Estoy seguro de no haber llegado a esas alturas —afirmó el Diácono—, por eso estaré contento de morir pronto.

Te asegure que no quiero fracasar en mi vida espiritual como he fracasado en lo material. Y el Dueño Eterno de toda vida sabe esto mejor que lo sé yo.

— ¿A qué le llamarías tú *un fracaso* en la vida espiritual? —preguntó Boanerges.

—Mira, te lo diré claro. Tengo clavado en el corazón como un dardo ardiente un amor fuera de ley. Amo a la prometida esposa de mi hermano Demetrio.

— ¡Cómo!... ¿Demetrio es hermano tuyo? Lo tuvimos tres días hospedado en el Castillo. Es un jovencito encantador, y como somos casi de la misma edad, fácilmente nos hicimos amigos. ¿Dónde está la prometida de él?

—Aquí mismo —contestó el Diácono—. ¿Has observado a la doncella que canta los *solos* en el Coro?

— ¡Oh si! Tiene la voz de un ángel y canta con tanto amor y dulzura que hace llorar. Además tiene una belleza nada común.

—Es la que será esposa de mi hermano así que llegue de su viaje.

—Ya no tardará —añadió Boanerges— porque cuando me despedí de él, iba a Naín a visitar a una viuda cuyo hijo fue vuelto a la vida por el Cristo nuestro Señor, y Demetrio quiere tomar nota de los testigos oculares de las grandes obras realizadas por El. Me dijo que de Naín vendría enseguida a Jerusalén donde esperaba encontrar a la Madre del Señor y a Pedro a quien él ama mucho.

— ¿Sabes Boanerges que espero con espanto ese día, no obstante de haber renunciado a ese amor porque comprendo demasiado la infamia que se encierra en querer lo que pertenece a otro? ¡Cuan lejos estoy amigo mío de poder beber *esa agua que sólo beben los dioses!*

¡Tú eres más fuerte que yo a pesar de ser más joven! Ayúdame te ruego a amar como aman las flores, como las aves que nos dan sus cantos y las estrellas su luz!...

— ¡Stéfanos! —dijo Boanerges enternecido— también yo amo sin esperanza ni recompensa; pero yo vivo tranquilo porque nadie es dueño del ser amado y porque tengo la certeza de que a nadie amará jamás. Pero créeme que tendría el mismo espanto que tú si viera llegar el día en que otro hombre como yo, se hiciera dueño de su amor y de ella misma.

—Y ¿en qué base te afirmas para asegurar que ella no amará nunca? —preguntó el Diácono.

—Ya lo verás. Cuando ella conoció al Profeta Nazareno que es el Cristo que tanto amamos todos, cambió como de la noche al día y su corazón se prendió de El, en tal forma que lo abandonó todo y se entregó por completo a la adoración de aquel hombre genial, único, sin nada semejante en la tierra. ¡Era natural y lógico! ¿Quién que lo conozca y lo comprenda no le amará de igual manera ?

El presenciar su atroz martirio la ha dejado como enloquecida hasta el punto de no querer saber nada de nadie y vive absorbida por los recuerdos. Ella me amparó en mi orfandad y me hace vivir como un familiar en su casa. Nada me falta.

Sólo puedo verla o escucharle una palabra cuando baja al Oratorio a los bultos del anochecer.

Desde la muerte de Nuestro Señor, tal es la vida en el Castillo de Mágdalo.

—Y tú, ¿te adaptaste a esa vida de soledad entre los que te rodean?

—Yo vivo de ese amor sin esperanza, amando con el amor de las flores que hago venir de donde sé que las hay, exóticas y maravillosas para adornar una imagen del Cristo que ella hizo esculpir en mármol del más fino del Pentélico, pintado al color natural y con ojos de esmalte que miran con una dulzura infinita... ¡Se llega a soñar con que es El mismo!

El darle ese contento es mi felicidad. Y como los ruiseñores que pueblan nuestro parque nos dan sus trinos sin esperar nada, mi lira y mis trovas, son también ruiseñores que cantan sin pedir nada.

Pero confieso que no estoy seguro de tener esta paz serena y tranquila si la viera entregarse a otro hombre como yo. Del Divino Señor, nadie puede tener celos... porque El merece todos los amores, todos los holocaustos, todas las consagraciones. ¿No piensas tú como yo?

¡Exactamente lo mismo! —contestó Stéfanos—. Quizá yo lo haría igual, pero mi sacrificio ha sido ese que tú no estás seguro si lo podrías hacer, entregar yo mismo a otro hombre como yo, el ser amado. El la eligió antes y la amó antes. Y es él mi hermano menor, que ha sufrido la esclavitud hasta hoy, que por sus buenos servicios y noble conducta, su amo, un distinguido Tribuno militar le ha dado la libertad y lo toma a su cargo como gerente de su casa.

¿Cómo puedo yo obrar de otra manera? ¿No dice la ley: "No hagas a tu hermano lo que no quieras que te hagan a ti"? Y ¿"Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo"?

— Si, es así —afirmó Boanerges y se quedó muy pensativo.

Luego continuó como si hablase consigo mismo:

— ¡Qué pálida estrella de tristeza y de lágrimas hemos traído Stéfanos y yo! ¿A quién le hace bien nuestro dolor, nuestra incertidumbre del mañana, la soledad de nuestro corazón? ¡Nadie se beneficia con ello!... ¡Seguramente que no!...

— Todo cuanto nos atormenta hoy, debió atormentar a otros por culpa nuestra en pasadas edades en que hemos vivido en la carne como hoy —dijo Stéfanos contestando al soliloquio de Boanerges—.

Si nuestro sufrimiento no da beneficio a radie, quizá nos hace bien a nosotros mismos.

Seguramente no pensarás, que satisfaciendo todos nuestros deseos y aspiraciones hemos de obtener la purificación de nuestro Yo.

El oro se purifica en el crisol ardiente; el hierro se forja en el yunque, el artista modela su estatua con el cincel y el buril que va quebrando a pedazos el mármol hasta quedar la imagen perfecta de un modelo vivo.

¿ No te parece que as! lo hace el Eterno Dueño de nuestras vidas para acelerar nuestra perfección de criaturas suyas con inteligencia y voluntad, destinadas a ser colaboradoras en la marcha evolutiva de todas las humanidades?

—No hay duda que es así, y que debe ser así —contestó Boanerges—. Porque de otra manera no podríamos encontrar lógica ni justicia en padecimientos inútiles.

No podemos creer ni pensar que el Eterno Poder que es Sabiduría Infinita puede hacer nada inútil e injusto. ¡El alma del hombre debe necesitar quemarse en muchos fuegos, recibir los golpes del martillo sobre el yunque, del cincel sobre la piedra, del corte audaz de una podadera en los retoños perjudiciales del arbolillo de nuestra vida!...

¿Acaso no lo hace así el hombre mismo en toda obra que quiere sacar perfecta?

¡Stéfanos amigo mío! ¡Algo debe haber de enigmático en la similitud de nuestras dos vidas y en la pálida estrella de soledad y de tristeza de nuestro ciclo!

Stéfanos estuvo a punto de revelarle a Boanerges el vínculo de sangre que les unía, pero con un gran esfuerzo se sobrepuso a ello.

Le veía tan joven, tan generoso v tan noble, con una exquisita sensibilidad que hacia de él un arpa viva de emociones profundas, que le pareció injusto añadir una copa más de dolor en aquel corazón sufriente desde sus primeros años.

—"Mi próxima muerte será para él otro desgarramiento atroz —pensó el joven Diácono— y yo sé que la muerte se acerca hacia mí con acelerados pasos..."

La llegada de Nicodemus y José en busca de Stéfanos, puso fin a la intima confidencia de ambos jóvenes en el Oratorio del palacio Henadad.

Boanerges se retiró a la Biblioteca con el fin de copiar la música de Stéfanos que formaba una voluminosa carpeta.

GERIFALTES Y PALOMAS

Los dos ancianos Doctores de la Ley que acompañaron al Cristo Divino desde la cuna al sepulcro, sentían una grande alarma al ver el peligroso acercamiento del Sanhedrín Judío a la naciente Congregación Cristiana.

Y antes de volverse a sus respectivos hogares en Arimathea y Nicópolis quisieron tener una entrevista con Stéfanos, Pedro y los ancianos Esenios que le rodeaban.

Por este motivo acudían muy de mañana al palacio Henadad, la *Casa de los Hermanos* como le llamaban entonces.

Nos encontramos pues con ellos en el Oratorio, donde acostumbraban celebrar siempre esta clase de reuniones íntimas relacionadas con la enseñanza de la Doctrina del Cristo.

—Venimos a vosotros —decía José— para recobrar nuestra tranquilidad. Tres años que han transcurrido desde la muerte de nuestro adorable Jhasua, no han borrado por cierto el recuerdo de todas las felonías y maquinaciones del Sanhedrín para hacerle callar con la muerte. Y estamos viendo los mismos procedimientos para hacer callar a Stéfanos.

—Y no es posible —añadió Nicodemus— que nos dejemos atropellar nuevamente por esa jauría de perros rabiosos.

Todos miraron al joven Diácono que demostraba completa tranquilidad.

—Venís en busca de sosiego y de calma, y creedme que yo mismo no los tengo —contestóles Pedro—.

Me limito a decir como nuestro Divino Maestro en su oración última del Monte de los Olivos.

¡"Hágase tu voluntad, Señor, y no la mía"!

—Es lo que debemos decir todos —dijo el anciano Esenio Harmodio— pero no por eso debemos olvidar que es nuestro deber no arrojarnos temerariamente a las fauces de las fieras, sino tratar de evitar cuanto se pueda, encolerizarlas. Es lo que nosotros venimos haciendo desde muchos años. Y no por eso hemos perdido el tiempo. Hemos preparado el camino al Cristo

—La situación de hoy es diferente de la nuestra —observó el Esenio Melkisedek. Nosotros *esperábamos* la llegada del que debía dictar enseñanzas a la humanidad. El vino, enseñó y se fue, dejándonos un legado eterno que hemos aceptado voluntariamente: enseñar a los hombres su doctrina, sintetizada en la *Universal Paternidad de Dios,* y en *la Hermandad de todos los hombres.*

El primero de estos principios será aceptado con menos dificultad; pero el segundo es como ponernos frente a un ejército de arqueros prontos a disparar las flechas.

—En verdad —afirmó el anciano Tholemi—. El hombre en general no ha llegado ni a comprender siquiera la posibilidad de establecer iguales condiciones de derechos "y deberes para todos y menos aún el de llegar a amarse los unos a los otros, siquiera en el grado primero, o sea, no causarse daño recíprocamente.

—Nuestro Señor y Maestro —observó Pedro— insistía mucho, como todos sabéis en el amor de los unos para los otros porque en eso está la felicidad que todos deseamos. Pero ¿cómo complacer a los potentados con nuestra prédica de justicia y equidad para con sus esclavos, sus jornaleros, sus servidores en general?

Nosotros debemos sostener y decir que es criminal la esclavitud que hace de la mitad de la humanidad, una majada de bestias, que la otra mitad tiene derecho de explotación, de compra y venta, de vida y muerte sobre ella.

Los dirigentes del mundo, ven en esta prédica, una sublevación de las masas vejadas y oprimidas, y nos llaman agitadores, revoltosos, perturbadores de la paz, que incitamos a los pueblos a la insubordinación, a la rebeldía.

Caemos pues en la categoría de seres dañinos para sus intereses. Y como a tales, creen justo exterminarnos, hacernos desaparecer.

Yo veo así nuestra situación en seguimiento del Divino Maestro.

—Muy bien lo piensas Pedro —dijo José de Arimathea—. El adorable Jhasua insistía mucho en preparar a nuestro pueblo para gobernarse a sí mismo, para dejar de ser masa anónima, ignorante, sin voluntad ni ideas propias, como una majada de ovejas que camina hacia donde sopla el viento.

Y fundó la *Santa Alianza* en primer lugar para levantar el nivel moral y social de nuestro pueblo. En segundo lugar, para aliviar su desesperada situación económica, que es de miseria y de hambre como todos sabemos debido a los onerosos tributos al César, al Rey, al Templo, y en general al sistema de explotación del hombre por el hombre desde lejanas épocas.

El formar en las filas renovadoras de este estado de cosas es poner el pecho ante las flechas enemigas. Y muchos caeremos.

www.formarse.com.ar

No podemos hacernos la ilusión de que todos los mandatarios del mundo se someterían a bajar de sus pedestales de oro, de poder y de fuerza, y caminar por el llano donde los pies se enlodan, y la frente se cubre de sudor por el esfuerzo y la fatiga.

—Es tal como lo dices José y creo que todos lo vemos de igual manera. Nosotros queremos continuar la obra de redención humana comenzada por el Mesías Ungido de Dios, porque *redimir es libertar.*

La gran mayoría de la humanidad vive esclava de la escasa minoría que ha tenido la audacia y la astucia para adueñarse de situaciones especiales y desde allí tender redes en las que caen a ciegas las masas ignorantes de todos los países de la tierra.

Esta es, a mi juicio, la redención humana que el Cristo Señor Nuestro ha venido a traer a este mundo.

Nosotros todos hemos aceptado ser apóstoles de esta obra grandiosa *y* sublime de liberación humana, que no creo podamos hacerla completa ni en la vida actual ni en muchas otras que deberemos vivir en los veinte siglos que El nos ha dado como plazo para realizarla.

El gran Ungido, eligió doce Apóstoles íntimos y los eligió entre aquellos que *nada tenían que dejar,* según sus propias palabras. "Para seguirme —decía El— no quiero que dejéis rastros de dolor en pos de vosotros. El que tenga esposa, hijos, o padres ancianos que necesitan de él, cumpla con la ley del amor fraterno que debe empezar por los que le están ligados".

Pero como tenemos muchas existencias sucesivas, lo que no podamos hacer en ésta lo haremos en otra en que estando libres de vínculos de familia, continuemos la Obra del Cristo, *sin dejar rastros de dolor tras de nosotros,* como El decía.

—Yo, el más joven de todos, escucho para aprender —dijo por fin Stéfanos—, y se me ocurre una pregunta sugerida por todo cuanto estoy escuchando:

¿Qué me corresponde hacer a mí en la situación en que me encuentro, que sin salir al público, ni hablar sino en Oratorios particulares, he sido llamado a un acercamiento con las autoridades religiosas y civiles del pueblo de Israel? Bien sabéis que yo no he buscado tal situación. Ella me ha salido al encuentro.

— ¡Que hable Pedro! —dijeron varías voces a la vez—. El Señor le confió a él el cuidado inmediato de su grey.

Emocionado el anciano Apóstol guardó silencio por unos momentos. Cuando pudo hablar, su voz temblaba.

—Hijo mío —dijo a Stéfanos—. Creo que tú estás entre los que el Señor decía, *que no debían dejar rastros de dolor tras de sí.* No tienes esposa, ni hijos, ni padres para cuidar. Si hubieras estado cerca de El cuando vivía en la carne te habría elegido entre sus íntimos seguramente. También yo he tenido el cuidado al elegir nuestros Diáconos, entre los que no tenían vínculos de familia Por tal razón no estuve de acuerdo con el casamiento de Parmenas; pero, callé porque no me consideré con derecho para oponerme abiertamente.

El no podrá entregarse al apostolado como puedes hacerlo tú por ejemplo que no has acercado otra vida a tu vida.

Te diré hijo mío lo que yo haría en tu situación actual: No provocar ni despertar la cólera de los mandatarios. *"Dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios",* —dijo el. Pero si fuese interrogado y obligado a decir la verdad respecto de la Ley Divina o del Cristo Ungido de Dios, lo diría tal como es aún sabiendo que me costaría la vida.

— ¡Gracias padre mío!... —exclamó Stéfanos abrazándose de Pedro, cuyos sollozos se sintieron por unos momentos.

Cuando se serenó continuó así:

—Yo sé hijo mío que mis palabras significan para ti la insinuación de que caminas a la muerte... —La voz de Pedro se quebró en un sollozo que él se esforzaba en contener—. Pero Nuestro Señor, nos lo anunció ya: "No ha de ser el discípulo mejor tratado que su Maestro, "ni el siervo más que su amo".

Y tú hijo mío, que fuiste el primero en pedirme formar entre los auxiliares de los Doce, recordarás el interrogatorio que te hice: ¿Tienes padres? —No. ¿Tienes esposa e hijos? —No. ¿No tienes vínculo ninguno que te ate a la vida? —No.

Entonces, ven hijo mío, te dije, a formar entre los que debemos defender la Obra del Cristo hasta morir por El.

Puesto ya en el despeñadero debes tener prudencia y la tendremos todos contigo, en forma que no seas tú el que busque la muerte, sino que ella venga a ti cuando no se la pueda evitar, porque ella esté en tu Ley de esta hora.

www.formarse.com.ar

—La Sabiduría Divina habló por tu boca Pedro —dijo José—. Por eso los que estamos ligados a una familia, debemos mantenernos en la sombra y trabajar oculta y silenciosamente.

—Escribir para el futuro, y aún para el presente, puede ser el trabajo de los que estamos impedidos de nacerlo públicamente —añadió Nicodemus—.

La casa de José y la mía, son laboratorios de copias, y los mayores de nuestros hijos son agentes viajeros en el país recogiendo datos, versiones, relatos de hechos que han quedado en el olvido durante la vida misionera de nuestro gran Apóstol Nazareno.

Y nuestros Santuarios de toda Siria, que han quedado formados solo por los más ancianos, estamos consagrados al trabajo del pensamiento y también a escribir cuanto hemos visto y oído del Divino Maestro —dijo Harmodio el Servidor del Carmelo.

Nuestra oración acompaña como una lucecita de cirio a los misioneros del Señor, y ofrecemos el abrigo de nuestras grutas a los que se vean perseguidos o enfermos —añadió el anciano Tholemi que era por entonces Servidor del Monte Tabor.

—Quiere decir que tenemos formada una fuerte cadena mental de ayuda y protección —observó Melkisedek—. Porque no debemos olvidar que el Sanhedrín soltará su bandada de gerifaltes para atrapar en pleno vuelo a las palomas mensajeras del Cristo. Los tiene ya bien amaestrados, y andan como espías a todo lo largo del país.

— ¡Gerifaltes y palomas!... —exclamó Pedro—. Eso es toda la humanidad y lo fue siempre ¡Víctimas y verdugos!... ¡Santos y malvados!... ¡Oh Señor!... ¿Cuándo vendrá tu Reino a darnos el amor y la paz?...

* * *

Mientras ocurría esto en el Oratorio veamos lo que pasaba en el ala izquierda del vasto edificio donde tenían sus habitaciones las doncellas del coro, las viudas que les hacían de madres y entre las que estaba entonces la *santa Madre del Señor* según la expresión de todos sus discípulos.

De tanto en tanto alguna de las jóvenes tomaba esposo y si ella no tenía padres, Simónides o la Santa Alianza le proporcionaba la dote y el palacio Henadad la habitación que ocuparía el nuevo matrimonio si el esposo no la conducía a una casa particular. Este fue el caso de Rhodas y de Parmenas uno de los siete Diáconos auxiliares de los Doce.

Había entre las jóvenes y las viudas una gran alarma por la amenaza que veían cernirse sobre la naciente Congregación Cristiana.

Rhode sobre todo, la prometida de Demetrio el jovencito griego, lloraba y gemía tristemente. Pero el tormento suyo tenía además otra causa.

Ella esperaba ver llegar a su prometido de un día a otro y sentía que su corazón no era ya de Demetrio sino de su hermano Stéfanos. El alma de Rhode estaba pues sombría y desolada.

Y mientras sus manos se movían sobre el telar o hacía bailar el huso y sostenía la rueca, su pensamiento tejía y destejía la dolorosa tragedia de su vida breve de diez y siete años. Su esclavitud de cinco años en la lujosa mansión del General Galo en el Monte Palatino, entre el Foro de Saturno, no le traía tan negros recuerdos, pues allí más que una esclava, fue la doncella íntima de la bella Diana de Puozoli, que se había desposado recientemente en la Villa Astrea del Lacio, mansión del Príncipe Judá.

En la esclavitud tuvo lugar su encuentro con Demetrio, esclavo del Tribuno Militar Marcelo Galión, Corintio como ella y de familias amigas desde años, fueron en la niñez compañeros de juegos y de travesuras. Más unidos aún por el dolor de saberse esclavos, en el tiempo que pasó al lado de Diana entre las intrigas y espionaje de la Isla de Capri en los últimos días de Tiberio César, y principio del desastroso reinado de Calígula, había aceptado complacida la tierna amistad de Demetrio y aún el ofrecimiento de hacerla su esposa. Pero ahora Rhode comprendía bien que aquel sentimiento no fue amor, sino tan sólo amistad y dulce compañerismo.

Pero conoció a Stéfanos en Jerusalén. Lo escuchó hablar en las Sinagogas y en el Oratorio mismo. Lo vio sentado al clavicordio al que arrancaba melodías como cantos del alma, como gemidos de un corazón que sufre, como los silbos del viento en los pinares de su tierra como el rumor de las olas bravías al chocar con la costa brava del Istmo de Corinto.

Lo tuvo como maestro de música y de canto en el Oratorio del palacio Henadad, y su corazón que no había amado nunca, se desbordó hacia él, tan digno de ser amado por las mil cualidades sobresalientes que adornaban al joven griego.

www.formarse.com.ar

¿Quién podía condenar ese amor? No obstante, la nobleza y dignidad de Stéfanos lo condenó como un delito contra la ley del amor fraterno que le decía: "No hagas a tu hermano lo que no quieras que se haga contigo".

El lector conoce ya la fuerza moral de Stéfanos que hizo sin vacilar el sacrificio de aquel amor, porque también él amó a Rhode con la intensidad con que sólo se ama una vez en la vida. Ella era más débil y aunque aparentemente aceptó sumisa la resolución del joven Diácono, el corazón de la pobre niña lloraba en silencio y deseaba que se alargase indefinidamente la ausencia de Demetrio.

Era hermoso, bueno y había sido para ella un gran compañero, un escudo de defensa en la turbia y trágica estadía de la Isla de Capri.

Recordaba la huida por el acantilado de la isla, en la oscuridad de la noche y todo cuanto él había hecho para salvarla. Su corazoncito se estrujaba de angustia en la imposibilidad de corresponder con amor a ese amor decidido, abnegado y perseverante.

El tormento interior de Rhode la consumía día por día.

—Demetrio adivinará todo en Cuanto llegue —se decía ella misma— y yo no sabré qué contestarle.

Myriam la observaba en silencio y adivinaba que un secreto dolor la consumía.

Ella sería llamada a lo largo de todos los siglos, *Dolorosa, Madre de la Misericordia, Consuelo de los afligidos, Reina de los mártires y* se sentía dueña y merecedora de todos esos nombres.

Y un día llamó a Rhode a su alcoba.

—Ven hija mía a hacerme compañía, porque me encuentro muy triste y sola —le dijo.

Y la joven llevando la cestilla de su labor, siguió como un corderito a la dulce Madre del Profeta Nazareno, bien ignorante por cierto de que ella había descubierto su pena.

—Tú eres joven, comienzas tu vida y yo he visto ya tan destrozada y deshecha la mía. —Así comenzó Myriam su plática de consuelo—.

El dolor nos sale al paso sin buscarlo hija mía; es lo más seguro y cierto que hay en la vida humana sobre esta tierra. Y sin embargo, nunca estamos preparados para esperar al dolor.

Siempre nos toma de sorpresa, porque sólo conocemos su llegada cuando ti nos estruja el corazón.

Rhode comenzó a llorar silenciosamente y por fin dobló su cabecita rubia sobre las rodillas de Myriam, y sus sollozos como suave rumor de alas que se abren y se pliegan se oyeron levemente en el silencio de aquella alcoba.

La diestra de Myriam con suavidad de lirio pasaba y repasaba sobre aquella cabeza sollozante que se refugiaba en su regazo como una paloma herida... con sus alas rotas, impedida para volar.

—El dolor vaciado en otra alma capaz de comprenderlo y sentirlo, es más suave hija mía, y acaso este corazón mío que ha gemido tanto y tanto sin consuelo posible, pueda encontrar el medio de consolar este dolor tuyo que lo estoy sintiendo desde que llegué y te conocí.

Mi hijo que consolaba todos los dolores y angustias aparecidos en su camino quizá podrá consolar tu pena. ¿Es que no te encuentras a gusto aquí? ¿Quieres venir conmigo a Nazareth, antes o después que te hayas casado?...

El llorar de Rhode se hacía más y más intenso...

Myriam calló un momento y pensó... Por fin le preguntó:

— ¿Es que ya no quieres ser la esposa del joven a quien estás prometida? ¿No le amas acaso?

La joven doncella se estremeció con violencia y abrazándose de Myriam nerviosamente rompió a llorar con una angustia que partía el corazón.

Los dulces ojos de Myriam la miraban con ternura y compasión y se daba cuenta de que había acertado con la causa de aquel dolor.

—Tu dolor es de aquellos que sólo Dios puede curar; y como sólo El merece toda nuestra confianza, confía hija mía que El pondrá un remedio a tu mal.

— ¡Si El me hiciera morir, madre mía!... —murmuró entre su llanto la entristecida joven.

—Ten confianza en El y deja entrar en ti la serenidad y la paz —le dijo la augusta señora.

Rhode se calmó y comenzó a contarle la historia de su corta vida, que ya el lector conoce.

Al escuchar los elogios que ella hacía de Demetrio su prometido, Myriam intervino discretamente.

www.formarse.com.ar

—Mira hija mía, no tienes motivo para tanto padecimiento. Veo que hay en ti un gran aprecio para él porque reconoces todas sus bellas cualidades.

La unión con un hombre bueno que aprecias y estimas en lo que vale, puede convertirse en amor y traer para ambos la dicha relativa que es posible en la tierra si tú te esfuerzas en cumplir tus deberes para con él. ¿No lo crees tu así?

Rhode sin hablar movió la cabeza en señal negativa.

—Tantas mujeres hay que hemos aceptado la unión con un hombre que nos ha pedido en matrimonio y que nos han dicho nuestros mayores, que era el destinado por Dios para nosotras...

¿Por qué tu no podrías hacer lo mismo, para no atormentarle con una negativa sin motivo justo?...

Porque él sufrirá tanto o más de lo que tú sufres ahora.

— ¡Madre!... —clamó por fin la atormentada Rhode—. He dado entrada en mi corazón a otro amor mucho más grande que la amistad de la niñez y la admiración que sentí siempre por las cualidades de Demetrio... ¿Cómo puede mi corazón mentirle un amor que es todo entero para su hermano Stéfanos?...

— ¡Hija!... ¡pobre hija mía! —exclamó Myriam envolviéndola en sus brazos como si quisiera defenderla de aquella acerada angustia—.

Lo había sospechado sin querer creerlo porque comprendo que es un terrible dolor para los dos.

La joven, con esa fría calma del que se ve ante lo irremediable dijo:

—Stéfanos es fuerte y noble hasta lo sumo, y ha renunciado a este amor: y él mismo, encargado de mi persona por Demetrio, está dispuesto a entregarme a él así que llegue. Por eso pido al cielo el milagro de que él no llegue nunca, o que yo muera antes de su llegada.

¿Qué podré decirle cuando le vea ante mí?

—No padezcas hija por lo que aún no ha llegado. El Señor que lo ve todo guía a sus hijos que confían en El —díjole Myriam con una seguridad que sólo Ella podía sentir.

Al mismo tiempo llegó a la puerta de la alcoba una de las compañeras de Rhode que dijo:

—Acaba de llegar un viajero de Galilea y trae epístolas de Naím y de la orilla del Mar: una para Madre Myriam y la otra para ti Rhode. —Y se las entregó. Cada cual leyó la suya—.

La de Myriam era de Juan en que le daba breves noticias de sus padres, y muy largas de su propia tristeza incurable que parecía llevarle a la muerte en breve tiempo. No podía consolarse de la ausencia de su Maestro que había sido la luz de su vida, la fuerza que le hacía vivir.

La de Rhode era de Demetrio en la cual le daba excusas por su tardanza en volver. Leámosla juntamente con ella:

"Amada de mi alma; Rhode mi dulce amiguita de la infancia, mi estrella de la esclavitud; no te alarmes porque pasan los días y no vuelvo a cumplir mi palabra. Somos tan jóvenes y tenemos mucho tiempo para ser felices. Sabiendo como sé que estás bien guardada por mi hermano en esa casa de santos, permíteme que dedique este precioso tiempo para recoger detalladamente todo .cuanto concierne a la obra misionera que ha realizado en este venturoso país el gran Profeta Ungido de Dios para salvar a la humanidad. Yo lo vi morir Rhode, y recibí una de sus postreras miradas porque logré colocarme aquel día fatal junto a un grupo de mujeres que lloraban por El. Ya te referí esto: yo quise creer que en esa mirada me pedía algo y le prometí llorando que yo defendería su nombre de santo y de mártir hasta la última gota de mi sangre.

Sabes ya que he prometido también al que fue mi noble amo en la esclavitud, llevarle el detalle de cuanto hizo el Profeta por la humanidad, porque él sueña con rehabilitar su nombre ante el gobierno romano para descargar su conciencia de haber sido el que mandaba la ejecución.

Te hice saber por un viajero que de Naím regresaría a ésa; pero me sale oportunidad de llegar hasta Cesárea de Filipos donde un anciano de nombre Nabad tiene una carpeta con relatos del Profeta, de los cuales ha sido testigo ocular.

Un hermano suyo me lleva hasta su casa donde pasaré unos días que gastaré en sacar copia de todo aquello. Darás a leer esta epístola a mi hermano Stéfanos para que él conozca los motivos de mi tardanza. El Ungido de Dios, por cuya gloria y amor retardamos nuestra feliz unión, nos tomará bajo su amparo ahora y cuando formemos nuestro soñado hogar. Tuyo para siempre

Demetrio

Cuando Rhode terminó de, leer esta carta, se la alargó a Myriam y ella la leyó también.

—Es una noble alma la de tu prometido hija mía. ¿Cuántos años cuenta?

www.formarse.com.ar

—Va para los veinte, y tú que lo conoces Madre, le darás veinticinco, según es alto, fuerte y decidido.

—Es verdad —contestó Myriam pensativamente—. Debes tranquilizarte Rhode porque él es muy bueno; tú eres buena también y Stéfanos es una grande alma sometida en absoluto a la voluntad divina. Nuestro Padre Celestial facilitará el modo de que los tres cumpláis con vuestro deber. Ten paz en tu alma hija mía y no te atormentes más.

—Tenéis mucha razón Madre, pero mi situación sigue como antes, y Stéfanos sigue también con la amenaza de la ira del Sanhedrín. Tú que eres la Madre del Señor ¿no podrías cambiar todas estas cosas?

Y Rhode, al hacer esta pregunta se dejó caer sobre el tapiz del pavimento, y cruzó sus manos sobre las rodillas de Myriam sentada en un silloncito.

—Hija mía, óyeme —dijo la dulce ¡Aladre del inolvidable Jhasua—.

Yo soy su Madre y no pude impedir que muriera en el patíbulo. Soy su Madre y compartí con El todo el horror' de su terrible muerte.

Soy su Madre y lloro todavía la angustia indecible de su ausencia.

Los designios divinos ignorados por nosotros se cumplen indefectiblemente en el día prefijado para ello.

Antes de llegar a la vida material, hemos aceptado las condiciones de esa vida, aunque envueltos en la pesadez de la carne, no lo recordemos ni lo tengamos en cuenta.

Cada alma trae su camino marcado por la Ley Eterna y aceptado voluntariamente por aquella. El alma sabe pues lo que encontrará en ese camino, que será siempre para su progreso y adelanto en la senda eterna que ha de recorrer.

En el mundo espiritual no se tienen en cuenta los padecimientos de la existencia terrestre, sino el resultado final de esa existencia.

Si mi Hijo vino a esta última vida a enderezar los caminos torcidos de la humanidad, aceptó anticipadamente todos los tropiezos que debía encontrar. Y en esta tierra hija mía no siempre se salva de la muerte, el que se arroja voluntariamente en una selva poblada de fieras con el ansia de domesticarlas; ni se salva de morir abrasado el que se tira entre un incendio con el ansia de apagarlo. ¿Comprendes?

El vino para ser la luz de este mundo, y los que veían sus maldades descubiertas por esa luz, quisieron apagarla para siempre.

El vino para hacer resplandecer de nuevo la Verdad Divina sepultada bajo montañas de arena por los poderosos dominadores de muchedumbres interesados en mantenerlas en completa ignorancia para así engañarlas y dominarlas con facilidad. Y los malvados que no quieren la Verdad, aniquilaron al Mensajero divino que la traía.

Así ves claro hija mía como es un error el confiar en un ser que creemos influyente y poderoso para cambiar lo que es un designio divino que no puede ser cambiado.

Te digo esto para que no me creas capaz de cambiar el curso de tu vida, por el solo hecho de ser la madre de un hijo tan grande y tan excelso como es mi Hijo.

Puedo sí recabar de El la fuerza necesaria para que tú, tu prometido y Stéfanos cumplan con valor y abnegación todos los deberes que vosotros mis*mos os* habéis marcado de acuerdo con el designio divino, antes de tomar la materia que revestís hoy.

Los Ancianos, con Pedro y los otros temen que este estado de cosas lleve al joven diácono a la muerte.

Si el aceptó anticipadamente el sacrificio por sostener la Verdad, tal como lo hizo mi Hijo, el sacrificio llegará seguramente a la hora debida.

Y en este caso... tu dolor se asemejará al mío... pero quedará libre tu corazón y sentirá menos penoso el sacrificio de aceptar como esposo a tu prometido Demetrio...

— ¡No Madre, no! —Clamó en un grito de angustia la pobre Rhode—... ¡Si Stéfanos muere yo moriré con él!

—También yo lo decía así, hija mía y ya ves que aún vivo llevando la carga penosa de mis días de amarga soledad sin El.

Rhode arrodillada se abrazó a Myriam, y la solitaria alcoba se impregnó de un vapor de lágrimas y del apagado rumor de sus sollozos tan hondos.

La madre y la novia lloraban desconsoladamente.

El amor es siempre el mismo en el sensible corazón de una mujer cuando es capaz de un amor profundo y verdadero.

La madre, la novia, la esposa, la hija, todas aman y sufren igualmente cuando un grande amor, ha encontrado en ellas un santuario digno y capaz de encerrar en sí toda su grandeza!...

DETRAS DE LOS BASTIDORES

Al lector le interesa saber lo que ocurría en Jerusalén al mismo tiempo los sucesos ya descritos y que a decir verdad, sólo eran de gran interés para los adeptos de la Congregación Cristiana.

Los demás pobladores de la ciudad ni aún remotamente estaban enterados de las alarmas del Sanhedrín por la brillante oratoria de Stéfanos, y sólo prestaban toda su atención a sus negocios respectivos.

Cuando el Pontífice Caifás fue depuesto por el Legado Imperial Lucio Vitelio, y sustituido por Jonathan hijo de Hanán, dos nuevos personajes se unieron al viejo Hanán para cooperar con él en mantener rígidamente el orden establecido desde años atrás. Estos eran Juan de Bethlaban y su esposa Alejandra padres de Caifás, que habiendo sufrido tan tremenda humillación, se retiró por completo de la vida pública, y fue a vivir en el antiguo solar de sus mayores en Bethlaban región pintoresca perdida entre las montañas derivadas de Los grandes montes de Samaria.

Su mujer, hija de Hanán como hemos dicho, soberbia y audaz como su padre, le promovía grandes disturbios hasta hacerle imposible la vida. Culpaba a su marido de incapaz de mantener en alto el rango de la familia y se apresuro a casar a sus dos hijos muy ventajosamente en la familia de los Boetho acaudalados personajes de la aristocracia judía. Realizado esto, se volvió ella a Jerusalén al lado de Hanán su padre con el que tenía grande afinidad.

El desdichado ex-pontífice Caifás, que tan enérgico estuvo para condenar al Mesías Ungido de Dios tres años hacía, comenzó a saborear la amarga expiación de su delito. Abandonado por su mujer, despreciado por sus hijos su carácter se hizo insoportable a la servidumbre compuesta de esclavos de diversas razas, a los que mandaba azotar bárbaramente por las faltas más insignificantes. Su corazón era como un nidal de escorpiones que parecía gozar de dar tormento a los demás como si el dolor ajeno aliviase la tortura moral que él padecía. En su loco furor, llegó hasta hacer crucificar dos esclavos jóvenes muy queridos de los compañeros porque tocaban hábilmente el laúd y divertían a los demás.

Esclavos, jornaleros y pastores de la granja se levantaron como un solo hombre, descolgaron de las cruces a los dos esclavos y prendieron fuego a le señorial mansión del ex-pontífice de Israel. Cuando él salió despavorido huyendo de las llamas y del humo que le asfixiaba, el padre de los mancebos crucificados, le abrió el vientre de una cuchillada, y el infeliz cayó entre el fuego que lo invadía todo, y el maderamen que empezaba a caer con gran estrépito.

— ¡Maldición! ¡Maldición perros infames!... —gritaba revolcándose entre su propia sangre y las rojizas lenguas de fuego que le cubrían por completo

Fue al primero que le alcanzó la Justicia Divina de todos los que actuaron como asesinos del Hijo de Dios.

La numerosa servidumbre huyó a los montes de Samaria llevándose Cuanto pudieron de la antigua casona que pronto quedó convertida en humeantes escombros.

* * *

Mientras sucedía tan grave desastre en las afueras de Bethlaban, en Jerusalén ocurrían escenas muy diferentes.

El Legado Imperial Lucio Vitelio tenía conferencias amistosas con el príncipe Hartat de Damasco y el Scheiff Ilderín buscando acortar distancias con la poderosa Arabia de entonces y tratar de establecer una alianza conveniente para ambas partes.

Las legiones residentes en la Germania, en la Galia. en la Iberia no podían distraer su atención en el Asia Central, y los ultimes años de Tiberio César convertido en un maniático, y el advenimiento de su nieto Calígula epiléptico y loco rematado, habían traído una desorientación y decaimiento grande en los brillantes Generales romanes y en las legiones mandadas por ellos.

Los vecinos del norte, o sean los Parthos, estaban organizados y armados poderosamente y se temía una invasión a la Siria que sólo contaba con las guarniciones de una Centuria en cada fortín de los que había establecidos en las ciudades más importantes.

No existiendo ya los causantes de las discordias que eran Antipas y Herodías, la amistad no ofreció dificultades y quedaba asegurada la tranquilidad de Palestina y Siria en cuanto a sus vecinos del exterior.

Pero dentro de sus límites hervía la desconfianza y el odio promovido y alimentado por el Sanhedrín judío y debido a la controversia religiosa de lo cual se mostraba celoso.

El Rabí Galileo, como ellos decían, les había despoblado los altares de víctimas para los sacrificios.

Ya no se veían en las grandes festividades religiosas llegar a la plazoleta del Templo numerosas majadas de toros, becerros, y carneros para ser sacrificados a Jehová sobre los altares vacíos. Y los campos de los ricos hacendados dirigentes de Israel se recargaban de bestias que nadie compraba; y sus finanzas se resentían día por día.

Aquel Rabí Galileo con la magia de su elocuencia había enseñado al pueblo que a Jehová no le interesaban mayormente los sacrificios de bestias sino la pureza del corazón y la santidad de la vida, basada en *el amar a Dios sobre lodos las cosas y al prójimo como a sí mismos.* Y los grandes potentados de Israel se veían amenazados de un espantoso derrumbe.

Los sacerdotes Esenios se les había separado alegando diversas causas. Los hombres más eminentes y queridos del pueblo se habían llamado a retiro y a silencio sin exponer causas ni motivos.

Los fieles estaban candados de las diatribas llenas de amenazas de los oradores del Sanhedrín que por las buenas o las malas querían hacer revivir el fervor israelita por inundar el Templo de ofrendas y de víctimas *para aplacar la ira de Jehová...*

La prédica del *Rabí Galileo* había arrancando del pueblo el miedo pánico a la cólera de Jehová.

La frase divina del Profeta: *Dios es Amor,* les había penetrado tan hondo en el corazón que la cólera de Jehová le sonaba como un trueno lejano del cual nada tenían que temer.

A través de los donativos de la Santa Alianza, los desposeídos, el pueblo en general había aprendido a esperar de la Providencia y Bondad del Padre Celestial lo que no alcanzaban a conseguir sus esfuerzos y sus fatigas.

¿Cómo pues no había de alarmarse el Sanhedrín judío de que un nuevo paladín de esas teorías nuevas, se levantaba otra vez entre aquel pueblo que empezaba a demostrarse insumiso y rebelde?

Es cosa por demás conocida como luchan los hombres del oro y del poder para mantener en alto sus privilegios, en todos los países y en todos los tiempos.

Debían pues buscar el medio de hacer callar a los nuevos predicadores que tenían para el pueblo una atracción irresistible. ¿De qué modo lo harían?

El Apóstol Santiago, Stéfanos y Felipe atraían con el fuego de su palabra; Pedro, Andrés y Matías curando enfermedades, tranquilizando a las almas angustiadas y aliviando las miserias de los huérfanos y desamparados.

Y ellos, los dirigentes legales del pueblo, los Doctores de Israel que se sabían de memoria y punto por punto la Ley y los Profetas ¿qué eran para ese pueblo enloquecido por la palabra de esos Rabís sin escuela, salidos de Galilea e del paganismo extranjero?

Por la violencia no podían atacarles sin correr el riesgo de un motín popular, para contener el cual no contaban con la guarnición de la Torre Antonia, ni de la Ciudadela que estaban compradas por Simónides, el gigante que Hanán quisiera aplastar como a un lagarto bajo una piedra.

Y como tres años antes lo hicieran para vencer al Profeta Nazareno, lo repitieron entonces en un conciliábulo entre los más incondicionales afines de Hanán, su hijo Jonathán el pontífice, y los padres de Caifás, Juan y Alejandra, y su mujer Michal hija de Hanán.

Tenía Jonathán una sobrina bellísima, hija de su hermanastro Teófilo, el menor de los hijos de Hanán. No era por cierto una doncella tímida y modesta como en general lo eran las doncellas israelitas, sino una joven de mundo que había estado mucho en las cortes de Antioquía, de Sidón y de Tiro. Tenía diecinueve años y había estado para casarse con el hijo mayor del Príncipe Salun de Loes antes de que éste fuera perseguido por el Gobierno Romano, circunstancia que frustró el matrimonio.

La llamaron Livia Augusta rememorando el nombre de una emperatriz romana.

—Mira, hija mía —le había dicho su tía Michal, que dicho sea de paso no se afligió mucho por la terrible muerte de su marido allá en las montañas de Beth-Laban—. Vas a ser como otra heroína Judith que decapitó a Holofernes para salvar a su pueblo, al pueblo de Dios. Como otra Reina Esther que dominó al Rey Asuero y salvó también al pueblo hebreo cautivo en Babilonia.

— ¿Qué pasa en Israel? —preguntó la muchacha que en nada le interesaba las intrigas religiosas y políticas de su ilustre parentela.

www.formarse.com.ar

La astuta viuda de Caifás la puso al tanto exagerando los peligros de esos momentos para la religión, para el pueblo, etc., etc.

Más bien fastidiada que interesada, la joven preguntó a su tía, que era lo que exigían de ella.

—Mira, óyeme bien. Te vamos a poner como profesor de música y de canto a un joven griego que trae enloquecido al pueblo. No tendrás más que hacer que fingirle amor y dejarte amar por él... porque de seguro que se volverá loco por ti.

¡Eres tan hermosa hija mía! Le atraerás cuanto puedas hacia nosotros... sin concederle nada más que sonrisas por supuesto.

Organizaremos conciertos y veladas privadas algunas veces en mi casa, en la casa de tu padre, o en el palacio de tu abuelito Hanán, para que tú cantes acompañada al clavicordio por él.

Tú estás acostumbrada a verte cortejada por gentiles hombres de otras razas, y éste será un admirador más. Eso es todo. ¿Te resuelves?

—Desairado papel me obligáis a representar con un hombre que no conozco, y que acaso me resulte odioso y antipático —respondió la muchacha.

— ¡No sabes lo que dices hija mía!

¡Ya hubiera deseado yo tener un hijo como él, o que hubiera uno siquiera en nuestros príncipes para casarlo contigo!... uno siquiera que pudiera igualarse con el pagano ese, al que queremos echar tierra en los ojos porque nos está aplastando en nuestros intereses, en nuestra fe y creencias, porque es una continuación del Rabí Galileo que crucificamos hace tres años.

— ¡Oh, oh! ¡Siempre andáis a la pesca de tragedias horribles que me crispan los nervios! —Exclamó displicente la hermosa niña—.

Pero si es bello y culto como lo pintas y profesor de música, házmelo conocer y entonces te diré si me presto o no, a lo que todos queréis.

—Si me lo conquistas a mi satisfacción te prometo como regalo, ¿sabes qué?... Adivina. Algo que tú deseas mucho y que solo en este caso me desprendería de ello.

— ¡Tantas cosas deseo!... —exclamó la joven— que no acierto con tu regalo.

Michal se levantó triunfante y' tomando un pequeño cofrecillo de nácar con engarces de oro, lo abrió ante los ojos de su sobrina.

Era una hermosa diadema de oro y rubíes, con el collar y ajorcas haciendo juego.

—Regalo digno de una procesa oriental —dijo la astuta mujer.

— ¡Cierto tía, cierto! —exclamó la jovencita Livia admirando extasiada la hermosa joya.

—Es tuya si cumples bien la misión que todos tus familiares te encargamos.

— ¡Está bien! Tráeme esta tarde a tu griego... ¡Pobre infeliz que ningún mal me ha hecho y quizá voy a llevarlo a la horca!

Y a la primera hora de esa tarde se presentó en el palacio Henadad aquel jovencito nieto de Hanán que tocaba el arpa, a suplicar al joven griego que le acompañase a casa de su tío Teófilo donde querían escucharlo en el órgano acompañado por él con el arpa. Le rogó que llevase toda su carpeta de música porque aquello sería como un concierto familiar.

Se recordará que este joven de nombre Samuel era hijo del Pontífice Jonathán, y que como su prima Livia Augusta no se interesaba ni estaba al tanto de las intrigas políticas y religiosas de sus ilustres progenitores.

Samuel estaba además encariñado con Stéfanos al cual consideraba como un gran amigo y maestro pues le había pedido que le enseñara el griego. Por sus cualidades morales y por sus bondadosos sentimientos, podría ponerse en duda que tuviera en sus venas la sangre de Hanán el lobo del Sanhedrín.

Para influir en Stéfanos a que se decidiera a aceptar la invitación, Samuel le decía:

—Creo que te tomarán como maestro de música de una prima mía que es un idolillo de mi padre y de mi abuelo Hanán.

Yo creo que te conviene aceptar, porque esto será el primer escalón para entrar como Profesor del Gran Colegio y director de los músicos del Templo, porque el que hay, se está cayendo de viejo. ¡Me gustaría tanto ver que se reconoce en Jerusalén lo que vales!

El muchacho era sincero al hablar así.

www.formarse.com.ar

Pedro, el diácono Felipe y Andrés que estaban presentes, escuchaban en silencio. Del joven que traía la invitación no desconfiaban absolutamente pero sí y mucho de los que le habían enviado.

Y así, cuando Stéfanos se retiró a su alcoba para vestirse convenientemente, Pedro y Felipe fueron en pos de él.

Estaban de acuerdo en que no convenía negarse a concurrir; pero le advirtieron que alrededor de la casa del Doctor Teófilo pondrían vigilancia muy disimulada y discreta, en forma de poder acudir, si Stéfanos se veía en algún peligro. Como se ve temían una celada de parte de aquellos magnates, que no pudiendo herir de frente a frente, lo hacían en la sombra para no alborotar al pueblo.

Mientras el joven Samuel orgulloso del gran amigo que había hecho, le conducía a la presencia de sus ilustres familiares, el apóstol Pedro impartía órdenes a los jóvenes diáconos para que pusieran alerta a la brava juventud de las montañas galileas, que en su mayoría tenían alojamiento en el vasto local de la Santa Alianza, tan conocido de los lectores de "Arpas Eternas" y que siglos atrás se había llamado *"Fortaleza del Rey Jebuz".*

El joven griego entraría apenas al palacio de mármol y pizarra, mansión de Teófilo hijo de Hanán, cuando Felipe como una flecha había llegado al local de la Santa Alianza y había levantado como abejas de un enjambre, a todos los montañeses galileos que encontró y los cuales fueron a merodear por los pinares del Monte Sión, en cuyas colinas se levantaban como castillos encantados las mansiones señoriales de los grandes magnates de Israel.

La primera en salir curiosa a recibir a su profesor de música, fue Livia Augusta que se presentó al gran salón como una nube de gasa rosada entretejida de perlas, vestida a la egipcia que tan bien sentaba a su tipo de un blanco mate y cabellera negra.

Stéfanos le saludó con su gentil gravedad habitual.

El jovencito Samuel advirtió de inmediato que su bella prima había sufrido un deslumbramiento. La dignidad y gallardía del joven griego la sorprendía en extremo. Los dos primos se daban cada mirada que solo ellos comprendían.

Cuando Stéfanos, después de los saludos preliminares, se sentó al clavicordio para iniciar un preludio, Samuel dijo a media voz a su prima:

— ¿Te gusta el profesor?

— ¡Primita!... ¿de dónde sacaste este vaso de alabastro?...

— ¡Oh!... ¡Yo soy pescador de perlas!... —le contestó Samuel.

Y ambos se acercaron a Stéfanos que ya preludiaba la hermosa melodía con que en el Oratorio acompañaban el poema del Cantar de los Cantares.

El romance fingido de parte de Livia Augusta, amenazaba convertirse en real y verdadero nacido del corazón, pues cuando al salón acudieron los familiares, ella dijo en secreto a su primo:

—Mal parados van a quedar los que me exigen que me burle de este hombre. ¡Estoy encantadísima de el!

— ¡Así me gusta primita! —le dijo Samuel estrechándole la mano.

—Óyeme; tú y yo tenemos que hablar. A mi me quieren tomar como un instrumento para perder a ese joven. Y tú me ayudarás a salvarlo. ¿Por qué he de hacerle daño?

Samuel que no había sospechado tal cosa, abrió grandes sus ojos como el que ve una visión de espanto.

—Yo estaré a tu lado Livia. ¿Qué tengo que hacer? —le preguntó.

—Ya te lo diré esta noche si vienes a conversar conmigo en el pabellón de la terraza.

—No faltaré.

La familia y Teófilo el doctor de la Ley conversaban con Stéfanos animadamente.

En ese momento llegó Hanán acompañado de Alejandra y Michal, agente principal de la intriga en que querían envolver al joven Diácono.

Por fin se inició el concierto. Stéfanos al clavicordio y Samuel al arpa comenzaron la ejecución de una hermosa Sinfonía compuesta por Stéfanos para acompañamiento del *Canto de Moisés.*

El órgano y el arpa gemían dulcemente en un suavísimo trémolo que parecían repetir las frases primeras del canto: "Cantaré yo a Jehová porque se ha magnificado en su poder y en su gloria".

Y la música iba siguiendo la letra tan perfectamente a tono con lo que ella significaba, que al hacer la descripción de que el Mar Rojo en revuelta vorágine sumergió bajo sus olas bravías las huestes del Faraón era la música como estruendo de olas agitadas por el huracán.

www.formarse.com.ar

Alguien ha dicho que la música domestica las fieras y Hanán se inclinó al oído de su hija Michal para decirle:

— ¿Qué me dices de este mago del teclado?

— ¡Soberbio! ¡Lástima grande que no sea nuestro! —le contestó ella; y sus ojos buscaron a su sobrina Livia que sentada muy cerca de la tarima de los músicos miraba a Stéfanos con gran atención.

— ¡Debemos hacerle nuestro a toda costa! —volvió a decir Hanán—. Espero que mis dos nietos. Livia y Samuel lo conseguirán fácilmente. Sería gran lástima decretar la muerte sobre él.

—Pero ¿quién habla de muerte? —interrogó Michal—. Hablamos de conquistarle, no de matarle.

Por la mente de Hanán cruzó como un relámpago el recuerdo del Rabí Galileo, el día aquel que curó al niño sordo mudo hijo de la princesa Aholibama, y al mismo tiempo lo curó a él de las úlceras cancerosas que corroían su existencia.

— ¡Qué estúpido error fue aquél!... —dijo a media voz y sacudió su cabeza como para apartar un recuerdo que le molestaba.

— ¿Qué dices padre? —le preguntó Michal asustada del terrible ceño de Hanán.

—Digo que a veces el excesivo celo por la gloria de Jehová nos lleva a cometer desaciertos.

—Me parece que te pones fúnebre antes de tiempo. ¿A qué viene eso ahora? Escucha eso, escucha si no es oír la letra misma del himno: "Soplaste con tu viento —Cubrióles la mar —Hundiéronse como plomo en las impetuosas aguas"...

Y el órgano gemía como un suspiro cuando la letra marcaba este pasaje: ..."Llevaste en tu misericordia a este pueblo y le salvaste. Lo llevaste con tu amor a morar por siempre en tu Santuario".

La familia toda rodeó a Stéfanos y a Samuel cuando se esfumó la última vibración de la música.

—Nos habéis hecho sentir a Moisés rodeado por el pueblo cantando en pleno desierto —dijo Teófilo con gran entusiasmo.

—Tienes un porvenir magnífico, joven —dijote Hanán— si quieres abrochar las oportunidades.

Necesitamos un profesor de música en el Gran Colegio, y un Director para nuestros músicos del Templo —añadió con grande amabilidad—.

¿No aceptarías estas oportunidades que te brindo?

—Es grande honra para mí, señor — contestó el joven Diácono— y tengo sumo placer en cooperar en vuestras solemnidades, mientras permanezca en este país.

— ¡Oh!... ¿no estás definitivamente? —preguntó alarmado el anciano.

—Desde muy joven contraje el hábito de viajar y dudo si no se levantará en mí, el ansia de correr mundo.

—Pero mientras permanezcas en nuestra tierra, podrías trabajar para nosotros muy bien recompensado —añadió Michal con tan insinuante amabilidad que Stéfanos le contestó de inmediato:

—Estoy a vuestras órdenes señora.

—¿Has oído Livia? —preguntó a su sobrina. Y volviéndose a Stéfanos añadió—: Está que no vive porque le des lecciones de clavicordio, porque su padre aquí presente, hizo venir éste de Germania sólo para ella. Y aún no ha comenzado.

Stéfanos la miró y la joven bajó los ojos como si no pudiera resistir aquella mirada serena y leal, mientras ella había aceptado servir de instrumento para perderlo.

—Bueno, lo dicho, dicho está Comenzad pues que nosotros no entorpeceremos vuestras lecciones.

Dicho esto la astuta mujer se levantó dirigiéndose a una puerta interior. Manan y Teófilo salió detrás de ella, quedando en el salón Livia y Samuel con Stéfanos.

— ¿Es de verdad que deseas lecciones o te fuerzan a ello? —preguntó el joven griego a Livia que continuaba inmóvil y silenciosa.

—No puedo resolverme en este momento —contestó ella—. Prefiero escuchar, que os acompañáis ambos tan maravillosamente.

— ¿Qué tocamos? —preguntó Samuel.

—El Miserere —contestó Livia.

— ¿Por qué? ¿Estás arrepentida de tus pecados? —le preguntó su primo.

—Sí... ¡mucho!

www.formarse.com.ar

Y el solemne preludio del doliente salmo del Rey David gimiendo bajo el peso de sus delitos llenó los ámbitos del vasto salón como si fuera un sollozo profundo que se esfumaba en el ambiente hasta diluirse en un gemido imperceptible.

—Es triste, muy triste obrar el mal para después llorar y gemir de esa manera —dijo Livia cuando el salmo terminó. Siéganos hizo girar el taburete quedando frente a ella, y con su mirada la interrogaba.

—Me refiero al Rey David que teniendo un corazón tan tierno fue capaz de cometer crímenes atroces... Nadie diría que el que hizo matar a Urías es el autor del Miserere. ¿No es verdad que esto es incomprensible?

—Cuando una pasión funesta domina el corazón de un hombre, lo hace capaz de cometer delitos, de los cuales se espantará él mismo cuando la fiebre de la pasión se ha desvanecido —le contestó el joven Diácono—.

¿Quieres comenzar la lección? —le preguntó—. Porque si no me retiro y volveré otro día.

—Antes seamos amigos y después seré tu discípula —le contestó ella. Y añadió—. Me gustaría oírte hablar de tus viajes y de tu vida que debe ser tan singular puesto que eres tan joven y sabes tanto. Samuel me dice que hablas como un doctor de la Ley.

—Creo haber comprendido que vuestros mayores no me han llamado para que refiera mis via;es y mi vida sino para enseñaros música. Y no quisiera disgustarles... —dijo muy discretamente Stéfanos.

—No te preocupes de eso. Ellos se conforman con lo que quiero, y tenemos mucho tiempo para lecciones.

Una joven esclava entró haciendo rodar una pequeña mesa sobre la cual se veía una gran fuente de plata con pastas, dulces y ánforas de exquisitos vinos.

Livia Augusta hizo con gran naturalidad y gracia su papel de ama de casa.

Stéfanos también con gran acierto, habló de sus viajes, describió las bellezas de su patria lejana y de otros países que había visitado, pero de sí mismo y de su propia vida, no dijo ni una palabra. Por fin se puso de pié para retirarse.

— ¿Te vas sin preguntarme que impresiones tengo de ti? —interrogó Livia sonriendo amistosamente.

—He hecho lo posible por causar impresión agradable —contestó Stéfanos— y me sería de mucha satisfacción haberlo conseguido.

— ¡Lo has conseguido por partida doble! —se apresuró a contestar el joven Samuel.

— ¡Verdaderamente! —Añadió Livia—. Grecia puede estar orgullosa si todos los griegos son como tú.

—Muy agradecido de tanta bondad —dijo Stéfanos con una cortés reverencia y salió acompañado por Samuel.

Livia Augusta permaneció inmóvil en el mismo sitio en que estuvo sentada y su pensamiento hilvanaba ¡tantas cosas!...

Stéfanos se despedía de Samuel que le hizo esta pregunta:

— ¿Qué impresión llevas de lo que has visto y oído en esta casa?

—De ti y de tu prima, muy buenas porque mi corazón ha sentido vuestra sinceridad. De los demás...

—Dilo con franqueza porque soy tu amigo —le interrumpió Samuel.

—Pienso que ellos quieren de mi algo que no estoy seguro de poder darles.

—Esta noche creo enterarme de todo lo que quieren de ti, y mañana a la segunda hora me tendrás a tu lado para informarte. Espérame.

— ¿Por mí traicionarás a los tuyos? —le preguntó Stéfanos asombrado.

— ¡Si ellos quieren causarte daño, si!... ¡claro que si!

Stéfanos se conmovió visiblemente y estrechándole las manos partió sin decir palabra.

Mientras ambos jóvenes se despedían Livia pensaba.

—"¡Es admirable este hombre!... ¡no he obtenido de él una sola mirada que signifique interés ni simpatía!... ¡Ni aún siquiera como se mira un lienzo bien pintado! Y sin embargo siento en mi que me resultaría emocionante en alto grado amar y ser amada de un hombre semejante.

¡Ahí... ¡mis mayores quieren que le conquiste como a un pájaro de gran valor para enjaularle ellos entre rejas de acero!... ¡Si llego a conquistarle, será para su dicha y la mía, para volar lejos de estos devotos puritanos intrigantes que viven con Jehová en los labios, y en el corazón alimentan el odio y la venganza!...

www.formarse.com.ar

Estos pensamientos quedaron interrumpidos por la llegada de Samuel, que en silencio fue a sentarse a su lado.

— ¿Estabas por llorar primita? —le preguntó mirándola a los ojos.

—Casi, casi... —contestó ella.

— ¿Por qué? ¿Has quedado disgustada del profesor?

Bajando mucho la voz contestó Livia casi en secreto:

—De él no pero si mucho de *ellos.*

—Ya comprendo. ¿Qué quieres que hagamos? Tú mandas y yo obedezco.

—Vamos ahora con todos, que el abuelo y mi padre pronto marcharán al Consejo que hoy corresponde. Nos vamos tú y yo al gabinete de trabajo y hacemos como que continuamos decorando las vitelas de los libros de Moisés. Como el abuelo está apurado para obsequiarle el álbum en su cumpleaños a la reina Helena, eso nos servirá de disculpa.

— ¡Muy bien pensado! Eres maravillosa en tus combinaciones...

— ¡Y si así no fuera chico!... ¡ con esta buena parentela que tenemos tú y yo!...

—Mira, Livia... mi padre con ser el Pontífice no es tan malo... Es el abuelo Hanán que tiene a Satanás en el cuerpo.

—Pues con Satanás y todo, yo no le tengo miedo... Vamos

El viejo Hanán apenas los vio se encaró con su nieta.

— ¿Qué te ha parecido el pagano? ¿Lo haremos un prosélito por medio tuyo?

—Creo que sí —contestó ella sonriendo como esperanzada en un próximo triunfo—. Demos tiempo al tiempo —añadió—. A un hombre así, no se le toma como a una fruta en un cercado ajeno, abuelito.

Tampoco a ti te habrán conquistado en un abrir y cerrar de ojos... lo supongo.

— ¡Ah pícamela!... adivino que te ha gustado ¿eh? pero te advierto que te andes con cuidado para no ser tú la conquistada...

Y los ojillos negros de Hanán se clavaron como dos flechas en el hermoso rostro de Livia que para ocultar su turbación, saltó al cuello de su abuelo y le dio un sonoro beso.

— ¡Mira abuelo!... ya te estás poniendo viejecito y debes recitar diez veces por día el *miserere* y no pensar mal de las personas, ni hacerle daño a nadie ¿estamos? Y entonces voy a quererte cien veces más que ahora y te ayudaré en todo cuanto quieras.

— ¿Y ahora no? —preguntó Hanán con gran interés.

—Si abuelo, ¡estoy ayudando! ¿No me proponéis que atrape al griego?... Pues ya lo haré, pero también pongo mis condiciones...

— ¿Cuáles son ellas?

—Que no le pongáis espías ni le molestéis en ninguna forma. Si logro conquistarle quiero que sea por su propia voluntad y no por temor a vuestros lebreles de caza ni a las represalias que tomaréis con él...

— ¿Qué más señora duquesa?...

—Y si yo le conquisto ¿me dejaréis amarle libremente?

— ¡Ya apareció aquello!... ¡Estos nazarenos tienen a Satanás en el cuerpo! ¡Oye Teófilo, hijo mío! deja tu leoncillo amansarse solo y ven a escuchar a tu hija que quedó prendada del griego...

— ¿Si? ¡Que hemos de hacer! ¡Las mujeres son caprichosas! Desdeñan a príncipes de fortuna y de sangre, y se emboban con cualquier aventurero de buena estampa…

—Como vuelvas a llamar así al profesor que me habéis traído, no hay nada de lo convenido ¿eh?

La tía Michal intervino.

—Cálmate hijita que en estos menesteres del corazón los hombres no saben la mitad de lo que sabemos las mujeres. No hagas caso ni te enfades. La cosa ha comenzado bien y seguirá mejor. Y yo te doy mi palabra por todos: Si le conquistas para nuestra fe y creencias, y le haces olvidar sus ilusiones sobre el falso Mesías Galileo y esas tontas ideas de igualdad con los esclavos y reparto de bienes entre todos por igual, te dejamos casar con él, claro que sí, y entre todos te dotamos... que ni una hija del César será más rica que tú.

— ¡Mira tía que tomo tu palabra!...

Y la joven deseando ocultar sus impresiones dio media vuelta hacia la puerta que daba salida a una gran columnata que era a la vez invernáculo de plantas y flores traídas para ella de lejanos países.

Cuando ella no podía oírles Micha se encaró con su padre:

— ¡Con tanto vivir no habéis aprendido aún que más se caza con miel que con hiel! Estáis haciendo sospechar a la niña que queremos hacerle daño a ese hombre.

No es cortando cabezas como se triunfa en estos caminos... ¿Que hemos adelantado con colgar de la cruz al Rabí Galileo? ¿Cuántos más tenemos hoy?

¡Creedme, que si no modificáis el camino, pronto seremos nosotros los perseguidos y ellos dominarán nuestro país y nuestra raza!

El viejo Hanán vomitó una maldición y salió apresuradamente a casa de su hijo el Pontífice porque era la hora del Consejo semanal.

Mientras tanto allá en el palacio Henadad reunidos en el Oratorio los discípulos del dulce Rabí Galileo lo evocaban intensamente con el corazón temblando de espanto y los labios que murmuraban:

— ¡Señor!... ¡Maestro bueno! ¡Nos has dejado en tu lugar como cordero entre lobos!

¡Que tu amor nos haga capaces de morir como tú en defensa de tu enseñanza y de tus ideales de fraternidad entre los hombres!

¡No te pedimos que salves nuestra vida, sino que salves nuestra fe, nuestra esperanza en tu palabra y nuestra confianza en tu amor!

El .pensamiento de todos como un ardiente rayo de luz se elevó a lo infinito en el profundo silencio de la oración con la que buscaban proteger al hermano en grave peligro.

Todos y cada uno se olvidaron de sí mismos para pensar en Stéfanos. ¿Saldría con vida de la encrucijada en que había sido puesto?...

Cuando estos pensamientos tejían una red de amor en torno suyo, entró Stéfanos al Oratorio sin ruido y sentándose al órgano inició el preludio del himno de acción de gracias que acostumbraban a cantar para concluir la oración de la tarde.

Al verlo, rodaron lágrimas de los ojos de Pedro cuyo corazón dijo sin palabras: "¡Gracias, Señor, porque me has devuelto el hijo!"...

EL SEÑOR TENDÍA SU RED

El Consejo semanal del Sanhedrín comenzó al anochecer y a veces se prolongaba hasta una hora avanzada de la noche.

Livia Augusta y Samuel lo sabían muy bien y por tanto estaban seguros de tener entera libertad para su conversación en el pabellón de la terraza. La jovencita no tenía madre pues había fallecido tres años antes, y una tía de ella, anciana ya, era quien hacia el papel de dama de compañía. Era ésta una mujer muy devota, y que se mantenía ajena completamente a todos los enredes políticos de los dignatarios de Israel.

La lectura de los Libros Sagrados y la dirección del hogar de su sobrina, eran todo su mundo. Adoraba a su sobrina-nieta, y jamás pensó que pudiera hacer ella nada que no fuera lo justo.

Nada tenía que temer Livia Augusta de esta suave vigilancia. Y así fue que terminada la cena del anochecer anunció a su tía que subía al pabellón de la terraza a estudiar los Libros de la Reina Esther y de Judith porque su abuelo le había anunciado que estaba ella predestinada para imitarlas.

Y la buena anciana se retiró a su alcoba dando gracias a Jehová por la gran mujer que le había concedido como sobrina que casi era una hija.

En todas las suntuosas mansiones de los potentados judíos, tenían su pabellón en las terrazas, debido al excesivo calor del verano en la Judea. Y estos pabellones eran construidos de finísimas maderas y de rejillas de bronce. Esbeltas columnas salomónicas que sostenían livianas techumbres orladas de un verdadero encaje de cobre o bronce, y con amplios cortinados de lienzos de vistosos colores, eran frescas habitaciones de verano, que en un tercer piso, recibían libremente el fresco de la noche.

A poco de estar allí Livia en la semi oscuridad de la terraza solo alumbrada por la luz de las estrellas, llegó su primo Samuel sin que en la casa se hubiesen enterado de su presencia nada más que los esclavos del servicio íntimo de su prima, que le eran por completo adictes.

Ya creí que no venías le dijo Livia apenas le vio llegar.

www.formarse.com.ar

— ¿Crees que podía faltar con el anuncio que me hiciste? —le contestó él.

— La joven se apresuró a referirle todas las intenciones que ella adivinaba en su abuelo Hanán y en su tía Michal respecto del joven profesor de música.

¡Y! ¿Qué crees tú que podemos o debemos hacer nosotros? —preguntó Samuel.

En primer lugar no oponernos abiertamente a lo que los nuestros quieren para no despertar en ellos la desconfiaba. En segundo lugar pasar aviso al profesor de todo lo que le convenga saber...

Dime Samuel... ¿tú conoces a fondo como es esa gente?

—Si eres capaz de guardar mi secreto Livia, puedo decirte muchas cosas...

—Soy capaz de guardarlo y aún más: por la memoria de mi madre muerta te juro que lo guardaré.

—Entonces oye bien lo que voy a decirte y no te espantes de que siendo yo un hijo del Pontífice Jonathán haya llegado hasta lo que he llegado.

— ¿Qué has hecho?...

—De acuerdo con los dos esclavos de mi servicio íntimo y disfrazado con sus ropas he concurrido a los Oratorios de los galileos, y a otro lugar que le llaman "Santa Alianza" y estoy al tanto de todo lo que ellos hacen...

—A ver, a ver —dijo Livia— cuéntame que me interesa mucho.

—En los Oratorios que son como las Sinagogas judías habla alguno de los llamados *Apóstoles* y relatan la vida del Profeta Nazareno que el Sanhedrín hizo morir en la cruz de los esclavos, cuando era Pontífice el tío Caifás.

¿No crees tú que la horrible muerte que éste tuvo, sea un castigo de Jehová por aquel delito?

Porque todo cuanto refieren de ese hombre, revela que era en verdad un Profeta tan grande como Moisés, como Isaías, como Elías. Y más aún, sostienen ellos que era el Mesías anunciado por todos nuestros grandes Profetas, y lo prueban con los Libros de ellos, y con la conjunción de les astros el día de su nacimiento. Quien los oye hablar, sale convencido irremediablemente.

—Y esa *Santa Alianza* ¿qué es? —preguntó la joven.

— ¿Qué es la *Santa Alianza?...* pues hijita, pálmate. Es sencillamente dar de comer, de vestir, de beber al infeliz pueblo nuestro despojado por los tributos bárbaros que le saca el César, el Rey y el Sanhedrín. ¿Qué dices a todo esto? ¿Es buena o mala esa gente?

Livia quedóse pensativa y guardó silencio. Después con una voz triste y apagada volvió a preguntar:

—Y el joven griego ¿qué es entre ellos?

—El músico que dirige el coro de las doncellas, compone música para los salmos, y cuando le encargan de hablar, pronuncia unos discursos que hasta los sordomudos oyen y hablan.

¡Si lo hubieras oído días pasados en el Gran Colegio!

— ¡Cómo! ¿El griego habló allí?...

—El abuelo Hanán me mandó a invitarlo. Habló, sí, y los dejó mudos a todos. Tu padre mismo no quiso ocupar la tribuna después de él, porque lo que él pensaba decir, quedó desmentido por el griego anticipadamente.

—Y ¿cómo sabes todo esto Samuel?

—Porque trato de escuchar y enterarme de lo que dicen. Mucho antes que tú, conozco yo a Stéfanos, y como yo pienso por mí mismo y no por lo que otros piensan, le doy en todo y por todo, el valor que él tiene.

—Y ¿cómo haces para que ellos no te descubran bajo tu disfraz?

—Desde que me hice amigo de él, claro está que ya no me presento disfrazado. ¿Qué objeto tendría ahora si ya puedo entrar libremente? Allí no se cierra la puerta a nadie.

Mis esclavos me aseguran que concurren a los Oratorios galileos muchos jornaleros y esclavos de nuestras casas. Y me han asegurado también que asisten disimuladamente alumnos mayores del Gran Colegio.

¡Con decirte que el Vice-Rector se ha hecho amigo de ellos!...

—Pero ¿sabe esto el abuelo Hanán y la tía Michal... y el tío Jonathán? —preguntó Livia con espanto.

— ¡No, qué van a saberlo! Lo sé yo pero me lo callo muy bien.

—Todo esto es muy grave Samuel, para ti y para mí, para este pueblo, para todo lo que concierne a esta vieja raza de Israel... Me parece que todo esto es como un edificio en ruinas que pronto se derrumbará con grande estrépito...

Otra vez Livia Augusta guardó silencio. Se veía que en su mente se tejían y destejían ideas, pensamientos, proyectos que ora aceptaba o rechazaba en su yo íntimo.

—Dime Samuel ¿no podría hacer yo como hiciste tú, y disfrazada con ropas de mis esclavas, ir con ellas a los Oratorios galileos? ¿No podría hacer amistad con esas doncellas del coro de que tú me hablas?

—Si te atreves, prima, yo te ayudo con gusto, ya sabes.

—Bien. Mañana quiero ir. Ya te lo aviso.

—Entonces la hora conveniente es a la caída de la tarde, que hacen la oración y canto de los Salmos.

Pero como Stéfanos te conoce, conviene que te arrebujes bien con un manto que te cubra el rostro y vas con tus esclavas que no sean del país, ¿eh?

— ¡No, no! Llevaré las muy mías, la ateniense y la macedonia que entienden bien de lealtad y de amor.

Como saldremos por la puerta de la servidumbre, espérame detrás de los jardines del palacio Asmoneo que es muy solitario y no tendremos malos encuentros.

Los dos primos se despidieron hasta la hora fijada del día siguiente en que encontramos al jovencito Samuel paseando como distraídamente en el sitio indicado. A poco rato aparecieron tres mujeres de andar ligero y gracioso. Aunque muy cubiertas, Samuel reconoció en ellas a su prima con las esclavas. Vestiduras muy serias y sencillas, no llamaban en absoluto la atención.

— ¡Si supieras el susto que tengo! —dijo Livia al oído de su primo.

— ¿Por que? ¿No vengo yo contigo?

— ¿Y qué puedes hacer tú para defenderme del espanto que sufriré al descubrir que todos los de nuestra sangre son una piara de criminales, y asesinos cubiertos de oro y púrpura ?...

— ¡Livia! —exclamó el muchacho asustado—. ¡Te vas muy lejos querida prima!

— ¡Ah! yo soy así. O me voy lejos de un salto o no voy a ninguna parte ni me muevo de casa.

— ¡Debemos obrar con prudencia para no perjudicar a estas buenas gentes tan inofensivas y llenas de piedad para todos!...

—Pero ¿quien habla de perjudicarles? Yo he querido venir para averiguar la verdad por mí misma. Tú no sabes que desde hace más de tres años estoy oyendo sin querer cosas horribles que mi abuelo con todos sus hijos proyectan para exterminar de este país a los creyentes del Profeta Nazareno que mataron sobre una cruz. Yo tuve amistad con Claudia esposa del Gobernador Pilatos y con la viuda y la hija del Príncipe Ithamar, de Jerusalén. Todos ellos y también los familiares de Salum de Lohes, de Abinoan, de Jesuá, tenían a ese Profeta por un Dios y aún aseguraban que era el Mesías prometido a Israel. Los nuestros le mataron bárbaramente, y ahora quieren hacer lo mismo con ese joven griego y quieren tomarme como instrumento para buscar un motivo para perderlo. ¡Pero ellos no me conocen!... no saben de lo que soy capaz si descubro la verdad. Te aseguro sí, que seré Judith y cortaré la cabeza de Holofernes...

— ¡Cálmate prima!... Ahora soy yo el asustado al verte dominada por una furia semejante. Estás enamorada de tu profesor de música, y el temor de que le hagan daño te lleva a esa exaltación...

El velo que le cubría el rostro no dejó ver el rubor que lo encendía. En efecto estaba enamorada de Stéfanos y sentía levantarse en lo íntimo de sí misma una fuerza tremenda para defenderle del Sanhedrín judío, la potencia suma de Israel.

Llegaron al gran pórtico severo y silencioso del palacio Henadad donde «e cruzaron con grupos de personas que iban llegando y que entraban al Oratorio. Y confundidos con todos, entraron Livia con Samuel y las dos esclavas. Fueron a colocarse en el ángulo de la derecha que era el más oscuro y desde donde mejor podían observar todo cuanto pasaba en el vasto salón.

Pero no bien se sentó Livia Augusta en el estrado, sintió que algo parecía romperse dentro de sí misma, como un desgarramiento de las más íntimas fibras de su corazón. Y sin saber por qué, comenzó a llorar silenciosamente bajo el manto azul oscuro que la cubría...

Se sentía como acariciada por unas manos intangibles, suaves como lirios que la brisa agitara suavemente...

Recordaba a su madre muerta que la enseñaba a orar al Señor para que enviara su Salvador, su Mesías, que libraría a Israel del oprobio, del yugo extranjero...

www.formarse.com.ar

Recordaba las historias que ella le contaba de la fe y la piedad de Abraham, que exigía se diera a todos los esclavos la misma comida que se ponía en su mesa. La ternura dulce y humilde de Jacob que prefirió siempre perder de sus derechos antes de perjudicar a su prójimo. La grandeza de alma de José para perdonar a sus hermanos que le vendieron como esclavo a unos mercaderes egipcios porque su padre le amaba más a causa de sus grandes virtudes ... Y en el fondo de su alma surgía de inmediato la comparación de esos nobles procederes, con la vileza, la perfidia, la maldad e hipocresía refinada con que veía obrar a los actuales dirigentes de Israel entre los que estaba su abuelo, su propio padre, sus tíos, sus hermanos mayores... ¡todos los que tenían su sangre!...

— ¡Cielos!... —gritó sin poderse contener—. ¿Qué soy yo en medio de ellos?

— ¡Por favor Livia!... ¿qué es lo que te pasa? —le preguntó Samuel alarmado porque varias personas se volvieron hacia aquel ángulo sumido en penumbras.

— ¡Perdóname!... A momentos pierdo todo mi valor.

El joven la tomó de la mano para aquietarla, pues la sintió que temblaba.

En ese instante entraba Myriam como la visión de la paz y de la suavidad, seguida de las veinticuatro doncellas que formaban el Coro, todas ellas cubiertas con largos mantos blancos cayéndoles sobre el rostro.

Rodearon el gran clavicordio que estaba al centro, y cada una llevaba el libro de los Salmos.

Al final de ellas apareció Stéfanos que ocupó el taburete, y tras él entró Pedro con su blanca cabellera seguido de todos los discípulos del Señor que habitaban en el palacio Henadad.

Stéfanos inició el preludio suavísimo del Salmo 102 que llamaban: *"La oración del lamento",* que comienza así:

"¡Jehová!... ¡oye mi oración y sube mi lamento hasta Ti!

"¡No escondas de mí tu rostro!

“En el día de mi angustia inclina tus oídos a mis quejas.

"El día que te invocare apresúrate a responderme.

"Porque mis días se han consumido como el humo.

"Mi corazón fue herido y secóse como la hierva de los campos.

"Estoy como el pelícano en el desierto sin agua.

".Soy como el búho de las soledades.

"Soy como pájaro solitario sobre el tejado.

"Mis días son como la sombra que se va...

"¡Oh Jehová, única esperanza mía!... Sólo Tú tendrás misericordia de Sión".

Las veinticuatro voces se alzaron unidas al unísono del órgano que gemía también como un alma humana clamando a los cielos piedad y misericordia...

Luego la voz dulce y suavísima de Rhode como el lamento de un niño en la soledad de la noche decía:

"Mi corazón fue herido y secóse como la hierva de los campos...

"Soy como el pelícano en el desierto sin agua...

"Soy como el búho de las soledades...

"Soy como el pájaro solitario sobre el tejado...

"Mis días son como sombra que se va".

Y el coro en conjunto, como una cascada de voces humanas que clamaban temblando de angustia:

"¡Oh Jehová, única esperanza mía!...

"¡Sólo Tú tendrás misericordia de Sión!"

Las doncellas se dispersaban suavemente sin ruido para colocarse entre la muchedumbre recogida en oración.

Livia Augusta lloraba en silencio. Muchas veces había estado en el Templo de Jerusalén entre un tumulto de gentes que iban y venían, entregando sus dones, sus ofrendas entre el humo negro de las víctimas que se quemaban sobre el altar.

Aquellos grandes sacerdotes con cuchillas en la mano y sus túnicas manchadas de sangre le habían causado inaudito horror.

Pero esto… ¡esto que veía y oía entre estas gentes tan odiadas y despreciadas por los grandes magnates del Sanhedrín, era para ella como un símbolo de amor puro y sencillo presentando al Señor la ofrenda de sus tristezas, sus angustias, de lo más bello y grande que guardaban sus almas!...

¡Esto era... no sabía decirlo... esto era la adoración suprema del alma entregada a Dios por amor!

Livia creía navegar por un mar azul de ensueños divinos.

El órgano continuaba reseñando como si acompañare el orar silencioso de los amibos del Rabí Galileo que así les había enseñado a encontrar a Dios en «í mismos.

Y acercando su boca al oído de su primo le dijo como en un soplo: "Si todavía existe algo bueno en esta tierra de mentira y de odio, está aquí en esta casa, que es la casa de Dios.

Y sin poderse contener cayó de rodillas sobre el pavimento y se echó a llorar a grandes sollozos que resonaban en la silenciosa quietud del Oratorio.

Samuel la tocaba suavemente en el hombro procurando calmarla.

Las dos esclavas se acercaron solícitas y arrodilladas junto a ella le decían suaves palabras de consuelo y de paz.

Rhodas la esposa de Parmenas que estaba muy cercana intervino piadosamente.

Livia Augusta había caído sobre el pavimento como en un desmayo. Tenía las manos y la frente heladas y Rhodas se impresionó intensamente.

— ¿Es tu hermana? —preguntó a Samuel al cual reconoció—.

—Sí —le contestó, porque creyó que era lo mejor que podía contestar.

—Llama al Apóstol Pedro —le dijo, mientras sentada en el pavimento sostenía a Livia que continuaba desmayada.

El anciano la levantó del suelo y volvió a sentarla sobre el estrado. Esperó un momento pidiendo en silencio al Divino Salvador, la vida de aquella mujer cuyo rostro aún no veía en la penumbra del oratorio y semi cubierta por el manto que la envolvía.

—Ha querido venir conmigo —dijo Samuel a Pedro, como una explicación de lo que pasaba— y parece que se ha impresionado mucho.

Pero Pedro no podía escuchar ya nada de lo que pasaba a su alrededor.

Su alma hecha de amor y de fe, tal como su Divino Maestro había querido forjarla se había sumergido en ese abismo infinito de luz, de amor y de quietud divina de donde podía extraer en abundantes raudales todo cuanto quería dar a sus hermanos que El le había confiado.

No tardó mucho en recuperar Livia el uso de sus facultades. El calor de la vida volvió poco a poco a su cuerpo inanimado, y por fin toda sorprendida se incorporó, pues había estado sostenida y semi recostada entre los brazos del anciano

— ¡Perdón! -—murmuró—. He venido a causar molestia.

—Nada de eso, hija mía, queda en paz —le contestó Pedro que había vuelto también en sí cuando la enferma no necesitaba más de su esfuerzo mental para reanimarla.

Poco después la oración terminaba con el salmo de acción de gracias recitado por el Diácono que estaba de turno, y la concurrencia se dispersaba silenciosamente dejando el recinto casi vacío.

Cuando las doncellas del Coro y muchos de los moradores de la casa se retiraron también, algunas personas se vieron como indecisas sombras en distintos puntos del estrado.

Eran la *Madre del Señor* como llamaban todos a Myriam y tres o cuatro más que nosotros podemos individualizar en los Agósteles, Stéfanos y Rhode.

Samuel se acercó a Livia y levantándole el velo que le cubría el rostro, dijo a Pedro:

—Es mi prima que se empeñó en venir y estas son sus esclavas. Puedo asegurar que no la guían intenciones torcidas.

—Ya lo sé, hijo mío. No te preocupes. Si me lo permites, la llevaremos adentro porque necesita un descanso mayor.

— ¿Lo oyes Livia ?... ¿Aceptas?

—Lo agradezco mucho —dijo ella— pero creo que ya he molestado bastante.

Adivinando Pedro lo que pasaba en el interior de aquella alma atormentada la tomó de la mano mientras le decía:

—Vamos, hija mía, piensa que soy tu abuelito y no temas nada.

Ella se dejó conducir dócilmente y Pedro la llevó al otro ángulo del Oratorio donde estaban Myriam y Rhode.

—Madre nuestra —le dijo el Apóstol—. Sólo tú puedes curar esta avecilla herida.

La santa mujer extendió sus manos y tomó las de Livia que aún estaban heladas.

¿Qué vería la joven en aquellos ojos llenos aún de los ensueños divinos de la oración profunda, en que su alma había buscado el amor de su Hijo sumergido en lo Infinito como una luz entre un incendio de luz inextinguible?

Livia se arrodilló a los pies de aquella mujer que en el contacto de sus manos le transmitió amor, piedad, ternura infinita.

¡Sintió que ya no pedía llorar, que no quería llorar!... Era otro sentimiento distinto del que hace derramar lágrimas, el que invadió todas las fibras de su ser.

Era un deseo intenso de renuncia a todo lo que no fuera aquel momento que estaba viviendo. Y era también un deseo vehemente de entrega absoluta y confiada a la vida de amor, de paz, de tranquilo descanso que vivía en ese instante.

No encontró otra palabra que significara todo eso en conjunto y dijo solamente:

— ¡Señora!... ¡Yo no tengo madre!

Era lo bastante. No necesitaba decir nada más. La piadosa Madre de todos la estrechó dulcemente a su corazón y fue ella la que lloró sobre aquella cabeza de huérfana que carecía desde mucho tiempo del beso santo de la madre.

Pedro, Samuel, las dos esclavas que presenciaban y comprendían esta escena, se esforzaban por mantenerse serenos.

Rhode que después de la oración permanecía siempre unos momentos más para desahogar sus hondos pesares, se acercó al tierno grupo.

— ¿La llevamos adentro Madre?...

—Sí, vamos —contestó Ella.

Y las tres salieron seguidas de las dos esclavas.

Pedro quedó con Samuel dando lugar a éste para una explicación de los acontecimientos previos a lo que acababa de suceder, y de todos los cuales ya tiene el lector detalladas noticias.

EL DESPERTAR

La Eterna Ley tiene millares y millares de caminos para conducir a las almas hacia el fin Supremo.

Y el hombre inconsciente cree de ordinario que puede conducir muchedumbres a su antojo y capricho.

Los padres, los tutores y directores de almas se creen casi siempre autorizados para demarcar los caminos que han de seguir aquellos cuyas vidas les están confiadas.

Puede suceder a veces que sea así en efecto, cuando se trata de seres muy evolucionados que vinieron a la vida precisamente para conducir porciones más o menos grandes de humanidades. Pero esto no es lo más común y lo que ocurre continuamente en la mayoría de las familias y en las agrupaciones idealistas.

Esto era lo que le ocurría al anciano Hanán jefe obligado del Sanhedrín judío, en medio del cual y fuera quien fuera el jefe supremo el que mandaba era siempre él.

En su soberbia inaudita creía ser un Moisés destinado a conducir al numeroso pueblo de Israel por el camino que era de su satisfacción. El tiempo ese eterno descubridor de los errores y de las virtudes de los hombres, dejó también en descubierto el inaudito error de Hanán en éste sentido. El pueblo de Israel se hundió por veinte siglos consecutivos.

La Divina Sabiduría suscita también a veces almas de avanzada evolución para poner un dique al desbordamiento de prepotencia y usurpación de derechos de aquellos que se creen designados para mandar en la conciencia y en .el destino de los seres para imponer sus corrupciones y vicios como leyes que todos deben acatar.

www.formarse.com.ar

Pero esas almas elegidas para dar la voz de alerta a las muchedumbres tan fáciles de ser engañadas, arriesgan la vida en la tremenda jornada. Y en tales casos, la muerte del héroe que bajó intrépido a la arena, no es el fracaso para él mismo ni tampoco para la idea en defensa de la cual se entrega a la muerte.

Esas inmolaciones heroicas significan la culminación gloriosa de una vida y la afirmación cada vez más sólida y fuerte de la idea que les llevó a la inmolación.

Jhoanan el Bautista precedió al Cristo en el sacrificio heroico.

Stéfanos sería el primero en seguirle porque antes de venir a esa vida se había comprometido en esos pactos solemnes que se realizan en los planos elevados del mundo espiritual, a defender la idea divina sembrada por el Cristo, aún a costa de la vida misma.

Hecho este preludio de explicación, veamos quienes eran los que despertaban a la voz del Ungido de Dios que llamaba a la fraternidad y al amor.

Escuchemos pues las conversaciones en dos sitios diferentes: en el Oratorio, Pedro con Stéfanos, Santiago, Andrés y Matías.

En el pabellón de las doncellas y las viudas, a Myriam con Livia Augusta, Rhode, Rebeca, Susana y las des esclavas extranjeras Celia y Tula.

Samuel refería con detalles todo cuanto había ocurrido a su prima en su propia casa según fue dicho en el capítulo anterior.

De la deliberación que allí tuvo lugar quedó resuelto que todo seguiría como antes, con la sola diferencia que ambos primos continuarían unidos secretamente a la Congregación Cristiana, asistiendo a las instrucciones y oración en conjunto cuando les fuera posible.

Myriam por su parte daba iguales consejos *a.* la joven Livia, animándola a continuar sin desmayo en la doble tarea que en esa hora debía desempeñar; la de mantener la paz y la armonía con sus familiares mientras ellos no atentaran contra las nuevas convicciones que ella había adquirido. Y le decía:

—Cuando el alma está unida a la Divinidad por el Conocimiento y por el Amor encuentra el modo de ser sufrido, paciente y tolerante con los que aún no han adquirido ese Conocimiento ni han sentido ese Amor. Y así, tú hija mía que has encontrado a Dios Verdad Suprema en ti misma, haz con tus familiares como, harías con pobres ciegos que al no ver no comprenden; y no comprendiendo no aman Tenles compasión por su ceguera hasta que tu oración constante les obtenga la iluminación del Señor.

Y respecto de las dos esclavas que habían sido traídas de sus países entre el botín de guerra, hacía ya varios años, la aconsejó tratarlas como a compañeras suyas si no estaba en situación de extenderles carta de manumisión restituyéndoles la libertad.

—Nuestra Ley hija mía es muy simple —le decía—. Se reduce a amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. De miedo que con estas doncellas debes obrar como tú querrías que obrasen contigo en igualdad de condiciones. Y vosotros debéis hacer lo mismo para con ella.

—Yo no quiero separarme de su lado —dijo Celia— pero he dejado allá lejos a mi madre que debe llorar por mí. Sólo pido poder mandarle noticias y recibir las suyas.

Tula expresó sus deseos casi en igual forma.

Y la dulce madre de todos, hizo de juez Su fallo fue el que ya supondrá el lector. Debía iniciarse la correspondencia epistolar por medio de la Agencia que Simónides había establecido en la Santa Alianza, la cual se encargaba de hacerla llegar por medio de sus barcos que hacían viajes a ultramar.

Livia estaba como encantada.

— ¡Vosotros pensáis en todo! —exclamaba llena de admiración.

—Si hija mía: nuestra Lev nos obliga a pensar en el dolor de nuestros hermanos y en tratar de aliviarlo por todos los medios a nuestro alcance.

Las dos esclavas lloraban silenciosamente y Myriam pensaba sin hablar. Pensaba en que Livia Augusta tuviera piedad de ellas y las amase.

A los pocos momentos, la joven dijo:

—No lloréis así que me hace padecer. Recién ahora comprendo que tenéis sentimientos iguales a los míos.

Yo haré por vosotras cuanto pueda por vuestra felicidad. Y les tendió la mano.

Celia y Tula se abrazaron por primera vez a su ama, a quien el amor de Myriam acababa de transformar en comprensiva amiga y compañera.

www.formarse.com.ar

La piadosa madre de todos, miraba aquella escena con infinita ternura y las doncellas del Coro que estaban presentes creían escuchar de nuevo la voz del Divino Maestro que repetía aquella frase tantas veces oída de su» labios: *"El amor salva todos los abismos".*

Livia Augusta no era un espíritu inactivo, sino muy al contrario. Su despertar debía traer necesariamente grandes consecuencias. Y así fue que ante el cambio que se vio en ella, la mayoría de los que la rodeaban fueron contagiándose lentamente de su nueva forma de ver todas las cosas.

La numerosa servidumbre de la casa del Doctor Teófilo hijo de Hanán, obtuvo notable mejoramiento en su forma de vida.

El calabozo y los azotes para los esclavos fueron suprimidos con gran asombro del mayordomo de la casa que cuando Livia le dio esa orden, le preguntó ingenuamente:

— ¿Cómo me haré obedecer de ellos si ya no tendrán el temor de les castigos?

—Me avisas al instante cuando alguno te desobedezca —le contestó ella.

—Bien señora. Se hará como lo ordenáis. Basta que cuando el amo no esté conforme toméis vos mi defensa.

—Descuida en cuanto a eso. Yo me hago responsable de todo.

Pero volvamos atrás, Livia y sus esclavas volvieron al Oratorio para reunirse a Samuel y despedirse de Pedro.

Se encontró frente a Stéfanos y se quedó mirándole sin decir palabra. Revelaba sobresalto, inquietud.

—No me sorprende que hayáis venido —le dijo el joven Diácono—. Encontré en vos un alma preparada para seguir nuestro camino.

—Comencé por ser tu discípula y ahora paso a ser tu *hermana* como vosotros decís —contestó ella.

—Es un rápido progreso de lo que estoy contento; pero acaso tengáis algunas dificultades con los vuestros —respondió Stéfanos que notando timidez y retraimiento en la joven lo atribuía al temor por el paso que había dado.

—Lo que mucho vale, mucho cuesta —le contestó ella—, y ya que eres mi maestro de música, espero que me ayudarás a ser firme en lo que he comenzado.

—En todo cuanto me sea posible —le contestó Stéfanos haciendo una reverencia como despedida. Livia se cubrió el rostro y se dirigió a la puerta. Allí la esperaba Samuel.

—Quería despedirme del anciano —dijo ella— pero no le veo aquí.

—Fue llamado para un enfermo —contestóle Samuel—. Así que termina la oración matutina, todos ellos se dispersan a visitar enfermos.

—Pero ¿es que son médicos? —preguntó Livia caminando ya en dirección a su casa.

—Ellos estudian las enfermedades del alma que según ellos son causa de las del cuerpo. Son terapeutas espirituales y físicos —decía Samuel.

— ¿Y consiguen curar a los enfermos? —volvió a preguntar ella.

—Algunos son curados instantáneamente; otros de un modo más lento y aún hay también enfermos que no se curan hasta tanto que, hayan cambiado su forma de vida, que por estar en contra de la Ley Divina y contra la Naturaleza no pueden curarse hasta haber quitado las causas que la producen.

— ¡Ah!... Ahora comprendo muchas cesas que hasta ayer no comprendía —observó Livia Augusta muy pensativa—. Creo que sabrás —añadió— que al abuelo Hanán le ha vuelto a revivir la úlcera del vientre que le fue curada por el Profeta Nazareno que ellos hicieron crucificar.

—No sabía nada— contestó Samuel.

—El lo oculta mucho, pero le oí una conversación con mi padre y un anciano médico de no sé de donde y que fue traído aquí para curar al abuelo.

— ¿Y le ha curado?

—Eso no podría decirte porque no lo sé. Pero según la teoría de nuestros amigos galileos, el abuelo no se curará jamás. Sigue siendo tan egoísta y soberbio como lo fue siempre y como será toda su vida.

— ¡Cuan doloroso es para nosotros Livia tener una familia tan contraria a lo que hoy pensamos y creemos!

¿Has pensado tú a donde nos llevará esta contradicción? ¿Qué harán ellos si llegan a saber que tú y yo estamos con los galileos?

—Pues hijito ellos mismos lo han buscado. ¿No te hicieron llamar al joven griego para profesor mío?

—Si en verdad. Y al Vice-Rector del Gran Colegio lo obligaron a invitarle para hablar allí el día de la Asamblea. Pero ellos lo han hecho con intención de conquistarlo para sus fines, y no para que él nos conquiste a nosotros.

— ¡Oh!... El juego es el juego y esta vez les toca perder. Que se aguanten.

—Mucho temo querida prima que cuando descubran que han perdido la partida tomarán una venganza terrible.

El abuelo Hanán y la tía Michal son tigre y pantera disfrazados de hombre y de mujer.

— ¡Vaya!... me va pareciendo que tienes miedo Samuel y eso no está bien en el hombre que se ha ofrecido a ayudarme —expresó Livia en tono de broma.

—No temo por mi ni por ti Livia, sino por tu profesor de música y por todos eses buenos galileos que llevan la luz de Dios a donde quiera que van.

—Nuestro deber es defenderles de todo mal que quieran hacerles —contestó la joven con gran firmeza—. ¿Qué clase de amistad te une con el Vice del Gran Colegio? —preguntó.

—Muy buena como debes suponer ya que soy el hijo del Pontífice; y con él tengo hablado bastante respecto de los galileos a quienes él estima porque encuentra como nosotros la verdad y el bien en sus enseñanzas y en su vida.

—Debemos formar una alianza con él y con esos alumnos del Gran Colegio que tú dices que frecuentan los Oratorios galileos, ¿sabes quienes son?

—Puedo saberlo por mis dos esclavos galos que me dieron la noticia.

—Bueno, ya llegamos —dijo Livia— y quizá sea mejor que no entres conmigo a casa. Infórmate de todo esto que acabo de decirte y mañana por la noche me traes la noticia.

Organizaremos una reunión para conocernos y formar nuestro plan de defensa por si llega el memento que temes. Si me han tomado de instrumento para que sea como Judith y Esther, pues lo seré. Ellos lo han querido.

—Primita... nunca creí que eras tan valiente y créeme que te admiro de veras. Hasta mañana...

—En el pabellón de la terraza —le contestó ella mientras Celia abría la puertecita de la servidumbre y penetraban cautelosamente al pequeño patio donde tenían sus habitaciones las esclavas ñutieres.

Reinaba allí un profundo silencio porque la servidumbre estaba en el piso alto en los afanes que trae en las grandes casas la hora próxima a la cena. Por era vez la incursión de Livia con Celia y Tula pudo pasar desapercibida para el amo de aquella casa.

Stéfanos continuó concurriendo dos veces a la semana a dar lecciones de música a Livia a las cuales asistía también Samuel. Una dulce amistad se estableció entre ellos, que juntamente con el clavicordio y el arpa, la amplia filosofía cristiana ponía su nota de armonía divina en aquellos coloquios de tres almas que llegaron a comprenderse plenamente.

Livia Augusta llegó a sentir un inmenso amor a Stéfanos que a ella misma le causaba profunda admiración.

Lo veía tan noble, tan desinteresado, tan diferente de todos los hombres que había conocido en sus giras por las más grandes ciudades de Siria, que no acertaba a definirlo tal como lo sentía en su mundo interior.

Su amor que pudo ser pasional y avasallador, era suave y casi místico, de una dulce ternura que a veces se confundía con la más amorosa piedad.

A momentos imaginaba que Stéfanos era un niño grande, que un poder superior le había confiado para protegerlo con todo cuanto estuviera a su alcance. Y entonces sentíase poderosa y fuerte como una heroína y sus pensamientos tomaban forma, y exclamaba de pronto:

— ¡Nadie le hará daño porque yo estoy a su lado!

Al oírse ella misma parecía despertar a la realidad. Y a veces dudaba y temía ¡Eran tan fuertes y crueles los suyos y eran los amos de Israel!

Volvía la reacción. Tornaba el decaimiento. Era un oleaje mudable y constante que la hacía padecer intensamente. Y no se atrevía a confiarlo a nadie, ni aún a Samuel.

De quien más quería ocultar sus sentimientos era de la tía Michal que de vez en cuando asistía a las lecciones; pero no tardó mucho ésta en apercibirse de que su sobrina amaba a su profesor. Y esperaban que no pasaría mucho tiempo, y que también él se rendiría a los encantos de Livia Augusta.

Pero en esto se equivocaba la tía Michal. Desde el gran renunciamiento que hiciera el Diácono al amor de Rhode en una amanecer allá en el sagrado monte donde el Señor se entregó a la muerte, su corazón parecía estar blindado de acero y solo era capaz de sentir una dulce amistad, hermandad mejor dicho para la joven y

bella Livia que era su discípula en un doble aspecto: le enseñaba música y la doctrina de solidaridad, de fraternal amor que el Ungido de Dios había sembrado en la tierra. Se sabía amado por ella y gozaba internamente al comprobar que ese amor la conducía sin violencia hacia la Verdad y la Luz.

Mientras sucedía esto, Pedro, Andrés, Santiago y Matías, secundados por los Diáconos, Parmenas, Felipe y Nicanor, se multiplicaban en atender a las Sinagogas que los reclamaban como oradores sagrados para los sábados.

Siguiendo las instrucciones adoptadas como necesarias en esos momentos, procuraban no apartarse de los grandes Profetas de Israel tomando con preferencia los pasajes en que ellos anunciaban la llegada del Mesías y las condiciones y cualidades de que se rodearía su vida.

Aquellas palabras de Isaías: "Varón de dolores será llamado"... "Como un cordero que se lleva al matadero, él no abrirá su boca para defenderse", y otras muchas que aparecen como flores de luz en los libros de los Profetas, eran hábilmente intercaladas en los discursos de los oradores cristianos de aquella primera hora del Cristianismo.

Unido todo esto a la piedad con que los amigos del *Rabí Galilea* acudían al socorro y alivio de todas las angustias humanas, tal como El lo había hecho, formó un conjunto de fuerzas tan convincentes que más de la mitad de las Sinagogas de Jerusalén ofrecieron sus cátedras a los discípulos del Cristo.

Debemos tener en cuenta que muchas de las casas de mediana posición tenían su sinagoga particular debido a que en esa época de humillación y dolor que el pueblo de Israel sufría por la invasión extranjera, se había despertado muy viva la necesidad de buscar en Dios la fuerza, el consuelo y la esperanza en un resurgimiento a la libertad y a la grandeza de los tiempos idos.

Israel se volvía a Jehová en un grito supremo, en angustiosa súplica tal como ocurre al hombre en general cuando le atormenta un dolor irremediable.

Y pensaban que una Sinagoga en el hogar, bajo su mismo techo era como tener más inmediata la protección divina que esperaban. Era un recinto de oración al que podían concurrir todos los que compartieran esos mismos sentimientos.

Esta circunstancia ayudó grandemente a la difusión de la enseñanza del Cristo en aquella primera hora. Y los Doce secundados por los Diáconos se repartieron entre sí las sinagogas de Jerusalén para llevar a ellas la personalidad augusta del Ungido Divino, del Mesías anunciado por los Profetas y que había sido desconocido por los dirigentes del pueblo de Israel.

Estas prédicas acompañadas de las curaciones que se realizaban y de todos los beneficios que derramaba la "Santa Alianza" con toda generosidad, debía necesariamente influir en aquel pueblo tan sufrido y humillado no sólo por la invasión extrajera sino por las duras exigencias de los poderes públicos. El César cobraba tributos. El Rey los cobraba también; y el Sanhedrín que no exigía oro ni plata ordenaba sacrificio de animales, de frutos de los campos, de aceite, vino y hortalizas de los huertos. Todas las primicias debían ser llevadas al Templo. La décima parte de todo ese producto del país debía ser llevado al Templo.

Aquel pueblo estaba exhausto y hambriento. Y la "Santa Alianza" secretamente y sin ruido, era el manantial que llenaba todos los vacíos y cubría piadosamente todo cuanto quedaba en descubierto por la insaciable avaricia de los gobernantes.

El pueblo llegó a la seguridad de que allí donde entraba alguno de aquellos hombres llamados Galileos o Nazarenos, no había hambre, ni desnudez, ni miseria, porque aquel divino: *"Amarás a tu prójimo como a ti mismo"* era el lema de aquellos hombres que pasaban derramando el bien, el consuelo, la paz, la armonía y hasta la salud y la vida.

Y eran los discípulos y seguidores del *Rabí Galilea, del Profeta Nazareno* que había sido crucificado como los esclavos rebeldes, como los piratas del mar, como los bandoleros asaltantes de las caravanas.

Sólo habían transcurrido tres años y muchos lo recordaban. El día triunfal de las palmas y de los hosannas al Hijo de David que debía reinar sobre el país de Abrahán, resonaba aún en muchos oídos, y el recuerdo despertaba vivo, como grabado a fuego en todas las mentes.

La lógica y la razón" recuperaban sus dominios y todos meditaban, reflexionaban:

"Si aquel hombre pasó su vida haciendo el bien y sus amigos y sus discípulos continúan la obra de amor comenzada por El ¿qué mal encuentra en ellos el Sanhedrín para castigar con el patíbulo infame a quienes obran el bien?

"El Sanhedrín fue injusto, fue criminal, fue asesino matando a un justo, a un Profeta que era un vaso de amor y de piedad para sus semejantes". Y estos pensamientos corrieron como un reguero de fuego, como una estela de luz, como un arroyito suave primeramente y luego como un río caudaloso por roda Jerusalén.

www.formarse.com.ar

El bien y la verdad predicados por los hechos, con las obras al unísono de las palabras es una fuerza poderosa y avasalladora entre todos los pueblos de la tierra, porque todos se asemejan en el deseo vehemente del bien, de la paz, y la dicha, aún cuando no acierten a poner los medios necesarios para conseguirlo.

El recuerdo vivo del Gran Mártir se levantaba de nuevo en el horizonte como una luz imposible de apagar.

Cada alma que le recordaba con admiración y con amor era un cirio encendido en su altar y estos cirios llegaron a ser tantos y tantos, que toda Jerusalén era como una llamarada viva alumbrando todos los rincones de la ciudad milenaria.

Los esclavos de todas las grandes casas se habían unido a "los Nazarenos" que les consideraban iguales a ellos mismos y les llamaban *hermanos* y les sentaban a su mesa en los días de solemnidad, que desde aquellos comienzos fueron el aniversario del Nacimiento del Señor y el de su sacrificio en la montaña del Gólgota.

Entre los alumnos mayores del Gran Colegio, la lucecita misteriosa encendida en secreto se esparcía día por día y de los alumnos llegaba a sus familiares y amigos en tal forma que al llegar el año treinta y siete del nacimiento del Cristo y cuarto de su muerte, la mitad por lo menos de la Ciudad de los Profetas se había unido a la fe de los Galileos sin que el Sanhedrín se apercibiera de ello.

Y esto se debió en gran parte a la bondad de Pedro y sus compañeros de apostolado que consiguieron calmar la exaltación de la juventud manifestada en las cruces de brea que pintaban en muros, calles y plazas como protesta muda por la muerte del Profeta Nazareno.

Las Sinagogas de Jerusalén aparecían llenas de fieles y el Templo iba quedando vacío.

La voz de alarma la dio un joven originario de Tarso llamado Saulo; de la secta de los Fariseos que estudiaba Filosofía y Ciencias en el Gran Colegio donde era alumno adelantado.

Escuchó una conversación entre el Vice-Rector y sus compañeros de aulas y el velo fue descorrido repentinamente. Se presentó a la casa del Rector, relegado a su sillón de enfermo y le dio la alarmante noticia: "El Vice-Rector con los alumnos mayores del Gran Colegio *eran Nazarenos* y cada Sinagoga era una cátedra de aquella doctrina del *hombre crucificado* y toda Jerusalén se volvía hacia El como enloquecida".

El anciano Rector que era un fanático Fariseo, Doctor de la Ley, casado con aquella hermana de Hanán que quiso comprar la voluntad de los Doce y que visitó a María de Mágdalo para apartarles a todos del Profeta según lo hemos referido en "Arpas Eternas" llamó apresuradamente a su cuñado y le dio con detalles la alarmante noticia.

El Vice-Rector se vio obligado a renunciar a su puesto después de escuchar en silencio una tremenda reprensión de su superior jerárquico que le dijo:

—No quiero tu renuncia, sino que renuncies a esa perniciosa secta galilea que llevará a la Nación a la ruina.

—Mi renuncia es indeclinable —contestó el Vice— porque quiero mi libertad de pensar y de obrar.

Y sin darle tiempo a mayores aclaraciones salió de Jerusalén con cuatro alumnos del Gran Colegio y se dirigió a Joppe a entrevistarse con Marcos del cual era antiguo amigo.

En unión con José de Arimathea y Nicodemus, se fundó allí la primera Congregación Cristiana que tomó años después grandes proporciones y fue uno de los más importantes centros del Cristianismo naciente.

Mientras tanto en Jerusalén comenzó a arder el fuego del odio del alto clero judío contra los continuadores del "Hombre Crucificado", aquel *Rabí Galilea* cuyo nombre quisieron borrar de la faz de la tierra, y que se había multiplicado al cien por cien, hasta el punto de que en todas partes se les encontraba.

Y los Apóstoles fueron llamados a la Sala del Consejo del Sanhedrín para tratar amistosamente de averiguar a fondo los fines que perseguían.

Pedro se expresó en términos muy discretos pero llenos del santo fervor que le animaba respecto del Profeta Nazareno.

Llevaba catalogados en un cartapacio de pergaminos los hechos más prodigiosos de su vida, que lo colocaban a la altura de Moisés, venerado y glorificado durante quince siglos. Recordó que en sus discursos y enseñanzas jamás se apartó de la Ley y de los Profetas en los cuales se afirmaba para todas las enseñan/as que dio a los pueblos.

Eran ocho Concejales entre los que estaba el Juez del Sanhedrín y el Comisario del Templo los que escuchaban a los Apóstoles del Cristo-Mártir.

Y uno de ellos habló el primero.

www.formarse.com.ar

—La prédica de ese hombre ha concluido casi por completo con los sacrificios del pueblo a Jehová, lo cual es una prueba irrecusable que ha destruido la fe de nuestro pueblo el cual ya no teme la ira de Dios y desconoce su autoridad suprema.

—Si vosotros jefes de Israel así lo pensáis —contestó Pedro— habría que condenar también al gran Profeta Isaías que dice y repite muchas veces, que Jehová está harto de sacrificios de bestias y que sólo quiere la pureza del corazón y la santidad de las obras, que los huérfanos, las viudas, los mendigos, los enfermos sean amparados y protegidos; que ninguno se ensañe centra su hermano y que se haga piadosa acogida a los extranjeros. Y mi Maestro el Profeta de Nazareth no se ha expresado jamás en forma diferente como podéis atestiguarlo vosotros mismos cuando El ha hablado en el Templo, en las Sinagogas, en todas partes.

Todos les leprosos del Cerro del mal Consejo fueron curados por El. Los ciegos, los paralíticos, los cancerosos y los tísicos fueron curados por El y aún hizo darles las ropas necesarias para presentarse al Templo y ser reconocidos como sanos por los sacerdotes encargados de ese ministerio.

No acierto señores Concejales a comprender como un hombre semejante pudo ser condenado a muerte como un malhechor.

Aquí cabe un paréntesis para poner en conocimiento del lector, que cuando Samuel el joven hijo del Pontífice llevó la noticia a Livia Augusta de que los Apóstoles del Cristo habían sido llamados a la Sala del Consejo, ella se presentó a la casa de su abuelo Hanán donde vivía la tía Michal y les dijo terminantemente:

—Haciendo tales atropellos ¿pretendéis que yo conquiste esos hombres para vosotros, señores sabios y doctores de Israel? Si obráis así como chiquillos inconscientes pretendiendo que todo el mundo se someta a caprichos injustificados, hasta yo me pongo contra vosotros.

Y si me he prestado a ser instrumento de vuestros designios ha sido suponiendo que había justicia *y* rectitud en ellos.

—Ven aquí pequeña, Judith —le dijo Hanán mimosamente—. Tú no debes pensar más que en ser cada día más hermosa y en engalanarte como corresponde a tu clase, que otros son los que deben ocuparse de los asuntos del pueblo.

—Entonces ¿por qué la tía Michal ha querido mezclarme en ellos exigiéndome que conquiste al profesor griego para vosotros? Si les ultrajáis de ésta manera es imposible hacer lo que queréis...

La tía Michal apareció como brotada de la muralla.

—La niña tiene razón padre —dijo— y tú harás muy bien en intervenir para que esos hombres sean tratados como corresponde. Creo que aún estamos a tiempo.

—Así, así... Me parece que desde aquel día fatal, el círculo se nos va estrechando.

—Y se estrechará más cada día si continuáis maltratando a esas gentes que se han conquistado al pueblo colmándole de bien —añadió Livia.

— ¿Pero que sabes tú de lo que hacen los Galileos con el pueblo? —preguntó Hanán con cierta alarma.

—Si me habéis buscado para Conquistar a un hombre como el profesor griego, es porque pensáis que no soy una tonta. Y por tanto debéis suponer que he tratado de conocer a fondo los ideales que él sustenta y los fines que persiguen las gentes que están con él. Vosotros lo habéis acercado a mí. No fui yo a buscarle Y hoy puedo decir que entre el César romano como invasor, el Rey como vampiro enjaulado y vosotros, habéis llevado al pueblo a la miseria y al hambre; y los galileos se encargan de darles de comer y cubrir su desnudez. ¡Y todavía los ultrajáis y los perseguís!

¿Es esto digno de. los príncipes sacerdotales que gobiernan Israel?

Las miradas que se cruzaron Hanán y su tía Michal no pasaron desapercibidas para la indignada joven que esperó una respuesta.

—Está bien, hija mía y tienes mucha razón, pero todo puede remediarse. Sabes que el gobierno está en nuestra familia y que tu abuelito aquí presente es el árbitro en Israel.

—Era el árbitro —corrigió Hanán— pero los años y los desengaños han debilitado enormemente mi poder y mi fuerza. ¡Hay un no se qué en mi mismo que me cohíbe en estos asuntos... Aquel Rabí Galileo me envenenó la vida...

Pero algo haré hijita para remediar lo que tan mal encuentras en los gobernantes de Israel.

Y tiró del cordón de una campanilla, cuyo sonido no había terminado aún, cuando apareció el mayordomo con grandes reverencias al cual Hanán pidió su litera. Pocos momentos después se dirigía al Templo llevado en peso por cuatro esclavos negros gigantes y dos pajes que le escoltaban.

Llegó a la Sala del Consejo en el momento en que el Juez del Sanhedrín se disponía a dictar su sentencia.

www.formarse.com.ar

—Me he retrasado un poco, pero creo que aún llego a tiempo.

A Pedro y sus compañeros se les evaporó como humo que lleva el viento la esperanza de benevolencia en sus jueces al ver llegar al Tribunal a aquel hombre que fue el alma negra de la sentencia de su Maestro.

—Estos hombres —explicó el Juez— acaban de demostrar su buena voluntad para suavizar la miseria de nuestro pueblo pero no aceptan el desentenderse de su instrucción moral y religiosa entre la cual incluyen en primer término su errónea creencia de que el Rabí Galileo que fue ajusticiado hace tres años es el Mesías anunciado por los Profetas.

Tú Hanán que siempre has puesto la sabia palabra final en estos debates, danos tu opinión para terminar, porque llevamos más de dos horas hablando'.

—Si me permitís —interrumpió un anciano que había escuchado con gran atención la defensa de Pedro y sus compañeros y que hasta entonces no había pronunciado palabra—. Yo, Ben-Abi-Gamaliel, digo, que si las obras que estos hombres defienden viene de Dios, ni nosotros ni nadie podrá destruirla. Nuestro Tribunal pidió y obtuvo sentencia de muerte para aquel hombre que enseñaba y practicaba lo que estos hacen hoy. Aquel era uno sólo y hoy son muchos quienes hacen lo que él hizo. ¿Qué ha remediado aquella muerte hecha para escarmiento de los que traen ideas de renovación en nuestras viejas costumbres?

—Con vuestro permiso —insistió Pedro— hemos dicho que no hemos traído ideas nuevas, ni cambiamos la Divina Ley traída por Moisés y todos los Profetas; que el Señor quiere la pureza de las obras y la santidad de la vida antes que el sacrificio de bestias y de vino y de trigo y de frutos de los campos. Que el Señor quiere el amor de nuestros semejantes porque todos los seres humanos somos sus hijos, que no quiere las riquezas para unos y el hambre para otros.

Nuestra Ley dice *No matarás,* y este artículo no se ha cumplido nunca desde Moisés hasta hoy. ¿No es ésta la verdad que todos conocemos?

—Moisés mandó levantar setenta horcas en el desierto para los que pecaron con las mujeres corrompidas de Moab... —arguyó el Juez del Sanhedrín.

—Es verdad —dijo Pedro— pero la crónica no añade, que las madres y los niños de estos hombres llorando ante el Profeta, hicieron caer las horcas fi tierra y encendieron con ellas el fuego de las hogueras para coser el pan.

¡Moisés, Moisés!.. . A la sombra de tus grandezas los hombres tejieron leyendas muchos años después de ti, pero muy pocos recuerdan tus palabras finales: "Otro Profeta igual que yo saldrá de entre vosotros y a El debéis escuchar. Por la dureza de su corazón, Israel se verá dispersado a los cuatro vientos de la Tierra".

— ¡Basta, basta! —Gritó Hanán—. Decís cosas demasiado graves que jamás se han escuchado en éste lugar. El pueblo no está preparado para saber todo lo que sabemos nosotros. Y esa fue la imprudencia de vuestro Maestro que le llevó a la muerte y será la de todos los que no quieren comprender que los pueblos son como los niños de los cuales ocultamos muchas cosas que les perjudicaría conocer.

— ¡Quince siglos pasaron desde Moisés y aún no llegó la mayoría de edad para Israel!... —exclamó Santiago lleno de indignación.

El *Juez* interrumpió con una brusca salida:

—Hemos terminado todo debate, digo por segunda vez; Es hora de decidir la sentencia que se dará. En la forma usual decid si será de castigo o de libertad.

Hanán levantó su diestra y la mayoría le imitaron.

Esto significaba que no le condenaban.

El Juez habló de nuevo:

—El Tribunal os absuelve como habéis visto; pero os recomiendo tener cautela y prudencia en vuestro hablar respecto del supuesto mesianismo del Rabí Galileo que murió ajusticiado, pues debéis respetar la honra del Sanhedrín y la honra de nuestro pueblo sobre quienes hacéis caer el odioso estigma de asesinos del Mesías Hijo de Dios. Idos en paz.

Santiago iba a saltar como una chispa de fuego que sopla el viento, pero una mirada de Pedro le contuvo. Y salieron en silencio.

Apenas habían transpuesto la gran puerta de la Sala del Consejo y aún andando por el pórtico adyacente, Santiago saltó como una bomba.

— ¡Que respetemos la honra del Sanhedrín y la honra del pueblo!... ¿Acaso ellos respetan la honra de nadie, ni siquiera la de Dios mismo?...

www.formarse.com.ar

—Cálmate hermano —le dijo la voz bondadosa de Pedro— que aún no ha llegado nuestra hora, te digo como decía nuestro amado Maestro. No debemos morir en este momento en que comenzamos la siembra pedida por El.

Siguieron andando en silencio devorando lágrimas de indignación.....

ÍNDICE
TOMO I

Portada 2
Deshojando recuerdos 3
El último bote 11
Sintiendo cantar las olas..... 16
La heredad del padre 19
La asamblea 26
El vuelo de las golondrinas 32
En Jerusalén 44
Almas gemelas..... 46
La gloria de Betlehem 50
En el Lacio 51
Junto al fuego de Nazareth 60
En África del Norte 63
Idinén o Monte de los Genios 77
En Jerusalén 85
El Apóstol Zebeo 93
En el Lago Merik..... 96
Las ruinas florecen 109
Thabita de Alejandría 112
La esposa ideal 116
El Capitán Pedrito 119
Los cautivos de las ruinas 122
Lo que el amor ha unido..... 126
Los treinta *y* tres..... 133
Diez años de labor..... 135
La ciudad subterránea 138
En Palestina 141
El mensajero de Zebeo..... 145
En Galilea..... 148
El huerto cerrado de Juan 152
Las rosas se van..... 157
Golondrinas Galileas emigran 162
A bordo del "Quintus Arrius"..... 168
Entre cielo y mar..... 173
En el puerto de Rafia 181
El Capitán Pedrito esperaba 188
La hora de Academia 194
Cuando las almas *se* encuentran 198
El Apóstol Pedro 201
En el lago Merik 215
La velada 229
Los papiros de Nadaber 235
El místico huerto de Filón 242
Los desterrados y las alianzas 246

El archivo del Príncipe Melchor 251
Acercándome a Dios 256
Los caminos de Dios 263
En el Palacio Henadad 268
Stéfanos de Corinto 276
La tempestad se avecina 286
Un vistazo al escenario 291
¡Y llegó a hora!..... 295
El huerto iluminado 300
Gerifaltes y palomas..... 306
Detrás de los bastidores 312
El Señor tendía su red..... 320
El despertar..... 325